

Gabriela,
Clavo y
Canela



Jorge
Amad

Lectulandia

Cuando Gabriela, una hermosa mulata analfabeta, llega a Ilhéus, ciudad del estado brasileño de Bahía, huyendo del campo y de la miseria, se desencadena un divertido cúmulo de pasiones humanas en un abigarrado marco rebosante de sabores, colores y olores.

La sugerente Gabriela, su amante —el pintoresco y pragmático Nacib—, las singulares hermanas Reis y el sempiternamente enamorado profesor Josué son sólo los principales personajes de esta inolvidable novela del escritor brasileño Jorge Amado que, empapada de un vitalismo y una sensualidad profundamente ligados a la cultura y las costumbres de su Bahía natal, es una celebración de la existencia y del humor.

Lectulandia

Jorge Amado

Gabriela, clavo y canela

ePub r1.0

Maki 24.12.13

Título original: *Gabriela, cravo e canela*

Jorge Amado, 1958

Retoque de portada: Maki

Editor digital: Maki

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción

Esta historia de amor por curiosa coincidencia, como diría doña Arminda, comenzó el mismo día claro, de sol primaveral, en que el estanciero Jesuíno Mendonza mató a tiros de revólver a doña Sinházinha Guedes Mendonza, su esposa, exponente de la sociedad local, morena casi gorda, muy dada a las fiestas de Iglesia, y al doctor Osmundo Pimentel, cirujano dentista llegado a Ilhéus hacía pocos meses, muchacho elegante con veleidades de poeta. Pues en aquella misma mañana, antes de que la tragedia conmoviese a la ciudad, la vieja Filomena por fin había conseguido cumplir su antigua amenaza de abandonar la cocina del árabe Nacib, emprendiendo viaje en el tren de las ocho hacia Agua Preta, lugar en el que un hijo suyo prosperaba.

Como luego opinara Juan Fulgencio —hombre de mucho saber y dueño de la Papelería Modelo, centro de la vida intelectual de Ilhéus— el día había sido mal elegido, aun siendo día hermoso, el primero de sol después de la larga estación de las lluvias, sol como una caricia sobre la piel. No era un día apropiado para derramar sangre. No obstante, como el coronel Jesuíno Mendonza era hombre de honor, y muy decidido, poco afecto a lecturas y a razones estéticas, tales consideraciones ni siquiera le pasaron por la cabeza dolorida por los cuernos. Apenas los relojes dieron las dos horas de la siesta él —surgiendo inesperadamente, ya que todos lo hacían en la estancia— despachó a la bella Sinházinha y al seductor Osmundo, de dos certeros balazos a cada uno. Y consiguió que la ciudad olvidase los restantes asuntos que tenía para comentar: que el barco de la «Costera» había encallado por la mañana a la entrada del puerto; el establecimiento de la primera línea de ómnibus que uniría a Ilhéus con Itabuna; el gran baile recientemente celebrado en el Club Progreso, y hasta el apasionante caso de Mundinho (diminutivo de Edmundo) Falcão, que había enarbolado la historia de las dragas para la entrada del puerto. En lo que respecta al pequeño drama personal de Nacib, súbitamente sin cocinera, apenas si sus más íntimos amigos habían tomado conocimiento del mismo, y sin concederle la menor importancia. Todos habíanse vuelto hacia la tragedia que les emocionaba, hacia la historia de la mujer del estanciero y el dentista, tanto por la alta clase social a la que pertenecían los tres personajes que intervenían en dicha historia, cuanto por la riqueza de detalles de la misma, algunos picantes y sabrosos. Porque, a pesar del tan cacareado y vanidoso progreso de la ciudad («Ilhéus se civiliza con un ritmo impetuoso», había escrito el doctor Ezequiel Prado, famoso abogado, en el «Diario de Ilhéus»), todavía interesaban en aquella tierra, y por encima de todo, las historias como ésa, violentas, de amor, celos y sangre. Íbanse perdiendo, con el correr del tiempo, los ecos de los últimos tiros cambiados en las luchas por la conquista de la tierra; empero, de aquellos tiempos heroicos había quedado un gusfillo a sangre derramada, en la sangre de las gentes de Ilhéus. Y hasta ciertas costumbres: la de

alardear de valientes, de cargar revólver noche y día, de beber y jugar. También ciertas leyes dirigían sus vidas. Una de ellas, por cierto que de las menos discutidas, nuevamente habíase cumplido aquel día: la honra de un marido engañado, sólo con la muerte de los culpables puede lavarse. Ley que venía de los tiempos antiguos, que no estaba escrita en ningún código, pero sí en la conciencia de los hombres, dejada por los señores de antaño, aquéllos que fueron los primeros en derribar bosques y en plantar cacao. Así sucedía en Ilhéus, en aquellos años de 1925, cuando florecían los cultivos en las tierras abonadas con cadáveres y sangre, y multiplicábanse fortunas, cuando el progreso se establecía, transformando la fisonomía de la ciudad.

Tan profundo era el gustillo de la sangre, que el propio árabe Nacib, bruscamente afectado en sus intereses por la partida de Filomena, olvidaba tales preocupaciones para entregarse por entero a los comentarios del doble asesinato. Se modificaba la fisonomía de la ciudad, se abrían calles, importábanse automóviles, se construían rascacielos, abríanse caminos, se publicaban periódicos, fundábanse clubes. Ilhéus se transformaba. Sin embargo, mucho más lentamente evolucionaban las costumbres, los hábitos de los hombres. Así sucede siempre en todas las sociedades.

PRIMERA PARTE

UN BRASILEÑO DE ARABIA

Aventuras y desventuras de un buen brasileño (nacido en Siria) en la ciudad de Ilhéus, en 1925, cuando florecía el cacao e imperaba el progreso. Con amores, asesinatos, banquetes, pesebres, historias variadas para todos los gustos, un remoto pasado glorioso de nobles soberbios y ordinarios, un reciente pasado de ricos plantadores y afamados bandidos, con soledad y suspiros, deseo, venganza y odio; con lluvias y sol, y claros de luna, leyes inflexibles, maniobras políticas, y el apasionante caso de la entrada del puerto; con prestidigitador, bailarina, milagros y otras magias.

CAPÍTULO PRIMERO

**LA LANGUIDEZ DE OFENISIA
(QUE MUY POCO APARECE PERO QUE
NO POR ESO ES MENOS IMPORTANTE)**

«En este año de impetuoso progreso...»

(De un *Diario de Ilhéus*, en 1925)

RONDO DE OFENISIA

*Escucha, oh, hermano,
Luis Antonio, mi hermano:
Ofenisia en la terraza.
En la red se balancea.
El calor y el abanico,
la brisa dulce del mar,
mucama haciendo cosquillas.
Ya iba a cerrar los ojos,
el Monarca apareció: barbas de tinta,
renegras, ¡oh, resplandor!*

*El verso de Teodoro,
la rima para Ofenisia,
el vestido venido de Río,
el corsé, el collar,
mantilla de seda negra,
el «sagüi» que tú me diste,
¿todo eso de qué sirve
Luis Antonio, mi hermano?*

*Son brasas sus ojos negros,
(—¡Son ojos de Emperador!)
incendiaron mis ojos.
Sábanas de sueños sus barbas
(—¡Son barbas imperiales!)
para mi cuerpo envolver.*

*Con él quiero casarme
(—¡Con rey no podéis casar!)
con él quiero acostarme
y entre sus barbas soñar.
(—¡Ay, hermana, nos deshonráis!)
Luis Antonio, mi hermano,
¿qué esperas para matar?*

*No quiero al conde, al barón,
señor de ingenio no quiero,
ni los versos de Teodoro,
no quiero rosas, claveles,
ni aros de diamantes.
¡Lo que quiero son las barbas
negras del Emperador!
Mi hermano, Luis Antonio,
de la casa ilustre de los Avila,
escucha, oh mi hermano:
si concubina no soy
del Señor Emperador,
en esta red voy a morir
de languidez.*

Del sol y de la lluvia con un pequeño milagro

En aquel año de 1925, cuando floreció el idilio de la mulata Gabriela y del árabe Nacib, la estación de las lluvias habíase prolongado más allá de lo normal y necesario, a tal punto que los plantadores, como un rebaño asustado, al entrecruzarse en las calles se preguntaban unos a otros, con miedo en los ojos y en la voz:

—¿No parará nunca?

Se referían a las lluvias; nunca habíase visto tanta agua cayendo de los cielos, día y noche, casi sin intervalos.

—Una semana más y todo estará en peligro.

—La zafra entera...

—¡Dios mío!

Hablaban de la zafra, que se anunciaba excepcional, superando con largueza a todas las anteriores. Con los precios del cacao, en constante aumento, esto significaba riqueza aún mayor, prosperidad, hartazgo, dinero a raudales. Los hijos de los «coroneles»(popularmente: ricachones) irían a los colegios más caros de las grandes ciudades a cursar sus estudios, nuevas casas se levantarían para las familias en las calles recientemente abiertas, lujosos moblajes serían encargados directamente a Río, llegarían pianos de cola para aristocratizar las salas; los negocios bien provistos multiplicándose, el comercio creciendo, la bebida corriendo en los cabarets, mujeres desembarcando de los barcos, el juego campeando en los bares y en los hoteles, ¡el progreso, en fin, la tan mentada civilización!

Y pensar que esas mismas lluvias, ahora demasiado copiosas, amenazadoras, diluviales, tanto se habían demorado en llegar, ¡tanto se habían hecho esperar y rogar! Meses antes, los «coroneles» elevaban los ojos hacia el cielo límpido en busca de nubes, de señales de próxima lluvia. Crecían las plantaciones de cacao, extendiéndose por todo el sur de Bahía, en espera de las lluvias indispensables para el desarrollo de los frutos recién nacidos, que sustituían las flores de las plantas. La procesión de San Jorge, aquel año, había cobrado el aspecto de una ansiosa promesa colectiva al santo patrono de la ciudad.

Su rica litera trabajada en oro, era llevada sobre los hombros orgullosos de los ciudadanos más notables y los estancieros más ricos, vestidos con el ropaje rojo de la cofradía, lo que no es poco decir, ya que los «coroneles» del cacao no se distinguían por la religiosidad, ni frecuentaban iglesias, y eran rebeldes a misas y confesiones, dejando estas debilidades para las mujeres de la familia: —¡Eso de la iglesia, son cosas para mujeres!

Se contentaban con atender los pedidos de dinero del Obispo y de los sacerdotes, destinado a obras y diversiones: el colegio de monjas en lo alto de la Victoria, el Palacio Diocesano, las escuelas de catecismo, las novenas, el mes de María, las

kermesses y fiestas de San Antonio y de San José.

Aquel año, en vez de quedarse por los bares bebiendo, todos ellos estaban en la procesión, con la vela en la mano, contritos, prometiendo el oro y el moro a San Jorge, a cambio de las preciosas lluvias. La multitud detrás de la litera, acompañaba por las calles los rezos de los sacerdotes. Vestido con el ropaje del ritual, las manos unidas para la oración y el rostro compungido, el padre Basilio elevaba la voz sonora, arrastrando los rezos.

Elegido para la importante función por sus eminentes virtudes, consideradas y estimadas por todos, también lo había sido porque aquel santo hombre era propietario de tierras y plantaciones, y por lo tanto, directamente interesado en la intervención celestial. Así, rezaba con redoblado vigor.

Las numerosas solteronas, en torno a la imagen de Santa María Magdalena, retirada la víspera de la iglesia de San Sebastián para acompañar la litera del santo patrono en su ronda por la ciudad, sentíanse transportadas en éxtasis ante la exaltación del padre, habitualmente bonachón pero apurado, despachando su misa en un abrir y cerrar de ojos, confesor poco atento a lo mucho que tenían ellas para contarle. ¡Tan diferente del padre Cecilio, por ejemplo!

Elevábase la voz vigorosa e interesada del cura en la oración ardiente, elevábase la voz cascada de las solteronas, el coro unánime de los «coroneles», y sus esposas, hijas e hijos, comerciantes, exportadores, trabajadores llegados del interior para la fiesta, cargadores, hombres de mar, mujeres de la vida, empleados de comercio, jugadores profesionales, y diversos malandrines, los chiquilines del catecismo y las muchachas de la Congregación Mariana. Subía la oración hacia un diáfano cielo sin nubes, donde, como una asesina bola de fuego, un sol despiadado quemaba, capaz de destruir los brotes del cacao, recién abiertos.

Algunas señoras de la sociedad, según la promesa sobre la que se pusieran de acuerdo en el último baile del Club Progreso, acompañaban la procesión con los pies descalzos, ofreciendo al santo el sacrificio de su elegancia, pidiéndole lluvia. Murmurábanse diferentes promesas, apurábase al santo, pues ninguna demora podía admitírsele, que bien veía él la aflicción de sus protegidos: era un milagro urgente lo que se le pedía.

San Jorge no había permanecido indiferente a los rezos, a la repentina y conmovedora religiosidad de los «coroneles», y al dinero por ellos prometido para la Iglesia Matriz, ni a los pies desnudos de las señoras, tan castigados por los adoquines de las calles, pero tocado sin duda más que todo por la agonía del padre Basilio. Tan receloso estaba el padre por el destino de sus frutos de cacao que, en los intervalos del ruego vigoroso, cuando el coro clamaba, juraba al santo abstenerse un mes entero de los dulces favores de su comadre y gobernanta Otálía. Cinco veces comadre, ya que cinco robustos retoños —tan vigorosos y promisorios como las plantas de cacao

del cura— había ella llevado a la pila bautismal, envueltos en linón y encaje.

No pudiendo reconocerlos, el padre Basilio era padrino de todos ellos —tres niñas y dos niños— y, ejerciendo la caridad cristiana, les prestaba el uso de su propio nombre de familia, Cerqueira, un bonito y honesto nombre.

¿Cómo podría San Jorge permanecer indiferente a tanta aflicción? Desde los tiempos inmemoriales de la Capitanía (antigua circunscripción territorial) él venía dirigiendo, bien o mal, los destinos de esa región, hoy tierra del cacao. El donatario, Jorge de Figueirédo Correia, a quien el rey de Portugal había dado, en prueba de amistad, esas decenas de leguas pobladas de salvajes y de «palo-brasil», no dispuesto a abandonar los placeres de la corte lisbonense por la selva bravía, había enviado a un cuñado español para que muriera en manos de los indios, en su lugar. Pero había recomendado poner bajo la protección del santo vencedor de los dragones aquel feudo que el rey, su señor, tuviera por bien regalarle. Él no iría a esa distante tierra primitiva, pero le daría su nombre, consagrándola a su tocayo San Jorge. Montado en su caballo, desde la luna, el santo seguía el destino animado de ese San Jorge dos Ilhéus desde aproximadamente cuatrocientos años. Había visto a los indios degollar a los primeros conquistadores y ser, a su vez, destrozados y esclavizados; había visto levantarse los ingenios de azúcar, las plantaciones de café, pequeños unos, mediocres las otras. Había visto vegetar esa tierra, sin mayor futuro, durante siglos. Después, había asistido a la llegada de las primeras plantaciones de cacao, ordenando a los macacos «jupará» que se encargasen de multiplicar las plantas de cacao. Tal vez sin objetivo definido, apenas para mudar un poco el paisaje del que ya debía estar cansado, luego de tantos años. Lejos de imaginar que, con el cacao, llegaba la riqueza, una época nueva para la tierra bajo su protección. Vio entonces cosas terribles: los hombres matándose traicionera y cruelmente por la posesión de valles y colinas, de ríos y sierras, quemando las plantas, plantando febrilmente sementeras y sementeras de cacao. Vio crecer súbitamente la región, nacer villas y poblados, vio llegar a Ilhéus el progreso trayendo un Obispo consigo, instalarse nuevos municipios —Itabuna, Itapira—, levantarse el colegio de monjas, vio a los barcos desembarcando gente, y tanta cosa vio que llegó a pensar que nada más podría impresionarlo. Pero a pesar de eso, se impresionó con aquella inesperada y profunda devoción de los «coroneles», hombres rudos, poco aficionados a leyes y rezos, con aquella loca promesa del padre Basilio Cerqueira, de naturaleza incontinente y fogosa, tan fogosa e incontinente que el santo dudaba que él pudiera cumplirla hasta el fin. Cuando la procesión desembocó en la plaza de San Sebastián, deteniéndose ante la pequeña iglesia blanca, cuando Gloria se persignó, sonriente, en su ventana maldecida, cuando el árabe Nacib salió de su bar desierto para apreciar mejor el espectáculo, entonces sucedió el tan mentado milagro. No, no se cubrió de nubes negras el cielo azul, ni comenzó a caer la lluvia. Indudablemente para no arruinar la procesión. Pero una

desmayada luz diurna surgió en el cielo, perfectamente visible a pesar de la claridad deslumbrante del sol. El negrito Tuísca fue el primero en verla, llamando la atención de las hermanas Dos Reís —sus patronas— en el centro del grupo negro de las solteronas. Un clamor de milagro se sucedió, partiendo de las solteronas excitadas, propagándose por la multitud, y esparciéndose luego por la ciudad entera. Durante dos días no se habló de otra cosa.

¡San Jorge había venido para oír los rezos, las lluvias no tardarían! Y efectivamente, algunos días después de la procesión, nubes de lluvia se acumularon en el cielo y las aguas comenzaron a caer al anochecer.

Sólo que San Jorge, naturalmente impresionado por el volumen de las oraciones y promesas, por los pies descalzos de las señoras y por el espantoso voto de castidad del padre Basilio, magnificó el milagro y ahora las lluvias no querían parar. La estación de las lluvias se prolongaba desde hacía ya más de dos semanas fuera del tiempo habitual. Aquellos brotes apenas nacidos de los cocos de cacao, cuyo desarrollo el sol había amenazado, crecieron magníficos con las lluvias, en número nunca visto, pero comenzaban ahora a necesitar nuevamente de sol. La continuación de las lluvias, pesadas y persistentes, podría pudrirlos antes de la zafra.

Con los mismos ojos de temor angustiado, los «coroneles» miraban el cielo plúmbeo, la lluvia cayendo: buscaban el sol escondido. En los altares de San Jorge, de San Sebastián, de María Magdalena, hasta en el de Nuestra Señora de la Victoria, en la capilla del cementerio, se encendían velas. Una semana más, tal vez diez días más de lluvias y la zafra estaría por entero en peligro; era una expectativa trágica. He ahí porqué, cuando aquella mañana en que todo comenzó, un viejo estanciero, el «coronel» Manuel das Onzas —así llamado porque sus plantaciones estaban casi en el fin del mundo, donde, según decían y él confirmaba, hasta tigres (onzas) rugían—, salió de su casa cuando todavía era casi noche, a las cuatro de la mañana, y vio el cielo despejado, de un azul fantasmagórico de aurora abriéndose, y el sol anunciándose con alegre claridad sobre el mar, levantó los brazos, y gritó con un alivio inmenso:

—En fin... La zafra se salvó.

El «coronel» Manuel das Onzas apuró el paso en dirección al puesto de pescado, en las inmediaciones del puerto, donde por la mañanita, cotidianamente, se reunía un grupo de viejos conocidos en torno de las latas de «mingau» (comida del tipo de la tapioca) de las «bahianas». No habría de encontrar a nadie en aquella hora, él era siempre el primero en llegar, pero caminaba rápidamente, como si todos lo esperasen para oír la noticia. La alborozada noticia del final de la estación de las lluvias. El rostro del estanciero se abría en una sonrisa feliz.

Estaba garantizada la zafra, aquélla que sería la mayor de todas, la excepcional, de precios en constante aumento, en ese año de tantos acontecimientos sociales y

políticos.

En el que tantas cosas mudarían en Ilhéus, año por muchos considerado como decisivo en la vida de la región. Para unos fue el año del caso de la barra, para otros el de la lucha política entre Mundinho Falcão (Mundiño Falcón), exportador de cacao, y el «coronel» Ramiro Bastos, el viejo cacique local. Terceros lo recordaban como el año del sensacional juicio del «coronel» Jesuíno Mendonza, algunos como el año de la llegada del primer navío sueco, iniciando la exportación directa de cacao. Nadie, sin embargo, habla de ese año, de la zafra de 1925 a la de 1926, sino como el año del amor de Nacib y Gabriela y, aun cuando se refieren a las peripecias del romance, no comprenden cómo, más que cualquier otro acontecimiento, fue la historia de esa loca pasión el centro de toda la vida de la ciudad en aquella época, cuando el impetuoso progreso y las novedades de la civilización transformaban la fisonomía de Ilhéus.

Del pasado y el futuro mezclados en las calles de Ilhéus

Las prolongadas lluvias habían transformado los caminos y las calles en lodazales, diariamente revueltos por las patas de las tropas de burros y de los caballos de los cazadores.

La propia carretera, recientemente inaugurada, que unía Ilhéus con Itabuna, por la que se trasladaban camiones y ómnibus, había quedado, en cierto momento, casi intransitable, los pequeños puentes habían sido arrastrados por las aguas, y sus restos barrocos hacían retroceder a los choferes. El ruso Jacob y su socio, el joven Moacir Estréla, dueños de un garage, se habían llevado un buen susto. Antes de la llegada de las lluvias habían organizado una empresa de transportes para explotar la carretera que unía las dos principales ciudades del cacao, enviando cuatro pequeños ómnibus en el sur. El viaje por ferrocarril duraba tres horas cuando no había atrasos, mientras que por la carretera podía realizarse en una hora y media.

Ese ruso, Jacob, poseía camiones, en los que transportaba cacao de Itabuna a Ilhéus. Moacir Estréla había instalado un garage en el centro, y también él trabajaba con camiones. Juntaron sus fuerzas, solicitaron capital en un banco endosando las facturas y mandaron buscar los ómnibus. Restregábanse las manos ante la expectativa de un negocio rendidor. Dicho de otra manera: el ruso restregábase las manos, y Moacir contentábase con silbar. El silbido alegre llenaba el garage mientras en los postes de la ciudad, boletines anunciaban el próximo establecimiento de la línea de ómnibus, y viajes más rápidos y más baratos que por el tren.

Pero sucedió que los ómnibus demoraron en llegar y, cuando finalmente desembarcaron de un pequeño carguero del Lloyd Brasileiro ante la admiración general de la ciudad, las lluvias estaban en su auge y el camino hecho una miseria. El puente de madera sobre el río Cachoeira, corazón mismo de la carretera, estaba amenazado por la creciente del río, y los socios resolvieron retrasar la inauguración de los viajes. Los ómnibus, nuevitos, quedaron dos meses en el garage, mientras el ruso maldecía en una lengua desconocida y Moacir silbaba rabiosamente. Los títulos vencían en el Banco, y si Mundinho Falcão no los hubiera socorrido en el apuro, el negocio habría fracasado antes de iniciarse. Había sido el propio Mundinho quien buscara al ruso, haciéndolo llamar a su escritorio, para ofrecerle, sin intereses, el dinero necesario. Mundinho Falcão creía en el progreso de Ilhéus y lo incrementaba.

Con la disminución de las lluvias el río bajó y, a pesar de que el tiempo continuaba malo, Jacob y Moacir habían mandado arreglar por cuenta propia algunos de los puentes, rellenado con piedras los trechos más resbaladizos, e iniciaron el servicio. El viaje inaugural, con el propio Moacir Estréla dirigiendo el vehículo, dio lugar a discursos y a bromas. Todos los pasajeros eran invitados: el Intendente, Mundinho Falcão, algunos otros exportadores, el «coronel» Ramiro Bastos, otros

estancieros, el Capitán, el Doctor, abogados y médicos.

Algunos, recelosos de la carretera, presentaron disculpas diversas, siendo sus lugares ocupados por otras personas, y tantos eran los candidatos que acabó viajando gente de pie. El viaje duró dos horas —la carretera todavía estaba difícil— pero todo corrió sin incidentes de mayor importancia. En Itabuna, a la llegada, hubo fuegos artificiales y un almuerzo conmemorativo. El ruso Jacob había anunciado, entonces, que para el final de la primera quincena de viajes regulares se realizaría en Ilhéus una gran comida, reuniendo a las personalidades máximas de los dos municipios, con el fin de festejar ese nuevo jalón del progreso local. El banquete fue encargado a Nacib. Progreso era la palabra que más se oía en Ilhéus y en Itabuna en ese tiempo. Estaba en todas las bocas, insistentemente repetida. Aparecía en las columnas de los diarios, en el cotidiano y en los semanarios, surgía en las discusiones de la Papelería Modelo, en los bares, en los cabarets. Los habitantes de Ilhéus repetíanla a propósito de las nuevas calles, de las plazas enjardinadas, de los edificios en el centro comercial y de las modernas residencias en la playa, de los talleres del «Diario de Ilhéus», de los ómnibus saliendo por la mañana y por la tarde para Itabuna, de los camiones transportando cacao, de los cabarets iluminados, del nuevo Cine Teatro Ilhéus, de la cancha de fútbol, del colegio del doctor Enoch, de los hambrientos conferencistas llegados de Bahía y hasta de Río, del Club Progreso con sus té-danzantes. «¡Es el progreso!».

Y lo decían orgullosamente, conscientes de colaborar todos en los cambios tan profundos experimentados en la fisonomía de la ciudad y en sus hábitos. Observábase un aire de prosperidad en todas partes, un vertiginoso crecimiento. Se trazaban calles para el lado del mar y de los morros, nacían plazas y jardines, se construían casas, palacetes, grandes residencias. Los alquileres subían, y en el centro comercial alcanzaban precios absurdos. Los bancos del sur abrían agencias, y el Banco de Brasil había construido un nuevo edificio, de cuatro pisos. ¡Una belleza! La ciudad iba perdiendo, día a día, aquel aire de campamento guerrero que la había caracterizado en el tiempo de la conquista de la tierra: con estancieros montados a caballo, el revólver a la cintura y aterradores guardaespaldas con el rifle en la mano, atravesando calles sin empedrar, a veces permanentemente embarradas y otras cubiertas de polvo; tiros llenando de miedo las noches intranquilas; vendedores ambulantes exhibiendo sus valijas en las calles. Todo eso iba muriendo, la ciudad resplandecía en vitrinas variadas y bien iluminadas, se multiplicaban las tiendas y los almacenes, los vendedores ambulantes andaban siempre por el interior y sólo aparecían en las ferias. Se multiplicaban los bares, cabarets, cines, colegios. Tierra de poca religión, enorgullecía, no obstante, con su elevación a Diócesis, y había recibido en medio de fiestas inolvidables al primer Obispo. Estancieros, exportadores, banqueros, comerciantes, todos dieron dinero para la construcción del Colegio de Monjas,

destinado a las jovencitas de Ilhéus, y para el Palacio Diocesano, ambos en lo alto de la Conquista. Como habían dado dinero para la instalación del Club Progreso, iniciativa de comerciantes y doctores con Mundinho Falcão a la cabeza, donde los domingos había té-danzantes, y de cuando en cuando grandes bailes. Surgían clubes de fútbol, prosperaba la Sociedad Rui Barbosa. En aquellos años, Ilhéus comenzaba a ser conocida, en todos los ámbitos del país, como la «Reina del Sur». El cultivo del cacao dominaba todo el sur del estado de Bahía, pues no existía cultivo más rendidor que éste, y con las fortunas creciendo, crecía Ilhéus, capital del cacao. Sin embargo, aún se mezclaba en sus calles ese impetuoso progreso, ese futuro de grandezas, con los restos de las épocas de la conquista de la tierra, de un próximo pasado de luchas y bandidos. Todavía las tropas de burros, conduciendo cacao hacia los depósitos de los exportadores, invadían el centro comercial, mezclándose a los camiones que comenzaban a hacerles frente. Aún pasaban muchos hombres calzados con botas, exhibiendo pistolas, todavía reventaban fácilmente tumultos en las callejas empinadas, y pistoleros conocidos vomitaban desafíos en los bolichones más bajos o de vez en cuando un asesinato era cometido en plena calle. Esas figuras se cruzaban en las calles empedradas y limpias, con exportadores prósperos, vestidos con elegancia por sastres venidos de Bahía, con innumerables vendedores viajeros, ruidosos y cordiales, sabedores siempre de la última anécdota, con los médicos, abogados, dentistas, agrónomos e ingenieros, llegados en cada barco. Hasta numerosos estancieros andaban ahora despojados de sus botas y sus armas, con aire pacífico, construyendo buenas casas para vivienda, pasando parte de su tiempo en la ciudad, poniendo sus hijos en el colegio de Enoch o enviándolos a las escuelas de Bahía, mientras sus mujeres iban a las estancias solamente en vacaciones, y vestidas de sedas y con zapatos de taco alto aparecían en las fiestas del Club Progreso, que ya frecuentaban.

Muchas cosas recordaba aún el viejo Ilhéus de antaño. No el del tiempo de los ingenios, de las pobres plantaciones de café, de los señores nobles, de los esclavos negros, de la casa ilustre de los Avila. De ese pasado remoto apenas si quedaban vagos recuerdos; sólo el Doctor se preocupaba con él. Sí los aspectos de un pasado reciente, del tiempo de las grandes luchas por la conquista de la tierra. Después que los padres jesuitas trajeran las primeras plantas de cacao. Cuando los hombres que llegaron en busca de fortuna se arrojaban sobre los bosques, disputando con la boca de los rifles y de los fusiles, la posesión de cada palmo de tierra. Cuando los Badaró, los Oliveira, los Blaz Damasio, los Teodoro das Baraúnas, y tantos otros, atravesaban los caminos, abrían picadas al frente de sus bandidos, en encuentros mortales. Cuando los bosques fueron derribados y las plantas de cacao plantadas entre cadáveres y sangre. Cuando reinó el aguardiente, cuando la justicia había sido puesta al servicio de los intereses de los conquistadores de la tierra, cuando cada gran árbol

escondía un tirador en la celada, esperando a su víctima. Era ese pasado que aún estaba presente en detalles de la vida de la ciudad y en los hábitos del pueblo. Desapareciendo de a poco, cediendo su lugar a las innovaciones y las costumbres recientes, pero no sin resistencia, especialmente en lo que se refería a hábitos, ya transformados casi en leyes por el tiempo. Uno de esos hombres, apegados al pasado, mirando con desconfianza aquellas novedades de Ilhéus, viviendo casi todo el tiempo en sus plantaciones, que solamente viajaba a la ciudad por motivos de negocios, o para discutir con los exportadores, era el «coronel» Manuel das Onzas. Mientras caminaba por la calle desierta, en la madrugada sin lluvias, la primera después de tanto tiempo, pensaba en partir aquel mismo día para su estancia. Se acercaba la época de la zafra, pronto el sol doraría los frutos del cacao, las plantaciones estarían espléndidas. Eso era lo que a él le gustaba, por eso la ciudad no conseguía aprisionarlo a pesar de sus numerosas seducciones: cines, bares, cabarets con mujeres hermosas, negocios surtidos. Prefería la abundancia de la estancia, las cacerías, el espectáculo de los cultivos de cacao, las conversaciones con los trabajadores, las repetidas historias de los tiempos de luchas, las aventuras con serpientes, las chinitas humildes en las paupérrimas casas de ramerías de las pequeñas poblaciones. Había venido a Ilhéus para conversar con Mundinho Falcão, vender cacao para su posterior entrega, y retirar dinero para nuevos arreglos y modificaciones en la estancia. El exportador andaba por Río de Janeiro, y el estanciero no había querido discutir con su gente, prefiriendo esperar el regreso de Mundinho, que llegaría en el próximo barco. Y mientras esperaba en la ciudad, alegre no obstante las lluvias, iba siendo arrastrado a los cines por los amigos (donde, por lo general, se dormía en la mitad de la película; se le cansaba la vista), a los bares, a los cabarets. Cuánto perfume tenían esas mujeres, Dios mío ¡qué barbaridad! ...Y cobrando carísimo, siempre pidiendo joyas, queriendo anillos... Ciertamente que esa Ilhéus era la perdición... Mientras tanto, el espectáculo del cielo límpido, la certeza de la zafra garantizada, la imagen del cacao secándose en las barcazas, dejando correr la miel que escapaba de sus frutos, partiendo cargado en el lomo de los burros, todo esto lo hacía tan feliz que llegó a pensar que era injusto mantener a su familia en la estancia, a los chicos creciendo sin instrucción, a la esposa en la cocina, como una negra, sin una diversión.

Otros «coroneles» vivían en la ciudad, construían buenas casas, se vestían como personas ...

De todo cuanto hacía en Ilhéus, durante sus rápidas estadías, nada agradaba más al «coronel» Manuel das Onzas que sus charlas matinales con los amigos, junto al puesto de pescado. Ese mismo día les comunicaría su decisión de instalar casa en Ilhéus, de traer a la familia. En todas esas cosas iba pensando mientras caminaba por la calle desierta cuando, al desembocar en el puerto, se encontró con el ruso Jacob, sin afeitar su barba pelirroja, despeinado, eufórico. Apenas vio al «coronel», abrió los

brazos y bramó alguna cosa pero, excitado como estaba, lo hizo en lengua extraña, la que no impidió que el poco ilustrado plantador lo entendiese, respondiendo:

—Así es... Por fin... Ha aparecido el sol, mi amigo.

El ruso se restregaba las manos:

—Ahora pondremos tres viajes diarios: a las siete de la mañana, al mediodía, y a las cuatro de la tarde. Y vamos a encargar otros tres ómnibus.

Caminaron juntos hasta el garage, donde el «coronel», anhelante, anunció:

—Esta vez voy a viajar en esa máquina suya. Me decidí...

El ruso rio:

—Con la carretera seca, el viaje apenas si va a durar poco más de una hora...

—¡Qué cosa! ¡Quién lo diría! Treinta y cinco kilómetros en una hora y media... Antiguamente nos costaba dos días llegar a caballo... Pues bien, si Mundinho Falcão llega hoy en el «Ita», ya puede reservarme un pasaje para mañana por la mañana ...

—Eso sí que no, «coronel». Mañana, no.

—¿Y por qué no?

—Porque mañana es nuestro banquete celebratorio, y usted es mi invitado. Una comida de primera, con el «coronel» Ramiro Bastos, el Intendente —el de aquí y el de Itabuna—, el Juez y también su colega de Itabuna, Mundinho Falcão, toda gente de primera clase... El gerente del Banco de Brasil... ¡Una fiesta de echar la casa por la ventana!

—Quién soy yo, Jacob, para esos lujos... Vivo en mi rincón...

—¡No señor, exijo su presencia! Será en el bar Vesubio, el de Nacib.

—En ese caso, partiré pasado mañana ...

—Le voy a reservar lugar en el primer asiento. El estanciero se despedía:

—¿Realmente, no hay peligro de que ese artefacto se dé vuelta? Con una velocidad así... Parece imposible.

Dos notables en el puesto de pescado

Se callaron un instante, oyendo la sirena del barco.

—Está pidiendo el práctico... —dijo Juan Fulgencio—. Es el «Ita», que viene de Río de Janeiro. Mundinho Falcão llega en él —informó el Capitán, siempre enterado de las novedades.

El Doctor retomó la palabra, alzando un dedo categórico para subrayar la frase:

—Es así, como yo le digo: unos años más, tal vez un lustro, e Ilhéus será una verdadera capital. Mayor que Aracajú, que Natal, que Maceió... No existe en la actualidad, en el norte del país, una ciudad de progreso más rápido. Hace pocos días, leí en un periódico de Río de Janeiro... —dejaba caer las palabras lentamente; aun mientras conversaba, su voz mantenía un cierto tono oratorio, pero su opinión era altamente considerada. Funcionario público jubilado, con fama de persona culta y talentosa, publicaba en los periódicos de Bahía largos e indigestos artículos históricos, y por lo mismo Pelópidas de Assunção d'Avila, hombre del Ilhéus de los viejos tiempos, era casi una gloria en la ciudad.

Alrededor suyo, todos aprobaban con la cabeza, contentos por la finalización de las lluvias y el innegable progreso de la región del cacao, que para todos ellos —estancieros, empleados, hombres de negocios, exportadores— era motivo de orgullo. Con excepción de Pelópidas, del Capitán y de Juan Fulgencio, ninguno de los que allí se detuvieron a conversar ese día, junto al puesto de pescado, había nacido en Ilhéus. Llegaron atraídos por el cacao, aunque todos sentíanse «grapiúnas» (despreciativamente Bahianos de la capital), ligados para siempre a aquella tierra, El «coronel» Ribeirito, ya con la cabeza encanecida, recordaba:

—Cuando yo desembarqué aquí, en 1902, el mes que viene hará veintitrés años, esto era un agujero sucio. El fin del mundo, cayéndose a pedazos. Olivença, en cambio, sí que era una ciudad... —rió al recordarlo. Muelle para que atracaran los barcos no había, las calles no estaban empedradas, el movimiento era pequeño. Buen lugar para esperar la muerte. Hoy, es esto que estamos viendo: cada día una calle nueva. El puerto repleto de embarcaciones.

Señalaba el amarradero: un carguero del «Lloyd» en el puente del ferrocarril, un barco de la compañía «Bahiana» en el puente que estaba frente a los depósitos, una lancha desatracada del puente más próximo para hacerle lugar al de la «Ita». Las barcas, lanchas y canoas yendo y viniendo entre Ilhéus y Pontal; llegando desde las plantaciones por el río.

Conversaban junto al puesto de pescado, construido en un lugar descampado, frente a la calle del Unhão, donde los circos, de paso para otros puntos, armaban, sus carpas.

Algunas negras vendían «mingau» y «Cuscuz»(torta de harina de arroz o maíz,

cocida al vapor), maíz cocido y bollitos de tapioca. Estancieros acostumbrados a madrugar en sus plantaciones, y ciertas figuras de la ciudad —el Doctor, Juan Fulgencio, el Capitán, Ño-Gallo, alguna que otra vez el Juez y el doctor Ezequiel Prado, casi siempre llegando directamente de la casa de su amante, situada en las inmediaciones— se reunían diariamente, antes de que despertara la ciudad. Con el pretexto de comprar el mejor pescado fresco debatiéndose todavía vivo en las mesas del puesto, comentaban los últimos acontecimientos, intercambiaban impresiones sobre la lluvia y la zafra, y el precio del cacao. Algunos, como el «coronel» Manuel das Onzas, aparecían tan temprano que asistían a la salida de los últimos retardados del cabaret Bataclán, y a la llegada de los pescadores con las canastas de pescados recién retirados de sus barcas, róbalos y dorados brillando como láminas de plata, a la luz de la mañana. El «coronel» Ribeirito, propietario de la estancia «Princesa de la Sierra», cuya riqueza en nada había afectado su simplicidad bonachona, casi siempre encontrábase allí cuando, a las cinco de la mañana, María de San Jorge, hermosa negra especialista en «mingau» y torta de «puba» (simil cuscuz, hecho con mandioca), bajaba del cerro, con su bandeja en la cabeza, vestida con una pollera de algodón de colores y una blusa almidonada, bien escotada, que dejaba al descubierto la mitad de los senos rígidos. ¡Cuántas veces el «coronel» la había ayudado a bajar la lata de «mingau», a arreglar su bandeja, con los ojos fijos en el escote! Algunos venían hasta en pantuflas, y el saco del pijama sobre un pantalón viejo. El Doctor nunca, naturalmente. Daba siempre la impresión de que jamás se desvestía de su ropa negra, de sus borceguíes, de su cuello de puntas dobladas, de su corbata austera, ni siquiera para dormir. Diariamente repetían el mismo itinerario: primero, el vaso de «mingau» en el puesto de pescado, la charla animada, el intercambio de novedades, las grandes carcajadas. Luego, iban caminando hasta el puente principal del muelle, donde se detenían un momento, para luego separarse, casi siempre frente al garage de Moacir Estréla donde el ómnibus de las siete de la mañana, espectáculo reciente, recibía a los pasajeros que se dirigían a Itabuna.

El barco hacía sonar nuevamente su sirena, con un silbido largo y alegre, como si quisiera despertar a toda la ciudad.

—Llegó el práctico. Va a entrar.

—Sí, Ilhéus es un coloso. No hay tierra de mayor futuro.

—Si el cacao sube, este año, aunque sea cincuenta centavos, con la zafra que vamos a tener, el dinero va a ser cama de gato... —sentenció el «coronel» Ribeirito con una expresión codiciosa en los ojos.

—Hasta yo voy a comprar una buena casa para mi familia. Comprar o construir... —anunció el «coronel» Manuel das Onzas.

—¡Caramba, muy bien! ¡Sí, señor, por fin! —aprobó el Capitán, palmeando la espalda del estanciero—. Ya era tiempo, Manuel... —se burló Ribeirito—. Los

chicos menores ya están llegando a la edad de ir al colegio, y no quiero que se queden tan ignorantes como los mayores y como el padre. Quiero que por lo menos uno de ellos sea doctor, con anillo y diploma.

—Además de eso —consideró el Doctor— los hombres ricos de la región, como usted, tienen la obligación de contribuir al progreso de la ciudad, construyendo buenas casas, bungalows, palacetes. Vea si no el que se hizo construir Mundinho Falcão en la playa; y eso que él llegó aquí hace apenas un par de años y que, además de eso es soltero. Al final de cuentas, ¿de qué sirve juntar dinero si se ha de vivir metido entre las plantaciones, sin ninguna comodidad?

—Lo que es yo, voy a comprar una casa en Bahía. Llevaré la familia para allá —dijo el «coronel» Amancio Leal, que tenía un ojo vaciado y un defecto en el brazo izquierdo, recuerdos del tiempo de las luchas.

—Eso es lo que yo llamo falta de civismo —indignóse el Doctor—. ¿Fue allá o fue en Ilhéus que usted ganó dinero? ¿Por qué emplear en Bahía el dinero que ha ganado aquí?

—Calma, doctor, no se altere. Ilhéus es un buen lugar, etcétera, pero, como usted comprenderá, Bahía es la capital, tiene de todo, especialmente buenos colegios para mis hijos.

Pero el doctor no se calmaba:

—Tiene de todo porque ustedes desembarcan aquí, con las manos vacías, se hartan la barriga y se llenan de dinero, y luego van a gastarlo a Bahía.

—Pero...

—Creo, compadre Amancio —le dijo Juan Fulgencio al estanciero— que nuestro doctor tiene razón. Si nosotros no cuidamos a Ilhéus ¿quién va a cuidarla?

—No digo que no... —cedió Amancio. Era un hombre calmo, al que no le gustaban las discusiones, y nadie que lo viese así, tranquilo, imaginaría estar delante del célebre jefe de bandoleros, de uno de los hombres que más sangre hiciera correr en Ilhéus, durante las luchas por las tierras de Sequeiro Grande—. Para mí, personalmente, ninguna tierra vale lo que Ilhéus. Pero en Bahía existen otras comodidades, buenos colegios. ¿Quién puede negar eso? Mis muchachos más jóvenes están en el Colegio de los Jesuitas, y la patrona no quiere estar lejos de ellos. Ya se muere de nostalgias del que está en San Pablo... ¿Qué puedo hacer? Por mí, no saldría de aquí...

El Capitán intervino:

—Por el colegio, no, Amancio. Teniendo aquí el de Enoch, resulta hasta absurdo decir eso. No hay colegio mejor en Bahía... —El propio Capitán, para ayudar y no porque lo necesitase, enseñaba Historia Universal en el colegio fundado por un abogado de escasa clientela, el doctor Enoch Lira, que introdujera métodos de enseñanza modernos, y aboliera la palmatoria.

—Pero ni siquiera está oficializado.

—A estas horas ya debe estarlo. Enoch recibió un telegrama de Mundinho Falcão diciendo que el Ministro de Educación le garantizará eso mismo para dentro de algunos días...

—¿Entonces?

—Ese Mundinho Falcão es extraordinario...

—¿Qué diablo creen ustedes que él quiere? —preguntó el «coronel» Manuel das Onzas, pero la pregunta quedó sin respuesta, porque se había iniciado una discusión entre Ribeirito, el Doctor y Juan Fulgencio, a propósito de métodos de enseñanza.

—Será todo lo que ustedes quieran. Para mí, para enseñar el «b-a, ba», no hay nadie como doña Guillermina. Mano de hierro. Mis hijos, solamente con ella aprenden a leer y a contar. Eso de enseñar sin palmatoria...

—Atraso, «coronel» —sonreía Juan Fulgencio—. Ese tiempo ya pasó. La moderna pedagogía...

—¿Qué cosa?

—La palmatoria es necesaria, sino...

—Ustedes están atrasados en un siglo. En los Estados Unidos...

—A las chicas las pongo en el colegio de las hermanas, naturalmente, pero a los varones los dejo con doña Guillermina...

—La pedagogía moderna abolió la palmatoria y los castigos físicos —consiguió explicar Juan Fulgencio.

—No sé de quién está hablando usted, Juan Fulgencio, pero le garantizo que fue muy mal hecho. Si yo sé leer y escribir...

Así, discutiendo sobre los métodos del doctor Enoch y de la famosa doña Guillermina, legendaria por su severidad, fueron caminando hacia el puente. Desembocando de otras calles, algunas personas aparecían en la misma dirección, pues iban a esperar el barco. A pesar de la hora matinal, reinaba ya cierto movimiento en el puerto. Los cargadores llevaban sacos de cacao de los depósitos al barco de la «Bahiana». Una barcaza que se preparaba para partir, con las velas desplegadas, parecía un enorme pájaro blanco. Un toque de silbato vibró en el aire, anunciando la partida próxima. El «coronel» Manuel das Onzas insistía:

—¿Qué es lo que Mundinho Falcão quiere? Ese hombre tiene el diablo en el cuerpo. No se contenta con sus negocios, y se mete en todo.

—Caramba, es muy fácil. Quiere ser Intendente en la próxima elección.

—No creo... Es poco para él —dijo Juan Fulgencio—. Es hombre de ambiciones.

—Haría un buen Intendente. Emprendedor. —Un desconocido, que llegó aquí hace poco...

El Doctor, admirador de Mundinho Falcão, atajó:

—Hombres como Mundinho Falcão necesitamos. Hombres de visión, valientes,

dispuestos...

—Caramba, Doctor, coraje es lo que nunca les faltó a los hombres de esta tierra...

—No hablo de esa clase de coraje, de pegar tiros y matar gente. Hablo de algo más difícil...

—¿Más difícil?

—Mundinho Falcão llegó aquí el otro día, como dice Amancio. Pero miren cuántas cosas ya realizó: hizo la avenida en la playa, cosa en la que nadie creía, que fue un negocio de primera y que embelleció la ciudad. Trajo los primeros camiones, y sin él no hubiese salido el «Diario de Ilhéus», ni tendríamos el Club Progreso.

—Dicen que prestó dinero al ruso Jacob y a Moacir para la empresa de ómnibus...

—Estoy con el Doctor —dijo el Capitán, hasta entonces silencioso—. Hombres así necesitamos... Capaces de comprender y ayudar al progreso. Habían llegado al puente, donde ya estaban Ño-Gallo, empleado de la Receptoría de Rentas, bohemio inveterado, figura indispensable en todos los círculos, de voz gangosa y anticlerical irreductible.

—Viva la ilustre compañía... —estrechaba las manos, iba contando—: Estoy muriendo de sueño. Estuve en el Bataclán con el árabe Nacib, y terminamos yendo a casa de Machadão (Machadón): comida, mujeres... Pero no podía dejar de venir al desembarque de Mundinho Falcão.

Frente al garage de Moacir Estréla se juntaban los pasajeros del primer ómnibus. El sol había salido, y hacía un día espléndido.

—Vamos a tener una zafra de primera.

—Mañana tenemos una comida, el banquete de los ómnibus...

—Es verdad. El ruso Jacob me invitó.

La conversación fue interrumpida por los repetidos silbatos, breves y afligidos del barco. Hubo un movimiento de expectativa en el puente. Hasta los changadores se detuvieron para escuchar.

—¡Encalló! —¡Porquería de costa!

—Si continúa así, ni el barco de la «Bahiana» va a poder entrar en el puerto.

—Y menos aún el de la «Costera» y el del «Lloyd». —La «Costera» ya amenazó con suspender la línea. Barra difícil y peligrosa, aquélla de Ilhéus, apretada entre el cerro del Unhão (Uñon), en la ciudad, y el cerro de Pernambuco, en una isla al lado del Pontal. Canal estrecho y poco profundo, de arena moviéndose continuamente en cada marea. Era frecuente que los navíos encallasen, y a veces tardaran un día en zafarse. Los grandes navíos no se atrevían a cruzar la barra asustadora a pesar del magnífico fondeadero de Ilhéus.

Los llamados continuaban angustiados. Personas que habían venido a esperar el navío comenzaban a tomar el camino de la calle del Unhão para ver lo que pasaba en

la barra.

—¿Vamos hasta allá?

—Esto es lo que subleva —decía el Doctor mientras el grupo caminaba por la calle sin empedrar, contorneando el cerro—. Ilhéus produce una gran parte del cacao que se consume en el mundo, tiene un puerto de primera, y sin embargo, la renta de la exportación del cacao queda en la ciudad de Bahía. Todo por causa de esta maldita barra...

Ahora que las lluvias habían cesado, ningún asunto entusiasmaba más a los habitantes de Ilhéus que ése. Sobre la barra y la necesidad de hacerla practicable para los grandes navíos, se discutía todos los días y en todas partes. Se sugerían medidas, criticábase al gobierno, acusando a la Intendencia de ocuparse poco. Sin llegarse a ninguna solución, quedando las autoridades en promesas, y las dársenas de Bahía recogiendo los impuestos de exportación.

Mientras una vez más volvía a hervir la discusión, el Capitán se retrasó, tomó del brazo a Ño-Gallo, a quien dejara en la puerta de María Machadáo, alrededor de la una de la madrugada:

—¿Y su muchacha, qué tal?

—Bocado fino... —murmuró Ño-Gallo con su voz gangosa. Y contó: —No sabe lo qué se perdió. Debería haber visto al árabe Nacib, declarándole su amor a aquella tuerta jovencita que salió con él. Era de mearse de risa...

Los pitos del barco crecían en desesperación y ellos apuraron el paso, mientras aparecía gente de todos lados.

De cómo el Doctor casi tenía sangre imperial

El Doctor no era doctor, y el Capitán no era capitán. Como la mayor parte de los «coroneles» no eran coroneles. Pocos, en realidad, eran los estancieros que en los comienzos de la República y del cultivo del cacao, habían alcanzado el grado de Coronel de la Guardia Nacional. Pero quedó la costumbre: dueño de plantaciones de más de mil arrobas, pasaba normalmente a usar y recibir el título, que allí no significaba mando militar sino reconocimiento de la riqueza. Juan Fulgencio, a quien le gustaba reírse de las costumbres locales, decía que la mayoría de ellos eran «coroneles de jagunzos» (salteador, bandido), ya que muchos de ellos habían estado envueltos en las luchas por la conquista de la tierra.

Entre las jóvenes generaciones hubo quien ni siquiera supiera el sonoro y noble nombre de Pelópidas de Assunção d'Avila, tanto habíanse acostumbrado a tratarlo repetuosamente de «doctor».

En cuanto a Miguel Bautista de Oliveira, hijo del finado Cazuzinha, que fuera Intendente durante el primer período de las luchas, que tuviera dinero pero que había muerto pobre, y cuya fama de bondad aún hoy es comentada por las viejas comadres, desde criatura fue llamado «capitán», cuando, inquieto y atrevido, comandaba a los chiquillos de entonces.

Eran dos personalidades ilustres de la ciudad y, aunque viejos amigos, entre ellos se dividía la población, indecisa en resolver cuál de los dos era el mayor y más arrebatador orador local. Dejando de lado al doctor Ezequiel Prado, invencible en el tribunal.

En los feriados nacionales —el 7 de setiembre, el 15 de noviembre, o el 13 de mayo (fechas patrias brasileñas)—, en las fiestas de fin de año, o de Año Nuevo con «reisado» (fiesta del día de reyes), pesebre y bumba-meu boi (fiesta nordestina), en ocasión de la llegada a Ilhéus de literatos de la capital del Estado, la población se regocijaba y una vez más se dividía ante la oratoria del Doctor y del Capitán.

Nunca habíase alcanzado la unanimidad en esa disputa, prolongada a través de los años. Prefiriendo unos las altisonantes frases del Capitán, donde los adjetivos grandiosos sucedíanse en impetuosa cabalgata y algunos temblores en la voz ronca provocaban delirantes aplausos; prefiriendo otros los largos períodos rebuscados del Doctor, la erudición trasluciendo en los nombres citados abundantemente, en la adjetivación difícil en que brillaban como joyas raras, ciertas palabras, tan clásicas, que apenas unos pocos conocían su verdadero significado.

Hasta las hermanas Dos Reís, tan unidas en todo lo restante de la vida, en este caso dividían sus opiniones. La debilucha y nerviosa Florita, se exaltaba con las arrogancias verbales del Capitán, con sus «rútilas auroras de la libertad», deleitábase con los trémulos de voz al final de las frases, que vibraban en el aire. Quinquina, la

gorda y alegre Quinquina, prefería el saber del Doctor, aquellas vetustas palabras, ésa su manera patética de clamar con el dedo en alto: «¡Pueblo, oh mi pueblo!». De regreso de las reuniones cívicas en la Intendencia o en la plaza pública, las dos discutían, como lo hacía toda la ciudad incapaz de decidirse.

—No entiendo nada, pero es tan bonito... —concluía Quinquina, votando por el Doctor.

—Hasta me corre un frío por la columna cuando él habla —decía Florita, votando por el Capitán.

Memorables días aquellos en que, en el palco de la Plaza de la Matriz de San Jorge, ornamentado con flores, el Capitán y el Doctor alternábanse en la palabra, uno como orador oficial de la Euterpe 13 de Mayo, el otro en nombre del Gremio Rui Barbosa, organización literario charadística de la ciudad. Desaparecían todos los otros oradores (aun el profesor Josué, cuyo palabreado lírico tenía su público de chiquillas del colegio de monjas), y se hacía el silencio de las grandes ocasiones cuando avanzaba hacia él palco la figura morena e insinuante del Capitán, vestido impecablemente de blanco con una flor en la solapa, alfiler de rubí en la corbata y aire de ave de rapiña debido a la nariz larga y curvada; o bien la silueta delgada del Doctor, pequeñito y saltarín como gárrulo pajarito inquieto, vistiendo su eterna ropa negra, cuello alto y pechera almidonada, con el «pince-nez» unido al saco por una cinta, y los cabellos ya casi enteramente blancos.

—Hoy el Capitán parecía una catarata de elocuencia. ¡Qué palabreado bonito!

—Pero vació. El Doctor, en cambio pone tuétano en todo lo que dice. ¡El hombre es un diccionario! Solamente el doctor Ezequiel Prado podía hacerle competencia en las pocas ocasiones en que, ebrio hasta caerse, subía a otra tribuna, fuera del Tribunal. También él tenía sus incondicionales, y, en lo que se refiere a los debates jurídicos, la opinión pública era unánime no había quien se le comparase.

Pelópidas de Assunção d'Avila, descendía de unos Avila, hidalgos portugueses establecidos en Ilhéus en tiempos de las capitanías. Por lo menos así lo afirmaba el doctor, diciendo que se basaba en documentos de familia. Opinión digna de considerarse; ¡la de un historiador!

Descendiente de esos célebres Avila, cuyo solar habíase levantado entre Ilhéus y Olivença, hoy negras ruinas frente al mar, rodeadas de cocoteros, pero también de unos Assunção plebeyos y comerciantes, dígame en su homenaje, él rendía culto a la memoria de unos y de otros con el mismo exaltado fervor. Es claro que poco había que referir de los Assunção, mientras que la crónica de los Avila era rica en sucesos. Oscuro empleado nacional jubilado, el doctor vivía, sin embargo, perdido en un mundo de fantasías y de grandeza: la gloria antigua de los Avila y el glorioso presente de Ilhéus. Sobre los Avila, sus hechos y su prosapia, estaba él desde hacía muchos años escribiendo un libro voluminoso y definitivo. Era ardoroso propagandista y

colaborador voluntario del progreso de Ilhéus.

Un Avila colateral y arruinado había sido el padre de Pelópidas. De la familia noble apenas si había heredado el nombre y el aristocrático hábito de no trabajar. No obstante, había sido el amor y no el interés, como entonces se dijera, lo que le llevara a casarse con una plebeya, hija del dueño de un próspero bazar de bagatelas. Tan próspero durante la vida del viejo Assunção que el nieto Pelópidas fue enviado a estudiar en la facultad de Derecho de Río de Janeiro. Pero el viejo Assunção había muerto sin haber perdonado enteramente a su hija la torpeza de aquel casamiento noble, y el hidalgo, habiendo adquirido hábitos tan populares como el juego «de gamão»(gamón), y las peleas de gallos, fue comiéndose poco a poco el bazar, metro a metro los géneros, docena a docena las horquillas; pieza por pieza las cintas de colores. Y así había terminado la prosperidad de los Assunção luego de la grandeza de los Avila, dejando a Pelópidas en Río de Janeiro, sin recursos para continuar los estudios cuando andaba ya por el tercer año de la Facultad. Por entonces ya lo llamaban «doctor», primero el abuelo y las empleadas de la casa, y luego los vecinos, cuando volvía a Ilhéus en vacaciones.

Amigos de su abuelo le consiguieron un pobre empleo en una repartición pública, dejó entonces los estudios pero permaneció en Río. Progresó en la repartición, pobre progreso, sin embargo, por falta de protección de los grandes, y de la útil sabiduría de la adulación. Treinta años después se jubiló y volvió a Ilhéus para siempre, para dedicarse a «su obra», el libro monumental sobre los Avila y el pasado de Ilhéus. Libro que ya era, por sí mismo, casi una tradición. De él se hablaba desde los tiempos en que, cuando aún era estudiante, el doctor publicara en una revista carioca, de circulación limitada y vida reducida al primer número, un famoso artículo sobre los amores del Emperador Pedro II —en su imperial viaje al norte del país— con la virginal Ofenisia, una Avila romántica y linfática.

El artículo del joven estudiante hubiera quedado en completa oscuridad si, por uno de esos azares, la revista no hubiese caído en manos de un escritor moralista, conde papal y miembro de la Academia Brasileña de Letras. Admirador incondicional de las virtudes del monarca, el conde sintióse ofendido en su propio honor con aquella «insinuación depravada y anarquista», que colocaba al «insigne varón» en la ridícula postura de suspirante, de huésped desleal que buscaba las miradas de la hija virtuosa de la familia cuya casa honraba con su visita.

En virtuoso portugués del siglo XVI, el conde hizo polvo al audaz estudiante, adjudicándole intenciones y objetivos que Pelópidas jamás tuviera. Alborozóse el estudiante con la durísima respuesta, que era casi la consagración. Para el segundo número de la revista preparó un artículo, en portugués no menos clásico, y con argumentos irrefutables en el que, basado en hechos y sobre todo en los versos del poeta Teodoro de Castro, destrozaba definitivamente las negativas del conde. La

revista no siguió circulando y se quedó en su primer número. El diario donde el conde atacara a Pelópidas se negó a publicarle la respuesta y, a mucho costo resumió las dieciocho páginas del doctor a veinte líneas en un rincón de la página. Pero aún hoy el doctor se vanagloria de ésa su «violenta polémica» con un miembro de la Academia Brasileña de Letras, nombre conocido en todo el país.

—Mi segundo artículo lo aplastó y lo redujo al silencio...

En los anales de la vida intelectual de Ilhéus, esa polémica es asidua y vanidosamente citada como prueba de la cultura de sus hijos, junto a la mención de honor obtenida por Ari Santos actual presidente del Gremio Rui Barbosa, empleado en una casa exportadora en el concurso de cuentos de una revista carioca y de los versos del ya citado Teodoro de Castro.

En lo que respecta a los amores clandestinos del Emperador y de Ofensia, al parecer se redujeron a miradas, suspiros y juramentos murmurados. El imperial viajero, la conoció en Bahía, durante una fiesta, apasionándose por sus ojos desmayados. Y como habitaba en la residencia de los Avila, en la «Ladeira do Pelourinho» (Pelouriño), un cierto padre Romuáldo, latinista meritorio, más de una vez el Emperador apareció por allí, con el pretexto de visitar al sacerdote de tanto saber. En los adornados balcones de la casa, el monarca había suspirado en latín su inconfesado e imposible deseo por esa flor de los Avila.

Ofensia, excitada como una mucama, rondaba la sala en la que las barbas negras y sabias del Emperador cambiaban ciencia con el padre, bajo los ojos respetuosos e ignorantes de Luis Antonio d'Avila, su hermano y jefe de la familia. Es cierto que Ofensia, después de la partida de su imperial enamorado, desencadenó una ofensiva destinada a obtener la mudanza de todos para la corte, pero fracasó ante la obstinada resistencia de Luis Antonio, guardián de la honra de la doncella y de la familia. Ese Luis Antonio d'Avila, murió hecho coronel en la guerra del Paraguay, comandando hombres llevados de sus ingenios, en la retirada de Laguna. La romántica Ofensia murió tísica y virgen en el solar de los Avila, nostálgica de las barbas reales. Y borracho murió el poeta Teodoro de Castro, el apasionado y maravilloso cantor de las gracias de Ofensia, cuyos versos tuvieron cierta popularidad en la época, nombre hoy injustamente olvidado en las antologías nacionales.

Para Ofensia había escrito sus versos más inspirados, exaltando en rimas ricas su frágil belleza enfermiza, suplicando su inaccesible amor. Versos aún hoy declamados por las alumnas del colegio de monjas, al son de la «Dalila», en fiestas y saraos. El poeta Teodoro, temperamento trágico y bohemio, sin duda murió de lánguida nostalgia (¿quién irá a discutir esa verdad con el doctor?), diez años después de la salida por la puerta del solar en luto, del blanco ataúd donde iba el cuerpo macerado de Ofensia. Murió en verdad ahogado en alcohol, en el alcohol entonces barato en Ilhéus, del ingenio de los Avila.

Material interesante no le faltaba al doctor, como se ve, para su inédito y ya famoso libro: los Avila de los ingenios de azúcar y alambiques de aguardiente, de centenas de esclavos, de tierras inabarcables, los Avila del solar de Olivença, de la mansión en la Ladeira do Pelourinho en la capital, los Avila de pantagruélico paladar, los Avila mantenedores de concubinas en la corte, los Avila de las bellas mujeres y de los hombres sin miedo, incluyendo hasta un Avila letrado. Además de Luis Antonio y de Ofenisia, otros se habían destacado, antes y después, como aquél que luchó en tierras bahianas, junto al abuelo de Castro Alves, contra las tropas portuguesas en las batallas de la Independencia, en 1823. Otro, Jerónimo d'Avila, habiéndose dado a la política y derrotado en unas elecciones (fraguadas por él en Ilhéus, y realizadas fraudulentamente por los adversarios en el resto de la provincia), poniéndose al frente de sus hombres, después de arrasar caminos y saquear poblados, se había dirigido a la capital amenazando con deponer al gobierno.

Intermediarios consiguieron la paz y compensaciones para el furibundo Avila. La decadencia de la familia acentuóse con Pedro d'Avila, de barbita rubia y alocado temperamento, que huyó abandonando el solar (el caserón de Bahía ya había sido vendido), los ingenios y los alambiques hipotecados y la familia en llantos, para seguir a una gitana de extraña belleza y —en el decir de la esposa inconsolable— de maléficos poderes.

De ese Pedro d'Avila, consta que murió asesinado durante una pelea callejera, por otro amante de la gitana.

Todo eso formaba parte de un pasado olvidado por los ciudadanos de Ilhéus. Una nueva vida había comenzado con la aparición del cacao, lo de ayer ya no contaba: ingenios y alambiques, plantaciones de caña de azúcar y de café, leyendas e historias que narraban cómo los hombres lucharon entre ellos por la posesión de la tierra. Los cantores ciegos llevaban por las ferias, hasta las más distantes regiones solitarias. Los nombres y los hechos de los hombres del cacao, junto con la fama de aquella región. Solamente el Doctor preocupábase con los Avila. Lo que, sin embargo, no dejaba de aumentar la consideración que le dispensaban en la ciudad. Aquellos rudos conquistadores de tierras, estancieros de pocas letras, tenían un respeto casi humilde por el saber, por los hombres que escribían en los diarios y pronunciaban discursos. ¿Qué decir entonces de un hombre con tanta inteligencia y conocimiento, capaz de estar escribiendo o de haber escrito un libro? Porque tanto se había hablado de ese libro del Doctor, tanto se elogiaron sus cualidades, que muchos lo creían publicado desde hacía años, y ya incorporado definitivamente al acervo de la literatura nacional.

De cómo Nacib despertó sin cocinera

Nacib despertó con los fuertes golpes dados en la puerta de su habitación. Había llegado de madrugada; luego de cerrar el bar anduvo con Tónico Bastos y Ño-Gallo por los cabarets, acabando en la casa de María Machadão con Risoleta, una recién llegada de Aracajú, un poco bizca.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Nacib. Para despedirme, me voy.

Un navío hacía oír su silbato cercano, llamando al práctico.

—¿Hacia dónde va, Filomena?

Nacib levantóse, prestando una atención distraída al silbato del navío —por el modo de pitar es un «Ita», pensaba—, mientras trataba de ver la hora en el reloj colocado al lado de la cama: seis de la mañana, y él había llegado alrededor de las cuatro. ¡Qué mujer aquella Risoleta! No es que se tratase de una belleza, hasta tenía un ojo torcido, pero sabía cosas, mordíale la punta de la oreja y se tiraba para atrás, riendo... ¿Qué clase de locura había atacado a la vieja Filomena?

—A Agua Preta, a quedarme con mi hijo...

—¿Qué diablos de historia es ésa, Filomena? ¿Está loca?

Buscaba las chinelas con los pies, mal despierto todavía, con el pensamiento puesto en Risoleta. El perfume barato de la mujer aún persistía en su pecho velludo. Salió descalzo hacia el corredor, metido en su camisón. La vieja Filomena esperaba en la sala, con su vestido nuevo, un pañuelo floreado en la cabeza y el paraguas en la mano. En el suelo, el baúl y un paquete con cuadros de santos. Había sido sirvienta de Nacib desde que él comprara el bar, hacía más de cuatro años. Impertinente, pero limpia y trabajadora, sería a más no poder, era incapaz de tocar un centavo, y muy cuidadosa. «¡Una perla, una piedra preciosa!», acostumbraba a decir doña Arminda para definirla. Tenía sus días de malhumor, cuando amanecía con la cara amoscada, entonces no hablaba sino para anunciar su próxima partida, el viaje a Agua Preta, donde su único hijo habíase establecido con un mercadito. Tanto hablaba de irse, de aquel famoso viaje, que Nacib ya no le creía, pensando que todo aquello no pasaba de manías inofensivas de la vieja, ya tan ligada a él, más persona de la casa que empleada, y casi una pariente lejana.

El navío hacía oír su silbato, Nacib abrió la ventana; era, como había adivinado, el «Ita» procedente de Río de Janeiro. Estaba llamando al práctico, parado ante la «piedra do Rapa».

—Pero, Filomena, ¿qué locura es ésa? Así, de repente, sin avisar ni nada... ¡Absurdo!

—¡Qué, don Nacib! Desde que crucé el marco de su puerta le vengo diciendo: «un día de éstos me voy a juntar con mi Vicente...».

—Me podía haber dicho ayer que se iba hoy...

—Pero si le mandé un recado con Chico. Usted no le prestó atención, no apareció por casa... Realmente, Chico-Pereza, su empleado y vecino, hijo de doña Arminda, le había llevado juntamente con el almuerzo el recado de la vieja, anunciando su próxima partida. Pero como eso sucedía todas las semanas, Nacib lo había escuchado sin responder.

—Yo lo esperé toda la noche... Hasta la madrugada lo esperé. Pero usted andaba corriendo terneras por ahí, semejante hombre que ya debía estar casado, con la cola asentada en casa en vez de vivir cambiando de piernas, después del trabajo... Un día, a pesar de todo ese cuerpo, va a enfermarse y a estirar las patas... Señalaba, con el dedo levantado, flaco y acusador, el pecho del árabe asomando por el cuello del camión, bordado con pequeñas flores rojas. Nacib bajó los ojos, vio las manchas de lápiz labial. ¡Risoleta!...

La vieja Filomena y doña Arminda vivían criticando su vida de soltero, tirándole indirectas, planeando su casamiento.

—Pero, Filomena...

—No hay nada más que decir, don Nacib. Me voy ahora mismo, Vicente me escribió, va a casarse, me necesita. Ya preparé mis cosas...

Y tan luego en vísperas del banquete de la Empresa de Omnibus Sur-Bahiana, contratado para el día siguiente; una cosa como para tumbar a cualquiera, ¡tan luego treinta cubiertos!

—Adiós, don Nacib. Dios le proteja y le ayude a encontrar una novia buena, que cuide de su casa...

—Pero, mujer, son las seis de la mañana, el tren sale recién a las ocho...

—Yo no me confío en los trenes, son bichos matreros. Prefiero llegar con tiempo...

—Deje por lo menos que le pague...

Todo aquello le parecía una pesadilla idiota. Movíase descalzo por la sala, pisando en el cemento frío, estornudó, lanzó bajito una maldición. A ver si todavía se resfriaba, para completar la situación... Maldita vieja loca...

Filomena extendía la mano huesuda, la punta de los dedos.

—Hasta otro momento, don Nacib. Cuando vaya por Agua Preta háganos una visita.

Nacib contó el dinero, agregó unos pesos de más —a pesar de todo, ella lo merecía—, la ayudó a tomar el baúl, el paquete pesado con los cuadros santos —antes colgados profusamente en su pequeña habitación de los fondos—, y el paraguas. Por la ventana entraba la mañana alegre, y con ella la brisa del mar, el canto de un pájaro, y un sol sin nubes, luego de tantos días de lluvia. Nacib miró el barco; la lancha del práctico se aproximaba. Levantó los brazos desperezándose, y

desistió de volver a la cama. Dormiría la siesta para estar en forma a la noche, había prometido a Risoleta volver. Diabla de vieja, había trastornado su día...

Fue hacia la ventana, y se quedó mirando cómo se alejaba su empleada. El viento del mar lo hizo estremecer. La casa, en la pendiente de San Sebastián, estaba situada casi detrás del muelle. Por lo menos habían cesado las lluvias. Tanto habían durado que casi perjudica la zafra, los frutos jóvenes de cacao, que pudieron pudrirse en los árboles si la lluvia hubiese continuado... Los «coroneles» habían comenzado a demostrar cierta inquietud. En la ventana de la casa vecina apareció doña Arminda, despidiendo con su pañuelo a la vieja Filomena, amiga íntima suya.

—Buen día, don Nacib.

—La loca de Filomena... Se fue...

—Ajá... Una coincidencia, don Nacib, que usted ni se imagina. Todavía ayer le dije a Chico cuando él llegó del bar: «Mañana, doña Filomena se va, el hijo le mandó una carta llamándola...».

—Él me dijo, sí, pero no lo creí.

—Ella se quedó hasta tarde esperándolo. Quedamos las dos conversando, sentadas en el batiente de su casa. Claro que usted no apareció... —rióse con una risita entre reprobadora y comprensiva.

—Ocupado, doña Arminda, mucho trabajo...

Ella no quitaba los ojos de las manchas de «rouge». Nacib se sobresaltó: ¿tendría también manchas en la cara? Probable, muy probable...

—Si es lo que yo siempre digo: hombre trabajador como don Nacib hay pocos en Ilhéus... Hasta de madrugada...

—Y tan luego hoy —se lamentó Nacib—, con una comida para treinta cubiertos encargada en el bar para mañana a la noche...

—Yo ni lo sentí cuando entró, y eso que fui a dormir bien tarde, más de las dos de la mañana... Nacib rezongó alguna cosa; doña Arminda era la curiosidad en persona.

—Ni sé a qué hora llegué... Ahora, ¿quién irá a preparar el banquete?

—Un problema... Conmigo no puede contar. Doña Elizabeth está esperando la criatura en cualquier momento, ya pasó del día. Fue por eso que estuve despierta y don Pablo podía venir a buscarme de repente. Además de eso, comida fina yo no sé hacer... Doña Arminda, viuda, espiritista, lengua viperina, madre de Chico-Pereza, muchachito empleado en el bar de Nacib, era una partera afamada: muchos de los hijos de Ilhéus nacidos en los últimos veinte años, nacieron en sus manos, y las primeras sensaciones del mundo que sintieran habían sido su endiablado olor a ajo, y su cara colorada de «sará» (hormiga; crustáceo, mulato de pelo rubio, ojos claros y características negroides).

—¿Y doña Clorinda, ya tuvo el chico? El doctor Raúl no vino por el bar ayer...

—Ya sé, ayer por la tarde. Pero llamaron al médico, ese tal doctor Demóstenes.

Esas novedades de ahora. Don Nacib, ¿usted no cree que es una indecencia que un médico agarre a la criatura?, ¿viendo desnuda a la mujer del otro? Falta de vergüenza... Para Arminda, aquél era un asunto vital: los médicos comenzaban a hacerle la competencia; dónde se había visto tal descaro, un médico espionando a las mujeres de los otros, desnudas, en los dolores del parto... Pero la preocupación de Nacib era el banquete del día siguiente, y los bocados dulces y salados para el bar, problemas serios creados por el viaje de Filomena:

—Es el progreso, doña Arminda. Esa vieja me hizo una buena...

—¿Progreso? Descaro es eso... —¿Dónde voy a conseguir una cocinera?

—Lo único que puede hacer es encargar todo a las hermanas Dos Reis...

—Son muy careras, le arrancan la piel a uno... Y yo que había conseguido dos muchachas para que ayudaran a Filomena...

—Así es el mundo, don Nacib. Cuando menos se espera, suceden las cosas. Yo, por suerte, tengo al finado que me avisa. El otro día mismo, ni puede usted imaginarlo... Fue en una sesión, en casa del compadre Deodoro... Pero Nacib no estaba dispuesto a oír las repetidas historias de espiritismo, especialidad de la partera. —¿Chico ya se despertó?

—Qué esperanza, don Nacib. El pobre llegó pasada la medianoche.

—Por favor, despiértelo. Necesito hacer muchas cosas. Usted comprende: una comida para treinta personas, toda gente importante, celebrando la instalación de la línea de ómnibus...

—Oí decir que uno se dio vuelta en el puente del río Cachoeira.

—Fantasía de la gente. Van y vienen llenos. Es un negocio.

—Mire que se ve de todo en Ilhéus ahora, ¿eh, don Nacib? Me contaron que en el hotel nuevo va a haber un ascensor, una caja que sube y baja solita...

—¿Lo despierta a Chico?

—Ya voy... ¡Cruz diablo, estas escaleras!

Nacib se quedó unos instantes en la ventana, mirando el navío de la «Costera» al que ya se aproximaba el práctico. Mundinho Falcão debía llegar en ese barco, según había dicho alguien en el bar. Lleno de novedades, sin duda. También llegarían nuevas mujeres para los cabarets, para las casas de la calle Do Unhão, del Sapo, de las Flores.

Cada navío, fuera de Bahía, Aracajú o de Río, traía un cargamento de muchachas alegres. Tal vez llegase también el automóvil del doctor Demóstenes; el médico estaba ganando un dinerón en su consultorio, el primero de la ciudad. Valía la pena vestirse e ir al puerto para asistir al desembarque. Allí estaría ciertamente el grupo habitual de madrugadores. ¿Y quién sabe si no le darían noticias de una buena cocinera, capaz de cargar con el trabajo del bar? Cocinera, en Ilhéus, era una cosa rara, disputada por las familias, por los hoteles, pensiones y bares. El diablo de la

vieja...

Y tan luego cuando él había descubierto esa preciosidad de Risoleta. Cuando necesitaba estar con el espíritu tranquilo...

Por unos días, por lo menos, no veía otra solución que caer en las uñas de las hermanas Dos Reis. Cosa complicada es la vida: hasta ayer todo marchaba bien, él no tenía preocupaciones, había ganado dos partidas de «gamão» seguidas contra un rival tan fuerte como lo era el Capitán, había comido una «moqueca de siri» (guisado de cangrejos) realmente divina en casa de María Machadão, y había descubierto a aquella novata, Risoleta...

Y ahora, recién de mañanita, ya estaba repleto de problemas...

¡Qué porquería! Vieja loca...

La verdad es que estaba con nostalgias de ella, de su limpieza, del café por la mañana con «cuscuz» de maíz, batata, banana frita, «beijús» (una masa de mandioca) ... De sus cuidados maternos, de su solicitud, hasta de sus rezongos. Una vez que él cayera con fiebre, el tifus endémico de la época en la región, como el paludismo y la viruela, ella no se había ido del cuarto, hasta dormía en el suelo. ¿Dónde encontraría otra como ella?

Doña Arminda volvía a la ventana:

—Ya se despertó, don Nacib. Está bañándose.

—Voy a hacer lo mismo. Gracias.

—Después venga a tomar el café con nosotros. Café de pobre. Quiero contarle el sueño que tuve con el finado. Él me dijo: «Arminda, mi vieja, el diablo se apoderó de la cabeza de este pueblo de Ilhéus. Sólo piensan en dinero, sólo piensan en grandezas. Esto va a terminar mal... Van a comenzar a suceder muchas cosas...».

—Pues para mi, doña Arminda, ya empezó... Con ese viaje de Filomena. Para mí ya empezó.

Lo dijo en tono de burla, pero no sabía que realmente, ya había empezado. El barco recibía al práctico, maniobrando en dirección al banco de arena.

De elogio a la ley y a la justicia, o sobre el nacimiento de la nacionalidad

Era común que Nacib fuera llamado árabe, y hasta turco, pero es necesario dejar establecido y fuera de cualquier duda su condición de brasileño, nato, no naturalizado.

Había nacido en Siria, desembarcando en Ilhéus a los cuatro años, y había llegado hasta Bahía en un barco francés. En aquella época, siguiendo el rastro del cacao dispensador de dinero, a la ciudad de cantada fama llegaban diariamente, por los caminos del mar, del río y de la tierra, en los barcos, en las barcazas y lanchas, en las canoas, a lomo de burro, a pie abriendo camino, centenas y centenas de brasileños y extranjeros oriundos de todas partes: de Sergipe y de Ceará, de Alagoas y de Bahía, de Recife y de Río de Janeiro, de Siria y de Italia, del Líbano y de Portugal, de España y de los más variados «ghettos». Obreros, comerciantes, jóvenes en busca de porvenir, bandidos y aventureros, un mujerío colorido, y hasta una pareja de griegos surgida sólo Dios sabe de dónde. Y todos ellos, inclusive los rubios alemanes de la recién fundada fábrica de chocolate en polvo, y los altaneros ingleses del Ferro carril, no eran sino hombres de la zona del cacao, adaptados a las costumbres de la región todavía casi bárbara con sus luchas sangrientas, emboscadas y muertes. Llegaban y a poco se transformaban en ilheenses de los mejores, verdaderos «grapiúnas» plantando cacao, instalando tiendas y almacenes, abriendo caminos, matando gente, jugando en los cabarets, bebiendo en los bares, construyendo poblaciones de rápido crecimiento, desgarrando la selva amenazadora, ganando y perdiendo dinero, sintiéndose tan de allí como los más antiguos hijos de Ilhéus, como los vástagos de las familias radicadas antes de la aparición del cacao...

Gracias a esa gente diversa, Ilhéus había comenzado a perder su aire de campamento de bandoleros, y a transformarse en ciudad. Eran todos, hasta el último de los vagabundos llegado para explotar a los «coroneles» enriquecidos, factores del asombroso progreso de la zona.

Ilheenses por dentro y por fuera, además de brasileños naturalizados, eran los parientes de Nacib, unos Achcar envueltos en las luchas por la conquista de la tierra y cuyas hazañas fueron de las más heroicas y comentadas, comparables apenas con las de los Badaró, las de Blaz Damasio, del célebre negro José Nique, o las del «coronel» Amancio Leal. Uno de ellos, de nombre Abdula, el tercero en edad, murió en los fondos de un cabaret en Pirangi, después de abatir a tres de los cinco bandidos ensañados contra él, cuando disputaba pacíficamente una partida de póquer. Los hermanos vengaron su muerte en forma inolvidable. Para mayor información sobre esos parientes de Nacib, basta recurrir a los anales del Tribunal, leer los discursos del Fiscal y de los abogados. Verdad es que muchos eran los que le llamaban árabe o

turco. Pero quienes lo hacían, eran, exactamente, sus mejores amigos, y en expresión de afecto, de intimidad. Pero le disgustaba que le llamasen turco, y cuando así lo hacían, repelía irritado el apodo, llegando a veces a enojarse:

—¡Turco será tu madre!

—Pero, Nacib...

—Todo lo que quiera, menos turco.

Brasileño —golpeaba con la mano enorme el pecho velludo—, hijo de sirios, gracias a Dios.

—Árabe, turco, sirio, todo es lo mismo.

—¡Lo mismo un cuerno! Eso es ignorancia suya. Es no conocer historia ni geografía. Los turcos son unos bandidos, la raza más desgraciada que existe. No puede haber insulto mayor para un sirio que ser llamado turco.

—Bueno, Nacib, no se enoje. No fue para ofenderlo. Es que esas cosas de extranjeros, para mí son todas iguales...

Tal vez lo llamasen así, más por sus bigotes negros de sultán destronado, que le descendían por los labios y cuyas puntas él retorció al conversar. Frondosos bigotes plantados en un rostro gordo y bonachón, de ojos desmesurados que se agrandaban al paso de las mujeres. Boca golosa, grande y de risa fácil. Un enorme brasileño, alto y gordo, cabeza chata y abundante cabellera, vientre demasiado desarrollado, «barriga de nueve meses», como bromeaba el Capitán cuando perdía una partida frente al tablero de damas.

—En la tierra de mi padre... —así comenzaban sus historias en las noches de largas charlas, cuando en las mesas del bar apenas si quedaban unos pocos amigos.

Porque su tierra era Ilhéus, la ciudad alegre ante el mar, las plantaciones de cacao, aquella zona ubérrima en la que se hiciera hombre. Su padre y sus tíos, siguiendo el ejemplo de los Achcar, habían venido primero, dejando a la familia. Nacib había embarcado después, con su madre y su hermana, seis años mayor, cuando aún no había cumplido cuatro años. Recordaba vagamente el viaje en tercera clase, el desembarco en Bahía, donde el padre fuera a esperarlos. Después la llegada a Ilhéus, la ida a tierra en una canoa, pues en aquel tiempo no existía ni el puente de desembarque. De lo que no se acordaba era de Siria, ningún recuerdo le había quedado de la tierra natal, tanto se había mezclado a ella la nueva patria, y tanto se había hecho brasileño e ilheense. Para Nacib era como si hubiese nacido en el momento mismo de la llegada del barco a Bahía, cuando recibiera el beso del padre envuelto en lágrimas. Por otra parte, lo primero que hiciera el mercachifle Aziz luego de la llegada a Ilhéus, había sido llevar los hijos a Itabuna, entonces Tabocas, a la escribanía del viejo Segismundo, para anotarlos como brasileños.

Proceso rápido de naturalización que el respetable escribano practicaba con la perfecta conciencia del deber cumplido, por unos pocos pesos. No teniendo alma de

explotador, cobraba barato, colocando la operación legal al alcance de todos, haciendo de los hijos de esos inmigrantes cuando no de ellos mismos venidos para trabajar en nuestra tierra, auténticos ciudadanos brasileños, con la venta de buenos y válidos certificados de nacimiento.

Sucedió que la antigua escribanía se incendió en una de aquellas luchas por la conquista de la tierra, y el fuego devoró indiscretas mediciones y escrituras de las tierras de Sequeiro Grande, cosa que está contada en un libro. No era culpa de nadie, por lo tanto, y mucho menos del viejo Segismundo, que los libros de registro de nacimientos y muertes, todos ellos, hubieran sido consumidos en el incendio, obligando a nuevo registro a centenas de ilheenses (en ese tiempo Itabuna todavía era distrito del municipio de Ilhéus). No existían libros de registros, pero sí existían testigos idóneos que afirmaban que el pequeño Nacib y la tímida Salma, hijos de Aziz y de Zoraya, habían nacido en el arrabal de Ferradas, siendo registrados en la oficina, antes del incendio. ¿Cómo podría Segismundo, sin cometer una grave descortesía, dudar de la palabra del «coronel» José Antunes, rico estanciero, o del comerciante Fadel, establecido con tienda de géneros, y que gozaba de crédito en la plaza? ¿O aún de la palabra más modesta del sacristán Bonifacio, presto siempre a aumentar su parco salario sirviendo en casos así, como fidedigno testigo? ¿O del perneta Fabiano, corrido de Sequeiro do Espinho, y que no poseía otro medio de vida fuera de ése de testimoniar?

Cerca de treinta años habían pasado sobre tales hechos. El viejo Segismundo murió rodeado de la estima general y hasta hoy se recuerda su entierro. Toda la población había concurrido, ya que desde hacía mucho tiempo él no tenía enemigos, ni siquiera los que le habían incendiado la oficina.

Ante su tumba hablaron oradores celebrando sus virtudes. Había sido — afirmaban— un servidor admirable de la justicia, para las generaciones futuras. Registraba fácilmente como nacido en el municipio de Ilhéus, Estado de Bahía, Brasil, a cuanta criatura le llevasen, sin mayores investigaciones, y aun cuando parecía evidente el nacimiento después del incendio. Ni escéptico ni formalista, tampoco podía haberlo sido en el Ilhéus de los comienzos del cacao. Campeaba la tramoya, la falsificación de escrituras y mediciones de tierras, las hipotecas inventadas, las escribanías y los notarios eran piezas importantes en la lucha por la conquista y escrituración de las tierras. ¿Cómo distinguir un documento falso de uno verdadero? ¿Cómo pensar en míseros detalles legales como el lugar y la fecha exacta del nacimiento de una criatura, cuando se vivía peligrosamente en medio de los tiroteos, de las bandas de matones armados, de las emboscadas mortales? La vida era bella y variada, ¿cómo iba a desmenuzar nombres de localidades el viejo Segismundo? ¿Qué importaba, en realidad, dónde naciera el brasileño a registrarse, aldea siria o Ferradas, sur de Italia o Pirangi, Trás-os-Montes o Río de Braço? El

viejo Segismundo ya tenía demasiadas complicaciones con los documentos de posesión de la tierra, ¿por qué habría de dificultar la vida de honestos ciudadanos, que lo único que deseaban era cumplir con la ley, registrando a sus hijos?

Simplemente, confiaba en la palabra de aquellos simpáticos inmigrantes, les aceptaba sus modestos regalos, acompañados de testimonios idóneos, de personas respetables, hombres cuya palabra a veces valía más que cualquier documento legal.

Y, si alguna duda restaba en el espíritu, no era el pago más elevado del registro y del certificado, el corte de género para su esposa, la gallina o el pavo para su hogar, lo que dejaba en paz su conciencia. Era que él, como la mayoría de la población, no medía por el nacimiento al verdadero «grapiúna» y sí por su trabajo en beneficio de la tierra, por su coraje para entrar en la selva y afrontar la muerte, por las plantas de cacao plantadas, o por el número de puertas de las tiendas y almacenes, por su contribución al desenvolvimiento de la zona. Ésa era la mentalidad de Ilhéus, y también la del viejo Segismundo, hombre con larga experiencia de la vida, de amplia comprensión humana y de pocos escrúpulos. Experiencia y comprensión colocados al servicio de la región del cacao. En cuanto a los escrúpulos, no ha sido con ellos con los que las ciudades del sur de Bahía progresaron, con lo que se trazaron carreteras, se plantaron las estancias, se creó el comercio, construyeron edificios, fundaron periódicos, exportóse cacao al mundo entero. Fue con tiros y celadas, con falsas escrituraciones y mediciones inventadas, con muertes y crímenes, con asesinos y aventureros, con prostitutas y jugadores, con sangre y coraje.

En una oportunidad, Segismundo recordó sus escrúpulos. Se trataba de la medición de la mata de Sequeiro Grande y le ofrecían poco por la tramoya legalista: le crecieron súbitamente los escrúpulos. En vista de eso, le quemaron la oficina y le metieron una bala en la pierna. La bala, por error, esto es: por error se la metieron en la pierna, pues estaba destinada al pecho de Segismundo. Desde entonces quedó menos escrupuloso y más barato, más «grapiúna» todavía, gracias a Dios. Por eso, cuando murió octogenario, su entierro se transformó en verdadera manifestación de homenaje a quien fuera, en aquellos parajes, ejemplo de civismo y devoción a la justicia.

Por esa mano venerada, Nacib fue hecho brasileño nato en cierta tarde lejana de su primera infancia, vestido con verde bombachón de terciopelo francés.

Donde aparece Mundinho Falcão, sujeto importante, mirando a Ilhéus a través de un largavista

Desde el puente de comando del barco, en espera del práctico, un hombre todavía joven, bien vestido y bien afeitado, miraba la ciudad con aire levemente soñador. Algo, tal vez las pupilas negras, tal vez los ojos rasgados, le daba un toque romántico y hacía que las mujeres notasen de inmediato su presencia. Pero la boca dura y el mentón fuerte denunciaban al hombre decidido, práctico, sabedor de sus deseos y de cómo conseguirlos. El comandante, rostro curtido por el viento, mordiendo una pipa, le extendió el largavista. Mundinho Falcão dijo, al recibirlo:

—Ni lo preciso... Conozco casa por casa, hombre por hombre. Como si hubiese nacido allí, en la playa —señalaba con el dedo—. Aquella casa, la de la izquierda al lado de aquel caserón, es la mía. Puedo decir que fui yo quien construyó esa avenida...

—Tierra de dinero, de futuro —habló el capitán, como un conocedor—. Sólo que el banco de arena es una desgracia.

—Ya resolveremos eso —anunció Mundinho—. Y muy pronto...

—Dios lo oiga. Cada vez que entro aquí tiemblo por mi barco. No hay barra peor en todo el norte.

Mundinho levantó el largavista, y lo llevó a los ojos. Vio su casa moderna, construida por un arquitecto traído de Río. Los sobrados de la Avenida, los jardines del Palacio del «coronel» Misael, las torres de la Iglesia Matriz, el grupo escolar. El dentista Osmundo, envuelto en una bata, salía de la casa para su baño de mar, tomado bien de mañanita, para no escandalizar la población. En la plaza San Sebastián ni una persona se veía. El bar Vesubio, tenía sus puertas cerradas. El viento de la noche había derribado un cartel de anuncio en el frente del cine. Mundinho examinaba cada detalle atentamente, casi con emoción. La verdad es que cada vez le gustaba más aquella tierra, no lamentaba el alocado arrobo que un día lo trajera, pocos años antes, hasta allí, como un náufrago a la deriva, al que cualquier tierra sirve para salvarse. Pero ésa no era una tierra cualquiera. Allí crecía el cacao. ¿Dónde aplicar mejor su dinero, multiplicarlo? Bastaba tener disposición para el trabajo, cabeza para los negocios, tino y audacia. Él poseía todo eso y algo más: una mujer para olvidar, una pasión imposible que arrancar del pecho y del pensamiento.

Esta vez, en Río, tanto la madre cuanto los hermanos habían manifestado unánimemente que estaba cambiado, diferente.

Lourival, su hermano mayor, no pudo dejar de reconocer con su voz desdeñosa, de hombre siempre hastiado:

—No hay duda, el muchachito ha madurado.

Emilio había sonreído, chupando su cigarro:

—Y está ganando dinero. No debíamos —hablaba ahora a Mundinho— haber permitido que partiese. Pero ¿quién podía adivinar que nuestro joven galán tenía habilidad para los negocios? Aquí nunca revelaste gusto sino para la farra. Y cuando te fuiste, llevándote tu dinero, ¿qué podíamos imaginar, como no fuera una locura más, mayor que las otras?

Era cosa de esperar tu vuelta para encaminarte en la vida.

La madre había concluido, casi irritada:

—Él ya no es un chiquillo. —¿Irritada con quién? ¿Con Emilio por decir tales cosas, o con Mundinho, que ya no venía más a solicitar dinero, después de despilfarrar la abundante mensualidad?

Mundinho los dejaba hablar, gozaba aquel diálogo. Cuando no tuvieron nada que decir, entonces anunció: —Pienso meterme en política, hacerme elegir cualquier cosa. Diputado, tal vez... Poco a poco estoy transformándome en un hombre importante de la tierra. ¿Qué piensas, Emilio, de verme subido a la tribuna para responder a uno de esos discursos tuyos de adulación al gobierno? Quiero estar en la oposición.

En la gran sala austera de la residencia familiar, los muebles solemnes, la madre dominándolos como una reina, con los ojos altivos y la cabellera blanca, estaban los tres hermanos conversando. Lourival, cuyas ropas eran encargadas a Londres, jamás había aceptado una diputación o senaduría. Hasta un ministerio había rechazado cuando le fuera ofrecido. Gobernador de San Pablo, ¿quién sabe?, tal vez aceptase en caso de ser elegido por todas las fuerzas políticas. Emilio era diputado federal, electo y reelecto sin el menor esfuerzo. Los dos, mucho mayores que Mundinho, se espantaban ahora de verlo hecho un hombre, creando sus propios negocios, exportando cacao, obteniendo ganancias envidiables, hablando de aquella tierra bárbara en donde fuera a meterse sin que nadie supiera jamás por qué motivo, anunciándose después como diputado para muy en breve.

—Te podemos ayudar —dijo, paternalmente, Lourival.

—Haremos poner tu nombre en la lista del gobierno, entre los primeros. Elección garantizada —completó Emilio.

—No vine aquí para pedir, vine para comunicarles mi decisión.

—Orgullosa el muchachito... —murmuró Lourival, desdeñoso.

—Solo, no te harás elegir —previno Emilio.

—Me haré elegir solo. Y por la oposición. Gobierno, sólo quiero serlo allá mismo, en Ilhéus. Gobierno que voy a tomar, porque no vine aquí para solicitárselo a ustedes, muchas gracias.

La madre alteró su voz:

—Puedes hacer lo que quieras, nadie te lo impide. Pero ¿por qué te alzas contra tus hermanos? ¿Por qué te separas de nosotros? Ellos te quieren ayudar, son tus

hermanos.

—Ya no soy un chico mamá, usted misma lo dijo. Después refirió cosas de Ilhéus, de las luchas pasadas, del bandidismo, de las tierras conquistadas a bala, de su progreso actual y de los problemas. —Quiero que me respeten, que me hagan hablar en nombre de ellos en la Cámara. ¿Qué ganaría yo si ustedes me metiesen en una lista? Para representar la firma, basta Emilio. Soy un hombre de Ilhéus.

—Política de lugareño. Con tiroteos y banda de música —sonrió Emilio entre irónico y condescendiente.

—¿Para qué correr peligro cuando no es necesario? —preguntó la madre, escondiendo el temor.

—Para no ser apenas el hermano de mis hermanos. Para ser alguien.

Había andado por Río de Janeiro, por los ministerios, tuteando a los ministros, entrando a verlos sin antesalas; ¿cuántas veces no encontró a cada uno de ellos en su casa, sentados a la mesa presidida por su madre, o en la casa de Lourival, en San Pablo, sonriendo a Madelaine? Cuando el ministro de Educación, su rival en la disputa de las gracias de una holandesa, años antes, le dijera que ya había respondido al gobernador de Bahía afirmando que sólo podría oficializar el colegio de Enoch a comienzo del año, Mundinho había reído:

—Hijo mío, tú le debes mucho a Ilhéus. Si yo no hubiese emigrado para allá jamás habrías dormido con Berta, la holandesa viciosa. Quiero la oficialización ahora. Al gobernador puedes exhibirle la ley. A mí, no. Para mí lo ilegal, lo difícil, lo imposible...

En el ministerio de Vialidad y Obras Públicas pidió un ingeniero. Al ministro habíale contado toda la historia de la barra de Ilhéus, de los depósitos de Bahía, los intereses de gente ligada al yerno del gobernador. Aquello era imposible. Justo, sin duda, pero imposible, mi querido amigo, completamente imposible, el gobernador rugiría de rabia.

—¿Fue él quien te nombró?

—No, es claro...

—¿Puede echarte?

—Creo que no...

—¿Y entonces?

—¿No comprendes?

—No. El gobernador es viejo y el yerno un ladrón, no valen nada. Fin del gobierno, fin de un clan. ¿Vas a ponerte contra mí, contra la región más próspera y poderosa del estado? Tontería.

El futuro soy yo, el gobernador es el pasado. Además de que, si recurro a ti es por amistad. Puedo ir más arriba, bien lo sabes. Si hablo con Lourival y Emilio, tú recibirás órdenes del presidente de la República para mandar al ingeniero. ¿No es

verdad? Divertíalo aquel chantaje con el nombre de los hermanos a los que, por ningún precio, pediría nada. Comió con el ministro a la noche; había música y mujeres, champaña y flores.

Al mes siguiente el ingeniero estaría en Ilhéus.

Durante tres semanas anduvo por Río, volviendo a la vida de antes: a las fiestas, a las farras, a las jóvenes de la alta sociedad, a las artistas de teatro musical. Admirábase de que todo aquello que fuera su vida durante tantos años y años, le sedujera tan poco ahora, fatigándole. Realmente sentía nostalgia de Ilhéus, de su oficina llena de movimiento, de las intrigas, de los dimes y diretes de ciertas figuras locales. Nunca había pensado en que podría adaptarse con tanta facilidad, que se aficionaría tanto a su ciudad. La madre le presentaba jovencitas ricas, de familias importantes, buscábale una novia que lo arrancase de Ilhéus.

Lourival quería llevarlo a San Pablo, porque Mundinho todavía era socio de los establecimientos de café y debía visitarlos. No fue: la herida de su pecho apenas había cicatrizado, la imagen de Madelaine hacía muy poco que desapareció de sus sueños, no quería volver a verla, a hacer sufrir sus ojos. Pasión monstruosa, jamás confesada, pero sentida por ella y por él, siempre a un paso de arrojarse uno en brazos del otro.

A Ilhéus debía su cura, para Ilhéus vivía ahora.

Lourival, desdeñoso y aburrido, tan superior, tan inglés en su suficiencia, viudo sin hijos de una mujer millonaria, habíase casado nuevamente de súbito, en uno de sus frecuentes viajes a Europa, con una francesa, modelo de una casa de modas. Gran diferencia de edad separaba a marido y mujer, Madelaine mal escondía las razones por las que se casara.

Mundinho sintió que si no partía definitivamente nada podría hacer, ninguna consideración moral, ningún escándalo, ningún remordimiento posible, impediría que terminasen uno en brazos del otro. Los ojos perseguíanse por la casa, las manos temblaban al tocarse, las voces enronquecían. Mal podía imaginar el desdeñoso y frío Lourival que su hermano más joven, el alocado Mundinho, rompiera con todo por su causa, por cariño al hermano.

Ilhéus lo había sanado; estaba curado, hasta podría, ¿quién sabe?, mirar a Madelaine, ya nada sentía por ella. Con el largavista recorre la ciudad de Ilhéus, ve al árabe Nacib en su ventana. Sonríe porque el dueño del bar le recuerda al Capitán, eran sus rivales habituales en el juego de damas y en el «gamão».

El Capitán iba a servirle mucho. Habíase tornado su mejor amigo, y desde hacía tiempo venía insinuándole, con palabras vagas, la posibilidad de hacer política. Para nadie era secreto en la ciudad el despecho del Capitán contra los Bastos, que derribaran a su padre del gobierno local, y al que arruinaron en la lucha política, veinte años atrás.

Mundinho se hacía el desentendido, todavía estaba preparando el terreno. La hora había llegado. Necesitaba inducir al Capitán a hablarle francamente, a que le ofreciese la jefatura de la oposición. Mostraría a sus hermanos de cuánto era capaz. Sin contar que Ilhéus precisaba de un hombre como él para incrementar el progreso, para imprimirle un ritmo acelerado, ya que aquellos «coroneles» ni sabían de las necesidades de la región. Mundinho devolvió el largavista, el práctico subía a bordo y el barco enfilaba hacia el banco de arena.

De la llegada del barco

A pesar de la hora temprana, una pequeña multitud seguía los penosos trabajos de desencallar el barco. Pegado fuertemente a la orilla, parecía anclado para siempre. Desde la punta del morro do Unhão, los curiosos veían al comandante y al práctico afanados, dando órdenes, a los marineros corriendo, a los oficiales apurados. Pequeños botes, llegados del Pontal, rondaban el navío.

Algunos pasajeros se reclinaban en la amurada, casi todos en pijama y chinelas, y alguno que otro vestido para el desembarco. Éstos intercambiaban frases a los gritos, con los parientes que habían madrugado para recibirlos en el puerto, informaciones sobre el viaje, bromas sobre el encalle. De a bordo, alguien anunciaba a una familia que estaba en tierra:

—¡Murió sufriendo espantosamente, la pobrecita!

Noticia que arrancó sollozos a una señora de mediana edad, vestida de negro, que se encontraba junto a un hombre delgado y sombrío, con señales de luto en el brazo y en la solapa del saco. Dos criaturas miraban el movimiento sin darse cuenta de las lágrimas maternas. Entre los espectadores se formaban grupos, se cambiaban saludos, se comentaba lo sucedido:

—Ese banco es una vergüenza...

—Es un peligro. Un día de estos algún barco va a quedar allí para siempre; ¡y adiós puerto de Ilhéus!...

—El gobierno ni se interesa...

—¿No se interesa? Lo deja así a propósito. Para que no entren navíos grandes. Para que la exportación continúe vía Bahía.

Tampoco la Intendencia hace nada, el Intendente no tiene voz activa. Sólo sabe decir «¡amén!» al gobierno.

—Ilhéus necesita mostrar lo que vale.

El grupo que llegó del puesto de pescado enredábase en conversaciones. El Doctor, con su habitual excitación, azuzaba al pueblo contra los políticos, contra los gobernantes de Bahía, por tratar al municipio con desprecio, como si no fuese el más rico, el más próspero del Estado, el que contribuía con mayores rentas a los cofres públicos. Esto sin hablar de Itabuna, ciudad que crecía como un hongo, municipio también sacrificado a la incapacidad de los gobernantes, a la incuria, a la mala voluntad para con el pueblo de Ilhéus.

—La culpa, sin embargo, es nuestra, debemos reconocerlo —dijo el Capitán.

—¿Cómo?

—Nuestra y de nadie más. Y es fácil probarlo; ¿quién manda en la política de Ilhéus? Los mismos hombres que hace veinte años. Elegimos intendente, diputado y senador estadual, o diputado federal a gente que no tiene nada que ver con Ilhéus,

debido a compromisos antiguos, de los tiempos de Maricastaña.

Juan Fulgencio apoyaba:

—Eso mismo. Los «coroneles» continúan votando a los mismos hombres que los sostuvieron en aquella época.

—Resultado: que se arreglen solos los intereses de Ilhéus.

—Compromisos son compromisos... —se defendió el «coronel» Amancio Leal —. En los momentos de necesidad se contó con ellos.

—Las necesidades ahora son otras...

El Doctor blandía el dedo:

—¡Pero esa desvergüenza va a terminar! Elegiremos hombres que representen los verdaderos intereses de la tierra.

El «coronel» Manuel das Onzas se rio:

—Y los votos, Doctor ¿de dónde los va a sacar?

El «coronel» Amancio Leal habló con voz suave:

—Oiga, Doctor: se habla mucho de progreso, de civilización, de la necesidad de cambiar todo en Ilhéus. No oigo otra conversación durante todo el día. Pero, dígame una cosa: ¿quién hizo este progreso? ¿No fuimos nosotros, los plantadores de cacao? Tenemos nuestros compromisos, tomados en los momentos difíciles, y no somos hombres de dos palabras. Mientras yo viva, mis votos serán para mi compadre Ramiro Bastos y para quien él indique. Ni me interesa saber su nombre. Fue él quien me dio mano fuerte cuando uno andaba jugándose la vida por estos pastos...

El árabe Nacib se incorporó a la rueda, todavía somnoliento, preocupado y abatido:

—¿De qué se trata?

El Capitán explicó:

—Es el eterno atraso... Los «coroneles» no comprenden que ya no estamos en los viejos tiempos, que hoy las cosas son diferentes. Que los problemas no son los mismos de hace veinte o treinta años atrás.

Pero el árabe no se interesó, distante como estaba de toda aquella discusión capaz de conmoverlo en cualquier otro momento. Vuelto hacia su problema —el bar sin cocinera ¡un desastre!—, apenas asintió con la cabeza a las palabras del amigo.

—Usted anda melancólico. ¿Por qué esa cara de entierro?

—Mi cocinera se me fue...

—Caramba, qué motivo... —el Capitán volvióse hacia la discusión, cada vez más exaltada, que reunía más personas a su alrededor.

Caramba, qué motivo... Caramba, qué motivo... Nacib se alejó unos pasos, como para colocar distancia entre él y la discusión perturbadora. La voz del Doctor se cruzaba, oratoria, con la voz más suave pero firme del «coronel» Amancio. ¡Qué le importaba la Intendencia de Ilhéus, diputados o senadores! Lo que sí le importaba era

el banquete del día siguiente, ¡treinta cubiertos! Las hermanas Dos Reís, si aceptaban el encargo, pedirían un dineral. Y justo cuando todo iba tan bien...

Cuando compró el bar Vesubio, distante, distante no, porque las distancias en Ilhéus eran ridículas, alejado del centro comercial, del puerto donde estaban sus mayores frecuentadores, algunos amigos y su tío consideraron que iba a cometer una locura. El bar estaba en una decadencia de miedo, vacío, sin clientela, lleno de moscas. Prosperaban los bodegones del puerto, con su clientela hecha. Pero Nacib no quería continuar midiendo telas en el mostrador de la tienda donde trabajaba desde la muerte del padre. No le gustaba aquel trabajo, mucho menos la sociedad con el tío y el cuñado (su hermana se había casado con un agrónomo de la Estación Experimental de Cacao). Mientras el padre vivía, la tienda iba bien, el viejo tenía iniciativa, era simpático. El tío, en cambio, hombre de familia grande y métodos rutinarios, marcaba el paso, temeroso, contentándose con poco. Nacib prefirió vender su parte, anduvo en peligrosos negocios de compra y venta de cacao para hacer rendir más su dinero, y acabó por adquirir el bar. Lo compró a un italiano, hacía ya cinco años. Aquel italiano se metió interior adentro, en la alucinación del cacao.

Un bar era buen negocio en Ilhéus, y mejor que éste, sólo el cabaret. Tierra de mucho movimiento, de gente que llegaba atraída por la fama de la riqueza, multitud de viajeros llenando las calles, mucha gente de paso, cantidad de negocios resueltos en las mesas de los bares, el hábito de beber corajudamente y la costumbre llevada por los ingleses, cuando se construía el Ferrocarril, de beber un aperitivo antes del almuerzo o de la cena, disputado en una partida de dados, eran hábitos extendidos a toda la población masculina.

Antes del mediodía, y después de las cinco de la tarde, los bares se llenaban. El bar Vesubio era el más antiguo de la ciudad. Ocupaba la planta baja de un edificio situado en la esquina de una pequeña y linda plaza, frente al mar, y donde se erguía la Iglesia de San Sebastián.

En la otra esquina, se había inaugurado recientemente el Cine Teatro Ilhéus. La decadencia del Vesubio no se debía a su ubicación fuera de las calles comerciales, donde prosperaban el Café Ideal, el Bar Chic o el «Trago de Oro», de Plinio Aracá, los tres principales rivales de Nacib. Debíase, sobretodo, al italiano, con la cabeza siempre en las plantaciones de cacao. No prestaba atención al bar, no renovaba las existencias de bebidas, nada hacía para satisfacer a los clientes. Hasta un gramófono viejo, en el que se tocaban discos de arias de óperas, esperaba un arreglo, cubierto de telas de araña. Sillas desvencijadas, mesas con las patas rotas, el billar con el paño roto. Hasta el nombre del bar, pintado con letras color de fuego sobre la imagen de un volcán en erupción, se había desdibujado con el tiempo. Nacib compró toda aquella porquería más el nombre y el lugar, por poco dinero. El italiano sólo se quedó con el gramófono y los discos.

Mandó pintar todo de nuevo, hacer nuevas mesas y sillas, trajo tablero de damas y «gamão», vendió el billar a un bar de Macuco y construyó un reservado en los fondos para las partidas de pocker. Surtido de bebidas, helados para las familias a la hora de los paseos por la tarde en la nueva avenida de la playa y a la salida de los cines y, sobre todo, los saladitos y los dulces para la hora del aperitivo. Un detalle aparentemente sin importancia: los «acarajés», los «abarás» (comidas típicas), los bollitos de mandioca y puba, las fritadas de «siri» blanda, de camarón o de bacalao, los dulces de «aipim» (mandioca), de maíz. Idea de Juan Fulgencio.

—¿Por qué no hace estas cosas para vender en el bar? —preguntó un día, masticando un «acarajé» de la vieja Filomena, preparado para exclusivo placer del árabe, amante de la buena mesa.

Al comienzo, sólo los amigos se hicieron clientes; la barra de la Papelería Modelo, cuando venía a discutir allí después del cierre del comercio, los amantes del «gamão» y de las damas, y ciertos hombres más respetables, como el Juez y el doctor Mauricio, poco dados a mostrarse en los bares del puerto en los que se mezclaban los parroquianos, y donde no era raro las violentas riñas con golpes y tiros de revólver. Poco después fueron las familias, atraídas por el helado o por los refrescos de frutas. Pero fue luego de haber iniciado el servicio de dulces y salados a las horas del aperitivo, cuando la clientela realmente comenzó a crecer, y el bar a prosperar. Las partidas de pocker, en el reservado, alcanzaron gran suceso. Para esos clientes —el «coronel» Amancio Leal, el rico Maluf, el «coronel» Melk Tavares, Ribeirito, el sirio Fuad de la zapatería, Osnar Faria, cuya única ocupación era jugar al pocker y apretar negritas en el morro de la Conquista, el doctor Ezequiel Prado, varios otros—, él guardaba, para la medianoche, platos de fritada, bollitos, dulces. La bebida corría a rabiar, y lo barato se hacía caro. En poco tiempo, el Vesubio volvió a florecer. Superó al Café Ideal, al Bar Chic, siendo su movimiento apenas inferior al del «Trago de Oro». Nacib no podía quejarse; trabajaba como un esclavo, es verdad, ayudado por Chico-Pereza y Pico-Fino, a veces hasta por el negrito Tuisca, que estableciera su caja de lustrabotas en el largo pasillo del bar, al lado de la plazuela, junto a las mesas al aire libre. Todo iba bien, a él le gustaba el trabajo; en su bar sabíanse todas las novedades, se comentaban hasta los mínimos acontecimientos de la ciudad, las noticias del país y del mundo. Una simpatía general rodeaba a Nacib, «hombre derecho y trabajador», como decía el juez al sentarse, después de la cena, en una de las mesas al aire libre, para contemplar el mar y el movimiento de la plaza.

Todo fue bien hasta ese día en que la loca Filomena cumpliera su amenaza antigua. ¿Quién iría ahora a cocinar para el bar —y para él, Nacib, cuyo vicio era comer bien—, comidas condimentadas y picantes? Pensar en tener a las hermanas Dos Reis con carácter permanente era un absurdo, no solamente porque ellas no aceptarían sino también porque él no podría pagarles. Sus precios elevados

absorberían todas las ganancias. Tenía que conseguir, aquel mismo día si fuese posible, una cocinera, y de las buenas, sin lo que...

—A lo mejor tiene que tirar toda la carga al mar para zafarse —comentó un hombre en mangas de camisa—. Está varado.

Nacib olvidó por un momento sus preocupaciones; las máquinas del barco roncaban sin resultado.

—Esto acabará... —terció la voz del Doctor en la discusión.

—Nadie sabe a ciencia cierta quien es ese tal Mundinho Falcão... —atacaba Amancio Leal, siempre suave.

—¿No se sabe? Pues es el hombre que está en ese barco, el hombre que precisa Ilhéus.

El navío sacudíase, el cacao se arrastraba sobre la arena, los motores gemían, el práctico gritaba sus órdenes. En el puente de comando apareció un hombre todavía joven, bien vestido, con las manos en pantalla sobre los ojos, buscando reconocer amigos entre los espectadores.

—¡Allá está el... Mundinho! —avisó el Capitán—. ¿Dónde?

—Allá arriba...

Se sucedieron los gritos: —¡Mundinho! ¡Mundinho!

El otro escuchó, buscó el lugar de donde provenían las voces, saludó con la mano. Después descendió las escaleras, desapareció durante unos minutos para reaparecer en la amurada, entre los pasajeros, risueño. Arrimando las manos en bocina a la boca, anunció:

—¡El ingeniero viene! —¿Qué ingeniero?

—Del Ministerio, para estudiar el banco de arena. Grandes novedades...

—¿Están viendo? ¡Lo que yo decía!

Por detrás de Mundinho Falcão surgía una figura de mujer joven, con un gran sombrero verde y cabellos rubios. Sonriente, apoyaba su mano sobre el brazo del exportador.

—¡Caramba, qué mujer! Mundinho no pierde el tiempo...

—¡Qué bocado! —Ño-Gallo aprobó con la cabeza.

—El barco se balanceó violentamente, asustando a los pasajeros —la mujer rubia soltó un pequeño grito—, el fondo se desprendió de la arena, y un clamor alegre se elevó de tierra y de abordó. Un hombre moreno y flacucho con un cigarro en la boca, miraba indiferente al lado de Mundinho. El exportador le dijo algo, él rio.

—Ese Mundinho se sabe dar maña... —comentó con simpatía el «coronel» Ribeirito.

El navío pitó, con un silbido largo y libre, y rumbeó para el puerto.

—Sabe vivir bien, no es como nosotros —respondió, sin simpatía, el «coronel» Amancio Leal.

—Vamos a enterarnos de las novedades que Mundinho trae —propuso el Capitán.

—Adonde voy es a la pensión, a cambiarme de ropa y a tomar café —se despidió Manuel das Onzas.

—Yo también... —y Amancio Leal lo acompañó. La pequeña multitud se dirigía al puerto. El grupo de amigos comentaba la información de Mundinho—. Por lo que parece él consiguió mover el Ministerio. Ya era tiempo.

—¡El hombre tiene prestigio de verdad!

—¡Qué mujer! Bocado de rey... —suspiraba el «coronel» Ribeirito.

Cuando llegaron al puente ya el barco estaba en maniobras para atracar. Pasajeros con destino a Bahía, Aracajú, Maceió, Recife, miraban curiosos. Mundinho Falcão, uno de los primeros en desembarcar, de inmediato fue envuelto por los abrazos. El árabe se desdoblaba en reverencias.

—Engordó...

—Está más joven...

—Es que Río de Janeiro rejuvenece...

La mujer rubia —menos joven de lo que parecía de lejos, pero todavía más hermosa, bien vestida y bien maquillada, «una muñeca extranjera», como la clasificara el «coronel» Ribeirito— y el hombre esquelético estaban parados junto al grupo, esperando. Mundinho hizo las presentaciones en un tono juguetón de propagandista de circo:

—El príncipe Sandra, mago de primera, y su esposa, la bailarina Anabela... Van a hacer una temporada aquí.

El hombre que, de a bordo, había anunciado la dolorosa muerte de alguien, abrazado ahora con la familia, en el muelle, contaba detalles tristes:

—¡Llevó un mes muriéndose, la pobrecita! Nunca nadie sufrió tanto... Gemía día y noche, partiendo el corazón. Crecieron los sollozos de la mujer.

Mundinho, los artistas, el Capitán, el Doctor, Nacib, los estancieros; salieron caminando por el puente. Pasaban cargadores con valijas. Anabela abrió una sombrilla.

Mundinho Falcão le propuso a Nacib:

—¿No quiere contratar a la muchacha para que baile en su bar? Ella ejecuta una danza de los velos, mi viejo, que sería un éxito...

Nacib elevó las manos:

—¿En el bar? Eso es para los cines o para los cabarets... Lo que yo quiero es una cocinera.

Rieron todos.

El Capitán tomó del brazo a Mundinho: —¿Y el ingeniero?

—A fin de mes está aquí. El Ministro me lo garantizó.

De las hermanas Dos Reís y de su pesebre

Las hermanas Dos Reís, la rolliza Quinquina y la debilucha Florita, de vuelta de la misa de siete en la Catedral, apuraron el paso menudo al ver a Nacib esperando, parado junto al portón. Eran dos viejitas joviales, sumando ciento veintiocho años de sólida virginidad indiscutida. Gemelas, eran cuanto restaba de una antigua familia de Ilhéus, anterior a la época del cacao, de aquella gente que cediera su lugar a los de Sergipe, a los sertanejos, a los de Alagoas, a los árabes, italianos y españoles, a los de Ceará. Herederas de una buena casa, en la que vivían —codiciada por muchos «coroneles» ricos— en la calle Coronel Adami, y de otras tres en la Plaza de la Matriz, vivían de los alquileres de éstas y de los dulces vendidos por la tarde por el criadito Tuisca. Dulceras celebradas, manos de hada en la cocina, a veces aceptaban encargos para almuerzos y comidas de etiqueta. Su celebridad, sin embargo, aquello que las transformara en una institución de la ciudad, era el gran pesebre de Navidad, armado todos los años en una de las salas del frente de la casa pintada de azul. Trabajaban el año entero, recortando y pegando en cartulina figuras de revistas para aumentar el pesebre, motivo de su diversión y de su devoción.

—Madrugó hoy, don Nacib...

—Cosas que le suceden a uno.

—¿Y las revistas que nos prometió?

—Voy a traerlas, doña Florita, voy a traerlas. Estoy juntándolas.

La nerviosa Florita sacaba revistas a cuantas personas conocía, mientras la plácida Quinquina sonreía. Parecían dos caricaturas salidas de un libro antiguo, con sus vestidos fuera de moda, los chales en la cabeza, saltarinas y vivaces.

—¿Y qué lo trae a esta hora?

—Quería tratar un asunto.

—Pues entre, entonces...

El portón conducía a una veranda donde crecían flores y plantas cuidadas con cariño. Una empleada, más vieja aún que las solteronas, encorvada por los años, pasaba por entre los canteros regándolos con un balde.

—Entre a la sala del pesebre —invitó Quinquina.

—¡Anastasia, sírvale un licor a don Nacib! —ordenó Florita—. ¿De qué prefiere? ¿De «genipapo» o de ananá? También tenemos de naranja y de maracujá... Nacib sabía, por experiencia propia, que era necesario beberse el licor —a aquella hora de la mañana, ¡Señor!—, elogiarlo, indagar por los trabajos del pesebre, mostrar interés en él, si quería llevar a buen término sus negociaciones. Lo importante era garantizar los salados y los dulces del bar durante algunos días, y la comida de la Empresa de Omnibus, para la noche siguiente. Hasta conseguir una nueva cocinera competente. Era una de aquellas casas de antaño, con dos salas de visita a la calle. Una de ellas

desde hacía mucho que había dejado de funcionar como sala de visitas, era la sala del pesebre. Eso no significaba que estuviese armado el año entero. Solamente en diciembre era montado y expuesto al público, y allí quedaba hasta las proximidades del carnaval, cuando Quinquina y Florita lo desarmaban cuidadosamente e iniciaban de inmediato la preparación del próximo pesebre.

No era el único en Ilhéus. Existían otros, algunos hermosos y ricos, pero cuando alguien hablaba de «pesebre» era al de las hermanas Dos Reis al que se refería, pues ninguno se le podía comparar. Había ido creciendo, de a poco, en el correr de más de cincuenta años. Ilhéus era todavía un lugarejo atrasado, y Quinquina y Florita aún jovencitas inquietas y fiesteras, muy solicitadas por los jovenzuelos (todavía hoy es un pequeño misterio el que hayan quedado solteronas, tal vez por haber escogido demasiado), cuando armaron su primer pesebre, pequeño. En aquel olvidado Ilhéus de otros tiempos, de antes del cacao, se establecía entre las familias verdadera emulación para ver cuál de ellas presentaría un pesebre de Navidad más hermoso, completo y rico. La Navidad europea, con Papá Noel en carros de renos, vestido con ropas para nieve y frío, trayendo regalos a los niños, no existía en Ilhéus. Era la Navidad de los pesebres, de las visitas a las casas con la mesa puesta, de las cenas después de la misa de gallo, de comienzo de las celebraciones populares, de los «reisados», de los «ternos» (representaciones de tres personas) de pastorcitas, de los «bumba-meu-boi», del vaquero y de la «caaporá» (demonio indígena).

Año tras año, las jóvenes Dos Reís fueron aumentando su pesebre. Y a medida que el tiempo de los bailes iba pasando, más tiempo le dedicaban, agregándole nuevas figuras, ampliando el tablado sobre el cual era montado, terminando por abarcar tres de los cuatro lados de la sala. Entre marzo y noviembre, todas las horas libres entre las visitas obligatorias a las iglesias (a las seis de la mañana para la misa, a las seis de la tarde para la bendición), la elaboración de sabrosos dulces vendidos por el criadito Tuisca a una clientela segura, las visitas a amigos y vagos parientes, y el comentario de la vida ajena con la vecindad, las dedicaban a recortar figuras de revistas y almanaques, cuidadosamente pegadas después en cartulina. En los trabajos de montaje, a fin de año, eran ayudadas por Joaquín, empleado de la Papelería Modelo, tocador de bombo de la «Euterpe 13 de Mayo», que por lo mismo se consideraba un temperamento de artista. Juan Fulgencio, el Capitán, Diógenes (dueño del Cine Teatro Ilhéus, y protestante), alumnas del colegio de monjas, el profesor Josué, Ño-Gallo, a pesar de exaltado anticlerical, eran asiduos abastecedores de revistas. Cuando, en diciembre, apretaba el trabajo, vecinas, amigas y jóvenes estudiantes después de los exámenes, venían a ayudar a las viejas señoritas. El gran pesebre había llegado a ser casi propiedad colectiva de la comunidad, orgullo de los habitantes, y el día de su inauguración, era día de fiesta, en el que la casa de las hermanas Dos Reis se llenaba, y los curiosos aglomerados en la calle, ante las

ventanas abiertas, se esforzaban para ver el pesebre iluminado con lámparas multicolores, también trabajo de Joaquín, que en ese día glorioso se emborrachaba intrépidamente con los licores azucarados de las solteronas. El pesebre, como era de esperarse, representaba el nacimiento de Cristo en el pobre establo de la distante Palestina. Pero ¡ay!, la árida tierra oriental apenas si hoy era un detalle en el centro del mundo variado donde se mezclaban democráticamente escenas y figuras de las más diversas, de los más variados períodos de la historia, ampliándose de año en año. Hombres célebres, políticos, hombres de ciencia, militares, literatos y artistas, animales domésticos y feroces, macerados rostros de santo al lado de las radiantes encarnaciones de estrellas semidesnudas del cine. Sobre el tablado se eleva una sucesión de colinas, con un pequeño valle en el centro donde quedaba el corral con la cuna de Jesús, María sentada a su lado, San José, de pie tomando por el cabestro a un tímido jumento. Esas figuras no eran las mayores ni las más ricas del pesebre. Por el contrario, parecían pequeñas y pobres al lado de las otras, pero como pertenecían al primer pesebre armado por ellas, Quinquina y Florita se empeñaban en conservarlas. Eso no sucedía con el grande y misterioso cometa anunciador del nacimiento, suspendido por hilos entre el corral y un cielo de paño azul perforado de estrellas. Era la obra maestra de Joaquín, blanco de elogios que le dejaban los ojos húmedos: una enorme estrella de cola roja, toda en papel celofán, tan bien concebida y realizada que parecía descender de ella toda la luz que resplandecía en el inmenso pesebre.

En las proximidades del corral, vacas despertadas de su pacífico sueño por el acontecimiento, caballos, gatos, perros, gallos, patos y gallinas, animales variados, un león y un tigre, una jirafa, adoraban al recién nacido. Y, guiados por la luz de la estrella de Joaquín, allí estaban los tres reyes magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, trayendo oro, incienso y mirra. Dos figuras bíblicas, la de los reyes blancos, recortadas desde hacía mucho tiempo de un almanaque. En cuanto al rey negro, cuya figura arruinara la humedad, recientemente había sido substituido por el retrato del sultán de Marruecos, profusamente divulgado por los diarios y revistas de la época. (¿Qué mejor rey, en verdad, más indicado para substituir al estropeado Melchor, que aquél tan necesitado de protección, luchando con las armas en la mano por la independencia de su reino?). Un río, filete de agua corriendo sobre el lecho de un caño de goma cortado en el medio, descendía de las colinas hacia el valle, y el ingenioso Joaquín había llegado a concebir y realizar hasta una catarata. Caminos cruzados por entre las colinas, dirigiéndose todos al corral, pueblitos levantábanse aquí y allá. Y en esos caminos, adelante de casas con las ventanas iluminadas, encontrábanse en medio de los animales los hombres y mujeres que, de alguna manera, se habían destacado en el Brasil y en el mundo, y cuyos retratos merecieron la consagración de las revistas. Allí estaba Santos Dumont al lado de uno de sus principales aviones, con un sombrero deportivo y su aire un poco triste. Próximo a él,

en la vertiente derecha de una colina, confabulaban Herodes y Pilatos. Más adelante, héroes de la guerra: el rey Jorge V de Inglaterra, el Káiser, el mariscal Joffre, Lloyd George, Poincaré, el Zar Nicolás. En la vertiente izquierda refulgía Eleonora Duse con una diadema en la cabellera y los brazos desnudos. Mezclábanse Rui Barbosa, J. J. Seabral, Lucren Gutry, Víctor Hugo, Don Pedro II, Emilio de Menezes, el Barón de Río Branco, Zola y Dreyfus, el poeta Castro Alves y el bandido Antonio Silvino. Al lado de las ingenuas estampas coloreadas, cuya visión arrancaba exclamaciones de las hermanas, encantadas:

—¡Qué hermoso para el pesebre!

En los últimos años había crecido grandemente el número de artistas de cine, principal contribución de las alumnas del colegio de monjas, y los William Farnum, Eddie Polo, Lía de Putti, Rodolfo Valentino, Carlitos, Lilian Gish, Ramón Novarro, William S. Hart, amenazaban seriamente dominar los caminos de las colinas. Y allá estaba hasta el mismísimo Vladimir Ilitch Lenin, el temido jefe de la revolución bolchevique. Había sido Juan Fulgencio quien cortara el retrato en una revista, entregándolo a Florita:

—Hombre importante... No puede dejar de estar en el pesebre.

Aparecían también figuras locales: el antiguo intendente Cazuzza Oliveira, cuya admiración dejara fama, el fallecido «coronel» Horacio Macedo, conquistador de tierras. Un dibujo hecho por Joaquín, a instancias del doctor, representando a la inolvidable Ofenisia, bandoleros de barro, escenas de celadas, hombre con rifles al hombro. En una mesa, al lado de las ventanas, desparramábanse revistas, tijeras, cola, cartulina. Nacib tenía apuro, quería convenir la comida de la Empresa de Omnibus, las fuentes de dulces y saladitos. Sorbió el licor de «genipapo», elogió los trabajos del pesebre:

—¡Este año, por lo que veo, va a ser formidable!

—Si Dios quiere...

—Muchas cosas nuevas, ¿no?

—¡Oh... ni sabemos cuántas!

Sentábanse las dos hermanas en un sofá, muy tiesas, sonriendo al árabe en espera de sus palabras.

—Así es... Fíjense lo que me sucedió hoy... La vieja Filomena se me fue a vivir con el hijo en Agua Preta.

—No me diga... ¿Así es que se fue? Ella siempre decía... —hablaban las dos al mismo tiempo; era una noticia más para hacer circular...

—Yo no me esperaba esto. Y tan luego hoy: día de feria, de mucho movimiento en el bar. Y por si fuera poco, tengo encargado una comida para treinta personas.

—¿Treinta personas?

—Ofrecida por el ruso Jacob y por Moacir, del garage, para la inauguración de la

empresa de ómnibus.

—¡Ah! —dijo Florita—. Ya sé.

—¡Bien! —dijo Quinquina—. Oí hablar, sí. Dicen que viene el Intendente de Itabuna.

—El de aquí, el de Itabuna, el «coronel» Misael, el gerente del Banco de Brasil, don Hugo Kaufmann, en fin, toda gente de primera clase.

—¿Usted cree que ese asunto de los ómnibus va a resultar? —quiso saber Quinquina.

—Claro que va a resultar... Ya está resultando... Dentro de poco nadie viaja más en tren.

Una hora de diferencia.

—¿Y el peligro? —preguntó Florita.

—¿Qué peligro?

—Peligro de darse vuelta... El otro día volcó uno en Bahía, leí en el diario, murieron tres personas...

—Yo no viajo en esos artefactos. El automóvil no fue hecho para mí. Puedo morir por culpa de un auto sólo si me agarra en la calle. Pero entrar yo dentro de uno, eso sí que no... —dijo Quinquina.

—Todavía el otro día el compadre Eusebio quería alzarnos a pulso a su auto para dar una vuelta. Hasta la comadre Noca nos llamó atrasadas... —contó Florita.

Nacib rio:

—¡Todavía las voy a ver comprando un automóvil!

—Nosotras... Ni aunque tuviésemos dinero...

—Pero vamos a nuestro asunto.

Negáronse, se hicieron rogar, pero terminaron aceptando. No sin antes afirmar que sólo lo hacían por tratarse de don Nacib, un joven distinguido. ¿Dónde se había visto encargar una comida para treinta personas, y todas importantes, en la víspera? Sin hablar de los dos días perdidos para el pesebre, en los que no sobraría tiempo ni siquiera para recortar una figura. Además de tener que buscar quien las ayudase...

—Yo había apalabrado a dos muchachas para que ayudasen a Filomena...

—No. Nosotras preferimos a doña Jucundina y a sus hijas. Ya estamos acostumbradas a ella. Y cocina bien.

—¿Y ella, no aceptaría cocinar para mí?

—¿Quién? ¿Jucundina? Ni piense en eso, don Nacib: ¿y la casa de ella, los tres hijos, ya hombres, el marido, quien iría a cuidarlos? Para nosotras; una que otra vez, ella viene, por amistad ...

Cobraban caro, un dineral. Por el precio que le hicieron la comida no dejaría ganancia. Si no fuera porque Nacib ya había asumido el compromiso con Moacir y el ruso... Hombre de palabra, no iba a dejar plantados a los amigos, sin comida para sus

invitados. Como tampoco podía dejar el bar sin los saladitos y los dulces. En caso de hacerlo, perdería la clientela, y el perjuicio sería mayor. Pero aquello no podía durar más de algunos días; de lo contrario, ¿adónde iría a parar?

—Es difícil encontrar cocinera buena... —se lamentó Florita.

—Cuando aparece una, es muy disputada... —completó Quinquina.

Era verdad.

En Ilhéus una buena cocinera valía oro, las familias ricas las mandaban buscar en Aracajú, en Feira de Sant'Ana, en Estância.

—Entonces, está arreglado. Mando a Chico-Pereza con las compras.

—Y cuanto antes, don Nacib.

Levantóse extendiendo la mano a las solteronas. Miró una vez más la mesa llena de revistas, el pesebre por armar, las cajas de cartón repletas de figuras:

—Voy a traer las revistas. Y muchas gracias por sacarme del aprieto...

—No hay de qué. Lo hacemos por tratarse de usted. Lo que necesita es casarse, don Nacib. Si estuviese casado no le sucederían estas cosas...

—Con tanta muchacha soltera en la ciudad... Y habilidosas.

—Yo sé de una espléndida para usted, don Nacib. Muchacha derecha, no es una de esas pretenciosas que sólo piensan en cine y en baile...

Distinguida, hasta sabe tocar el piano. Sólo que es pobre...

La manía de las viejas señoritas era arreglar casamientos.

Nacib rio:

—Cuando resuelva casarme vengo derecho para aquí, a buscar novia.

De la desesperada búsqueda

Había iniciado su desesperada búsqueda en el morro de Unhão. El corpachón inclinado hacia adelante, sudando a mares, el saco bajo el brazo, Nacib había recorrido Ilhéus de punta a punta en aquella primera mañana de sol, después de la larga estación de las lluvias. Reinaba alegre animación en las calles donde estancieros, exportadores, comerciantes, cambiaban exclamaciones y felicitaciones. Era día de feria, las tiendas estaban llenas, los consultorios médicos y las farmacias abarrotados. Subiendo y bajando pendientes, cruzando calles y plazas, Nacib maldecía. Al llegar a su casa, la víspera, cansado de la jornada de trabajo y del lecho de Risoleta, había hecho sus cálculos para el día siguiente: dormir hasta las diez, hora en que Chico-Pereza y Pico-Fino, hecha ya la limpieza del bar, comenzaban a servir a los primeros parroquianos. Dormir la siesta después del almuerzo. Jugar su partida de «gamão» o de damas con Ño-Gallo y el Capitán, conversar con Juan Fulgencio, y saber las novedades locales y las noticias del mundo. Dar un salto al cabaret, después de cerrar el bar, y terminar la noche, ¿quién sabe?, otra vez con Risoleta.

En vez de eso, corría las calles de Ilhéus, subía las pendientes del morro...

En el Unhão había deshecho el trato con las dos muchachas apalabradas para ayudar a Filomena en la preparación de la comida de la Empresa de ómnibus. Una de ellas, riendo con la boca sin dientes, declaró saber hacer lo trivial. La otra ni eso... «Acarajé», «abará», «dulces», «moquecas» y fritadas de camarones eran cosas que solamente María de San Jorge sabía hacer... Nacib preguntó aquí y allá, bajó por el otro lado del morro. Cocinera, en Ilhéus, capaz de tomar las riendas de la cocina de un bar, era cosa difícil, casi imposible.

Había preguntado en el puerto, había pasado por la casa del tío: «¿no sabían acaso de una cocinera?». Había escuchado a su tía quejarse: «tenía una más o menos, no es que fuese gran cosa, pero había dejado el empleo sin saberse porqué. Ahora era ella, la tía, quien cocinaba hasta que apareciera otra. ¿Por qué Nacib no venía a almorzar con ellos?».

Le dieron noticias de una, famosa, que vivía en el morro de la Conquista. «De mano llena», dijérale el informante, el español Felipe, hábil en arreglos no solamente de zapatos y de botas, sino también de sillas y de arreos. Hablador como él sólo, temible adversario en el juego de damas, ese Felipe de lengua sucia y corazón de hiel, representaba en Ilhéus a la extrema izquierda, declarándose anarquista a cada paso, amenazando limpiar el mundo de capitalistas y de curas, siendo amigo y comensal de varios estancieros, entre los cuales se contaba el padre Basilio. Mientras claveteaba suelas entonaba canciones anarquistas y, cuando jugaban a las damas, él y Ño-Gallo, valía la pena oír las maldiciones contra los sacerdotes. Habíase interesado por el drama culinario de Nacib.

—Una tal Marianita. Un portento.

Nacib se dirigió hacia la Conquista, la pendiente todavía resbaladiza por las lluvias, donde un grupo de negritas se echó a reír cuando él cayó, ensuciándose los fundillos del pantalón. De información en información, localizó la casa de la cocinera. En lo alto del cerro. Una casita de madera y cinc. Esa vez iba con cierta esperanza. Don Eduardo, dueño de vacas lecheras, le había confirmado los méritos de Marianita. Había trabajado un tiempo en su casa, y tenía una habilidad especial para los condimentos. Su único defecto era la bebida, tratábase de una «cachaceira» memorable. Cuando bebía se ponía como el demonio: le había faltado el respeto a doña Mariana, por eso Eduardo la despidió.

—Aunque para casa de hombre soltero, como es usted...

Borracha o no, si era buena cocinera, él la contrataría. Por lo menos hasta que encontrara otra. Por fin divisó la casucha miserable y, sentada a la puerta, a Marianita, los pies descalzos, peinándose unos cabellos larguísimos, matándose piojos. Era mujer de unos treinta a treinta y cinco años, desgastada por la bebida, pero todavía con restos de gracia en el rostro mestizo. Se quedó escuchándolo, con el peine en la mano. Después rio, como si la propuesta la divirtiera:

—No, no. Ahora sólo cocino para mi hombre y para mí. Él no quiere ni oír hablar de eso.

La voz del hombre venía de adentro:

—¿Quién es, Marianita?

—Un doctor buscando cocinera. Está ofreciendo... que paga bien...

—Decile que se vaya al diablo. Que aquí no hay cocinera alguna.

—¿Está viendo? Él es así: no quiere ni oír hablar de que me emplee. Celoso... Por una cosa de nada, hace un escándalo único... Es sargento de policía —contaba con placer, como para mostrar cuanto valía.

—¿Qué andás dándole charla a extraños, mujer? Que se vaya en seguida, antes que me enfurezca...

—Es mejor que se largue...

Volvió a peinarse los cabellos, buscando piojos entre ellos, con las piernas extendidas al sol.

Nacib sacudió los hombros.

—¿No sabe de ninguna?

Ni respondió, apenas si negó con la cabeza. Nacib descendió por la pendiente de la Victoria, pasó por el cementerio. Allá abajo la ciudad brillaba al sol, llena de movimiento. El «Ita», llegado por la mañana, descargaba. ¡Desgracia de tierra!, tanto que se hablaba de progreso y no se podía conseguir ni siquiera una cocinera.

—Por eso mismo —había explicado Juan Fulgencio cuando el árabe se paró en la Papelería Modelo para descansar—, la mano de obra se torna difícil y cara por la

procura. A lo mejor en la feria...

La feria semanal era una fiesta. Ruidosa y colorida. Un vasto descampado frente al fondeadero, extendiéndose hasta las proximidades del ferrocarril. Puestos de carne seca, cerdos, ovejas, venados, «pacas» y puercoespines, caza diversa. Bolsas de blanca harina de mandioca. Bananas color oro, zapallos amarillos, judías verdes, «quiabos», naranjas. En las barracas servían, en platos de latón, «sarapatel» (revuelto de hígado, riñones, sangre etc, con caldo), feijoada, moqueca de pescado. Algunos campesinos comían, con el vaso de aguardiente al lado. Nacib se informó allí. Una negra gorda, con un turbante en la cabeza, collares y pulseras, torció la nariz:

—¿Trabajar para un patrón? Dios me libre...

—Pájaros de increíble plumaje, papagayos habladores...

—¿Cuánto quiere por aquél loro, doña?

—Ocho pesos porque es para usted...

—Tan caro no puede ser.

—Pero es hablador de verdad. Sabe cada palabrota...

El loro, como para probarlo, se desgañitaba, cantaba «Ay, don Mierda». Nacib pasó entre montañas de requesón, el sol brillaba sobre el amarillo de las «jacas» maduras.

El loro gritaba: «¡Campesino! ¡Campesino!».

Nadie conocía cocinera alguna.

Un ciego, el mate en el suelo, contaba en la guitarra historias de los tiempos de las luchas:

*«Amancio, hombre valiente,
tirador de primera.*

Más valiente que él.

Sólo el mismo Juca Ferreira.

En noche de oscuridad.

Se encontraron en la luz.

“¿Quién viene ahí?” —dijo Ferreira.

“Es hombre. No es bicho, no”.

Don Amancio respondiera

con la mano en la carabina.

Temblaron hasta los macacos

en la noche de oscuridad».

Los ciegos, a veces bien informados, no supieron informarle. Uno de ellos, venido del «sertão» (sertón, zona semidesértica), echó pestes contra la comida de Ilhéus. No sabían cocinar, comida sí que era la de Pernambuco, no aquella porquería

de allí, donde nadie sabía lo que era bueno.

Árabes pobres, vendedores ambulantes de los caminos, exhibían sus valijas abiertas, sus artes mágicas, sus cortes baratos de percal, collares falsos y vistosos, anillos brillantes de vidrio, perfumes con nombres extranjeros, fabricados en San Pablo. Mulatas y negras, sirvientas de casas ricas, se amontonaban ante las valijas abiertas:

—Compra, cliente, compra. Es baratito... —la pronunciación cómica, la voz seductora.

Largas negociaciones. Los collares sobre los pechos negros, las pulseras en los brazos mulatos, ¡una tentación! ¡El vidrio de los anillos irisábase al sol como diamante!

—Todo verdadero, de lo mejor.

Nacib interrumpía la discusión de los precios: ¿alguien sabía de una buena cocinera? Existía una, muy buena, de horno y fogón, pero estaba empleada en lo del comendador Domingos Ferreira, sí señor. Y la trataban que ni parecía empleada...

El mercader extendía unos aros a Nacib:

—Compra, paisano, regalo para mujer, para novia, para amiga...

Nacib continuaba su camino, indiferente a toda tentación. Las negritas compraban a mitad de precio o por el doble del valor.

Un «cúralotodo», con una cobra mansa y un pequeño yacaré, anunciaba la curación de todas las molestias a un grupo que lo rodeaba. Exhibía un frasco conteniendo un remedio milagroso, descubierto por los indios en las selvas que se extendían más allá de las plantaciones de cacao.

—Cura tos, resfríos, tisis, sarna, varicela, sarampión, viruela brava, paludismo, dolor de cabeza, várices, todo cuanto sea enfermedad mala; cura el «esternón caído» y reumatismo ...

Por una niñería, apenas un peso cincuenta, cedía aquel frasco de salud. La cobra subía por el brazo del hombre, mientras el yacaré permanecía en el suelo, inmóvil, como una extraña piedra. Nacib preguntaba a unos y otros.

—De cocinera no sé, no señor. De un buen albañil, sí. Vasijas de barro, potes para agua fresca, cacerolas, «cuscuzeiros», y caballos, bueyes, perros, gallos, guardaespaldas con sus carabinas, hombres montados, soldados de policía y escenas de trampas, de entierro y casamientos, valiendo diez centavos, dos, un peso, obras todas de las manos toscas y sabias de los artesanos. Un negro casi tan alto como Nacib, se empinaba un vaso de aguardiente de un trago, y escupía fuerte en el suelo:

—Trago de primera, Nuestro Señor Jesucristo sea loado.

Respondía a la cansada pregunta:

—No sé, no señor. ¿Conoces a alguna cocinera, Pedro Paca? Aquí, para el «coronel»...

El otro no sabía. Tal vez en el «mercado de los esclavos», sólo que ahora no había nadie, ninguna leva de «sertaneros» recién llegados.

Nacib no se tomó el trabajo de ir al «mercado de los esclavos», por detrás del Ferrocarril, donde se amontonaban los «retirantes»(habitantes del nordeste que huyen de la sequía) venidos del «sertão» (sertón, zona semidesértica), fugitivos de la sequía, en busca de trabajo. Allí iban los «coroneles» a contratar trabajadores y bandidos, y las familias a buscar empleadas. Pero no había nadie aquellos días. Le aconsejaron ir a dar una ojeada en el Pontal. Por lo menos no había que subir pendientes. Tomó la canoa, cruzó el fondeadero. Anduvo por las pocas calles de arena, bajo el sol, donde criaturas pobres jugaban al fútbol con una pelota hecha de media. Euclides, dueño de la panadería, le sacó las esperanzas.

—¿Cocinera? Ni piense... Ni buena ni mala. En la fábrica de chocolate ganan más. No adelanta nada buscando.

Volvió a Ilhéus, cansado y somnoliento. A estas horas, el bar ya debía estar abierto y, con el día de feria, con bastante movimiento. Necesitando de su presencia, de sus atenciones para con los clientes, su animación, su charla, su simpatía. Los dos empleados —¡unos dormidos!— solos no servían para mucho. Pero, en el Pontal le habían hablado de una vieja que fuera cocinera apreciada, que trabajara en varias casas y vivía ahora con una hija casada, cerca de la plaza Seabra.

Decidió tentar suerte:

—Después voy al bar...

La vieja había muerto hacía más de seis meses, la hija quiso contarle toda la historia de la enfermedad, pero Nacib no tenía tiempo para oírla. El desánimo lo invadía, de haber podido hubiese ido a la cama, a dormir. Cruzó la plaza Seabra, donde estaba el edificio de la Intendencia y la sede del Club Progreso. Iba rumiando sus tristezas cuando se encontró con el «coronel» Ramiro Bastos, sentado en un banco, tomando sol, bien frente al Palacio Municipal. Se detuvo para saludarlo, el «coronel» lo hizo sentar a su lado:

—Hace tiempo que no lo veo, Nacib. ¿Y cómo va el bar? ¿Prosperando siempre? Así le deseo, por lo menos.

—Hoy me sucedió una cosa, «coronel»... Mi cocinera se me fue. Ya corrí Ilhéus entero, fui hasta Pontal, y sin conseguir quién sepa cocinar...

—Fácil no es. Sólo mandando buscar afuera. O a las plantaciones...

—Y con un banquete mañana, del ruso Jacob ...

—Es verdad. Estoy invitado, tal vez vaya.

El «coronel» sonreía, contento del sol que jugueteaba en los vidrios de las ventanas de la Intendencia y que le calentaba el cuerpo fatigado.

Del dueño de la tierra calentándose al sol

Nacib no consiguió despedirse, el «coronel» Ramiro Bastos no lo dejó. Y quién iría a discutir una orden suya, cuando él estaba sonriendo, casi pidiendo:

—Es temprano. Vamos a conversar un poco.

En los días de sol, invariablemente a las diez, apoyándose en un bastón con empuñadura de oro, el paso lento pero todavía firme, el «coronel» Ramiro Bastos salía de su casa, cruzaba la calle para entrar en la plaza de la Independencia, y sentábase en un banco.

—La cobra vino a calentarse al sol... —decía el Capitán al verlo desde la puerta del edificio en que trabajaba, en frente de la Papelería Modelo.

El «coronel» también lo veía, se quitaba su sombrero panamá, y balanceaba la cabeza de cabellos blancos. El Capitán respondía al saludo, a pesar de ser muy otro su deseo... Aquél era el jardín más bello de la ciudad. Las malas lenguas decían que la Intendencia prodigaba atenciones especiales a aquél lugar debido a la vecindad de la casa del «coronel» Ramiro. Pero la verdad es que en la Plaza Seabra se levantaban también el edificio de la Intendencia, la sede del Club Progreso, y el Cine Victoria, en cuyo segundo piso vivían muchachos solteros y funcionaba, en una sala del frente, el Gremio Rui Barbosa. Además de casas de alto y residencias de las mejores que tenía la ciudad. Natural, entonces, que los poderes públicos cuidasen con especial cariño dicha plaza. Había sido enjardinada durante uno de los gobiernos del «coronel» Ramiro. Aquel día el viejo estaba satisfecho y conversador. Finalmente el sol había reaparecido, el viejo plantador lo sentía en la espalda curvada, en las manos huesudas, dentro del corazón también. A los ochenta y dos años de edad, aquel sol de la mañana era su diversión, su lujo, su mejor alegría. En la época de las lluvias sentíase desdichado, se quedaba en la sala de visitas sentado en su silla austríaca, atendiendo gente, oyendo pedidos, prometiendo soluciones. Desfilaban decenas de personas diariamente. Pero cuando hacía sol, a las diez de la mañana, estuviera con quién estuviera, se disculpaba, tomaba su bastón, y se venía a la plaza. Sentábase en un banco del jardín, donde no tardaba en aparecer alguien para hacerle compañía. Sus ojos se paseaban por la plaza, se detenían en el edificio de la Intendencia. El «coronel» Ramiro Bastos contemplaba todo aquello como si fuese propiedad suya. Y en cierta forma lo era un poco, pues él y los suyos gobernaban Ilhéus desde hacía muchos años.

Era un viejo seco, resistente a la edad. Su ojos pequeños conservaban un brillo de mando, de hombre acostumbrado a dar órdenes. Siendo uno de los grandes estancieros de la región, habíase hecho un jefe político respetado y temido. El poder había venido a sus manos durante las luchas por la posesión de la tierra, cuando el poderío de Cazuzza Oliveira se desmoronó. Habiendo apoyado al viejo Seabra, éste le

había entregado la región. Por dos veces fue Intendente, y ahora era senador estadual. Cada dos años cambiaba el Intendente, en elecciones a punta de pluma, pero en realidad nada cambiaba pues quién continuaba mandando era el mismo Ramiro Bastos, cuyo retrato de cuerpo entero se podía ver en el salón de honor de la Intendencia, donde se realizaban conferencias y fiestas. Amigos incondicionales o parientes suyos sucedíanse en el cargo, sin mover una paja sin su aprobación. Su hijo, médico de niños y diputado estadual, había dejado fama de buen administrador. Había abierto calles y plazas, trazado jardines y durante su gestión la ciudad cambió de fisonomía. Decíase que la razón de que sucediera todo esto había sido la de facilitar la elección del joven a la Cámara Estadual. La verdad, sin embargo, es que el «coronel» Ramiro amaba la ciudad a su manera, como amaba el jardín de su casa, la quinta de su estancia. En los jardines de su casa plantó manzanos y perales, plantas venidas de Europa. Le gustaba ver la ciudad limpia (y para eso había hecho que la Intendencia comprara camiones), asfaltada, enjardinada, con buen servicio de cloacas. Animada la construcción de buenas casas, y se alegraba cuando los forasteros hablaban de la gracia de Ilhéus, con sus plazas y jardines. Manteníase, por otro lado, obstinadamente sordo a ciertos problemas, a reclamaciones diversas: fundación de hospitales, creación de una escuela municipal, apertura de caminos para el interior, construcción de campos de deportes. Torcía la cara al Club Progreso y no quería ni oír hablar de dragar la bahía. Se preocupaba por tales cosas cuando no tenía más remedio que hacerlo, o cuando sentía en peligro su prestigio. Así había ocurrido con la carretera, obra de dos Intendencias, la de Ilhéus y la de Itabuna. Miraba con desconfianza ciertas empresas y, sobre todo, ciertos hábitos nuevos. Y como la oposición estaba reducida a un pequeño grupo de descontentos sin fuerza y sin mayor expresión, el «coronel» hacía casi siempre lo que quería, con un supremo desprecio por la opinión pública. No obstante su terquedad, en los últimos tiempos sentía disminuidos su indiscutible prestigio y su palabra que siempre tuvieron fuerza de ley. No por la oposición, gente sin mayor relieve, sino por el propio crecimiento de la ciudad y de la región, que a veces parecía querer escapar de sus manos, ahora trémulas. ¿Sus propias nietas no lo criticaban porque él ordenó que la Intendencia negara una ayuda económica al Club Progreso? ¿Y el diario de Clóvis Costa no osó discutir el problema de la escuela? Él había oído la conversación de las nietas: «¡Abuelito es un retrógrado!».

Él comprendía, aceptaba los cabarets, las casas de mujeres de la vida, la orgía desenfrenada de las noches de Ilhéus. Los hombres precisaban aquello, él también había sido joven. Lo que no entendía era eso de un club de muchachos y muchachas para conversar hasta altas horas de la noche, para bailar esas danzas modernas donde hasta las mujeres casadas iban a dar vueltas en otros brazos que no eran los de sus maridos, ¡una indecencia! La mujer estaba hecha para vivir dentro de la casa,

cuidando de los hijos y del hogar. Y la muchacha soltera para esperar marido, aprendiendo a coser, tocar el piano, dirigir la cocina. No había podido impedir la fundación del club, a pesar de sus esfuerzos. Ese Mundinho Falcão, venido de Río, escapaba a su control, no venía a visitarlo ni a consultarlo, decidía por su propia cuenta e iba haciendo cuanto le parecía. El «coronel» sentía, oscuramente, que el exportador era un enemigo que todavía le acarrearía dolores de cabeza. En apariencia mantenían espléndidas relaciones. Cuando se encontraban, lo que raramente sucedía, intercambiaban palabras amables, muestras de amistad, poníanse a disposición uno del otro. Pero ese tal Mundinho comenzaba a meter el pico en todas las cosas, cada vez era mayor el número de personas que lo rodeaban, él hablaba de Ilhéus, su vida, su progreso, como si aquello fuese asunto suyo, de su incumbencia, o tuviese alguna autoridad. Era hombre de familia acostumbrado a mandar en el sur del país, sus hermanos tenían prestigio y dinero. Para él, era como si el «coronel» Ramiro no existiese. ¿No obró así cuando resolvió abrir la avenida en la playa? Había aparecido de súbito en la Intendencia, dueño de los terrenos, los planos completos...

Nacib le daba las noticias más recientes, el «coronel» ya tuvo noticias de que el «Ita» encalló.

—Mundinho Falcão llegó en él. Dijo que el caso de los bancos de arena...

—Forastero... —atajó el «coronel»— ¿Qué diablos vino a buscar en Ilhéus donde nadie perdió nada? —era aquella misma voz dura del hombre que prendiera fuego a las estancias, que invadiera poblados, que liquidara gente, sin piedad. Nacib se estremeció.

—Forastero...

¡Como si Ilhéus no fuese una tierra de forasteros, de gente venida de todas partes! Pero era diferente. Los otros llegaban modestamente, se inclinaban en seguida ante la autoridad de los Bastos, querían únicamente ganar dinero, establecerse, entrar tierra adentro. No se metían a cuidar del «progreso de la ciudad y de la región», a decidir sobre las necesidades de Ilhéus. Unos meses antes, el «coronel» Ramiro Bastos había sido abordado por Clóvis Costa, dueño de un semanario. Quería organizar una sociedad para lanzar un diario. Ya tenía las máquinas en vista, en Bahía, pero necesitaba capital. Le había dado largas explicaciones: un diario significaba un nuevo paso en el progreso de Ilhéus, sería el primero del interior del Estado. El periodista pretendía conseguir dinero entre los estancieros, que serían todos socios del diario, órgano al servicio de la defensa de los intereses de la región del cacao. A Ramiro Bastos la idea no le agradó. ¿Defensa contra quién o contra qué? ¿Quién amenazaba Ilhéus? ¿El gobierno, acaso? La oposición era una cosa inútil, despreciable. Un diario le parecía lujo superfluo. Si precisase de él para cualquier otra cosa, estaba a sus órdenes. Pero para publicar un diario, no... Clóvis había salido desanimado, yendo a quejarse a Tónico Bastos, el otro hijo del «coronel», escribano de la ciudad. Podría

obtener un poco de dinero con alguno que otro estanciero. Pero la negativa de Ramiro significaba la de la mayoría. Si él fuese a hablarles, le preguntarían:

—¿El «coronel» Ramiro con cuanto entró?

El «coronel» no pensó más en el asunto. Esa cosa de diario era un peligro... Bastaría con que un día dejase de satisfacer un pedido de Clóvis y tendría al diario en la oposición, metiéndose en los negocios municipales, desmenuzando todo, arrastrando reputaciones por el barro. Con su rechazo había puesto la lápida sobre esa idea. Fue lo que dijo a Tónico cuando éste, a la noche, le vino a hablar del caso, relatándole las quejas de Clóvis:

—¿Tú necesitas de un diario? Yo no. Por lo tanto, Ilhéus no lo necesita —y habló de otra cosa.

Cuál no sería su sorpresa al ver, en los postes de la plaza y en las paredes, días después, anuncios de la próxima aparición del diario. Mandó llamar a Tónico: —¿Qué historia es ésa del diario?

—¿De Clóvis?

—Sí. Por ahí andan unos papeles diciendo que va a salir.

—Las máquinas ya llegaron, y están siendo montadas.

—¿Cómo es eso? Le negué mi apoyo. ¿Dónde encontró dinero? ¿En Bahía?

—Aquí mismo, padre. Mundinho Falcão...

¿Y quién animó la fundación del Club Progreso, quién dio dinero a los empleados de comercio para que fundaran sus clubes de fútbol? La sombra de Mundinho Falcão se proyectaba por todas partes. Su nombre sonaba cada vez más insistentemente en los oídos del «coronel». Ahora mismo el árabe Nacib hablaba de él, de su llegada anunciando la venida de los ingenieros del Ministerio de Vialidad, para estudiar el caso de los bancos de arena ...

¿Quién le pidió ingenieros, quién le reclamó la solución de los problemas de la ciudad? ¿Desde cuándo él era autoridad?

—¿Quién le dio esa comisión a él? —la voz brusca del viejo interrogaba a Nacib como si éste tuviese alguna responsabilidad.

—Ah, eso ya no sé... Estoy vendiendo el pescado por el precio que lo compré...

Las flores coloridas del jardín brillan a la luz del día espléndido, los pájaros trinan en los árboles de los alrededores. Al «coronel» se le nubla la cara, y Nacib no tiene coraje de despedirse. El viejo está enojado, de repente comienza a hablar. Si piensan que él está acabado, están engañados. Todavía no ha muerto ni es inútil. ¿Quieren lucha? Pues vamos a luchar, ¿qué otra cosa ha hecho él en su vida? ¿Cómo plantó su cacao, marcó los amplios límites de sus estancias, construyó su poder? No fue heredando de sus parientes, creciendo a la sombra de sus hermanos, en las grandes capitales, como ese Mundinho Falcão... ¿Cómo llegó a liquidar a sus adversarios políticos? Fue irrumpiendo en los bosques, con la carabina en la mano y

guardaesaldas siguiéndolo, a su lado.

Cualquier habitante de Ilhéus, de más avanzada edad, podría contarlo. Nadie ha olvidado, todavía, esas historias. Ese Mundinho Falcão está muy engañado; venido de afuera, no conoce las historias de Ilhéus, tal vez fuera mejor que se informara antes... El «coronel» golpea con la contera del bastón el cemento del paseo, Nacib escucha en silencio.

La voz cordial del profesor Josué lo interrumpe: —Buen día, «coronel»: ¿Tomando sol?

El «coronel» sonríe, extendiendo la mano al joven: —Conversando aquí, con el amigo Nacib. Siéntese.

Hace un lugar en el banco: —A mi edad todo cuanto resta es tomar sol...

—Qué es eso, «coronel», pocos jóvenes valen lo que usted.

—Pues, justamente, yo estaba diciéndole a Nacib que todavía no estoy enterrado. A pesar de que hay quien piense por ahí que ya no valgo nada...

—Nadie piensa eso, «coronel» —dijo Nacib.

Ramiro Bastos cambiaba de tema, preguntaba a Josué:

—¿Cómo va el colegio de Enoch?

—Josué era profesor y subdirector del colegio.

—Va bien, muy bien. Fue oficializado. Ilhéus ya tiene su colegio. Una gran noticia.

—¿Ya? No sabía... El gobernador me mandó decir que sólo podría ser oficializado a comienzos de año. Que el Ministerio no lo podía hacer antes, que estaba prohibido. Yo me interesé mucho por este asunto.

—Realmente, «coronel», las oficializaciones, por principio, son siempre hechas a comienzo de año, antes de la iniciación de las clases. Pero Enoch le pidió a Mundinho Falcão cuando él fue a Río...

—¡Ah!

—... y él obtuvo del Ministro una excepción. Ya para los exámenes de este año el colegio tendrá un examinador oficial. Ésta es una gran noticia para Ilhéus...

—Sin duda... Sin duda...

El joven profesor continuaba hablando, Nacib aprovechó entonces para despedirse, pero el «coronel» ni los oía. Su pensamiento estaba lejos. ¿Qué diablos hacía su hijo Alfredo allá, en Bahía? Diputado estadual, entrando y saliendo del Palacio de Gobierno y hablando con el gobernador a cualquier hora, ¿qué diablos hacía? ¿No había él mandado pedir la oficialización del colegio, acaso? A él y a nadie más que a él, Enoch y la ciudad la hubieran debido si el gobernador, presionado por Alfredo, se hubiese realmente interesado. Él, Ramiro, últimamente casi no iba a Bahía, a las sesiones del Senado, el viaje le resultaba un verdadero sacrificio. Y ahí estaba el resultado: sus pedidos al gobierno dormían en los Ministerios, se arrastraban

por los caminos normales de la burocracia, mientras que... El colegio sería equiparado sin falta a comienzo de año, habíale mandado decir al gobernador como si estuviese atendiendo presurosamente su pedido. Y él había quedado contento transmitiéndole la noticia a Enoch, subrayando la prontitud con que el gobierno había respondido a su pedido.

—Para el próximo año su colegio tendrá fiscalización federal.

Enoch había agradecido pero quejándose:

—Es una pena no haberla obtenido ahora mismo, «coronel». Vamos a perder un año, muchos chicos irán a Bahía.

—Estamos fuera del plazo, mi querido amigo. A mitad de año, la oficialización es imposible. Pero, es cuestión de esperar un poco.

Y ahora, de repente, esa noticia.

El colegio oficializado fuera de época por obra y gracia de Mundinho Falcão. Habría que ir a Bahía... el gobernador tendría que oír algunas, y de las buenas... Él no era hombre con cuyo prestigio se podría jugar. También ¿qué diablos hacía su hijo en la Cámara del Estado? Realmente, el muchacho no tenía pasta para político, era buen médico, buen administrador, pero era débil, no había salido a él, no sabía imponerse. El otro, Tónico sólo pensaba en mujeres, no quería saber de otra cosa... Josué se despedía.

—Hasta luego, hijo. Dígale a Enoch que yo le mando mis felicitaciones. Que yo estaba esperando la noticia de un momento a otro...

Se quedó otra vez solo en la plaza. Ya no sentía la alegría del sol, su rostro habíase ensombrecido. Pensaba en otros tiempos, cuando esas cosas eran fáciles de resolver. Si alguien se hacía demasiado molesto, bastaba llamar a uno de los hombres de confianza, prometerle algún dinero, y decirle el nombre del intruso. Hoy era diferente. Pero ese Mundinho Falcão se engañaba. Ilhéus había mudado mucho en esos años, es cierto. El «coronel» Ramiro trataba de comprender esa nueva vida, ese Ilhéus naciendo de aquel otro que fuera el suyo. Llegó a pensar que lo había comprendido, que se acercaba a sus problemas, a sus necesidades. ¿No había embellecido la ciudad, construido plazas y jardines, empedrado sus calles, abierto la carretera a pesar de sus compromisos con los ingleses de los Ferrocarriles? ¿Por qué, entonces, así, repentinamente, la ciudad parecía querer huir de sus manos? ¿Por qué comenzaban todos a hacer lo que querían, por su propia cuenta, sin oírlo, sin esperar que él diese las órdenes? ¿Qué estaba sucediendo en Ilhéus que él ya no comprendía, que ya no mandaba?

No era hombre de dejarse vencer sin lucha. Aquélla era su tierra, nadie hizo por ella más que Ramiro Bastos. Nadie, tampoco, habría de arrebatarse el bastón de mando, fuese quien fuese. Sentía que un nuevo tiempo de lucha se aproximaba. Diferente de aquel otro de antes, más difícil tal vez. Se levantó, irguióse como si no

sintiera el peso de los años. Podía estar viejo pero aún no estaba enterrado, y mientras él viviese sería él quien mandara allí. Dejó el jardín, cruzó hacia el Palacio. El soldado de policía apostado a la entrada, le hizo la venia. El «coronel» Ramiro Bastos sonrió.

De la conspiración política

A la misma hora en que el «coronel» Ramiro Bastos penetraba en el edificio de la Intendencia, y el árabe Nacib llegaba al Bar Vesubio sin haber encontrado cocinera, en su casa, en la playa, Mundinho narraba al Capitán:

—Una batalla, mi querido amigo. No fue nada fácil. Empujó la taza, estiró las piernas, desperezóse en el sillón. Había estado brevemente en su oficina, arrastrando al amigo para conversar en casa con el pretexto de contarle las novedades. El Capitán saboreó un trago de café, quiso saber más detalles:

—¿Pero, de dónde viene toda esa resistencia? Al final de cuentas, Ilhéus no es un poblado cualquiera. Es un municipio que rinde más de un millón ...

—Un momento, mi amigo, un Ministro no es todopoderoso... Tiene que atender los intereses de los gobernadores. Y él gobierno de Bahía quiere oír hablar de cualquier cosa menos de la bahía de Ilhéus. Cada bolsa de cacao que sale del puerto de Bahía significa dinero para las dársenas de allá. Y el yerno del gobernador está ligado a la gente de las aduanas. El Ministro me dijo: «Amigo Mundinho, usted va a dejarme malparado con el gobernador de Bahía».

—¡Ese yerno es un indecente! Eso es lo que los «coroneles» no quieren comprender. Hoy mismo estuvimos discutiendo mientras el «Ita» desencallaba. Ellos apoyan un gobierno que saca todo de Ilhéus y no nos da nada.

—Al contrario... Los políticos de aquí tampoco se mueven.

—Así es: ponen dificultades a cuanta obra es indispensable para la ciudad. Una estupidez sin nombre.

Ramiro Bastos se cruza de brazos, no tiene visión y los otros «coroneles» lo acompañan.

La prisa que asaltó a Mundinho en su escritorio, haciéndolo despedirse de sus clientes y dejando para la tarde importantes citas comerciales, desaparecía ahora, al percibir la impaciencia del Capitán. Era necesario dejar que fuese el otro quien le ofreciera la jefatura política, debía hacerse rogar, como tomado de sorpresa, hacerse solicitar. Se levantó, caminó hacia la ventana, contempló el mar que reventaba en la playa, el día de sol:

—A veces me pregunto a mí mismo, Capitán, ¿por qué diablos me vine a meter aquí? Al final de cuentas podía estar disfrutando de la vida, en Río o en San Pablo. En este viaje mismo mi hermano Emilio, el diputado, me preguntó: «¿Todavía no te cansaste de esa locura de Ilhéus? No sé qué es lo que te dio para que fueras a meterte en ese agujero». Usted sabe que mi familia negocia con el café, ¿no? Hace muchos años...

Tamborileaba con los dedos en la ventana, en tanto que miraba al Capitán:

—No piense que me quejo; el cacao es un buen negocio, óptimo negocio. Pero no

se puede comparar la vida, de aquí con la de Río. Y sin embargo, no quiero volver. ¿Y sabe por qué?

El Capitán gozaba de aquella hora de intimidad con el exportador, sentíase vanidoso con aquella amistad importante:

—Le confieso mi curiosidad. Que no es solamente mía, sino de todo el mundo. Por qué usted vino aquí, he ahí uno de los misterios de esta vida...

—Porqué vine, no tiene importancia. Porqué me quedé, ésa es la pregunta a hacerse. Cuando desembarqué y me hospedé en el Hotel Coelho, el primer día, tuve deseos de sentarme en la plaza y ponerme a llorar.

—Todo este atraso ...

—Pues bien: creo que fue eso mismo lo que me sujetó. Exactamente eso... Una tierra nueva, rica, donde todo está comenzando. Lo que ya está hecho en general, es malo, es preciso cambiarlo. Es, por así decirlo, una, civilización a construir.

—Una civilización a construir, bien dicho... —el Capitán lo apoyaba—. Antiguamente, en el tiempo de los barullos, se decía que quien llegaba a Ilhéus no partía nunca más. Los pies se pegaban en la miel del cacao, quedaban presos para siempre. ¿Usted nunca oyó hablar de esto?

—Ya, sí. Pero, como soy exportador y no estanciero, creo que mis pies donde se quedaron presos fue en el barro de las calles. Me dio deseos de quedarme para construir alguna casa. No sé si usted me comprende.

—Perfectamente.

—Es claro que si no ganase dinero, si el cacao no fuera el buen negocio que es, no me quedaría. Pero eso sólo no es suficiente para sujetarme. Creo que tengo alma de pionero —rio.

—¿Por eso se mete usted en tantas cosas? Comprendo... Compra terrenos, traza calles, construye casas, pone dinero en los negocios más diferentes... El Capitán siguió enumerando, y al mismo tiempo iba dándose cuenta de la extensión de los negocios de Mundinho, de cómo el exportador estaba presente en casi todo lo que se hacía en Ilhéus: la instalación de nuevas filiales de Bancos, la Empresa de ómnibus, la avenida en la playa, el diario, los técnicos llegados para la poda del cacao, el arquitecto loco que construyera su casa y que ahora estaba de moda, sobrecargado de trabajo.

—... hasta artistas de teatro usted trae... —concluyó riendo con la alusión a la bailarina llegada en el «Ita»—, por la mañana.

—¿Bonita, eh? ¡Pobres! Los encontré a los dos en Río, sin saber que hacer. Querían viajar pero no tenían dinero ni siquiera para los pasajes. Me transformé en empresario ...

—En esas condiciones, mi amigo, no es ventaja. Hasta yo me transformaría... El marido parece ser de la Cofradía ...

—¿Qué cofradía?

—La de San Cornelio, la ilustre cofradía de los maridos conformados, los naturales de buen genio ...

Mundinho hizo un gesto con la mano:

—Qué va... Ni siquiera son casados; esa gente no se casa. Viven juntos, pero cada uno por su lado. ¿Qué piensa que ella hace cuando no tiene donde bailar? Para mí fue una diversión quebrar la monotonía del viaje. Y se acabó. Está a disposición de ustedes. Allí es sólo cuestión de pagar, mi viejo.

—Los «coroneles» van a perder la cabeza... Pero no cuente que no son casados. El ideal de cada «coronel» es dormir con una mujer casada. Pero si alguien quisiera dormir con la de ellos, ¡ay!... Volviendo al caso del banco de arena... ¿Usted está realmente dispuesto a llevar la cosa adelante?

—Para mí, ahora se trata de una cuestión personal. En Río, me puse al contacto con una compañía de cargueros suecos. Están dispuestos a establecer la línea directa a Ilhéus, tan pronto los bancos estén en condiciones de dar paso a navíos de cierto calado.

El Capitán oía atentamente, rumiando ciertas ideas que lo perseguían desde hacía mucho, ciertos planes políticos. Había llegado la hora de ponerlos en práctica. La venida de Mundinho a Ilhéus fue una bendición de los cielos. ¿Pero, cómo recibiría él tales propuestas? Era preciso andarse con cuidado, ganar su confianza, convencerlo. Mundinho sentíase enternecido con la admiración del otro, estaba en vena de confianza, dejábase llevar:

—Mire usted, Capitán, cuando yo vine aquí... —Se calló un momento, como dudando si valía o no la pena continuar— ...vine medio huyendo. —Nuevo silencio—. ¡No de la policía! De una mujer. Algún día le contaré toda la historia, hoy no. ¿Usted sabe lo que es la pasión? ¿Más que pasión, la locura? Por eso vine, dejando todo. Ya me habían hablado de Ilhéus, del cacao. Vine para ver como era, nunca más pude partir. El resto usted lo sabe: la firma exportadora, mi vida aquí, las buenas amistades que hice, el entusiasmo que tengo por la tierra. No es solamente por los negocios, por el dinero, ¿comprende usted? Podía ganar tanto o más exportando café... Pero aquí estoy haciendo alguna cosa, soy alguien, ¿sabe? Lo hago con mis propias manos... —y se miraba las manos bien cuidadas, finas, de uñas manicuradas como las de una mujer.

—Sobre eso quiero hablarle...

—Espere. Déjeme acabar. Vine por motivos íntimos, huyendo. Pero, si me quedé, fue a causa de mis hermanos. Soy el más joven de los tres, el «benjamín», mu cho más joven y nacido fuera de tiempo. Todo estaba hecho, yo no precisaba esforzarme para nada. Apenas si tenía que dejar que las cosas corrieran solas. Yo siempre era el tercero. Los otros dos estaban primero. Y eso no me agradaba.

El Capitán nadaba en gozos, aquellas confidencias llegaban justamente en la hora precisa. Habíase hecho amigo de Mundinho Falcão apenas el exportador llegara a Ilhéus, debido a la fundación de la nueva casa exportadora. Era el recaudador de impuestos y habíale cabido orientar al capitalista. Salieron juntos, y entonces le sirvió de cicerone. Lo llevó a la estancia de Ribeirito, a Itabuna, a Pirangi, a Agua Preta, le explicó las costumbres de la región, le recomendó mujeres. Mundinho, por su parte, era hombre sin poses, cordial, de fácil camaradería. El Capitán al principio se sintió orgulloso por la intimidad con aquel ricacho venido del sur, de familia importante en los negocios y en la política, hermano de diputados, con parientes en la diplomacia; el hermano mayor hasta había sido mencionado para Ministro de Hacienda. Sólo después, con el correr de los tiempos y la múltiple actividad de Mundinho comenzó a reflexionar y a planear: ése era el hombre para oponer a los Bastos, para derribarlos ...

—Fui un niño mimado. En la firma no tenía nada que hacer, mis hermanos lo resolvían todo. Aunque hombre hecho, para ellos continuaba siendo un chiquillo. Dejaban que yo me divirtiera, que después habría de llegar mi momento, «la hora de mis responsabilidades», como decía Lourival... —su rostro ensombrecíase al hablar del hermano mayor—. ¿Usted comprende? Me cansé de no hacer nada, de ser el hermano más joven. Tal vez no hubiese reaccionado nunca, quedándome en aquella blandura, en la buena vida. Pero entonces apareció aquella mujer... Una cosa sin solución... —sus ojos ahora estaban vueltos hacia el mar, ante la ventana abierta, pero miraban más allá del horizonte, con recuerdos y figuras que sólo él veía.

—¿Bonita?

Mundinho Falcão tuvo una risa breve:

—Decir bonita es un insulto, tratándose de ella. ¿Sabe usted lo que es belleza, Capitán? ¿Toda la perfección? Una mujer así no puede ser llamada bonita, apenas.

Se pasó la mano sobre el rostro, como para deshacer visiones:

—En fin... En el fondo, estoy contento. Hoy ya no soy solamente el hermano de Lourival y de Emilio Mendes Falcão. Soy yo mismo. Ésta es mi tierra, tengo mi propia firma y, señor Capitán, voy a dar vuelta y poner del revés a este Ilhéus, a hacer de esto una ...

—... una capital, como hoy mismo decía el Doctor... —interrumpió el Capitán.

—Esta vez mis hermanos me miraron de otra manera. Ya perdieron la esperanza de verme volver fracasado, con la cabeza baja. La verdad es que no estoy yendo tan mal, ¿verdad?

—¿Mal? Caramba, usted llegó el otro día, como quien dice, y ya es hoy el primer exportador de cacao...

—Todavía no. Los Kaumanns exportan más. Stevenson también. Pero los sobrepasaré. Sin embargo, lo que me prende es esta tierra todavía en sus comienzos,

en sus principios. Con todo por hacer, y yo pudiendo hacer todo eso. Por lo menos — se corrigió— ayudar a hacerlo. Es estimulante para un hombre como yo.

—¿Sabe usted lo que andan diciendo por ahí? —El Capitán, levantado, atravesaba ahora la sala. Había llegado el momento.

—¿Qué cosa? —Mundinho esperaba, adivinaba ya las palabras del otro.

—Que usted tiene ambiciones políticas. Aún hoy...

—¿Ambiciones políticas? Nunca pensé en eso, por lo menos no en serio. He pensado en ganar dinero, sí, en estimular el progreso de la tierra.

—Todo eso suena muy bonito, le sienta muy bien. No obstante, usted no va a conseguir hacer ni la mitad de lo que piensa mientras no se meta en política, en tanto no modifique la situación existente aquí.

—¿Cómo? —Las cartas estaban sobre la mesa, el juego había comenzado.

—Usted mismo dijo: el Ministro tiene que atender al gobernador. El gobierno no tiene interés en ayudarnos, y los políticos de por aquí son unos tibios. Los «coroneles» no ven un palmo delante de la nariz. Para ellos lo primordial es plantar y recoger el cacao. El resto no interesa. Eligen a unos idiotas para la Cámara, votan en quienes Ramiro Bastos indica. La Intendencia va de las manos de uno de sus hijos a las de un compadre de Ramiro.

—Pero el «coronel» siempre hace algo...

—Traza calles, abre plazas, planta flores. Y en eso se queda. ¿Caminos? ¡Ni pensar! Ya para construir la carretera hacia Itabuna fue una lucha. Que tenía compromisos con los ingleses de los Ferrocarriles, que patatín, que patatán... ¿La bahía? Tiene compromisos con el gobernador... Como si Ilhéus se hubiera detenido hace veinte años... Ahora era Mundinho quien escuchaba en silencio. El Capitán hablaba con un cierto acento de pasión, persuasivo. Mundinho pensaba: él tenía razón, las necesidades de los «coroneles» ya no correspondían a las de la tierra en rápido progreso.

—No deja usted de tener razón ...

—Es claro que la tengo —palmeó el hombro del exportador—. Mi querido amigo, aunque usted mismo no lo quiera no tiene otro remedio que meterse en política...

—¿Y por qué?

—¡Porque Ilhéus lo exige, sus amigos, el pueblo!

El Capitán había hablado solemnemente, extendiendo el brazo como discurseando.

Mundinho Falcão encendió su cigarrillo:

—Es cosa para pensarla... —y veíase llegando a la Cámara Federal, elegido diputado por la tierra del cacao, tal como le dijera a Emilio.

—Usted ni imagina... —El Capitán volvía a sentarse, satisfecho consigo mismo

—. No se habla de otra cosa. Todos cuantos se interesan por el progreso de Ilhéus, de Itabuna, de toda la zona, tanta gente, que usted ni podría calcularla...

—Es asunto a discutirse; no le digo que no ni que sí. No quiero meterme en una aventura ridícula.

—¿Aventura? Si yo le dijera que todo va a ser fácil, que no va a haber lucha, le estaría mintiendo. Será una cosa bien dura, sin duda alguna. Pero esto es cierto: podemos ganar lejos.

—Asunto a discutirse... —repitió Mundinho Falcão. El Capitán sonrió, Mundinho estaba interesado, y de ahí a comprometerse había sólo un paso. Y en Ilhéus, apenas Mundinho Falcão, él y nadie más que él, podía hacer frente al poder del «coronel» Ramiro Bastos, sólo él podía vengar al Capitán. ¿Acaso los Bastos no habían desbancado al viejo Cazuzinha, llevándolo a arruinarse en una lucha política sin gloria, y dejando al Capitán sin un centavo para heredar, en la dependencia del empleo público? Mundinho Falcão sonrió, ahí estaba el Capitán ofreciéndole el poder, o, por lo menos, los medios para alcanzarlo. Tal como él lo deseaba.

—¿Asunto a discutirse? Las elecciones se aproximan. Hay que comenzar inmediatamente.

—¿Usted piensa, realmente, que encontraría apoyo, gente dispuesta a marchar conmigo?

—Lo único a hacer es que usted se disponga. Vea: esa cuestión del puerto puede ser decisiva. Es una cosa que hormiguea en todo el pueblo. Y no sólo aquí. En la gente de Itabuna, de Itapira, de todo el interior. Usted verá: la llegada del ingeniero va a causar sensación.

—Y después del ingeniero vendrán las dragas, los remolcadores...

—¿Y a quién debe Ilhéus todo eso? ¿Usted se dio cuenta del triunfo que tiene en la mano? Mejor que naipe marcado. ¿Sabe cuál debe ser la primera medida a tomar?

—¿Cuál?

—Una serie de artículos en el «Diario» desenmascarando al gobierno, a la Intendencia, mostrando la importancia del asunto del puerto. Mire usted, ¡hasta diario tenemos nosotros!

—Bueno, mío no es. Puse dinero para ayudar a Clóvis Costa, pero él no tiene ningún compromiso conmigo. Creo que es amigo de los Bastos. Por lo menos de Tónico, andan siempre juntos...

—Amigo de quien le pague mejor. Déjelo por mi cuenta.

El exportador quiso simular una última vacilación: —¿En verdad, valdrá la pena? La política es siempre tan sucia...

Pero, si es para el bien de esta tierra... —sentíase levemente ridículo—. Tal vez sea divertido —corrigió.

—Mi querido amigo, si usted quiere realizar sus proyectos, servir a Ilhéus, no

tiene otro medio. El idealismo sólo no basta.

—Eso es verdad...

Golpeaban las manos a la puerta, la sirvienta fue a abrir. La figura inconfundible del Doctor exclamaba:

—Fui a su escritorio, a darle la bienvenida. No lo encontré, y aquí vine, a saludarlo —sudaba bajo el cuello de punta doblada y la camisa de pechera almidonada. El Capitán se apresuró:

—¿Qué me dice, Doctor, de tener —a Mundinho Falcão como candidato en las próximas elecciones?

El Doctor levantó los brazos:

—Gran noticia. ¡Sensacional! —volvióse hacia el exportador—: Si para alguna cosa pueden servirle mis modestos servicios...

El Capitán miró a Mundinho como diciéndole: ¿«Vio que yo no mentía? Los mejores hombres de Ilhéus...».

—Pero todavía es un secreto, Doctor.

Sentáronse los tres, el Capitán comenzó a explicar el mecanismo político de la región, las ligazones entre los dueños de votos, los intereses en juego. El doctor Ezequiel Prado, por ejemplo, hombre de tantos amigos entre los estancieros, estaba descontento con los Bastos, que no lo habían hecho presidente del Consejo Municipal

...

Del arte de hablar de la vida ajena

Nacib se arremangó las mangas de la camisa, examinó su clientela, casi toda ella constituida en aquella hora por gente extraña, de paso por la ciudad, debido a la feria. Había también algunos pasajeros del «Ita», en tránsito para los puertos del norte; todavía era temprano para los clientes habituales.

Agarró a Pico-Fino, y le arrebató la botella de la mano:

—¿Qué significa esto? —era una botella de cognac portugués—. ¿Habrás visto? —caminaba hacia el mostrador con el empleado—. Servir a esos campesinos cognac verdadero... —tomaba otra botella con el mismo rótulo y la misma apariencia, pero en la que se mezclaban cognac portugués con el nacional, recetas del árabe para aumentar las ganancias.

—No es para ellos, no, don Nacib. Es para la gente del barco.

—¿Y de ahí, qué? ¿Acaso ellos son mejores que los otros?

El cognac puro, el vermouth sin mezclas, el Oporto y el Madeira sin bautismo, estaban reservados para la clientela segura, la de todos los días, formada por los amigos. No podía alejarse del bar sin que los empleados comenzaran en seguida a meter los pies donde deberían estar las manos; de no haber estado él presente, seguro que acababa perdiendo dinero. Abrió la caja registradora. ¡Aquél iba a ser un día de mucho movimiento! De muchos comentarios, también. El viaje de Filomena no le ocasionaba solamente perjuicio material y cansancio. Quitábale también la paz del espíritu, le impedía volcarse por entero hacia las múltiples novedades, hacia los comentarios cuando llegasen los amigos. Novedades a granel, y en opinión de Nacib, nada había más sabroso —con excepción de comida y mujer— que comentar novedades, especular sobre ellas. Hablar de la vida ajena era el arte supremo, el deleite superior de la ciudad. Arte llevado a increíbles refinamientos por las solteras. «Está reunido el Congreso de las Lenguas Viperinas», decía Juan Fulgencio al verlas frente a la Iglesia, a la hora de la bendición. Pero ¿acaso no era en la Papelería Modelo, donde Juan Fulgencio imperaba entre libros, cuadernos, lápices, lapiceras, donde se reunían los «talentos» locales, lenguas tan afiladas como las de las solteras? Allí y en los bares, junto a los puentes de los muelles, en las ruedas de pocker, en todas partes: se hablaba de la vida ajena, se murmuraba. Una vez fueron a decirle a Ño-Gallo que andaban comentando sus aventuras en las casas de mujeres de vida fácil.

Respondió con su voz gangosa:

—M'hijo, no me importa. Sé que hablan de mí, pero se habla de todo el mundo. Apenas si me esfuerzo, como buen patriota, para darles tema. Era la principal diversión de la ciudad. Y, como no todos poseían el buen de humor de Ño-Gallo, a veces había bofetadas en los bares, exaltados exigiendo explicaciones, sacando

armas. Por lo tanto, no se trataba de un arte gratuito, sin peligros.

Aquel día, por ejemplo, había mucho para comentar: primero, el caso de la bahía, asunto complejo, envolviendo una diversidad de detalles, tales como el «Ita» encallado, la llegada del ingeniero, la actividad de Mundinho Falcão («¿Qué es lo que él anda queriendo?», preguntaba el «coronel» Manuel das Onzas), la violenta irritación del «coronel» Ramiro Bastos. Sólo ese complicado asunto bastaría para apasionar. Pero ¿cómo olvidar la pareja de artistas, la mujer hermosa y el tal Príncipe de oscuras tintas, con su cara de ratón muerto de hambre? Asunto delicado y delicioso, que daría lugar a las bromas del Capitán y de Juan Fulgencio, a los sarcásticos comentarios de Ño-Gallo, a sabrosas carcajadas. Tónico Bastos no tardaría en andar rondando a la bailarina, pero esta vez tendía a Mundinho Falcão con ventaja. No habría sido por amor a sus danzas, ciertamente, que el exportador la trajera, remolcando al marido con su boquilla, y seguramente pagando los pasajes de ambos. Estaba también la comida del día siguiente, el de la Empresa de ómnibus. Saber los motivos por los cuales fulano y mengano no fueron invitados. Y las nuevas mujeres de cabaret, la noche con Risoleta...

Como si fuera a propósito, Ño-Gallo entraba en el bar. No era su hora, debería estar en la Mesa de Rendas: —Hice la estupidez de volverme a casa después de la llegada del «Ita», y dormir hasta ahora. Dame un trago, voy a trabajar...

Le sirvió la mezcla habitual de vermouth y aguardiente.

—¿Y la tuerta, bien, eh?

Ño-Gallo reía.

—Ayer estabas grandioso, árabe, ¡grandioso! —afirmaba como quien lo hace después de constatar un hecho—: El mujerío de aquí está mejorando, no hay duda.

—Nunca vi mujer tan experta.

—Nacib susurraba detalles.

—¡No me digas!

Llegaba el negrito Tuisca con su caja de lustrabotas, trayendo un recado de las hermanas Dos Reis: todo estaba en orden, Nacib podía quedar tranquilo. A la tarde mandarían dos bandejas.

—Hablando de bandejas, sírvanme algunas cosas para acompañar. Un saca-gusto cualquiera.

—¿No ves que no hay? Sólo más tarde. Mi cocinera se me fue.

Ño-Gallo se hizo el gracioso:

—¿Por qué no contratas a Machadito o a Miss Pirangi? Se trataba de los dos invertidos oficiales de la ciudad. El mulato Machadito, siempre limpio y bien arreglado, lavandero de profesión, en cuyas manos delicadas las familias entregaban los trajes de hilo, de brín blanco, las camisas finas, los cuellos duros. Y un negro que metía miedo, sirviente en la pensión de Cayetano, cuyo bulto era visto por las noches

en la playa, en búsqueda viciosa. Los muchachotes le arrojaban piedras, gritándole el sobrenombre: «¡Miss Pirangi!». «¡Miss Pirangi!».

Nacib enojábase con el consejo burlón: —¡Ándate a la mierda!

—Adonde voy es a mi oficina. A simular que trabajo. Pero dentro de poco vuelvo, quiero saber lo que pasó anoche, paso a paso.

Crecía el movimiento en el bar. Nacib vio cuando de los lados de la playa surgieran el Capitán y el Doctor, flanqueando a Mundinho Falcão. Conversaban animadamente, y el Capitán gesticulaba interrumpido de cuando en cuando por el Doctor. Mundinho escuchaba, asintiendo con la cabeza. Ahí se escondía alguna cosa... —pensó Nacib—. ¿Qué diablos hacía el exportador en su casa (pues ciertamente que venía de su casa), a aquella hora, en compañía de los dos compadres? Desembarcado esa misma mañana, ausente casi un mes, Mundinho debería estar en su escritorio, recibiendo «coroneles», discutiendo negocios, comprando cacao. Ese Mundinho Falcão era desconcertante, siempre lo hacía todo diferente de los demás. Allá venía Él, como si no tuviese negocios a resolver, clientes a atender y despachar, conversando con los dos amigos en la mayor de las animaciones. Nacib dejó en la caja a Pico-Fino, y se adelantó.

—¿Ya consiguió cocinera? —preguntó el Capitán sentándose.

—Ya recorrí Ilhéus entero. Ni sombra.

—Cognac, Nacib. ¡Del verdadero, eh! —pidió Mundinho.

—Y unos bocaditos de bacalao.

—A la tarde solamente.

—Eh, árabe, ¿qué decadencia es ésa?

—Así usted pierde la clientela. Mudamos de bar... —rio el Capitán.

—De tarde va a haber. Encargué todo a las hermanas Dos Reis.

—Menos mal.

—¿Menos mal? Cobran una fortuna... Pierdo dinero. Mundinho Falcão aconsejaba:

—Lo que usted precisa, Nacib, es modernizar su bar. Traer heladera para tener hielo propio, instalar máquinas modernas.

—Lo que necesito es una cocinera.

—Manda buscar una en Sergipe.

—¿Y hasta que llegue?

Espiaba el aire cómplice de los tres, la sonrisa satisfecha del Capitán, la conversación interrumpida, terminada de repente. Chico-Pereza llegaba con la bandeja de las bebidas.

Nacib sentóse:

—Don Mundinho, ¿qué diablo le hizo usted al «coronel» Ramiro Bastos?

—¿Al «coronel»? No le hice nada. ¿Por qué? Entonces Nacib fingió discreción.

—Por nada.

El Capitán, interesado, le palmeó la espalda, autoritario:

—Desembuche, árabe. ¿Qué sucede?

—Lo encontré hoy, frente a la Intendencia. Estaba sentado, calentándose al sol. Conversación va, conversación viene, le conté que don Mundinho había venido hoy, que iba a venir el ingeniero.

El viejo se puso hecho una fiera. Quería saber qué era lo que don Mundinho tenía que ver con eso, por qué se metía donde nadie lo llamaba.

—¿Está viendo? —le interrumpió el Capitán—. El banco de arena.

—No es eso solamente, no. Cuando él estaba hablando, llegó el profesor Josué contando que el colegio había sido oficializado, y ahí el hombre saltó hasta el techo. Parece ser que él había pedido al gobierno lo mismo sin conseguirlo. Golpeaba con el bastón en el suelo, furioso.

Nacib gozaba el silencio de los amigos, la impresión producida por su historia, en venganza por el aire conspirativo con que habían llegado. No tardaría en saber lo que andaban tramando. El Capitán habló:

—¿Furioso, eh? Mucho más furioso va a quedarse, el viejo cretino. Piensa que él es dueño de todo esto.

—Para él, Ilhéus es como si fuese parte de su estancia. Y nosotros, los ilheenses, simples sirvientes y contratados... —definió el Doctor.

Mundinho Falcão no decía nada, sonreía. En la puerta del cine aparecían Diógenes y la pareja de artistas. Vieron a los otros en la mesa, en el paseo del bar, y hacia allá se dirigieron. Nacib agregaba:

—Eso mismo. Don Mundinho para él es un «forastero».

—¿Él dijo «forastero»? —preguntó el exportador.

—Forastero, sí. Fue la palabra que usó.

Mundinho Falcão tocó el brazo del Capitán: —Puede buscar el hombre, Capitán. Estoy decidido. Vamos a tocar música para que el viejo baile.

Estas últimas palabras fueron dichas a Nacib.

El Capitán se levantó, y vació su copa, la pareja de artistas llegaba en ese momento. ¿Qué diablos estarían planeando los otros? —reflexionaba Nacib. El Capitán saludaba:

—Discúlpenme, estaba saliendo, un asunto urgente. Los hombres se levantaban de la mesa, arrastraban sillas bajo una sombrilla abierta. Anabela sonreía, coqueta. El Príncipe, con su boquilla larga, extendía una mano larga y flaquísima, nerviosa.

—¿Cuándo es el estreno? —preguntó el Doctor.

—Mañana... Estamos ultimando los detalles con don Diógenes.

El dueño del cine, con la barba aún sin afeitar, explicaba con su voz eternamente desanimada y quejosa, de cantor de himnos sacros.

—Yo creo que él puede agradar. La muchachada gusta de estos trucos de prestidigitación. Y hasta la gente grande. Pero ella...

—¿Por qué no? —preguntó Mundinho mientras Nacib servía nuevos aperitivos.

Diógenes se rascó la barba:

—Bueno, usted sabe, esto todavía es un lugar atrasado. Esos bailes de ella, casi desnuda... y las familias no van a venir.

—Se llena de hombres... —afirmó Nacib.

Diógenes se sentía confuso para explicar. No quería confesar que era él mismo, protestante y púdico, quien se sentía lleno de melindres por los bailes osados de Anabela:

—Eso es cosa de cabaret... No queda bien en un cine.

El Doctor, muy cortés y fino, disculpaba a la ciudad ante la sonriente artista:

—Usted, señora, tendrá que disculpar. Ésta es una tierra atrasada, donde las osadías del arte no son comprendidas. Encuentran todo inmoral.

—Son danzas artísticas, —la voz cavernosa del prestidigitador.

—Es claro, es claro... Pero...

Mundinho Falcão se divertía: —Caramba, don Diógenes...

—En el cabaret ella podría ganar más. Trabajar en el cine con el marido, en los trucos. Después, bailar en el cabaret.

Al oír hablar de ganar más, ilumináronse los ojos del «Príncipe».

Anabela quería conocer la opinión de Mundinho:

—¿Qué le parece?

—Bien, ¿no lo cree? Magia en el cine, danzas en el cabaret... Perfecto.

—¿Y el dueño del cabaret? ¿Tendrá interés?

—Eso vamos a saberlo en seguida... —se dirigía a Nacib—. Nacib, hágame un favor: mande a un muchacho a llamar a Zeca Lima, quiero hablar con él. Rápido, que venga en seguida.

Nacib gritó una orden al negrito Tuisca que salió corriendo. Mundinho daba buenas propinas. El árabe pensaba en la voz de mando del exportador, parecíase a la voz del «coronel» Ramiro Bastos cuando era más joven, ordenando siempre, dictando leyes. Algo estaba por suceder.

El movimiento aumentaba, llegaban nuevos clientes, se animaban las mesas, Chico-Pereza corría de un lado a otro. Ño-Gallo reapareció, uniéndose a la rueda. También el «coronel» Ribeirito, con los ojos tragábase a la bailarina. Anabela resplandecía entre todos aquellos hombres. El «Príncipe» Sandra con su aire de hambre, muy digno en su silla, hacía cálculos sobre el dinero a ganarse. Era una plaza como para demorarse un tiempo, para quitarle miseria a la barriga.

—Esa idea del cabaret no es mala.

—¿Qué idea? —deseaba saber Ribeirito.

—Ella va a bailar en el cabaret.

—¿En el cine, no?

—En el cine habrá magia. Para las familias. En el cabaret, la danza de los siete velos.

—¿En el cabaret? Perfecto... Va a dar un lleno... Pero ¿por qué no baila en el cine? Yo pensé...

—Se trata de bailes modernos, «coronel». Los velos van cayendo uno a uno.

—¿Uno a uno? ¿Los siete, todos?

—Las familias pueden no gustar...

—¡Ah! Eso ya no sé... Uno a uno... ¿Todos? Ciertamente, es mejor el cabaret... Más animado...

Anabela reía, miraba al «coronel» con ojos prometedores. El doctor repetía:

—Tierra atrasada. Donde el arte es expulsado hacia los cabarets.

—Ni cocinera se encuentra —quejóse Nacib.

El profesor Josué bajaba la calle en compañía de Juan Fulgencio. Había llegado la hora del aperitivo. El bar estaba repleto de gente. El propio Nacib era obligado a andar entre las mesas, sirviendo. Los clientes reclamaban los saladitos y los dulces, el árabe repetía sus explicaciones, echaba maldiciones contra la vieja Filomena. El ruso Jacob, sudando a mares, despeinado su cabello pelirrojo, quería saber noticias del banquete del día siguiente:

—No se preocupe. No soy prostituta para faltar al trato.

Josué, hecho muy hombre de sociedad, besaba la mano de Anabela. Juan Fulgencio, que no frecuentaba el cabaret, protestaba contra la pudicia de Diógenes.

—Qué escándalo ni que ocho cuartos. Ésas son cosas de ese protestante...

Mundinho Falcão espiaba la calle, esperando la vuelta del Capitán. De cuando en cuando, él y el Doctor intercambiaban miradas. Nacib acompañaba aquellas miradas, la impaciencia del exportador. A él no lo engañaban: ahí estaba siendo tramada alguna cosa. El viento que llegaba del mar, arrastraba la sombrilla de Anabela, que había quedado abierta al lado de la mesa. Ño-Gallo, Josué, el Doctor, el «coronel» Ribeirito se precipitaron detrás de ella para recuperarla. Solamente Mundinho Falcão y el «Príncipe» Sandra permanecieron sentados. Pero quien la reconquistó y la devolvió a la mesa fue el doctor Ezequiel Prado que venía llegando en esos momentos, los ojos húmedos, de ebriedad.

—Mis respetos, señora mía...

Los ojos de Anabela, con largas pestañas negras, pasaban de un hombre a otro, se demoraban en Ribeirito.

—¡Gente distinguida! —dijo el «Príncipe» Sandra.

Tonico Bastos, que llegaba de su escritorio, cayó en los brazos de Mundinho Falcão, con grandes demostraciones de amistad:

—Y Río, ¿cómo lo dejaste? Eso sí que es vida...

Sus ojos medían a Anabela, esos ojos de conquistador, del hombre irresistible de la ciudad.

—¿Quién me presenta? —preguntó.

Ño-Gallo y el Doctor sentábanse ya al lado de un tablero de gamão. En otra mesa, alguien contaba a Nacib las maravillas de una cocinera. Manos para los condimentos como las de ella, nunca se vieron... Solamente que estaba en Recife, empleada en lo de una familia Coutinho, pernambucanos importantes.

—¿De qué diablos me sirve, entonces?

Gabriela en el camino

El paisaje mudó, la inhóspita «caatinga» (zona fitogeográfica) cedió su lugar a tierras fértiles, verdes pastos, densos bosques para atravesar, ríos y riachos, y la lluvia siempre cayendo en abundancia. Habían pernoctado en las vecindades de un alambique, entre plantaciones de caña que se balanceaban al viento. Un trabajador habíales dado detalladas explicaciones sobre el camino a seguir: menos de un día de marcha y estarían en Ilhéus, terminado el viaje en vapor, frente a una nueva vida por comenzar.

—Todos los que son «retirantes» acampan cerca del puerto, para aquellos lados del ferrocarril, al final de la feria.

—¿No van a buscar trabajo? —preguntó el negro Fagundes.

—Esperan y no demora en venir gente a contratarlos. Tanto para trabajar en las plantaciones de cacao, o en la ciudad...

—¿También en la ciudad? —se interesó Clemente, el rostro hosco, el acordeón al hombro, y una preocupación presente en sus ojos.

—Sí, señor. A los que tienen oficio: albañil, carpintero, pintor de casa.

Están levantando tantas casas en Ilhéus que es una barbaridad...

—¿Sólo esos trabajos?

—También en los depósitos de cacao, en las dársenas.

—Por mí —dijo un «sertanero» fuerte, de mediana edad— yo voy a los bosques. Dicen que ahí los hombres pueden hacer dinero.

—Tiempo atrás era así. Ahora es más difícil.

—Dicen que un hombre, sabiendo tirar, tiene buena aceptación... —habló el negro Fagundes pasando la mano, casi en una caricia, sobre el rifle.

—Eso fue en otro tiempo...

—¿Ahora ya no es así?

—A veces...

Clemente no tenía oficio. Siempre había trabajado en el campo; plantar, trabajar la tierra y cosechar, era todo cuanto sabía. Además, había venido con la intención de meterse en las plantaciones de cacao, había oído tantas historias de gente que llegaron como él, corrida por la sequía, huyendo del «sertão», casi muerta de hambre, y que se enriqueciera en aquellas tierras en poco tiempo... Era eso lo que se decía por el «sertão», la fama de Ilhéus corría por esos mundos, los ciegos cantaban sus grandezas en las guitarras, los viajantes de comercio hablaban de aquellas tierras de abundancia y de coraje, allí donde un hombre se arreglaba en un abrir y cerrar de ojos, y donde no había cultivo más próspero y rendidor que el del cacao. Las bandas de inmigrantes bajaban del «sertão» con la sequía mordiéndole los talones, abandonaban la tierra reseca donde el ganado se moría y las plantaciones no rendían, tomaban las picadas

en dirección al sur. Muchos quedaban por el camino, incapaces de soportar la travesía de horrores, otros morían al entrar en la región de las lluvias donde el tifus, el paludismo, la viruela los esperaban. Llegaban diezmados, con restos de lo que fuera su familia, casi muertos de cansancio, pero en los corazones latía la esperanza crecida en el último día de la marcha. Un poco más de esfuerzo y habrían alcanzado la ciudad rica y fácil. Las tierras del cacao, donde el dinero era basura arrojada en las calles...

Clemente iba cargado. Además de sus pertrechos —el acordeón y un saco de paño lleno hasta la mitad llevaba el atadillo de Gabriela.

La marcha era lenta, entre ellos iban viejos, pero lo cierto es que hasta los más jóvenes estaban al límite de sus fuerzas, no podían más. Algunos casi se arrastraban, sostenidos apenas por la esperanza. Solamente Gabriela parecía no sentir la caminata, sus pies iban deslizándose por la picada muchas veces abierta en ese mismo momento, a golpes de facón, en el corazón de la selva virgen. Como si no existiesen las piedras, los troncos, las lianas enmarañadas. El polvo de los caminos de la «caatinga» la había cubierto tan enteramente que era imposible distinguir sus trazos. En los cabellos ya no penetraba ni un pedazo de peine, de tanto polvo acumulado en ellos. Parecía una demente perdida por los caminos.

Pero Clemente sabía cómo era ella en la realidad, y lo sabía en cada partícula de su ser, en la punta de los dedos y en la piel del pecho. Cuando los dos grupos se encontraron, al comienzo del viaje, el color del rostro de Gabriela y de sus piernas era todavía visible, y sus cabellos rodaban sobre el cuello, esparciendo su perfume. Aún hoy, a través de la suciedad que la envolvía, él la veía como la viera el primer día, recostada en un árbol, el cuerpo erguido, el rostro sonriente, mordiendo una guayaba.

—Ni parece que vienes de lejos...

Ella rio: —Ya estamos llegando. Estamos cerquita. Es bueno llegar...

El rostro sombrío de él, se ensombreció todavía más: —No me parece, no.

—¿Y por qué? —levantó hacia el rostro severo del hombre sus ojos a veces tímidos y cándidos, a veces insolentes y provocadores—. ¿No saliste para venir a trabajar en el cacao, para ganar plata? No hablabas de otra cosa.

—Sabes por qué —rezongó él con rabia—. Para mí, este camino podía durar toda la vida. No me importaba...

En la risa de ella había cierta amargura, que no llegaba a ser tristeza, como si estuviese conforme con su destino:

—Lo que es bueno, tanto como lo que es malo, también termina por acabar.

Una rabia sorda subía dentro de él, impotente. Una vez más, controlando la voz, repitió la pregunta que le venía haciendo por el camino y en las noches insomnes:

—¿De veras no quieres venir conmigo, al campo? ¿Tener una tierrita, plantar cacao juntos, nosotros dos? En poco tiempo vamos a tener una plantación propia, podríamos comenzar la vida...

La voz de Gabriela era cariñosa pero definitiva: —Ya te dije mi intención. Voy a quedarme en la ciudad, no quiero vivir más en el campo. Me voy a contratar de cocinera, de lavandera, o para limpiar la casa de los otros...

Agregó, en un recuerdo alegre:

—Ya anduve de empleada en casa de gente rica, aprendí a cocinar.

—Ahí no vas a progresar. En el campo, conmigo, podíamos ir dando un paso siempre adelante...

Ella no contestó. Iba por el camino casi saltando. Parecía una loca con aquel cabello enmarañado, cubierta de suciedad, los pies heridos, trapos rotos sobre el cuerpo. Pero Clemente la veía erguida y hermosa, la cabellera suelta y el rostro delicado, las piernas altas y el busto esbelto. Se ensombreció todavía más su rostro, quería tenerla con él para siempre. ¿Cómo vivir sin el calor de Gabriela?

En la iniciación del viaje, cuando los grupos se encontraron, él había reparado de inmediato en la muchacha. Ella venía con un tío, agotado y enfermo, sacudido todo el tiempo por la tos. En los primeros días la había observado de lejos, sin valor siquiera para aproximarse. Ella iba de un lado para otro, conversando, ayudando, consolando.

En las noches de la «caatinga», noches pobladas de cobras y de miedo. Clemente tocaba su acordeón y los acordes llenaban la soledad. El negro Fagundes contaba historias de coraje, cosas de bandas al margen de la ley; anduvo metido con bandoleros, mucha gente había muerto a sus manos. Ponía en Gabriela unos ojos pesados y humildes, le obedecía presurosamente cuando ella le pedía que fuera a llenar una lata de agua.

Clemente tocaba para Gabriela pero no se atrevía a dirigirle la palabra. Fue ella quien vino, cierta noche, con su paso de baile y sus ojos de inocencia, junto a él, buscando entablar conversación. El tío dormía con la agitación de quien le falta el aire, ella se recostó en un árbol. El negro Fagundes contaba:

—Había cinco soldados, cinco macacos que pasé a cuchillo, para no gastar municiones...

En la noche oscura y asustadora, Clemente sentía la presencia cercana de Gabriela, no se animaba ni siquiera a mirar el árbol de ombú en el cual ella se recostara. Los sonos murieron en el acordeón, la voz de Fagundes sobresalía en el silencio.

Gabriela habló bajito:

—No deje de tocar, sino van a criticar.

Atacó una melodía del «sertão», pero sentía un nudo en la garganta y afligido el corazón. La muchacha comenzó a cantar en sordina. La noche estaba avanzada, la hoguera agonizaba en brasas cuando ella se acostó junto a él como si nada fuera. Noche que de tan oscura, casi ni se veían.

Desde aquella noche milagrosa, Clemente vivía en el terror de perderla. Al

comienzo había pensado que, después de lo sucedido, ella ya no lo dejaría nunca, que iría a correr su suerte en las selvas de esa tierra de cacao. Pero no tardó en desilusionarse. Durante la caminata ella se comportaba como si nada hubiese entre ellos, lo trataba de la misma manera que a los demás. Era risueña por naturaleza, le gustaba bromear, cambiaba chistes hasta con el negro Fagundes, distribuía sonrisas y obtenía de todos cuanto quería. Pero cuando la noche llegaba, después de atender al tío, venía hasta el rincón distante en donde él iba a refugiarse, y se acostaba a su lado, como si no hubiese vivido para otra cosa durante el día entero. Se entregaba toda, abandonada en sus manos, muriendo en suspiros, gimiendo y riendo.

Al otro día, cuando él, preso de Gabriela como si ella fuese su propia vida, quería concretar los planes para el futuro, ella solamente reía, mofándose de él y se alejaba, yendo a atender al tío, cada día más fatigado y esquelético. Una tarde tuvieron que detener la caminata, el tío de Gabriela estaba en las últimas. Venía escupiendo sangre, no soportaba más la caminata. El negro Fagundes se lo echó a la espalda como si fuera un fardo, y lo cargó buena parte del camino. El viejo iba ahogándose, y Gabriela a su lado. Murió a la tardecita, echando sangre por la boca, mientras los buitres volaban sobre el cadáver.

Entonces Clemente la vio huérfana y sola, necesitada y triste. Por primera vez pensó comprenderla: no era nada más que una pobre muchacha, casi una niña aún, a quien había que proteger. Se aproximó a ella y le habló largamente de sus planes. Mucho le habían contado de aquella tierra del cacao hacia la que iban. Sabía de gente que saliera de Ceará sin un centavo y volviera a los pocos años, de paseo, tirando dinero a manos llenas. Era lo que él iba a hacer. Quería derribar bosques allí donde todavía existieran, plantar cacao, tener su propia tierra, ganar bastante. Gabriela iría con él y, cuando apareciese un sacerdote por aquellos lados, se casarían. Ella dijo que no con la cabeza, ahora ya no se reía con su risa burlona, dijo solamente:

—No voy al bosque, no, Clemente.

Otros fueron muriendo y sus cuerpos quedaron por el camino, pasto de los buitres. La «caatinga» acabó, comenzaron las tierras fértiles, las lluvias cayeron. Ella continuaba acostándose con él, gimiendo y riendo, continuaba durmiendo recostada sobre su pecho desnudo. Clemente hablaba, cada vez más sombrío, explicaba las ventajas de su plan, ella solamente reía y balanceaba la cabeza en una renovada negativa. Cierta noche, él tuvo un gesto brusco, la arrojó a un lado en un rechazo:

—¡No me quieres!

De súbito, salido no se sabe de dónde, el negro Fagundes apareció con el arma en la mano, brillantes los ojos.

Gabriela dijo:

—No fue nada, no, Fagundes.

Ella se había golpeado contra el tronco del árbol junto al que se habían acostado.

Fagundes bajó la cabeza y se fue. Gabriela reía, la rabia fue creciendo dentro de Clemente. Se aproximó a ella, le aseguró las muñecas, ella estaba caída sobre el pasto, el rostro lastimado.

—Estoy hasta con ganas de matarte y matarme también yo...

—¿Por qué?

—Porque no sientes cariño por mí.

—Zonzo.

—¿Qué voy a hacer, mi Dios?

—Qué importa... —dijo ella, y lo atrajo hacia sí.

Ahora, en aquel último día de viaje, perdido, sin norte, él había terminado por decidirse. Se quedaría en Ilhéus, abandonaría sus planes, porque la única cosa importante era estar al lado de Gabriela.

—Ya que no quieres venirte conmigo, entonces voy a arreglármelas para quedarme en Ilhéus. Lo malo es que no tengo oficio que no sea el de labrar la tierra; yo no sé hacer nada...

Ella le tomó una mano con un gesto inesperado que lo hizo sentirse victorioso y feliz.

—No, Clemente, no te quedes. ¿Para qué?

—¿Cómo para qué?

—Viniste aquí a ganar dinero, a plantar cacao, y con el tiempo llegar un día a ser estanciero. Eso te gusta. ¿A qué vas a quedarte en este Ilhéus, pasando necesidades?

—Para verte, para estar siempre juntos.

—¿Y si uno no se pudiera ver más? Es mejor que no, que te vayas por tu lado, y yo por el mío. Un día, puede ser ¿quién sabe?, que nos encontremos otra vez. Estarás hecho un hombre rico, que ni me vas a reconocer.

Decía todo eso tranquilamente, como si las noches dormidas juntos no contasen, como si apenas se conocieran.

—Pero, Gabriela...

No sabía como responderle, olvidaba los argumentos tanto como los insultos, sentía deseos de pegarle para que ella aprendiese que con un hombre no se juega. Apenas si conseguía decir:

—No. sientes cariño por mí...

—Fue bueno que uno se encontrara, así el viaje se acortó.

—¿Entonces, no quieres que me quede?

—¿Para qué? ¿A pasar necesidades? No vale la pena. Tienes tu intención, seguí tu camino.

—¿Y cuál es tu intención?

—No quiero ir al campo, no. Del resto, sólo Dios sabe. Él se quedó silencioso, con un dolor en el pecho, con deseos de matarla, de acabar con su propia vida antes

de que el viaje acabara.

Ella sonrió:

—No importa, Clemente.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA SOLEDAD DE GLORIA (SUSPIRANDO EN SU VENTANA)

*«Atrasados e ignorantes, incapaces de comprender los
tiempos nuevos, el progreso, la civilización, esos
hombres ya no pueden gobernar...»*

(De un artículo del Doctor en el *Diario de Ilhéus*)

LAMENTO DE GLORIA

*Tengo en el pecho un calor
¡ay!, un calor en mi pecho
(¿quién en él se quemará?).*

*Un «Coronel» me dio riqueza,
riqueza de no acabar:
muebles de Luis xv
para poder descansar.
Camisa de seda pura,
blusa blanca de cambray.
No hay corpiño en el que quepa,
ni de satén ni de seda,
ni del más fino cambray,
el fuego que está quemando
mi pecho en su soledad.*

*Tengo sombrilla de sol,
dinero para tirar.
Compro en la tienda más cara,
mando en la cuenta anotar.
Tengo cuanto yo deseo
y un fuego dentro del pecho.
Si no tengo mi deseo,
¿de qué me vale tener?*

*Me tuercen la cara las mujeres,
los hombres miran de lejos:*

soy Gloria, la del «coronel»,
manceba del estanciero.
Blanca sábana de hilo
y un fuego dentro del pecho.

En la soledad del lecho
mis pechos están quemando,
muslos en llamas y boca
¡ay!, muriendo de sed.
Soy Gloria, la del estanciero
que tiene un fuego en el pecho
y en la sábana del lecho
se acuesta con la soledad.

Mis ojos son de quebranto,
mis senos son de alhucema
con un calor dentro de ellos.
No cuento como es mi vientre,
pero ese fuego que me quema
nace de brasa encendida
en la soledad de esa luna
del dulce vientre de Gloria.
El secreto de él no cuento,
ni de su brasa encendida.

¡Ay!, un estudiante quisiera
de bozo apenas crecido.
Quisiera un brioso soldado
de túnica militar.
Quisiera un amor, quisiera
para apagar este fuego
y acabar la soledad.

Empujé mi puerta,
la tranca ya retiré,
no hay llave con que cerrar.
¡Ven a apagar esta brasa,
en este fuego vente a quemar,
trae un poco de amor
que mucho tengo por dar!

*¡Ven este lecho a ocupar!
Tengo en el pecho un calor
¡ay!, un calor en mi pecho
(¿quién en él se quemará?).*

De la tentación en la ventana

La casa de Gloria quedaba en la esquina de la Plaza, y Gloria se reclinaba en la ventana por las tardes, los robustos senos empinados como una ofrenda a los paseantes. Ambas actitudes escandalizaban a las solteronas que iban a la iglesia, y daban lugar a los mismos comentarios, todos los días, a la hora vespertina de la oración:

—Qué falta de vergüenza...

—Los hombres pecan hasta sin querer. Sólo con mirar.

—Hasta los niños pierden la virginidad de los ojos... La áspera Dorotea, toda de negro en su virginal virtud, se atrevía a murmurar en santa exaltación: —El «coronel» Coriolano podía haberle puesto casa en una callejuela alejada. Viene y la planta en la cara de las mejores familias de la ciudad... En plena nariz de los hombres ...

—Cerquita de la Iglesia. Hasta ofende a Dios eso...

Del bar, repleto a partir de las cinco de la tarde, los hombres alargaban los ojos hacia la ventana de Gloria, al otro lado de la plaza. El profesor Josué, de corbata «mariposa» azul con lunares blancos, el cabello reluciente de brillantina y las mejillas cavadas por la tuberculosis, alto y espigado («como un triste eucalipto solitario», se había definido él mismo en un poema), con un libro de versos en la mano, atravesaba la Plaza y tomaba la vereda de Gloria. En la esquina, en el fondo de la Plaza, en el centro de un pequeño jardín bien cuidado de rosas-té y de azucenas, con un jazminero a la puerta, se levantaba la nueva casa del «coronel» Melk Tavares, objeto de profundas y agrias discusiones en la Papelería Modelo. Era una casa en «estilo moderno», la primera que fuera construida por el arquitecto traído por Mundinho Falcão, y las opiniones de la intelectualidad se habían dividido, se eternizaban. Por sus líneas claras y simples, contrastaba con las pesadas casonas, y las bajas casas coloniales.

En el jardín, cuidando de sus flores, arrodillada entre ellas, más bellas que ellas, soñaba Malvina, hija única de Melk, alumna del colegio de las monjas, por quien suspiraba Josué. Todas las tardes, terminadas las clases y la indispensable charla en la Papelería Modelo, el profesor iba a pasear por la Plaza, veinte veces pasaba ante el jardín de Malvina, veinte veces su mirada suplicante posábase en la joven, en muda declaración. En el bar de Nacib, los clientes habituales seguían la peregrinación cotidiana con risueños comentarios:

—El profesor es obstinado...

—Quiere tener independencia, poseer cacaotales sin tomarse el trabajo de plantar.

—Allá va él a su penitencia... —decían las solteronas al verlo llegar a la Plaza, acalorado, y simpatizaban con él, con su ardorosa pasión no correspondida.

—Yo sé bien lo que ella es: una vampiresa con veleidades de importante. ¿Qué

espera ella, mejor que ese muchacho tan inteligente?

—Pero pobre...

—El casamiento por dinero no trae la felicidad. Un muchacho tan bueno, tan versado en letras, que hasta escribe versos...

En las proximidades de la Iglesia, Josué disminuía el paso acelerado, se quitaba el sombrero, casi doblándose en dos al saludar a las solteronas.

—Tan educado. Un joven tan fino...

—Pero débil del pecho.

—El doctor Plinio dijo que no tiene nada en el pulmón, apenas si es débil.

—¡Una descarada es lo que es! Porque tiene una carita bonita y el padre tiene dinero ...Y el muchacho, pobre, tan enamorado... —Un suspiro se elevaba del pecho emballenado.

Seguido por los simpáticos comentarios de las solteronas y por las injustas opiniones emitidas en el bar, Josué aproximábase a la ventana de Gloria. Era para ver a Malvina, bella y fría. Todos los atardeceres él hacía ese recorrido a pasos lentos, con un libro de versos en la mano.

Pero, al pasar, su mirada romántica se posaba en la pujanza de los altos senos de Gloria, colocados en la ventana como sobre una bandeja azul. Y de los senos subía hacia el rostro moreno quemado, de labios carnosos y ávidos, de ojos entornados en permanente invitación. Ascendían en pecaminoso y material deseo los ojos románticos de Josué, y el color cubría la palidez de su rostro. Apenas por un instante, pues pasada la tentación de la ventana mal afamada, sus ojos retornaban a su expresión de súplica y desesperanza, más pálida todavía su faz, y con los ojos y el rostro vueltos hacia Malvina.

También el profesor Josué criticaba, en su fuero íntimo, la desdichada idea que tuviera el «coronel» Coriolano, estanciero rico, de instalar en la Plaza San Sebastián, lugar en el que residían las mejores familias, a dos pasos de la casa del «coronel» Melk Tavares, a su apetecida concubina, tan dada a la ofrenda... Si se tratara de otra calle cualquiera, más alejada del jardín de Malvina, en una noche sin luna, él tal vez podría arriesgarse para ir a cobrar todas las promesas leídas en los ojos de Gloria, que lo llamaban, con los labios entreabiertos.

—Ya está esa peste con los ojos puestos en el muchacho...

Las solteronas, con sus largos vestidos negros cerrados en el cuello, y sus negros chales en los hombros, parecían aves nocturnas paradas ante el atrio de la pequeña Iglesia. Veían el movimiento de la cabeza, acompañando a Josué en su paseo ante la casa del «coronel» Melk.

—Él es un joven decente. Sólo tiene ojos para Malvina.

—Voy a hacer una promesa a San Sebastián —decía la rolliza Quinquina— para que Malvina se enamore de él. Le traeré una vela grande.

—Y yo le traeré otra... —reforzaba la flacucha Florita, solidaria en todo con la hermana.

En su ventana, Gloria suspiraba, casi con un gemido. Ansias, tristeza, indignación, se mezclaban en ese suspiro que iba a morir en la Plaza.

Su pecho estaba lleno de indignación contra los hombres. Eran cobardes e hipócritas. Cuando, en las horas sofocantes de la media tarde, la Plaza quedaba vacía, y las ventanas de las casas de familia se cerraban, al pasar, solos ante la ventana abierta de Gloria, le sonreían, suplicábanle una mirada, le deseaban «buenas tardes» con visible emoción. Pero bastaba que hubiera alguien en la Plaza, aunque se tratase de una solterona, o que viniesen acompañados, y entonces le daban vuelta la cara, miraban hacia otro lado, ostensiblemente, como si les repugnara verla en la ventana, con sus altos senos saltando de la bordada blusa de linón. Disfrazaban su rostro con ofendida pudicia, hasta aquellos mismos que antes le habían dicho galanterías al pasar estando solos. A Gloria le hubiera gustado darles con la ventana en la cara, pero ¡ay!, no tenía fuerzas para hacerlo, aquella chispa de deseo entrevista en los ojos de los hombres era todo cuanto poseía en su soledad. Demasiado poco para su sed y su hambre. Pero, si les golpeaba con la ventana en la cara, perdería hasta aquellas sonrisas, aquellas miradas cínicas, aquellas medrosas y fugitivas palabras. No había mujer casada en Ilhéus, ciudad donde la mujer casada vivía en el interior de sus casas, cuidando del hogar, tan bien guardada e inaccesible como aquella manceba. El «coronel» Coriolano no era hombre con quien se podía jugar. Tanto miedo le tenían, que no se animaban siquiera a saludar a la pobre Gloria. Sólo Josué era diferente. Veinte veces en cada tarde, su mirada se encendía al pasar bajo la ventana de Gloria, y apagábase, romántica, ante el portón de Malvina. Gloria sabía de la pasión del profesor y también ella sentía antipatía hacia la joven estudiante, indiferente a tanto amor, motejándola de fastidiosa y tonta. Conocía la pasión de Josué pero, no por eso, dejaba de sonreírle con aquella misma sonrisa de invitación y de promesa, y sentía agradecimiento hacia él que, jamás, ni cuando Malvina estaba en el portón, le daba vuelta el rostro. ¡Ah!, si él tuviera un poco más de coraje y empujase, en medio de la noche, la puerta de calle que Gloria dejaba abierta, pues, ¿quién sabe?, de repente... Entonces ella lo haría olvidar a la muchacha orgullosa.

Josué no se atrevía a empujar la maciza puerta de calle. Nadie se atrevía. Temían la lengua afilada de las solteronas, a la gente de la ciudad que hablaban mal de la vida ajena, miedo del escándalo, pero sobre todo, miedo del «coronel» Coriolano Ribeiro. Todos sabían la historia de Juca y Chiquita.

Aquel día, Josué había venido bastante más temprano, a la hora de la siesta, cuando la plaza estaba desierta. La asistencia en el bar reducíase a algunos viajeros de comercio, al Doctor y al Capitán, que disputaban una partida de damas. Enoch, para festejar la oficialización del colegio, había dado la tarde libre a los alumnos. El

profesor Josué andaba por la feria, asistiendo a la llegada de un numeroso grupo de «retirantes» al mercado de los esclavos, y después de demorarse un poco en la Papelería Modelo, tomaba ahora un trago en el bar, conversando con Nacib:

—Una cantidad de «retirantes». La sequía está comenzando en el «sertão».

Nacib se interesó: —¿Mujeres, también?

El profesor quiso saber la razón de ese interés:

—¿Está tan necesitado de mujer?

—No bromeo. Mi cocinera se fue, y estoy buscando otra. A veces, en medio de esos «retirantes» viene alguna ...

—Sí, había unas cuantas mujeres. Un horror esa gente, vestida con harapos, sucia, pareciendo apestados...

—Más tarde iré por allá, a ver si encuentro alguna...

Malvina no aparecía en el portón, Josué mostrábase impaciente.

Nacib lo informó:

—La chica está en la Avenida de la playa. Pasaron hace poco, ella y unas compañeras ...

Josué pagó, y se puso de pie. Nacib quedó en la puerta del bar, mirándolo partir; debía ser bueno sentirse así, apasionado. Aún cuando la muchacha hiciera poco caso, más codiciada todavía. Día más, día menos, aquello terminaría en casamiento... Gloria aparecía en la ventana, los ojos de Nacib se entornaron, ávidos. Si un día el «coronel» llegara a dejarla, habría una corrida nunca vista en Ilhéus. Pero ni así quedaría algo para su buche, los ricos «coroneles» no lo permitirían...

Las bandejas de dulces y saladitos habían llegado ya, los clientes del aperitivo estarían contentos. Sólo que él, Nacib, no podría continuar pagando aquella fortuna a las hermanas Dos Reís. Cuando el movimiento decreciera, a la hora de la cena, iría al campamento de los «retirantes». ¿Quién sabe si no tendría suerte y podría conseguir una cocinera?...

Súbitamente, la calma de la tarde fue alterada por gritos, murmullos de mucha gente hablando. El Capitán detuvo la jugada, con la pieza en la mano. Nacib dio un paso al frente, el clamor iba en aumento.

El negrito Tuisca, que vendía los dulces hechos por las hermanas Dos Reís, apareció corriendo; venía de la Avenida, con la bandeja en equilibrio sobre la cabeza. Gritaba algo, sin alcanzarse a oír. El Capitán y el Doctor dieron vuelta, curiosos, mientras varios clientes se levantaban. Nacib vio a Josué, y con él a varias personas, moviéndose apresuradamente en la Avenida. Finalmente el negrito Tuisca se hizo oír:

—El «coronel» Jesuíno mató a doña Sinházinha y al doctor Osmundo. Está todo lleno de sangre...

El Capitán empujó la mesa de juego y salió casi corriendo. El Doctor lo acompañó.

Nacib, después de un momento de indecisión, apresuró el paso para alcanzarlos.

De la ley cruel

La noticia del crimen se desparramó en un abrir y cerrar de ojos. Del morro do Unhão al morro da Conquista, en las casas elegantes de la playa y en los rancheríos de la Isla dé las Cobras, en el Pontal y en el Malhado, en las residencias familiares y en las casas de mujeres públicas, se comentaba lo sucedido. Por otra parte, era día de feria, la ciudad estaba repleta de gente llegada del interior, de los poblados y de las plantaciones, para vender y comprar. En las tiendas, en los almacenes al por menor, en las farmacias y en los consultorios médicos, en las oficinas de abogados, en las casas exportadoras de cacao, en la Matriz de San Jorge y en la iglesia de San Sebastián, no se hablaba de otro asunto.

Sobre todo en los bares, cuya asistencia había aumentado no bien circulara la noticia. Especialmente la del bar Vesubio, situado en las proximidades del lugar de la tragedia. Enfrente de la casa del dentista, pequeño «bungalow» en la playa, se juntaban los curiosos. Un soldado de policía, apostado a la puerta, daba explicaciones. Rodeaban a la mucama idiotizada, querían detalles. Chiquilinas del colegio de monjas, en medio de una excitación alegre, se exhibían en el paseo de la playa, cuchicheaban en secreto. El profesor Josué aprovechó para aproximarse a Malvina, rememorando ante el grupo de jovencitas amores célebres, Romeo y Julieta, Eloísa y Abelardo, Dirceu y Marilia.

Y toda aquella gente había terminado en el bar de Nacib, llenando las mesas, comentando y discutiendo. Unánimemente daban la razón al estanciero, ni una voz se elevaba —ni siquiera de mujer, en el atrio de la iglesia— para defender a la pobre y hermosa Sinházinha. Una vez más el «coronel» Jesuíno había demostrado ser hombre de fibra, decidido, valiente, íntegro, como, por otra parte, lo demostrara hasta la saciedad durante la conquista de la tierra. Según se recordaba, muchas cruces en el cementerio y a la orilla de los caminos se debían a sus hombres, bandidos cuya fama nunca fuera olvidada. No solamente había utilizado a sus bandidos, sino que también los había comandado en ocasiones famosas, como en aquel encuentro con los hombres del finado mayor Fortunato Pereira en la encrucijada de la Boa Morte, en los peligrosos caminos de Ferradas. Era hombre sin miedos y obstinado.

Ese Jesuíno Mendonza, de unos famosos Mendonza, e Alagoas, había llegado a Ilhéus todavía joven, en la poca de las luchas por la tierra. Había abierto selvas cultivado tierras, disputando a tiros la posesión del suelo, y así sus propiedades habían crecido y su nombre habíase hecho respetar. Casose con Sinházinha Guees, belleza local descendiente de una antigua familia e Ilhéus, huérfana de padre y heredera de un cocotal cerca de los lados de Olivença. Casi veinte años más joven que el marido, bonita, clienta asidua de las tiendas de géneros y zapatos, principal organizadora de as fiestas de la iglesia de San Sebastián, emparentada lejanamente

con el Doctor, pasando largos períodos en la estancia, Sinházinha jamás había dado tema a las murmuraciones en todos aquellos años de casada, a los puchos maldicientes de la ciudad. De súbito, en aquel día de sol espléndido, en la hora calma de la siesta, el «coronel» Jesuíno. Mendonza había descargado su revólver en la esposa y en el amante, emocionando a la ciudad, trayéndola una vez más hacia el remoto clima de sangre derramada, haciendo que hasta el mismo Nacib olvidase su serio problema, la falta de cocinera.

También el Capitán y el Doctor olvidaron sus preocupaciones políticas, y el propio «coronel» Ramiro Bastos, informado del infortunio, dejó de pensar en Mundinho Falcão. La noticia corrió rápida como un relámpago, haciendo crecer el respeto y la admiración que ya rodeaban la figura delgada y un tanto sombría del estanciero. Porque así sucedía en Ilhéus: la honra de un marido engañado sólo con sangre podía ser lavada.

Así era. En una región que recién acababa de salir de los barullos y las luchas frecuentes, cuando los caminos para las tropas de burros y hasta para los camiones se abrían sobre picadas hechas por bandidos, marcadas por las cruces de los caídos en las celadas, donde la vida humana poco valor poseía, no se conocía otra ley para la traición de una esposa que la muerte violenta. Ley antigua, venía de los primeros tiempos del cacao, no estaba en el papel, no constaba en el Código, pero no obstante era la más válida de las leyes y el Tribunal, reunido para decidir la suerte del matador, la confirmaba unánimemente en todas las ocasiones, como para imponerla sobre la ley escrita que condenaba a quien eliminaba a un semejante.

A pesar de la reciente competencia de los tres cines locales, de los bailes y los danzantes del Club Progreso, de las partidas de fútbol en las tardes de domingo, y de las conferencias de literatos de Bahía y hasta de Río, arribando a Ilhéus a la caza de unos pesos en la tierra inculta y rica, las sesiones del Tribunal, dos veces por año, eran todavía la diversión más animada y concurrida de la ciudad. Existían abogados famosos como el doctor Ezequiel Prado y el doctor Mauricio Caires, el chicanero Juan Peixoto, de voz retumbante, oradores aplaudidos, retóricos, eminentes, que hacían temblar y llorar a la asistencia. El doctor Mauricio Caires, hombre muy de la Iglesia y de los sacerdotes, presidente de la Cofradía de San Jorge, era especialista en citas de la Biblia. Había sido seminarista antes de entrar a la Facultad, gustaba de frases en latín, y había quien lo consideraba tan erudito como el Doctor. En el Tribunal, los duelos oratorios duraban horas y horas, con réplicas y contrarréplicas que pasaban la madrugada, y eran los acontecimientos culturales más importantes de Ilhéus.

Hacíanse voluminosas apuestas por la absolución o por la condena, porque la gente de Ilhéus gustaba jugar y todo le servía de pretexto. En otras ocasiones, ahora más raras, el veredicto daba lugar a tiroteos y nuevas muertes. El «coronel» Pedro

Brandáo, por ejemplo, había sido asesinado en la escalinata de la Intendencia, al ser absuelto por el Tribunal. El hijo de Chico Martins, a quien el «coronel» y sus bandidos habían dado muerte bárbaramente, se hizo justicia con sus propias manos.

Ninguna apuesta era aceptada, en cambio, cuando el Tribunal se reunía para decidir sobre crimen de muerte por razones de adulterio: todos sabían que la absolución unánime del marido ultrajado sería el resultado final y justo. Iban solamente para escuchar los discursos, la acusación y la defensa, y también por la expectativa de detalles escabrosos y picarescos, que pudieran escaparse de los autos, o de los discursos de los abogados. Condena del asesino, ¡eso, jamás!, era contra la ley de la tierra, que mandaba lavar con sangre la honra manchada del marido.

Se comentaba y se discutía apasionadamente la tragedia de Sinházinha y del dentista. Divergían las versiones de lo sucedido, se oponían detalles, pero en una cosa estaban todos de acuerdo: en dar la razón al «coronel», en alabar su gesto de macho.

De las medias negras

Crecía el movimiento del bar Vesubio en los días de feria, pero en aquella tarde de la muerte violenta, había una asistencia absolutamente anormal, una animación casi festiva. Además de los clientes habituales del aperitivo, de la gente venida para la feria, otros muchos aparecían para escuchar y comentar las novedades. Iban hasta la playa, a espiar la casa del dentista, y anclaban en el bar:

—¡Quién iba a decir! No salía de la iglesia... Nacib, atareado de mesa en mesa, activaba a los empleados, calculando mentalmente las ganancias. Un crimen así, todos los días, y él podría comprar en seguida las soñadas plantaciones de cacao.

Mundinho Falcão, habiendo concertado un encuentro con Clóvis Costa en el bar Vesubio, se vio envuelto en los comentarios. Sonreía con indiferencia, preocupado con los proyectos políticos a los que se entregaba en alma y cuerpo. Él era así: cuando se decidía a hacer una cosa no descansaba hasta no verla realizada. Pero tanto el Doctor como el Capitán parecían distantes de cualquier otro asunto que no fuera el crimen, como si la conversación de la mañana no hubiera existido siquiera. Mundinho casi no había sentido la muerte del dentista, su vecino de la playa y uno de sus escasos compañeros del baño de mar, considerado entonces casi un escándalo en Ilhéus. El Doctor, cuyo temperamento arrebatado sentíase bien en aquel clima de tragedia, con el pretexto de que Sinházinha revivía a Ofenisia, la del Emperador, decía:

—Doña Sinházinha estaba emparentada con los Avila. Era una familia de mujeres románticas. Ella debe haber heredado de la prima, su vocación para la desgracia.

—¿Qué Ofenisia? ¿Quién es ésa? —quiso saber un comerciante de Río do Braço, venido a Ilhéus para la feria y deseoso de llevar a su pueblo el mayor y más completo surtido de detalles del crimen.

—Una antepasada mía, belleza fatal que inspiró al poeta Teodoro de Castro y enamoró a don Pedro II. Murió de disgusto por no haberse ido con él.

—¿Adónde?

—Caramba, para donde... —bromeó Juan Fulgencio—. Para la cama, para dónde había de ser...

El Doctor explicaba:

—Para la Corte. No le importaba ser la amante de él, y su hermano tuvo que encerrarla bajo siete llaves. El hermano era el coronel Luis Antonio D'Avila, de la guerra del Paraguay. Ella murió de disgusto. En doña Sinházinha había sangre de Ofenisia, esa sangre de los Avila, marcada por la tragedia.

Ño-Gallo aparecía, agitado, soltando la noticia en me dio de la mesa:

—Fue una carta anónima. Jesuíno la encontró en la estancia.

—¿Quién la había escrito?

En el silencio perdíanse las conjeturas. Mundinho aprovechó para preguntar al Capitán, en voz baja: —¿Y Clóvis Costa? ¿Habló con él?

—Estaba escribiendo la noticia del crimen. Hasta atrasó la salida del diario. Combiné para esta noche, en su casa.

—Entonces me voy...

—¿Ya? ¿Con una historia así?

—No soy de aquí, mi amigo... —rio el exportador.

Era general el asombro ante tamaña indiferencia por un plato de aquéllos, succulento, de raro sabor. Mundinho atravesó la plaza, encontrándose con el grupo de jóvenes del colegio de monjas, comandado por el profesor Josué. Con la proximidad del exportador los ojos de Malvina resplandecieron, su boca sonrió, se arregló el vestido. Josué, feliz de estar en compañía de Malvina, felicitó una vez más a Mundinho por la oficialización del colegio:

—Ilhéus le debe también este beneficio...

—¡Valiente! ¡Cosa tan fácil!... —parecía un príncipe distribuyendo beneficios, títulos de nobleza, dinero y favores, magnánimamente.

—Y usted, señor, ¿qué piensa del crimen? —preguntó Iracema, fogosa morena de comentados amores en el portón del jardín de su casa. Malvina se adelantó para oír la respuesta.

Mundinho abrió los brazos:

—Siempre es triste recibir la noticia de la muerte de una mujer bonita. Sobre todo una muerte así, horrible. Una mujer bonita es sagrada.

—Pero ella engañaba al marido —acusó Celestina, joven y ya solterona.

—Entre la muerte y el amor, prefiero el amor...

—¿Usted también hace versos? —sonrió Malvina.

—¿Quién? ¿Yo? No, señorita, no tengo esas dotes. El poeta aquí es nuestro profesor...

—Creía. Lo que usted dijo parece un verso...

—Bella frase, no hay duda —apoyó Josué.

Mundinho, por primera vez, prestó atención a Malvina. Bonita muchacha, sus ojos alargados y misteriosos, no lo soltaban.

—Usted dice eso porque es soltero —recalcó Celestina.

—Y usted también, ¿no es verdad?

Rieron todos.

Mundinho despedíase. Los ojos de Malvina lo perseguían, pensativos. Iracema reía con una risa casi descarada:

—Este señor Mundinho... —y como el exportador se alejase, camino de su casa —: ¡Lindo muchacho!

En el bar, Ari Santos —el Ariosto de las crónicas en el «Diario de Ilhéus»,

empleado en la casa exportadora y presidente del Gremio Rui Barbosa— se inclinó sobre la mesa, y murmuró el detalle:

—Ella estaba desnudita...

—¿Toda?

—¿Entera? —la voz golosa del Capitán.

—Todita... La única cosa que llevaba era unas medias negras.

—¿Negras? —escandalizábase Ño-Gallo.

—¡Medias negras, oh! —el Capitán hacía restallar la lengua.

—Relajada... —condenó el doctor Mauricio Caires.

—Debía estar hecha una belleza —el árabe Nacib, de pie, vio de repente a doña Sinházinha desnuda, apenas con las medias negras. Suspiró.

El detalle constaría en los autos, después. Exageraciones del dentista, sin duda, muchacho de la capital, nacido y graduado en Bahía, de donde llegara a Ilhéus después de haberse recibido hacía pocos meses, atraído por la fama de la tierra rica y próspera. Le había ido bien. Había alquilado aquel «bungalow» en la playa, instalando allí mismo su consultorio, en la sala del frente y los paseantes podían ver, por la ancha ventana, desde las diez hasta el mediodía, y desde las tres a las seis de la tarde, el sillón nuevo, reluciente de metal, de fabricación japonesa, y al dentista, elegante en su delantal blanco, trabajando en la boca de sus pacientes. El padre habíale dado dinero para el consultorio, y en los primeros meses le abastecía con una mesada para ayudar en los gastos; era un comerciante fuerte de Bahía, con negocio en la calle Chile. Consultorio bien montado en la sala del frente, pero el estanciero encontró a la esposa en el dormitorio, vestida apenas como contaba Ari y constó en los autos con «depravadas medias negras». En cuanto al doctor Osmundo Pimentel, estaba completamente desvestido, sin medias de color alguno ni traje para cubrirle la arrogante juventud conquistadora. El estanciero disparó dos balazos a cada uno, definitivos. Era hombre de probada puntería, acostumbrado a meter balas en la oscuridad de los caminos, en noches de barullos y emboscadas.

Nacib no tenía manos que le alcanzaran. Chico-Pereza y Pico-Fino iban de mesa en mesa por el bar lleno, sirviendo a unos y a otros, pescando de vez en cuando un detalle de las conversaciones. El negrito Tuisca ayudaba, preocupado en saber quién le pagaría la cuenta semanal de dulces del dentista en cuya casa, todas las tardes, dejaba una torta de maíz y de «aipim», y también «cuscuz» de mandioca. De vez en cuando, mirando el bar repleto de gente, consumidos ya los dulces y los saladitos de la bandeja enviada por las hermanas Dos Reís, Nacib maldecía a la vieja Filomena. Tan luego en un día de éstos, con tantas novedades y semejantes acontecimientos, le había agarrado la idea de irse, dejándolo sin cocinera. Yendo de mesa en mesa, participando de las conversaciones, bebiendo con los amigos, el árabe Nacib no podía entregarse por completo al placer de los comentarios sobre la tragedia, como lo

desearía, y ciertamente lo haría si la preocupación de la falta de cocinera no lo afligiese. Historias como aquélla, de amores ilícitos y venganza mortal, con detalles tan succulentos, ¡medias negras, Dios mío!, no sucedían todos los días. Y él estaba obligado a salir dentro de poco tiempo en busca de cocinera, en medio de los «retirantes» llegados al mercado de los esclavos. Chico-Pereza, haragán incurable, pasaba con vasos y botellas, con las orejas alertas, parándose para escuchar mejor. Nacib lo apuraba:

—Vamos, pereza...

Chico se detenía ante las mesas, porque también él era hijo de Dios, y por lo mismo, también él quería oír las novedades, saber cómo era lo de las «medias negras».

—Finísimas, mi amigo, extranjeras... —Ari Santos agregaba detalles—. Mercadería inexistente en Ilhéus...

—Seguramente fue él quien las mandó buscar a Bahía. De la tienda del padre.

—¡Qué cosa! —al «coronel» Manuel das Onzas se le caía el mentón de espanto—. Se ve cada cosa en este mundo...

—Estaban enredados cuando Jesuíno entró. Ni lo oyeron.

—Y eso que la criada, cuando vio a Jesuíno, dio un grito...

—En ese momento no se oye nada... —dijo el Capitán.

—¡Bien hecho! El «coronel» hizo justicia...

El doctor Mauricio parecía sentirse ya en el tribunal: —Hizo lo que haría cualquiera de nosotros, en un caso de éstos. Obró como un hombre de bien: no nació para cornudo, y sólo hay una manera de arrancarse los cuernos, la que él usó.

La conversación se generalizaba, hablábase de una mesa a otra, y ni una voz se levantaba, en aquella ruidosa asamblea donde algunos de los notables de la ciudad se reunían, en defensa de la madurez en fuego de Sinházinha, treinta y cinco años de adormecidos deseos despertados súbitamente por la labia del dentista, y transformados en crepitante pasión. La labia del dentista y su melena ondulada, sus ojos lánguidos, tristes como los de la imagen de San Sebastián, traspasado de flechas en el altar mayor de la pequeña iglesia de la plaza, al lado del bar. Ari Santos, compañero del dentista en las sesiones literarias del Gremio Rui Barbosa, donde declamaban versos y leían prosa en las mañanas dominicales ante un reducido auditorio, contaba cómo había comenzado todo: primero, ella había creído ver a Osmundo parecido a San Sebastián, santo de su devoción, los mismos ojos, igualitos.

—Ese asunto de frecuentar iglesias siempre termina en eso... —comentó Ño-Gallo, anticlerical conocido.

—Es cierto... —estuvo de acuerdo el «coronel» Ribeirito—. La mujer casada que vive agarrada a la pollera de los frailes no es buena, pieza...

Tres dientes a obturar y la voz melosa del dentista junto al torno de motor

japonés, las palabras bonitas haciendo comparaciones que parecían versos...

—Él tenía vena... —afirmó el Doctor—; una vez me declamó unos sonetos, primorosos.

Rimas soberbias. Dignos de Olavo Bilac.

Tan diferente del marido, áspero y taciturno, veinte años mayor que ella, ¡y el dentista, doce años más joven! Y aquellos ojos suplicantes de San Sebastián... ¡Dios mío!, ¿qué mujer resistiría, sobre todo siendo una mujer en la fuerza de la edad, con un marido viejo viviendo más en las plantaciones que en su casa, harto de la esposa, enloquecido por las negritas jóvenes de la estancia —campesinas en flor—, brusco en los modales con amantes sin hijos en los cuales pensar y de los cuales cuidar? ¿Cómo resistir?

—No venga a defender a esa sinvergüenza, mi querido señor Ari Santos... —cortó el doctor Mauricio Caires—. Una mujer honrada es una fortaleza inexpugnable.

—La sangre... —dijo el Doctor, con la voz lúgubre como bajo el peso de una maldición eterna—. La sangre terrible de los Avila, la sangre de Ofenisia...

—Y vuelta a hablar de la sangre... Queriendo comparar una historia platónica que no pasó de simples miradas sin consecuencias, con esa orgía inmunda. Comparando una hidalga inocente con una bacante y a nuestro sabio Emperador, modelo de virtudes, con ese dentista depravado...

—¿Quién está haciendo comparaciones? Hablo sólo de hereditariadad, de la sangre de mi gente...

—No defiendo a nadie —afirmó Ari—, apenas si estoy narrando los hechos. Sinházinha fue dejando las fiestas de la Iglesia, concurriendo a los tés danzantes del Club Progreso...

—Factor de disolución de costumbres... —interrumpió el doctor Mauricio.

—... fue prolongando el tratamiento, ahora ya sin motor, cambiado el sillón de metales rutilantes del consultorio por el negro lecho del cuarto.

Chico-Pereza, parado con una botella y un vaso en la mano, recogía ávidamente los detalles, desorbitados los ojos adolescentes, abierta la boca en una sonrisa idiota. Ari Santos concluía con una frase que se le antojó lapidaria:

—Y así el destino transforma a una señora honesta, religiosa y tímida, en heroína de tragedia...

—¿Heroína? No me venga con literatura. No quiera absolver a la pecadora. ¿Dónde iríamos a parar? —el doctor Mauricio alzaba la mano en un gesto amenazador—, todo esto es el resultado de la degeneración de las costumbres que comienza a imperar en nuestra tierra: bailes y tardes danzantes, fiestitas en todas partes, amoríos en la oscuridad de los cines. El cinematógrafo enseña cómo engañar a los maridos una degradación...

—Un momento, doctor, no culpe ni al cine ni a los bailes. Antes de existir todo

eso ya las mujeres traicionaban a los maridos. Esa costumbre proviene de Eva con la serpiente... —rió Juan Fulgencio.

El Capitán lo apoyó. El abogado veía fantasmas. El Capitán tampoco disculpaba a la mujer casada que olvidaba sus deberes. Pero, de ahí a querer culpar al Club Progreso, a los cines... ¿Por qué no culpaba a ciertos maridos que ni se interesaban por sus esposas, que las trataban como a criadas, mientras daban a sus amantes joyas, perfumes, vestidos caros y lujos, a las mujeres de la vida que mantenían, o hasta a las mismas mulatas a quienes ponían casa? Bastaba mirar por ahí mismo, en la plaza: aquel lujo de Gloria, vistiéndose mejor que cualquier señora; ¿acaso el «coronel» Coriolano gastaba lo mismo con la esposa?

—También, es una vieja decrepita...

—No estoy hablando de ella, sino de lo que pasa. ¿Es o no es así?

—La mujer casada es hecha para vivir en el hogar, criar a los hijos, cuidar del esposo y de la familia...

—¿Y las prostitutas para despilfarrar el dinero?

—A quien yo no encuentro muy culpable es al dentista. Finalmente... —Juan Fulgencio interrumpía la discusión, las palabras indignadas del Capitán podían ser mal interpretadas por los estancieros presentes.

El dentista era soltero, joven, tenía desocupado el corazón, si la mujer lo encontraba parecido a San Sebastián, qué culpa tenía él, que ni siquiera era católico, formando con Diógenes el único par de protestantes de la ciudad...

—Ni siquiera era católico, doctor Mauricio.

—¿Por qué no pensó él, antes de acostarse con una mujer casada en la honra impoluta del esposo? —inquirió el abogado.

—La mujer es una tentación: es como el diablo, le da vuelta la cabeza a cualquiera.

—¿Y usted piensa que ella se tiró así, sin más ni menos, en los brazos de él? ¿Que él no hizo nada, inocente?

La discusión entre los dos admirados intelectuales —el abogado y Juan Fulgencio, uno solemne y agresivo, defensor sectario de la moral, el otro bonachón y risueño, amigo de la broma y de la ironía, nunca sabiéndose cuando hablaba en serio—, entusiasmaba a la asistencia. A Nacib le encantaba oír una discusión así, mucho más estando presentes, y pudiendo participar, el Doctor, el Capitán, Ño-Gallo, Ari Santos... No, Juan Fulgencio no creía a la Sinházinha capaz de haberse arrojado en los brazos del dentista, sin más ni menos. Era perfectamente posible que él le endilgara frases azucaradas. Pero —preguntaba—, ¿no sería ésa la mínima obligación de un buen dentista? ¿Galantear un poco a las clientes atemorizadas ante las pinzas, el torno, el sillón asustador? Osmundo era buen dentista, de los mejores de Ilhéus, ¿quién habría de negarlo? ¿Y quién negaría, también, el miedo que los dentistas

inspiran? Habrían sido frases para crear ambiente, para alejar el temor e inspirar confianza...

—La obligación del dentista es tratar los dientes y no recitarles versos a las clientes bonitas, mi amigo. Es lo que yo afirmo y refirmo: esas costumbres depravadas de tierras decadentes están queriendo dominarnos... En la sociedad de Ilhéus comienza a penetrar el veneno, diré mejor, el barro disolvente...

—Es el progreso, doctor...

—A ese progreso yo le doy el nombre de inmoraralidad... —paseó los ojos feroces por el bar. Chico Pereza llegó a estremecerse.

La voz gangosa de Ño-Gallo elevóse:

—¿De qué costumbres habla usted? De los bailes, de los cines... Pero yo vivo aquí desde hace veinte años y siempre conocí a Ilhéus como una tierra de cabarets, de grandes borracheras, de juego, de mujeres de la vida... Eso no es de ahora, siempre existió.

—Son cosas para hombres. No es que yo las desaprobe. Pero no son cosas que alcancen a las familias, como esos clubes donde jovencitas y señoras van a bailar, olvidadas de los deberes familiares. El cine es una escuela de depravación... Ahora el Capitán hacía otra pregunta: ¿cómo podía un hombre —y ésa también era una cuestión de honor— rechazar a una mujer bonita cuando ella, mareada por sus palabras, encontrándolo parecido con el santo de la iglesia, atontada por el perfume que despedían sus cabellos negros, le caía en los brazos, obturados los dientes pero herido para siempre el corazón? El hombre tiene su honor de macho. En el concepto del Capitán, el dentista era víctima más que culpable, más digno de dolor que de reprobación.

—¿Qué haría usted, doctor Mauricio, si doña Sinházinha con aquel cuerpo que Dios le diera, desnuda y con sus medias negras, se arrojase sobre usted? ¿Saldría corriendo, en demanda de socorro?

Algunos oyentes —el árabe Nacib, el «coronel» Ribeirito, hasta el mismo «coronel» Manuel das Onzas con sus cabellos blancos— pesaron la pregunta y la encontraron irresponsable. Todos ellos habían conocido a doña Sinházinha, la habían visto atravesar la plaza, con las carnes aprisionadas en el vestido ajustado, camino de la iglesia, con aire serio y recogido...

ChicoPereza, olvidado de servir, suspiró ante la visión de Sinházinha desnuda, arrojándose en sus brazos. Con lo que mereció la expulsión de Nacib:

—A trabajar, mocoso.

El doctor Mauricio sentíase ya en pleno tribunal:

—¡Vade retro!

El dentista no era ese inocente que describía el Capitán (casi estuvo por decir, «el noble colega»). Y para responderle, iba a buscar en la Biblia, el libro de los libros, el

ejemplo de José...

—¿Qué José?

—El que fue tentado por la mujer del faraón...

—Ese tipo era marica... —rio Ño-Gallo.

El doctor Mauricio fulminó con la mirada al funcionario de la receptoría de Rentas:

—Esos chistes no se avienen con la seriedad del asunto. No era ningún inocente el tal Osmundo. Buen dentista, podría ser, pero también un peligro para la familia ilheense...

Y lo describió como si estuviera ya ante el juez y los jurados: buen conversador, esmerado en el vestir ¿y para qué toda aquella elegancia en una tierra donde los estancieros andaban de bombacha y botas altas? ¿No era ya prueba de la decadencia de sus costumbres, responsable de la decadencia de su moral? A poco de llegar habíase revelado un experto bailarín de tangos argentinos. ¡Ah!, ese club donde los sábados y los domingos jovencitas y muchachos, hasta mujeres casadas, iban a apelotonarse... Ese tal Club Progreso, que mejor merecería llamarse Club del Restregamiento... En él desaparecían el pudor y el recato... Como mariposa, Osmundo había enamorado, en sus ocho meses de estadía en Ilhéus, a una media docena de las jóvenes solteras más bonitas, paseando de una a otra su liviano corazón. Porque las muchachas casaderas no le interesaban, lo que buscaba era una mujer casada, para banquetearse gratuitamente en mesa ajena. Un malandrín, de esos muchos que comenzaban ahora a aparecer en las calles de Ilhéus. Tosió, moviendo la cabeza, agradeciendo anticipadamente los aplausos que en el tribunal no faltarían, no obstante las repetidas prohibiciones del juez.

Tampoco en el bar faltaron aplausos:

—Bien dicho... —apoyó el estanciero Manuel das Onzas.

—No hay dudas, es así mismo... —dijo Ribeirito—. Fue un buen ejemplo; Jesuíno reaccionó como debía.

—No es eso lo que discuto —dijo el Capitán—. Pero la verdad es que usted, doctor Mauricio, y muchos otros, están contra el progreso.

—¿Desde cuando el progreso es desvergüenza?

—Están en contra, sí, señor, y no me venga con esos cuentos de inmoralidad en una tierra llena de cabarets y de mujeres perdidas. Donde cada hombre rico tiene su manceba. Ustedes están contra el cine, el club social, hasta contra las fiestas familiares. Ustedes quieren a la mujer trancada en casa, en la cocina...

—El hogar es la fortaleza de la mujer virtuosa. En cuanto a mí, no estoy contra nada de eso —explicó el «coronel» Manuel das Onzas—. Hasta me gusta el cine para distraerme alguna que otra vez, cuando la cinta es cómica. Arrastrar las patas no, ya no tengo edad para esas cosas. Pero una cosa es eso y otra muy distinta hallar que la

mujer casada tiene el derecho de engañar al marido.

—¿Y quién dijo eso? ¿Quién está de acuerdo con eso? Ni siquiera el Capitán, hombre «vivido», que residiera en Río, y que reprobaba muchos de los hábitos de Ilhéus, ni siquiera él mismo, sentíase con el coraje suficiente para oponerse de frente a la ley feroz. Tan feroz y rígida que el pobre doctor Felismino, médico llegado unos cuantos años atrás a Ilhéus para ejercer como clínico, había podido continuar allí después de haber descubierto los amores de Rita, su mujer, con el agrónomo Raúl Lima y haberla abandonado al amante. Feliz, por otra parte, por la inesperada oportunidad de librarse de la mujer insoportable con la cual se casara ni él mismo sabía por qué. En pocas oportunidades se había sentido tan satisfecho como al descubrir el adulterio: el agrónomo, engañado con respecto a sus intenciones, había echado a correr, semidesnudo, por las calles de Ilhéus. Ninguna Venganza le parecía mejor, más refinada y tremenda, a Felismino, que entregar al amante la responsabilidad de los desperdicios de Rita, su amor al lujo, su insoportable mandonismo. Pero Ilhéus no poseía semejante sentido del humor, nadie lo había comprendido, considerándolo un cínico, cobarde e inmoral, con lo que su iniciada clientela se esfumó; hasta hubo quien le negó la mano, pasando a llamarle «Buey manso». No tuvo otro remedio que irse para siempre.

De la ley para las mantenidas

Aquel día, en el bar excitado y casi de fiesta, muchas historias fueron recordadas, además de la melancólica aventura del doctor Felismino. Historias generalmente terribles, de amor y de traición, con venganzas que dan escalofríos. Y, como no podía dejar de suceder por la proximidad de Gloria en la ventana, ansiosa y solitaria, con su criada yendo y viniendo entre los grupos de la playa o al bar en busca de informaciones, alguien rememoró el caso famoso de Juca Viana y Chiquita. No se trataba, es claro, de acontecimiento semejante al de aquella tarde, porque los «coroneles» reservaban la pena de muerte para la traición de una esposa. ¡Una mantenida no merecía tanto! Así también pensaba el «coronel» Coriolano Ribeiro. Enterados de las infidelidades de las mujeres que mantenían —ya sea pagándoles la habitación, la comida y el lujo en pensiones de prostitutas, o alquilándoles casa en las calles menos frecuentadas— se contentaban con abandonarlas, substituyéndolas luego. Buscaban otra. Sin embargo, más de una vez habíanse dado casos de tiros y muerte por causa de una mantenida. El «coronel» Ananías e Iván el comerciante, por ejemplo, más conocido como el «Tigre» por su maestría de centrodelantero del Vera Cruz Fútbol Club, ¿no habíanse agarrado a tiros por causa de Juana, una pernambucana viruelosa, no hacía mucho?

Había sido el «coronel» Coriolano Ribeiro uno de los primeros en lanzarse a las selvas, y en plantar cacao. Pocas estancias podían ser comparadas con la suya, de tierras magníficas, donde a los tres años las plantas de cacao comenzaban a producir. Hombre de influencia, compadre del «coronel» Ramiro Bastos, él dominaba en uno de los distritos más ricos de Ilhéus. De hábitos simples, conservaba las costumbres de los viejos tiempos, sobrio en sus necesidades: su único lujo era instalar casa para una muchacha de la vida. Vivía casi siempre en la estancia, apareciendo en Ilhéus a caballo, despreciando las comodidades del tren y de los recientes ómnibus, vestido con pantalones «puerta-de-tienda», saco descolorido por las lluvias, sombrero de respetable edad, y botas sucias de barro. De lo que gustaba, realmente, era de su estancia, de las plantaciones de cacao, de dar órdenes a los trabajadores, de meterse en la selva. Las malas lenguas decían que en la estancia, él solamente comía arroz los domingos o días de fiesta de tan económico que era, contentándose con los porotos y el pedazo de carne seca que constituían la comida de los trabajadores. Sin embargo, su familia vivía en Bahía en la mayor comodidad, en una casa grande en la orilla, el hijo estudiaba en la Facultad de Derecho, y la hija pasaba su tiempo en los bailes de la Asociación Atlética. La esposa había envejecido precozmente, en los tiempos de las luchas, en las noches de ansiedad en que el «coronel» partía al frente de sus bandidos.

—Un ángel de bondad, un demonio de fealdad... —decía de ella Juan Fulgencio

cuando alguien criticaba el abandono en que el «coronel» dejaba a la esposa, yendo a Bahía sólo de rato en rato.

Aún cuando su familia había vivido en Ilhéus —en la casa en la que ahora había instalado a Gloria—, nunca el «coronel» había dejado de tener una mantenida instalada con mesa y cama. A veces, al llegar de la estancia, era hacia la «filial» adonde primero se dirigía, aún antes de ver a su familia, era allí donde se apeaba de su caballo. Su lujo, su alegría en la vida, eran esas mulatitas en el verdor de sus años, que lo trataban como si fuera un rey.

Cuando los hijos llegaron a la edad del colegio, trasladó la familia a Bahía, y pasó a parar en la casa de la amante. Allí recibía a los amigos, trataba sus negocios, discutía de política extendido en una hamaca, pitando un cigarro de hoja. El propio hijo —cuando daba una escapada a Ilhéus y de allí a la estancia, durante sus vacaciones— debía ir a buscarlo ahí. Hombre de economizar monedas consigo mismo, era mano abierta con sus mancebas, le gustaba verlas envueltas en lujo, y les abría cuenta en las tiendas. Antes de Gloria, muchas eran las que habíanse sucedido en los gustos del «coronel», en relaciones que por lo general duraban cierto tiempo. Las amantes suyas eran trancadas en casa, saliendo poco, mantenidas en soledad, sin derecho a amistades ni a visitas... «Un monstruo de celos», decían de él.

—No me gusta pagar mujer para los otros... —explicaba el «coronel» cuando le tocaban el tema.

Casi siempre era la mujer quien lo abandonaba, harta de aquella vida de cautiverio, de esclavitud bien alimentada y bien vestida. Algunas iban a los burdeles, otras volvían a las plantaciones, y hubo quien viajara a Bahía, llevada por un viajante de comercio. A veces, sin embargo, era el «coronel» quien se hartaba, quien precisaba carne nueva. Era cuando descubría, casi siempre en su propia estancia o en los poblados, a una muchachita agraciada; entonces despedía a la anterior. Pero en esos casos, la recompensaba bien. A una de ellas, con quien viviera más de tres años, le había instalado un mercadito en la calle del Sapo. De vez en cuando iba a visitarla, sentábase a conversar, se interesaba por la marcha del negocio. Sobre las mancebas del «coronel» Coriolano se contaban múltiples historias.

Una, sin embargo, había quedado como ejemplo: la de una cierta Chiquita, de extrema juventud y timidez, Chiquilina de dieciséis años, que parecía tener miedo de todo, flacucha, de ojos tiernos que parecían querer escaparse del rostro, había sido descubierta y traída de sus tierras por el propio «coronel», que le instaló casa en una calleja escondida. Ahí amarraba él su caballo alazán cuando venía a la ciudad. Andaba el «coronel» por sus cincuenta años; y era él mismo, tan tímida y vergonzosa parecía Chiquita, quien le compraba zapatos y cortes de géneros, o frascos de perfume. Ella, hasta en las horas de completa intimidad, lo trataba respetuosamente de «señor», o de «coronel». Coriolano babeaba de contento.

Estudiante en vacaciones, Juca Viana descubrió a Chiquita en un día de procesión.

Comenzó a rondar la casa de la calle mal iluminada, y los amigos le avisaron del peligro: con mujer del «coronel» Coriolano nadie se metía, porque el «coronel» no era hombre de medias palabras. Juca Viana, estudiante de segundo año de Derecho, con pretensiones de valiente, se encogió de hombros. Disolvióse la timidez de Chiquita ante el atrevido bigote estudiantil, sus ropas elegantes, sus promesas de amor. Comenzó por abrir la ventana, casi siempre cerrada cuando el estanciero no estaba. Abrió una noche la puerta, y Juca se hizo socio del «coronel» en el lecho de su amante. Socio sin capital y sin obligaciones, llevándose lo mejor de las ganancias en un ardor de pasión que de inmediato se hizo conocida y comentada en la ciudad entera. Aún hoy la historia, en todos sus detalles, es rememorada en la Papelería Modelo, en las conversaciones de las solteronas, ante los tableros de «gamão». Juca Viana perdió un día el sentido de la prudencia entrando, a plena luz del día, en la casa alquilada y pagada por Coriolano. La tímida Chiquita se transformó en atrevida amante, llegando hasta el extremo de salir por la noche, del brazo de Juca, para acostarse en la playa, bajo el claro de luna. Parecían dos criaturas, ella con sus dieciséis, él con sus veinte años mal cumplidos, escapados de un poema bucólico.

Los matasietes del «coronel» llegaron cuando comenzaba la noche, se echaron atrevidamente unos aguardientes a la garganta en el bar mal frecuentado de Toinho «Cara de carnero», rezongaron amenazas y partieron hacia la casa de Chiquita. Los amantes disfrutaban sus juegos de amor en el lecho pagado por el «coronel», apasionados y confiados, sonriendo el uno para el otro, felices. Los vecinos próximos oían risas y suspiros entrecortados, de vez en cuando la voz de Chiquita murmurando en un gemido, «¡ay, mi amor!». Los hombres de Coriolano entraron por el patio, los vecinos próximos y distantes oyeron nuevos rubores, y toda la calle despertó con los gritos, reuniéndose frente a la casa. Según cuentan, fue una zorra de padre y señor mío la que propinaron al joven y a su compañera, les raparon el cabello, de largas trenzas el de Chiquita y ondeado y rubio el de Juca Viana, y les dieron órdenes, en nombre del indignado «coronel», de desaparecer aquella misma noche y para siempre de Ilhéus. Juca Viana era ahora fiscal en Jequié; ni siquiera después de haberse graduado se animó a volver a Ilhéus. De Chiquita no se tuvieron más noticias. Conociendo esa historia, ¿quién habría de atreverse a trasponer, sin expresa invitación del «coronel», el umbral de la puerta de su amante? Sobre todo la pesada puerta de la casa de Gloria, la más apetitosa, la más espléndida de cuantas mancebas tuviera Coriolano. El «coronel» había envejecido, su fuerza política ya no era la misma, pero el recuerdo del ejemplo de Juca Viana y Chiquita persistía, y el propio Coriolano se encargaba de recordarlo cuando eso le parecía necesario. Recientes eran los sucesos ocurridos en el escritorio de Tónico Bastos.

Del simpático villano

Tonico Bastos, el hombre elegante por excelencia de la ciudad, de ojeras pronunciadas y romántica cabellera con hilos plateados, saco azul y pantalón blanco, los zapatos brillando de lustre, un verdadero dandy, entraba en el bar con su paso despreocupado, cuando alguien pronunció su nombre. Se hizo un silencio incómodo en la rueda, y él preguntó, sospechoso:

—¿De qué hablaban? Oí mi nombre.

—De mujeres; ¿de qué había de ser? —dijo Juan Fulgencio—. Y hablándose de mujeres, su nombre entró en el baile. Como no podía dejar de suceder...

Se aclaró el rostro de Tonico con su sonrisa, y arrastró una silla; aquella fama de conquistador irresistible, era su razón de vivir. Mientras su hermano Alfredo, médico y diputado, examinaba criaturas en su consultorio de Ilhéus, o hacía discursos en la Cámara de Bahía, él se echaba a andar por las calles, enredándose con prostitutas, metiéndoles los cuernos a los estancieros en los lechos de sus concubinas. Mujer nueva recién llegada a la ciudad, si era bonita, en seguida encontraba a Tonico Bastos dando vueltas alrededor de su pollera, diciéndole galanterías, gentil y osado. La verdad es que tenía éxito, y que él multiplicaba esos éxitos en sus conversaciones sobre mujeres. Era amigo de Nacib y venía, por lo general, a la hora de la siesta, cuando el bar vacío se adormilaba, a espantar al árabe con sus historias, sus conquistas, o los celos de las mujeres por causa suya. No había en Ilhéus otra persona a quien Nacib admirase tanto. Las opiniones variaban sobre Tonico Bastos. Unos lo consideraban un buen muchacho, un poco interesado y un poco atolondrado, pero de agradable conversación y, en el fondo, inofensivo. Otros lo consideraban un idiota, infatuado, incapaz y cobarde, perezoso y suficiente. Pero su simpatía era indiscutible: aquella sonrisa de hombre satisfecho con la vida, su conversación cautivante. El propio Capitán lo decía cuando se hablaba de él:

—Es un canalla simpático, un irresistible sinvergüenza.

No había conseguido Tonico Bastos pasar del tercero de los siete años de ingeniería, en la Facultad de Río a la que lo había enviado el «coronel» Ramiro, harto de sus escándalos en Bahía. Cansado de remitirle dinero, desesperando de ver a aquel hijo graduado, y ejerciendo con entusiasmo su profesión, como lo hacía Alfredo, el «coronel» lo había hecho volver a Ilhéus, consiguiéndole la mejor escribanía de la ciudad y la novia más adinerada.

Rica, hija única de una viuda, huérfana de un estanciero que dejó la piel cuando terminaban ya las luchas, doña Olga era sumamente molesta. Tonico no había heredado el coraje del padre, y más de una vez lo habían visto palidecer y tartamudear cuando se veía envuelto en complicaciones de mujeres en la calle; pero ni por eso sabía explicar el miedo que le tenía a su mujer. Miedo, sin duda, de un

escándalo que perjudicara al viejo Ramiro, hombre bien conceptuado y respetado. Doña Olga vivía amenazando con escándalos; era una lengua de trapo, y en su opinión todas las mujeres andaban detrás de Tónico. La vecindad oía diariamente las amenazas de la gorda señora, sus sermones al marido:

—¡Si un día llego a saber que andas metido con alguna mujer! ...

En su casa no paraban las empleadas: doña Olga sospechaba de todas, las despedía al menor pretexto, porque ¡seguro que andaban codiciando a su hermoso marido! Miraba con desconfianza a las jovencitas del colegio de monjas, a las señoras en los bailes del Club Progreso, y sus celos se habían tornado legendarios en Ilhéus. Sus celos y su mala educación; sus modales groseros, sus «gaffes» colosales. No es que tuviera noticias de las aventuras de Tónico, que sospechase que él pudiera estar en casa de otras mujeres cuando salía de la suya, por la noche, «a tratar asuntos de política», como él le explicaba. ¡El mundo se vendría abajo en caso de que llegara a enterarse! Pero Tónico tenía labia, y siempre encontraba manera de engañarla, de calmar sus celos. No había hombre más circunspecto que él cuando, después de cenar, daba una vuelta con su esposa por la avenida de la playa, tomaba un helado en el bar Vesubio, o la llevaba al cine.

—Miren como va serio con su elefante... —decían al verlo pasar, refiriéndose a su aire digno y a la gordura de Olga, que parecía reventar los vestidos. Minutos después de conducirla de regreso a su casa, en la calle «de los Paralelepípedos», donde también estaba situada la escribanía, cuando salía «para conversar con los amigos y hablar de política», ya era otro hombre. Iba a bailar a los cabarets, a cenar en casas de prostitutas, muy animado; por él se «trenzaban» las muchachas de la vida, cambiaban insultos y llegaban hasta a agarrarse de los cabellos.

—Un día de éstos se cae la casa... —comentaban—. El día que doña Olga se entere se va a venir el fin del mundo.

Varias veces eso había estado por suceder. Pero Tónico Bastos envolvía a su esposa en una red de mentiras, y aplacaba sus sospechas. No era barato el precio a pagar por su posición de hombre irresistible, de conquistador número uno de la ciudad.

—¿Y qué dices del crimen? —preguntó Ño-Gallo—. ¡Qué horror, eh! Una cosa así ...

Le contaron lo de las medias negras, Tónico entrecerró el ojo pícaro. Volvieron a recordar casos semejantes, el del «coronel» Fabricio que acuchillara a la mujer y mandara a sus bandidos a disparar sobre el amante, cuando éste volvía de una reunión de la Masonería. Costumbres crueles, tradición de venganza y de sangre. Una ley inexorable.

También el árabe Nacib, a pesar de sus preocupaciones —los dulces y los saladitos de las hermanas Dos Reis se habían evaporado— participaba de la

conversación. Y como siempre, para decir que en Siria, la tierra de sus padres, era todavía más terrible. Parado junto a la mesa, con su corpachón enorme dominaba a la asistencia. El silencio se extendía por las otras mesas, para oírlo mejor:

—En la tierra de mi padre es todavía peor... Allá, la honra de un hombre es sagrada, y con ella nadie juega. Bajo pena de...

—¿De qué, árabe?

Pasaba la mirada despaciosamente por los oyentes, clientes y amigos suyos, tomaba un aire dramático, y levantaba la cabezona:

—Allá a la mujer desvergonzada se mata a cuchillo, despacito. Cortándola a pedacitos...

—¿En pedacitos? —la voz gangosa de Ño-Gallo. Nacib aproximaba el rostro mofletudo, las grandes mejillas cándidas, componía una cara asesina, y se retorcía la punta del bigote:

—Sí, compadre Ño, allá nadie se contenta con matar a la desvergonzada y al canalla con dos o tres tiritos. Aquélla es tierra de hombres machos, y para una mujer descarada el tratamiento es otro: cortar a la puerca en pedacitos, comenzando por la punta de los senos...

—La punta de los senos, qué barbaridad —hasta el «coronel» Ribeirito sentíase estremecer.

—¡Qué barbaridad, ni qué nada! La mujer que traiciona al marido no merece menos. Yo, si fuese casado y mi mujer me adornase la frente, ¡ah!, yo seguía la ley siria: picadillo con el cuerpo de ella... No haría nada menos.

—¿Y el amante? —interesóse el doctor Mauricio Caires, impresionado.

—¿El manchador de la honra ajena? —quedó de pie, casi tenebroso, levantó la mano y rio con una risita cavernosa—. El miserable, ¡ay!... Bien sujeto por unos cuantos hombres, de esos sirios fuertes de las montañas, le bajan los pantalones, le separan las piernas... y el marido con la navaja de afeitarse bien afilada... —bajaba la mano en un gesto rápido que describía el resto.

—¿Qué? ¡No me diga!

—Eso mismo, doctor. Capadito...

Juan Fulgencio se pasó la mano por la barbilla: —Extrañas costumbres, Nacib. En fin, cada tierra con sus usos...

—Es el diablo —dijo el Capitán—. Y fogosas como son esas turcas, debe haber muchos capados por allá...

—También, ¿quién les manda meterse en casa ajena para robar lo que no es suyo? —el doctor Mauricio aprobaba—. Se trata de la honra de un hogar. El árabe Nacib triunfaba, sonreía, miraba con cariño a sus clientes. Le gustaba aquella profesión de dueño de un bar, aquellas largas charlas, las discusiones, las partidas de «gamão» y de damas, el jueguito de póquer.

—Vamos a nuestra partida... —invitaba el Capitán.

—Hoy, no. Hay mucho movimiento. Dentro de un rato voy a salir a buscar cocinera.

El Doctor aceptó, fue a sentarse con el Capitán ante el tablero. Ño-Gallo fue con ellos, jugaría con el vencedor. Mientras colocaban las piezas, el Doctor iba contando:

—Hubo un caso parecido con uno de los Avila...

Se metió con la mujer de un capataz, fue un escándalo cuando el marido lo descubrió...

—¿Y capó a su pariente?

—¿Quién habló de castrar? El marido apareció armado, pero mi bisabuelo tiró antes que él...

La rueda comenzó a disolverse al rato, se aproximaba la hora de la cena. Venidos del hotel en dirección al cine, surgían, como por la mañana, Diógenes y la pareja de artistas.

Tonico Bastos quería detalles:

—¿Exclusividad de Mundinho?

Desde el tablero de «gamão», sintiéndose un poco dueño de los actos de Mundinho, el Capitán informaba: —No. No tiene nada con ella. Está libre como un pajarito, a disposición...

Tonico silbó entre dientes. La pareja saludaba, Anabela sonreía.

—Voy hasta allá, a saludarla en nombre de la ciudad.

—No mezcle a la ciudad en eso, malandrín...

—Cuidado con la navaja del marido... —rio Ño-Gallo.

—Voy con usted... —dijo el «coronel» Ribeirito. Pero no alcanzaron a ir, pues apareció el «coronel» Amancio Leal y la curiosidad fue más fuerte: todos sabían que Jesuíno, después del crimen, se había dirigido a su casa. Saciada su venganza, el «coronel» se había retirado calmamente para evitar el desenlace. Había atravesado la ciudad movilizada por la feria, sin apresurar el paso, yendo a la casa del amigo y compañero de los tiempos de barullo, mandando avisar al Juez que al día siguiente se presentaría. Para ser inmediatamente mandado de vuelta y en paz, y aguardar en libertad el juicio, como era costumbre en esos casos. El «coronel» Amancio buscaba a alguien con los ojos, se aproximaba al doctor Mauricio:

—¿Le podría decir una palabra, doctor?

Se levantó el abogado, dirigiéndose los dos hacia los fondos del bar, el «estanciero» decía algo y Mauricio balanceaba la cabeza, volviendo a buscar su sombrero: —Con permiso. Debo retirarme.

El «coronel» Amancio saludaba: —Buenas tardes, señores.

Tomaron por la calle Adami, porque Amancio vivía en la plaza del edificio escolar. Algunos, más curiosos, se pusieron de pie para verlos subir por la calle

empinada, silenciosos y graves como si acompañasen una procesión o un entierro.

—Va a contratar al doctor Mauricio para la defensa.

—Está en buenas manos. Vamos a tener, en el tribunal, al Viejo y al Nuevo Testamento.

—También... Ni necesita abogado. Tiene asegurada la absolución.

El Capitán se volvía, desahogándose mientras tomaba una pieza del gamão:

—Ese Mauricio es una bolsa de hipocresía... Viudo descarado...

—Dicen que no hay negrita que aguante en sus manos...

—Así oí decir...

—Tiene una, en el Morro do Unhão, que viene casi todas las noches a su casa.

En la puerta del cine volvieron a aparecer el «Príncipe» y Anabela, Diógenes escoltándolos con su cara triste. La mujer tenía un libro en la mano.

—Vienen para acá... —murmuró el «coronel» Ribeirito.

Se levantaban ante la proximidad de Anabela, ofrecían sillas. El libro, un álbum encuadernado en cuero, pasaba de mano en mano. Contenía recortes de diarios y opiniones manuscritas sobre la bailarina.

—Después de mi debut quiero la opinión de todos ustedes —estaba de pie ya que no había aceptado sentarse: «ya vamos para el hotel», y se apoyaba en la silla del «coronel» Ribeirito.

Estrenaría en el cabaret esa misma noche, y al día siguiente se exhibirían ella y el «Príncipe», en el cine, en números de prestidigitación. Él hipnotizaba, era un coloso en la telepatía. Acababan de hacer una demostración ante Diógenes, el dueño del cine, que confesaba no haber visto nunca nada igual. En el atrio de la iglesia, las solteronas ya tan excitadas por el doble asesinato, miraban la escena, señalando a la mujer:

—Una más para darle vuelta la cabeza a los hombres...

Anabela preguntaba con voz amistosa: —Oí decir que hoy hubo un crimen aquí.

—Es verdad. Un estanciero mató a la mujer y al amante.

—Pobrecita... —se conmovió Anabela y ésa fue la única palabra de lástima para el triste destino de Sinházinha en esa tarde de tantos comentarios.

—Costumbres feudales... —dijo Tónico Bastos, vuelto hacia la bailarina—. Aquí todavía vivimos como en el siglo pasado.

El «Príncipe» sonreía desdeñosamente, aprobó con la cabeza, tragó su aguardiente puro, no le gustaban las mezclas; Juan Fulgencio devolvió el álbum donde leía elogios del trabajo de Anabela. La pareja despedíase. Ella quería descansar antes del debut:

—Los espero a todos allá, en el Bataclán.

—Allá estaremos, ciertamente.

Las solteronas llenaban el atrio de la iglesia, escandalizadas, persignándose.

Tierra de perdición ésa de Ilhéus... En el portón de la casa del «coronel» Melk Tavares, el profesor Josué conversaba con Malvina. Gloria suspiraba en su ventana solitaria. La tarde caía sobre Ilhéus. El bar comenzaba a despoblarse. El «coronel» Ribeirito había partido tras los artistas.

Tonico Bastos vino a recostarse en el mostrador, junto a la caja. Nacib vestía el saco, daba órdenes a Chico-Pereza y a Pico-Fino. Tonico contemplaba absorto el fondo casi vacío de su copa.

—¿Pensando en la bailarina? Aquello es bocado de lujo, es preciso gastarse entero... La competencia va a ser grande. Ribeirito ya está con el ojo puesto...

—Estaba pensando en Sinházinha. Qué horror, Nacib...

—Ya me habían hablado de ella y del dentista. Juro que no creí. Parecía tan seria.

—Usted es un ingenuo —él mismo servíase; íntimo del bar, llenaba nuevamente la copa mandando anotar en la cuenta para pagar a fin de mes—. Pero podía haber sido peor, mucho peor.

Nacib bajó la voz, asombrado:

—¿Usted también navegó en aquellas aguas?

Tonico no tuvo coraje de afirmar, le bastaba con crear la duda, la sospecha. Hizo un gesto con la mano.

—Parecía tan seria... —la voz de Nacib se acanallaba—. Hay que ver debajo de toda esa seriedad... ¡Caramba con usted, eh!

—No sea mala lengua, árabe. Deje a los muertos en paz.

Nacib abrió la boca, iba a decir algo que no alcanzó a pronunciar y suspiró. Así que el dentista no había sido el primero... Ese sinvergüenza de Tonico, con su mechón de cabellos plateados, mujeriego como él solo, también la había tenido en sus brazos, había abrazado ese cuerpo. Cuantas veces él, Nacib, no la había acompañado con ojos de codicia y respeto cuando Sinházinha pasaba frente al bar, camino de la iglesia.

—Es por eso que no me caso ni me meto con mujer casada.

—Ni yo... —dijo Tonico.

—Cínico ...

Encaminábase para la calle:

—Voy a ver si encuentro cocinera. Llegaron «retirantes», a lo mejor hay alguna que sirva.

En la ventana de Gloria, el negrito Tuisca le contaba las novedades, los detalles del crimen, cosas oídas en el bar. Agradecida, la mulata le revolvía el pelo motoso, le pellizcaba el rostro. El Capitán, habiendo ganado la partida, miraba la escena:

—¡Caramba con el negrito suertudo!

De la hora triste del crepúsculo

Andando hacia el ferrocarril, en la hora triste del crepúsculo, con el sombrero de alas anchas y el revólver al cinto, Nacib recordaba a Sinházinha. Del interior de las casas venía el ruido de mesas puestas, de risas y conversaciones. Seguramente hablaban de Sinházinha y de Osmundo. Nacib la recordaba con ternura, con deseos en el fondo del corazón de que ese miserable Jesuíno Mendonza, sujeto arrogante y antipático, fuera condenado por la justicia, cosa imposible, por cierto, aunque merecida. Costumbres feroces esas de Ilhéus...

Porque toda aquella fanfarronada de Nacib, sus historias terribles de Siria, la mujer picadita con el cuchillo, el amante capado a navaja, era de boca para afuera. ¿Cómo podría él hallar que una mujer joven y bonita, pudiese merecer la muerte por haber engañado a un hombre viejo y bruto, incapaz de una caricia, de una palabra tierna? Esa tierra de Ilhéus, su tierra, estaba lejos de ser realmente civilizada. Se hablaba mucho de progreso, el dinero corría a mares, el cacao abría caminos, erguía poblados, cambiaba el aspecto de la ciudad, pero se conservaban las costumbres antiguas, aquel horror. Nacib no tenía coraje para decir en voz alta semejantes cosas, solamente Mundinho Falcão podía tener ese atrevimiento pero en esa hora melancólica en que caían las sombras, él iba pensando y una tristeza lo invadía, sentíase cansado. Por ésas y otras razones Nacib no se casaba: para no ser engañado, para no tener que matar, que derramar la sangre ajena, y terminar metiendo cinco balazos en el pecho de una mujer. Y bien que le gustaría casarse...

Sentía la falta de un cariño, de ternura, de un hogar, de una casa llena de presencia femenina que lo esperase en mitad de la noche, cuando el bar se cerraba. Era un pensamiento que lo perseguía algunas veces, como ahora rumbo al mercado de los esclavos. No era hombre para andar detrás de una novia, ni siquiera tenía tiempo para eso, pasando el día entero en el bar. Su vida sentimental se reducía a sus enredos más o menos largos con muchachas encontradas en los cabarets, mujeres suyas al mismo tiempo que de otros, aventuras fáciles, en las cuales no cabía el amor. Cuando joven, había tenido dos o tres enamoradas. Pero, como entonces no podía pensar en casarse, todo se redujo a conversaciones sin consecuencias, a esquelitas combinando encuentros en los cines, a tímidos besos cambiados en las matinés.

Hoy no le sobraba tiempo para amoríos, el bar le ocupaba el día entero. Lo que quería era ganar dinero, prosperar para poder comprarse unas tierras en las que plantaría cacao. Como todos los hijos de Ilhéus, Nacib soñaba con plantaciones de cacao, tierras en donde creciesen los árboles de frutos amarillentos como el oro, valiendo oro. Tal vez entonces pensaría en casamiento. Por el momento se contentaba en poner los ojos entrecerrados en las hermosas señoras que pasaban por la plaza, en Gloria tan inaccesible en su ventana, en descubrir novatas como Risoleta, y acostarse

con ellas. Sonrió al recordar a la sergipana de la víspera, su ojo un poco bizco, su sabiduría en la cama. ¿Iría a verla esa noche o no? Ella lo esperaría, seguramente, en el cabaret, pero él estaba cansado y triste. Nuevamente pensó en Sinházinha: muchas veces se había detenido frente al bar, y él la vio pasar en la plaza, entrar en la Iglesia. Los ojos codiciando el bien del estanciero, manchando la honra ajena con el pensamiento ya que no podía mancharla con actos y desatinos. No sabía palabras lindas como versos, no tenía una cabellera ondulada, no bailaba el tango argentino en el Club Progreso. Si lo hubiera hecho tal vez él sería ahora quien estuviera tendido tinto en sangre, con el pecho agujereado a balazos, al lado de la mujer calzada con las medias negras. Nacib marcha en el crepúsculo, de vez en cuando responde a un «buenas tardes», con el pensamiento lejos. El pecho agujereado de balas, los senos blancos de la amante rasgados a balas. Veía la escena, los dos cadáveres lado a lado, desnudos en medio de la sangre, ella con sus medias negras. ¿Estaría con ligas o sin ellas, cómo sería? Sin ligas le parecía más elegante, medias de fina malla sujetando la carne blanca sin ayuda de nada. ¡Bonito! Bonito y triste. Nacib suspira, ya no ve más al dentista Osmundo al lado de Sinházinha. Es al propio Nacib a quien él ve, un poco más delgado y un mucho menos barrigudo, extendido, muerto, asesinado, al lado de la mujer. ¡Qué belleza! El pecho rasgado a balazos. Suspiró nuevamente. Corazón romántico, las historias terribles que él contaba nada significaban. Ni el revólver que llevaba a la cintura, como todo hombre de Ilhéus, en aquella época.

Hábitos de la tierra...

Lo que le gustaba era comer bien, buenos platos apimentados, beber su cervecita helada, jugar una prolija partida de «gamão», atravesar las madrugadas llorando sobre las cartas de póquer, con celos de perder en el juego todas las ganancias del bar que él iba depositando en el Banco, con la esperanza de comprar tierras. De falsificar la bebida para ganar más, de aumentar cuidadosamente unos pesos en las cuentas de los que pagaban por mes, de acompañar a los amigos al cabaret, y acabar la noche en los brazos de una Risoleta cualquiera, compañera de amor de unos días. Esas cosas y las morenas de color quemadito es lo que le gustaba.

También conversar y reír.

De cómo Nacib contrató una cocinera o de los complicados caminos del amor

Dejó atrás la feria donde las barracas estaban siendo desmontadas, y las mercaderías recogidas. Atravesó por entre los edificios del ferrocarril. Antes de comenzar el Morro da Conquista estaba el mercado de los esclavos. Alguien, hacía mucho tiempo, había llamado así al lugar donde los «retirantes» acostumbraban acampar, en espera de trabajo. El nombre había pegado y ya nadie lo llamaba de otra manera. Allí se amontonaban los sertaneros huidos de la sequía, los más pobres de cuantos abandonaban sus casas y sus tierras ante el llamado del cacao.

Los estancieros examinaban el grupo últimamente llegado con el látigo golpeando sus botas. Los sertaneros gozaban fama de buenos trabajadores. Hombres y mujeres, agotados y famélicos, esperaban. Veían la distante feria en la que había de todo, y una esperanza les llenaba el corazón. Habían conseguido vencer los caminos, la «caatinga», el hambre y las cobras, las enfermedades endémicas, el cansancio. Habían alcanzado la tierra pródiga, los días de miseria parecían terminados. Oían contar historias espantosas, de muerte y violencia, pero conocían el precio en aumento del cacao, sabían de hombres llegados como ellos del «sertão» en agonía, y que ahora andaban con botas lustrosas, empuñando chicotes de cabo de plata. Dueños de plantaciones de cacao.

En la feria había estallado una riña, la gente corría, una navaja brillaba a los últimos rayos del sol, los gritos llegaban hasta ahí. Todos los fines de feria eran así, con borrachos y barullos. De entre los sertaneros se escapaban los sonos melódicos de un acordeón, y una voz de mujer cantaba tonadas.

El «coronel» Melk Tavares hizo una señal al ejecutante de acordeón, y el instrumento calló: —¿Casado?

—No señor.

—¿Quieres trabajar para mí? —señalaba a los otros hombres ya escogidos por él—. Un buen acordeonista nunca está de más en una estancia. Alegra las fiestas... Decían de él que sabía elegir como nadie hombres buenos para el trabajo. Sus estancias quedaban en Cachoeira do Sul, y las grandes canoas estaban esperando al lado del puente del ferrocarril.

—¿De agregado o de contratado?

—A elección. Tengo unas tierras nuevas, necesito contratados.

—Los sertaneros preferían contratos, el plantío del cacao nuevo, la posibilidad de ganar dinero por su cuenta y riesgo.

—Sí, señor.

Melk avistaba a Nacib, bromeaba:

—¿Ya tiene plantación, Nacib, que viene a contratar gente?

—¿Quién soy yo, «coronel»?... Busco cocinera, la mía se fue ayer...

—¿Y qué me dice de lo sucedido? Jesuíno...

—Así es... Una cosa así, de repente...

—Ya llevé mi abrazo a la casa de Amancio. Hoy mismo subo para la estancia para llevar estos hombres... Con el sol, vamos a tener una zafra importante —mostraba a los hombres escogidos, agrupados a su lado—. Estos sertaneros son buenos para el trabajo. No es como esta gente de aquí que no quieren saber nada de trabajo pesado, lo que les gusta es andar vagabundeando por la ciudad...

Otro estanciero recorría los grupos, Melle continuaba:

—Sertanero no mide el trabajo, lo que quiere es ganar dinero. A las cinco de la mañana ya están en las plantaciones y sólo largan la herramienta después que se pone el sol. Teniendo porotos y carne seca, café y trago, están contentos. Para mí, no hay trabajador que valga lo que estos sertaneros —afirmaba, como autoridad en la materia.

Nacib examinaba los hombres contratados por el «coronel», aprobando la elección. Envidiaba al otro, dueño de tierras, bien plantado en sus botas, seleccionando hombres para los cultivos. En cuanto a él, lo que buscaba era apenas una mujer no muy joven, seria, capaz de asegurarle la limpieza de su pequeña casa, el lavado de la ropa, la comida para él, las bandejas para el bar. En eso había estado el día entero, andando de un lado para otro.

—Cocinera, por aquí es un problema... —decía Melk.

Instintivamente, Nacib buscaba entre las sertaneras alguna que se pareciera a Filomena, más o menos de su edad, con su aspecto rezongón. El «coronel» Melk le estrechaba la mano porque ya le esperaban las canoas cargadas:

—Jesuíno se portó cómo debía. Hombre de honor...

También Nacib vendía sus novedades:

—Parece que viene un ingeniero para estudiar la bahía.

—Así oí decir. Tiempo perdido, porque esa bahía no tiene arreglo.

Nacib fue caminando entre los sertaneros. Viejos y muchachos le lanzaban miradas esperanzadas. Pocas mujeres, casi todas con hijos agarrados a las polleras. Por fin reparó en una que aparentaba unos robustos cincuenta años, grandota, sin, marido:

—Se quedó por el camino, don...

—¿Sabe cocinar?

—Para la mesa ajena, no.

Dios mío, ¿dónde encontrar cocinera? No podía continuar pagándoles una fortuna a las hermanas Dos Reís, tan luego en día de mucho movimiento, hoy asesinatos, mañana entierros...

Y, para peor, obligado a pagar el almuerzo y la cena del Hotel Coelho, una

porquería de comida, sin gusto. Lo ideal sería encargar la cocinera a Aracajú, pagarle el pasaje. Paró ante una vieja, pero no tanto que ciertamente tuviera tiempo de morir al llegar a su casa. Doblábase sobre un bastón, ¿cómo habría conseguido atravesar tanto camino hasta llegar a Ilhéus? Daba pena verla, vieja y reseca, pareciendo un despojo humano. Había tanta desgracia en el mundo...

Fue cuando surgió otra mujer, vestida con harapos miserables, cubierta de tanta suciedad que era imposible verle las facciones y calcularle la edad, con los bellos desgredados, inmundos de tierra, y los pies descalzos. Traía una vasija con agua, que dejó en las manos trémulas de la vieja, que sorbió con ansias.

—Dios le pague...

—No hay de qué, abuela... —era la voz de una joven, tal vez la misma que cantaba «modinhas» cuando llegara Nacib.

El «coronel» Melk y sus hombres desaparecían por detrás de los vagones del ferrocarril, el acordeonista detuvo un momento, diciendo adiós con la mano. La mujer levantó el brazo, sacudió la mano y se volvió nuevamente hacia la anciana para recibir la vasija vacía. Iba a retirarse cuando Nacib le preguntó, admirado todavía de la vieja vencida:

—¿Es su abuela?

—No, mozo —se detuvo sonriendo y sólo entonces Nacib percibió que se trataba de una mujer joven porque los ojos brillaban mientras ella sonreía—. La gente la encontró por el camino, a unos cuatro días de viaje. —¿La gente, quién?

—Allá... —señaló a un grupo con el dedo y nueva mente rio, ahora con una risa clara, cristalina, inesperada—. Salimos juntos, todos del mismo lugar. La sequía mató todo lo que era bicho viviente, secó todo que era agua, los árboles se hicieron troncos resecos, en el camino encontramos a otros, todos escapando.

—¿Eres pariente de ellos?

—No, mozo. Estoy sola en este mundo. Mi tío venia conmigo, pero entregó el alma a Dios antes de llegar a Jeremoabo. Cosas de la tisis... —y rio como si se tratara de cosa para reír.

—¿No eras la que cantabas hasta hace un rato no más?

—Era, sí señor. Había un muchacho que tocaba, pero fue contratado para las plantaciones, dice que se va a enriquecer. Una canta, olvida los malos momentos pasados... La mano que sostenía la vasija se apoyaba en la cadera. Nacib la examinaba bajo la capa de suciedad. Parecía fuerte y dispuesta.

—¿Y qué es lo que sabes hacer?

—De todo un poco, mozo.

—¿Lavar ropa?

—¿Y quién no sabe? —se asombraba—. Basta con tener agua y jabón.

—¿Y cocinar?

—En otro tiempo fui cocinera en casa rica... —y nuevamente se rio como recordando algo divertido.

Tal vez porque ella reía, Nacib llegó a la conclusión de que no servía. Esa gente que venía del sertón, medio muerta de hambre, era capaz de cualquier mentira para conseguir trabajo. ¿Qué podía saber ésa de cocina? Asar «jabá» (charque o un ave) y cocinar porotos, nada más. Lo que él precisaba era una mujer de edad, seria, limpia y trabajadora, así como era la vieja Filomena. Y buena cocinera, que entendiera de condimentos, de cuando un dulce estaba a punto. La muchacha continuaba parada, esperando, mientras lo miraba a la cara.

Nacib sacudió la mano sin encontrar lo que debía decir:

—Bien... Hasta otra vez. Buena suerte.

Se dio vuelta, iba saliendo, cuando oyó detrás suyo la voz lenta y ardiente:

—¡Mozo lindo!

Se detuvo. No recordaba a nadie que lo hubiera hallado «lindo», con excepción de la vieja Zoraya, su madre, en los días de su infancia. Casi fue un choque.

—Espera.

Volvió a examinarla; era fuerte, ¿por qué no probarla?

—¿De verdad sabes cocinar?

—Si el mozo me lleva va a ver...

Si no sabía cocinar, por lo menos serviría para arreglar la casa y lavar la ropa.

—¿Cuánto quieres ganar?

—Lo que quiera, don. Lo que me quiera pagar...

—Bueno, primero vamos a ver lo que sabes hacer. Después vamos a arreglar lo del sueldo. ¿Te parece?

—Para mí, lo que diga está bien.

—Entonces, toma tu atado.

Ella se rio de nuevo, mostrando los dientes blancos, filosos. Él estaba cansado, ya comenzaba a pensar que había cometido una estupidez. Por quedarse con lástima de la sertanera iba a cargar con un fardo inútil para su casa. Pero era tarde para arrepentirse. Si por lo menos supiera lavar... Volvió con un pequeño atado de paño, poca cosa era lo que poseía. Nacib comenzó a caminar despacio. Con su atadito en la mano, ella lo acompañaba a pocos pasos detrás.

Cuando fueron saliendo del ferrocarril, él volvió la cabeza y preguntó:

—¿Cómo es tu nombre?

—Gabriela para servirlo.

Continuaron caminando, él adelante, pensando nuevamente en Sinházinha, el día agitado, el navío encallado y el crimen fatal. Sin hablar de los secretitos del Capitán, del Doctor y de Mundinho Falcão. Ahí había gato encerrado y a él, Nacib, no lo engañaban. No tardarían en surgir novedades. La verdad es que, con la noticia del

crimen, había olvidado todo eso, el aire conspirativo de aquellos tres, y la rabia del «coronel» Ramiro Bastos. El crimen había excitado a todos, relegando lo demás a un segundo plano. El pobre dentista, muchacho simpático, había pagado bien caro su deseo por una mujer casada. Era correr mucho riesgo meterse con la mujer de los demás, porque se terminaba con una bala en el pecho. Tónico Bastos debía andar con cuidado, de lo contrario un día le sucedería algo parecido. ¿Habría dormido de verdad con Sinházinha él, o todo no pasaba de pura conversación, de jactancia para impresionarlo? De cualquier manera, Tónico corría riesgo de que un día le sucediera una desgracia. Nacib reflexionaba: ¿quién sabe?, tal vez valiera la pena correr todos los riesgos por una mirada, un suspiro, un beso de mujer...

Gabriela trotaba unos pasos detrás suyo, con su atadito, ya olvidada de Clemente, alegre de salir del amontonamiento de los «retirantes», del campamento inmundo. Iba riendo con los ojos y con la boca, los pies descalzos casi desliziándose en el suelo, con deseo de cantar las tonadas sertaneras pero sin hacerlo porque tal vez no le gustase al mozo «lindo» y triste.

De la canoa en la selva

—Dicen que el «coronel» Jesuíno mató a su mujer y a un doctor que dormía con ella. ¿Es verdad, «coronel»? preguntó un remero a Melk Tavares.

—Así oí decir...—dijo el otro.

—Verdad sí. Agarró a la mujer en la cama con el dentista. Despachó a los dos.

—Mujer es un bicho malo, que hace la desgracia de uno...

La canoa subía por el río, la selva crecía en los barrancos, los «sertaneros» miraban el paisaje nuevo, con un vago terror en el corazón. La noche parecía precipitarse de los árboles sobre las aguas, asustadora. La canoa era casi un batel de tan grande; había descendido cargada de bolsas de cacao, volvía llena de alimentos. Los remeros se doblaban en un esfuerzo descomunal, avanzando lentamente. Uno de ellos encendió una lamparita en la popa, y la luz rojiza creaba sombras fantásticas en el río.

—Allá en Ceará sucedió un caso parecido... —comenzó a contar un «sertanero».

—La mujer es engañadora, uno nunca sabe qué cosa está imaginando... Conocí a una, parecía una santa, nadie podía pensar... —recordó el negro Fagundes.

Clemente iba silencioso. Melk Tavares buscaba conversación con los nuevos «agregados», queriendo saber de cada uno, las cualidades y los defectos de sus trabajadores, su pasado. Los «sertaneros» iban contando historias que siempre se parecían: la misma tierra árida, quemada por la sequía, el maizal y el mandiocal perdidos, la caminata intensa. Eran sobrios en la narración. Llegaban por allá noticias de Ilhéus: la tierra rica, el dinero fácil. Cultivos con futuro, barullos y muertes. Cuando la sequía golpeaba, abandonaban todo y rumboaban para el sur. El negro Fagundes era el más hablador, contaba actos de coraje.

Pero ellos también deseaban saber:

—Dicen que hay muchos bosques para derribar...

—Para derribar hay muchos. Para tener no hay. Todo ya tiene dueño —rio un remero.

—Pero todavía queda dinero para ganar, y mucho, para un hombre trabajador —consoló Melk Tavares.

—Solamente que aquel tiempo en que uno llegaba con las manos peladas, a pura cara y coraje y se iba al campo a plantar, se acabó. Aquel tiempo era bueno... Bastaba sacar pecho, ir para adelante, liquidar a cuatro o cinco que tenían la misma intención, y el tipo quedaba rico...

—Oí hablar de ese tiempo... —dijo el negro Fagundes—. Por eso vine...

—¿No te gusta la azada, morocho? —preguntó Melk.

—No la desprecio, no, señor. Pero manejo mejor el palo de fuego... —y rio acariciando el rifle.

—Todavía hay bosques, y de los grandes. Por allá, por la sierra de Baforé, por ejemplo.

Tierra buena para el cacao como no hay otra...

—Sólo que hay que comprar cada palmo de terreno. Todo está medido y registrado. Usted mismo tiene tierras por allá, patrón.

—Un pedacito... —confesó Melk—. Cosa de nada. Voy a comenzar a derribar los árboles el año que viene, si Dios quiere.

—Hoy Ilhéus no vale nada más, ya no es como antes. Está transformándose en lugar importante —se quejó un remero.

—¿Y por eso no sirve?

—Antes, un hombre valía por su coraje. Hoy se enriquece solamente el turco vendedor ambulante o el español de almacén. No es como antiguamente...

—Aquel tiempo se acabó —explicó Melk—. Ahora llegó el progreso, las cosas son diferentes.

Pero un hombre trabajador todavía se arregla, queda lugar para todo el mundo.

—Ya no se puede ni pegar unos tiritos en la calle... Quieren en seguida apresar a la gente.

La canoa subía lentamente, las sombras de la noche la envolvían, gritos de animales llegaban de la selva, papagayos hacían súbita algazara en los árboles. Solamente. Clemente iba en silencio, todos los demás participaban de la conversación, contaban casos, discutían sobre Ilhéus.

—Esta tierra va a crecer del todo el día que comience la exportación directa.

Así es.

Los «semaneros» no entendían. Melk Tavares explicó: todo el cacao que salía para el extranjero, para Inglaterra, Alemania, Francia, los Estados Unidos, Escandinavia, o la Argentina, salía por el puerto de Bahía. Un dineral de impuestos era la renta de la exportación, pero todo quedaba en la capital del Estado. Ilhéus no veía ni siquiera las sobras. La bahía era estrecha, poco profunda. Solamente con mucho trabajo —había hasta quien decía que no tenía remedio— sería posible capacitarla para el pasaje de los grandes barcos. Y cuando los grandes cargueros viniesen a buscar el cacao en el puerto de Ilhéus, entonces sí podría hablarse realmente de progreso...

—Ahora se habla solamente de un tal Mundinho Falcão, «coronel». Dicen que él lo va a resolver... Que es un hombre vivo.

—¿Estás pensando en la moza? —preguntó Fagundes a Clemente.

—Ni me dijo adiós... Ni siquiera me miró para despedirme...

—Ella estaba dándote vuelta la cabeza. Ya no eras más el mismo de antes.

—Como si no nos conociéramos... Ni un adiós...

—La mujer es así. No vale la pena.

—Es un hombre muy ambicioso. Pero ¿cómo va a poder resolver el caso de la bahía si ni el compadre Ramiro pudo hacerlo?

—Melk hablaba sobre Mundinho Falcão.

La mano de Clemente acarició el acordeón que reposaba en el fondo de la canoa, oyó la voz de Gabriela cantando. Miró a su alrededor, como buscándola: sólo la selva rodeando al río, los árboles y un nudo de «cipós» (enredaderas), gritos asustadores y píos agoreros de lechuzas, la exuberancia del verde haciéndose negro, no era como la «caatinga» grisácea y desnuda. Un remero extendió el dedo mostrando un lugar en la selva.

—Por aquí fue el tiroteo entre Onofre y los hombres de don Amancio Leal... Murieron unos diez.

Había dinero para ganar en aquella tierra, era preciso no tener miedo del trabajo.

Ganar dinero y volver a la ciudad en busca de Gabriela.

Tendría que encontrarla, fuese como fuese.

—Mejor es no pensar, sacársela de la cabeza —aconsejó Fagundes. Los ojos del negro escrutaban la selva, Y su voz se hizo suave al hablar de Gabriela—. Sacátela de la cabeza. No es mujer para vos ni para mí. No es como esas cabezas flojas, es...

—Ando con ella metida en la cabeza, aunque quisiera no puedo...

—Estás loco. Ella no es mujer para vivir con uno.

—¿Qué estás diciendo?

—No sé... Para mí es así no más. Puedes dormir con ella, hacer lo que quieras. Pero tenerla para siempre, ser dueño de ella como de otras, eso nadie va a conseguirlo.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo, el diablo es el que sabe! Nunca hay explicación para esas cosas.

Sí, el negro Fagundes tenía razón. Dormían juntos a la noche, pero al otro día era como si ella ni se acordase, lo miraba como a los otros, lo trataba como a los demás. Como si no tuviera importancia...

Las sombras cubren y rodean la canoa, la selva parece aproximarse más y más, cerrándose sobre ellos. El grito de las lechuzas corta la oscuridad. Noche sin Gabriela, sin su cuerpo moreno, su risa sin motivos, su boca de fruta madura. Ni le dijo adiós. Mujer inexplicable. Un dolor sube por el pecho de Clemente. Y de súbito, la certeza de que jamás volverá a verla, a tenerla en sus brazos, a apretarla contra su pecho, a oír sus ayes de amor.

El «coronel» Melk Tavares, en el silencio de la noche, levantó la voz, ordenando a Clemente:

—Tocó alguna cosa para la gente, muchacho. Para distraer el tiempo.

Agarró el acordeón. Entre los árboles crecía la luna sobre el río. Clemente cree ver el rostro de Gabriela. Brillan luces de faroles y lamparitas a lo lejos. La música se

eleva en un llanto de hombre perdido, para siempre solitario. En la selva, riendo, a los rayos de la luna, Gabriela.

Gabriela adormecida

Nacib la había llevado a la casa de la «ladeira de São Sebastian». Apenas metió la llave en la cerradura y doña Arminda, temblorosa, apareció en la ventana:

—¿Qué cosa, eh don Nacib? Parecía tan distinguida, tan nariz parada, toda la tarde en la iglesia. Es por eso que yo digo siempre... —detuvo su mirada en Gabriela, la frase murió en sus labios.

—Tomé empleada. Para lavar y cocinar.

Doña Arminda examinaba a la «retirante» de arriba a abajo, como para medirla y pesarla. Ofrecía su ayuda:

—Si precisas de alguna cosa, muchacha, no tienes más que llamarme. Los vecinos están para ayudarse, ¿no es cierto? Sólo que hoy a la noche no voy a estar. Es día de sesión en casa del compadre Deodoro, día en que el finado conversa conmigo... Y hasta es capaz que aparezca doña Sinházinha... —sus ojos iban de Gabriela a Nacib—. ¿Joven, no? Ahora no quiere más viejas como Filomena... —reía con una risa cómplice.

—Fue lo que encontré...

—Bien, como iba diciendo: para mí ni fue sorpresa, todavía el otro día vi a ese dentista en la calle. Por coincidencia era día de sesión, hoy hace justito una semana. Lo miré y oía la voz del finado que me decía al oído: «Ése, es pura charla, pero ya está listo». Pensé que el finado estaba bromeando. Solamente hoy, cuando supe la noticia me di cuenta de que el finado me estaba avisando.

Se volvió hacia Gabriela, Nacib ya había entrado.—Cualquier cosa que precises, no tienes más que llamar. Mañana vamos a conversar. Estoy aquí para ayudar en lo que pueda, porque don Nacib es como si fuera un pariente. Es el patrón de mi Chico... Nacib le mostró la habitación, en la huerta, y que antes ocupara Filomena. Le explicó el trabajo a hacer: arreglar la casa, lavar la ropa sucia, cocinar para él. No le habló de los dulces y saladitos para el bar, primero quería ver qué clase de comida era la que ella sabía hacer. Le mostró la despensa donde Chico-Pereza dejó las compras de la feria.

—Cualquier cosa, le preguntas a doña Arminda. Estaba apurado, la noche había llegado, el bar en breve estaría nuevamente lleno, y él estaba sin comer. En la sala, Gabriela, con los ojos desorbitados, miraba el mar nocturno; era la primera vez que lo veía. Nacib le dijo en despedida:—Y toma un baño, que lo necesitas.

En el Hotel Coelho encontró a Mundinho Falcão, al Capitán y al Doctor, cenando juntos. Sentóse con toda naturalidad en la mesa con ellos, y en seguida comenzó a contarles de la cocinera. Los otros lo oían en silencio, y Nacib comprendió que había interrumpido una conversación importante. Hablaron del crimen de la tarde, y él apenas si había comenzado su cena cuando los amigos, al acabar, se retiraron. Se

quedó reflexionando.

Aquellos tres andaban planeando alguna cosa. ¿Qué diablos sería? El bar, aquella noche, no le dio sosiego. Anduvo sin descanso por entre las mesas llenas, todo el mundo quería comentar los acontecimientos. Alrededor de las diez de la noche el Capitán y el Doctor aparecieron, acompañados por Clóvis Costa, el director del «Diario de Ilhéus». Venían de la casa de Mundinho Falcão, anunciando que el exportador iría al Bataclán cerca de medianoche, para el debut de Anabela. Clóvis y el Doctor conversaban en voz baja. Nacib alertó el oído.

En otra mesa, Tónico Bastos contaba cosas de la cena, verdadero banquete, dado en la casa de Amancio Leal. Con varios amigos de Jesuíno Mendonza, inclusive el doctor Mauricio Caires, encargado de la defensa del «coronel». Una comilona monumental, con vino portugués, comida y bebida en abundancia. Ño-Gallo encontraba eso un absurdo. Con el cuerpo de la mujer todavía caliente, no había derecho... Ari Santos contó el velorio de Sinházinha, en casa de unos parientes: velorio triste y pobre, con media docena de personas. En cuanto a Osmundo, ni valía la pena hablar. Hacía horas que el cuerpo del dentista estaba solo con la empleada. Pasó por allá, porque, al final de cuentas, conocía al muerto; había intimado con él en las reuniones del Gremio Fui Barbosa.

—Dentro de un rato voy para allá... —dijo el Capitán—. Era un buen muchacho, y talento no le faltaba. Sus versos eran espléndidos...

—Yo también voy —se solidarizó Ño-Gallo. Nacib fue con ellos y algunos otros, por curiosidad, alrededor de las once horas, cuando en el bar disminuía el movimiento. Las mejillas sin sangre, Osmundo sonreía en la muerte; Nacib quedó impresionado. Las manos cruzadas, estaban lívidas.

—Los tiros le acertaron en el pecho. En el corazón. Terminó yendo al cabaret, para apreciar a la bailarina, y quitarse de la cabeza la visión del muerto. Sentóse a una mesa con Tónico Bastos. En torno de ellos, bailaban. En otra sala, separada por un corredor, se jugaba. El doctor Ezequiel Prado, ya bastante achispado, vino a sentarse con ellos.

Apoyaba el índice en el pecho de Nacib:

—Me dijeron que andas enredado con aquella tuerta —señalaba a Risoleta que bailaba con un viajante de comercio.

—¿Enredado? No. Estuve con ella ayer, eso fue todo.

—No me gusta meterme con las mujeres de los amigos. Por eso pregunté. Pero si es así...

Ella es un bombón, ¿no?

—¿Y Marta, doctor Ezequiel?

—Se hizo la estúpida, le puse la mano encima. Hoy no voy por allá.

Tomaba la copa de Tónico, bebía un trago. Las peleas del doctor y de su manceba,

una rubia que él mantenía desde hacía años, eran el constante bocado de la ciudad, sucediéndose cada tres días. Cuanto más la zurraba, estando borracho, más se agarraba ella a él, apasionada, yendo a buscarlo por los cabarets, o en las casas de familia, a veces sacándolo de la cama de otra. La familia del abogado, separado de su esposa, vivía en Bahía. Se levantó, tambaleante, y se metió en medio de los bailarines, separando a Risoleta de su pareja. Tónico Bastos anunció:

—Va a haber barullo.

Pero el viajante de comercio conocía al doctor Ezequiel y su fama, y le abandonó la mujer, buscando otra con los ojos. Risoleta resistíase, pero Ezequiel la aseguró de la muñeca y la tomó en brazos.

—Perdió la comida... —rio Tónico Bastos.

—Un favor que él me hace. No quiero nada con ella hoy, estoy muerto de cansancio. En cuanto ésa se ponga a bailar me mando mudar. Tuve un día de perros.

—¿Y la cocinera?

—Terminé por encontrar una, «sertanera».

—¿Joven?

—Qué sé yo... Parece. Con tanta suciedad no alcancé a ver. Esta gente no tiene edad, Tónico, hasta las muchachitas parecen viejas.

—¿Bonita?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Unas costras... una inmundicia!, los pelos duros de tierra. Ha de ser una bruja; mi casa no es como la suya, donde las empleadas parecen chicas de sociedad.

—Si Olga me dejase, sí que sería así... Pero basta que la pobre tenga cara de persona, para que vaya a parar al medio de la calle en medio de insultos.

—Con doña Olga no se puede jugar. Y hace bien. A usted hay que tenerlo a rienda corta.

Tónico Bastos hizo un gesto de falsa modestia. —No hay que exagerar tanto, hombre.

Quien le oyera hablar...

Mundinho Falcão llegaba con el «coronel» Ribeirito, sentándose con el Capitán.

—¿Y el Doctor?

—No viene nunca al cabaret. Ni a la fuerza. Ño-Gallo se acercó a Nacib.

—¿Dejaste la muchacha a Ezequiel?

—Lo que quiero hoy, es dormir.

—Yo, en cambio, me voy a la casa de Zilda. Me dijeron que tiene una pernambucana que es un bocado de cardenal —hacía restallar la lengua—. Tal vez venga por aquí...

—¿Una de trenzas?

—Esa misma. De nalgas gruesas.

—Está en el Trianón. Todas las noches está allá... —aclaró Tónico—. Es la protegida del «coronel» Melk, que la trajo de Bahía. Anda que se le cae la baba...

—El «coronel» se fue hoy para la estancia. Lo vi cuando embarcó —informó Nacib—. Estaba contratando trabajadores en el «mercado de los esclavos».

—Me largo para el Trianón...

—¿Antes de ver a la bailarina?

—Después de ella.

El Bataclán y el Trianón eran los principales cabarets de Ilhéus, frecuentados por los exportadores, estancieros, comerciantes, viajeros de las grandes firmas. Pero en las callejas suburbanas había otros, en los que se mezclaban trabajadores del puerto, gente venida de las plantaciones, y las mujeres más baratas. El juego era permitido en todos ellos, garantizando las ganancias.

Una pequeña orquesta amenizaba los bailes. Tónico fue a sacar a una mujer, Ño-Gallo miraba el reloj, ya era hora de que la bailarina actuase, y él estaba impaciente. Quería ir al Trianón a ver a la mujer de trenzas, la del «coronel» Melk. Era casi la una de la mañana cuando la orquesta dejó de tocar y las luces se apagaron. Apenas si quedaron unas pequeñas lámparas azules; de la sala de juego vino mucha gente, desparramándose por las mesas, mientras otros permanecían de pie junto a las puertas. Anabela surgió de los fondos, traía enormes abanicos de plumas en las manos. Los abanicos se abrían y se cerraban, mostrando pedazos de su cuerpo. El «Príncipe», de smoking, martilleaba el piano. Anabela bailaba en mitad de la sala, sonriendo a las mesas.

Fue un éxito. El «coronel» Ribeirito pedía bis, aplaudía de pie. Las luces volvían a encenderse, Anabela agradecía los aplausos, vestida con una malla color carne.

—Qué porquería... Uno piensa que lo que está viendo es la carne, y es género color carne...—comentó Ño-Gallo.

Siempre entre aplausos, ella se retiró para volver minutos después en un segundo número más sensacional todavía: cubierta de velos multicolores que iban cayendo uno a uno, como había anunciado Mundinho. Y durante un breve minuto, cuándo cayó el último velo y las luces nuevamente se encendieron, pudieron ver el cuerpo delgado y bien formado, casi desnudo, apenas con un taparrabos mínimo y un trapo rojo sobre los senos pequeños. La sala gritaba en coro, reclamaba bis. Anabela pasaba corriendo entre las mesas. El «coronel» Ribeirito mandó traer champaña.

—Eso sí que valía la pena... —hasta Ño-Gallo estaba entusiasmado.

Anabela y el «Príncipe» fueron a la mesa de Mundinho Falcão. «Todo corre por mi cuenta», decía Ribeirito. La orquesta volvía a tocar, el doctor Ezequiel arrastraba a Risoleta, cayendo sobre las sillas. Nacib resolvió irse. Tónico Bastos, con los ojos puestos en Anabela, se trasladó a la mesa de Mundinho. Ño-Gallo había desaparecido. La bailarina sonreía, levantando la copa de champaña:

—¡A la salud de todos! ¡Al progreso de Ilhéus! Golpeaban las manos, aplaudían. De las mesas vecinas los miraban con envidia. Muchos se iban a la otra sala, a jugar. Nacib bajó las escaleras. Atravesó las calles silenciosas. En la casa del doctor Mauricio Caires la luz se filtraba por la ventana. Debía estar comenzando a estudiar el caso de Jesuíno, a preparar datos para la defensa, pensó Nacib, recordando los indignados propósitos del abogado en el bar. Pero una risa de mujer se escapó por las rendijas de la ventana, para ir a morir en la calle. Decían que el viudo, por la noche, llevaba negritas del Morro a su casa. Aún así, Nacib no podía adivinar que el abogado en aquel momento, y tal vez por un puro interés profesional, exigía a una mujerzuela del Morro do Unhão, una mulatita atolondrada y sorprendida, que se acostara vestida únicamente con unas medias negras de algodón, vestida solamente con ellas.

—Se ve cada cosa en este mundo... —la mulatita reía por entre los dientes quebrados y podridos.

Nacib sentía el cansancio de aquel día de trabajo. Había conseguido saber, por fin, los motivos de las idas y venidas de Mundinho, de los secretos con el Capitán y el Doctor, de la entrevista secreta con Clóvis. Se relacionaban con el caso de la barra. Había conseguido sorprender trozos de conversaciones. Según lo que decían, iban a llegar ingenieros, dragas, remolcadores. Doliese a quien le doliera, grandes barcos extranjeros entrarían al puerto, vendrían a buscar cacao, comenzaría la exportación directa. ¿A quién podría dolerle? ¿No era por cierto, la lucha abierta con los Bastos, con el «coronel» Ramiro? El Capitán siempre deseó mandar en la política local. Pero no era estanciero, no tenía dinero para gastar. Esto explicaba su amistad con Mundinho Falcão, y acontecimientos serios se avecinaban. El «coronel» Ramiro no era hombre, a pesar de la edad, de cruzarse de brazos, y entregarse sin lucha. Nacib no quería meterse en esa historia. Era amigo de unos y de otros, de Mundinho tanto como del «coronel», del Capitán y de Tónico Bastos. El dueño de un bar no puede meterse en política. Sólo consigue perjuicios. Pero más peligroso todavía era meterse con mujeres casadas. Sinházinha y Osmundo no podrían ver los remolcadores y las dragas en el puerto, cavando la barra. No verían esos días de progreso, de los que Mundinho tanto hablaba. Así es este mundo, hecho de alegrías y tristezas.

Dio vuelta a la iglesia, comenzó a subir lentamente por la ladera. ¿Sería cierto que Tónico Bastos había dormido con Sinházinha? ¿O era solamente pura conversación, para impresionarlo? Ño-Gallo afirmaba que Tónico mentía descaradamente. Por lo general, él no se metía con mujeres casadas. Mujerzuelas, sí, a éstas no les respetaba dueño. Era un tipo elegante. Con una elegancia hecha de cabellos plateados, y de voz susurrante. A Nacib bien que le gustaría ser como él, sentirse mirado con deseo por las mujeres, mereciendo sus celos violentos. Ser amado con locura, así como Lidia, la amante del «coronel» Nicodemos, amaba a Tónico. Le enviaba recados, cruzaba las calles para verlo, suspiraba por él sin que le prestara, la menor atención, harto de

tanta devoción. Por él, Lidia arriesgaba todos los días su situación, por una mirada, por una palabra suya. Tónico no respetaba a ninguna mujer de vida libre, a no ser Gloria, y todos sabían por qué. Pero nadie supo nunca que se metiera con mujeres casadas.

Introdujo la llave en la cerradura, resoplando por la subida; la sala estaba iluminada.

¿Habrían entrado ladrones? ¿O tal vez la nueva cocinera habría olvidado apagar la luz? Entró despacito y la vio dormida sobre una silla, con los largos cabellos esparcidos sobre los hombros. Después de lavados y peinados se habían transformado en una cabellera suelta, negra, encaracolada. Vestía harapos pero limpios, seguramente los que traía en su atadito. Un desgarrón en la pollera dejaba ver un pedazo de muslo color canela, los senos subían y bajaban levemente al ritmo del sueño, el rostro sonreía.

—¡Mi Dios! —Nacib se quedó parado, sin poder creer. La miraba con un espanto sin límites; ¿cómo se había escondido tanta belleza bajo el polvo de los calzoncillos? Caído el brazo rollizo, el rostro moreno con la placidez del sueño, allí, adormecida en su silla, parecía un cuadro. ¿Cuántos años tendría? El cuerpo era el de una mujer joven, y sus facciones las de una niña.

—¡Mi Dios, qué cosa! —murmuró el árabe casi con devoción.

Con el sonido de su voz, ella despertó asustada pero luego sonrió, y toda la sala pareció sonreír con ella. Se puso de pie, arreglando con las manos los trapos que vestía, humilde y clara como un rayo de luna.

—¿Por qué no te acostaste y fuiste a dormir? —fue todo lo que Nacib acertó a decir.

—Como el mozo no me dijo nada...

—¿Qué mozo?

—El señor... Ya lavé la ropa, arreglé la casa. Después me quedé esperando, y me agarró el sueño. —Tenía la voz cadenciosa de la nordestina.

De ella venía un perfume a clavo de olor, de los cabellos tal vez, quizá del cuello.

—¿Sabes cocinar, de veras?

Luz y sombra en su cabello, los ojos bajos, el pie derecho alisando el piso como si fuera a salir a bailar.

—Sí, sí señor. Trabajé en casa de gente, rica, me enseñaron. Hasta me gusta cocinar... —sonrió y todo pareció sonreír con ella, hasta el árabe Nacib que se dejó caer en una silla.

—Si de verdad sabes cocinar, te voy a pagar un sueldazo. Cincuenta cruzeiros por mes. Aquí pagan veinte, treinta a lo máximo. Si el trabajo te parece pesado, puedes buscarte una muchacha que te ayude. La vieja Filomena no quería ninguna, jamás quiso aceptarla. Decía que no se estaba muriendo para necesitar una ayudante.

—Yo tampoco quiero.

—¿Y del sueldo, que me dices?

—Lo que el patrón me quiera pagar está bien para mí...

—Vamos a ver la comida de mañana. A la hora del almuerzo mando el chico a buscarla...

Yo como en el bar... Ahora...

Ella seguía esperando, con la sonrisa en los labios, un resto de rayo lunar en los cabellos, y aquél olor a clavo...

—... ahora te vas a dormir, que ya es tarde.

Ella iba saliendo, él le espío las piernas, el balanceo del cuerpo al andar, el pedazo de muslo color de canela. Ella volvió el rostro:

—Entonces buenas noches, mozo...

Desaparecía en la oscuridad del corredor, y a Nacib le pareció oír que agregaba, masticando las palabras: «mozo lindo...». Casi se levantó para llamarla. No, había sido a la tarde, en la feria cuando ella dijo eso. Si la llamaba, ella tal vez podría asustarse, tenía un aire ingenuo, ¡quién sabe!, tal vez fuera una muchacha virgen... Había tiempo para todo. Nacib se quitó el saco, lo colgó en una silla, se quitó la camisa. El perfume había quedado en la sala, un perfume a clavo. Al día siguiente compraría un vestido para ella, de percal, unas chinelas también. Serían regalos que le daría, además del sueldo. Sentóse en la cama, desabrochándose los zapatos. Día complicado había sido ése.

Muchas cosas sucedieron. Se puso el camisón. ¡Qué pedazo de morena era su criada! Qué ojos, Dios mío... Y de ese color quemado que a él le gustaba. Se acostó, apagó la luz. El sueño lo venció, un sueño agitado, inquieto, con la presencia de Sinházinha con el cuerpo desnudo, vestido apenas con las medias negras, extendida, muerta en la cubierta de un barco extranjero, entrando en la bahía. Osmundo huía en un ómnibus, Jesuíno disparaba sobre Tónico, Mundinho Falcão aparecía con Sinházinha, otra vez viva, sonriéndole a Nacib, extendiendo los brazos, una doña Sinházinha con la cara morena de la nueva empleada. Pero Nacib no podía alcanzarla, ella aparecía bailando en el cabaret.

De entierros y banquetes con paréntesis para contar una historia ejemplar

Ya estaba alto el sol reconquistado en la víspera, cuando Nacib despertó a los gritos de doña Arminda:

—Vamos a mirar los entierros, muchacha. ¡Vale la pena!

—No, doña. El mozo todavía no se levantó.

Saltó de la cama: ¿cómo iba a perder los entierros? Salió del baño, ya vestido. Gabriela acababa de poner en la mesa los jarros humeantes de café y de leche. Sobre el níveo mantel, «cuscuz» de maíz con leche de coco, banana de la región frita, «inhame» (tubérculo), y aipim. Ella había quedado en la puerta de la cocina, interrogativa:

—El mozo precisa decirme qué es lo que le gusta. Engullía pedazos de «cuscuz», los ojos enternecidos, la gula prendiéndolo a la mesa y la curiosidad dándole prisa: era la hora de los entierros. Divino aquél «cuscuz», sublimes las tajadas de banana frita. Se arrancó de la mesa con esfuerzo. Gabriela se había puesto una cinta en los cabellos; sería bueno morderle el cuello moreno. Nacib salió casi corriendo para el bar. La voz de Gabriela lo acompañaba en el camino, cantando:

*No vaya allá, mi bien
que hay una ladera,
resbala y cae,
rompe el gajo del rosedal.*

El entierro de Osmundo ya aparecía en la plaza, viniendo de la Avenida de la playa.

—No hay gente ni para sostener las agarraderas del cajón... —comentó alguien.

Era verdad. Parecía difícil imaginarse un entierro más pobre en acompañamiento. Apenas las personas más allegadas a Osmundo habían tenido el coraje de acompañarlo en su último paseo por las calles de Ilhéus. Llevar al dentista hasta el cementerio era casi una afrenta al «coronel» Jesuíno y a la sociedad. Ari Santos, el Capitán, Ño-Gallo, un redactor del «Diario de Ilhéus», y algunos pocos más, sostenían las manijas del ataúd.

El muerto no tenía familia en Ilhéus, pero en los meses que allí pasó había hecho muchas relaciones; fue un hombre dado, amable, frecuentador de los bailes del Club Progreso, de las reuniones del Gremio Rui Barbosa, de los bailes familiares, de los bares y cabarets. Sin embargo, iba al cementerio como un pobre diablo, sin coronas y sin lágrimas. Un comerciante había recibido un telegrama del padre de Osmundo, con

quien mantenía negocios, pidiéndole que tomara todas las providencias relativas al entierro del hijo y anunciando que llegaría en el primer barco. El comerciante había encargado cajón y sepultura, contratando en el puerto a algunos hombres para que llevaran el cajón en caso de que no apareciera ningún amigo, pero sin creer en la necesidad de gastar dinero con coronas y flores.

Nacib no había mantenido relaciones estrechas con Osmundo. Alguna que otra vez el dentista aparecía en el bar, pero su lugar habitual era el «Café Chic». Tomaba una copa, con Ari Santos o con el profesor Josué, casi siempre. Sé declamaban sonetos, se leían trozos de prosa, discutían literatura. A veces sucedía que el árabe se sentaba con ellos: oía trechos de crónicas, versos que hablaban de mujeres. Como todo el mundo, encontraba que el dentista era un buen muchacho, al que reconocían su competencia profesional, y cuya clientela aumentaba. Viendo ahora el entierro mezquino, aquella ausencia de gente y de flores, aquel cajón pelado, sentíase triste. Al final de cuenta era una injusticia, una cosa agravante para la propia ciudad. ¿Dónde estaban los que le elogiaban el talento de poeta, los clientes que elogiaban su mano tan suave en la extracción de muelas, sus compañeros del Gremio Rui Barbosa, los amigos del Club Progreso, los camaradas del bar? Tenían miedo que el «coronel» Jesuíno se enterase, que las solteronas comentaran, que la ciudad los pensase solidarios con Osmundo. Un muchacho atravesó el entierro distribuyendo anuncios del cine, del estreno en esa misma noche del «famoso mago hindú, Príncipe Sandra, el mayor ilusionista del siglo, faquir e hipnotizador, aclamado por las plateas de Europa, y de su hermosa ayudante, Madame Anabela, medium vidente y asombro de la telepatía». Llevado por el viento, uno de los anuncios volaba sobre el cajón. Osmundo no había conocido a Anabela, no se uniría al cortejo de admiradores, no participaría de la competencia en torno a su cuerpo. El entierro pasaba cerca del atrio de la Iglesia, Nacib se incorporó al acompañamiento. No iría hasta el cementerio porque no podía dejar el bar, aquella noche se celebraría el banquete de la Empresa de ómnibus. Pero lo acompañaría durante unas dos manzanas, por lo me nos, sentíase obligado a hacerlo.

El entierro tomaba por la calle «de los Paralelepípedos», ¿de quién habría sido la idea? El camino más directo y más corto era por la calle «Coronel Adami», ¿por qué pasar frente a la casa en la que estaban velando el cuerpo de Sinházinha? Aquello debía ser cosa del Capitán. Desde su ventana, Gloria asistía a la escena con una bata sobre su camisón, y el cajón pasó bajo sus senos mal escondidos bajo el cambray. En la puerta del colegio de Enoch, en la que se apretujaban criaturas curiosas, el profesor Josué sustituyó a Ño-Gallo en una de las manijas del féretro. Ventanas llenas, comentarios. Frente a la casa de los primos de Sinházinha, estaban paradas algunas personas vestidas de negro. El cajón de Osmundo iba lentamente con su mísero acompañamiento. Los paseantes se quitaban el sombrero. De una ventana de la casa

enlutada, alguien exclamó:

—¿No tenían otro camino? ¿No le bastó a él con haber deshecho la vida de la pobre?

De la plaza de la Matriz, Nacib volvió. Se demoró unos minutos en el velorio de Sinházinha. El cajón todavía no había sido cerrado, en la sala había velas y flores, y algunas coronas. Mujeres lloraban; pero por Osmundo nadie había llorado.

—Hay que esperar un poco. Dar tiempo al entierro del otro —explicó un pariente.

El dueño de casa, marido de una prima de Sinházinha, sin esconder su disgusto, caminaba por el corredor. Aquello era una complicación inesperada en su vida: qué diablos, el cuerpo no podía salir de la casa de Jesuíno, tampoco de la casa del dentista, porque no era decente. Su mujer era el único pariente de Sinházinha que vivía en la ciudad, los restantes vivían en Olivença, ¿qué otro remedio tenía sino dejar que trajeran allí el cuerpo y lo velasen? Y tan luego a él, amigo del «coronel» Jesuíno, con quien hasta tenía negocios...

—Un clavo... —explicaba.

Noche y mañana de incomodidades, sin contar los gastos. ¿Quién iría a pagar?

Nacib fue a contemplar el rostro de la muerta: los ojos cerrados, el rostro sereno, los cabellos muy lisos, las piernas bien formadas. Desvió la vista porque no era el momento de mirar las piernas de Sinházinha. La figura solemne del Doctor surgió en la sala. Quedó un momento parado ante la muerta, y sentenció a Nacib pero para que todos lo oyeran:

—Tenía sangre de los Avila. Sangre predestinada, la sangre de Ofenisia —bajó la voz—. Era mi parienta. Ante los ojos espantados de la calle agolpada en puertas y ventanas, Malvina entró trayendo un ramo de flores arrancadas de su jardín: ¿Qué venía a hacer allí, en el funeral de una esposa muerta por adulterio, esa jovencita soltera, estudiante, hija de un estanciero? Ni que fuesen amigas íntimas. Reprobaban con los ojos, cuchicheaban por los rincones. Malvina sonrió al Doctor, depositó sus flores a los pies del cajón y movió los labios en una oración, saliendo con la cabeza erguida como entrara. Nacib estaba con el mentón caído.

—Esa hija de Melk Tavares tiene coraje.

—Está noviendo con Josué.

Nacib la acompañó con los ojos, le agradó su gesto. No sabía lo que le pasaba ese día, había amanecido raro, sintiéndose solidario con Osmundo y Sinházinha, irritado con la falta de la gente en el entierro del dentista, con las quejas del dueño de la casa donde estaba el cajón de la asesinada. El padre Basilio llegaba, apretando las manos mientras comentaba el sol brillante, el fin de las lluvias.

Finalmente salió el entierro, mayor que el de Osmundo pero igualmente digno de lástima, el padre Basilio mascullando los rezos, la familia llegada de Olivença sumida en llanto, suspirando con alivio el dueño de casa. Nacib volvió al bar. ¿Por qué no

enterrar juntos a los dos, saliendo los cajones a la misma hora, de la misma casa, hacia la misma sepultura? Así debía haberse hecho. ¡Vida infame, llena de hipocresía era aquélla, ciudad sin corazón, en la que sólo el dinero contaba!

—Don Nacib, la cocinera es un bocado. ¡Qué belleza! —la voz mole de Chico.

—¡Andate al infierno! —Nacib estaba triste. Después supo que el cajón de Sinházinha había transpuesto el portón del cementerio en el mismo momento en que se retiraban los escasos acompañantes de Osmundo. Casi en la misma hora en que el «coronel» Jesuíno Mendonza, asistido por el doctor Mauricio Calres, golpeaba las manos en la puerta del Juez de Derecho, para presentarse. Después, el abogado había aparecido en el bar, rechazando cualquier bebida que no fuera agua mineral:

—Ayer salí pasado de casa de Amancio. Tenía un vino portugués de primera...

Nacib se alejó, no quería oír el comentario de la comilona da la víspera. Fue a la casa de las hermanas Dos Reis para saber cómo marchaban los preparativos del banquete y las encontró todavía excitadas con el crimen:

—Ayer de mañana, ella estaba en la iglesia, la desdichada —dijo Quinquina bendiciéndose.

—Cuando usted vino aquí, nosotras acabábamos de estar con ella, en la misa —estremeciáse Florita.

—Qué cosas... Por eso no me caso.

Lo llevaron a la cocina, donde Jucundina y las hijas se desdoblaban. «Que no se afligiera por la cena, todo iría bien».

—Hablando de eso, encontré cocinera.

—¡Qué bien! ¿Es buena?

—¡«Cuscuz» sabe hacer! La comida voy a saberlo dentro de poco, a la hora del almuerzo.

—¿Ya no quiere las bandejas?

—Todavía por unos días sí...

—Es por el pesebre... Es mucho trabajo... Cuando se calmó el movimiento del bar, mandó a Chico-Pereza a almorzar.

—A la vuelta tráeme la marmita.

A la hora del almuerzo el bar quedaba vacío. Nacib hacía la caja, calculaba las ganancias, estimaba los gastos. Invariablemente, el primero en aparecer después del almuerzo era Tónico Bastos, que bebía un digestivo, su aguardiente con «bitter». Ese día hablaron de los entierros, después Tónico le contó los sucesos en el cabaret el día anterior, después de la partida del árabe.

El «coronel» Ribeirito había bebido tanto que tuvo que ser llevado para su casa casi cargado. En la escalera vomitó tres veces, ensuciándose la ropa.

—Anda perdiendo los pantalones por la bailarina...

—¿Y Mundinho Falcão?

—Se fue temprano. Me garantizó que no tiene nada con ella, y que el camino está libre. Y ahí, es claro...

—Usted se tiró...

—Entré con mi juego.

—¿Y ella?

—Bien. Interesada, ella está. Pero hasta que no agarre a Ribeirito se va a hacer la santa.

Ya me di cuenta.

—¿Y el marido?

—Está de parte del «coronel» por completo. Ya sabe todo sobre Ribeirito. Y conmigo no quiere saber nada. Que la mujer se ría con Ribeirito, que salga a bailar con él bien apretadita, que le sostenga la frente para que él vomite, todo eso el crápula lo encuentra bien. Pero basta que yo me acerque para que él se ponga en el medio. Ese tipo no pasa de ser un vividor número uno.

—Tiene miedo que le arruine el negocio.

—¿Yo? Me conformo con las sobras. Que Ribeirito pague y yo me arreglo con los días feriados... En cuanto al marido, que no se preocupe. A estas horas él debe saber que soy hijo del jefe político de esta tierra. Que tiene que portarse bien conmigo. Chico-Pereza llegaba con el almuerzo. Nacib abandonó el mostrador, se instaló en una de las mesas, anudándose la servilleta al cuello:

—Vamos a ver qué tal es la cocinera...

—¿La nueva?

—Tónico se aproximó, curioso.

—¡Nunca vi una morena tan bonita!

—Chico-Pereza dejaba que las palabras rodasen perezosamente.

—Y me dijiste que era una bruja, árabe sinvergüenza. ¿Escondiendo la verdad a su amigo, eh?

Nacib destapaba la marmita, separaba los platos. —¡Oh!— exclamaba ante el aroma que exhalaba la gallina guisada, la carne asada, el arroz, los porotos, el dulce de banana en rodajas.

Tónico interrogaba a Chico-Pereza.

—¿Es bonita de verdad?

—Vaya si es ...

Se inclinaba sobre los platos:

—¿Y no sabe cocinar, no es verdad? Turco mentiroso... Si hasta se me hace agua la boca...

Nacib invitaba:

—Alcanza para dos. Pruebe un bocado.

Pico-Fino abría una botella de cerveza, la ponía en la mesa.

—¿Qué está haciendo ella? —preguntó Nacib a Chico.

—Está en una larga charla con la vieja. Están hablando de espiritismo. Es decir: mamá habla, ella lo único que hace es escuchar y reír. Cuando ella ríe, don Tónico, hace que uno se atonte.

—¡Oh! —volvía a exclamar Nacib después del primer bogado—. Maná del cielo, Tónico. Esta vez, válgame Dios, estoy bien servido.

—Para la mesa y para la cama, eh señor turco...

Nacib se atoró de comida, y después de la salida de Tónico se extendió como lo hacía diariamente, en una perezosa, a la sombra de los árboles plantados en los fondos del bar. Tomó un periódico de Bahía, atrasado casi una semana, encendió el cigarro. Se pasaba la mano por los bigotes, contento con la vida, disipada ya la tristeza de la mañana de los entierros. Más tarde iría a la tienda del tío, le traería un vestido barato y un par de chinelas. Y arreglaría con la cocinera los saladitos y los dulces para el bar. No pensó nunca que aquella «retirante», cubierta de suciedad, vestida con harapos, supiera cocinar... Y que el polvo escondiese tanto encanto, tanta seducción... Se adormeció en la paz de Dios. La brisa del mar le acariciaba los bigotes.

Los relojes no habían anunciado aún las cinco de la tarde, la Receptoría de Rentas continuaba en pleno movimiento, cuando Ño-Gallo, trayendo en la mano un ejemplar del «Diario de Ilhéus», entró alborozado en el bar. Nacib le sirvió un vermouth, y preparábase para hablar de la nueva cocinera, cuando el otro dijo con su voz gangosa:

—¡La cosa comenzó!

—¿Qué cosa?

—Lo dice el diario de hoy. Acaba de salir, lea... Estaba en la primera página, era un largo artículo, en letras gruesas. El título ocupaba cuatro columnas: El escandaloso abandono de la bahía. Una crítica ponzoñosa a fondo para la Intendencia, para Alfredo Bastos, «diputado estadual elegido por el pueblo de Ilhéus rara defender los sagrados intereses de la región del Cacao», olvidado de esos intereses cuya «elocuencia débil» sólo se hacía escuchar para celebrar los actos de gobierno, parlamentario del ¡Muy bien!, y del ¡Aprobado!, para el Intendente, un compadre del «coronel» Ramiro, «inútil mediocridad, servilismo ejemplar al servicio del cacique», al mandamás, culpando a los políticos en el poder por el abandono de la bahía de Ilhéus. El artículo tenía como pretexto el encalle del «Ita» el día anterior. «El mayor y más urgente problema de la región, el que es el vértice y la cumbre del progreso local, que significará la riqueza y la civilización, o el atraso y la miseria, el problema de la bahía de Ilhéus, es decir, el magno problema de la exportación directa del cacao», no existía para los que habían «copado en circunstancias especiales los puestos de mando». Y con el mismo estilo continuaba la censura terrible, que terminaba en una evidente alusión a Mundinho, al recordar que, mientras tanto,

«hombres de elevados sentimientos cívicos estaban dispuestos, ante el criminal desinterés de las autoridades municipales, a tomar el problema en sus manos y a resolverlo. El pueblo, ese glorioso y valiente pueblo de Ilhéus, de tantas tradiciones, sabría juzgar, castigar y premiar».

—Muchacho... la cosa es seria...

—Está escrito por el Doctor.

—Parecería por Ezequiel.

—Fue el Doctor. Estoy seguro. El doctor Ezequiel estaba anoche en el cabaret, borracho.

Va a armarse un escándalo...

—¡Escándalo! Optimista. Esto va a ser un infierno.

—Mientras que no comience hoy, en el bar.

—¿Por qué aquí?

—Es el banquete de la Empresa de los ómnibus, ¿ya te olvidaste? Va a venir todo el mundo: el Intendente, Mundinho, el «coronel» Amancio, Tónico, el Doctor, el Capitán, Manuel das Onzas, hasta el «coronel» Ramiro Bastos dijo que tal vez viniera.

—¿El «coronel» Ramiro? No sale más de noche.

—Dijo que vendría. Es un hombre de agallas y ahora viene, ¡seguro!, vas a ver. Es posible que la comida termine en una pelea...

Ño-Gallo se restregaba las manos:

—Va a ser divertido... —volvió a la Receptoría de Rentas dejando a Nacib preocupado. El dueño del bar era amigo de todos, necesitaba mantenerse alejado de aquella lucha política.

Llegaban los mozos contratados para servir el banquete, comenzando a preparar la sala, a juntar las mesas. Casi al mismo tiempo, el Juez, con un paquete de libros bajo el brazo, sentóse del lado de afuera con Juan Fulgencio y Josué. Admiraban a Gloria en su ventana, el Juez considerando aquello un verdadero escándalo. Juan Fulgencio reía, en desacuerdo:

—Gloria, señor doctor, es una necesidad social, debía ser considerada de utilidad pública por la Intendencia, como el Gremio Rui Barbosa, la «Euterpe 13 de Mayo» o la Casa de la Misericordia. Gloria ejerce importante función en la sociedad. Con la simple acción de su presencia en la ventana, con el pasar de vez en cuando por la calle, eleva a un nivel superior uno de los aspectos más serios de la vida de la ciudad, su vida sexual. Educa a los jóvenes en el gusto por la belleza y da dignidad a los sueños de los maridos de mujeres feas, por desgracia la gran mayoría en nuestra ciudad, a sus obligaciones matrimoniales que, de otra manera, serían un insoportable sacrificio.

El Juez se dignó concordar:

—Hermosa defensa, mi amigo, digna de quién la hace y de quién la provoca. Pero, aquí entre nosotros: ¿no es un absurdo tanta carne de mujer para un hombre solo? Es un hombre chiquito, flacucho... Si por lo menos ella no estuviese todo el día a la vista, como está...

—¿Y qué es lo que usted piensa? ¿Que nadie duerme con ella? Se engaña, mi querido juez, se engaña...

—¡No me diga, Juan! ¿Quién se atreve?

—La mayoría de los hombres, Excelencia. Cuando duermen con las esposas están pensando en Gloria. Es con ella que duermen.

—Oh, don Juan Fulgencio, ya debí haber adivinado que se trataba de una paradoja.

—De cualquier manera, esa mujer, ahí, es una tentación —dijo Josué—. Lo único que le falta a ella es agarrar a la gente con los ojos...

Alguien aparecía agitando un ejemplar del «Diario de Ilhéus»:

—¿Ya vieron?

Juan Fulgencio y Josué ya lo habían leído. El Juez se apoderó del diario, se puso los anteojos. En otras mesas también comentaban.

—¿Qué me dicen?

—La política va a incendiar todo...

—Ese banquete de hoy va a ser divertido.

Josué continuaba hablando de Gloria: —Lo que me admira es que nadie se atreva a meterse con ella. Para mí es un misterio.

El profesor era nuevo en esa tierra, traído por Enoch cuando fundara el colegio. A pesar de haberse adaptado de inmediato, de frecuentar la Papelería Modelo y el bar Vesubio, de aparecer en los cabarets, de discursar en las festividades y de cenar en casa de prostitutas, todavía desconocía muchas de las historias de Ilhéus. Y mientras los otros discutían el artículo del «Diario», Juan Fulgencio le contó lo sucedido entre el «coronel» Coriolano y Tónico Bastos, poco antes de la llegada de Josué a la ciudad, cuando el «coronel» instalaba casa a Gloria.

Paréntesis de advertencia

Tan pronto el «coronel» trajera e instalara a Gloria en la ciudad —contó Juan Fulgencio, verdadero depositario de sucesos e historias de Ilhéus—, en la mejor de sus casas, aquélla en la que antes de mudarse para la capital vivía su familia, escandalizando a las solteronas, Tónico Bastos, marido de una mujer celosa y padre de dos lindas criaturas, caballero tan elegante que los domingos usaba chaleco, y Don Juan de la región, el hijo bienamado del «coronel» Ramiro Bastos, había andado con los ojos puestos en la mulata. No se trataba de la repetición del idilio entre Juca Viana y Chiquita. ¿Josué ya había oído hablar de esa antigua historia? ¿Le habían contado los detalles entre cómicos y tristes? Más tristes que cómicos, porque el humor de Ilhéus era un poco macabro. En ese caso reciente, no hubo paseos por la playa, ni manos dadas en los puentes del puerto, Tónico no se había arriesgado a empujar la puerta nocturna de Gloria. Apenas había dado en aparecer por las tardes, frecuentemente, en su casa, con regalitos de bombones comprados en el bar de Nacib, interesándose por su salud, y preguntando si algo necesitaba. Dejándole miradas tiernas, y palabritas azucaradas. De ahí todavía no había pasado el maestro Tónico.

Una tradicional amistad ligaba al «coronel» Coriolano con la familia Bastos. Ramiro Bastos había bautizado uno de sus hijos, eran correligionarios políticos, se veían siempre. De eso se aprovechaba Tónico para explicarle a su mujer, esa gordísima y celosísima doña Olga, que estaba obligado, por razones de afecto y de interés político que lo ligaban al «coronel», a aquellas sospechosas visitas, después del almuerzo, a la casa mal habitada. Doña Olga resoplando el pecho monumental, amenazaba:

—Si te obligan a ir, Tónico, si el «coronel» te lo pide, puedes ir, por mí no te aflijas. ¡Pero, mucho cuidado! Si yo llego a saber alguna cosa, ¡ay!, si yo llego a saber algo...

—En ese caso, hijita, para que te quedes con desconfianza, es mejor que no vaya. Sólo que, prometí a Coriolano...

Lengua de miel ese Tónico, como decía el Capitán. Para doña Olga no había hombre más puro, ¡pobre de ella!, perseguido por todas las mujeres de la ciudad, prostitutas, muchachas solteras, mujeres casadas, ramerías todas ellas, sin excepción. Sin embargo, por las dudas, para evitar que él cayese en la tentación, lo tenía bajo su control. Mal sabía ella...

Así, con paciencia y bombones, Tónico iba «preparando la cama en la que iba a acostarse», como ya se murmuraba en la papelería y en el bar. Pero antes de suceder lo que ciertamente sucedería, el «coronel» Coriolano supo de las visitas, de los caramelos, de las miradas tiernas. Apareció inesperadamente en Ilhéus, en mitad de una semana, entró por la puerta de la casa de Tónico, donde también estaba instalada

su escribanía, llena de gente a esa hora.

Tonico Bastos acogió al amigo con expresiones ruidosas y palmaditas en la espalda, siendo, como era, hombre extremadamente cordial y simpático. Coriolano se dejó atender, aceptó la silla, sentóse, y golpeando con el rebenque las botas sucias de barro, dijo sin elevar la voz:

—Tonico, llegó a mis oídos que andas rondando la casa de mi ahijada. Yo aprecio mucho tu amistad, Tonico. Te conocí de chico en casa del compadre Ramiro. Por eso voy a darte un consejo, consejo de amigo viejo: no aparezcas más por allá. Yo también apreciaba mucho a Juca Viana, hijo del finado Viana, mi compañero de póquer, también a Juca lo vi chiquitito. ¿Te acuerdas lo que le sucedió? Cosa de dar pena, pobre, él se metió con mujer de otros...

Hubo un silencio afligido en el escritorio. Tonico tartamudeó:

—Pero, «coronel»...

Coriolano continuaba, sin alterar la voz, jugando con el rebenque:

—Eres un lindo mozo, tienes muchas mujeres porque eso es lo que no te falta. Yo estoy gastado y viejo, mi mujer verdadera ya caducó, ¡pobrecita!, sólo tengo a Gloria. Me gusta esa muchacha y la quiero solamente para mí. Ese asunto de pagar mujer para otros nunca fue de mi gusto.

Le sonrió a Tonico:

—Soy tu amigo, por eso te estoy avisando: deja de rondar aquellos lados.

El escribano estaba pálido, el silencio parecía transformar el escritorio en una tumba. Los presentes se miraban entre sí. Manuel das Onzas que había ido a hacer una escrituración, afirmaba después que había sentido en el aire «olor a difunto», y él poseía buen olfato para ese olor, responsable como era por unos cuantos cadáveres en los tiempos de los barullos. Tonico comenzó a explicarse: eran calumnias, miserables calumnias de sus enemigos y de los enemigos de Coriolano. Él apenas si había aparecido en casa de Gloria para ponerse a las órdenes de quien era la protegida del «coronel», diariamente despreciada por todos. Esa misma gente que criticaba a Coriolano por haberla hospedado en la Plaza San Sebastián, en una casa en la que viviera su familia, gente que le daba vuelta la cara a la muchacha, que escupía a su paso, era la misma gente que ahora tejía intrigas. Él sólo había querido demostrar públicamente su estima y solidaridad al «coronel». No había tenido nada con la muchacha, ni siquiera la intención. Lengua de miel, ese Tonico...

—Que no tuviste nada, ya sé. Si hubieses tenido algo, yo no estaría aquí conversando, la charla habría sido otra. Pero si tuviste o no intención, de eso sí que yo no puedo poner las manos al fuego. Pero las intenciones no arrancan pedazos ni tampoco ponen cuernos a nadie... Lo mejor es que hagas como los otros: que le des vuelta la cara. Eso es lo que quiero. Y ahora que estás avisado, no vamos a hablar más del asunto. Inmediatamente comenzó a hablar de negocios, como si nada se

hubiera dicho, entró a la casa, fue a saludar a doña Olga, a pellizcar las mejillas de las criaturas. Tónico Bastos dejó hasta de pasar por la vereda de Gloria, y desde entonces ella vivió más melancólica y solitaria que nunca.

La ciudad había glosado el asunto: «la cama cayó antes que él se acostara», decían, «y cayó haciendo barullo», agregaban; esa gente de Ilhéus no tenía dolor ni piedad. El aviso del «coronel» Coriolano había servido no solamente para Tónico: mucha gente resolvió quedarse con las intenciones que, en las noches tibias, se transformaban en sueños agitados, alimentados por la contemplación del busto de Gloria en la ventana, y de la sonrisa que descendía de los ojos hacia la boca, «humedecida de deseo», como poetizara muy bien el propio Josué. Y quien ganaba con eso, según decía Juan Fulgencio cerrando la narración, eran las esposas, las viejas y feas, ya que, como él le comentara al Juez, Gloria era de utilidad pública, necesidad social, elevando a nivel superior la vida sexual de esa ciudad de Ilhéus, todavía tan feudal a pesar del tan hablado e innegable progreso...

Cerrado el paréntesis, se llega al banquete

A pesar de la curiosidad y el recelo de Nacib, el banquete de la Empresa de ómnibus transcurrió en perfecta paz y armonía. Antes de las siete, cuando los últimos clientes del aperitivo se retiraban, ya el ruso Jacob, restregándose las manos, riendo con toda la boca, rondaba alrededor de Nacib. También él había leído el artículo del diario y también él temía por el éxito de la fiesta. Gente de calentarse los cascos en seguida la de Ilhéus...

Su socio, Moacir Estréla esperaba, en el garage, la llegada del ómnibus con los invitados de Itabuna, diez personas incluyendo al Intendente y al Juez. Y ahora ese malhadado artículo se ponía a lanzar cizaña, la desconfianza y la división entre sus invitados.

—Eso todavía va a dar mucho que hablar.

El Capitán, que había aparecido antes de la acostumbrada partida de «gamão», le confesó a Nacib que el artículo apenas si era el principio. El primero de una serie, y no todo iba a quedar en artículos, Ilhéus viviría grandes días. El Doctor, con los dedos sucios de tinta y los ojos brillantes de vanidad, había estado rápidamente, declarándose ocupadísimo. En cuanto a Tónico Bastos no había vuelto al bar, contándose que había sido llamado con urgencia por el «coronel» Ramiro.

Los primeros invitados en llegar fueron los de Itabuna, elogiando el viaje en ómnibus, el recorrido hecho en una hora y media a pesar del camino, todavía no completamente seco. Miraban con condescendiente curiosidad las calles, las casas, la iglesia, el bar Vesubio, el stock de bebidas, el cine teatro Ilhéus, hallando que en Itabuna todo era mejor, que no había iglesias como las de allá, cine mejor que el de ellos, casas que se igualaran a las nuevas residencias itabunenses, bares más ricos en bebidas, cabarets tan frecuentados. En aquel tiempo la rivalidad entre las dos primeras ciudades de la zona del cacao, tomaba cuerpo. Los itabunenses hablaban del progreso sin medidas, del crecimiento espantoso de su tierra, hasta algunos años atrás un simple distrito de Ilhéus, una aldea conocida con el nombre de Tabocas. Discutían con el Capitán, hablaban del caso de los bancos de arena. Algunas familias se dirigían al cine para asistir al debut del mago Sandra, miraban el movimiento del bar, las figuras importantes allí reunidas, la gran mesa en forma de «T». Jacob y Moacir recibían a los invitados. Mundinho Falcão llegó con Clóvis Costa, y hubo un movimiento de curiosidad. El exportador fue a abrazar a los itabunenses, entre los que había algunos clientes suyos. El «coronel» Amancio Leal, en compañía de Manuel das Onzas, contaba que Jesuíno había partido, debidamente autorizado por el Juez, a su estancia, donde aguardaría la marcha del proceso. El «coronel» Ribeirito no quitaba los ojos de la puerta del cine, con la esperanza de ver llegar a Anabela. La conversación se generalizaba, hablábase de los entierros, del crimen de la víspera, de

negocios, del fin de las lluvias, de las perspectivas de la zafra, del «Príncipe» Sandra y de Anabela, se evitaba cuidadosamente cualquier referencia al caso de la bahía, al artículo del «Diario de Ilhéus». Como si todos temiesen iniciar las hostilidades, como si nadie quisiera asumir tal responsabilidad.

Cuando, alrededor de las ocho horas, fueron a sentarse a la mesa, de la puerta del bar alguien anunció: —Allá viene el «coronel» Ramiro con Tónico.

Amancio Leal se dirigió a su encuentro. Nacib se sobresaltó: la atmósfera se hizo más tensa, las risas sonaban falsamente, él percibía los revólveres bajo los sacos. Mundinho Falcão conversaba con Juan Fulgencio, el Capitán se aproximó a ellos. Se podía ver, del otro lado de la Plaza, al profesor Josué en el portal de Malvina. El «coronel» Ramiro Bastos, apoyando en el bastón su cansado paso, penetró en el bar, uno a uno adelantáronse a saludarlo. Se detuvo ante Clóvis Costa, apretando su mano:

—¿Cómo anda su diario, Clóvis? ¿Prosperando?

—Va bien, «coronel».

Se demoró un poco con el grupo formado por Mundinho, Juan Fulgencio y el Capitán. Quiso saber del viaje de Mundinho, protestó porque Juan Fulgencio no había aparecido por su casa en los últimos tiempos, bromeó con el Capitán. Nacib sintiese lleno de admiración por el viejo: debía estar mordiéndose de rabia por dentro, y no dejaba trasparentar nada. Miraba a sus adversarios, aquéllos que se preparaban para luchar contra su poder, para robarle su posición, como si se tratara de criaturas sin juicio que no ofrecían ningún peligro. Lo sentaron a la cabecera de la mesa, entre los dos Intendentes, Mundinho venía luego entre los jueces.

La comida de las hermanas Dos Reís comenzó a ser servida. Al principio nadie se sentía completamente a su gusto. Comían, bebían, conversaban, reían, pero había una cierta inquietud en la mesa, como si se esperara algún acontecimiento. El «coronel» Ramiro Bastos ni tocaba la comida, apenas si probaba el vino. Sus ojos menudos se paseaban de uno a otro invitado. Se oscurecían al posarse en Clóvis Costa, en el Capitán, en Mundinho. De súbito quiso saber porqué no estaba presente el Doctor, y lamentó su ausencia. Al rato el ambiente fue haciéndose más alegre y despejado. Se contaban anécdotas, se describían las danzas de Anabela, elogiaban la comida de las hermanas Dos Reís.

Y finalmente llegó la hora de los discursos.

El ruso Jacob y Moacir habían pedido al doctor Ezequiel Prado que hablara en nombre de la Empresa, ofreciendo el banquete. El abogado se levantó, había bebido mucho y tenía la lengua pastosa, pero cuando más bebía mejor hablaba. Amancio Leal secreteó alguna cosa al doctor Mauricio Caires. Sin duda previniéndole para que estuviese atento. Si Ezequiel, cuya lealtad política al «coronel» Ramiro se encontraba vacilante desde las últimas elecciones, entraba a hacer comentarios sobre el caso del puerto, le correspondía a él, Mauricio, responder «sobre el pucho». Pero el doctor

Ezequiel, estando en un día de mucha inspiración, tomó como tema principal la amistad entre Ilhéus e Itabuna, las ciudades hermanas de la zona del cacao, ahora también unidas por la nueva Empresa de ómnibus, esa «monumental realización» de hombres emprendedores como Jacob, «llegado de las estepas heladas de la Siberia, para impulsar el progreso de este rincón brasileño» —frase que humedeció los ojos de Jacob, nacido en realidad en un «ghetto» de Kiev—, y a Moacir, «hombre que se hizo a costa del propio esfuerzo, ejemplo del trabajador honesto».

Moacir bajaba la cabeza, modesto, mientras a su alrededor se escuchaban voces que apoyaban. Y siguió en esa forma, hablando mucho de civilización y progreso, previendo el futuro de la zona, destinada a «alcanzar rápidamente las alturas más elevadas de la cultura». El Intendente de Ilhéus, soporífero e interminable, saludó al pueblo de Itabuna allí representado. El Intendente de Itabuna, «coronel» Aristóteles Pires, agradeció en pocas palabras. Observaba el ambiente, pensativo. Se levantó el doctor Mauricio soltando su verbo, sirviéndoles la Biblia como postre. Para concluir, elevó un brindis a «ese impoluto hijo de Ilhéus, a quien tanto debe nuestra región, varón de insignes virtudes, administrador capaz, ejemplar padre de familia, jefe y amigo, el “coronel” Ramiro Bastos». Bebieron todos, Mundinho brindó con el «coronel». Apenas el doctor Mauricio sentábase y ya el Capitán se había puesto de pie, con una copa en la mano. También él quería hacer un brindis, dijo, aprovechando aquella fiesta que marcaba un paso más en el progreso de la zona del cacao, en honor de un hombre llegado de las grandes ciudades del sur para emplear en aquella región su fortuna y sus extraordinarias energías, su visión de estadista, su patriotismo. Por ese hombre, a quien Ilhéus e Itabuna ya tanto debían, cuyo nombre estaba anónimamente ligado a esa Empresa de ómnibus como a todo cuanto emprendiera el pueblo de Ilhéus en esos últimos años, por Raimundo Mendes Falcão, él levantaba su copa. Fue la oportunidad de que el «coronel» brindara con el exportador. Según contaron después, durante todo el discurso del Capitán, Amancio Leal mantuvo la mano en la empuñadura del revólver.

Y no pasó nada más.

No obstante, todos comprendieron esa noche que Mundinho había asumido a partir de ese momento la jefatura de la oposición, y que la lucha había comenzado. No ya una lucha como las de antes, en la época de la conquista de la tierra. Ahora los rifles y las emboscadas, las escribanías quemadas y las escrituraciones falsas, no eran decisivas.

Juan Fulgencio dijo al Juez:

—En vez de tiros, discursos... Es mejor así.

Pero el Juez dudaba:

—Esto va a acabar a balazos, usted verá...

El «coronel» Ramiro Bastos se retiró en seguida, acompañado por Tónico.

Algunos se desparramaron por las mesas del bar, y continuaron bebiendo. Se formó una partida de póquer, en el reservado, mientras otros se dirigían a los cabarets. Nacib iba de grupo en grupo, activando a los empleados, mientras la bebida corría. En medio de todas aquellas complicaciones, recibió una esquila de Risoleta, traída por un chiquillo. Ella quería verlo aquella noche, sin falta, iba a esperarlo en el Bataclán. Firmaba, «tu bichita Risoleta»; el árabe sonrió satisfecho. Junto a la caja estaba el paquete para Gabriela: un vestido de percal, un par de chinelas. Cuando terminó la sesión del cine, el bar se llenó. Nacib no tenía manos que le alcanzaran. Ahora las discusiones en torno al artículo, dominaban las conversaciones. Todavía había quien hablaba del crimen de la víspera, y las familias elogiaban al prestidigitador. Pero el asunto dominante en casi todas las mesas, era el artículo del «Diario de Ilhéus». El movimiento duró hasta tarde, y era más de medianoche cuando Nacib cerró la caja y se dirigió al cabaret. En una mesa, con Ribeirito, Ezequiel y otros, Anabela pedía algunas palabras para su álbum recordatorio. Ño-Gallo, romántico, escribió: «Tú eres, oh bailarina, la encarnación del propio arte». El doctor Ezequiel, con una borrachera grandiosa, había agregado con letra trémula: «Quién pudiera ser gigoló del arte». El «Príncipe» Sandra fumaba en su larga boquilla, imitación marfil. Ribeirito, muy íntimo, le palmeaba la espalda, le contaba las grandezas de su estancia.

Risoleta esperaba a Nacib. Lo llevó a un rincón de la sala. Le contó sus amarguras: había amanecido enferma, volviéndole una antigua complicación que hacía de sus días un infierno, teniendo que llamar al médico. Y estaba sin dinero alguno para los remedios. No tenía a quien pedirlo, no conocía casi a nadie. Por eso recurría a Nacib, que fuera tan gentil aquella noche... El árabe le pasó un billete, rezongando; ella le acarició los cabellos.

—Me voy a sanar pronto, en dos o tres días, y en seguida te mando llamar...

Partió apurada. ¿Estaría verdaderamente enferma o sería una comedia para poder sacarle dinero, e ir a gastárselo con un estudiante o un empleado de comercio en una cena regada con vino? Nacib sentíase irritado, quería ir a dormir con ella, olvidar en sus brazos el día melancólico de entierros, los trabajos e inquietudes del banquete y las intrigas políticas. Un día como para terminar con cualquier hombre. ¡Y que todavía terminaba con aquella decepción! Tomó el paquete para Gabriela. Las luces se apagaban, la bailarina apareció vestida con sus plumas. El «coronel» Ribeirito llamaba al mozo pidiéndole champaña.

Noche de Gabriela

Entró en la sala; se quitó los zapatos. Permanecía de pie la mayor parte del día, andando de mesa en mesa. Era un placer quitarse los zapatos y las medias, mover los dedos de los pies, dar unos pasos descalzo, calzarse las viejas chinelas «cara de gato». Sentimientos e imágenes se mezclaban en su mente. Anabela debía haber terminado su número, estaría en la mesa con Ribeirito, bebiendo champaña. Tónico Bastos no había aparecido esa noche. ¿Y el «Príncipe»? Se llamaba Eduardo da Silva, según constaba en su tarjeta: «artista». Un cínico, eso sí que era.

Adulando al estanciero, empujando a sus brazos a la mujer, negociando con el cuerpo de ella. Nacib se encogió de hombros. A lo mejor se trataba de un pobre diablo, tal vez Anabela no significase gran cosa para él, una simple ligazón accidental, de trabajo. Aquél era su negocio, su medio de ganarse el pan, tenía cara de haber pasado ya muchas hambres...

Sucia forma de ganarse el pan, sin dudas, pero ¿cuál era la limpia? ¿Por qué juzgarlo y condenarlo? Quién sabe si él no era más decente que los amigos de Osmundo, sus compañeros de bar, de literatura, de bailes en el Club Progreso, de conversaciones sobre mujeres, todos ellos honrados ciudadanos pero incapaces de llevar el cuerpo del amigo hasta el cementerio...

Hombre derecho era el Capitán. Pobre, sin otros recursos que su empleo de recaudador de impuestos, sin plantaciones de cacao, pero que mantenía sus opiniones, que se enfrentaba a cualquiera. No era uno de los íntimos de Osmundo, y sin embargo allí estaba, en el entierro, asegurando una manija del cajón. ¿Y el discurso en el banquete? Arrojar el nombre de Mundinho en la cara de todos, en presencia del «coronel» Ramiro Bastos.

Recordando el banquete, Nacib se estremeció. Hasta tiros podían haberlo animado; había sido una suerte que terminara en paz. Pero, claro que eso apenas era el comienzo, el propio Capitán así lo había dicho. Mundinho tenía dinero, prestigio en Río, amigos en el gobierno federal, no era «una porquería cualquiera» como el doctor Honorato, médico viejo y abatido, jefe de la oposición, que vivía debiéndole favores a Ramiro, pidiéndole empleos para los hijos. Mundinho iba a arrastrar a mucha gente, a dividir a los estancieros —dueños de votos— entre sí, a causar estragos. Si conseguía traer ingenieros y dragas para descongestionar la bahía como había prometido... Podía conseguir hacerse dueño de Ilhéus, arrojar a los Bastos al ostracismo. Claro que el viejo ya andaba en las últimas, y Alfredo solamente por ser su hijo existía en la Cámara, era un buen médico de niños y nada más. En cuanto a Tónico... aquél no había nacido para la política, para mandar y desmandar, para hacer y deshacer. A no ser cuando se trataba de mujeres. Ni había aparecido en el cabaret aquella noche. Ciertamente para no enfrentarse con las discusiones en torno al

artículo, no era hombre de peleas.

Nacib movió la cabeza. Amigo de unos y de otros, del Capitán y de Tónico, de Amancio Leal y del Doctor, con ellos bebía, jugaba, conversaba, iba a las casas de las prostitutas. De ellos le venía el dinero que ganaba. Y ahora se encontraban divididos, cada uno por su lado. Solamente en una cosa estaban todos de acuerdo: en matar a las mujeres adúlteras, y ni siquiera el Capitán defendía a Sinházinha. Ni siquiera su primo, de cuya casa saliera el cuerpo para el cementerio. ¿Qué diablos habría ido a hacer allí la hija del «coronel» Melk Tavares, aquélla por quien Josué suspiraba apasionado, de rostro hermoso, callada, de ojos inquietos como si guardasen un secreto, un misterio cualquiera? Una vez Juan Fulgencio había dicho, al verla pasar con otras compañeras, yendo a comprar chocolate en el bar:

—Esa muchacha es diferente a las otras, tiene carácter. ¿Por qué era diferente, qué quería decir Juan Fulgencio, hombre tan ilustrado, con aquella cosa de «carácter»? La verdad es que ella había aparecido en el velorio, llevando flores. El padre había visitado a Jesuíno, «llevándole su abrazo», como él mismo dijera a Nacib en el «mercado de los esclavos». La hija, muchacha soltera y estudiante, en espera de novio, ¿qué diablos había ido a hacer junto al cajón de Sinházinha? Todo estaba dividido, el padre de un lado, la hija de otro. Ese mundo andaba todo complicado, que lo atendiera quien quisiera porque lo que es para él, estaba por encima de sus posibilidades; no pasaba de ser el dueño de un bar, ¿por qué pensar en todo eso? Lo que tenía que hacer era ganar dinero para que un día pudiera comprar tierras para plantar cacao. Si Dios lo ayudaba, habría de comprarla. Tal vez entonces pudiera mirar el rostro de Malvina, intentar descifrar su enigma. O, por lo menos, ponerle casa a alguna mujer igual que Gloria.

Estaba con sed, fue a beber agua en la jarra de la cocina. Vio el paquete con el vestido y las chinelas, que trajera de la tienda del tío. Se quedó indeciso. Lo mejor era entregárselo al otro día. O ponérselo en la puerta del cuartito de los fondos, para que su cocinera lo encontrara al despertar. Como si fuese Navidad...

Sonrió y tomó el paquete. En la cocina tragó el agua a grandes sorbos; aquel día había bebido mucho durante el banquete, especialmente cuando ayudaba a servir. La luna, en lo alto de los cielos, iluminaba la huerta de mamones y guayabos. La puerta de la habitación de Gabriela estaba abierta. Tal vez a causa del calor. En la época de Filomena la puerta de esa habitación era cerrada con llave porque la vieja tenía miedo a los ladrones, aunque su riqueza eran los cuadros de santos. El claro de luna entraba en la habitación. Nacib se aproximó, dejaría el paquete a los pies de la cama, ella se llevaría un susto a la mañana.

Y, tal vez, la próxima noche...

Los ojos escrutaban en la oscuridad. Un hilo de rayo lunar subía por la cama, iluminaba un pedazo de pierna, Nacib fijó los ojos, ya excitado. Esperaba dormir esa

noche en los brazos de Risoleta, y con esa seguridad había ido al cabaret, pregustando su sabiduría de ramera de ciudad grande.

Y junto al deseo insatisfecho le había quedado la irritación. Ahora veía el cuerpo moreno de Gabriela, la pierna saliendo de la cama. Más que ver, adivinábalo bajo la manta remendada que mal cubría la combinación rasgada, el vientre, los senos. Un seno saltaba, descubierto por la mitad. Nacib trataba de ver más. ¡Y siempre aquel perfume a clavo, atontándolo!

Gabriela se agitó en el sueño, el árabe había traspuesto la puerta. Estaba con una mano extendida, sin coraje para tocar el cuerpo dormido. ¿Por qué apurarse? Si ella gritaba, habría un escándalo, tal vez se fuera. Se quedaría sin cocinera, y nunca encontraría otra igual a ella. Lo mejor era dejar el paquete a la orilla de la cama. Al otro día, se quedaría un poco más en la casa, ganaría su confianza poco a poco, terminaría por conquistarla.

Su mano casi temblaba al dejar el paquete. Gabriela se sobresaltó, abrió los ojos, iba a hablar pero reconoció a Nacib que, de pie, la miraba. Con la mano, instintivamente, buscó la manta, pero todo lo que consiguió —¿por confusión o por picardía?— fue hacerla resbalar de la cama. Se levantó a medias y quedó sentada, sonriendo con timidez. No trataba de esconder el seno, ahora visible a la luz de la luna.

—Te vine a traer un regalo —tartamudeó Nacib—. Lo iba a poner en tu cama. Llegué ahora mismo... Ella sonreía, ¿era de miedo o para contagiarle valor?

Todo podía ser, ella parecía una criatura, los senos y los muslos descubiertos, como si no viese nada de malo en ello, como si nada supiera de esas cosas, imagen misma de la inocencia. Tomó el paquete de su mano: —Muchas gracias, patrón, Dios le pague.

Desató el nudo, Nacib la recorría con los ojos, ella extendió sonriendo el vestido sobre su cuerpo, lo acarició con la mano:

—Bonito...

Miró las chinelas baratas, Nacib se ahogaba: —El mozo es tan bueno...

El deseo subía por el pecho de Nacib, le apretaba la garganta. Sus ojos se oscurecían, el perfume a clavo lo mareaba, ella tomaba el vestido para verlo mejor, resurgía su desnudez cándida.

—Bonito... Quedé despierta, esperando que el mozo me dijera qué quería de comida para mañana. Se hizo tarde, me vine a acostar...

—Tuve mucho trabajo —las palabras le salían con esfuerzo.

—Pobrecito... ¿No estará cansado?

Doblaba el vestido, colocaba las chinelas en el suelo.

—Dame, lo cuelgo en el clavo.

Su mano tocó la mano de Gabriela, ella rio: —Qué mano tan fría...

Él no pudo dominarse más, la tomó del brazo y con la otra mano buscó el seno que parecía crecer a la luz de la luna.

Ella lo trajo hacia sí: —Mozo lindo...

El perfume de clavo llenaba la habitación, el calor que venía del cuerpo de Gabriela envolvió a Nacib, quemaba su piel, y el rayo lunar moría en la cama. En un susurro, entre besos, la voz de Gabriela agonizaba: —Mozo lindo...

SEGUNDA PARTE

GABRIELA, CLAVO Y CANELA

Alegrías y tristezas de una hija del pueblo en las calles de Ilhéus, de la cocina al altar (es decir, altar no hubo debido a complicaciones religiosas) cuando corría el dinero en abundancia y la vida se transformaba con casamientos y descasamientos, suspiros de amor y rugidos de celos, traiciones políticas y conferencias literarias, atentados, fugas, periódicos en llamas, lucha electoral y el fin de la soledad, juegos de «capoeiras» y «chef de cuisine», calor y fiestas de fin de año, «tríos de pastorcitas», y circo ordinario, «kermesse» y buzos, mujeres desembarcando en cada barco, bandidos disparando los últimos tiros, grandes cargueros en el puerto y la ley derrotada, con una flor y una estrella.

CAPÍTULO TERCERO

**EL SECRETO DE MALVINA
(NACIDA PARA UN GRAN DESTINO,
PRESA SIEMPRE EN SU JARDÍN)**

«La moral se debilita, las costumbres se degeneran, aventureros venidos de afuera...»

(De un discurso del Dr. Mauricio Caires)

CÁNTIGA PARA ACUNAR A MALVINA

*Duerme, niña dormida,
tu lindo sueño a soñar.
En tu lecho adormecida
partirás a navegar.*

*Estoy presa en mi jardín,
con flores aprisionada.
¡Acudan! me van a ahogar.
¡Acudan! me van a matar.
¡Acudan! me van a casar,
en una casa a enterrar,
en la cocina a cocinar,
en el arreglo a arreglar,
en el piano a tocar,
en la misa a confesar.
¡Acudan! me van a casar
y en esa cama a preñar.*

*En tu lecho adormecida
partirás a navegar.*

*Mi marido, mi señor,
en mi vida va a mandar.
A mandar en mi ropa,
en mi perfume a mandar.
A mandar en mi deseo,*

*en mi sueño a mandar.
A mandar en mi cuerpo,
en mi alma a mandar.
Derecho mío es llorar.
Derecho de él es matar.
En tu lecho adormecida
partirás a navegar.*

*¡Acudan! llévenme ahora,
quiero marido de amar,
no para respetar.
Quién sea él ¿qué importa?
joven pobre o joven rico,
lindo, feo o mulato
que me lleve ya de aquí.
Esclava no quiero ser,
¡Acudan! llévenme ahora.*

*En tu lecho adormecida
partirás a navegar.*

*A navegar partiré
acompañada o solita.*

*Bendita o maldecida
a navegar partiré.
Partiré para casar,
a navegar partiré.
Partiré mi cuerpo a dar,
a navegar partiré.
Partiré a trabajar,
a navegar partiré.
Partiré a encontrar mi alma,
para siempre partiré.*

*Duerme, niña dormida,
tu lindo sueño a soñar.*

Gabriela con flor

Las flores despuntaban en las plazas de Ilhéus, repletas de canteros de rosas, crisantemos, dalias, margaritas y nomeolvides. Los pétalos de las «oncehoras» se abrían por entre el follaje, puntuales como el reloj de la Intendencia, salpicando de rojo el verde del césped. Hacia los lados del Malhado, en medro de la vegetación salvaje, en los húmedos bosques «Do Unhão» y «da Conquista», reventaban fantásticas orquídeas. Pero el perfume que se elevaba en la ciudad, que la dominaba, no venía de los jardines, de los bosques, de las cuidadas flores, ni de las orquídeas salvajes. Llegaba de los depósitos de ensacamiento, de los muelles y de las casas exportadoras, era el perfume de las almendras de cacao, tan fuerte que atontaba a los forasteros, tan habitual a los nativos que ninguno más lo sentía. Desparramábase sobre la ciudad, el río y el mar. En las plantaciones, los frutos de cacao ponían sobre el paisaje todas las gamas del amarillo, dando a todo un tinte dorado. Se aproximaba el tiempo de la cosecha, de una zafra tan grande como jamás se tuviera noticias hasta entonces.

Gabriela arreglaba una enorme bandeja de dulces. Otra, todavía más grande, de «acarajés», «abarás», bollitos de bacalao, y frituras, ya estaba listo. El negrito Tuisca, mordiendo la punta de un cigarrillo, esperaba para contarle las conversaciones del bar, los menudos acontecimientos, y especialmente aquéllos que más profundamente le afectaban: los diez pares de zapatos que tenía Mundinho Falcão, los partidos de fútbol en la playa, el robo ocurrido en una tienda, y el anuncio de la llegada próxima del «Gran Circo Balcánico», con elefantes y jirafas, camellos, leones y tigres. Gabriela reía oyéndolo, atenta a las noticias del circo.

—¿Viene de veras?

—Ya está anunciado en los postes.

—Una vez estuvo un circo por allá... Fui con tía, para verlo. ¡Había un hombre que comía fuego!

Tuisca hacía proyectos: cuando el circo llegase, él acompañaría al payaso en su recorrido por la ciudad, montado de espaldas sobre un jumento. Así sucedía siempre, cada vez que un circo armaba su carpa en el descampado del puesto de pescado.

El payaso preguntaba: —El payaso, ¿qué es?

Y la chiquilina respondiendo:

—Es ladrón de mujer...

El payaso le marcaba la frente con cal, y él entraba gratis al espectáculo de la noche. Cuando no, ayudaba a los empleados en el arreglo del lugar, haciéndose indispensable e íntimo de todos. En esas ocasiones abandonaba su cajón de lustrabotas.

—Un circo quiso llevarme. El director me llamó...

—¿Como empleado?

Tuisca casi se ofendió: —¡No! Como artista.

—¿Y qué ibas a hacer?

Se iluminó la carita negra:

—Ayudarlos con los monos, salir con ellos. Y también para bailar... No fui solamente por la vieja... —la negra Raimunda estaba paralizada por el reumatismo, incapacitada de ejercer su profesión de lavandera, y los hijos mantenían la casa: Filó, chofer de ómnibus, y Tuisca, maestro de varias artes.

—¿Y sabes bailar?

—¿Nunca me vio? ¿Quiere verme?

Se puso a bailar en seguida; tenía el baile metido dentro del cuerpo, los pies creaban pasos, el cuerpo soltábase, las manos golpeaban el ritmo. Gabriela lo miraba, y como a ella le pasaba lo mismo no se contuvo. Abandonó fuentes y cacerolas, saladitos y dulces, sosteniéndose la pollera con la mano. Bailaban ahora los dos, el negrito y la mulata, bajo el sol de la huerta. No existía otra cosa en el mundo para ellos. En cierto momento, Tuisca se detuvo, quedándose apenas golpeando las manos sobre un tacho vacío. Con la boca abierta Gabriela daba vueltas, la pollera volaba, los brazos iban y venían, el cuerpo se dividía y volvía a unirse, las nalgas bamboleándose, la boca sonriendo.

—Mi Dios, las bandejas...

Arreglaron a los apurones las fuentes, las de dulces sobre las de saladitos, todo sobre la cabeza de Tuisca, que salió silbando la melodía. Los pies de Gabriela todavía trazaron unos pasos; ¡qué bueno era bailar! Un ruido de cosas hirviendo vino de la cocina, y hacia allí se precipitó Gabriela.

Cuando sintió que Chico-Pereza entraba en la casa de al lado, ya estaba lista, tomó la marmita, se calzó las chinelas, y se dirigió a la puerta. Iba a llevar la comida de Nacib, a ayudar mientras el empleado faltaba. Volvió, sin embargo, cogió una rosa de un cantero del jardín, pasando el tallo por detrás de la oreja, sintiendo los pétalos velludos que le acariciaban levemente la mejilla.

Había sido el zapatero Felipe, boca sucia de anarquista, siempre maldiciendo contra los curas, y tan educado como un noble español al hablar con una dama quien le enseñó aquella moda. «La más hermosa de las modas», le había dicho.

—Todas las muchachas, en Sevilla, usan una flor roja en los cabellos...

Tantos, años en Ilhéus, caminando por sus calles, y todavía mezclaba palabras españolas en su portugués, Antes aparecía por el bar de vez en cuando. Trabajaba mucho remendando suelas, arreos, fabricando chicote; de montería, poniendo suelas en zapatos y botas, y en sus horas libres leía folletos de tapas encarnadas, o discutía en la Papelería Modelo. Casi únicamente los domingos venía al bar para jugar «gamão» o damas, siendo un adversario temido. Actualmente venía todos los días,

antes del almuerzo, a la hora del aperitivo. Cuando Gabriela llegaba, el español levantaba la cabeza de rebeldes cabellos blancos, y reía mostrando sus dientes perfectos, de joven:

—Salve la gracia, olé.

Y con los dedos hacía ruidos de castañuelas.

También otros clientes que antaño fueran accidentales, se habían tornado habituales, y el Vesubio estaba conociendo una singular prosperidad. La fama de los dulces y saladitos de Gabriela había circulado desde los primeros días entre los viciosos del aperitivo, trayendo gente de los bares del puerto, alarmando a Plinio Aracá, el dueño del «Trago de Oro». Ño-Gallo, Tónico Bastos, el Capitán, que habían compartido, uno por vez, el almuerzo de Nacib, salían hablando maravillas de la comida. Sus «acarajés», sus frituras envueltas en hojas de banana, sus croquetas de carne, picantes, eran cantados en prosa y en verso —en verso, porque el profesor Josué les dedicó a ellos una estrofa en la que rimaba cocinera con hechicera. Mundinho Falcão ya la había solicitado en préstamo un día en que ofreciera una comida en su residencia, en ocasión del paso accidental por Ehéus de un amigo suyo, senador por Alagoas.

Venían para el aperitivo, el pocker, los apimentados «acarajés», y los salados bocaditos de bacalao que abrían el apetito. El número iba creciendo, unos traían a otros debido a las noticias sobre los sabrosos condimentos de Gabriela. Pero muchos de ellos ahora se demoraban más de la hora habitual, atrasando el almuerzo. Y eso ocurría desde que Gabriela comenzara a ir al bar, a llevarle a Nacib la marmita. Se sucedían las exclamaciones a su entrada: celebrando aquel paso de baile, los ojos bajos, la sonrisa que se desparramaba de sus labios para todas las bocas. Entraba saludando por entre las mesas, iba derecho hacia el mostrador, y depositaba la marmita. Habitualmente, a aquella hora el movimiento debería ser mínimo, apenas uno que otro retrasado apurándose para llegar a su casa. Pero, a poco, los parroquianos fueron prolongando la hora del aperitivo, midiendo el tiempo por la llegada de Gabriela, bebiendo un último trago después de su aparición en el bar.

—Dame un «cola-de-gallo», Pico-Fino.

—Dos vermouths acá...

—¿Seguimos con otra? —los dados resonaban en el vaso de cuero, rodaban sobre la mesa—. Reyes en una...

Ella ayudaba a servir para acabar el movimiento más rápidamente, antes que la comida se enfriara en la marmita, perdiendo el gusto. Las chinelas se arrastraban sobre el cemento, los cabellos sujetos con una cinta enmarcaban el rostro sin pintura, mientras las nalgas parecían bailar. Iba por entre las mesas, uno le susurraba galanteos, otro la miraba con ojos suplicantes, el Doctor le daba palmaditas en la mano, llamándola «mi niña». Ella sonreía a unos y a otros, y parecería una criatura a

no ser por las nalgas bailarinas. Una súbita animación recorría el bar, como si la presencia de Gabriela lo tornase más acogedor e íntimo.

Desde el mostrador, Nacib la veía aparecer en la plaza, con su rosa en la oreja, presa entre los cabellos. Semicerrábanse los ojos del árabe: la marmita llena de comida sabrosa a aquella hora en que sentíase hambriento, le obligaba a contenerse para no devorar los pasteles y empanadas de camarones, los bocaditos de las bandejas. Y la entrada de Gabriela significaría una vuelta más de bebida en casi todas las mesas, el aumento de ganancias. Por otra parte, era un placer para los ojos verla a plena luz del día, recordar la noche pasada, imaginar la próxima.

Por debajo del mostrador la pellizcaba, le pasaba la mano bajo las polleras, tocábale los senos. Gabriela, entonces, reía en sordina, encantada.

El Capitán la reclamaba:

—Venga a ver esta jugada, mi alumna...

La llamaba «mi alumna», con un falso aire paternal, desde un día que intentara enseñarle los misterios del «gamão» en el bar casi vacío. Ella había reído, sacudiendo la cabeza, fuera del «juego del burro» no había conseguido aprender ningún otro. Pero él, cuando las jugadas lentas pasaban a sustituir las prolongadas, al verla, reclamaba su presencia en los momentos decisivos: —Venga aquí a darme suerte...

A veces la suerte era para Ño-Gallo, para el zapatero Felipe, o para el Doctor:

—Muchas gracias, mi niña, Dios la haga todavía más hermosa —y el Doctor le golpeaba suavemente la mano.

—¿Más hermosa? ¡Imposible! —protestaba el Capitán, abandonando el aire paternal.

Ño-Gallo no decía nada, apenas la miraba.

El zapatero Felipe elogiaba la rosa en la oreja:

—¡Ah!, mis veinte años...

Protestaba contra Josué, ¿por qué no hacía un soneto para aquella flor, aquella oreja, aquellos ojos verdes? Josué respondía que un soneto era poco, haría falta una oda, una balada.

Se sobresaltaban cuando el reloj daba las doce y media, e iban saliendo, dejando fuertes propinas que Pico-Fino recogía con las uñas sucias y ávidas. Se iban empujados por el reloj, como obligados, a contragusto. El bar se vaciaba, y Nacib sentábase a comer. Ella lo servía, rondando alrededor de la mesa, abriendo la botella de cerveza, llenándole el vaso. El rostro moreno resplandecía cuando él, ya satisfecho, entre dos eructos —«es bueno para la salud», explicaba— elogiaba sus platos. Recogía las marmitas, Chico-Pereza aparecía de regreso, y era la hora de que Pico-Fino saliera para almorzar. Gabriela armaba la perezosa en el terreno que había detrás del bar, plantado de árboles, que daba a la plaza. Decía, «hasta luego, don Nacib», y volvía a la casa. El árabe encendía su cigarro de São Félix, tomaba los

periódicos de Bahía, atrasados una semana, y quedaba espiándola hasta verla desaparecer en la curva de la iglesia con su andar de bailarina, y sus cuadriles marineros.

Ya no llevaba la flor en la oreja, metida entre los cabellos. Él la encontraba en la perezosa, ¿caería por casualidad, al inclinarse ella, o se la habría sacado de la oreja dejándola allí a propósito?

Rosa de fuego, con olor de clavo, el perfume de Gabriela...

Del esperado huésped indeseable

Eufóricos, el Capitán y el Doctor aparecieron temprano en el bar Vesubio, acompañando a un hombre de unos treinta y pico de años, de rostro claro y aire deportivo. Aún antes de que lo presentaran, Nacib adivinó que se trataba del ingeniero...

Aparecía, por fin, el tan esperado y discutido ciudadano...

—Doctor Rómulo Vieira, ingeniero del Ministerio de Vialidad.

—Mucho gusto, doctor. Servidor...

—El placer es mío.

Allí estaba él, con el rostro quemado por el sol, el cabello cortado casi a rape, y una pequeña cicatriz en la frente. Apretaba con fuerza la mano de Nacib. El Doctor sonreía, tan feliz como si exhibiera un pariente cercano e ilustre, o una mujer de rara belleza. El Capitán bromeaba:

—Este árabe es una institución. Él es quien nos envenena con bebida falsificada, nos roba al póquer, y sabe vida y milagros de la gente.

—No diga eso, Capitán. ¿Qué es lo que va a pensar el doctor?

—Es un buen amigo —rectificaba el Capitán—. Una persona de bien.

El ingeniero sonreía, un tanto incómodo, mirando con desconfianza la plaza y las calles, el bar, el cine, las casas próximas en cuyas ventanas surgían ojos curiosos. Sentáronse alrededor de una de las mesas del paseo. Gloria surgía en la ventana, mojada todavía del baño, los cabellos sin peinar, con el desaliño de la mañana. Enseguida descubrió al forastero, clavándole los ojos, y corrió hacia adentro para embellecerse.

—¡Qué pedazo de mujer!, ¿eh? —el Capitán le explicaba cosas sobre Gloria, la solitaria.

Nacib quiso servirlo personalmente, trajo trozos de hielo en un plato, porque la cerveza estaba apenas fría.

¡Por fin había llegado el ingeniero!

El «Diario de Ilhéus» había anunciado en la víspera, en primera página y con letras gordas, el desembarco al día siguiente, del navío de la «Bahiana». Con lo que, agregaba ásperamente la noticia, «la sonrisa tonta de los apocados y de los despechados, profetas de la grosería que en su obra impatriótica, que no solamente negaban la venida del ingeniero sino también la propia existencia de cualquier ingeniero en el Ministerio, iba a transformarse en sonrisa amarillenta...

«El día siguiente sería el de las bocas silenciadas, el de la soberbia castigada».

El ingeniero había llegado vía Bahía, desembarcando en Ilhéus aquella mañana.

Violenta había sido la noticia del diario, llena de injurias contra los adversarios. Pero la verdad es que el ingeniero había demorado en llegar, porque hacia más de tres

meses que se anunció su arribo inmediato. Un día —Nacib lo recordaba muy bien, pues aquel día la vieja Filomena había partido, y él había contratado a Gabriela— Mundinho Falcão había desembarcado de un «Ita» proclamando a los cuatro vientos, en una demostración de absoluto prestigio, el estudio y la solución del caso de los bancos de arena. Punto de partida inicial, era la inminente llegada de un ingeniero del Ministerio. Había sido una sensación en la ciudad, por lo menos tan intensa como el crimen del «coronel» Jesuíno Mendonza. Marcó la iniciación de la campaña política para las elecciones de comienzos del año próximo, con la novedad de Mundinho Falcão asumiendo la jefatura de la oposición, arrastrando un montón de gente con él. El «Diario de Ilhéus», en cuyo titular se leía: «noticioso y apolítico», comenzó a castigar a la administración municipal, a atacar al «coronel» Ramiro Bastos, a hacer alusiones sobre el gobierno estadual. El Doctor había escrito una serie de artículos, críticas feroces, blandiendo al anunciado ingeniero como una espada sobre la cabeza de los Bastos.

En su escritorio —toda la planta baja ocupada por el ensacado de cacao— Mundinho Falcão conversaba con plantadores, pero no ya de simples asuntos comerciales, ventas de zafras, o formas de pago. Discutía política, proponía alianzas, anunciaba planes, y daba por ganada la elección. Los «coroneles» oían impresionados. Los Bastos mandaban en Ilhéus desde hacía más de veinte años, prestigiados por los sucesivos gobiernos estaduais; Mundinho, sin embargo, llegaba más alto, su prestigio derivaba del de Río de Janeiro, del propio gobierno federal. ¿No había conseguido, a pesar de la oposición del gobierno del Estado, un ingeniero para que estudiase el hasta entonces insoluble caso del puerto, no se comprometía a resolverlo en poco tiempo?

El «coronel» Ribeirito, que jamás hiciera caso de sus votos, dándolos a ojos cerrados a Ramiro Bastos, había pasado a engrosar las filas del nuevo jefe, se metía en política por primera vez...

Y estaba excitado, viajaba por el interior para conversar con sus compadres, para influir sobre los pequeños labradores. Claro que había quien decía que aquella amistad política nació en el lecho de Anabela, bailarina traída a Ilhéus por el exportador, y que allí abandonara a su compañero para bailar exclusivamente para el «coronel».

«Exclusivamente, afortunado», pensaba Nacib.

Demostrando ejemplar neutralidad política, ella dormía con Tónico Bastos mientras el «coronel» recorría pueblos y ciudades. Y a los dos traicionaba cuando Mundinho Falcão, amigo de variar, le mandaba un recado. Era con él, en definitiva, con quien contaba en caso de ocurrirle cualquier desgracia en esa tierra asustadora, de costumbres brutales.

Otros plantadores, especialmente los más jóvenes y cuyos compromisos con el

«coronel» Ramiro Bastos eran recientes, no llevaban en sí la marca de la sangre derramada, y concordaban con Mundinho Falcão en el análisis y en las soluciones de los problemas y necesidades de Ilhéus: apertura de caminos, aplicación de parte de la renta en los distritos del interior, en Agua Preta, en Pirangi, en Río do Braço, en Cachoeira do Sul, exigir de los ingleses la terminación del ramal del ferrocarril que unía Ilhéus con Itapira, y cuyas obras eternizábanse.

—Basta de plazas y jardines... Precisamos caminos. Se entusiasmaban sobre todo con la perspectiva de la exportación directa, la barra dragada y rectificadora dando pasaje a los grandes barcos. La renta del municipio crecería, Ilhéus sería una verdadera capital. Unos días más y entre ellos estaría el ingeniero...

Pero la verdad es que el tiempo iba pasando, semana tras semana, un mes, otro mes, y el ingeniero sin llegar. Crecía el entusiasmo de los plantadores, sólo Ribeirito se mantenía firme, discutiendo en los bares, prometiendo y amenazando. El «Diario del Sur», semanario de los Bastos, preguntaba por el «ingeniero fantasma, invención de forasteros ambiciosos y malintencionados, cuyo prestigio no pasaba de conversaciones de bar». El propio Capitán, alma de todo aquel movimiento, por más que lo escondiera andaba nervioso, se irritaba en el tablero de «gamão», perdía partidos.

El «coronel» Ramiro Bastos había ido a Bahía a pesar de que sus amigos e hijos no aconsejaban el viaje, tan peligroso para su edad. Volvió una semana después, triunfante. Reunió a los correligionarios en su casa.

Amancio Leal contaba a quien quisiera oírlo, con su voz suave, que el gobernador del Estado había garantizado al «coronel» Ramiro que no existía ingeniero alguno designado por el Ministerio para el puerto de Ilhéus. Aquél era un problema irremediable, ya el secretario de Vialidad del Estado lo había estudiado ampliamente. No existía solución, sería tiempo perdido intentar resolverlo. La solución estaba en la construcción de un nuevo puerto para Ilhéus, en Malhado, fuera de la bahía. Obra de enormes proporciones, que exigía años de estudios antes de pensar en iniciarla. Dependía de millones de pesos, de la cooperación entre los poderes federal, estadual y municipal. Obra de tal magnitud, que los estudios andaban lentamente, como no podía ser de otra manera; estudios múltiples, lentos y difíciles. Pero que ya habían comenzado. El pueblo de Ilhéus debía tener un poco de paciencia...

El «Diario del Sur», publicó un artículo sobre el futuro puerto, elogiando al gobernador y al «coronel» Ramiro. En cuanto al ingeniero, escribía, «había encallado en la orilla para siempre...».

El Intendente, por sugestión de Ramiro, mandó enjardinar una playa más, al lado del nuevo edificio del Banco del Brasil.

Amancio Leal, cada vez que encontraba al Capitán o al Doctor, no dejaba de preguntarles, con una sonrisa de burla:

—¿Y el ingeniero, cuándo llega?

El Doctor respondía, áspero: —Ríe mejor quien ríe último.

El Capitán agregaba:

—No pierde nada con esperar.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar?

Terminaban por beber juntos cualquier cosa. Amancio exigía que ellos pagasen:

—Cuando el ingeniero llegue, yo voy a empezar a pagar.

Quiso hacer la misma broma con Ribeirito, pero el otro se exaltó gritando en mitad del bar:

—No soy hombre de mezquindades. ¿Quiere apostar? Entonces apueste dinero de verdad.

Van diez mil cruzeiros a que el ingeniero viene.

—¿Diez mil cruzeiros? Van veinte mil contra sus diez mil, y le doy un año de plazo. ¿O quiere más? —la voz continuaba suave, la mirada era mala. Nacib y Juan Fulgencio sirvieron de testigos.

El Capitán le insistía a Mundinho para que fuera a Río, a apretar al ministro. El exportador se negaba. La zafra habíase iniciado, no podía abandonar sus negocios en ese momento. Viaje que, por otra parte, era totalmente innecesario, pues la llegada del ingeniero era segura, apenas si se había retrasado por motivos burocráticos. No contaba las dificultades reales, el susto que pasara al saber, por carta de un amigo, que el ministro había dado marcha atrás a la promesa hecha, ante la protesta del gobernador de Bahía. Mundinho puso en juego entonces a todas sus amistades, con excepción de su familia, para la solución del caso. Escribió cartas, envió numerosos telegramas, pidió y prometió. Un amigo suyo habló con el presidente de la República y, cosa que Mundinho jamás llegó a saber, fue el prestigio de Lourival y de Emilio el factor decisivo para resolver la «impasse». Al saber el nombre del autor del pedido, y su parentesco con los influyentes políticos paulistas, el Presidente había dicho al ministro:

—Finalmente, es un pedido justo. El gobernador está al final de su mandato, peleado con mucha gente, ni siquiera sé si será reelecto. No siempre debemos inclinarnos ante la voluntad de los gobiernos estatales...

Mundinho había vivido días de temor, casi de pánico. Si perdía aquella partida, no tenía otra cosa que hacer sino preparar sus maletas e irse para siempre de Ilhéus. A no ser que quisiera vivir desprestigiado, siendo objeto de chistes y bromas. Volver, con la cabeza gacha, fracasado, para ser la sombra de los hermanos...

Había dejado de aparecer, casi, por los bares, por los cabarets, por los sitios en que crecía la maledicencia.

El propio Tónico Bastos, muy discreto, evitando cuanto podía tocar ese tema delante de los partidarios de Mundinho, ya no se contenía, gozando el malhumor de

los adversarios. Cierta vez hasta hubo una trezada entre él y el Capitán, debiendo intervenir Juan Fulgencio para evitar una ruptura de relaciones. Tónico había propuesto, mientras bebían y conversaban:

—¿Por qué, en vez de un ingeniero, Mundinho no trae otra bailarina? Cuesta menos trabajo y sirve a los amigos...

Aquella misma noche, el Capitán había aparecido en casa del exportador, sin hacerse anunciar. Mundinho lo había recibido confuso: —Usted va a disculparme, Capitán, tengo gente en casa. Una joven que vino de Bahía en el barco de hoy. Para distraerme un poco de los negocios...

—Sólo voy a ocuparle un minuto de su tiempo —aquella historia de la muchacha mandada a venir de Bahía irritaba al Capitán—. ¿Sabe lo que Tónico Bastos decía hoy, en el bar? Que usted sólo servía para traer mujeres a Ilhéus. Mujeres y nada más... Ingeniero, eso no.

—¡Tiene gracia! —Mundinho rio—. Pero no se aflija...

—¿Cómo no voy a afligirme? El tiempo está pasando, la llegada del ingeniero...

—Ya sé todo lo que usted va a decirme, Capitán. ¿Piensa que soy un imbécil, que estoy de brazos cruzados?

—¿Por qué no se dirige a sus hermanos? Usted es un hombre que tiene fuerza...

—Eso nunca. Tampoco es necesario. Hoy mandé un verdadero ultimátum. Vaya tranquilo y disculpe el recibimiento.

—Yo he sido quien fue inoportuno... —oía pasos de mujer por el dormitorio.

—Y pregunte a Tónico si él la prefiere rubia o morena...

Días después llegaba el telegrama del ministro anunciando el nombre del ingeniero y la fecha de su embarque para Bahía. Mundinho mandó llamar al Capitán, al «coronel» Ribeirito, al Doctor. «Designado ingeniero Rómulo Vieira». El Capitán asiendo el telegrama, se puso de pie.

—Voy a restregárselo por las narices a Tónico y a Amancio...

—Veinte mil cruzeiros ganados sin esfuerzos... —Ribeirito levantaba las manos—. Vamos a hacer una farra monumental en el Bataclán.

Mundinho recogió el telegrama, y no dejó que el Capitán se lo llevara. Les pidió, inclusive, que guardaran reserva todavía por unos días más, que era de mayor efecto anunciarlo en el diario, cuando el ingeniero ya estuviera en Bahía. En el fondo, temía una nueva ofensiva del gobernador, un nuevo retroceso del ministro. Y solamente una semana después, cuando el ingeniero ya en Bahía avisó su llegada en el próximo barco, Mundinho los convocó nuevamente para mostrarles las cartas y telegramas intercambiados, lo dura y difícil que había sido esa batalla contra el gobierno del Estado. Él no había querido alarmar a los amigos, por eso nunca los había puesto al tanto de los detalles. Pero ahora, cuando ya habían conseguido la victoria, valía la pena que conocieran toda la extensión y el valor de esa victoria. En el bar Vesubio,

Ribeirito mandó servir bebida a todo el mundo y el Capitán, cuyo buen humor reapareció, elevó su copa a la salud del «doctor Rómulo Vieira, libertador de la bahía de Ilhéus». La noticia circuló, salió después en el diario, varios plantadores volvieron a entusiasmarse. Ribeirito, el Capitán, el Doctor citaban trechos de cartas. El gobierno del Estado había hecho de todo para impedir la llegada del ingeniero. Había jugado todo su prestigio, toda su fuerza. El gobernador, por causa del yerno, se había empeñado personalmente. ¿Y quién había vencido? ¿Él, con el Estado en un puño, jefe del gobierno, o Mundinho Falcão, sin salir de su escritorio de Ilhéus? Su prestigio personal había derrotado al gobierno del Estado. Ésa era la verdad indiscutible. Los plantadores asentían con la cabeza, impresionados.

La recepción en el puerto fue festiva. Nacib, habiéndose despertado tarde, lo que ahora le sucedía frecuentemente, no pudo asistir. Pero se había enterado de todo apenas llegara al bar, de boca de Ño-Gallo. Allí habían estado, en el puente, Mundinho Falcão y sus amigos, varios plantadores también, y gran número de curiosos. Tanto se había hablado de ese ingeniero que ahora deseaban ver cómo era él, se había tornado un ser casi sobrenatural. Hasta apareció por allí un fotógrafo, contratado por Clóvis Costa. Juntó a todo el mundo en un grupo, con el ingeniero en el centro, metió la cabeza bajo el paño negro, y demoró media hora en sacar la fotografía. Infelizmente, se perdió ese documento histórico: el negativo se había quemado, el hombre, por lo visto, sólo sabía fotografiar en su atelier.

—¿Cuándo va a comenzar? —quiso saber Nacib.

—Enseguida. Luego de los estudios preliminares. Debo esperar a mis ayudantes, y los instrumentos necesarios, que están en viaje en un barco del Lloyd, vía directa.

—¿Va a durar mucho?

—Es difícil preverlo. Tal vez mes y medio, dos meses, todavía no lo sé...

El ingeniero se interesaba, a su vez:

—La playa es bonita. ¿Es buena para tomar baños de mar?

—Muy buena.

—Pero está vacía...

—Aquí no existe esa costumbre. Solamente Mundinho, y antiguamente el finado Osmundo, un dentista que fue asesinado... De mañanita, bien temprano...

El ingeniero rio:

—¿Pero no está prohibido?

—¿Prohibido? No. Sólo que no es costumbre.

Muchachas del colegio de monjas, aprovechando el día santo, andaban por el comercio haciendo compras, entraban en el bar en busca de bombones y caramelos.

Entre ellas, hermosa y seria, Malvina. El Capitán las presentaba:

—La juventud estudiosa, las futuras madres de familia. Iracema, Eloísa, Zuleika, Malvina...

El ingeniero estrechaba las manos, sonreía, elogiaba: —Tierra de jóvenes bonitas...

—El señor demoró mucho —dijo Malvina, mirando con sus ojos de misterio—. Ya se pensaba que usted no vendría.

—Si yo hubiera sabido que era esperado por señoritas tan bonitas, habría venido hace ya mucho tiempo, aún sin haber sido designado... —¡qué ojos tenía aquella muchacha!, su hermosura estaba no solamente en el rostro y en el cuerpo elegante, sino que parecía venir también de adentro.

El grupo bullicioso partió. Malvina se dio vuelta dos veces, a mirar. El ingeniero anunció:

—Voy a aprovechar este sol y a tomar un baño de mar.

—Vuelva para el aperitivo. Por ahí hacia las once, once y media... Va a conocer medio Ilhéus... Estaba hospedado en el Hotel Coelho. Lo vieron pasar poco después, envuelto en una salida de baño, caminando hacia la playa. Se levantaron para espiarlo desvistiéndose, y vieron su cuerpo atlético vestido apenas con una malla breve, corriendo hacia el mar, cortándolo con brazadas rápidas. Malvina, que fuera a sentarse en un banco del paseo de la playa, lo acompañaba con los ojos.

De cómo se inició la confusión de sentimientos del árabe Nacib

Leyó unas líneas en el diario, aspirando el humo perfumado del cigarro de San Félix. En general, nunca llegaba a fumar todo el cigarro, ni tampoco a leer gran cosa en los diarios de Bahía. Enseguida se adormecía, arrullado por la brisa del mar, abombado por los manjares golosamente devorados, con el inigualable condimento de Gabriela. Roncaba feliz por entre los bigotes frondosos. Aquella media hora de sueño, a la sombra de los árboles, era una de las delicias de su vida, su buena vida tranquila, sin sustos, sin complicaciones, sin problemas graves. Jamás los negocios habían marchado tan bien, crecía la concurrencia al bar, y él acumulaba dinero en el banco; veía próximo a hacerse realidad su sueño de un pedazo de tierra para poder plantar cacao. Nunca hizo un negocio más ventajoso que el de contratar a Gabriela en el «mercado de los esclavos». ¿Quién diría que ella sería tan competente cocinera, quién diría que bajo trapos tan sucios se escondería tanta gracia y hermosura, cuerpo tan cálido, brazos tan cariñosos, aquel perfume a clavo que atontaba...?

Aquel día de la llegada del ingeniero, día de la curiosidad adueñándose del bar, de presentaciones y elogios a granel —«es un narrador de primera»—, cuando todos los almuerzos se habían atrasado en Ilhéus, Nacib había hecho la cuenta del tiempo transcurrido desde el anuncio de su llegada, día por día.

Gabriela volvía a la casa, después de pedir:

—¿Me deja ir al cine hoy? Para acompañar a doña Arminda...

Sacó de la caja un billete de cinco pesos, generoso: —Paga la entrada de ella...

Viéndola partir, agitada y risueña (él no había dejado de pellizcarla y de tocarla mientras comía), contó los días: tres meses y dieciocho días, exactamente. De sofocones, murmullos, agitación, duda y esperanza para Mundinho y sus amigos, para el «coronel» Ramiro Bastos y sus correligionarios. Con ataques en los periódicos, conversaciones secretas, apuestas, chismes, sordas amenazas, y el clima de tensión en aumento. Había días en que el bar parecía una caldera pronta a estallar. Cuando el Capitán y Tónico apenas si se hablaban, y el «coronel» Amancio Leal y el «coronel» Ribeirito apenas si se saludaban.

¡Y para que se vea cómo son las cosas de la vida! Aquellos mismos días fueron de calma, de perfecta tranquilidad de espíritu, de suave alegría para Nacib. Tal vez los más felices de toda su existencia. Jamás había dormido tan serenamente su siesta, despertando alegremente con la voz de Tónico, infatigable visita después del almuerzo para un dedo de amargo que ayudase la digestión, y un dedo de conversación antes de abrir la escribanía. Poco después se les unía Juan Fulgencio, de paso para la papelería. Hablaban de Ilhéus y del mundo, porque el librero era entendido en asuntos internacionales; en cuanto a Tónico, sabía todo cuanto se refería

al mujerío de la ciudad.

Tres meses y dieciocho días había tardado el ingeniero en llegar, exactamente el mismo tiempo transcurrido desde que él contratara a Gabriela. Aquel día el «coronel» Jesuíno Mendonza había matado a doña Sinházinha y al dentista Osmundo. Pero solamente al día siguiente Nacib había tenido la seguridad de que ella sabía cocinar. En la silla perezosa, con el periódico abandonado en el suelo, y el cigarro apagándose casi, Nacib sonreía, recordando... Tres meses y diecisiete días que él comía platos condimentados por ella, cocinera como en toda Ilhéus no había quién se le pudiese comparar. Tres meses y dieciséis días que compartía su lecho, a partir de la segunda noche, cuando un rayo de luna lamía su pierna y en la oscuridad de la habitación saltaba un seno de la rota combinación...

Esa tarde, debido tal vez al anormal movimiento del bar, a la excitación de la presencia del ingeniero, Nacib no conseguía conciliar el sueño, llevado por sus pensamientos.

Al principio no había dado mayor importancia a ninguna clase de estas cosas: ni a la calidad de la comida, ni al cuerpo de la «retirante» en las noches ardientes. Satisfecho con el sabor y la variedad de los platos, solamente les concedió el debido valor cuando la clientela comenzó a crecer,—cuando fue preciso aumentar el número de saladitos y dulces, cuando se sucedían los elogios unánimes, y Plinio Aracá, cuyos métodos comerciales eran de los más discutibles, mandó hacerle una oferta a Gabriela. En cuanto al cuerpo —¡aquel fuego de amor consumiéndola en el lecho, aquella locura de noches pasadas insomnes!— se prendió a él, insensiblemente. En los primeros tiempos, apenas la buscaba ciertas noches, cuando al llegar a casa, por estar ocupada o enferma Risoleta, él no estaba cansado o con sueño. Entonces decidía acostarse con ella, a falta de otra cosa para hacer. Pero esa displicencia había durado poco. Enseguida se había habituado a la comida hecha por Gabriela, y de tal manera que cuando fue invitado a comer con Ño-Gallo, en el día de su cumpleaños, apenas probó los platos; había percibido la diferencia en la delicadeza del condimento. Y sin sentirlo, había ido acrecentando las idas al cuarto de la huerta, olvidando a la experta Risoleta, pasando a no soportar su cariño representado, sus mañas, sus eternas quejas, hasta aquella misma ciencia del amor que ella usaba para sacarle dinero. Terminó por no buscarla más, ni responder a sus esquelas, desde entonces, hacía casi dos meses, no tenía otra mujer sino Gabriela. Ahora llegaba todas las noches a su habitación, tratando de salir del bar lo más temprano posible.

Tiempo bueno, meses de vida alegre, de carne satisfecha, buena mesa y succulenta; de alma contenta, cama de hombre feliz. En la lista de virtudes de Gabriela, establecida por Nacib mentalmente, a la hora de la siesta, se contaban el amor al trabajo y el sentido de la economía. ¿Cómo conseguía tiempo y fuerzas para lavar la ropa, arreglar la casa —¡nunca había estado tan limpia!—, cocinar para las bandejas

destinadas al bar, y el almuerzo y la cena de Nacib? Sin contar que a la noche estaba fresca y descansada, húmeda de deseos, no dándose apenas, sino tomando de él, jamás cansada, somnolienta o saciada. Parecía adivinar los pensamientos de Nacib, se adelantaba a sus deseos, le reservaba sorpresas: ciertas comidas trabajosas que a él le gustaban —«piráo con cangrejo», «vatapá», flores en un vaso al lado de su retrato, en la mesita de la sala de visitas, cambio en dinero chico para ir a la feria, hasta esa idea de ir a ayudarlo en el bar.

Anteriormente, era Chico-Pereza, al volver del almuerzo, quien le traía a Nacib la marmita preparada por Filomena. La barriga del árabe, impaciente, comenzaba a dar las horas. Se quedaba solo, con Pico-Fino, para servir el aperitivo a los últimos clientes. Un día, sin prevenirlo, Gabriela había aparecido con la marmita; venía a pedirle permiso para ir a la sesión espiritista a la que doña Arminda la invitara. Quedó ayudándolos a servir, y luego pasó a venir todos los días. Aquella noche le había dicho:

—Es mejor que yo le traiga la comida, patrón. Así come más rápido, puedo ayudarle también. ¿No le importa? ¿Cómo iba a importarle si la presencia de ella era una atracción más para la clientela? Nacib se dio cuenta en seguida que se demoraban más, que pedían otro trago, y los que eran clientes ocasionales pasaban a serlo permanentes, viniendo todos los días. Para verla, para decirle cosas, para tocarle la mano. Claro que a él no le importaba, era apenas su cocinera, con quien dormía sin asumir ningún compromiso. Ella servíale la comida, le armaba el catre de lona, dejaba la rosa con su perfume. Nacib, satisfecho de la vida, encendía el cigarro, cogía los periódicos, se adormecía en la santa paz de Dios, mientras la brisa del mar le acariciaba los bigotazos florecientes.

Pero esa siesta no conseguía dormir.

Hacía mentalmente el balance de aquellos tres meses y dieciocho días, tan agitados para la ciudad, tan calmos para Nacib. Le gustaría sin embargo, dormitarse por lo menos unos diez minutos en vez de detenerse a recordar cosas sin sentido, y que no tenían importancia.

De repente, sintió que algo le faltaba, que tal vez por eso no conseguía dormir. Le faltaba la rosa que cada tarde encontraba caída en el asiento de su silla perezosa. Él había visto cuando el Juez, sin respetar debidamente su alto cargo, la robara de la oreja de Gabriela Y la pusiera en el ojal del saco...

Un hombre de edad, con sus cincuenta años bien cumplidos, aprovechándose de la confusión en torno del ingeniero para robar la rosa, un juez...

Había sentido miedo de que Gabriela hiciera algún gesto brusco, pero ella hizo como si no hubiese reparado. Ese juez se estaba saliendo de la línea. Antes casi nunca venía por el bar a la hora del aperitivo, y sólo aparecía de vez en cuando, a la tardecita, con Juan Fulgencio o con el doctor Mauricio. Ahora olvidaba todos sus

prejuicios y, siempre que podía, allí estaba en el bar, bebiendo una copa de vino Oporto, rondando a Gabriela.

Rondando a Gabriela...

Nacib se quedó pensando. Sí, rondando, de súbito se daba cuenta. Y no era solamente él, muchos otros también...

¿Por qué sedemoraban más allá de la hora del almuerzo, creando problemas en su casa? ¿No era, acaso, sino para verla, para sonreírle, decirle lisonjas, rozarle la mano, hacerle propuestas, a lo mejor? De propuestas, Nacib sólo conocía una, la que le hiciera Plinio Aracá. Pero ésa estaba dirigida a la cocinera. Muchos clientes del «Trago de Oro» concurrían ahora solamente al bar Vesubio, y Plinio le había mandado ofrecer un sueldo mayor a Gabriela. Infelizmente había escogido mal al mediador confiando el mensaje al negrito Tuísca, fiel al bar Vesubio, leal a Nacib. Así, el propio árabe había sido quien le diera el recado a Gabriela. Ella había sonreído:

—No quiero, no... Sólo si don Nacib me echa...

Él la tomó en sus brazos, porque era de noche, envolviéndose en su calor. Y le aumentó en diez cruzeiros el sueldo.

—No estoy pidiendo, no... —dijo ella.

A veces le compraba unos aros para las orejas, un prendedor para el pecho, recuerdos baratos, algunos que ni siquiera le costaban nada porque los traía de la tienda del tío. Se los entregaba a la noche, ella se enternecía, le agradecía humildemente, besándole la palma de la mano en un gesto casi oriental:

—Mozo bueno, don Nacib...

Broches de diez centavos, aros de un cruzeiro cincuenta, con eso le agradecía las noches de amor, los suspiros, los desmayos, el fuego crepitando inextinguible. Cortes de género ordinario sólo le había regalado en dos oportunidades; otra vez, un par de chinelas, y todo tan poco para sus atenciones, para las delicadezas de Gabriela: los platos de su agrado, los jugos de frutas, las camisas tan blancas y bien planchadas, la rosa caída de sus cabellos en la silla perezosa. Desde arriba, superior y distante, él la trataba siempre como si le estuviese pagando regiamente el trabajo, haciéndole un favor al acostarse con ella.

Mientras tanto, los otros la rondaban en el bar.

La rondaban tal vez en la casa de la «Ladeira de São Sebastián», mandándole recados, haciéndole propuestas, ¿por qué no habría de ser así? No todos habrían de usar a Tuísca de portador, y entonces, ¿cómo él, Nacib, podría saberlo? ¿Qué venía a hacer en el bar el Juez sino a tentarla? La manceba del Juez, una joven mestiza de las plantaciones, había aparecido llena de enfermedades feas, y él la había abandonado.

Cuando Gabriela comenzó a ir al bar, él —¡idiota!— se había alegrado interesándose por las ganancias que le producían las repetidas ruedas, sin pensar en el

peligro de esa tentación diariamente renovada. No podía impedirle que viniera porque dejaría entonces de ganar dinero. Pero era preciso tenerla bajo el ojo, prestarle más atención, comprarle un regalo mejor, hacerle promesas de nuevo aumento. Buena cocinera era algo raro en Ilhéus, y nadie lo sabía mejor que él. Muchas familias ricas, dueños de bares y de hoteles, deberían estar codiciando a su cocinera, dispuestos a hacerle escandalosos sueldos... ¿Y cómo iría a continuar el bar sin los dulces y los saladitos de Gabriela, sin su sonrisa diaria, su momentánea presencia al mediodía? ¿Y cómo iría él a vivir sin el almuerzo y la cena de Gabriela, sus platos perfumados, las salsas oscuras de pimienta, el «cuscuz» por la mañanas?

¿Y cómo vivir sin ella, sin su risa tímida y clara, su color quemado de canela, su perfume de clavo, su calor, su abandono, su voz diciéndole «mozo lindo», el morir nocturno en sus brazos, aquel calor de su seno, aquella hoguera de piernas, cómo? Y sintió entonces cuanto significaba Gabriela. ¡Dios mío!, ¿qué le pasaba, por qué aquel súbito temor de perderla, por qué la brisa del mar era viento helado estremeciendo su gordura? No, ni pensar en perderla, ¿cómo vivir sin ella? Jamás podría gustar de otra comida, hecha por otras manos, condimentada por otros dedos.

Jamás, ¡ay!, jamás podría querer así, desear tanto, necesitar tanto, urgente, permanentemente, otra mujer, por blanca que fuese, por bien vestida y bien cuidada que estuviese, por más rica o bien casada. ¿Qué significaban ese miedo, ese terror de perderla, la rabia repentina contra los clientes que la miraban, que le decían cosas, que le tocaban la mano, contra ese juez ladrón de flores, sin respeto a su cargo? Nacib se preguntaba ansioso: ¿qué era, por fin, o qué sentía por Gabriela, acaso no era una simple cocinera, mulata bonita, sí, color de canela, pero con la que se acostaba por hastío? ¿O no era todo tan simple?

No se animaba a buscar la respuesta.

La voz de Tónico Bastos vino —¡«felizmente»!, respiró aliviado— a arrancarlo de esos pensamientos confusos y atemorizadores. Quedaba para otra vez el sumergirse en ellos, el arrojarse en ellos violentamente.

Apenas se habían recostado en el mostrador, sirviéndose Tónico su «amargo» cuando Nacib, buscando barrer sus melancolías, comenzó diciendo:

—Entonces, el hombre finalmente llegó... Mundinho se apuntó un tanto, ésa es la verdad.

Tónico, sombrío, lo envolvió en una mirada mala: —¿Por qué no cuida sus cosas, turco? Quién se lo avisa es un amigo suyo. En vez de estarse hablando tonterías, ¿por qué no se ocupa de lo suyo?

¿Quería Tónico, evitar el tema del ingeniero, o sabía alguna cosa?

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Cuide de su tesoro. Hay gente que quiere robárselo.

—¿Tesoro?

—Gabriela, bestezuela. ¡Hasta quieren ponerle casa!

—¿El Juez?

—¿Él también? De quien oí hablar fue de Manuel das Onzas.

¿No sería una intriga de Tónico?

El viejo «coronel» estaba muy del lado de Mundinho...

Pero, también era verdad que ahora aparecía en Ilhéus constantemente, que no salía del bar. Nacib se estremeció; ¿vendría del mar aquel viento helado? Agarró de un escondrijo en el mostrador, una botella de cognac sin mezcla, y se sirvió de ella un trago respetable.

Quiso sonsacarle más a Tónico, pero éste renegaba de Ilhéus:

—Es una mierda de tierra, atrasada, que se alborota toda con la presencia de un ingeniero cualquiera. Como si fuese cosa del otro mundo...

De las conversaciones y acontecimientos con auto de fe

Con el correr de la tarde crecieron las nostalgias en el pecho de Nacib como si Gabriela ya no estuviese, o su partida fuese inevitable. Decidió comprarle un regalito; necesitaba un par de zapatos. En la casa, todo el tiempo andaba descalza, y al bar venía con chinelas, no estaba bien eso.

Una vez Nacib le dijo: «conseguiste unos zapatos», jugueteando en la cama, haciéndole cosquillas en los pies. Los tiempos en la plantación, la caminata por el «sertão» hacia el sur, la costumbre de andar por el suelo sin zapatos, no los habían deformado; calzaba el número 36 y apenas si eran un poco desparramados, con el dedo grande, ¡didivertidísimo!, hacia un lado. Cada detalle recordado lo llenaba de ternura y de nostalgia, como si la hubiese perdido. Venía con el paquete calle abajo, llevando unos zapatos amarillos que le parecieron bonitos, cuando avistó la efervescencia al llegar a la Papelería Modelo. No pudo resistir, además, estaba necesitando alguna distracción, y para allá se dirigió. Las pocas sillas frente al mostrador estaban todas ocupadas, y había gente en pie. Nacib sintió dentro suyo renacer, todavía como indecisa llama, la curiosidad. Comentarían sobre el ingeniero o estarían haciendo predicciones sobre la lucha política. Apuró el paso, vio al doctor Ezequiel Prado agitar los brazos.

Escuchó, al llegar, sus últimas palabras:

—... falta de respeto a la sociedad y al pueblo... ¡Qué raro! —no hablaban del ingeniero.

Comentaban el regreso a la ciudad, inesperado, del «coronel» Jesuíno Mendonza, que estuviera recogido en su estancia desde el asesinato de su esposa y del dentista. Hacía poco él había pasado frente a la Intendencia, entrando en casa del «coronel» Ramiro Bastos. Contra ese regreso, que él consideraba ofensivo para la moral de los habitantes de Ilhéus, clamaba el abogado. Juan Fulgencio reía:

—Caramba, Ezequiel, ¿cuándo usted vio a la gente de aquí ofenderse por que anden sueltos por la calle los asesinos? Si todos los «coroneles» culpables de muertes tuviesen que vivir en las estancias, las calles de Ilhéus quedarían desiertas, los cabarets y los bares cerrarían sus puertas, nuestro amigo Nacib, aquí presente, tendría pérdidas. El abogado no estaba de acuerdo. Claro que no estar de acuerdo era su obligación ya que había sido contratado por el padre de Osmundo, para acusar a Jesuíno en el Tribunal, por cuanto el comerciante no confiaba mucho en el fiscal. En casos de crímenes como aquél, muerte por adulterio, la acusación no pasaba de simple formalidad.

El padre de Osmundo, rico comerciante con poderosas relaciones en Bahía, había puesto a Ilhéus en movimiento durante una semana. Dos días después de los entierros desembarcó de un navío, vistiendo luto riguroso. Adoraba a aquel hijo, el mayor de

todos, cuya reciente graduación fue motivo de grandes fiestas. Su esposa estaba sin consuelo, entregada a los cuidados médicos. Él venía a Ilhéus dispuesto a todas las medidas para no dejar al asesino sin castigo. De todo eso se enteró la ciudad entera enseguida, y la figura dramática del padre enlutado conmovió a mucha gente. Y ocurrió algo curioso: en el entierro de Osmundo no hubo casi nadie, apenas alcanzó la gente para las manijas del cajón. Una de las primeras medidas del padre, fue organizar una visita a la tumba del hijo. Encargó coronas en un verdadero desparramo de flores, hizo venir un pastor protestante de Itabuna, salió invitando a todos aquéllos que por uno u otro motivo, habían mantenido relaciones con Osmundo. Hasta la casa de las hermanas Dos Reís fue a golpear, con el sombrero en la mano, y el dolor estampado en los ojos secos.

Quinquina, una noche con terrible dolor de dientes en que creía enloquecer, había sido socorrida por el dentista.

En la sala, el comerciante contó a las solteronas fragmentos de la infancia de Osmundo, su aplicación a los estudios, habló de la pobre madre deshecha, perdida la alegría de vivir, andando por la casa como una demente... Terminaron llorando los tres además de la vieja empleada, que escuchaba atrás de la puerta del corredor. Las Dos Reís le mostraron el pesebre, elogiaban al dentista:

—Un muchacho tan bueno, tan delicado.

¿Y no fue la romería al cementerio todo un suceso, lo opuesto del entierro? Mucha gente: comerciantes, el Gremio Rui Barbosa en pleno, directores del «Club Progreso», el profesor Josué, varios otros. Las hermanas Dos Reís allá estaban, muy encorsetadas, cada una con su ramo de flores. Habían consultado al padre Basilio: ¿no sería pecado visitar la tumba de un protestante?

—Pecado es no rezar por los muertos... —respondió rápidamente el sacerdote.

Verdad es que el padre Cecilio, con su delgadez y su aire místico, había reprobado su gesto. El padre Basilio, al saberlo, comentó:

—Cecilio es un pedante, a quien le gustan más las penas del infierno que los goces del cielo. No se preocupen, yo les absuelvo, hijas mías.

En torno al padre desconsolado y activo iban el doctor Ezequiel, el Capitán, Ño-Gallo, el propio Mundinho Falcão. ¿No había sido él, vecino del dentista, su compañero en los baños de mar? Coronas mortuorias, había tantas como las que faltaron en el entierro; flores en profusión, tantas como las que fueran negadas en el velorio. Un mármol mortuario cubría ahora la tumba rasa, con una inscripción con el nombre de Osmundo, fecha de nacimiento y de muerte y, para que el crimen no fuera olvidado, dos palabras grabadas a buril: Cobardemente asesinado.

El doctor Ezequiel había comenzado a agitar el caso. Requirió la prisión preventiva del plantador, y habiéndola denegado el juez, apeló al Tribunal de Bahía, donde el recurso esperaba su pronunciamiento. Decían que el padre de Osmundo

había prometido cincuenta mil pesos, ¡una fortuna!, si él conseguía meter al «coronel» en la cárcel. Poco duraron los comentarios sobre Jesuíno Mendonza. La sensación del día era el ingeniero. Ezequiel no conseguía transmitir al auditorio su indignación bien remunerada, y también él terminó conversando sobre el caso de los bancos de arena y sus consecuencias.

—Bien hecho, así se romperá la cresta ese viejo bandido.

—¡No me diga que también usted va a apoyar a Mundinho Falcão! —dijo Juan Fulgencio.

—¿Y quién me lo impide? —replicó el abogado—. Acompañé a los Bastos un horror de tiempo, defendí varias de sus causas, y ¿qué recompensa tuve? ¿La elección para consejero? Con ellos o sin ellos, me elijo cuantas veces quiera. A la hora de escoger el presidente del Concejo Municipal prefirieron a Melk Tavares, analfabeto de padre y madre. Y eso que mi nombre ya estaba combinado, segura mi elección.

—Y hace usted muy bien —decía la voz gangosa de Ño-Gallo—. Mundinho Falcão tiene otra mentalidad. Con él en el gobierno cambiarán muchas cosas en Ilhéus. Si yo fuese hombre de influencia estaría cocinándome en esa olla...

Nacib comentó:

—El ingeniero es simpático. Tipo de atleta, ¡eh! Parece más un artista de cine... Va a conmovier la cabeza de muchas chicas...

—Es casado... —informó Juan Fulgencio.

—Separado de la mujer... —completó Ño-Gallo.

¿Cómo sabían ya todas aquellas intimidades del ingeniero? Juan Fulgencio explicaba: él mismo lo había contado después del almuerzo, cuando el Capitán lo llevó a la papelería. La mujer era demente, estaba en un sanatorio.

—¿Sabe quién está en este momento conversando con Mundinho? —preguntó Clóvis Costa, hasta entonces en silencio, con los ojos en la calle, esperando a los vendedores vocear el «Diario de Ilhéus».

—¿Quién?

—El «coronel» Altino Brandáo... Vende su zafra anual a Mundinho. Y puede ser que negocie sus votos también... —cambiaba el tono de voz—. ¿Por qué diablos el diario no está circulando todavía?

El «coronel» Brandáo, de Río do Braço...

El mayor plantador de la zona después del «coronel» Misael. Con él votaba todo el distrito, era una carta importante de la vida política.

Clóvis Costa decía la verdad. En el escritorio de Mundinho, hundido en el sillón mullido, de cuero, el plantador, con botas y espuelas, saboreaba un licor francés, servido por el exportador.

—Pues sí, señor Mundinho, este año el cacao da gusto. Lo que usted necesita es aparecer un día por allá. Pasar unos días con nosotros. Es casa de pobre, pero si usted

nos quiere dar esta honra no morirá de hambre, gracias a Dios. Tiene que ver las plantas cargaditas, todo luciendo a los pies de uno. Estoy comenzando a recogerlo... Da alegría a los ojos ver esa abundancia de cacao.

El exportador palmeaba la pierna del plantador.

—¡Pues acepto su invitación! Voy a pasar uno de estos domingos con usted...

—Véngase el sábado, porque los domingos los hombres no trabajan. Y se vuelve el lunes. Si quiere, es claro, la casa es suya...

—Trato hecho, el sábado estaré allí. Ahora ya puedo salir un poco, estaba amarrado aquí con el asunto de la llegada del ingeniero...

—Dicen que el hombre arribó, ¿qué hay de cierto?

—Es una verdad de a peso, «coronel». Mañana ya estará revolviendo en el puerto. Prepárese para ver dentro de poco al cacao de su plantación salir directamente para Europa desde Ilhéus, o para los Estados Unidos...

—Sí, señor... Quién habría de decirlo... —se sirvió otro trago de licor, espiando a Mundinho con sus ojos astutos—. De primera este aguardiente, cosa fina. No es de aquí, ¿no? —pero sin esperar respuesta continuó—: Dicen también que usted va a ser candidato en las elecciones. Me contaron esa novedad, y quedé sin creerla.

—¿Y por qué no, «coronel»? —Mundinho se sentía contento de que el viejo entrara de lleno en el asunto—. ¿O no tengo cualidades? ¿Piensa tan mal de mí?

—¿Yo? ¿Pensar mal de usted? Dios me libre y me guarde. Usted es más que merecedor. Sólo que... —levantó la copa de licor, exponiéndola al sol—, sólo que usted, como este aguardiente, no es de aquí... —elevaba los ojos hacia Mundinho, espiándolo. El exportador meneó la cabeza: aquél argumento no era nuevo, ya se había acostumbrado a él. Rebatirlo habíase tornado un hábito, una especie de ejercicio intelectual:

—¿Usted nació aquí, «coronel»?

—¿Yo? Soy de Sergipe, soy «ladrón de caballo» como dicen estos tapes de aquí —examinaba los reflejos del cristal al sol—. Claro que ya hace cuarenta años que llegué a Ilhéus.

—Yo llegué hace solamente cuatro, casi cinco. Y soy tan «grapiúna» como usted. De aquí no voy a salir más...

Desarrollaba su argumentación, iba citando al pasar todos los intereses que lo ligaban a la zona, las diversas empresas en que se metiera, o que propiciara. Para terminar con el caso del puerto, la llegada del ingeniero.

El plantador escuchaba mientras preparaba un cigarrillo de paja de maíz y tabaco en rollo, pero de cuando en cuando sus ojillos vivos escrutaban el rostro de Mundinho, como pesando su sinceridad.

—Usted tiene muchas condiciones... Hay otros que vienen aquí sólo pensando en el dinero y, en ninguna otra cosa. Usted, en cambio, piensa en todo, en las

necesidades de la tierra. Lástima que usted no sea casado.

—¿Por qué, «coronel»? —tomaba la botella, casi una obra de arte, para servir nuevamente.

—Discúlpeme usted... Esa bebida es una cosa fina. Pero, para serle franco, prefiero un aguardiente... Ese trago es engañoso: oloroso, azucarado, hasta parece bebida de mujer. Y es fuerte como un toro, emborracha sin que la gente se dé cuenta. El aguardiente no, uno sabe enseguida, no engaña a nadie.

Mundinho sacó del armario una botella de aguardiente:

—Como prefiera, «coronel». ¿Pero por qué yo debería ser casado?

—Pues, si usted me lo permite, le voy a dar un consejo; cácese con una muchacha de aquí, hija de uno. No le estoy ofreciendo a ninguna hija mía: las tres están casadas, y bien casadas, gracias a Dios. Pero hay muchas muchachas lindas aquí y en Itabuna. Así todo el mundo verá que usted no está aquí apenas de visita, para provecho suyo.

—El casamiento es una cosa seria, «coronel». Primero hay que encontrar la mujer con quien uno sueña, el casamiento nace del amor.

—¿O de la necesidad, no es cierto? En las plantaciones, los trabajadores casan hasta con un pedazo de palo si viste polleras. Para tener mujer en casa, para poder acostarse con ella, también para poder conversar. La mujer presta muchos servicios, usted ni siquiera se imagina. Ayuda hasta en la política. Le da hijos a uno, impone respeto. Para lo demás, están las mujerzuelas...

Mundinho reía:

—Usted está queriendo hacerme pagar un precio demasiado alto por las elecciones. Si dependieran de mi casamiento, me temo estar derrotado. No es así como quiero ganar, «coronel». Quiero ganar con mi programa.

Le habló entonces como ya lo hiciera con tantos otros, sobre los problemas de la región, presentando soluciones, trazando caminos y perspectivas, con un entusiasmo contagioso:

—Usted está con toda la razón. Todo cuanto me dice es como las tablas de la ley: verdad pura. ¿Quién puede contradecirlo? —ahora miraba el suelo, también él muchas veces se había sentido amargado por el abandono en que vivía el interior, olvidado por los Bastos—. Si el pueblo de aquí tuviese juicio sería usted quien ganaría. Ahora, si el gobierno lo reconoce, no sé, eso ya es otra cosa...

Mundinho sonrió, pensando que ya había convencido al «coronel».

—Pero hay una cosa: usted tiene la razón, pero el «coronel» Ramiro tiene las amistades, ha hecho servicios a mucha gente, tiene parientes y compadres, todo el mundo está ya acostumbrado a votar por él. Discúlpeme: ¿por qué no hace un arreglo con él?

—¿Qué arreglo, «coronel»?

—Unirse los dos. Usted con su cabeza, su golpe de vista; él con su prestigio, con

los electores. Él tiene una nieta bonita, ¿usted no la conoce? La otra es muy chica, todavía... Hijas del doctor Alfredo.

Mundinho se llenaba de paciencia:

—No se trata de eso, «coronel». Yo pienso de una manera, usted ya conoce mis ideas. El «coronel» Ramiro piensa de otra, para él gobernar apenas si es empedrar las calles o llenar de jardines la ciudad. No veo acuerdo posible. Yo estoy proponiendo un programa de trabajo, de administración. No es para mí que pido los votos, es para Ilhéus, para el progreso de la región del cacao.

El plantador se rascó la cabeza de cabellos mal peinados:

—Vine aquí para venderle mi cacao, don Mundinho, se lo vendí bien y estoy contento.

También estoy contento de la conversación, me enteré de su modo de pensar, —observaba al exportador—. Voto por Ramiro desde hace veinte años. No lo necesité en la época de los barullos. Cuando llegué a Río do Braço no había nadie por allí, los que aparecieron después eran unos culos sucios, y los corrí sin precisar de la ayuda de nadie. Pero estoy acostumbrado a votar por Ramiro, que nunca me perjudicó. Una vez que se metieron conmigo él me dio la razón.

Mundinho iba a hablar, un gesto del «coronel» lo impidió:

—No le prometo a usted nada, porque sólo prometo lo que voy a cumplir. Pero nosotros volveremos a conversar. Eso se lo aseguro.

Se retiró dejando al exportador irritado, lamentando ese tiempo perdido, una buena parte de la tarde. Así se lo dijo al Capitán, que apareció poco después de la partida del señor indiscutible de Río do Braço:

—Un viejo imbécil, queriéndome casar con una nieta de Ramiro Bastos. Gasté mi latín inútilmente. «No le prometo nada pero volveré para conversar otra vez» —imitaba el acento cantado del plantador.

—¿Dijo que iba a volver? Excelente señal —lo animó el Capitán—. Mi amigo, usted todavía no conoce a nuestros «coroneles». Y sobre todo no conoce a Altino Brandáo. No es hombre de medias palabras. Le habría dicho en la cara que se ponía en contra nuestra si su labia no lo hubiese impresionado. Y si él nos apoya...

En la papelería se prolongaba la conversación. Clóvis Costa cada vez más inquieto, habían pasado de las cuatro de la tarde y no aparecían los diarieros con el «Diario de Ilhéus»:

—Voy a la redacción a ver qué diablos pasa.

Muchachas del colegio de monjas, Malvina entre ellas, interrumpían los dimes y diretes, hojeaban libros de la «Biblioteca Color Rosa», Juan Fulgencio las atendía. Malvina recorría con los ojos el estante de libros, hojeaba novelas de Eça de Queiroz, de Aluizio de Azevedo. Iracema se aproximaba con risita maliciosa.

—Allá en casa tengo «El crimen del padre Amaro». Lo tomé para leer pero mi

hermano me lo quitó diciendo que no era lectura para una jovencita... —El hermano era académico de medicina en Bahía.

—¿Y por qué él puede leerlo y tú no? —centellaban los ojos de Malvina, con aquella extraña luz rebelde.

—¿Tiene «El crimen del padre Amaro», don Juan?

—Sí. ¿Quiere llevarlo? Una gran novela...

Iracema se impresionaba con el coraje de la amiga: —¿Vas a comprarlo? ¿Qué van a decir?

—¿Y qué me importa?

Diva compraba una novela para señoritas, prometía prestarla a las demás. Iracema le pedía a Malvina: —¿Después me la prestarás? Pero no le cuentes a nadie. Voy a leerla en casa.

—Estas muchachas de hoy... —comentó uno de los presentes—. Hasta libros inmorales compran. Es por eso que existen casos como el de Jesuíno.

Juan Fulgencio cortaba la conversación:

—No diga idioteces, usted no entiende nada de eso. El libro es muy bueno, no tiene nada de inmoral. Esa muchacha es inteligente.

—¿Quién es inteligente? —quiso saber el Juez apoderándose de la silla dejada por Clóvis.

—Hablábamos de Eça de Queiroz, Ilustrísimo —respondió Juan Fulgencio apretando la mano del magistrado.

—Un autor muy instructivo... —para el Juez todos los autores eran «muy instructivos».

Compraba libros por kilo, mezclando jurisprudencia y literatura, ciencia y espiritismo. Según se comentaba, compraba para adornar el estante e imponerse en la ciudad, pero no leía ninguno de ellos. Juan Fulgencio acostumbraba preguntarle:

—Entonces, Dignísimo, ¿gustó de Anatole France?

—Un autor muy instructivo... —respondía imperturbable el Juez.

—¿No lo halló un tanto irreverente?

—¿Irreverente? Si, un poco. Pero es muy instructivo...

Con la presencia del Juez retornaron las penas de Nacib. Viejo atrevido... ¿Qué habría hecho de la rosa de Gabriela, dónde la abandonaría? Era la hora en que crecía el movimiento en el bar, hora de acabar las conversaciones.

—¿Ya se va, mi querido amigo? —se interesó el juez—. Qué empleada se encontró... Le doy mis felicitaciones. ¿Cómo es el nombre de ella?

Salió.

Viejo sinvergüenza... Y todavía le preguntaba el nombre de Gabriela, viejo cínico, sin respeto por el cargo que ocupaba. Y se hablaba de él para Desembargador...

Al acercarse a la plaza, divisó a Malvina conversando con el ingeniero en la avenida de la playa. La muchacha estaba sentada en un banco, Rómulo de pie a su lado. Ella reía con su carcajada amplia, nunca Nacib la había escuchado reírse así. El ingeniero era casado, la mujer estaba loca en un hospicio, Malvina no tardaría en enterarse. Desde el bar, Josué también miraba la escena, avergonzado, oyendo la cristalina carcajada resonar en la dulzura de la tarde. Nacib sentóse a su lado, simpatizando con su tristeza, solidario. El joven profesor no buscaba esconder el inmenso dolor que le corroía el alma. El árabe pensó en Gabriela: el Juez, el «coronel» Manuel das Onzas, Plinio Aracá, y tantos otros rondándola. El mismo Josué no tenía a menos escribirle rimas. Una calma infinita cubría la plaza aquella tibia tarde de Ilhéus. Gloria se reclinaba en la ventana. Josué, enfurecido de celos, se levantaba volviéndose hacia la ventana prohibida de encajes y senos. Se quitó el sombrero para saludar a Gloria, en un gesto irreflexivo y escandaloso.

Malvina reía en la playa, en aquella dulce tarde de sosiego. Corriendo por la calle, mensajero de buenas y de malas noticias, el negrito Tuísca resoplaba junto a la mesa:

—¡Don Nacib! ¡Don Nacib!

—¿Qué pasa, Tuísca?

—Pegaron fuego al «Diario de Ilhéus».

—¿Qué?

—¿En el edificio? ¿En las máquinas?

—No señor. En los diarios, juntaron un montón en la calle, le echaron querosene y fue una hoguera que ni las de la noche de San Juan...

Del fuego y del agua en diarios y corazones

Algunos afortunados conseguían retirar de las cenizas mojadas ejemplares casi perfectos del diario. Lo que el fuego no consumió, habíase empapado de agua, traída en latas y baldes por obreros, empleados y ayudantes voluntarios, para apagar la hoguera. Las cenizas desparramábanse por las calles, volaban impulsadas por la brisa de la tarde y era persistente el olor a papel quemado.

Trepado en una mesa transportada de la redacción, el Doctor, pálido por la indignación, con voz conmovida, peroraba ante los curiosos amontonados ante el «Diario de Ilhéus»:

—¡Almas de Torquemada, Nerones de mala entraña, caballos de Calígula, les apetece combatir y vencer las ideas, derrotar la luz del pensamiento escrito, con el fuego criminal de incendiarios oscurantistas!

Algunas personas aplaudían, la multitud de chiquilines de fiesta clamaba, batía palmas, silbaba. El Doctor, ante tanto entusiasmo, el «pince-nez» perdido en el saco, extendía los brazos hacia los aplausos, vibrante y conmovido:

—¡Pueblo, pueblo mío de Ilhéus, tierra de civilización y de libertad! Jamás permitiremos, a no ser que pasen por sobre nuestros cadáveres, que venga a instalarse la negra Inquisición para perseguir la palabra escrita. Levantaremos barricadas en las calles, tribunas en las esquinas...

Del «Trago de Oro», en las inmediaciones, desde una mesa instalada junto a una de las puertas, el «coronel» Amancio Leal oía el discurso inflamado del Doctor, brillábale el ojo sano, y le comentó sonriendo al «coronel» Jesuíno Mendonza:

—El Doctor está inspirado hoy...

Jesuíno se extrañó:

—Todavía no habló de los Avila. Un discurso suyo, sin los Avila, no sirve...

Desde allí, de aquella mesa, había asistido al desarrollo de los acontecimientos. A la llegada de los nombres armados, bandidos traídos de las plantaciones, apostándose en las inmediaciones del periódico, en espera de la hora. El cerco perfecto a los «canillitas» que salían de los talleres con los ejemplares. Algunos habían alcanzado a vocear.

—¡«Diario de Ilhéus»! Lean el «Diario de Ilhéus»... La llegada del ingeniero, el gobierno aplastado...

Los diarios habían sido secuestrados de las manos mismas de los «canillitas» atemorizados. Algunos bandidos entraron en la redacción y en los talleres, saliendo con el resto de la edición. Contábase, también, que el viejo Ascendinho, pobre profesor de portugués que se ganaba unos pocos centavos extras en la revisión de los artículos de Clóvis Costa, de los editoriales y noticias, se había borrado (cagado) de miedo, uniendo las manos en una súplica:

—No me maten, tengo familia...

Las latas de kerosene estaban en un camión parado junto al paseo, todo había sido previsto. El fuego crepitó, creció en llamas altísimas lamiendo amenazadoramente las fachadas de las casas, la gente se paraba a mirar la escena sin comprender. Los bandidos, para no perder la costumbre y garantizar la retirada, dispararon unos tiros al aire disolviendo la asistencia. Subieron al camión, y el chofer atravesó las calles centrales tocando la bocina, atropellando casi al exportador Stevenson. Iba disparado como un loco, desapareciendo en dirección a la carretera.

Los curiosos se aglomeraban en las puertas de los negocios, de los depósitos, caminaban hacia el diario. Amancio y Jesuíno ni siquiera se levantaron de la mesa, estratégicamente situada. A un individuo que se colocó en la puerta, impidiéndoles la visión, Amancio le solicitó con su voz suave.

—Salga de adelante, por favor...

Como el hombre no oyera, le apretó el brazo: —Salga, le he dicho...

Después de haber pasado el camión, Amancio levantó su vaso de cerveza, y le sonrió a Jesuíno: —Operación de limpieza...

—Con buen éxito...

Continuaron en el bar, sin dar importancia a la curiosidad que los rodeaba, a la gente que se paraba en el paseo del otro lado de la calle para verlos. Diversas personas habían reconocido a los hombres de Amancio, de Jesuíno, de Melk Tavares. Y a quién dirigiera todo, mandando los hombres, un cierto «rubio», ahijado de Amancio, peleador profesional que vivía haciendo escándalos en casas de las mujeres de la vida. Clóvis Costa había llegado cuando las llamas comenzaban a ser contenidas. Sacó su revólver, y se apostó, heroicamente, en la puerta de la redacción. De la mesa del bar, Amancio comentó con desprecio:

—Ni siquiera sabe agarrar el revólver...

Comenzaron a acudir los amigos, improvisando aquella manifestación. Durante el resto de la tarde diferentes personalidades se allegaron a prestar su apoyo. Mundinho apareció con el Capitán, abrazando a Clóvis Costa.

El periodista repetía:—Son gajes del oficio.

Aquella tarde, quien se paró bajo la ventana de Gloria para satisfacer su hambre de noticias, no fue el negrito Tuísca, extremadamente ocupado en comandar la banda de chiquilines frente a la redacción. Fue el profesor Josué, con el rostro más pálido que nunca, cubiertos de crespones los ojos románticos, de luto el corazón, perdida ya toda la prudencia y la responsabilidad. Malvina paseaba con el ingeniero por la avenida, Rómulo señalaba el mar, informándola tal vez sobre su profesión. La joven escuchaba interesada riendo de vez en cuando. Nacib había arrastrado a Josué hasta el periódico pero el profesor se había quedado apenas unos minutos, interesado únicamente en los acontecimientos que se desarrollaban en la playa, en la

conversación de Malvina y del ingeniero. Las solteronas ya estaban graznando en la puerta de la Iglesia, en torno al padre Cecilio, comentando el incendio.

La risa de Malvina ante el mar, desinteresada totalmente de los diarios quemados, acabó de enfurecer a Josué. Finalmente, ¿no era el ingeniero el responsable? El recién llegado ni se dignaba interesarse por la brusca agitación de la ciudad, pasó entre las solteronas y mientras se acercaba a la ventana de Gloria, los labios carnosos de la mulata se abrieron en una sonrisa.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, profesor. ¿Qué fue lo que pasó?

—Prendieron fuego a la edición del «Diario de Ilhéus». Gente de los Bastos. Por culpa de ese imbécil del ingeniero que llegó hoy...

Gloria miró hacia la avenida de la playa:

—¿El muchacho que está conversando con su festejada?

—¿Mi festejada? Qué esperanza. Simple conocida. En Ilhéus, sólo hay una mujer que me quita el sueño...

—¿Y quién es, si puede saberse?

—¿Puedo decirlo?

—No se cohiba...

En la puerta de la Iglesia las solteronas desorbitaban sus ojos, pero en la avenida Malvina ni se había dado cuenta.

Gabriela en la berlinda

Era un gato vagabundo del «morro», casi salvaje. El pelo sucio de barro, con trozos arrancados, la oreja despedazada, corredor de gatas de la vecindad, luchador sin rival, con aspecto de aventurero. Robaba en todas las cocinas de la «ladeira», era odiado por todas las dueñas de casa y sirvientas, ágil y desconfiado, jamás habían conseguido echarle mano. ¿Cómo hizo Gabriela para conquistarlo, para conseguir que él la siguiera maullando, para que viniese a acostarse en su regazo? Tal vez porque no lo había azotado con gritos y escobas cuando él aparecía, audaz pero prudente, en busca de sobras de la cocina. Le arrojaba trozos de pellejo, colas de pescado, tripas de gallina. Él se había ido habituando, y ahora pasaba la mayor parte del día en el fondo de la casa durmiendo a la sombra de los guayaberos. Ya no parecía tan flaco y sucio, si bien conservaba la libertad de sus noches, correteando por calles y tejados, peleador y prolifero.

Cuando, de vuelta al bar, Gabriela sentábase para almorzar, él venía a restregarse contra sus piernas, a ronronear. Masticaba los bocados que ella le daba, maullando agradecido cuando Gabriela extendía la mano y le acariciaba la cabeza o la barriga. Para doña Arminda aquello era un verdadero milagro. Nunca imaginaría que pudiera ser posible amansar aquel animal tan arisco, hacerlo venir a comer en la mano, dejarse tomar y llevar al regazo, adormecerse en brazos de alguien. Gabriela apretaba el gato contra su pecho, le restregaba el rostro en la cara salvaje, y él apenas si maullaba en sordina, dejando semicerrados los ojos, rascándola levemente con las uñas. Para doña Arminda sólo había una explicación: Gabriela era medium de poderosos efluvios, no desarrollada ni siquiera descubierta, un diamante en bruto para lapidar en las sesiones y ser aparato perfecto de las comunicaciones del más allá. ¿Qué otra cosa sino sus poderosos fluidos podrían domar animal tan bravío?

Sentadas las dos en el batiente de la puerta, la viuda remendando medias, y Gabriela jugueteando con el gato, doña Arminda trataba de convencerla:

—Muchacha, lo que tienes que hacer es no perder ni una sesión. Todavía el otro día el compadre Deodoro me preguntó por ti. «¿Por qué aquella hermana no volvió más? Ella tiene un espíritu-guía de primera. Estaba detrás de la silla de ella». Fue lo que me dijo, palabra por palabra. Una coincidencia, porque yo había pensado lo mismo. Y mirá que el compadre Deodoro es entendido en estos asuntos. No parece, tan joven como es. Pero él, m'hijita, tiene una intimidad con los espíritus, ¡qué hay que ver! Manda y ordena que da miedo. Podrías llegar a ser medium vidente ...

—No quiero, no... No quiero, doña Arminda. Para qué, ¿no es cierto? Es mejor no andar dando vuelta con los muertos, dejarlos en paz. No me gusta eso, no... —rascaba la barriga del gato, cuyo ronronear crecía.

—Pues haces muy mal, m'hija. Así tu guía no puede aconsejarte, no entiendes lo

que él te dice. Andas caminando por la vida como una ciega. Porque un espíritu es lo mismo que el guía para un ciego. Va mostrando el camino a uno, evitándole los tropezones...

—Yo no tengo, doña Arminda. ¿Qué tropezones?

—No se trata solamente de tropezones, sino también de los consejos que él te da. El otro día tuve un parto difícil, el de doña Amparo. El chico estaba atravesado, no quería salir. Yo sin saber qué hacer, don Milton ya con la historia de querer llamar al médico. ¿Quién me ayudó? El finado mi marido que me acompaña, que no me deja. Allá arriba —y señalaba al cielo— ellos saben de todo, hasta de medicina. Él me fue diciendo al oído lo que yo debía hacer. ¡Nació una hermosura de chico!...

—Debe ser bueno ser partera... Ayudar a los inocentes a nacer.

—¿Quién va a aconsejarte? Y tan luego a ti, que tanto necesitas de consejo...

—¿Preciso, por qué, doña Arminda? No sabía...

—M'hijita, que eres una tonta, disculpa que te lo diga. Tonta de marca mayor. Ni sabes aprovechar lo que Dios te dio.

—No diga eso, doña Arminda, que estoy sin entender. Yo aprovecho todo lo que tengo.

Hasta los zapatos que don Nacib me dio. Voy con ellos al bar. Pero, no me gusta, me gusta más andar con chinelas. Andar con zapatos no me gusta, no...

—¿Quién te está hablando de zapatos, tonta? Entonces no ves que don Nacib está loquito, que se le cae la baba, que vive con un pie aquí y otro...

Gabriela rio, apretando el gato contra el pecho: —Don Nacib es un mozo bueno, ¿miedo de qué voy a tener? Él no piensa en echarme, y yo sólo quiero cumplir con él...

Doña Arminda se pinchó el dedo con la aguja ante tanta ceguera:

—Uff... hasta me pinché... Eres más tonta de lo que yo pensaba... Y don Nacib pudiendo dártelo todo... Está rico, don Nacib. Si le pides sedas, te las dará; si le pides una muchacha para que te ayude en el trabajo, él te contratará dos enseguida; si le pides dinero, el dinero que quieras, te lo dará.

—No necesito... ¿Para qué?

—¿Piensas que vas a ser linda toda la vida? Si no aprovechas ahora, después será tarde. Soy capaz de jurar que no le pides nada a don Nacib. ¿No es cierto?

—Para ir al cine cuando usted va, sí. ¿Qué más voy a pedir?

Doña Arminda perdía la calma; arrojó la media con el huevo de madera, el gato se asustó y la miró con ojos malignos:

—¡Todo! Todo, muchacha, todo lo que quieras él te dará —bajaba la voz en un susurro—. Si te sabes manejar, él hasta puede casarse contigo...

—¿Casarse conmigo? ¿Por qué? No necesito, doña Arminda, ¿por qué me voy a casar? Don Nacib es hombre para casarse con una chica buena, de familia, de

representación. ¿Por qué habría de casarse conmigo? No quiero...

—¿Y no quieres ser una señora, mandar en una casa, salir del brazo de tu marido, vestir de lo bueno y de lo mejor, tener representación?

—A lo mejor tengo que estar calzada todo el día... No me gusta... No quiero calzar zapatos. De casarme con don Nacib, hasta me gustaría. Pasarme toda la vida cocinando para él, ayudándolo... —sonreía, ronroneábale al gato, le acariciaba la nariz mojada y fría—. ¡Pero, qué, don Nacib tiene tanto que hacer! No va a querer casarse con una cualquiera como yo, que él ya encontró perdida... No quiero pensar en eso, doña Arminda. Sólo que él estuviese loco...

—Pues yo te digo, m'hija, solamente esto: es cuestión de querer, de saber llevar las cosas con habilidad, dando y negando, dejándolo con agua en la boca. Él anda asustado. Mi Chico me contó que el juez habla de ponerte casa. Él se lo oyó decir a Ño-Gallo. Don Nacib anda con el corazón en la mano...

—No quiero, no... —moría la sonrisa en sus labios—. Me gusta él. Viejo sin gracia ese tal juez.

—Allá está otro más... —susurró doña Arminda, el «coronel» Manuel das Onzas, con su andar de plantador, ascendía la calle. Se paró delante de las mujeres, se quitó el sombrero Panamá, mientras con un pañuelo de color se limpiaba el sudor.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, «coronel» —respondió la viuda.

—Ésta es la casa de Nacib, ¿no? La conocí por la moza —señalaba a Gabriela—. Ando buscando empleada, voy a traer la familia para Ilhéus... ¿No saben de ninguna?

—¿Empleada para qué, «coronel»?

—Hum... para cocinar...

—Por aquí es difícil.

—¿Cuánto le paga Nacib? Gabriela levantaba sus ojos cándidos: —Seiscientos cruzeiros, sí señor...

—Paga bien, no hay duda.

Se hizo un silencio prolongado, el plantador miraba el corredor, doña Arminda recogió sus remiendos, saludó, y quedó escuchando por detrás de la puerta de su casa. El «coronel» sonrió todo satisfecho:

—Para decirle la verdad, no necesito cocinera. Cuando la familia venga traigo una de la plantación. Pero es una pena que una morena como usted esté metida en la cocina.

—¿Por qué, «coronel»?

—Arruina las manos. Depende sólo de usted el largar las cacerolas. Queriendo, le puedo dar de todo, casa decente, empleada, cuenta abierta en la tienda. Me gusta su tipo. Gabriela se levantaba, no dejaba de sonreír, casi agradeciendo.

—¿Qué me dice de mi proposición?

—No quiero, no, discúlpeme. No es por nada, no se ofenda. Estoy bien aquí, no me falta nada. Con permiso, «coronel»...

Sobre el muro bajo, al fondo de la puerta, aparecía la cabeza de doña Arminda llamando a Gabriela: —¿Vio que coincidencia? ¿No te estaba diciendo yo? También quiere ponerte casa...

—No me gusta él... Ni aunque estuviera muriendo de hambre.

—Pero es lo que yo te digo: se trata sólo de querer...

—No quiero, no...

Estaba contenta con lo que poseía, los vestidos de percal, las chinelas, los aros, el prendedor, una pulsera, menos los zapatos que le apretaban los pies. Contenta con el patio, la cocina y su fogón, el cuartito donde dormía, la alegría cotidiana del bar con aquellos mozos lindos —el profesor Josué, don Tónico, don Ari— y aquellos hombres delicados —don Felipe, el Doctor, el capitán— contenta con el negrito Tuísca su amigo, con su gato conquistado al cerro.

Contenta con don Nacib. Era bueno dormir con él, descansar con él, descansando la cabeza en su pecho velludo, sintiendo en las nalgas el peso de la pierna del hombre gordo y grande, ¡un mozo lindo! Con los bigotes le hacía cosquillas en el cuello. Gabriela se estremeció, era bueno dormir con un hombre pero no un hombre viejo, por casa y comida, vestido y zapato. Con un hombre joven sí, dormir por dormir, con un hombre fuerte y lindo, como don Nacib.

Esa doña Arminda, con su espiritismo, estaba quedándose medio loca. Que idea sin pies ni cabeza, ésa de su casamiento con don Nacib. Que era bueno para pensar, ¡ah!, eso sí, era bueno... Darle el brazo, salir a caminar por la calle. Aunque fuese con zapatos que apretaran. Entrar al cine, sentarse junto a él, recostar la cabeza en su hombro cómodo como una almohada. Ir a una fiesta, bailar con Nacib. Tener alianza en el dedo...

Pensar, ¿para qué? No valía la pena...

Don Nacib era hombre para casarse con una muchacha distinguida, toda llena de humos, calzando zapatos, medias de seda, usando perfumes. Muchacha virgen, sin vicio de hombre...

Gabriela servía para la cocina, para arreglar la casa, lavar la ropa, acostarse con hombres. No uno viejo y feo, no por dinero. Por gustar de él, por acostarse con él. Clemente en el camino, el señor en las plantaciones, Zé do Carmo también. En la ciudad, Bebito, estudiante joven, ¡de casa tan rica! Venía despacito, en la punta de los pies, con miedo a la madre. El primero de todos, ella era una chiquilina, había sido su mismo tío. Sí, ella era una chiquilina; y de noche llegó su tío, viejo y enfermo.

De la luz del farol

Bajo el sol ardiente, el dorso desnudo, con la hoz presa a largas varas, los trabajadores recogían los cocos del cacao. Caían con un ruido sordo los frutos amarillos, y mujeres y chicos los reunían y partían con trozos de cuchillos. Se amontonaban los granos de cacao blando, blancos de miel, y eran metidos en las grandes cestas, llevadas luego a lomo de burro. El trabajo comenzaba al rayar el día, terminaba con la llegada de la noche, con un pedazo de charque asado con harina y una «jaca» madura, comido a los apurones a la hora en que el sol caía a plomo.

Las voces de las mujeres se elevaban en los dolientes cantos del trabajo:

*Dura vida, amarga hiel,
soy negro, trabajador.*

Dígame, por favor:

Dígame, por favor:

*¿Cuándo voy a recoger
las penas de mi amor?*

El coro de los hombres en las plantaciones, respondía:

*Voy a recoger cacao
en el cacahuero...*

El grito de los troperos apuraba a los burros, apenas la tropa de cacao blando alcanzaba el camino: «Eh, ¡mula del diablo! ¡Rápido, Diamante!». Montado en su caballo, seguido del capataz, el «coronel» Melk Tavares cruzaba las plantaciones, observando el trabajo. Desmontaba, protestaba contra las mujeres y chicos:

—¿Qué debilidades son ésas? Más rápido, doña, despacio se caza piojos... y se hacían más rápidos los golpes para partir en dos la cáscara de los frutos del cacao, colocados sobre la palma de la mano, la hoja del cuchillo amenazando los dedos cada vez. Más rápido también se hacía el ritmo de la canción llenando las plantaciones, activando a los recolectores:

*El cacao tiene tanta miel,
hay en la planta tanta flor.*

Dígame, don «coronel»,

dígame, por favor:

¿cuándo es que voy a dormir

en la cama de mi amor?

Por entre los árboles, en los caminos de las cobras, pisando las hojas secas, crecía la voz de los hombres recogiendo los cocos más rápidos:

*Voy a recoger cacao
en el cacahuero...*

El «coronel» examinaba los árboles, el capataz les gritaba a los trabajadores, proseguía la dura faena diaria. Melk Tavares se inmovilizaba de repente, preguntando:

—¿Quién recogió por aquí?

El capataz repetía la pregunta, los trabajadores se volvían para ver, el negro Fagundes respondía: —Fui yo.

—¡Ven acá!

Señalaba las plantas de cacao, por entre las hojas cerradas, en los gajos más altos se veían cocos olvidados:

—¿Proteges a los monos? ¿Piensas que yo planto cacao para ellos? Bolsa de pereza, sólo para tirarse...

—Sí patrón. No reparé...

—No reparaste porque no es plantación tuya, ni eres quien pierde dinero. Presta atención de ahora en adelante.

Proseguía su camino, el negro Fagundes levantaba la voz acompañando con los ojos mansos y buenos al «coronel». ¿Qué podía responder? Melk lo había arrancado de las manos de la policía cuando él, borracho, en una ida al poblado casi hizo estallar la casa de las ramerás.

No era hombre de oír callado, pero al «coronel» no podía contestarle. ¿No lo había llevado él, hacía tiempo, a Ilhéus, para pegarle fuego a unos diarios, cosa muy divertida, y no lo recompensó bien, acaso? ¿Y no le había dicho que el tiempo de los barullos estaba volviendo, tiempos buenos para los hombres de coraje y de puntería, así como el negro Fagundes? Mientras esperaba, iba recogiendo cacao, bailando sobre los granos puestos a secar en las barcazas, sudando en la estufa, cubriéndose de miel los pies. Estaban tardando esos anunciados barullos, aquella hoguera en la ciudad no había alcanzado ni para calentarlo. Aun así había sido bueno, había podido ver el movimiento, andar en camión, disparar unos tiros al aire sólo para asustar, y había podido poner los ojos en Gabriela apenas llegara. Iba pasando por enfrente de un bar, y oyó reír, sólo podía tratarse de ella. Lo llevaban a una casa en la que debía quedar hasta la hora de cumplir su misión. El muchacho que los conducía, el «Rubio», de sobrenombre, había respondido a su pregunta:

—Es la cocinera del árabe, un pedazo de azúcar...

El negro Fagundes había disminuido el paso, atrasándose para espiarla.

El «Rubio» lo apuraba, enojado:

—Vamos, negro. No se muestre así, sino arruina el plan. Vamos, rápido.

Al volver a la estancia, en la noche salpicada de estrellas, cuando el sonido del acordeón lloraba en la soledad, le había contado a Clemente. La luz roja del farol creaba imágenes en la negrura de las plantas, ellos veían el rostro de Gabriela, su cuerpo bailando, las piernas largas, los pies caminadores.

—Estaba linda que había que ver...

—¿Trabaja en un bar?

—Cocina para el bar. Le trabaja a un turco, un gordo con cara de buey. ¡Estaba hecha una elegancia!, metida en unas chinelas, lavada y fresca. Mal podía ver a Clemente a la luz del farol, oyéndolo inclinado, callado y pensativo.

—Estaba riendo cuando yo pasé. Riendo con un tipo, un ricacho de éstos. ¿Sabes una cosa, Clemente? Tenía una rosa en la oreja; nunca vi cosa igual. Una rosa en la oreja, Gabriela perdida en la luz del farol...

Clemente se cierra como en un caparazón de tortuga.

—Me metieron en los fondos de la casa del «coronel». Vi a su mujer, una persona enferma, que parecía una imagen. También vi a la hija, desparrama belleza, que es un contento, pero ¡orgullosa!, pasaba por delante de uno sin mirar siquiera. Pero lindura de mujer como Gabriela te digo, Clemente, que no hay otra, no. ¿Qué es lo que ella tiene, Clemente? ¿Me puedes decir?

¿Qué es lo que tenía? ¿Cómo iba a saberlo? No había servido para nada dormir con ella, recostada sobre su pecho, en las noches de camino, de «sertão», de «caatinga», últimamente, de los prados verdes. Nada aprendió, nunca supo nada. Pero alguna cosa tenía, algo que hacía imposible olvidarla. ¿El color de canela? ¿El perfume del clavo? ¿El modo de reír? ¿Cómo iba a saberlo? Un calor tenía, que quemaba la piel, quemaba por dentro, como una hoguera.

—Fue una fogarada de papel, se quemó todo en un instante. Yo estaba queriendo ir a ver a Gabriela, conversar un rato con ella. Pero no hubo forma, a pesar de lo mucho que yo quería.

—¿No la viste más?

La luz del farol lamía la sombra, la noche aumentaba sin Gabriela. Llorar de perros, chistar de lechuzas, silbido de cobras. En el silencio persistía la nostalgia de los dos. El negro Fagundes agarró el farol, y se fue a dormir. En la sombra de la noche, inmensa y solitaria, el mulato Clemente recogió a Gabriela. Su rostro sonriente, sus pies andariegos, sus muslos morenos, los senos erguidos, el vientre nocturno, su perfume a clavo, su color de canela. La tomó en los brazos, la llevó para su cama hecha con varas. Se acostó con ella, reclinada en su pecho.

Del baile con historia inglesa

Uno de los más importantes sucesos de aquel año en Ilhéus, fue la inauguración de la nueva sede de la Asociación Comercial. Nueva sede que era, en realidad, la primera, pues la Asociación fundada pocos años atrás, había funcionado hasta entonces en el escritorio de Aaulfo Passos, su presidente, y representante de firmas del sur del país. En los últimos tiempos la Asociación estaba tornándose un poderoso elemento en la vida de la ciudad, factor de progreso, promoviendo iniciativas, ejerciendo influencias. La nueva sede, edificio de dos pisos, estaba situada en los alrededores del bar Vesubio, en la calle que unía la plaza San Sebastián con el puerto. A Nacib le habían encomendado las bebidas, los dulces y saladitos para la fiesta de la inauguración, y esa vez no tuvo más remedio que contratar dos mujeres para que ayudaran a Gabriela, porque el pedido era grande.

Las elecciones para la presidencia precedieron a la fiesta de la mudanza. Había sido necesario adular a los comerciantes, importadores y exportadores, para que consintieran en que sus nombres figuraran en la mesa directiva. Ahora se disputaban los cargos, porque otorgaban prestigio, crédito en los Bancos, derecho a opinar sobre la administración de la ciudad. Dos listas fueron presentadas, una por la gente de los Bastos, otra por los amigos de Mundinho Falcão.

Actualmente, para todas las cosas, estaban siempre de un lado los Bastos, del otro Mundinho. Una declaración firmada por exportadores, varios comerciantes y dueños de oficinas de importación, había aparecido en el «Diario de Ilhéus» patrocinando una lista, encabezada por Aaulfo Passos, candidato a la reelección, con Mundinho para vicepresidente y el Capitán como orador oficial. Nombres conocidos la completaban. Una declaración similar fue publicada en el «Periódico del Sur», firmada también por varios socios importantes de la Asociación, auspiciando otra lista. Para presidente, Aaulfo Passos, porque en torno a su nombre no había dudas. No era político, y a él se debía el progreso de la Asociación. Para vicepresidente el sirio Maluf, dueño de la mayor tienda de Ilhéus, íntimo de Ramiro Bastos en cuyas tierras, muchos años antes, comenzara con un almacén. Para orador oficial el doctor Mauricio Caires. Además del nombre de Aaulfo Passos, otro se repetía en las dos listas, indicado para el mismo modesto cargo de cuarto secretario: el del árabe Nacib A. Saad. Se esperaba una disputa ácida, ya que las fuerzas se equilibraban. Pero Aaulfo, hombre hábil y bien conceptuado, declaró que sólo aceptaría su candidatura si ambos adversarios llegaban a un entendimiento para la composición de una lista única que reuniera figuras de ambos grupos. No fue fácil convencerlos. Aaulfo, sin embargo, viejo mañero, visitó a Mundinho, alabó su civismo, el constante interés por la tierra y por la Asociación, le dijo cuanto le honraba al tenerlo como vicepresidente. Pero ¿no creía el exportador que era una obligación mantener a la Asociación

Comercial equidistante de las luchas políticas, exactamente como un terreno neutral en el que las fuerzas opuestas pudiesen colaborar para el bien de Ilhéus y de la Patria? Lo que él proponía era unir las dos listas, creando dos vicepresidencias, dividiendo las secretarías, y los dos puestos de tesorero, los de oradores y bibliotecario. La Asociación, factor de progreso, con un gran programa a cumplir para hacer de Ilhéus una verdadera ciudad, debía orillar las lamentables divisiones políticas.

Mundinho concordó, dispuesto hasta a abandonar su candidatura a vicepresidente, propuesta a pesar de su opinión en contrario. Sin embargo, debía consultar a los amigos porque él, a diferencia del «coronel» Ramiro, no dictaba órdenes, nada decidía sin escuchar a sus correligionarios.

—Creo que estarán de acuerdo. ¿Habló ya con el «coronel»?

—Primero quise oírlo a usted. Voy a visitarlo por la tarde.

Con el «coronel» Ramiro el asunto fue más difícil. El viejo se mostró insensible a cualquier argumentación, al comienzo, diciendo coléricamente.

—Forastero sin raíces en estas tierras. No tiene ni un pie de cacao...

—Tampoco yo lo tengo, «coronel».

—Usted es otra cosa. Está aquí desde hace más de quince años. Es un hombre de bien, padre de familia, que no vino aquí para hacerle perder la cabeza a nadie, no trajo a hombres casados para que enamoren a las hijas de uno, ni quiere mandar en todo como si nada de lo hecho sirviera.

—«Coronel», usted sabe que yo no soy político. Ni siquiera soy elector. Quiero vivir bien con todos, trato con unos y con otros. Pero lo cierto es que muchas cosas deben cambiar en Ilhéus, ya no vivimos en aquellos tiempos del pasado, ¿y quién ha cambiado más cosas en Ilhéus que usted?

El viejo, cuya cólera iba en aumento, pronta a estallar, se ablandó con las últimas palabras del negociante:

—Sí, ¿quién cambió más cosas en Ilhéus?... —repitió—. Esto era el fin del mundo, una tapera, como usted debe recordar. Hoy no hay ciudad en el Estado que se iguale a Ilhéus. ¿Por qué no esperaron, por lo menos, a que yo muriera? Estoy a un paso de la tumba. ¿Por qué esa ingratitud al final de mi vida? ¿Qué mal hice yo, en qué ofendí a ese señor Mundinho que apenas conozco?

Ataulfo Passos no sabía qué responder.

Ahora la voz del «coronel» era trémula, la voz de un hombre viejo, terminado.

—No piense que estoy en contra de ciertos cambios, de que se hagan algunas cosas.

¿Pero por qué ese apuro, esa desesperación, como si el mundo se fuera a terminar? Hay tiempo para todo —nuevamente se erguía el dueño de la tierra, el invencible Ramiro Bastos—. No me estoy quejando. Soy hombre de lucha, no tengo miedo. Ese señor Mundinho piensa que Ilhéus comenzó cuando él desembarcó aquí.

Quiere tapar el día de ayer, y eso nadie puede hacerlo. Va a aguantarse una derrota de las buenas, va a pagarme caro esta canallada...

Voy a vencerlo en las elecciones, y después lo arrojaré de Ilhéus. Y nadie me lo va a impedir.

—En eso, «coronel», no me meto. Todo lo que deseo es resolver el caso de la Asociación.

¿Por qué envolverla en estas disputas? Por otra parte, la Asociación es una cosa sin importancia, sólo se ocupa de los negocios, de los intereses del comercio. Si pasase a servir la causa política se iría barranca abajo. ¿Por qué gastar fuerzas, ahora, con esa tontería?

—¿Cuál es su proposición?

Explicó cuál era, mientras el «coronel» Ramiro Bastos oía, apoyado el mentón en el bastón, el delgado rostro rugoso bien afeitado, y un resto de cólera centelleando en los ojos.

—Pues bien, no quiero que digan que arruiné a la Asociación. Yo lo aprecio a usted mucho. Vaya descansado, que yo mismo le explicaré al compadre Maluf. ¿Quedan los dos iguales, sin nada de primero y segundo vicepresidente?

—Igualitos. Muchas gracias, «coronel».

—¿Ya conversó con ese señor Mundinho?

—Todavía no. Primero quise oírlo a usted, ahora voy a hablar con él.

—Es capaz de no aceptar.

—Usted, siendo quien es, aceptó; ¿por qué se va a negar él?

El «coronel» Ramiro Bastos sonrió, ¡era él el primero! Así fue como Nacib se vio elegido cuarto secretario de la Asociación Comercial de Ilhéus, compañero de Ataulfo, Mundinho, Maluf, del joyero Pimenta, y de otras personas importantes, inclusive del doctor Mauricio y del Capitán. Casi, le dio más trabajo a Ataulfo resolver el problema del orador oficial que todo lo demás. Mucho costó convencer al Capitán de que se conformara con el cargo de Bibliotecario, el último de la lista. Pero ¿acaso él no era orador oficial de la «Euterpe 13 de Mayo»? El doctor Mauricio no era orador de ninguna sociedad. Además con la substanciosa partida de dinero votada para la Biblioteca, ¿quién sino el Capitán, con suficiente competencia para elegir y comprar libros? Aquélla sería, en realidad, la biblioteca pública de Ilhéus, donde jóvenes y viejos vendrían para leer e instruirse, abierta a toda la población.

—Eso es pura bondad suya. Ahí están Juan Fulgencio, el Doctor... Elementos óptimos...

—Pero no son candidatos. El Doctor ni es socio de la Asociación, y nuestro querido amigo Juan, no acepta cargos. Únicamente usted, ¿a quién iríamos a poner, sino? Orador, y el mayor de la ciudad, es usted, sin dudas.

La fiesta de la instalación de la sede y de la posesión de la nueva comisión, fue

digna de ser vista y comentada. A la tarde, con champagne y discursos en la gran sala que ocupaba toda la planta baja, donde debería funcionar la biblioteca se realizaron reuniones y conferencias (en el segundo piso estaban todos los otros servicios y la secretaría), y las nuevas autoridades fueron puestas en posesión de sus cargos. Nacib se había mandado hacer ropa nueva, especialmente para el acto. Flamante corbata, zapatos brillantes, un solitario en el dedo, hasta parecía un «coronel» dueño de estancias.

Por la noche fue el baile, con el bufet provisto por él (Plinio Aracá anduvo desparramando que Nacib había aprovechado el cargo para cobrar un dineral, ¡mentira injusta!, variado y sabroso. Había bebidas a discreción, excepto aguardiente. En las sillas apoyadas contra las paredes, en un revolotear de risas, las jóvenes esperaban ser sacadas a bailar. En las salas del segundo piso, abiertas e iluminadas, señoras y caballeros masticaban los dulces y los saladitos de Gabriela, conversando, diciendo que ni en Bahía se veía una fiesta como ésa, tan distinguida.

La orquesta del Bataclán tocaba valeses, tangos, foxtrots, polcas militares. Aquella noche no se bailaba en el cabaret. Pero ¿acaso no estaban en la Asociación todos los «coroneles», comerciantes, exportadores, empleados de comercio, médicos y abogados? El cabaret dormitaba desierto, en él alguna que otra mujer permanecía en una espera inútil.

Viejas y jóvenes cuchicheaban en la sala de baile, detallando vestidos, joyas, adornos, maliciando romances, sospechando noviazgos. En el más bello vestido de noche mandado venir de Bahía, Malvina era la imagen del más vivo y comentado escándalo. Nadie desconocía ya en la ciudad la condición de hombre casado del ingeniero, separado de la mujer. Loca incurable, internada en un hospicio, es cierto. Pero ¿qué importaba eso?; siempre era un hombre sin derecho a mirar a muchacha soltera, casadera. ¿Qué tenía él para ofrecerle además de la deshonra, o cuanto menos, hacerla pasto de murmuraciones, dejarla en la boca de todo el mundo, sin poder ya casarse? Sin embargo, ellos no se dejaban, eran la pareja más constante del baile, sin perder un vals, una polca, un foxtrot.

Rómulo bailaba el tango argentino mejor que el finado Osmundo. Malvina, con las mejillas sonrosadas, los ojos profundos, parecía envuelta en un sueño, tan leve que parecía volar en los brazos atléticos del ingeniero. Un murmullo corría por las sillas apoyadas en las paredes, subía por las escaleras, desparramábase por los salones. Doña Felicia, madre de Iracema, la fogosa morena de los flirteos en el portón, prohibía a la hija andar con Malvina. El profesor Josué mezclaba bebidas, hablaba en voz alta, representaba la indiferencia y la alegría. Los acordes de la música iban a morir en la plaza, entraban por la ventana de Gloria, acostada con el «coronel» Coriolano, que viniera para asistir al acto de la tarde. A bailes no asistía, porque ésas eran cosas para jóvenes. Su baile era aquél, en la cama de Gloria.

Mundinho Falcão descendía a la sala de baile. Doña Felicia pellizcaba a Iracema, secreteándole:

—Don Mundinho te está mirando. Te viene a sacar para bailar.

Casi empujaba a la hija en los brazos del exportador. ¿Qué partido mejor que ése en todo Ilhéus? Exportador de cacao, millonario, jefe político y muchacho soltero. Sí, soltero, capaz de casarse.

—¿Me permite el honor? —preguntaba Mundinho.

—Con mucho gusto... —se erguía doña Felicia, con un saludo.

Iracema, de vigor pujante, lánguida y fingida, recostábase en él. Mundinho sentía los senos de la muchacha, el muslo que lo rozaba, la apretó suavemente:

—Es la reina de la fiesta... —le dijo él.

Iracema se recostó más, respondiendo: —Pobre de mí... Nadie me mira.

Doña Felicia sonreía en su silla; Iracema concluiría el curso en el colegio de hermanas a fin de año, llegaba ya el tiempo de casarla.

El «coronel» Ramiro Bastos se había hecho representar en el acto por Tónico. El otro hijo, Alfredo, estaba en Bahía, ocupado en la Cámara. A la noche, en el baile, Tónico acompañó a doña Olga, comprimida la gordura en un vestido rosa y juvenil, ridículo. Con ellos había venido la sobrina mayor, de desmayados ojos azules y piel fina de madreperla. Muy compenetrado en su papel, y respetable, Tónico ni miraba a las mujeres, ocupado en hacer girar aquella montaña de carnes que Dios y el «coronel» Ramiro le habían dado por esposa.

Nacib bebía champagne. No para aumentar el consumo de bebida cara y ganar más dinero, como mascullara el despechado Plinio Aracá, sino para olvidar padecimientos, ahuyentar el miedo que no lo abandonaba más, los temores que lo perseguían día y noche. El cerco alrededor de Gabriela crecía y se estrechaba. Le mandaban recados, proposiciones, esquelitas de amar. Le ofrecían sueldos astronómicos a la codiciable cocinera; casa puesta, lujo de las tiendas, a la mujer incomparable. Hasta hacía pocos días, cuando Nacib se sentía menos triste debido a aquella elección de cuarto secretario, había pasado una cosa que era suficiente para mostrarle hasta dónde llegaba la audacia de esa gente.

La esposa de Míster Grant, director del ferrocarril, no tuvo a menos ir a la casa de Nacib para hacerle propuestas a Gabriela. Ese Grant era un inglés ya de edad, delgado y callado, que vivía en Ilhéus desde 1910. Lo conocían y lo trataban simplemente por Míster. La esposa, una gringa (por costumbre, extranjero) alta, y rubísima, de modales desenvueltos y un tanto masculinos, no soportaba Ilhéus, viviendo en Bahía desde hacía dos años. De aquella estadía suya en la ciudad quedaba el recuerdo de su figura entonces extremadamente joven, y una cancha de tennis que hiciera construir en los terrenos del ferrocarril, invadida por el pasto después de su partida. En Bahía, daba grandes comidas en su casa de la Barra

Avenida, corría en su automóvil, fumaba cigarrillos, se comprobaba que recibía a los amantes a plena luz del día. Mister Grant, no salía de Ilhéus, adorando el buen aguardiente que allí se fabricaba, jugando al póquer con los dados, embriagándose indefectiblemente todos los sábados en el «Trago de Oro», yendo todos los domingos a cazar por los alrededores. Vivía en una bella casa rodeada por jardines, sólo con una india de la que tuvo un hijo. Cuando la esposa aparecía en Ilhéus, dos o tres veces por año, traía regalos para la india, grave y silenciosa como un ídolo. Y apenas el niño cumplió los seis años, la inglesa lo llevó consigo a Bahía, donde lo educaba como si se tratara de su propio hijo. En los días de fiesta, en un mástil plantado en el jardín del Mister, flameaba la bandera de Inglaterra, pues Grant era el vicecónsul de Su Graciosa Majestad Británica en Ilhéus.

Hacía pocos días que la «gringa» desembarcó en el puerto, ¿cómo se había enterado de la existencia de Gabriela? Había mandado comprar al bar saladitos y dulces, un día subió la «Ladera de São Sebastião», golpeó las manos a la puerta de la casa de Nacib, y se demoró examinando la risueña cara de la empleada.

—Very well!

Mujer sin compostura, decían horrores de ella: que bebía tanto o más que un hombre, que iba a la playa semidesnuda, que le gustaban sobremanera los adolescentes casi niños, hasta se llegó a decir que le gustaban las mujeres. Propuso a Gabriela llevarla a Bahía, darle un sueldo que era imposible conseguir en Ilhéus, vestirla con elegancia, darle franco todos los domingos. No había hecho cumplido, no, había ido directamente a golpear la puerta de Nacib.

Gringa desvergonzada...

¿Y no le había ocurrido al juez pasearse, después de las audiencias, por la Ladera? ¿Cuántos soñaban ponerle casa a ella, tenerla de amante? Otros, más modestos, apenas si suspiraban por una noche con Gabriela, detrás de las rocas de la playa, por donde las parejas sospechosas iban a pasear en la oscuridad. Cada día se hacían más atrevidos, perdían la cabeza en el bar secreteándole cosas y se había hecho obligado el paseo a la casa de Nacib. Muchas noticias llegaban al mostrador del árabe, a sus oídos.

Cada tarde Tónico tenía una novedad para contarle, y hasta Ño-Gallo le había hablado del peligro.

—Toda mujer, hasta la más fiel, tiene sus flaquezas...

Doña Arminda, con sus espíritus y sus coincidencias, le había dicho que Gabriela era una tonta en rechazar tantas ofertas tentadoras.

—Total, a usted no le importa si ella se va, ¿no es cierto, don Nacib?

No le importaba...

Si no pensaba en otra cosa, buscando soluciones; perdía el sueño, no dormía más la siesta rumiando miedos en la perezosa. ¡Mi Dios, si hasta el apetito comenzaba a

perder, y ya estaba adelgazando! Recibiendo las felicitaciones en la fiesta, golpecitos en el hombro, abrazos, cumplidos, ahogaba en champagne sus temores, las preguntas que le llenaban el pecho. ¿Qué significaba Gabriela en su vida, hasta dónde debía ir para guardarla? Buscaba la compañía melancólica de Josué, pero el profesor naufragaba en vermouth, protestando:

—¿Por qué diablos no hay aguardiente en esta fiesta de mierda? ¿Dónde quedaron sus palabras bonitas, sus versos rimados?

Hubo dos sensaciones más en el baile. Una fue cuando Mundinho Falcão, rápidamente harto de la fácil Iracema (no era hombre para ir a flirtear en los portones o en las matinés de los cines, para besitos y refregones), reparó en una muchacha rubia de piel fina de madreperla, de ojos color azul celeste.

—¿Quién es? —preguntó.

—La nieta del «coronel» Ramiro, Perusa, la hija del doctor Alfredo.

Sonrió Mundinho, pareciéndole divertida la idea.

Ella estaba, imagen de la hermosura adolescente, al lado del tío y de doña Olga.

Mundinho esperó que la orquesta comenzara, se encaminó, y tocó a Tónico en un brazo:

—Permítame saludar a su señora y a su sobrina. Tónico tartamudeó presentaciones, luego, como hombre de mundo que era, se dominó.

Cambiaron palabras amables, y Mundinho preguntó a la joven:

—¿Baila?

Respondió con una leve inclinación de cabeza, sonriendo. Salieron a bailar, y la emoción creció en la sala en la que ciertas parejas perdieron el paso a fuerza de volverse para mirar. Creció el murmullo de las señoras, del piso de arriba bajaba gente para ver qué sucedía.

—¿Así que usted es el tan mentado ogro? No parece...

Mundinho rio:

—Soy un simple exportador de cacao.

Entonces le tocó a la joven reírse, y la conversación continuó. El otro espectáculo fue Anabela. Había sido idea de Juan Fulgencio que jamás la viera bailar, porque no frecuentaba cabarets. A medianoche, cuando más animada estaba la fiesta, se apagaron casi todas las luces y la sala quedó en penumbra, Ataulfo Passos anunció:

—La bailarina Anabela, conocida artista carioca. Para las señoras y señoritas que aplaudían entusiasmadas, ella bailó con las plumas y los velos. Ribeirito, al lado de su mujer, triunfaba. Los hombres allí presentes sabían que le pertenecía aquel cuerpo delgado y ágil, que danzaba para él, sin malla, sin plumas y sin velos. El Doctor, solemne, dejaba caer esta afirmación: —Ilhéus se civiliza a pasos agigantados. Hasta no hace pocos meses el arte estaba desterrado de los salones. Esa talentosa Terpsícore era relegada a los cabarets, se exilaba su arte a las cloacas. La Asociación Comercial

recogía el arte de las cloacas, lo traía al seno de las mejores familias.
Los aplausos atronaban.

De los viejos métodos

Mundinho Falcão cumplió finalmente la promesa hecha al «coronel» Altino, yendo a visitar sus estancias. No aquel sábado marcado, sino un mes después, y a instancias del Capitán. El recaudador de impuestos concedía gran importancia a la conquista de Altino diciendo que, si lo ganaban, obtendrían la adhesión de varios plantadores, que aún vacilaban, no obstante haber comenzado los estudios de los bancos de arena. No cabía dudas que la llegada del ingeniero había significado la derrota para el gobierno de Bahía, Y un impacto, un tanto apuntado por Mundinho. La propia reacción de los Bastos, violenta, quemando una edición del «Diario de Ilhéus» lo probó. En los días siguientes, algunos «coroneles» aparecieron en la oficina de la casa exportadora para solidarizarse con Mundinho, y ofrecerle sus votos. El Capitán alineaba guarismos en una columna, sumaba votos en el papel. Conociendo los hábitos políticos imperantes, no quería adelantar una victoria apretada. El reconocimiento, tanto de los diputados en la Cámara Federal o en la estadual, cuanto del Intendente y de los consejeros municipales, sólo podría descontarse luego de una victoria brutal, aplastante. Y aún así, no sería muy fácil obtener el reconocimiento. Para eso, él creía contar con las amistades del exportador en el escenario político federal, y con el prestigio de la familia Mendes Falcão. Pero era preciso vencer por amplio margen.

Retornó la calma a la ciudad, por lo menos aparentemente, después de los últimos acontecimientos. En ciertos círculos de Ilhéus crecía la simpatía en torno a Mundinho. Había mucha gente asustada por el retorno de los métodos violentos evidenciado con la hoguera de los periódicos. Mientras mandaran los Bastos, decían, no llegaría a su fin el reinado de los bandidos. Pero el Capitán sabía que esos comerciantes, esos empleados de tiendas y negocios, esos trabajadores del puerto, significaban pocos votos. Los votos pertenecían a los «coroneles», sobre todo a los grandes plantadores, dueños de distritos, compadres de medio mundo y también dueños de la máquina electoral. Ésos, sí, eran los que decidían.

La casa del «coronel» Altino Brandáo, en Río do Braço, quedaba al lado de la estación, rodeada de balcones, enredaderas que subían por las paredes, flores variadas en el jardín, quinta con numerosos árboles frutales. Todo admiraba a Mundinho, que llegó a pensar si no tendría razón el Capitán cuando decía que el rico plantador era un tipo raro en Ilhéus, de mentalidad abierta. En aquella zona no se había conservado la tradición de las cómodas casas solariegas de la época de las plantaciones de azúcar, sus delicadezas ni sus lujos. En las plantaciones y en los poblados, las casas de los «coroneles» carecían, muchas veces, de las más elementales comodidades. Erguíanse en las plantaciones sobre estacas, debajo de las cuales dormían los Puercos. Cuando no, próximo quedaba siempre el chiquero, como una defensa contra las innumerables cobras de veneno mortal. Los cerdos las mataban, protegidos contra el veneno por la

gruesa capa que los recubría. De la época de los barullos había quedado una cierta sobriedad en el vivir, que sólo desde hacía poco tiempo se estaba perdiendo en Ilhéus e Itabuna, donde los «coroneles» comenzaban a comprar y a construir buenas residencias, bungalows y hasta palacetes. Eran los hijos, estudiantes en las facultades de Bahía, quienes los obligaban a abandonar los hábitos frugales.

—Es un honor que nos hace... —había dicho el «coronel» al presentarlo a su señora en la sala bien amueblada, en cuya pared se veían los retratos en colores de Altino y su mujer, cuando más jóvenes.

Lo llevó después al cuarto de huéspedes, regio, con colchón de lana, sábanas de hilo, colcha bordada, y el olor de la alucema quemada perfumando el aire.

—Si usted está de acuerdo, le propongo montar luego del almuerzo. Así tendremos tiempo de ver el trabajo de las plantaciones. Dormir en las «Aguas Claras», bañarnos en el río mañana por la mañana, y dar una vuelta a caballo para ver la estancia. Almorzar unas piezas de caza por allá, y regresar para la cena.

—Perfecto. Estoy totalmente de acuerdo.

La estancia «Aguas Claras», del «coronel» Altino, incluía una inmensa extensión de tierras, y estaba cerca del poblado, a menos de una legua. Más alejado, poseía otra estancia, donde aún quedaban bosques por derribar.

Los platos se sucedieron en la mesa, pescado de río, aves diversas, carne de buey, de carnero y de cerdo. Y eso que almorzaban en familia, porque los domingos era la comida de los invitados.

Por la noche, en la estancia (después que Mundinho viera a los trabajadores en la recolección, en los «cóchos» (vasija) de cacao tierno, en las barcazas, revolviendo el cacao al sol en una danza de pasos menudos), conversaron a la luz de las lámparas de kerosene. Altino contaba historias de bandidos, hablaba de los tiempos pasados, cuando conquistara la tierra. Algunos trabajadores, sentados en el suelo, participaban de la conversación recordaban detalles. Altino señalaba a un negro:

—Ese hace veinticinco años que está conmigo. Apareció por aquí huyendo, era hombre de los Badaró. Si tuviese que cumplir penas por los hombres que despachó, no le alcanzaría la vida.

El negro sonreía mostrando los dientes blancos, mascando un pedazo de tabaco; tenía las manos callosas, los pies cubiertos con la costra formada por la miel seca del cacao:

—¿Qué va a pensar el mozo de mí, «coronel»?

Mundinho quería conversar de política, ganar al rico plantador para su causa. Pero Altino evitaba el asunto, apenas se había referido —y eso durante el almuerzo en Río do Braço— a la fogata hecha con la edición del «Diario de Ilhéus». Habíala reprobado: —Muy mal hecho... Eso es cosa de otro tiempo que ya pasó, gracias a

Dios. Amancio es un buen hombre pero con un carácter de mil diablos, ni sé como está vivo. Fue herido tres veces en los barullos, quedó con un ojo vaciado y perdió un brazo.

Y no se enmienda.

Melk Tavares tampoco fue hombre de jugar con él, sin hablar del pobre Jesuíno... Nadie está libre de cometer una desgracia, y Jesuíno no tenía otro reme dio. ¿Pero por qué se mete a quemar diarios? Muy mal hecho...

Buscaba espinas en el pescado:

—Pero, usted, perdóneme que se lo diga, tampoco actuó bien. Ése es mi modo de pensar.

—¿Por qué? ¿Por qué el diario estaba violento? Las campañas políticas no se hacen con elogios a los adversarios.

—Que su diario está sabroso, no lo niego. Hay cada artículo que da gusto leerlo... Oí decir que es el Doctor quien escribe, ese tiene más tuétano en la cabeza que Ilhéus entero. Hombre inteligente... Me gusta oírlo hablar, parece un sabio. En eso usted tiene razón. Un diario es para castigar, para aplastar al enemigo. Está en lo cierto, hasta yo me suscribí. No hablo de eso, no.

—¿De qué, entonces?

—Don Mundinho, estuvo mal quemar el diario. No lo apruebo. Pero ya que ellos quemaron, usted estaba en su derecho. Como Jesuíno. ¿Él quería matar a la mujer? No no quería. Pero ella le puso los cuernos, y él no tenía otro remedio que matarla, sino quedaba más desacreditado que buey de carro. ¿Por qué usted no quemó el diario de ellos, no los ejemplares sino la casa, por qué no destrozó las máquinas? Discúlpeme, pero era lo que usted debió haber hecho, sino van a andar diciendo que usted es muy bueno y tal, pero que para gobernar Ilhéus e Itabuna es preciso ser muy macho, no bajar la cabeza.

—«Coronel», yo no soy cobarde, créame. Pero como usted mismo dice, esos métodos corresponden a un tiempo pasado. Es exactamente para cambiarlos, para terminar con ellos, para hacer de Ilhéus una tierra civilizada que entré en política. Además, dónde iba a encontrar los hombres necesarios, que yo no los tengo...

—Caramba, por eso no... Usted tiene amigos, gente decidida como Ribeirito. Yo mismo previne a unos hombres, pensando: quién sabe si don Mundinho necesitará y me manda pedir gente prestada...

Sobre política fue todo cuanto conversaron, y Mundinho no sabía qué pensar. Tenía la impresión de que el «coronel» lo trataba como a una criatura, divirtiéndose con él. En la noche pasada en la plantación, Mundinho intentó conducir la conversación hacia la política, sin que Altino respondiera, hablando siempre de cacao. Volvieron hacia Río de Braço, después de un almuerzo delicioso: carnes de diferentes animales, «cotias», «pacas», venados, y una más deliciosa que ninguna y

que Mundinho vino luego a saber que se trataba de carne de «macaco jupará». En el poblado hubo una comida con bombos y platillos, con estancieros, comerciantes, el médico, el farmacéutico, el sacerdote y cuantos eran de importancia en la localidad. Altino había hecho venir tocadores de acordeón y guitarra, improvisadores de desafíos, sobre todo a un ciego que era maravilloso en las rimas. En cierto momento, el farmacéutico preguntó a Mundinho como iba la política. Ni tuvo tiempo de responder, porque Altino atajó bruscamente:

—Don Mundinho vino aquí a hacer visitas, no a hacer política —y habló de otras cosas.

El lunes el exportador regresó. ¿Qué diablos quería ese «coronel» Altino Brandáo? Él mismo había venido a venderle su cacao, más de veinte mil arrobas, abandonando a Stevenson. Para Mundinho ése era un negocio de primera. El «coronel» no tenía mayores compromisos con los Bastos, y sin embargo ni quería oír hablar de política. O él, Mundinho, no entendía nada, o el viejo era loco. ¡Aconsejándole prender fuego a los edificios, aplastar máquinas, quizá hasta a matar gente!

El Capitán decía que él no comprendía a los «coroneles», su manera de pensar ni de actuar. Sobre aquella idea de vengarse en el «Periódico del Sur» del incendio idiota de los ejemplares del «Diario de Ilhéus»: el Capitán había dicho, pensativamente:

—No deja de tener razón. Yo también llegué a pensar en eso. La verdad es que esa gente de los Bastos necesita una lección. Alguna cosa que muestre al pueblo de aquí que ellos no son más los dueños de la tierra, como antes. He pensado mucho en eso. Hasta conversé con Ribeirito.

—¡Cuidado, Capitán! No vamos a hacer estupideces. A las violencias vamos a responder con los remolcadores, con las dragas para la bahía.

—A propósito, ¿cuándo ese ingeniero suyo va concluir los estudios y va a mandar venir las dragas? Nunca vi tanta demora...

—No es cosa fácil, ni de pocos días. Él está trabajando el día entero. No pierde un minuto.

Más rápido no puede ser.

—Trabaja de día y de noche —rio el Capitán—. De día en la bahía, de noche en el portón de Melk Tavares. Se encaprichó con su hija, es un romance de los fuertes... Más o menos una semana después de la visita a Río de Braço, saliendo Mundinho del Club Progreso, de una reunión de la comisión directiva, avistó al «coronel» Altino, de espaldas, en las proximidades de la casa de Ramiro Bastos. Divisó también, en la ventana, a la rubia Jerusa, se quitó el sombrero y ella le retribuyó el saludo con la mano. Lo que revelaba, cuando menos, sentido del humor, ya que Ribeirito había expulsado de Guarací, un pueblito cercano a su estancia, el día anterior, a un

protegido de los Bastos, empleado de la Intendencia.

El hombre había llegado a Ilhéus en demanda de auxilio, rotos a palos los huesos, vestido con unas ropas prestadas que eran enormes para su cuerpo, pues a cuero limpio debió ganar el camino, a pie, la noche de la zurra...

Del pájaro «sofré»

Nacib no podía más, había perdido el sosiego, la alegría, el gusto de vivir. Hasta dejó de atusarse la Punta de los bigotes, que caían ahora marchitos sobre la boca sin sonrisa. Era una preocupación sin fin, un pensar continuo, como para consumir a un hombre, quitarle el sueño y el apetito, adelgazarlo y dejarlo sin voluntad, melancólico. Tónico Bastos apoyábase en el mostrador, servíase un «amargo» mientras miraba, irónico, la silueta abatida del dueño del bar:

—Está decayendo, árabe. No parece el mismo. Nacib asentía con la cabeza, desanimado.

Sus grandes ojos ojerosos se posaron en el elegante escribano. Tónico había crecido en su estimación en los últimos tiempos. Siempre habían sido amigos, pero unidos por relaciones superficiales, conversaciones sobre mujeres de la vida, idas al cabaret, copas tomadas juntos, últimamente, sin embargo, desde la aparición de Gabriela se estableció entre ellos una intimidad más profunda. De todos los asiduos concurrentes del bar a la hora del aperitivo, Tónico era el único que se mantenía discreto a la hora del mediodía, cuando ella llegaba con su flor detrás de la oreja. La saludaba delicadamente, preguntábale por su salud, le elogiaba el sabor, sin igual de sus comidas. Ni requiebros de mirada, ni palabritas susurradas, ni intentos de tomarle la mano. La trataba como si ella fuera una respetable señora, bella y deseable pero inaccesible. De ningún otro como de Tónico, había temido Nacib la rivalidad, al contratar a Gabriela. ¿No era él, un conquistador sin rival, destrozador de corazones?

El mundo es así, sorprendente y difícil: mantenía Tónico la máxima discreción y respeto ante la presencia excitante de Gabriela. Todos conocían las relaciones entre el árabe y su hermosa cocinera. Claro está que, oficialmente, ella no pasaba de ser su cocinera, que ningún otro compromiso existía entre ellos. Pretexto éste que servía para cubrirla, aún en su presencia, de palabras dulces, para envolverla en requiebros melosos, o meterle esquelitas en la mano. Los primeros habían sido leídos por él displicentemente, haciendo luego con ellos bolitas de papel que arrojaba a la basura. Ahora los despedazaba rabiosamente, tantos eran, y tan indecentes algunos. Tónico, no.

Le daba pruebas de verdadera amistad, la respetaba como si ella fuese señora casada, esposa de un «coronel». ¿Era o no amistad, eso, señal de estimación? Nacib no lo amenazaba como hiciera el «coronel» Cariolano por causa de Gloria. Sin embargo, de Tónico no tenía quejas, y solamente a él abría su corazón dolorido como si estuviera traspasado por una espina.

—La peor cosa del mundo es que un hombre no sepa como actuar.

—¿Dónde está la dificultad?

—¿No ve? Estoy mordiéndome por dentro, y eso me destroza la carne. Ando

atontado.

Basta decirle que el otro día me olvidé de pagar un título, mire como andaré...

—Pasión no es broma...

—¿Pasión?

—¿Y acaso no es eso? Amor es lo mejor y al mismo tiempo lo peor del mundo.

Pasión... Amor... Había luchado contra esas palabras durante días y días, pensando a la hora de la siesta. Sin querer medir la extensión de sus sentimientos, no queriendo encarar de frente la realidad de las cosas. Pensaba que se trataba solamente de una aventura pasajera, más fuerte que las anteriores, que duraría tal vez más tiempo. Pero nunca había sufrido tanto por una aventura, jamás había sentido tantos celos, ese miedo, ese temor de perderla. No era el temor irritante de quedarse sin la cocinera afamada, en cuyas manos mágicas reposaba gran parte de la actual prosperidad del bar. Ni volvió a pensar más en eso, habían sido preocupaciones que duran poco tiempo. Si había llegado a perder el apetito, a andar con un hastío terrible, no era por eso... Lo que sucedía es que le era imposible imaginar siquiera una noche sin Gabriela, sin el calor de su cuerpo. Hasta en los días imposibles, se acostaba en su lecho, ella lo acunaba en su pecho, y entonces el perfume a clavo lo penetraba. Eran esas noches mal dormidas, de deseos contenidos, acumulándose para las verdaderas noches de nupcias, renovándose en cada mes. Si eso no era amor, desesperada pasión, ¿qué lo sería, entonces, Dios mío? Y si era amor, si la vida se le hacía imposible sin ella, ¿cuál era la solución? «Toda mujer, hasta la más fiel tiene su límite», le había dicho Ño-Gallo, hombre de buenos consejos. Otro que había demostrado ser su amigo. No tan discreto como Tónico, porque ponía a Gabriela un Ojo cómplice, suplicante. Pero no pasaba de eso, no le hacía propuestas.

—Debe ser eso mismo. Le diré, Tónico, que sin esa mujer no puedo vivir. Voy a volverme loco si ella me deja...

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Qué sé yo...—el rostro de Nacib era tan triste que daba pena. Había perdido aquella jovialidad que antaño se derramaba por los cachetes gordos. Parecía alargarse, sombría, casi fúnebre.

—¿Por qué no se casa con ella? —soltó de repente Tónico, como adivinando lo que iba por dentro del pecho del amigo.

—¿Está bromeando? Con esas cosas no se juega...

Tónico se levantaba, mandaba anotar los «amargos» en la cuenta, y tiraba una moneda a Chico-Pereza, que la barajaba en el aire:

—Pues, si yo fuese usted, haría eso...

En el bar vacío, Nacib pensaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba lejos el tiempo en que iba a su cuarto por aburrimiento, cansado de Risoleta, o de otras mujeres. Cuando, como pago, le llevaba prendedores de un peso, anillos baratos de

vidrio. Ahora le hacía regalos, uno, dos por semana. Cortes para vestidos, frascos de perfume, pañuelos para la cabeza, caramelos del bar. Pero ¿de qué valía todo eso ante las propuestas de casa instalada, de vida de lujo, sin trabajos, así como la de Gloria, gastando en las tiendas, vistiéndose mejor que muchas señoras casadas con marido rico? Era preciso ofrecerle algo superior, alguna cosa mejor, capaz de hacer ridículas las ofertas del juez, de Manuel das Onzas, ahora hasta de Ribeirito, súbitamente sin Anabela. La bailarina se había ido; aquella tierra le metía miedo. El rumor levantado por la zurra dada al empleado de la Intendencia, rumor que envolvía a Ribeirito, anunciando sucesos aún más graves, la había decidido. Preparó su equipaje en secreto, compró a las escondidas el pasaje en un «Bahiano», apenas si se despidió de Mundinho. Había ido a su casa la víspera, y él le dio diez mil cruzeiros. Ribeirito estaba en la plantación, y cuando llegó a Ilhéus se encontró con la noticia. Ella se había llevado el anillo de brillantes, el «pendantif» de oro, más de doscientos mil cruzeiros en joyas.

Tonico comentó en el bar:

—Quedamos viudos, yo y Ribeirito. Así que, es el momento de que Mundinho nos encuentre otra cosa ...

Ribeirito habíase vuelto hacia Gabriela, ya tenía la casa lista, era sólo cuestión de decidirse. También a ella le daría un anillo de brillantes, y «pendantif» de oro. Nacib sabía todo eso, por doña Arminda que decía alabando a su vecina:

—Nunca vi mujer tan derecha... Mire que ésas son cosas de dejar a cualquier mujer con la cabeza trastornada. Y se precisa querer mucho a alguien, tener más amor por un hombre que por ella misma, para hacer eso. Otra cualquiera ya andaría por ahí, cubierta de más lujo que una princesa ...

De los sentimientos de Gabriela, él no dudaba. ¿No resistía ella, como si no le importasen nada todas las propuestas, todos los ofrecimientos? Se reía de ellos, no se enojaba cuando uno, más osado, le tocaba la mano, o le sujetaba la barbilla. No devolvía las esquelas, no era grosera, agradecía las palabras de elogio. Pero a nadie daba confianza, jamás se quejaba, nunca le pidiera nada, recibía sus regalos batiendo palmas, loca de alegría. ¿Y no moría ella en sus brazos, cada noche, ardiente, insaciable, renovada, llamándolo «mozo lindo, mi perdición»?

«Si yo fuera usted, es lo que haría...».

Fácil de decir cuando se trata de los otros. Pero ¿cómo casarse con Gabriela, cocinera, mulata sin familia, sin virginidad, encontrada en el «mercado de los esclavos»? Habría que hacerlo con una muchacha de condiciones, de familia conocida, de ajuar preparado, de buena educación, de recatada virginidad. ¿Qué diría su tío, su tía tan interesada en meter las narices en todo, su hermana, su cuñado, ingeniero agrónomo de buena familia? ¿Qué dirían los Achcar, sus parientes ricos, señores de tierra, jefes en Itabuna? ¿Sus amigos del bar, Mundinho Falcão, Amancio

Leal, Melk Tavares, el Doctor, el Capitán, el doctor Mauricio, el doctor Ezequiel? ¿Qué diría la ciudad? Imposible siquiera pensar en eso ¡un absurdo! Sin embargo, pensaba... Apareció en el bar un campesino vendiendo pájaros. En una jaula, un «sofré» parecía despedazarse en un canto triste y armonioso. Bello e inquieto, negro y amarillo, de dulce trino, no paraba un instante. ChicoPereza y Pico-Fino se extasiaban.

Una cosa segura iba a hacer. Acabar con las venidas de Gabriela, al mediodía. ¿Se perjudicaría el bar? Paciencia... Perdería dinero, pero peor sería perderla a ella. Era una tentación diaria para los hombres su presencia embriagadora. ¿Cómo no quererla, no deseirla, no suspirar por ella después de verla? Nacib la sentía en la punta de los dedos, en los bigotes caídos, en la piel de los muslos, en la punta de los pies. El «sofré» parecía cantar para él, tan triste era su canto.

¿Por qué no llevárselo a Gabriela? Ahora que no podría venir al bar, necesitaría distracciones.

Compró el «sofré». Ya no podía más de tanto pensar, ya no podía más de tanto penar.

Gabriela con el pájaro prisionero

—¡Oh!, ¡qué belleza! —musitó Gabriela cuando vio el «sofré».

Nacib depositó la jaula en una silla, el pájaro se golpeaba contra los barrotes.

—Para que te haga compañía.

Él se había sentado, Gabriela se acomodó en el suelo a sus pies. Le tomó la mano grande y peluda, y le besó la palma en aquel gesto que le recordaba a Nacib, ni él mismo sabía por qué, la tierra de sus padres, las montañas de Siria. Después recostó la cabeza en sus rodillas, él le pasó la mano por los cabellos. El pájaro, sosegado, se dio a cantar.

—Dos regalos de una vez... ¡Qué bueno!

—¿Cómo dos?

—El pajarito y, mejor todavía, haber venido. Todos los días, el patrón llega sólo de noche...

E iba a perderla...

«Cada mujer, por más fiel, tiene sus flaquezas...».

Ño-Gallo quería decir, su precio. Se reflejó la amargura en su rostro y Gabriela, que levantó los ojos al hablar, lo notó:

—Don Nacib anda triste... Antes no era así, no... Era alegre, risueño, ahora anda triste.

¿Por qué, don Nacib?

¿Qué le podía decir? ¿Que no sabía como guardarla, como retenerla consigo para siempre? Aprovechó para hablarle de las idas, diarias al bar.

—Tengo algo que decirte.

—Hable, mi dueño...

—Algo me disgusta, y me preocupa.

Ella se asustó:

—¿La comida es mala? ¿La ropa está mal lavada?

—No es nada de eso. Es otra cosa.

—¿Y qué es?

—Tus idas al bar. No me gustan, no me gustan nada...

Agrandáronse los ojos de Gabriela:

—Voy para ayudar, para que la comida no se enfríe. Por eso voy.

—Yo lo sé. Pero los otros no lo saben...

—Claro. No pensé en eso... Queda feo que yo esté en el bar ¿no es cierto? A los otros no les gusta, una cocinera en el bar... No pensé en eso.

Oportunista, respondió:

—Eso mismo. A algunos no les importa, pero otros protestan.

Estaban tristes los ojos de Gabriela. El «sofré» se rompía el pecho con su canto

que estremecía el corazón. Estaban tristes los ojos de Gabriela...

—¿Qué mal hacía yo?

¿Por qué hacerla sufrir, por qué no decirle la verdad, contarle de sus celos, gritarle su amor, llamarla Bié como tenía deseos de hacer, como la llamaba en sus pensamientos?

—Hago así a partir de mañana: entraré por los fondos para servir la comida. No andaré por el salón, ni del lado de afuera.

¿Y por qué no? Así no la dejaba de ver a mediodía, de tenerla junto a sí, de tocarle la mano, la pierna, el seno. ¿Y su presencia semiescondida no valdría como respuesta negativa a las ofertas tentadoras, a las palabras melosas?

—¿Te gusta ir allá?

Asintió con la cabeza. Era su hora libre, su paseo ¡cómo no le gustaría! Atravesar la calle bajo el sol, con la marmita en la mano. Andar por entre las mesas, oír las palabras que le decían sentir sobre ella los ojos cargados de intenciones. De los viejos, no. De las proposiciones de casa instalada, que le hacían los «coroneles», no de nada de eso. De sentirse mirada, festejada, deseada, sí. Era como una preparación para la noche, que la dejaba como envuelta en una aureola de deseo, y en los brazos de Nacib ella volvía a ver a los lindos mozos: a don Tónico, Josué, Ari, Epaminondas, el cajero de la tienda. ¿Habría sido alguno de ellos el autor de la intriga? No lo creía. Uno de aquellos viejos feos, seguro que sí, furioso porque ella no le prestaba atención.

—Está bien, entonces puedes ir. Pero no vas a servir en el bar, te quedarás sentada detrás del mostrador.

Por lo menos tendría las miradas, las sonrisas, alguno habría de ir hasta el mostrador, a hablarle.

—Voy a volver... —anunció Nacib.

—Tan pronto...

—Ni podía venir...

Los brazos de Gabriela le apretaron las piernas, reteniéndolo. Nunca la tuvo de día, siempre había sido de noche. Quería levantarse, pero ella lo retenía, callada y agradecida.

—Ven... Aquí mismo...

La arrastró consigo. Era la primera vez que iba a poseerla en su habitación, en su propia cama, como si ella fuese su mujer y no su cocinera. Cuando le arrancó el vestido de percal y el cuerpo desnudo rodó en la cama, convidador; fuertes las nalgas, duros los senos, cuando ella tomó su cabeza y le besó los ojos, él le preguntó y era la primera vez que lo hacía:

—Dime una cosa: ¿me quieres?

Ella rio con una risa que era como el canto del pájaro, como un trino:

—Mozo lindo... Que si me gusta ¡demasiado!

Estaba sentida por aquel asunto de las idas al bar. ¿Por qué hacerla sufrir, por qué no decirle la verdad?

—Nadie protestó por tus idas al bar. Soy yo que no quiero. Vivo triste por eso. Todos te hablan, te dicen idioteces, te toman de la mano, no falta sino que te agarren allí mismo, que te arrojen al suelo...

Ella rio, pareciéndole gracioso todo eso:

—Pero si no importa... Yo ni caso les hago...

—¿De veras?

Gabriela lo atrajo hacia sí, hundiéndole en sus senos. Nacib murmuró: Bié... Y en su lengua de amor, que era el árabe, le dijo al tomarle: «Desde hoy eres Bié y ésta es tu cama, aquí dormirás. No serás cocinera a pesar de cocinar. Eres la mujer de esta casa, el rayo de sol, la luz de la luna, el canto de los pájaros. Te llamarás Bié...».

—¿Bié es nombre de gringa? Entonces llámeme Bié, y hábleme más en esa lengua... Me gusta oírlo.

Cuando Nacib partió, ella se sentó ante la jaula. Don Nacib era bueno, pensaba, tenía celos. Rio, metiendo los dedos por entre los barrotes de la jaula, y el pájaro, asustado, huyó de un lado para el otro. Tenía celos ¡qué gracioso!... Ella no, si él quería podía irse con otra. Al principio había sido así, y ella lo sabía. Se acostaba con ella y con las demás. No le importaba. Podía ir con las otras. No para quedarse con ellas, sino para acostarse solamente. Don Nacib tenía celos ¡qué gracioso! ¿Qué sucedía si don Josué, le tocaba la mano? ¿O don Tónico, ¡belleza de hombre!, tan serio ante don Nacib, pero que a sus espaldas intentaba besarle el cuello? ¿Si don Epaminondas le pedía una cita, si don Ari le regalaba bombones, o le tomaba la barbilla? Con todos ellos dormía cada noche, con ellos y también con los de antes, menos con su tío, en los brazos de don Nacib. A veces con uno, a veces con otro, la mayoría de ellas con el niño Bebito y con don Tónico. Le gustaba eso, además bastaba con pensar...

¡Era tan bueno ir al bar, pasar por entre los hombres! La vida era buena, bastante con saberla vivir. Calentarse al sol, bañarse con agua fría. Masticar las guayabas, comer mangos, morder pimienta. Caminar por las calles, cantar canciones, dormir con un lindo mozo. Con otro mozo lindo soñar...

Bié... le gustaba el nombre. Don Nacib, tan grande, ¿quién iba a decir? Hasta en aquel momento ponerse a hablar lengua de gringo, tener celos... ¡Qué divertido! No quería ofenderlo ¡era un hombre tan bueno! Andaría con cuidado, no quería lastimarlo. Pero tampoco quería quedarse sin salir de casa, sin ir a la ventana, sin andar por la calle. Andar con la boca cerrada, con la sonrisa apagada. Sin oír voz de hombre, sentir su respiración agitada, ver el chispazo de sus ojos. «No me pida eso, don Nacib, que eso no puedo» El pájaro se golpeaba contra los barrotes, ¿cuántos

días haría que estaba preso? Muchos no eran, con seguridad, porque no le habían dado tiempo de acostumbrarse. ¿También, quién se acostumbra a vivir preso? Le gustaban todos los bichos, les tomaba cariño enseguida. Gatos, perros, hasta gallinas. Había tenido un papagayo, allá en la plantación, que sabía hablar. Murió de hambre, antes que el tío. Nunca quiso pájaros presos en la jaula. Le daban pena. No lo había dicho solamente para no ofender a don Nacib. Había pensado en darle una compañía para estar con ella en la casa, por eso le regaló un «sofré» cantador. ¡Pero era un canto tan triste, don Nacib, tan triste! No quería ofenderlo, andaría con cuidado. No quería lastimarlo, diría que el pájaro se había escapado.

Fue al huerto, abrió la jaula frente al guayabo. El gato dormía. El «sofré» voló, se posó en una rama, cantó para ella. ¡Qué trinos más claros y más alegres! Gabriela sonrió. El gato despertó.

De las sillas de alto respaldar

Pesadas sillas austríacas, de alto respaldo, negras y torneadas, con el cuero repujado a fuego. Parecían colocadas allí para ser miradas y admiradas, no para servir de asiento, intimidando a cualquiera. De pie, el «coronel» Altino Brandáo admiraba una vez más la sala. En la pared, como en su casa, retratos en colores —realizados por la floreciente industria paulista— del «coronel» Ramiro y de su fallecida esposa, y entre ambos retratos, un espejo. En un ángulo, un nicho con santos. Y en vez de velas, minúsculas lámparas eléctricas azules, verdes, rojas. En la otra pared, pequeñas esteras japonesas de bambú, en las que se veían tarjetas postales, retratos de parientes, estampas. Un piano al fondo, cubierto con un chal negro de estampado color sangre. Cuando Altino; desde el paseo saludara a Jerusa y preguntara si el «coronel» Ramiro Bastos estaba y si le podía conceder unos minutos, la joven lo había hecho pasar al corredor que separaba las dos salas del frente. Desde allí había oído crecer el movimiento en la casa: corrían las fallebas de las ventanas, desvestían las sillas protegidas por envolturas de paño, escuchábase el ruido de escobas y plumeros en movimiento. Aquella sala se abría solamente en los días de fiesta: cumpleaños del «coronel», toma de posesión de un nuevo Intendente, o recepción a políticos importantes de Bahía, o para la visita no habitual, y de consideración.

Jerusa apareció en la puerta y lo invitó:

—¿Quiere pasar, «coronel»?

Pocas veces había estado en la casa de Ramiro Bastos. Casi siempre en días de fiesta, y nuevamente en esta oportunidad admiraba la sala lujosa, prueba inequívoca de la riqueza y el poder del «coronel».

—Abuelo ya viene... —sonreía Jerusa, retirándose con una inclinación de cabeza. «Linda muchacha, hasta parecía extranjera de tan rubia, y la piel tan blanca que llegaba a azularse. Ese Mundinho Falcão era un tonto. ¿Por qué tanta pelea si todo podía arreglarse tan fácilmente?».

Oyó los pasos arrastrados de Ramiro. Sentóse.

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué milagro es éste? ¿A qué debo el honor?

Se apretaban las manos. Altino se impresionó con el viejo: ¡cómo había desmejorado en aquellos meses, desde la última vez que lo viera! Antes parecía un tronco de árbol, como si la edad no le hiciese mella, indiferente a las tempestades y a los vientos, plantado en Ilhéus como para mandar allí por toda la eternidad. De esa imponencia sólo conservaba la mirada dominadora. Temblaban ligeramente sus manos, los hombros se vencían, el paso se había hecho vacilante.

—Usted cada vez más rígido —mintió Altino.

—Haciendo de las debilidades, fuerzas. Vamos a sentarnos.

El respaldo de la silla era recto. Podía ser bonita, pero era incómoda. Prefería los

sillones de cuero azul del escritorio de Mundinho, tapizados, el cuero pudiendo amoldarse suavemente en ellos de tan cómodos que eran, quitándole a uno las ganas de levantarse y partir.

—Discúlpeme la pregunta: ¿qué edad tiene usted?

—Ando ya por los ochenta y tres.

—Buena edad. Que Dios le —dé muchos años más de vida, «coronel».

—En mi familia se muere tarde. Mi abuelo vivió ochenta y nueve años. Mi padre, noventa y dos.

—Me acuerdo de él, sí.

Jerusa entraba en la sala trayendo dos tazas de café en una bandeja.

—Las nietas están haciéndose señoritas.

—Me casé ya con edad, y lo mismo sucedió con Alfredo y Tónico. Si no, ya tendría bisnietos, y hasta tataranietos podría tener.

—No demorará en tener bisnietos. Con esa belleza de nieta...

—A lo mejor.

Jerusa volvía, retiraba las tazas, dando un recado: —Abuelo, tío Tónico llegó, y pregunta si puede venir aquí.

Ramiro lo miró a Altino:

—Usted decide, «coronel». ¿Es una conversación particular?

—Para don Tónico, no, es su hijo.

—Decile que venga...

Tónico apareció, con chaleco y polainas. Altino se levantó, viéndose envuelto en un abrazo cordial, caluroso. «Una bosta», pensó el coronel.

—Caramba, «coronel», qué satisfacción verlo en esta casa. Casi nunca aparece...

—Soy bicho de la selva, sólo salgo de Rio do Braço cuando no tengo otro remedio. De allí sólo para Aguas Claras...

—Qué zafra este año, ¿eh, «coronel»? —atajaba Tónico.

—Gracias sean dadas al Señor. Nunca vi tanto cacao... Pues sí, vine a Ilhéus y resolví: voy a hacerle una visita al «coronel» Ramiro. A conversar unas cosas que anduve pensando. En la plantación la gente se queda cavilando, de noche. Usted ya sabe cómo es eso, uno se pone a pensar y enseguida quiere decir lo que pensó.

—Soy todo oídos, «coronel».

—Usted sabe que en ese asunto de política nunca quise meterme. Solamente una vez, me vi obligado. Usted debe acordarse: cuando don Firma era intendente. Quisieron meterse en Río do Braço, nombrar autoridades para allá. Vine a hablar con usted en aquella ocasión...

Ramiro recordaba el incidente. El comisario, hombre de los suyos, había echado al subcomisario de Rio do Braço, un protegido de Altino, y había nombrado a un cabo de la policía militar. Altino apareció entonces en Ilhéus, yendo a su casa a

protestar. Hacía de eso unos doce años. Quería la destitución del cabo y la vuelta de su protegido al cargo. Ramiro estuvo de acuerdo. Aquel cambio de autoridades había sido hecho sin haberlo consultado a él, que estaba en Bahía, actuando en el Senado.

—Voy a mandar llamar al cabo —había prometido.

—No es necesario. Volvió en el mismo tren en que fue, parece que tuvo miedo de quedarse. No sé bien por qué, no estoy muy informado. Oí decir que anduvieron haciendo unos chistes con él, cosas de muchachos. Pienso que no ha de querer volver. Es preciso anular su nombramiento, poner a mi compadre nuevamente. Autoridad sin fuerza no vale nada...

Y así fue hecho. Ramiro recordaba la conversación difícil. Altino llegó a amenazarlo con pasar a apoyar la oposición. ¿Qué quería él, ahora?

—Hoy vengo nuevamente. Tal vez para meterme en donde no me llamaron. Nadie me pidió un sermón. Pero estando en la plantación uno se pone a pensar en las cosas que están sucediendo en Ilhéus. Aunque la gente no se meta, las cosas se meten con la gente. Porque, en verdad, quienes terminan pagando los gastos de la política, somos los plantadores, los que vivimos enterrados por allá, recogiendo cacao. Por eso estoy preocupado...

—¿Qué es lo que usted piensa de la situación?

—Pienso que es mala. Usted siempre fue respetado; hace muchos años que es el jefe político y lo merece, ciertamente. ¿Quién podría negarlo? No he de ser yo, Dios me libre de eso.

—Ahora lo está negando. Ni que fuera uno de aquí... Un forastero vino a meterse a Ilhéus, nadie sabe por qué. Los hermanos, que son hombres de bien, lo echaron de la firma de ellos, ni quieren verle más la cara a ese renegado. Vino a dividir lo que estaba unido, a separar lo que estaba junto. Que el Capitán me combata, estoy de acuerdo, porque peleé contra su padre, y eché abajo su gobierno. Él tiene su parte de razón, por eso nunca dejé de darme con él, de tenerle consideración. Pero ese señor Mundinho debía contentarse con el dinero que gana. ¿Por qué se entromete?

Altino encendía un cigarro de hoja, observando las lámparas del nicho de santos:

—Iluminación de primera. Allá en casa, tengo también unos santos... devoción de mi patrona. Gasta velas que es un contento. Voy a mandar poner unas luces iguales a éstas. Ilhéus es una tierra de forasteros, «coronel». Nosotros mismos, ¿qué somos?

Nadie nació aquí. La gente de aquí, ¿qué es lo que vale? Sacando al Doctor, hombre ilustrado, los otros son unos restos, sólo sirven para la basura. Por así decirlo, uno es de los primeros «grapiúnas». Sólo nuestros hijos son hijos de Ilhéus. Cuando nosotros llegamos aquí todo esto no pasaba de una selva que daba miedo, ¿no pueden ellos también decir que no pasamos de ser forasteros?

—No hablo para ofenderlo. Sé que usted le vendió su cacao. No sabía que eran amigos, por eso hablé. Pero tampoco retiro lo que he dicho. Lo dicho, dicho está. No

se compare con él, «coronel», ni me compare a mí. Nosotros vinimos cuando esto, aquí, no era nada. ¿Cuántas veces arriesgamos nuestra vida, escapando a duras penas de morir? Peor que eso, todavía, ¿cuántas veces no tuvo que mandar quitar la vida a alguien? Entonces, ¿todo eso no sirvió para nada? No se compare con él, «coronel», ni me compare —la voz del anciano, por un esfuerzo de su voluntad, perdía el temblor, la vacilación y pasaba a ser la antigua voz de mando—. ¿Qué vida arriesgó él? Desembarcó con dinero, instaló oficinas; compra y exporta cacao. ¿Qué vida quitó él? ¿Adónde fue a buscar el derecho de mandar aquí? Es nuestro derecho, nosotros lo conquistamos.

—Todo eso es cierto, «coronel». Todo es cierto, pero pertenece a otro tiempo. Uno vive pensando en el trabajo, no se da cuenta, pero el tiempo va pasando, las cosas van cambiando. De repente, se abren los ojos y se ve que todo está diferente. Tónico, silencioso y alarmado, escuchaba. Casi se había arrepentido de haber venido a la sala. En el corredor, Jerusa impartía órdenes a las sirvientas.

—¿Cuál es la diferencia? No le estoy entendiendo...

—Voy a decírsela a usted. Antes, era fácil mandar. Bastaba con tener fuerzas. Gobernar era fácil. Hoy, todo ha cambiado. Uno se ganaba el derecho a mandar, derramando sangre, como usted ha dicho. Se lo ganaba para garantizar la posesión de las tierras; era necesario. Pero uno ya hizo lo que tenía que hacer. Todo creció. Itabuna está tan grande como Ilhéus, Pirangi, Agua Preta, Macuco, Guarací están haciéndose ciudades. Todo está lleno de doctores, de agrónomos, de médicos, de abogados. Todos protestando. ¿Acaso sabremos todavía mandar, y se podrá continuar mandando?

—¿Y por qué está todo así, lleno de doctores, en pleno progreso? ¿Quién lo hizo? Fue usted, «coronel», y este servidor suyo. No fue ningún forastero. Y ahora que está hecho, ¿con qué derecho se vuelven contra quien hizo todo esto?

—Uno planta cacao, lo cuida para que crezca, recoge los cocos, los parte, mete los granos en el «cocho», los seca en las barcazas, en las estufas, lo carga en el lomo de los burros, lo manda a Ilhéus, y lo vende a los exportadores. El cacao está seco, oliendo bien, como el mejor cacao del mundo, y fue uno quien hizo todo. Pero ¿somos capaces de hacer chocolate, lo sabemos hacer? Fue necesario que viniera don Hugo Kaufmann de allá, de Europa. Y asimismo, sólo hizo cacao en polvo. Usted, «coronel», hizo todo esto. Lo que Ilhéus tiene, lo que Ilhéus vale, a usted se lo debe. Dios me guarde de negarlo, soy el primero en reconocerlo. Pero usted ya ha hecho todo cuanto sabe, todo cuanto puede hacer.

—¿Y qué es lo que Ilhéus está pidiendo, además de lo que estamos haciendo? ¿Qué es necesario hacer? Para decirle la verdad, no veo las necesidades. Sólo que usted les ponga el dedo encima, para señalármelas.

—Usted lo va a ver. Ilhéus está lindo, parece un jardín. ¿Pero Pirangi, Río do

Braço, Agua Preta? El pueblo está reclamando, exige. Hemos abierto caminos con los trabajadores, con los hombres que teníamos. Pero ahora hacen falta caminos, y eso ellos no pueden hacerlo. Lo peor de todo es ese asunto del puerto. ¿Por qué se puso usted en contra, «coronel» Ramiro Bastos? ¿Por qué el gobernador pidió eso? El pueblo todo lo quiere, es una cosa importante para estas tierras nuestras: imagínese, el cacao nuestro saliendo para todo el mundo. Y uno pudiendo dejar de pagar el transporte hasta Bahía. ¿Quién lo paga? Los exportadores y los plantadores.

—Existen ciertos compromisos. Y cada uno cumple los suyos. Porque si no se cumplen se acaba el respeto. Siempre cumplí, usted lo sabe bien. El gobernador me pidió, me explicó lo que pasaba. Nuestros hijos después podrán hacer el puerto, en el Malhado. Todo tiene su tiempo.

—Y ese tiempo llegó, usted no quiere darse cuenta. En el nuestro no había cine, las costumbres eran otras. También ellas están cambiando, y hay tantas cosas nuevas que uno no sabe dónde mirar. Antiguamente, para gobernar bastaba mandar, cumplir compromisos con el gobierno. Hoy no basta. Usted cumple con el gobernador, es su amigo, pero no por eso va a ser más respetado. Al pueblo no le interesa eso. Lo que quiere es un gobierno que atienda sus necesidades. ¿Por qué don Mundinho está dividiendo todo, por qué está teniendo tanta gente con él?

—¿Por qué? Porque está comprando a la gente, ofreciéndoles el oro y el moro. Y porque hay individuos sinvergüenzas que no cumplen sus compromisos.

—Discúlpeme, «coronel», no es nada de eso. ¿Qué es lo que él puede prometer y usted no puede? ¿Lugar en una lista, influencia, nombramientos, prestigio? Usted puede mucho más. Lo que él ofrece, y es lo que está haciendo, es gobernar de acuerdo a la época.

—¿Gobernar? ¿Desde cuándo él ganó una elección?

—Ni necesita ganar. Abrió una calle en la playa, fundó un periódico, ayudó a comprar los ómnibus, hizo instalar una agencia de Banco, trajo un ingeniero para el puerto. Y todo eso qué es, ¿no es gobernar? Usted manda en el Intendente, en el comisario, en las autoridades de los pueblos. Pero quien está gobernando, y desde hace ya tiempo, es Mundinho Falcão. Por eso vine aquí: porque una tierra no puede tener dos gobiernos. Salí de mi rincón para hablar con usted. Si esto continúa, algo malo sucederá. Ya comenzó: porque usted mandó prenderle fuego al diario, y casi matan a uno de sus hombres, en Guarací. Eso era bueno en otra época, porque no podía hacerse otra cosa. Pero para hoy es malo. Por eso vine a hablarle, a golpear las manos en la puerta de su casa.

—¿Para decirme qué?

—Que sólo hay un medio de resolver la situación. Uno solamente, porque otro no veo.

—¿Y cuál es, dígame? —la voz del «coronel» sonaba seca, ahora parecían dos

enemigos frente a frente.

—Soy su amigo «coronel». Lo voto a usted desde hace veinte años. Nunca le he pedido nada, y sólo una vez protesté, y con razón. Vengo aquí como amigo.

—Y yo se lo agradezco. Puede hablar.

—Sólo hay un medio, y es entrar en un acuerdo.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Con ese forastero? ¿Pero qué es lo que piensa usted de mí, «coronel»?

No hice acuerdos ni cuando era joven, cuando estaba en peligro mi vida... Soy hombre de bien, y no es ahora, a un paso de la muerte, que me voy a doblegar. Ni hablar de eso.

Pero Tónico intervenía. Aquella idea del acuerdo le era agradable. Días atrás, Mundinho había estado en la estancia de Altino, seguramente todo era sugerencia suya.

—Deje hablar al «coronel», padre. Él viene como amigo, y usted debe oírlo. Aceptar o no, eso ya es otra cosa.

—¿Por qué usted no toma la dirección del asunto del puerto? ¿Por qué no llama a Mundinho a su partido? Juntando todo, pero con usted al frente. Nadie lo odia en Ilhéus, ni siquiera el Capitán. Pero si usted continúa por esa camino, va a perder.

—¿Tiene usted alguna propuesta en concreto, «coronel»? —preguntó Tónico.

—Propuesta, no. Con don Mundinho ni siquiera quise conversar cosas de política. Apenas le dije que yo solamente veía un camino: el de un acuerdo entre ustedes dos.

—¿Y él, que dijo? —Tónico, atento y curioso, quería saber.

—No dije nada, claro que tampoco le pedí una respuesta. Pero si el «coronel» Ramiro quiere, ¿cómo va a quedar él si no acepta? Siendo el «coronel» quien tiende la mano, ¿cómo podrá él negarse?

—Tal vez usted tenga razón...

—Tónico empujaba la pesada silla, aproximándola a la de Altino.

La voz de Ramiro Bastos, alterada, interrumpió el diálogo: —«Coronel» Altino Brandáo, si fue solamente eso lo que le trajo aquí, su visita está terminada...

—¡Padre! ¿Qué es eso?

—Cállate la boca. Si quieres mi bendición no pienses en acuerdos. «Coronel», dicúlpeme, no quiero ofenderlo, siempre me llevé bien con usted. En esta casa usted manda como si fuese la suya. Vamos a hablar de otras cosas, si quiere. Pero de acuerdo, no. Escuche bien lo que voy a decirle: puedo quedarme solo, pueden abandonarme hasta mis hijos, y unirse a ese forastero. Me quedaré sin un amigo, o con uno sólo, porque el compadre Amancio, ése, estoy seguro que no me abandona. Aún así, sin nadie a mi lado, no haré ningún acuerdo. Antes de que yo muera nadie va a apoderarse de Ilhéus. Lo que sirvió ayer, también puede servir hoy. Aunque tenga que morir con las armas en la mano. Aunque tenga otra vez que, ¡Dios me perdone!,

¡mandar matar gente! Dentro de un año va a haber elecciones. Y voy a ganar, «coronel», aunque todo el mundo esté en contra, aunque Ilhéus vuelva a ser otra vez cueva de bandidos, tierra de bandoleros... —levantaba la voz trémula, se ponía de pie—. ¡Yo voy a ganar! También Altino se ponía de pie, tomaba su sombrero: —Yo vine en son de paz, usted no quiere oírme. No quiero salir de su casa como enemigo suyo, porque le tengo aprecio. Pero salgo sin compromisos, no soy su deudor, estoy libre de votar por quien quiera.

Adiós, «coronel» Ramiro Bastos.

El viejo dobló la cabeza, sus ojos parecían vidriados.

Tonico acompañaba a Altino hasta la puerta:

—Mi padre es cabezudo, obstinado. Pero tal vez yo pueda...

El «coronel» le apretaba la mano, cortándole la frase:

—Así, él va a terminar solo. Con dos o tres amigos, apenas, los más dedicados —miraba al joven, «una bosta»—. Pienso que Mundinho tiene razón. Ilhéus necesita de gente nueva para gobernar. Me quedo con él. Pero usted tiene la obligación de permanecer junto a su padre, de obedecerle. Cualquiera otro tiene derecho a negociar, a pedir un acuerdo, hasta misericordia. Usted no, sólo una cosa puede hacer: quedarse junto a él, aunque sea para morir. Fuera de eso, usted no tiene otro camino.

Saludó a Jerusa, rubia y curiosa en la ventana de la otra sala, y se echó a caminar.

Del demonio suelto en las calles

—Cruz diablo... Hasta parece que el demonio anda suelto en Ilhéus. ¿Dónde se ha visto una muchacha soltera enamorar a hombres casados? —imprecaba la áspera Dorotea en el atrio de la Iglesia, en medio de las solteronas.

—El profesor, en cambio, ¡pobrecito!, sólo le falta perder el juicio. Anda tan apesadumbrado que da pena... —se quejó Quinquina.

—Un mozo tan delicado que puede enfermarse —apoyó Florita—. No tiene mucha salud.

—Tampoco él es buena pieza. La tristeza que tiene le ha dado por hacerle rondar a esa desvergonzada... Hasta se para en el paseo para hablar con ella. Ya le dije al padre Basilio...

—¿Qué cosa?

—Que Ilhéus está quedando transformada en tierra de perdición, un día de estos Dios nos va a castigar. Manda una plaga y mata todo lo que sea planta de cacao...

—¿Y él, qué respondió?

—Dijo que yo era una boca de mala suerte. Se puso furioso. Que yo andaba queriendo el mal...

—También usted fue a hablar justamente con él... Él es dueño de una plantación de cacao. ¿Por qué no habló con el padre Cecilio? Ése, pobrecito, no tiene pecado.

—¡Pero si hablé! Y me dijo: «Dorotea, el demonio anda suelto por Ilhéus. Reinando sólo por esas calles». Y es la verdad.

Dieron vuelta la cara para no mirar a Gloria en su ventana, iluminada en sonrisas, observando el bar de Nacib. Eso sería mirar al pecado, al propio demonio. En el bar, el Capitán soltó triunfalmente la noticia: el «coronel» Altino Brandáo, el dueño de Río do Bravo, hombre que arrastraba más de mil votos, se había puesto del lado de Mundinho. Allá había estado, en la casa exportadora, para comunicar su decisión. Mundinho le había preguntado, sorprendido con la inesperada resolución del «coronel»:

—¿Qué lo decidió, «coronel»?

Pensaba en los irrespondibles argumentos y en sus convincentes conversaciones:

—Unas sillas de respaldo —respondió Altino.

Pero en el bar ya se sabía de la entrevista malograda, de la cólera de Ramiro. Se exageraban los hechos: que hubo una violenta conversación, que el viejo político había expulsado a Altino de su casa, que éste había sido mandado por Mundinho para proponerle acuerdos o pedirle tregua y clemencia. La versión nacida de Tónico, muy exaltado, anunciaba por las calles de Ilhéus que iba a volverse a los días pasados, de tiros y muertes. Otras versiones, del Doctor y de Ño-Gallo, que habían encontrado al «coronel» Altino, contaban que Ramiro perdió la cabeza cuando el plantador de Río

do Braço le dijo que lo consideraba derrotado aun antes de las elecciones, y que le avisaba que votaría a Mundinho. Ante esto, Tónico habría propuesto un acuerdo humillante para los Bastos. Ramiro hablase negado. Se cruzaban las versiones, al sabor de las simpatías políticas. Una cosa, sin embargo, era cierta: después de la partida de Altino, Tónico corrió a llamar un médico, el doctor Demóstenes, para atender al «coronel» Ramiro, que había sufrido un desfallecimiento. Día de comentarios, de discusiones, de nerviosidades. Le pidieron su opinión a Juan Fulgencio, que vino de la Papelería para la charla del atardecer:

—Pienso como doña Dorotea. Ella acabó de decirme que el diablo anda suelto por Ilhéus. Ella no sabe, a ciencia cierta, si se esconde en la casa de Gloria, o aquí en el bar. ¿Dónde esconde al maldito, Nacib? No solamente al diablo sino al infierno completo escondía él, dentro suyo. De nada sirvió el trato que hiciera con Gabriela. Ella venía y se quedaba atrás de la caja registradora. Débil trinchera, corta la distancia que la separaba del deseo de los hombres. Acodábanse, ahora, para beber a su alrededor, con toda desvergüenza. El juez se había hecho tan caradura que a él mismo, a Nacib, le había dicho:

—Váyase preparando, mi amigo, que voy a robarle a Gabriela. Trate de buscarse otra cocinera.

—¿Ella le dio esperanzas, doctor?

—Me las dará... Es cuestión de tiempo y de mañana.

Manuel das Onzas, que antes no salía de sus plantaciones, parecía haberse olvidado de sus estancias, en plena época de la cosecha. Mandó ofrecer a Gabriela pedazos de tierra. La solterona tenía toda la razón. El diablo se había soltado en Ilhéus, dándole vuelta la cabeza a los hombres. Terminaría torciendo también la de Gabriela.

Hacía apenas dos días, doña Arminda le había dicho:

—Que coincidencia: soñé que Gabriela partió para siempre, y ese mismo día el «coronel» Manuel hizo decir que si ella quería le pondría una plantación a nombre de ella, y por papel.

La cabeza de una mujer es débil, bastaba sólo con mirar a la Plaza para saberlo: allá estaba Malvina, en un banco de la avenida, conversando con el ingeniero. ¿Juan Fulgencio no decía que era la chica más inteligente de Ilhéus, dura de carácter, y qué sé yo qué más? ¿Y no perdía la cabeza, enamorando a vista y paciencia de todos a un hombre casado?

Nacib caminó hasta el extremo del largo pasillo del bar. Perdido en sus pensamientos, se asustó cuando vio al «coronel» Melk Tavares salir de su casa y marchar hacia la playa.

—¡Miren! —exclamó.

Algunos, que oyeron, se dieron vuelta.

—Está caminando hacia donde están ellos...

—Habrá lío...

La joven, que viera a su padre aproximarse, se puso de pie. Habría llegado de la plantación en ese momento, porque ni se había sacado las botas. En el bar, abandonaban las mesas de adentro para ver mejor.

El ingeniero palideció cuando Malvina dijo: —Mi padre viene hacia aquí.

—¿Qué vamos a hacer? —la voz lo traicionaba.

Melk Tavares, con la cara hosca, el rebenque en la mano y los ojos fijos en los de la hija, se paró junto a ellos. Como si no viera al ingeniero, ni lo miró.

Dijo a Malvina, con la voz sonando como un chicotazo:

—¡A casa! ¡En seguida!

El rebenque restalló seco contra la bota.

Se quedó parado mirando el paso lento de la hija. El ingeniero ni se había movido, sintiendo pesadas las piernas, empapadas en sudor la frente y las manos. Cuando Malvina entró por el portón y desapareció dentro de la casa, Melk levantó el rebenque, y apoyó la punta de cuero en el pecho de Rómulo:

—Supe que usted ha terminado sus estudios en el puerto. Que mandó un telegrama solicitando quedarse, para tomar la dirección de los trabajos. Si yo fuese usted no haría eso, no. Enviaba un telegrama pidiendo un sustituto y no esperaba su llegada. Pasado mañana hay un barco.

Retiró el rebenque levantándolo, y la punta rozó levemente la cara de Rómulo: — Pasado mañana, ése es el plazo que le doy.

Le volvió la espalda, dirigiéndose hacia el bar, como para indagar el motivo de la pequeña aglomeración en la puerta. Marchó hacia allá, se fueron sentando los curiosos, estableciéndose conversaciones rápidas, miradas de soslayo. Melk llegó, palmeó la espalda de Nacib:

—¿Cómo va esa vida? Sírvame un cognac.

Vio a Juan Fulgencio y fue a sentarse al lado:

—Buenas tardes, don Juan. Me dijeron que usted anduvo vendiéndole unos libros malos a mi chica. Voy a pedirle un favor: no le venda ningún otro. Solamente libros de colegio, porque los otros no sirven sino para desencaminarla.

Muy calmo, Juan Fulgencio respondió:

—Tengo libros para vender. Si el cliente quiere comprar no dejo de venderle. Libro malo; ¿qué es lo que entiende usted por eso? Su hija no compró sino libros buenos, de los mejores autores. Aprovecho para decirle que es una muchacha inteligente, muy capaz. Es necesario comprenderla; no debe tratarla como a cualquiera otra muchacha.

—Es mi hija, deje que la trate como crea conveniente. Para ciertas enfermedades, me conozco bien los remedios. En cuanto a los libros, buenos o malos, ella no

volverá a comprar otros.

—Eso es cosa de ella.

—Y mía también.

Juan Fulgencio levantó los hombros, como indicando que se lavaba las manos por su consecuencia. Pico-Fino llegaba con el cognac, Melk lo bebió de un sorbo, y cuando iba a levantarse, Juan Fulgencio lo tomó de un brazo:

—Dígame, «coronel»: hable con su hija con calma y comprensión; ella tal vez lo oiga. Si emplea la violencia, puede que luego se arrepienta.

Melk pareció hacer un esfuerzo para contenerse: —Don Juan, si no lo conociera, si no hubiera sido amigo de su padre, ni le habría escuchado. Deje a la chica por mi cuenta. No acostumbro arrepentirme. De todas maneras, le agradezco la intención.

Golpeando con el rebenque en su bota, atravesó la plaza, Josué lo miraba desde una de las mesas; vino luego a sentarse en la silla que él dejara, al lado de Juan Fulgencio:

—¿Qué irá a hacer?

—Posiblemente una brutalidad —posó sus ojos bondadosos en el profesor—. Lo que no me causa asombro; ¿acaso usted no las anda haciendo, también? Es una muchacha de carácter, diferente a todas. Y la tratan como si fuera una tonta... Melk trasponía la puerta de la casa de «estilo moderno». En el bar, las conversaciones retornaban a Altino Brandáo, al «coronel» Ramiro, a las agitaciones políticas. El ingeniero había desaparecido del banco de la avenida. Sólo Juan Fulgencio, Josué y Nacib, éste de pie en la vereda, continuaban atentos a los pasos del plantador.

En la sala, la mujer lo esperaba, encogida de miedo. El negro Fagundes tenía razón: parecía una imagen de santa macerada.

—¿Dónde está ella?

—Subió a su cuarto.

—Mándala venir.

Esperó en la sala, golpeando el rebenque contra la bota. Malvina entró; la madre quedó en la puerta de entrada. De pie ante él, la cabeza erguida, tensa, orgullosa, decidida, Malvina aguardó. También la madre aguardaba, con los ojos llenos de miedo.

Melk caminó por la sala:

—¿Qué tienes que decirme?

—¿Con respecto a qué?

—¡Respéteme! —le gritó—. Soy su padre, baje la cabeza. Sabe bien de lo que le estoy hablando. ¿Cómo me explica ese amorío? Ilhéus entero no habla de otra cosa, hasta la plantación llegó la noticia. No venga a decirme que no sabía que era un hombre casado, porque él nunca lo escondió. ¿Qué tiene que decirme?

—¿Qué se gana con hablar? Usted no va a comprenderme. Aquí nadie me puede

comprender. Ya le dije, padre, más de una vez: yo no voy a sujetarme a ningún casamiento escogido por parientes, ni voy a enterrarme en la cocina de ningún estanciero, ni a ser sirvienta de ningún doctor de Ilhéus. Quiero vivir a mi modo. Cuando salga del colegio, a fin de año, quiero entrar a trabajar en una oficina.

—Usted no tiene nada que querer. Hará lo que yo le ordene.

—Yo haré lo que quiera.

—¿Qué?

—Lo que yo desee...

—¡Cállese la boca, desgraciada!

—No me grite; soy su hija pero no su esclava.

—¡Malvina! —exclamó la madre—. No contestes así a tu padre.

Melk la cogió de las muñecas, le golpeó el rostro con el puño cerrado.

Malvina rugió:

—Pues sepa que me voy con él, ahora.

—¡Ay, Dios mío!... —la madre se cubrió el rostro con las manos.

—¡Perra! —levantó el rebenque, sin reparar siquiera en dónde golpeaba.

La golpeó en las piernas, en las nalgas, en los brazos, en la cara, en el pecho. Del labio partido, la sangre corría; Malvina gritó:

—Puede pegarme cuanto quiera. ¡Me voy con él!

—Antes la mato...

En un impulso, la arrojó contra el sofá. Ella cayó de bruces y nuevamente él levantó el brazo; el rebenque bajaba y subía, silbaba en el aire. Los gritos de Malvina resonaban en la plaza.

La madre suplicaba, envuelta en lágrimas, la voz Atemorizada:

—Basta, Melk, basta...

Después, de repente, se arrojó desde la puerta, agarrándole la mano:

—¡No mates a mi hija!

Se detuvo, resoplando. Malvina ahora apenas si sollozaba en el sofá.

—¡A su cuarto! Hasta —nueva orden no volverá a salir.

En el bar, Josué apretaba las manos, se mordía los labios. Nacib sentíase abatido. Juan Fulgencio movía la cabeza. El resto de la gente del bar, estaba como en suspenso, en silencio.

En su ventana, Gloria sonrió tristemente.

Alguien dijo: —Paró de golpear.

De la virgen de las rocas

Negras rocas emergen del mar; contra los flancos de piedra las ondas revientan en blanca espuma. Cangrejos de asustadoras garras surgen de recónditas cavidades. De mañana y de tarde, los chiquilines escalan ágilmente las rocas, jugando a bandidos y «coroneles». Por la noche se oye el ruido del agua mordiendo la piedra infatigable. A veces una luz extraña nace en la playa, sube por la roca, se pierde en los escondrijos, reaparece arriba. Los negros dicen que son brujerías de las sirenas, de la afligida «máe d'agua», doña Janaína transformada en verde fuego. Suspiros ruedan, ayes de amor resuenan en la oscuridad de las noches. Las más pobres parejas, mendigos, malandrines, putas sin casa, hacen su cama de amor en la playa escondida entré las rocas, enrédanse en abrazos en la playa. Ruge, al frente, el mar bravío; duerme atrás la ciudad bravía.

Un bulto, esbelto y audaz, gana los peñascos en la noche sin luna. Es Malvina descalza, con los zapatos en la mano y la mirada decidida. Hora en que las muchachas deben estar en la cama, durmiendo y soñando con estudios y fiestas, o con casamiento. Pero Malvina sueña despierta, subiendo las rocas.

Había un lugar, cavado en la tierra por las tempestades, como una ancha silla de cara al océano, en la que se sentaban los enamorados, los pies danzando en el abismo. Las ondas se quebraban allá abajo, extendían blancas manos de espuma, que llamaban. Allí se sentó Malvina, contando los minutos, en ansiosa espera. El padre había estado en su habitación, silencioso y duro. Había recogido los libros, las revistas, buscado cartas, papeles. Sólo había dejado unos diarios de Bahía y el dolor, revolviéndose en su carne golpeada, enrojecida por los golpes. La esquila amorosa, «eres la vida que vuelvo a encontrar, la alegría perdida, la esperanza muerta; eres todo para mí», ella la había guardado en su seno. También vino la madre, trayéndole comida, dándole consejos, hablando de morir. ¿Y sería vida, acaso, la existencia entre ese padre y aquella hija, dos orgullos en oposición, dos rudas voluntades, dos puñales suspendidos? Rogaba a los santos que le permitiesen morir. ¡Ay!, para no ver cumplirse el ineludible destino, acontecer la inexorable desgracia.

Se abrazó a la hija, y Malvina había dicho: —No he de ser una infeliz como usted, madre.

—No digas locuras.

No agregó más; había llegado la hora de la decisión partiría con Rómulo, comenzaría a vivir.

Duro como la piedra más dura era su padre, capaz de romperse pero no de doblarse. Desde niña, allá en la plantación, había oído historias. De los tiempos de las luchas, de las noches en los caminos con bandidos armados, y al frente de ellos, su padre. Después, ella misma lo vio. Por una tontera, un ganado fugitivo que rompiera

cercas e invadiera los pastos, había peleado con los Alves, vecinos de sus tierras. Palabras yendo y viniendo, vanidades heridas, y comenzó la lucha. Emboscadas, bandidos, tiroteos, sangre de nuevo. Malvina veía todavía a su tío Aluisio apoyado en la pared de la casa, el hombro ensangrentado. Mucho más joven que Melk, débil y alegre, era un lindo hombre. Le gustaban los animales, los caballos, las vacas; criaba perros, cantaba en la sala, alzaba a Malvina, jugaba con ella; amaba la vida. Era en el mes de junio. En vez de hogueras, de buscapiés y cohetes, se habían sucedido los tiros por los caminos, las celadas entre los árboles. El rostro macerado de la madre, como siempre le conociera Malvina. Tiempo de las noches sin dormir. De los años anteriores al que ella naciera, de los grandes barullos. Época de temblar ante Melk, ante sus órdenes gritadas, su voluntad impuesta. Había curado el hombro del tío, que una bala raspara. Melk apenas había dicho:

—¿Por tan poco volviste? ¿Y los hombres?

—Volvieron conmigo...

—¿Qué fue lo que te dije?

Aluisio lo miró con ojos suplicantes, sin responder.

—¿Qué fue lo que te dije? Pase lo que pase, no hay que abandonar el lugar. ¿Por qué te fuiste? Temblaba la mano de la madre mientras lo curaba, tan débil su tío... No había nacido para peleas ni para tiroteos en la noche. Inclino la cabeza.

—Vas a volver. Y con los hombres. Ahora mismo.

—Ellos van a atacar nuevamente.

—No me interesa. Cuando ataquen voy con más hombres, los rodeo por detrás y acabo con ellos. Si no hubieras escapado ante el primer tiro, yo habría terminado con ellos ya. El tío asintió; Malvina lo había visto todo: Aluisio montó a caballo, miró la casa, los balcones, el corral adormecido, los cachorros ladrando. Una mirada demorada, la que se da por última vez. Y salió con los hombres, mientras en el fondo esperaban los otros.

Cuando sonaron los tiros, su padre ordenó:

—¡Vamos!

Regresó victorioso, había acabado con los Alves. En el caballo, de bruces, venía el cuerpo del tío. Era un hermoso varón lleno de alegría...

¿De quién heredó Malvina ese amor a la vida, esa ansia de vivir, ese horror a la obediencia, a curvar la cabeza, a hablar en voz baja en presencia de Melk? Tal vez de él mismo. Desde temprano odió su casa, la ciudad, las leyes, las costumbres. La vida humillada de la madre, siempre temblando delante de Melk, asintiendo siempre, sin nunca ser consultada para los negocios. Él llegaba, y decía en tono de orden:

—Prepárate. Hoy vamos a ir al escritorio de Tónico a firmar una escritura.

Ella ni preguntaba de qué era la escritura, si se compraba o se vendía, sin ganas de enterarse. Su fiesta era la iglesia. Melk era el dueño de todos los derechos,

decidiéndolo todo. La madre cuidaba de la casa, y ése era su único derecho. El padre en los cabarets, en las casas de las prostitutas, gastando su dinero con mujerzuelas, jugando en los hoteles, en los bares, bebiendo con los amigos. La madre muriendo en la casa, viviendo para oír y obedecer. Macilenta y humillada, conforme con todo, había perdido la voluntad y ni sobre su hija tenía autoridad. Malvina, apenas llegada a la adolescencia, había jurado que con ella no sería así. No se sujetaría.

Melk en ciertas oportunidades la complacía, y se quedaba mirándola, como si la estudiara. Se reconocía en ella, en ciertos detalles, en su deseo de ser alguien. Pero le exigía obediencia. Cuando ella le decía que quería hacer los estudios secundarios y luego los universitarios, él decretaba:—No quiero hija doctora. Irás al colegio de monjas, a aprender a coser, a contar, a leer, a tocar el piano. No precisas más. Mujer metida a doctora pierde la vergüenza, es mujer que busca perderse.

Ella había percibido que la vida de toda mujer casada era igual a la de su madre. Sujetas al dueño. Peor que monjas. Malvina se juraba a sí misma que jamás, ¡jamás!, se dejaría agarrar. En el patio del colegio, juveniles y risueñas, conversaban las hijas de padres ricos. Con los hermanos estudiando en Bahía, en los liceos y facultades. Con derecho a mesadas, a gastar el dinero, a hacer cuanto quisieran. Ellas sólo tenían para sí mismas ese breve tiempo de la adolescencia. Las fiestas del Club Progreso, los amoríos sin consecuencia, las esquelitas cambiadas, los tímidos besos robados en las matinés de los cines, a veces un poco más demorados en los portones de los jardines. Un día cualquiera llegaba el padre con un amigo, acababan los amoríos y comenzaban los noviazgos. Si no querían por propia voluntad, eran obligadas por el padre. A veces sucedía que alguna de ellas se casaba con el festejante, cuando el joven era del gusto de los padres. Pero en nada mudaba la situación. Marido traído, elegido por el padre, o novio mandado por el destino, todo era igual. Después de casados, eso no establecía diferencias. Era el dueño, el señor, el dictador de las leyes, el hombre para ser obedecido. Para él eran todos los derechos; para ellas el deber, el respeto. Guardianes de la honra familiar, del nombre del marido, responsables por la casa, por los hijos. Mayor que ella, más adelantada en el colegio, Clara se había hecho amiga de Malvina. Reían las dos cuchicheando en el patio. Jamás existió muchacha más alegre, más llena de vida, hermosura más saludable, mejor bailarina de tangos, mayor soñadora de aventuras. ¡Tan apasionada y romántica, tan rebelde y arrojada! Casose por amor, así por lo menos pensaba ella. El novio no era estanciero, hombre de mentalidad atrasada. Era un doctor, graduado en derecho que recitaba versos. Y todo fue igual. ¿Qué había sucedido con Clara, dónde estaba ella, dónde escondió su alegría, su ímpetu, dónde enterró sus planes, sus numerosos proyectos? Iba a la iglesia, cuidaba de la casa, paría hijos. Ni se pintaba, porque el doctor no quería.

Así fue siempre, así continuaba siendo, como si nada se transformara, como si la

vida no cambiara, como si no creciera la ciudad. En el colegio se emocionaban con la historia de Ofenisia, la virgen de los Ávila, muerta por amor. No había querido al Barón, al señor de ingenio. Su hermano Luis Antonio llegaba con pretendientes. Pero ella sonaba con el emperador.

Malvina odiaba aquella tierra, la ciudad llena de murmuraciones, de los dimes y diretes.

Odiaba aquella vida y contra ella pensaba luchar. Comenzó a leer, encaminada por Juan Fulgencio, que le recomendaba libros. Descubrió otro mundo más allá de Ilhéus, donde la vida era bella, donde la mujer no era esclava. Las grandes ciudades donde podía trabajar, ganar su pan y su libertad. No miraba a los hombres de Ilhéus, e Iracema la llamaba «la virgen de bronce», el título de una novela, porque ella no tenía festejantes. Josué la rondaba, había venido de afuera, escribía sonetos, publicaba en periódicos. «Dedicado a la indiferente M...» Iracema leía en voz alta en el patio del colegio. Un día en que un marido engañado mató a la esposa, Malvina conversó con él, pero sus amoríos duraron apenas unos días. ¿A lo mejor, quién sabe, fuese diferente a los otros? Pero era igual. Enseguida quiso prohibirle que se maquillara la cara, que tuviera amistad con Iracema —«todos hablan de ella, no es amiga para ti»—, que fuera a una fiesta en casa del «coronel» Misael, a la que él no fuera invitado. Y todo eso en menos de un mes.

De Ilhéus sólo le gustaba la casa nueva, cuyo modelo escogiera en una revista de Río. El padre accedió porque para él era un asunto que lo dejaba indiferente. Mundinho Falcão había traído a ese arquitecto loco, sin trabajo en Río, y ella quedó encantada con la casa de Mundinho. También con él había soñado. Ése sí que era diferente, podía arrancarla de allí, llevarla para otras tierras, aquéllas de que hablaban en las novelas francesas. Para Malvina no se trataba del amor, de explosiva pasión. Amaría a quienquiera que le ofreciese el derecho a vivir, a quien la libertase del miedo al destino de todas las mujeres de Ilhéus. Era preferible envejecer solterona, vestida de negro, a la puerta de las iglesias. Si no quería morir como Sinházinha, de un tiro de revólver. Mundinho se alejó de ella no bien sintió su interés. Malvina sufrió, por su esperanza marchita. Josué estaba imposible, habíase puesto exigente y mandón. Fue cuando Rómulo llegó y atravesó la plaza con su malla de baño, para cortar luego las ondas en brazadas largas. Ése, sí, pensaba de otro modo. Había sido infeliz; la mujer estaba loca. Le hablaba de Río; ¿qué importaba el casamiento, simple convencionalismo? Ella podría trabajar, ayudarlo, ser amante y secretaria, estudiar en la facultad si así lo quería, independizarse, unida a él sólo por el amor. ¡Ah!, cómo vivió ardientemente esos meses...

Sabía que la ciudad toda comentaba; que en el colegio no se hablaba de otra cosa; algunas amigas se alejaban de ella, e Iracema fue la primera. ¿Qué le importaba? Se reunía con él en la avenida de la playa, mantenían inolvidables conversaciones. En las

matinés del cine se besaban con furia: él le decía que renació al conocerla. Y muchas noches en que Melk estaba en la estancia, y la casa entera dormía, Malvina había ido a buscarlo a las rocas. Sentábanse en el hueco de la piedra, mientras las manos del ingeniero recorrían su cuerpo. Él le susurraba pedidos, con la respiración entrecortada. ¿Por qué no pertenecerle allí mismo, en la playa? Malvina quería irse de Ilhéus. Al partir se entregaría. Hacía planes de fuga. En el cuarto, golpeada y presa, leyó en el diario de Bahía: «Un escándalo conmovió la alta sociedad de Italia. La princesa Alejandra, hija de la infanta doña Beatriz de España y del príncipe Vitorio, salió de la casa de los padres y fue a vivir sola, yendo a trabajar como cajera en una casa de modas: Y eso porque su padre quería casarla con el rico duque Humberto Visconti de Modrome, de Milán, y ella está enamorada del plebeyo Franco Martini, industrial». Parecía escrito para ella. Con un trozo de lápiz, en el papel de la orilla del periódico, escribió el mensaje para Rómulo marcando el encuentro. La sirvienta lo llevó al hotel, entregándolo en mano propia. Aquella noche, si él lo deseaba, sería de él. Porque ahora se había decidido definitivamente: saldría de allí, escogería otra ciudad para vivir. La única preocupación que la contuvo —solamente ese día se había percibido de eso— era evitar que el padre sufriera. ¡Y cómo habría de sufrir! Ahora ya no le importaba.

Sentada en la playa húmeda, con los pies asomando al abismo, Malvina espera. En la playa escondida, gimen las parejas. Salta el fuego fatuo en las alturas. Todo el plan está formado, estudiado hasta en sus menores detalles, y Malvina espera, impaciente. Las ondas revientan abajo, la espuma vuela. ¿Por qué no viene él? Debería haber llegado antes que ella; en la esquila Malvina había escrito la hora exacta. ¿Por qué no llegaba? En el Hotel Coelho, con la puerta trancada y el sueño imposible, Rómulo Vieira, competente ingeniero del Ministerio de Vialidad y Obras Públicas, tiembla de miedo.

Siempre había sido idiota, tratándose de mujeres. Se metía en complicaciones, no se llevaba bien con ellas. Pero nunca se enmendaba. Vivía enamorando muchachas solteras; allá en Río escapó por poco de la furia de los hermanos violentos de una tal Antonieta, con quien tenía citas. Se juntaron los cuatro hermanos para darle una lección; por eso había aceptado venir a Ilhéus. Entonces juró no volver a mirar a ninguna muchacha casadera. Esa comisión en Ilhéus era un verdadero regalo. Estaba juntando dinero y, además de eso, Mundinho Falcão le garantizaba un buen bocado extra si andaba rápido y concluía el informe reclamando el urgente envío de las dragas. Así lo había hecho, combinando con Mundinho solicitar la dirección del servicio de rectificación y dragado, al Ministerio. El exportador habíale prometido mayor ganancia aún para cuando el primer barco extranjero entrase al puerto. Y empeñarse por su ascenso. ¿Qué más podía desear? Sin embargo, había ido a meterse con una joven soltera, a mostrarse en los cines, a hacerle promesas imposibles.

Resultado: tuvo que telegrafiar pidiendo un sustituto, luego de una desagradable conversación con Mundinho. Había prometido que no bien llegara a Río, no dejaría al ministro en paz mientras las dragas y los remolcadores no fuesen enviados. Era todo cuanto podía hacer. Lo que no podía hacer era quedarse en Ilhéus, para recibir chicotazos en cualquier calle o llevar un tiro en la obscuridad de la noche. Se encerró después en su habitación, de donde saldría solamente para embarcar. ¡Y la loca todavía arreglando citas en las rocas!; él ni siquiera creía que Melk hubiera regresado a la plantación, donde la zafra finalizaba. Una loca; él tenía la manía de las locas, se metía con ellas ...

Malvina esperaba en lo alto de las rocas.

Abajo, las ondas llamaban.

Él no vendría; por la tarde casi había muerto de miedo, pero sólo ahora ella lo comprendía. Miró la espuma que volaba, las aguas que llamaban; por un instante pensó en arrojarse. Acabaría con todo. Pero ella quería vivir, quería irse de Ilhéus, trabajar, ser alguien, conquistar un mundo. ¿Qué ganaba con morir? En las ondas arrojó las planes hechos, la seducción de Rómulo, sus palabras y el billete que él le escribiera días después de desembarcar. Malvina se daba cuenta del error cometido. Para salir de allí sólo había visto un camino: salir apoyada en el brazo de un hombre, marido o amante. ¿Por qué?

¿No significaba eso que Ilhéus continuaba actuando sobre ella, llevándola a no confiar en sí misma? ¿Por qué partir de la mano de alguien, presa a un compromiso, a deuda tan grande? ¿Por qué no partir con sus pies libres, sola, a conquistar un mundo? Así saldría.

No por la puerta de la muerte; quería vivir, y vivir ardientemente, libre como el mar sin límites. Recogió los zapatos, descendió de las rocas mientras comenzaba a delinear un plan. Se sentía liviana. Había sido lo mejor de todo que él no viniese; ¿cómo podría vivir con un hombre tan cobarde?

Del amor eterno o de Josué transponiendo murallas

En aquella serie de sonetos dedicados «a la indiferente, a la ingrata, a la soberbia, a la orgullosa M...», impresos en bastardilla arriba de la leída columna de cumpleaños, bautismos, fallecimientos y matrimonios del «Diario de Ilhéus», Josué había afirmado en esforzadas rimas, repetidamente, la eternidad de su amor despreciado. Múltiples cualidades, cada cual más magnífica, caracterizaban la pasión del profesor; pero, de todas ellas, era su carácter eterno la más pregonada, en cuerpo diez, en las páginas del periódico. Sudaba eternidad, para la que el profesor contaba alejandrinos y decasílabos, buscaba rimas. Crecía el amor, pasaba a eterno e inmortal en apasionada redundancia, cuando finalmente, en la excitación del asesinato de Sinházinha y Osmundo, habíase quebrado el orgullo de Malvina, y el romance comenzó. Fue la temporada de los poemas largos, de exaltación, de aquel amor que ni la muerte ni siquiera el paso de los siglos, destruirían jamás. «Eterno como la propia eternidad», «mayor que los espacios conocidos y desconocidos», «más inmortal que los dioses inmortales», escribía el profesor y poeta. Por convicción, y también por conveniencia —poemas largos, si fuese a rimarlos y metrificarlos, no alcanzaría ningún tiempo—, Josué había adherido a, la famosa «Semana de Arte moderno» de San Pablo, cuyos ecos revolucionarios llegaban a Ilhéus con tres años de atraso. Ahora juraba por Malvina y por la poesía moderna, liberada de la prisión de la rima y la métrica, como él decía en las discusiones literarias en la Papelería Modelo, al Doctor, a Juan Fulgencio y a Ño-Gallo, o en el «Gremio Rui Barbosa», a Ari Santos. Y también menos costosa, sin tener que contar sílabas ni buscar rimas. Y, además de eso, ¿no era en «estilo moderno» la casa de Malvina? Almas gemelas, hasta en el buen gusto, pensaba él.

Lo extraordinario es que esa eternidad del tamaño de la propia eternidad, esa inmortalidad mayor que la inmortalidad de todos los dioses reunidos, consiguió todavía crecer, ahora en una prosa panfletaria, cuando la muchacha rompió las relaciones y comenzó el escándalo con Rómulo. Amplio era el pecho comprensivo de Nacib, que acompañaba en el bar las melancolías del profesor. Solidarios, los amigos de la Papelería y del «gremio», un tanto curiosos también. Pero el dolor de Josué fue a apoyarse, inexplicablemente, sobre el hombro español y anarquista del zapatero Felipe. El remendón español era el único filósofo de la ciudad, con un concepto formado sobre la sociedad y la vida, las mujeres y los sacerdotes. Pésimo concepto, por otra parte. Josué devoró sus folletos de tapa encarnada, abandonó la poesía, inició una fecunda carrera de prosista. Era una prosa melosa y reivindicadora: Josué se adhirió al anarquismo en cuerpo y alma, pasando a odiar la sociedad constituida, a elogiar las bombas y la dinamita regeneradoras, a clamar venganza contra todo y contra todos. El Doctor elogiábale el alto vuelo de su estilo. En el fondo, toda esa

exaltación tenebrosa iba dirigida contra Malvina. Se decía para siempre desilusionado de las mujeres, sobre todo de las bellas hijas de plantadores, codiciados partidos matrimoniales. «No pasan de ser unas putitas...», escupía al verlas pasar, juveniles en los uniformes del colegio de monjas o tentadoras en los vestidos elegantes. Pero el amor que dedicó a Malvina, ¡ah!, ése continuaba eterno, en la prosa exaltada, jamás moriría en su pecho y sólo no lo mataba la desesperación, porque él se proponía, con su pluma, modificar la sociedad y el corazón de las mujeres.

Lógicamente, el odio concebido contra las muchachas de la sociedad, afirmado en la ideología confusa de los folletos, lo aproximó a las mujeres del pueblo. Cuando se dirigió por primera vez a la solitaria ventana de Gloria —en un espléndido gesto revolucionario, único acto militante de su fulminante carrera política, concebido y ejecutado, por otra parte, antes de haber adherido al anarquismo— lo había hecho con la intención de señalarle a Malvina el grado de locura en que lo hundía aquella desvergonzada conversación entre una joven soltera con un ingeniero casado. Sin ningún efecto sobre Malvina, que ni se llegó a dar cuenta, embebida en las palabras de Rómulo... Pero de intensa repercusión en medio de la sociedad. Gesto temerario e indecoroso, que no lo transformó en blanco de todos los comentarios solamente en virtud de otros hechos ocurridos, como los amoríos de la propia Malvina y Rómulo el incendio de los números del «Diario de Ilhéus» y la zurra al empleado de la Intendencia. Felipe lo felicitó por su acto de valor. Así se había iniciado su amistad con el remendón. Josué llevaba los folletos a su habitación, en los altos del Cine Victoria. Despreció a Malvina por indigna, no obstante conservarle amor eterno e inmortal. Exaltó a Gloria, víctima de la sociedad, de pureza manchada, ciertamente violentada por la fuerza, y por eso expulsada de la convivencia social. Era una santa. Todo eso escribía —sin los nombres, naturalmente— en una prosa vehemente que llenaba cuadernos. Y como nada de eso era representación, Josué sufría de verdad, imaginando llevar a Ilhéus a los supremos escándalos. Gritar en las calles su interés por Gloria, el deseo que ella le inspiraba —el amor todavía le pertenecía a Malvina—, el respeto que le merecía. Conversar en su ventana, salir de su brazo a la calle, llevarla a habitar la modesta habitación en la que escribía y reposaba. Vivir con ella en una vida de réprobos, divorciados de la sociedad, expulsados de los hogares. Y arrojar ese horror al rostro de Malvina, clamando: «¿Ves a lo que he quedado reducido? ¡Tú eres la culpable!». Todo eso dijo a Nacib, bebiendo en el bar. El árabe agrandó los ojos, creyéndolo santamente. Él mismo, acaso, ¿no estaba pensando en mandar todo al diablo y casarse con Gabriela? Ni aconsejó ni desaconsejó; apenas si le previno:

—Habrà una revolución.

Era lo que Josué deseaba. Gloria, sin embargo, se retiró sonriendo de la ventana cuando, por segunda vez, él se dirigió hacia allí. Después mandó una esquela escrita

con pésima letra y peor ortografía, por medio de una sirvienta. Mojado de perfume, decía al final: «Disculpe los borrones». Realmente eran muchos, y hacían difícil la lectura. Él no debía aproximarse a la ventana; el «coronel» acabaría enterándose; era peligroso. Más todavía en aquellos días, en que estaba por llegar y se hospedaría con ella. Tan pronto el viejo partiera, ella le haría saber cómo podrían encontrarse.

Nuevo golpe para Josué. Juntó entonces en un mismo desprecio a las jóvenes de la sociedad y a las mujeres del pueblo. La suerte de Gloria fue no leer el «Diario de Ilhéus». Pues allí se burló de su prudencia: «escupo sobre las mujeres ricas y pobres, nobles y plebeyas, virtuosas y fáciles. Sólo las mueve el egoísmo, el vil interés». Durante cierto tiempo, ocupado en espiar los amores de Malvina, dedicado a sufrir, a escribir, a burlarse, a vivir el papel tan romántico de su amor despreciado, ni volvió a mirar la ventana solitaria. Cercaba a Gabriela, le escribía versos en un provisorio retorno a la poesía rimada; le proponía el cuartito pobre de comodidades pero rico de arte. Gabriela sonreía, le gustaba oírlo.

Pero la tarde en que Melk golpeó a Malvina, Josué había visto entristecerse el rostro de Gloria, entristecerse por la joven castigada, por Josué abandonado, por ella misma en su soledad renovada. Le escribió en seguida una esquela, pasó junto a la ventana y allí la dejó.

Algunas noches después, cuando el silencio envolvía la plaza y los últimos noctívagos se habían recogido, entraba él por la pesada puerta entreabierta. Una boca se aplastó contra su boca, unos brazos rodearon sus hombros delgados, y lo arrastraron para adentro. Olvidó a Malvina, a su amor eterno, inmortal.

Cuando llegó la aurora y con ella la hora de partir, antes que los madrugadores comenzasen a dirigirse hacia el puesto de pescado, cuando ella le extendía los labios ávidos de los últimos besos de la noche de fuego y miel, él le habló de sus planes: saldría con ella del brazo, enfrentando la sociedad, viviendo los dos en su cuartito en los altos del Cine Victoria, en una pobreza de ascetas, pero millonarios de amor... No podría ofrecerle una casa como aquélla, lujos y criadas, perfumes y joyas, porque él no era plantador de cacao. Sólo era un modesto profesor de parcas entradas. Pero, amor...

Gloria ni lo había dejado terminar la romántica proposición:

—No, cariño, no. Eso no puede ser.

Ella quería las dos cosas: el amor y la comodidad, Josué y Coriolano. Tenía la sabiduría vivida del significado de la miseria, el gusto amargo de la pobreza. Sabía también de la inconstancia de los hombres. Quería tenerlo, pero escondido; que el «coronel» Coriolano nunca llegara a saber ni a sospechar. Amor de llegadas por la noche avanzada, y salidas de madrugada. Haciendo que no la veía en la ventana, sin saludarla, siquiera. Era hasta mejor así, guardaba el sabor del pecado, el aire de misterio.

—Si el viejo se entera, estoy perdida. Todo cuidado es poco.

Apasionada, sí; ¿cómo dudarlo luego de la noche de yegua y perra, de brasa quemando?

Calculadora, sin embargo, y prudente, arriesgando lo menos posible, deseando guardarlo todo. Riesgo había siempre, pero debían reducirlo tanto como fuese posible.

—Voy a hacer que mi chiquito olvide a esa muchacha mala...

—Ya la he olvidado...

—¿Vuelves por la noche? Te esperaré...

No era así como había soñado su aventura con Gloria. ¿Pero qué ganaba con decirle que no volvería? Aún en ese instante, todavía herido por la sabiduría con que ella calculaba los riesgos del amor, y la manera de vencerlos, la fría experiencia con que le hacía aceptar las sobras del «coronel», Josué sentía que su regreso era inevitable. Estaba sujeto a aquel lecho de espantos y fulguraciones.

Otro amor comenzaba.

Era hora de partir, de escurrirse por la puerta, dormir unos minutos antes de enfrentar a sus alumnos de las ocho, en la clase de geografía. Ella abrió un cajón, sacó un billete de diez mil cruzeiros:

—Quiero darte una cosa, algo que usar como recuerdo. No puedo comprarla, porque desconfiarían. Cómprala por mí ...

Quiso rechazarlo con un gesto altivo. Ella le mordió la oreja:

—Compra unos zapatos, así cuando camines pensarás que estás pisando por encima de mí. No digas que no, que te lo estoy pidiendo, había visto la suela agujereada del zapato negro.

—Pero si no cuestan más que tres mil cruzeiros...

—Comprate medias también, entonces... —y gemía en sus brazos.

En la Papelería, por la tarde, muerto de sueño, Josué Enunció su retorno definitivo a la poesía, ahora sensual, cantando los placeres de la carne. Y agregaba:

—El amor eterno no existe. Hasta la más fuerte pasión tiene su tiempo de vida. Llegando su día, se acaba; nace otro amor.

—Por eso mismo el amor es eterno —concluyó Juan Fulgencio—. Porque se renueva.

Terminan las pasiones, es el amor el que permanece.

En su ventana, triunfante y lánguida, Gloria sonreía a las solteronas, condescendiente. Ya no envidiaba a nadie; la soledad había terminado.

Canción de Gabriela

Así, vestida de tafetán, metida en zapatos, con medias, hasta parecía hija de rico, de familia pudiente.

Doña Arminda aplaudía:

—No hay en Ilhéus quien te llegue a los pies. Ni casada, ni soltera, ni prostituta. Nadie.

Gabriela daba vueltas frente al espejo, admirándose. Era lindo ser bonita: los hombres enloquecían, le murmuraban frases con voz dolorida. Le gustaba oír, sobre todo, cuando era un joven.

—El señor Josué quería que fuese a vivir con él; ¡imagínese! Es un mozo tan lindo...

—No tiene en donde caerse muerto; apenas si es un maestro de chicos. Ni pienses en eso, puedes elegir algo mejor.

—No pienso, no. No quiero vivir con él. Si fuese...

—Estás así de «coroneles», si quieres, sin contar el juez. Y sin hablar de don Nacib; ése anda muriéndose...

—Por qué, no sé... —sonrió—. Tan bueno, don Nacib. Ahora no deja de hacerme regalos.

Regalos por demás... No es viejo ni nada... Tanta cosa, ¿para qué? De bueno que es...

—No te asustes cuando te hable de casamiento.

—No tiene necesidad; ¿para qué va a hablarme? No precisa.

Nacib había descubierto un diente picado, y la había mandado a que se lo tratara, que le pusieran un diente de oro. Él mismo había elegido dentista (se acordaba de Osmundo y Sinházinha), un viejo raquítrico de la calle del puerto. Dos veces por semana, después de mandar las bandejas, y de haber preparado la comida de Nacib, iba al dentista vestida de brillantes sedas. Ya estaba terminando, y el diente casi curado, ¡una lástima! Atravesaba la ciudad, contoneando el cuerpo, miraba las vidrieras, las calles llenas de gente, rozándola al pasar. Oía palabras, frases galantes, veía a don Epaminondas midiendo géneros, vendiendo paños. De regreso paraba en el bar, lleno a aquella hora del aperitivo. Nacib se enojaba:

—¿Qué viniste a hacer?

—Pasé sólo para verlo...

—¿Para ver a quién?

—Para ver a don Nacib...

No necesitaba decir nada más, y él se derretía todo. Las solteronas miraban, los hombres miraban, el padre Basilio venía de la iglesia, y le daba la bendición:

—Dios te bendiga, mi rosa de Jericó.

No sabía qué era eso, pero sonaba lindo. ¡Día bueno ése en que iba al dentista! En la sala de espera se ponía a pensar. El «coronel» Manuel das Onzas (¡sobrenombre gracioso!), ese viejo terco, le había mandado un recado: si ella quería le mandaba poner a su nombre una plantación. Una plantación... No fuera por don Nacib, que era tan bueno, y que el «coronel» era tan viejo, y ella aceptaría. No para ella, ¿para qué iba a servirle? ¿Para qué quería una plantación? Para ella misma no... Pero sí para dársela a Clemente, que quería tanto una plantación... ¿Dónde andaría Clemente? ¿Estaría todavía en la estancia del padre de la señorita linda, aquélla del ingeniero? Había estado mal pegarle a la pobre con el chicote. ¿Qué había hecho de majo? Si tuviese una plantación se la daría a Clemente. Qué bueno sería...

Pero don Nacib no entendería eso, y no podía dejarlo sin cocinera. Si no fuera por eso, aceptaría. El viejo era feo pero pasaba en la estancia un mundo de tiempo y, durante ese tiempo, don Nacib podría ir a consolarla, a acostarse con ella... Había tantas tonterías en qué pensar. Pensar, a veces, era bueno, pero otras no tanto. Pensar en difuntos, en tristezas, no le gustaba. Pero de repente, pensaba. En los que habían muerto en el camino, su tío entre ellos. Pobre tío; cuando chica le pegaba bastante. Se metió en su cama, un día, cuando era todavía una criatura. La tía se arrancaba el pelo, lo insultaba; él la empujaba, le daba cachetadas. Pero no era malo: sólo pobre por demás; no podía ser bueno... Le agradaba pensar cosas alegres. Pensar en los bailes en la plantación, con los pies descalzos saltando sobre el suelo. En la ciudad toda iluminada, en donde estuviera cuando la tía había muerto, en la casa muy rica de gente muy orgullosa. Pensar en Bebito. Eso sí que era bueno. Cierta gente no sabía conversar de otra cosa que no fuera tristezas. Qué cosa tonta... Doña Arminda tenía días así: amanecía nublada, y empezaban a venir las tristezas, las amarguras, las enfermedades. No hablaba de otra cosa. Amanecía contenta, y entonces su conversación era una delicia. Como pan con manteca, sabrosa que había que ver. Hablaba de todo; contaba de los partos, de los chicos que nacían. Eso era bueno.

El diente estaba curado, ¡qué lástima!; diente de oro. Don Nacib era un santo, pagaba el dentista sin que ella lo pidiera. Un santo era él, que le daba tantos regalos, ¿para qué tantos?

Cuando la viera en el bar, protestaría. Tenía celos... Qué divertido...

—¿Qué haces aquí? Vete a casa...

Iba caminando a casa, con su vestido brillante, metidita en sus zapatos, con medias y todo. Frente a la iglesia, en la plaza, los chiquilines jugaban a las rondas. Todos juntos: las hijas de don Tónico, que tenían los cabellos rubios, que parecían de maíz. Los chicos del fiscal, aquél enfermito del brazo, los vigorosos de Juan Fulgencio y los ahijados del padre Basilio. Y el negrito Tuísca, en medio de la ronda, cantando y bailando:

*La rosa se enfermó,
el clavel fue a visitarla,
la rosa se desmayó,
el clavel se puso a llorarla.*

Gabriela continuó caminando mientras escuchaba esa canción que también ella cantara cuando chica. Se paró a escuchar, para ver a la ronda. Antes de la muerte del padre y de la madre, antes de ir a la casa de los tíos, la había cantado. ¡Qué lindo ver los pies chiquitos bailando en el suelo! Sus pies protestaban; también ellos querían bailar. No podía resistir; adoraba los juegos de rondas. Se quitó los zapatos, los arrojó en la vereda y corrió hacia los chicos. De un lado Tuísca, del otro Rosita.

Dando vueltas a la plaza, cantando y bailando:

Palma, palma, palma.

Pie, pie, pie.

Rueda, rueda, rueda.

Cangrejo pescado es.

Cantando, girando, batiendo palmas, Gabriela volvió a ser niña.

De las flores y de los jarrones

La lucha política alcanzó también las elecciones de la Cofradía de San Jorge, en plena Catedral. Mucho deseó el obispo conciliar las diversas corrientes y repetir el juego realizado por Ataulfo Passos. Le hubiera gustado ver reunidos en torno al altar del santo guerrero a los fieles de los Bastos, y a los entusiastas de Mundinho. Y siendo todo lo obispo que era, con su birrete rojo, no lo consiguió.

La verdad es que Mundinho no había tomado muy en serio aquella historia de la cofradía. Pagaba lo que debía pagar, mensualmente, ¡y listo! Le dijo al obispo que estaba dispuesto a votar, si eso fuera necesario, en el nombre que él quisiera. Pero el Doctor, con el ojo puesto en la presidencia, se puso firme. Comenzó a conspirar. El doctor Mauricio Caires, devoto y dedicado, era candidato a la reelección. Y la debió, sobre todo, al ingeniero.

En la ciudad había repercutido intensamente el agitado final de sus amores. A pesar de que el diálogo en la playa, entre Melk y Rómulo, no había sido oído por nadie, existían de él por lo menos unas diez versiones, cada una más violenta que otra, menos simpática al ingeniero. Hasta de rodillas lo hicieron poner junto al banco de la avenida, suplicando piedad, esas versiones. Lo transformaron en un monstruo moral, de vicios inconfesables, perdiendo mujeres, constituido en un pavoroso peligro para la familia ilheense. El «Periódico del Sur» le dedicó uno de sus artículos más largos —toda la primera página, continuando en la segunda y más grandilocuentes. La moral, la Biblia, la honra de las familias, la dignidad de los Bastos, su vida ejemplar, la corrupción de todos los opositores, comenzando por su jefe y Anabela, y la necesidad de conservar a Ilhéus al margen de la degradación de costumbres a que asistía el mundo, hacía de ese artículo una página antológica. Es decir, varias páginas.

—Para la Antología de la Imbecilidad... —anotó el Capitán.

Pasión política. Que en Ilhéus saboreaban especialmente las solteronas, cuando el doctor Mauricio Caires repitió grandes trechos del artículo durante el discurso de toma de posesión, luego de ser reelecto para la presidencia de la Cofradía: «aventureros venidos de los centros de perversión, con el pretexto de discutibles e inútiles trabajos, quieren pervertir el alma incorruptible del pueblo de Ilhéus...».

El ingeniero pasó a ser el símbolo de la corrupción, de descalabro moral. Tal vez se debiera eso al hecho de haber huido, cobardemente, embarcándose a las escondidas sin despedirse siquiera de los amigos, luego de temblar de miedo días enteros en el cuarto de su hotel.

Si él hubiera reaccionado, si hubiera luchado, ciertamente habría encontrado quien lo apoyase. Pero la antipatía que lo rodeaba no alcanzó a Malvina. Es claro que cuchicheaban sobre aquellos amores, los besos en el cine y en el portal, y hasta había quien hiciera apuestas sobre su virginidad. Pero, en parte por saberse que la joven

había enfrentado al padre enfurecido, con la cabeza erguida, gritando mientras él hacía caer el rebenque, sin doblar la cabeza, la ciudad simpatizaba con ella. Cuando, unas dos semanas después, Melk la llevó a Bahía, para internarla en el Colegio de las Mercedes, varias personas la acompañaron al puerto; hasta algunas compañeras del colegio de monjas. Juan Fulgencio le llevó una bolsa de bombones, y cuando le apretaba la mano, dijo:

—¡Coraje!

Malvina sonrió, suavizándose la mirada glacial y altiva y quebrándose su pose de estatua. Jamás estuvo tan bella. Josué no había ido al puerto, pero le confesaba a Nacib, junto al mostrador del bar:

—¡Yo la perdoné! —andaba alegre y conversador, si bien las mejillas estaban más cavadas y las ojeras negras, enormes.

Ño-Gallo, presente, miraba la ventana risueña de Gloria:

—Usted, profesor, anda escondiendo alguna cosa. Nadie le ve en el cabaret, y yo conozco cuanta mujer existe en Ilhéus, y sé con quien anda de amores cada una de ellas. Ninguna anda con usted... Entonces, ¿dónde ha encontrado usted esas ojeras...?

—En el estudio y en el trabajo...

—Estudiando anatomía... Yo también quiero un trabajo así... —y sus ojos indiscretos iban de Josué a la ventana de Gloria.

Nacib también desconfiaba. Josué simulaba una indiferencia excesiva en relación a la mulata, y había dejado por completo de jugar con Gabriela. Allí había algo...

—Ese ingeniero perjudicó bastante a Mundinho Falcão...

—Nada de eso tiene importancia. Mundinho va a ganar con toda seguridad. Soy capaz de apostar.

—No es tan seguro. Pero, aunque gane, el gobierno no va a reconocerlo, ya lo verán...

La adhesión del «coronel» Altino a la causa de Mundinho, su ruptura con los Bastos, había arrastrado a otros muchos. Durante algunos días las noticias se sucedieron: el «coronel» Octaviano, de Pirangi; el «coronel» Pedro Ferreira, de Mutuns, y el «coronel» Abadias de Souza, de Agua Preta, lo seguían. Se tenía la impresión de que si el prestigio de los Bastos no había sido destruido por completo, por lo menos había decaído profundamente.

El cumpleaños del «coronel» Ramiro, ocurrido semanas después del incidente con Rómulo, probó la exageración de esas conclusiones. Nunca fue festejado tan ruidosamente. Cohetes por la mañana, para despertar a la ciudad; salvas y fuegos artificiales frente a su casa y a la Intendencia. Misa cantada por el Obispo, la Cofradía de San Jorge en pleno, la iglesia llena y el sermón del padre Cecilio, celebrando con su voz ardiente y afeminada las virtudes del «coronel». Habían venido plantadores de

toda la región, y hasta Aristóteles Pires, el Intendente de Itabuna. Era una demostración de fuerza. A continuación, y durante todo el día, se sucedieron las visitas en la casa en fiesta, abierta la sala de las sillas de alto respaldo. El «coronel» Amancio Leal mandaba venir cerveza de todos los bares, anunciando la victoria al precio que fuese, costara lo que costase. Hasta algunos opositores fueron a llevar sus felicitaciones a Ramiro Bastos, entre ellos el Doctor. El «coronel» los recibía de pie, queriendo exhibirles, no sólo su prestigio, sino también su salud de hierro. La verdad, sin embargo, era que en los últimos tiempos aparecía quebrantada. Antes parecía un hombre de avanzada edad, pero fuerte y erguido, mientras que hoy era un anciano de manos temblorosas.

Mundinho Falcão no fue a la misa ni le llevó personalmente su abrazo. Envió, en cambio, un ramillete de flores a Jerusa, con una tarjeta en la que se leía: «Le pido, mi joven amiga, que transmita a su digno abuelo mis votos de felicidad. En campo opuesto al suyo soy, sin embargo su admirador».

Fue un éxito.

Todas las jóvenes de Ilhéus quedaron excitadísimas. Aquello les parecía el «súmmum» de la distinción, algo nunca visto en aquella tierra, donde la oposición política significaba enemistad mortal. Además, ¡qué superioridad, qué elegancia! El propio «coronel» Ramiro Bastos, al leer la tarjeta y mirar las flores comentó:

—¡Es astuto ese señor Mundinho! Si me manda su abrazo por intermedio de mi nieta, sabe que no puedo dejar de recibirlo...

Por un corto espacio de tiempo se llegó a pensar en un acuerdo. Tónico, con la tarjeta en la mano, sentía nuevas esperanzas. Pero todo quedó en eso, la disputa cada vez más enconada. Jerusa esperó que Mundinho fuera al baile con que se cerraban los festejos, en el salón de honor de la Intendencia. No se había animado a invitarlo, pero insinuó al Doctor que su presencia sería bien recibida.

El exportador no vino.

Le había llegado mujer nueva de Bahía y festejaba en su casa, por su cuenta. Todo aquello se comentaba en el bar; de todo aquello participaba Nacib. El servicio de dulces y saladitos para el baile de la Intendencia le había sido pedido a él, y la propia Jerusa conversó personalmente con Gabriela para explicarle lo que quería. Y al volver le dijo a Nacib:

—Su cocinera es una belleza, don Nacib, y tan simpática... —frase que la hizo sagrada para el árabe. Las bebidas fueron compradas a Plinio Aracá, porque el viejo «coronel» no quería disgustar a nadie.

Comentaba y participaba, pero sin entusiasmo. Ningún acontecimiento de la ciudad, suceso político o social, ni siquiera el ómnibus que se diera vuelta en el camino hiriendo a cuatro personas —una de las cuales murió—, nada podía arrancarlo de su problema. La idea de casarse con Gabriela, lanzada cierta vez por

Tonico, displicentemente, había hecho lo suyo. No veía otra solución. Él la amaba, era cierto. Con un amor sin límites, necesitando de ella como del agua, de la comida, de la cama para dormir. Y el bar tampoco podía pasarse sin ella. Toda esa prosperidad —el dinero juntándose en él, banco y el sueño de la plantación cada día más próximo—, se vendría abajo si ella se iba.

Casándose, ya no tendría miedo; ¿qué cosa mejor podría ofrecerle alguien en su vida? Y con ella dueña del bar, al frente de una cocina de tres o cuatro cocineras, dirigiendo apenas, Nacib podría realizar un proyecto que venía alimentando desde hacía mucho tiempo: fundar un restaurante. Hacía falta uno en la ciudad, el propio Mundinho ya lo había dicho y repetido: Ilhéus estaba reclamando un buen restaurante, porque la comida de los hoteles era malísima, y los hombres solteros tenían que resignarse a las pensiones ordinarias, a las marmitas frías. Cuando llegaban los barcos, los visitantes no encontraban donde comer bien. No había lugar para ofrecer una comida importante, una conmemoración de proporciones, fuera de las salas de las casas de familias. Él mismo, Mundinho, sería capaz de, entrar con parte del capital. Decían que la pareja de griegos pensaba también en eso, y andaba buscando local. Con la seguridad de tener a Gabriela dirigiendo la cocina, Nacib instalaría el restaurante.

Pero ¿qué seguridad podía tener? Pensaba eso sentado en la silla perezosa, a la hora de la siesta, la hora de su peor martirio, con el cigarro apagado y amargo, como una bilis, en la boca, y los bigotes marchitos.

Días atrás doña Arminda, especie de Casandra agorera, lo alarmó espantosamente. Y por primera vez Gabriela se había sentido seducida por una proposición. Doña Arminda había descrito en detalles, con un placer casi sádico, las vacilaciones de la muchachita al recibir el ofrecimiento del «coronel» Manuel das Onzas. Una plantación de cacao, de doscientas arrobas, no era para me nos; ¿quién no vacilaría? De Clemente nada conocían, ni él ni doña Arminda; de Gabriela, poco sabían... Pasó unos días como loco: más de una vez abrió la boca para hablar de casamiento.

Pero la propia doña Arminda afirmaba que Gabriela rechazó la proposición:

—Nunca vi nada igual... ¡Merece casamiento una cosa así!

Aquél no había sido todavía su límite. «Toda mujer, por muy fiel que sea, tiene sus flaquezas...», había dicho la voz gangosa de Ño-Gallo. No había sido su flaqueza, su precio, pero bien cerca lo había estado; ¿acaso no estuvo a punto de aceptar? ¿Y si a las plantas de cacao el «coronel» Manuel das Onzas juntase una casa en una calle suburbana, con su escrituración correcta? Nada tiene tanta influencia en las mujeres como tener casa propia. Bastaba ver, si no, a las hermanas Dos Reís, rechazando un dineral por sus casas, aquélla en que vivían y las que alquilaban. ¡Y Manuel das Onzas bien que podía hacerlo! Dinero era como cama de gato en su

estancia y, con la zafra de ese año enriqueció más todavía. Estaba construyendo en Ilhéus un verdadero palacio para la familia, tenía hasta una torre, desde la que podía divisar la ciudad entera; los barcos en el puerto y el ferrocarril. Enloquecido por Gabriela —pasión de viejo—, pagaría por ella cualquier precio, por más alto que fuese.

Doña Arminda lo apretaba en la casa, y Tónico todos los días en el bar le preguntaba:

—¿Y el casorio, árabe? ¿Ya se decidió?

En el fondo ya estaba decidido; se había resuelto. Lo retrasaba sólo por miedo de lo que irían a decir. ¿Serían capaces ellos, sus amigos, de comprender? ¿Su tío, su tía, su hermana, el cuñado, los parientes ricos de Itabuna, esos orgullosos Atchcar? Por último, ¿qué le importaba? Los parientes de Itabuna ni se acordaban de él, sólo preocupados por su cacao. Al tío nada le debía, y en cuanto al cuñado, ¡que se aguantase! Y los amigos, los clientes del bar, sus compañeros de partidas de póquer y de gamão, todos ellos, con excepción de Tónico, ¿acaso le habían demostrado consideración? ¿No perseguían a Gabriela, no se la disputaban en su propia cara? ¿Qué respeto les debía?

Aquel día en el bar, mucho se había discutido, antes del almuerzo, sobre cosas de política y sobre el asunto del puerto. Circulaban rumores, desparramados por gente de los Bastos: el informe del ingeniero había sido archivado. Era inútil insistir, porque ése era un problema sin solución. Muchos así lo creían. Ya no veían al ingeniero con sus instrumentos, en un bote, revolviendo la arena de la bahía. Además de eso, Mundinho Falcão había embarcado para Río. Los partidarios de los Bastos resplandecían. Amancio Leal le había hecho otra propuesta a Ribeirito. Veinte mil cruzeiros a que los remolcadores y las dragas no venían. Nuevamente Nacib fue llamado como testigo.

Tal vez por eso, a la hora habitual del amargo, Tónico se encontraba de tan buen humor. Había vuelto a aparecer por los cabarets, encaprichado ahora con una cearense de trenzas negras.

—La vida es buena...

—Usted tiene motivos para estar contento. Con mujer nueva...

Tónico, mientras se limpiaba las uñas, condescendió. —Realmente, estoy contento... Los trabajos de la bahía se fueron al diablo... La cearense es de fuego...

No habría de ser el «coronel» Manuel das Onzas quien decidiera, finalmente, a Nacib. Sería el mismo juez. —¿Y usted, árabe, siempre triste?

—¿Qué voy a hacer?

—Ponerse todavía más triste. Tengo una mala noticia para usted.

—¿Qué es? —la voz era alarmada.

—El juez, mi querido amigo, alquiló casa en la Cortada de las Cuatro Mariposas

...

—¿Cuándo?

—Ayer a la tarde...

—¿Para qué?

—¿Para quién podría ser?

Se hizo un silencio tan grande, que se podía oír el vuelo de una mosca. Chico-Pereza, que volvía del almuerzo, completó:

—Gabriela le manda decir que va a salir, pero que vuelve en seguida.

—¿Para qué va a salir?

—No sé, don Nacib. Parece que para comprar unas cosas que hacen falta.

Tonico lo miraba irónicamente.

Nacib le preguntó: —Cuando usted habla de casamiento, ¿habla en serio? ¿Lo cree seriamente?

—Claro que sí. Ya le dije, árabe: si fuese usted...

—Lo anduve pensando. Creo que sí...

—¿Se decidió?

—Pero hay unos problemas; tal vez usted pueda ayudarme...

—Venga un abrazo; ¡mis felicitaciones! ¡Turco feliz! Después de los abrazos, Nacib, todavía confundido, continuó:

—Ella no tiene papeles, anduve averiguando. Ni certificado de nacimiento; no sabe cuándo nació. Y tampoco el apellido del padre. Murieron cuando ella era chiquita, y no sabe nada. Su tío era Silva; pero era hermano de la madre. No sabe qué edad tiene, ni sabe nada. ¿Cómo hacemos?

Tonico le aproximó la cabeza:

—Soy su amigo, Nacib. Voy a ayudarle. Por los papeles no se preocupe. Arreglo todo en el escritorio. Certificado de nacimiento, nombre para ella, para el padre y para la madre... Sólo hay una cosa: quiero ser el padrino del casorio.

—Ya está invitado... —y de repente Nacib se vio libre, volvía toda su alegría, sentía el calor del sol, y la dulce brisa del mar.

Juan Fulgencio entraba puntualmente, casi sobre la hora de abrir la Papelería.

Tonico exclamó: —¿Sabe la noticia?

—Son tantas... ¿Cuál de ellas?

—Nacib se casa...

Juan Fulgencio, tan calmo siempre, se sorprendió: —¿Es verdad, Nacib? No estaba de novio, que yo supiera. ¿Quién es la, dichosa, se puede saber?

—¿Quién puede ser? Adivine... —sonreía Tonico.

—Con Gabriela —dijo Nacib. Me gusta; voy a casarme con ella. No me importa lo que digan...

—Sólo se puede decir que usted es un corazón noble, un hombre de bien. Nadie

podría decir otra cosa. Mis felicitaciones...

Juan Fulgencio lo abrazaba, pero sus ojos estaban preocupados. Nacib insistió:

—Deme un consejo: ¿cree que esto saldrá bien?

—En estos asuntos no se dan consejos, Nacib. ¿Quién puede adivinar cómo saldrá esto?

Yo le deseo lo mejor. Se lo merece. Sólo ...

—¿Sólo qué?

—Hay ciertas flores, no sé si usted ha observado, que son bellas y perfumadas mientras están en la rama, en los jardines. Llevadas a los jarrones, aunque sean jarrones de plata, se marchitan y mueren.

—¿Por qué habría ella de morir?

Tonico atajaba:

—¡Qué flores, don Juan! Déjese de poesía... Va a ser el casamiento más animado de Ilhéus.

Juan Fulgencio sonreía, asintiendo:

—Tonterías mías, Nacib. De corazón lo felicito. Es un gesto de gran nobleza este suyo. De hombre civilizado.

—Vamos a brindar —propuso Tónico.

La brisa marina se agitaba, el sol estaba brillando, y Nacib creía oír el canto de los pájaros.

De las dragas, y con novia

Fue el casamiento más animado de Ilhéus. El juez (con manceba nueva, para la que alquiló la casa en la Cortada de las Cuatro Mariposas cuando se cansó de esperar a Gabriela) pronunció algunas palabras para desear felicidades a aquella nueva pareja a la que unía un amor verdadero, por encima de las convenciones sociales, de las diferencias de posición y de clase. Gabriela, de azul celeste, con los ojos bajos, de zapatos apretados y tímida sonrisa en los labios, era una seducción. Había entrado en la sala del brazo de Tónico, vestido con la elegancia de los grandes días. La casa de la «Ladeira de São Sebastião» estaba repleta. Había ido todo el mundo, invitado o no, porque nadie quería perderse el espectáculo. Desde que le habló de casamiento, Nacib había enviado a Gabriela a casa de doña Arminda. No estaba bien que ella durmiera bajo el mismo techo que el novio.

—¿Por qué? —preguntó Gabriela—. No importa, no ...

Importaba, sí. Ahora era su novia y pronto su esposa; todo el respeto era poco. Al darle la noticia, pidiendo su mano, ella se había quedado pensativa:

—¿Por qué, don Nacib? No necesita...

—¿No quieres?

—Aceptar, acepto. Pero no era necesario. Me gusta sin eso de casamiento.

Había contratado sirvientas, dos por el momento: una para limpieza, otra, chiquilina todavía, para aprender a cocinar. Después pensaría en las otras, en el restaurante. Mandó pintar la casa, compró nuevos muebles. El ajuar para ella, que la tía ayudó a elegir. Vestidos, enaguas, zapatos, medias. Los tíos, pasada la sorpresa, fueron amables. Hasta ofrecieron su casa para hospedarla. No aceptó: ¿cómo habría de quedarse esos días sin ella? El muro que separaba su huerta de la de doña Arminda era bajo. Como un cabrito montés, Gabriela saltaba, descubiertas las piernas. Venía por la noche a dormir con él. La hermana y el cuñado no quisieron saber nada, ofendidos. Los Atchcar de Itabuna mandaron regalos: un velador, todo hecho de conchas marinas, que era cosa de ver.

Todo el mundo había venido para espiar a Nacib en su traje azul marino, los bigotes relucientes, clavel en la solapa, zapatos de charol. Gabriela sonreía, con los ojos perdidos en un sueño. El juez los declaró casados: Nacib Atchcar Saad, de treinta y tres años, comerciante, nacido en Ferradas, registrado en Itabuna; Gabriela da Silva, de veintiún años, empleada doméstica, nacida en Ilhéus, y allí registrada. La casa estaba llena de gente, muchos hombres, pocas mujeres: la mujer de Tónico, que fuera testigo; la rubia Jerusa, su sobrina; la señora del Capitán, tan buena y tan simple; las hermanas Dos Reis, con muchas sonrisas; la esposa de Juan Fulgencio, alegre madre de seis hijos. Otras no habían querido ir; ¿qué clase de casamiento era ése, tan diferente? Las mesas estaban servidas, y había bebidas en abundancia. No

cabían todos en la casa, tantos como eran, y llenaban el patio. Fue el casamiento más animado de Ilhéus. Hasta Plinio Arasá, olvidaba la rivalidad de ambos bares, había llevado champagne. Casamiento religioso, que hubiera sido lo mejor, no hubo.

Solamente entonces se supo que Nacib era mahometano, si bien en Ilhéus hubiese perdido a Alá y a Mahoma. Sin ganar, empero, a Cristo y a Jehová. Pero no por eso el padre Basilio dejó de ir para bendecir a Gabriela:

—¡Qué mi linda flor de Jericó se abra en muchos retoños!

Amenazaba a Nacib:

—A los hijos, ¡eso sí!, yo los bautizo, quiera usted o no quiera...

—De acuerdo, padre...

La fiesta hubiera seguido noche adentro, por cierto, si en el lento crepúsculo no hubiese gritado alguien desde el paseo:

—Miren las dragas...

Fue una corrida hacia la calle. Mundinho Falcão, que regresara de Río, había ido al casamiento llevando flores para Gabriela, rosas rojas. Y una cigarrera de plata para Nacib. Se precipitó a la calle, sonriendo.

Enfilando hacia la orilla, dos remolcadores empujaban cuatro dragas. Un viva resonó, otros muchos respondieron, y comenzaron las despedidas. Mundinho fue el primero en salir, acompañado del Capitán y el Doctor.

La fiesta se trasladó hacia el muelle, a los puentes de desembarque. Solamente las señoras se quedaron un poco más, igual que Josué y el zapatero Felipe. Gloria espiaba desde la vereda, porque hasta ella había abandonado su ventana en ese día. Cuando por fin doña Arminda dio las «buenas noches» y salió, en la casa vacía y revuelta, con botellas y platos desparramados, Nacib habló:

—Bié...

—¿Don Nacib?

—¿Qué es eso de «don Nacib»? Soy tu marido, no tu patrón...

Ella sonrió, se quitó los zapatos y comenzó a arreglar todo, con los pies descalzos.

Él le tomó la mano, reprendiendo:

—No puedes hacer más eso, Bié...

—¿Qué cosa?

—Andar sin zapatos. Ahora eres una señora.

Se asustó:

—¿No puedo? Andar descalza, con los pies en el suelo, ¿no puedo?

—No puedes, no.

—¿Y por qué?

—Eres una señora de posición, de representación, ahora.

—No soy, no, don Nacib. Soy solamente Gabriela...

—Voy a educarte —y la tomó en brazos, llevándola a la cama.

—Mozo lindo...

En el puerto, la multitud gritaba, aplaudía. Estallaban los cohetes, salidos nadie sabía de dónde. Subían en el cielo, la noche caía, y la luz de los cohetes parecía iluminar el camino de las dragas. El ruso Jacob, de tan excitado que estaba, hablaba una lengua desconocida. Los remolcadores, pitando, entraban en el puerto.

CAPÍTULO CUARTO

EL CLARO DE LUNA DE GABRIELA (TAL VEZ UNA CRIATURA, O EL PUEBLO, ¿QUIEN SABE?)

*«Se transformaron, no solamente la ciudad, el puerto, los pueblos y poblados.
Se modificaron también las costumbres, evolucionaron los hombres...»*

(De la acusación del doctor Ezequiel Prado, en el juicio al «coronel» Jesuíno
Mondoza)

CANTAR DE AMIGO DE GABRIELA

*Oh, ¿qué hiciste, Sultán,
De mi alegre niña?
Palacio real le di.
Un trono de pedrerías.
Zapato bordado en oro.
Esmeraldas y rubí.
Amatistas en los dedos,
vestidos de diamantes,
esclavas para servir,
un lugar en mi dosel
y la llamé mi Reina.*

*Oh, ¿qué hiciste, Sultán,
de mi alegre niña?*

*Sólo deseaba la campiña,
coger las flores del bosque.
Sólo deseaba un espejo de vidrio,
para mirar.
Sólo deseaba del sol calor,
para bien vivir.
Sólo deseaba la luna
de plata, para reposar.
Sólo deseaba el amor
de los hombres, para amar.*

*Oh, ¿qué hiciste, Sultán,
de mi alegre niña?*

*En el baile real llevé
a tu alegre niña
vestida de realeza,
con princesas conversó,
con doctores platicó,
bailó danzas extranjeras,
bebió el vino más caro,
mordió una fruta de Europa,
entró en los brazos del Rey,
Reina más que verdadera.*

*Oh, ¿qué hiciste, Sultán,
de mi alegre niña?*

*Mandarla de vuelta al fogón,
a su huerta de guayabas,
a su danzar marinero,
a su vestido de percal,
a sus verdes chinelas,
a su inocente pensar,
a su risa verdadera,
a su infancia perdida,
a sus suspiros de lecho,
a sus anhelos de amar.
¿Por qué la quieres cambiar?*

*Ése es el cantar de Gabriela,
hecha de clavo y de canela.*

Del inspirado vate a las vueltas con miserias y preocupaciones monetarias

—Doctor Argileu Palmeira, nuestro eminente e inspirado poeta, honra de las letras bahianas —así se lo presentaba, con una punta de orgullo en la voz.

—Poeta, hum... —el «coronel» Ribeirito miraba con desconfianza: esos poetas, en general, no pasaban de ilustres aprovechadores—. Encantado.

El inspirado vate, un cincuentón enorme y gordo, mulato claro y bien cuidado, de amplia sonrisa y cabellera leonina, vestido con pantalón a rayas, saco y chaleco de lana negra, a pesar del calor que quemaba, con varios dientes de oro y una pose de senador en vacaciones, evidentemente estaba acostumbrado a aquella desconfianza de los rudos hombres del interior para con las musas y sus elegidos. Buscó en el bolsillo del chaleco una tarjeta de visita, se aclaró la voz para llamar la atención de todo el bar, y largó con voz tonante y bien modulada:

—Bachiller en ciencias jurídicas y sociales, o sea: abogado de grado y toga, y bachiller en letras. Fiscal público de la comarca de Mundo Nuevo, en el desierto bahiano. Para servirlo, mi estimado señor.

Inclinóse extendiendo la tarjeta al atónito Ribeirito. El estanciero buscaba los anteojos para leer:

DR. ARGILEU PALMEIRA

Bachiller (en ciencias jurídicas y sociales y en ciencias y letras)

Fiscal público. Poeta laureado. Autor de seis libros consagrados por la crítica

MUNDO NOVO – BAHÍA PARNASO

Ribeirito se atragantaba, se erguía de la silla, articulaba frases deshilvanadas:

—Muy bien, doctor... A sus órdenes...

Por encima del hombro del plantador, Nacib leía, también él impresionado, balanceando la cabeza:

—Sí señor. ¡Todo eso es!

Al vate no le gustaba perder tiempo: colocó la gran carpeta de cuero sobre la mesa y comenzó a abrirla. De entre las ciudades del interior, Ilhéus era una de las mejores, pero todavía le quedaban muchas por visitar. Sacó primero el paquete con entradas para la conferencia.

El ilustre habitante del Parnaso estaba, desgraciadamente, sujeto a las contingencias materiales de la vida en ese mundo mezquino y torpe, donde el estómago prevalece sobre el alma. Por eso había adquirido un sentido práctico bastante pronunciado, y cuando salía en «tournée» de conferencias, sacaba de cada

sitio al que llegaba lo máximo posible. Sobre todo al arribar a tierras ricas, de dinero fácil, como era Ilhéus, trataba de defenderse y hacerse de algunas reservas para cuando llegase a medios más atrasados, donde el desprecio por la poesía y la repugnancia a las conferencias alcanzaban los límites de la mala educación y de los portazos. Armado de espléndida máscara de caradurismo, no se dejaba derrotar ni siquiera en tan extremas condiciones. Volvía a la carga, y casi siempre vencía: por lo menos conseguía colocar una entrada.

Los emolumentos de fiscal apenas si daban, y magramente, para las necesidades de la familia, para la vasta prole en crecimiento. Familia numerosa o, mejor, familias numerosas, pues eran tres, por lo menos. El eminente vate se sujetaba a las leyes escritas, buenas tal vez para el común de los mortales, pero incómodas, sin duda, para los seres de excepción como el «bachiller» Argileu Palmeira. Casamiento y monogamia, por ejemplo. ¿Cómo podía un verdadero poeta sujetarse a tales limitaciones? Jamás quiso casarse, a pesar de vivir hacía cerca de veinte años con la otrora esbelta Augusta, hoy avejentada, en lo que podríamos llamar su casa matriz. Para ella había escrito sus dos primeros libros, las «Esmeraldas» y los «Diamantes» (todos sus libros tenían por títulos piedras preciosas o semipreciosas), y ella, en retribución, le había dado cinco robustos hijos.

Un cultor de las musas no puede rendir culto a una sola mujer; un poeta necesita renovar sus fuentes de inspiración. Él las renovaba denodadamente, y mujer que se atravesaba en su camino se transformaba de inmediato en soneto de lecho. Con otras dos musas inspiradoras produjo familia y libros. Para Raimunda, flor mulata y adolescente, ex mucama, ahora madre de tres hijos suyos, buriló las «Turquesas» y los «Rubíes». Los «zafiros» y los «Topacios» se debieron a Clementina, viuda insatisfecha de su estado, de quien nacieron Hércules y Afrodita. Claro que en todos esos consagrados volúmenes, existían rimas para diversas otras musas menores. Es posible, también, que existieran otros hijos, además de los diez legítimos, registrados y bautizados todos bajo nombres de dioses y héroes griegos, para escándalo de los sacerdotes. Diez vigorosos Palmeira, de variada edad, doce (porque a sus diez vástagos sumábanse los dos del finado marido de Clementina) valientes bocas para alimentar, herederos del mitológico apetito del padre. Eran ellos —tanto como el gusto a mudar de paisaje, de ver tierras nuevas—, sobre todo, los que llevaban al vate a aquellas peregrinaciones literarias durante las ferias forenses. Con un «stock» de libros y una o dos conferencias en la enorme valija negra bajo la cual se vencían los hombros del más fuerte changador.

—¿Una sola? No haga eso... No deje de llevar a la señora. Y niños, ¿qué edad tienen? A los quince años ya son sensibles a la influencia de la poesía y a las ideas que encierran mis conferencias. Por otra parte, extraordinariamente educativas, propias para formar almas jóvenes.

—¿No hay ninguna indecencia? —preguntaba Ribeirito, recordando las conferencias de Leonardo Motta, que venía a Ilhéus una vez por año y llenaba la sala de conferencia sin necesidad de entradas, con sus charlas sobre el desierto—. ¿Ninguna anécdota inconveniente?

—¿Pero quién cree que soy yo, mi distinguido señor? La más rigurosa moralidad... Los sentimientos más nobles...

—No lo dije por criticar, que hasta me gustan esas cosas. Para decirle la verdad, casi son las únicas conferencias que soporto... —de nuevo se confundía—. Es decir, no se ofenda; lo que quiero expresar es que son divertidas, ¿no es cierto? Soy un campesino, no tengo mucho estudio, y las conferencias me dan sueño... Le pregunté por causa de la patrona y de las chicas... Porque de otro modo no podría llevarlas, ¿comprende? —terminando por decir—: Cuatro entradas, ¿cuánto es?

Nacib compró dos, y el zapatero Felipe, una. La conferencia sería la noche siguiente, en el Salón de Actos de la Intendencia, con la presentación del doctor Ézequiel Prado, que fuera compañero de Argileu en la facultad.

El poeta pasaba a la segunda fase de la operación, la más difícil. Casi nadie se negaba a comprar entradas. Pero los libros, en cambio, tenían menos aceptación. Muchos torcían la nariz ante las páginas donde los versos se alineaban en tipo menudo. Aún aquéllos que se decidían, por interés o por gentileza, se quedaban sin saber cómo reaccionar cuando, al preguntar el precio, el autor respondía:

—Lo que guste... La poesía no se vende. Si no tuviera que pagar la impresión y el papel, composición y encuadernación, yo distribuiría gratuitamente mis libros, a manos llenas, como corresponde a un poeta. Pero... ¿quién puede escapar al vil materialismo de la vida? Este volumen, que reúne mis últimas y más notables poesías, consagrado del norte al sur del país, y con una crítica entusiasta en Portugal, me costó los ojos de la cara. Ni acabé de pagarlo... A su gusto, mi querido amigo. Lo que era de buena técnica cuando se trataba de exportadores de cacao y grandes estancieros. Mundinho Falcão dio mil cruzeiros por un libro, además de comprar una entrada. El «coronel» Ramiro Bastos dio quinientos cruzeiros, pero había comprado tres entradas. Y lo había invitado a cenar dos días después. Argileu se informaba siempre, con anterioridad, de las particularidades de cada plaza a visitar. Así había sabido de la lucha política en Ilhéus, adonde llegara armado de cartas para Mundinho y Ramiro, y de recomendaciones para los hombres importantes de uno y otro bando. Con la experiencia de muchos años en colocar, con paciencia y denuedo, las ediciones de sus libros, el corpulento vate en seguida se daba cuenta si el comprador era capaz de resolverse por sí mismo y soltar una cantidad mayor, o si él debería insinuarle:

—Dos mil cruzeiros y le doy un autógrafo.

Cuando el posible lector se resistía, él, magnánimo, llegaba hasta último extremo:

—Como siento el interés que tiene usted por mi poesía, voy a dejárselo por mil cruzeiros.

¡Para que no se vea privado de su porción de sueños, de ilusiones, de belleza! Ribeirito, con el libro aún en la mano, se rascaba la cabeza. Consultaba al Doctor con los ojos, queriendo saber cuánto debía pagar. ¡Buena molestia todo eso, dinero tirado a la calle! Metió la mano en el bolsillo y sacó otros dos mil cruzeiros; más que nada lo hacía por el Doctor. Nacib no compraba, porque Gabriela mal sabía leer, y en cuanto a él, tenía de sobra con las que Josué y Ari Santos declamaban en el bar. El zapatero Felipe se negó, bastante chocado:

—Perdóneme usted, señor poeta. Yo leo solamente prosa, y cierta prosa —acentuaba lo de cierta—. ¡Novelas, no! Prosa de combate, de ésas que remueven montañas y cambian el mundo. ¿Ha leído usted a Kropotkine?

El ilustre poeta vaciló. Quiso decir que sí; el nombre le era conocido, pero pensó que era mejor salir con una gran frase:

—La poesía está por encima de la política.

—Y yo me cago en la poesía, señor mío —extendía el dedo—. ¡Kropotkine es el más grande poeta de todos los tiempos! —Solamente cuando estaba muy exaltado o muy borracho él hablaba un español sin mezcla—. Mayor que él sólo la dinamita. ¡Viva la anarquía! Había llegado alterado al bar, y allí continuaba bebiendo. Eso pasaba exactamente una vez por año, y sólo unos pocos sabían que ésa era la forma en que él conmemoraba la muerte de un hermano, fusilado en un desfile en Barcelona, muchos años atrás. Ése sí que había sido un anarquista militante, cabeza de viento y fuego, corazón sin miedo. Felipe había recogido sus folletos y libros, pero no levantó su bandera rota. Prefirió salir de España para escapar a las sospechas que lo envolvían debido a su parentesco. Aún ahora, sin embargo, pasados más de veinte años, cerraba el taller y se emborrachaba el día del aniversario del desfile y de los fusilamientos en las calles, jurando volver a España para arrojar bombas y vengar la muerte del hermano.

Pico-Fino y Nacib condujeron al conmemorativo español al reservado del póquer, donde podría beber a su gusto sin molestar a nadie. Felipe apostrofaba a Nacib:

—¿Qué hiciste, sarraceno infiel, de mi flor roja, de la gracia de Gabriela? Tenía ojos alegres, era una canción, una alegría, una fiesta. ¿Por qué la robaste para ti solamente, la pusiste en prisión? Sucio burgués...

Pico-Fino le traía la botella de caña depositándola en la mesa. El Doctor explicaba al poeta los motivos de la borrachera del español, le pedía disculpas. Felipe era un hombre habitualmente tranquilo y educado, un ciudadano estimable; sólo que una vez por año...

—Comprendo perfectamente. Una borrachera de vez en cuando, es algo que le pasa hasta a las personas de más alta condición. Tampoco yo soy abstemio. Tomo mi

traguito... De eso Ribeirito entendía: de bebidas. Se sintió en terreno familiar y comenzó un discurso sobre los diversos tipos de aguardientes. En Ilhéus se fabricaba una muy buena, la «Caña de Ilhéus»; era casi toda vendida para Suiza, donde se la bebía como whisky. El Míster —«el inglés del ferrocarril», le explicaba a Argileu— no bebía otra cosa. Y era competente en la materia...

La conversación fue interrumpida varias veces. Con la hora del aperitivo llegaban los clientes, que iban siendo presentados al vate. Ari Santos lo envolvió en estrecho abrazo, apretándolo contra sí. Mucho lo conocía de nombre, y de lectura; aquella visita suya a Ilhéus quedaría en los anales de la vida cultural de la ciudad... El poeta, baboso de satisfacción, agradecía. Juan Fulgencio estudiaba la tarjeta, que luego guardó en el bolsillo, cuidadosamente. Después de hacer su zafra de entrada, de empujar un libro con dedicatoria a Ari y otro al «coronel» Manuel das Onzas, Argileu se sentó en una de las mesas, con el Doctor, Juan Fulgencio, Ribeirito y Ari, para probar la loada «Caña de Ilhéus».

Y, saboreando su cañita entre los recientes amigos, ya un poco despojado de su aire de gran personalidad, el vate se, reveló excelente conversador, contando divertidas anécdotas con su voz de trueno, riendo fuerte, interesándose por los asuntos locales, como si viviera allí desde hacía mucho tiempo, y no como si hubiera desembarcado esa mañana. Sólo que, no bien llegaba un nuevo parroquiano, se hacía presentar, retiraba de la valija entradas y libros. Finalmente, por propuesta de Ño-Gallo, inventaron una especie de código para facilitarle el trabajo. Cuando la víctima tenía capacidad para entradas y libros, sería el Doctor quien haría las presentaciones. Cuando fuera para varias entradas, pero no para libros, lo presentaría Ari. Si se trataba de hombre soltero, o apretado de dinero, con capacidad para una entrada sola, sería él, Ño-Gallo, el introductor. Se ganaba tiempo. El poeta tardó un poco en aceptar:

—Estas cosas engañan... Yo tengo experiencia. A veces un tipo que uno ni piensa, se lleva un librito... Finalmente, el precio varía...

Se desnudaba por completo en aquella rueda alegre, a la que se juntaron Josué, el Capitán y Tónico Bastos. Ño-Gallo garantizaba:

—Aquí, mi amigo, no puede haber engaños. Nosotros conocemos las posibilidades, los gustos, el analfabetismo de cada uno...

Un chiquillo entró al bar distribuyendo folletos de un circo, cuya presencia se anunciaba para el día siguiente. El poeta tembló:

—¡No, no y no; no puedo admitirlo! Mañana es el día de mi conferencia. Lo elegí a propósito porque en los dos cines dan películas para chicos, y van pocos grandes. Y, de repente, me cae encima ese circo...

—Pero, doctor, ¿sus entradas no son vendidas con anticipación? ¿Pagadas en seguida? No hay peligro —lo calmaba Ribeirito.

—¿Y usted piensa que soy hombre de hablar a sillas vacías? ¿De recitar mis poesías a media docena de personas? Mi querido señor, tengo un nombre que cuidar, un nombre de cierta resonancia, y una parcela de gloria en Brasil y en Portugal...

—No se preocupe... —informaba Nacib, parado ante la ilustre mesa—. Es un cirquito pobre, que viene de Itabuna. No vale nada. No tiene animales, ni artistas que valgan la pena. Sólo los chicos van a ir...

El poeta estaba invitado a almorzar con Clóvis Costa. Su primera visita había sido a la redacción del «Diario de Ilhéus», apenas desembarcado. Quería saber si el Doctor podría acompañarlo a la tarde.

—Naturalmente, con el mayor gusto. Y ahora voy a llevarlo a la casa de Clóvis.

—Venga a comer con nosotros, querido amigo.

—No fui invitado...

—Pero yo sí fui invitado y lo invito a usted. Éstos son almuerzos que uno no debe perderse. Siempre son mejores que los de todos los días. Sin hablar de la comida de los hoteles, mala y poca, ¡poquísima!

Cuando salieron, Ribeirito comentó:

—No quiero a ese doctor por partida doble ni de encargo... Va arriando con todo: entradas, libros, almuerzos... Ese tipo debe comer más que una boa...

—Es uno de los mejores poetas de Bahía —afirmó Ari. Juan Fulgencio sacaba del bolsillo la tarjeta de visita—: La tarjeta, por lo menos, es admirable. Jamás vi nada igual. «Bachiller» por partida doble... ¡Imagínese! Vive en el Parnaso... Perdóneme, Ari, pero aún sin haberla leído no me gusta su poesía. No puede ser gran cosa... Josué hojeaba el ejemplar de «Topacios» comprado por el «coronel» Ribeirito, leía versos en voz baja: —No tiene aliento, son versitos anémicos. Y atrasados como si la poesía no hubiese evolucionado. Hoy, en tiempo del futurismo...

—No digan eso... Es un sacrilegio. —Ari se exaltaba—. Oiga, Juan, ese soneto. Es divino —leía el título ya con acento declamatorio— «El rimbombar de la catarata».

Y no pudo leer más, porque el español Felipe surgió en la sala, poco seguro sobre sus piernas, tropezando en las mesas, dificultosa la voz:

—Sarraceno, burgués, sucio, ¿dónde está Gabriela? ¿Qué hiciste de mi flor roja, de la gracia...

Ahora era una mulata joven, aprendiz de cocinera, la portadora diaria de la marmita. Felipe, tropezando en las sillas, quería saber dónde había enterrado Nacib la gracia, la alegría de Gabriela. Pico-Fino intentaba llevarlo de vuelta al reservado. Nacib hacía un gesto vago con las manos, como pidiendo disculpas, nadie sabía si por el estado de Felipe o por la ausencia de la gracia, de la alegría de Gabriela en el bar. Los demás miraban en silencio. ¿Dónde había quedado la animación de aquellos pasados días, cuando ella llegaba a la hora del mediodía, con su rosa detrás de la

oreja? Sentían el peso de su ausencia, como si el bar, sin ella, perdiera el calor, la intimidad. Tónico interrumpió el silencio:

—¿Saben el título de la conferencia del poeta?

—No. ¿Cuál es?

—«La lágrima y la nostalgia».

—Un jarabe, ya van a verlo —vaticinó Ribeirito.

De las equivocaciones de la señora Saad

Era el último de los circos. El negrito Tuísca meneaba la cabeza, parado ante el vacilante mástil, casi tan pequeño como un mástil de una canoa pescadora. Más chico y atorrante era imposible. El paño de lona del toldo agujereado como cielo en noche de estrellas, o como el vestido de la loca «María-Me-Da». No era mucho mayor que el puesto de pescado, mal escondido en el descampado del puerto. De no ser por la probada lealtad que lo caracterizaba, el negrito Tuísca ya se habría desinteresado completamente del «Circo Tres Américas». ¡Qué diferencia con el «Gran Circo Balcánico», con su carpa monumental, sus jaulas de fieras, los cuatro payasos, el enano y el gigante, los caballos amaestrados y los trapeceistas ágiles! Ésa sí que había sido una fiesta para la ciudad. Tuísca no había perdido ni un espectáculo. Meneaba la cabeza, ahora.

Amores y devociones se abrigaban en su cálido corazón. La negra Raimunda, su madre, ahora felizmente mejorada de su reumatismo, siempre lavando y planchando ropa; la pequeña Rosinda, de los cabellos de oro, hija de Tónico Bastos, su secreta pasión; doña Gabriela y don Nacib; las buenas hermanas Dos Reis; su hermano Filó, héroe de los caminos, rey del volante, majestuoso conductor de camiones y ómnibus. Y los circos.

Desde que tuvo uso de razón no se había levantado carpa de circo en Ilhéus que no tuviera su decidido apoyo, su entusiasta colaboración: acompañando al payaso por las calles, participando con los ayudantes, dirigiendo entusiastas claques de chiquillos, haciendo mandados, infatigable e indispensable. No amaba los circos solamente como diversión suprema, como el mágico espectáculo o la tentadora aventura. Iba a ellos como alguien que cumple su destino. Y, si todavía no había partido con uno de ellos, eso se debía al reumatismo de Raimunda. Su ayuda era necesaria en la casa. Necesarios los níqueles que ganaba en los más variados menesteres: de concienzudo lustrabotas a esporádico mozo, de vendedor de los apreciados dulces de las hermanas Dos Reis a discreto portador de esquelas amorosas, o eximio ayudante del árabe Nacib en la manipulación de las bebidas. Suspiró ante tanta pobreza del circo recién llegado. El «Circo Tres Américas» venía agonizando por los caminos. El último animal, un viejo león desdentado, tuvo que ser donado a la Intendencia de Conquista, en agradecimiento por los pasajes otorgados tanto como por no poder alimentarlo. «Presente griego», había dicho el Intendente. En cada plaza desertaban artistas, sin siquiera reclamar los atrasados sueldos. Convirtieron en comida todo cuanto pudieron, hasta las alfombras del picadero. El elenco quedó reducido a la familia del director: la mujer, las dos hijas casadas, la soltera, los dos yernos y un vago pariente, que era taquillero y después comandaba los ayudantes. Entre los siete se daban vuelta como podían en el picadero en números

de equilibrismo, en saltos mortales, tragando espadas y fuego, caminando encima de la cuerda, haciendo pruebas con naipes, levantando sus bastones pintados de negro, reuniéndose para formar «pirámides humanas». El viejo director era payaso, ilusionista y ejecutante de música en una sierra, a cuyo son danzaban las tres hijas. Se juntaban en la segunda parte del espectáculo, para representar «La hija del payaso», mezcla de sainete y folletín, «hilarante y conmovedora tragicomedia, que hace reír a carcajadas y llorar a sollozos al distinguido público».

Cómo habían llegado a Ilhéus, sólo Dios lo sabrá. Allí esperaban obtener lo suficiente para los pasajes de barco hasta Bahía, donde podrían asociarse con otro circo más próspero. En Itabuna casi habían llegado a mendigar. El dinero para el tren fue conseguido por las hijas, las dos casadas y la soltera, bailando en el cabaret. Tuísca fue la providencia divina, llevó al humilde director ante el comisario (para obtener que se los eximiera del impuesto cobrado por la policía), ante Juan Fulgencio (para impresión de los programas a crédito); ante don Cortés, del «Cine Victoria» (préstamo sin cobro de alquiler, de las viejas sillas amontonadas luego de la remodelación del cine), al (malafamado boliche) «Caña Barata», en la calle del Sapo para contratar, según su consejo, los ayudantes entre aquellos malandrines; y había asumido el papel de criado en la pieza «La hija del payaso» (el artista que antes lo desempeñara, abandonó carrera y sueldo por un mostrador de almacén).

—Se quedó loco cuando me hizo repetir todas las frases y las repetí al dedillo. Y eso que todavía no me vio bailar...

Gabriela aplaudía al oírlo contar las peripecias del día, las noticias del mundo mágico del circo.

—Tuísca, todavía vas a llegar a ser un artista de verdad. Mañana estaré allí, en la primera fila. Voy a invitar a doña Arminda. —Pensaba—. Y voy a hablar con don Nacib para que también váya. Bien que podría ir, él, dejar el bar por un rato. Para verte... ¡Voy a aplaudirte hasta que se me hinchen las manos!

—Mamá también irá. Va a entrar gratis. Puede ser que si ella me ve, me deje ir con ellos. Claro que éste es un circo tan pobre... Andan cortos de dinero. Hacen la comida allá mismo para no gastar en hotel.

Gabriela tenía ideas definitivas sobre circos:

—Todo lo que es circo, es bueno. Puede estar cayéndose a pedazos, pero es bueno lo mismo. No hay nada mejor que una función de circo. ¡Me gusta por demás! Mañana voy a estar allá aplaudiendo. Y voy a llevar a don Nacib. Puedes estar seguro.

Aquella noche Nacib llegó muy tarde, porque el movimiento del bar había durado hasta la madrugada. Alrededor del poeta Argileu Palmeira se había formado una gran rueda, después de la sesión de los cines. El eminente vate había comido en casa del Capitán, había hecho algunas visitas y vendido algunos ejemplares de «Topacios», y

estaba encantado con Ilhéus. El circo avistado en el puerto, tan miserable, no era rival. La conversación en el bar se prolongó noche adentro, y el vate se había revelado valiente bebedor, llamando a la caña «néctar de los dioses», y «absinto mestizo». Ari Santos, que le recitó algunos de sus versos, mereció algunos elogios del eminente poeta:

—Inspiración profunda... Forma correcta...

Josué, instado, también declamó. Poemas modernistas, para escandalizar al visitante.

Pero no lo escandalizó:

—Bellísimo. No bebo los vientos por el futurismo, pero aplaudo el talento esté donde esté.

¡Qué fuerza, qué imágenes!

Josué habíase entregado: Argileu, al final de cuentas, era un nombre conocido. Tenía un bagaje respetable, libros consagrados. Le agradeció la opinión y solicitó que le permitiera leerle una de sus últimas producciones. Al correr de la velada, más de una vez Gloria, impaciente, apareció en su ventana, mirando hacia el bar. Así había visto y oído a Josué declamar de pie estrofas en las que rodaban senos y nalgas con profusión, vientres desnudos, besos pecaminosos, abrazos y cópulas en bacanales increíbles. Hasta Nacib aplaudió. El Doctor había citado el nombre de Teodoro de Castro, y Argileu levantó su copa:

—¡Teodoro de Castro, el gran Teodoro! Me inclino ante el cantor de Ofenisia, bebo a su memoria.

Y bebieron todos. El vate recordaba trechos de poemas de Teodoro, alterándolos aquí y allá:

*«Graciosa, en la ventana reclinada
Ofenisia, ante la luna, a gritos...»*

—«En llantos»... —corregía el Doctor.

La historia de Ofenisia, recordada entre brindis, trajo otras, surgieron los nombres de Sinházinha y Osmundo, y de ahí partieron hacia las anécdotas. ¡Cómo había reído Nacib!... El Capitán hizo desfilar su inagotable repertorio. El agosto vate también tenía de las suyas. Su voz tonante se abrió en una carcajada que hizo temblar la plaza, yendo a morir entre las rocas. Funcionaba, también, el reservado de póquer: Amancio Leal jugaba fuerte con el doctor Ezequiel, el sirio Maluf, Ribeirito y Manuel das Onzas. Un animado póquer de cinco.

Nacib llegó a su casa cansado, muerto de sueño. Se arrojó a la cama y Gabriela se despertó, como todas las noches:

—Don Nacib... Se demoró... ¿Ya sabe lo que sucedió?

Nacib bostezaba, sus ojos miraban el cuerpo que se descubría entre las sábanas, aquel cuerpo de misterio diariamente renovado, y una llama leve de deseo nació entre el cansancio y el sueño:

—Estoy muriéndome de sueño. ¿Qué sucedió?

Se extendía, doblaba la pierna sobre el anca de Gabriela.

—Tuisca es artista, ahora.

—¿Artista? ¿Qué cuento es ése?

—En el circo. Va a representar...

La mano del árabe subía, cansada, por las piernas.

—¿Representar? ¿En el circo? No sé de qué me estás hablando.

—¿Cómo no va a saber? —Gabriela se sentó en la cama: no podían existir noticias más sensacionales que ésa—. Estuvo aquí después de comer y me contó... —le hacía cosquillas a Nacib para despertarlo y lo despertó.

—¿Andas queriendo, eh? —rio, libertino—. Pues vas a tener...

Pero ella seguía contando de Tuísca, del circo, invitaba:

—Don Nacib, bien que podría venir mañana conmigo y con doña Arminda. Para ver a Tuísca. Podría dejar un ratito el bar...

—Mañana no hay forma. Vamos los dos a una conferencia.

—¿Una qué, don Nacib?

—Una conferencia, Bié. Un doctor que llegó, un poeta. ¡Hace cada verso que hay que ver!

Es formidable, basta decir que es doctor dos veces... Un sabio. Hoy estaba rodeado por todo el mundo. Un tipo que hay que ver cómo discute, los versos que dice... Algo superior. Va a ciar una conferencia mañana en la Intendencia. Compré dos entradas, una para ti y otra para mí.

—¿Y cómo es una conferencia? Nacib se retorció los bigotes: —¡Ah!, es algo fino, Bié.

—¿Mejor que el cine?

—Mucho más...

—¿Mejor que el circo?

—¡Ni se compara! El circo es cosa de chicos. Cuando tiene números buenos todavía vale la pena. Pero conferencia sólo hay alguna que otra vez.

—¿Y cómo es? ¿Hay música y baile?

—Música, baile... —rio—. Necesitás aprender muchas cosas, Bié. No tiene nada de eso.

—¿Y qué es lo que tiene, entonces, para ser mejor que el cine, o que el circo?

—Te voy a explicar, presta atención. Hay un hombre, un poeta... un doctor que habla sobre una cosa.

—¿De qué habla?

—De cualquier cosa. Éste va a hablar de lágrimas y nostalgias. Él habla y uno escucha.

Gabriela abrió los ojos, espantada: —Él habla y nosotros escuchamos. ¿Y después?

—¿Después? Él termina, y uno aplaude.

—¿Sólo eso? ¿Nada más?

—Sólo eso, pero ahí es que está la cosa: lo que él dice.

—¿Y qué es lo que él dice?

—Cosas lindas. A veces hablan difícil, y uno no entiende bien lo que dicen. Es cuando la conferencia es mejor.

—Don Nacib... El doctor habla, uno escucha... Y don Nacib compara eso con el cine, con el circo; ¡qué cosa! Y tan luego don Nacib, tan instruido. Mejor que el circo no puede ser.

—Escucha, Bié, ya te lo dije: ahora eres una señora, no una sirvienta. ¡Una señora! La señora Saad. Necesitas darte cuenta de eso. Hay una conferencia, y va a hablar un doctor que es un fenómeno. Toda la flor y nata de Ilhéus va a estar allí. Y nosotros, también. No se puede dejar una cosa así, importante, para ir a un circo vagabundo y ordinario.

—¿No se puede, don Nacib? ¿De verdad no se puede? ¿Por qué?

Su voz ansiosa conmovió a Nacib.

La acarició: —Porque no, Bié. ¿Qué habrían de decir? Que ese idiota de Nacib, un ignorante, largó la conferencia para ir a ver esa porquería de circo. ¿Y después? Todo el mundo en el bar comentará la conferencia del hombre, ¿y yo voy a contar las idioteces del circo?

—Estoy viendo ahora... Don Nacib no puede... ¡Qué pena!... ¡Pobre Tuísca!... Él quería tanto que don Nacib fuese. Yo le había prometido. Pero no puede, tiene razón. Yo le digo a Tuísca. Y aplaudo por don Nacib y por mí, rio, apretándose contra él.

—Bié, escucha: precisas instruirte. Eres una señora. Tienes que vivir y comportarte como la señora de un comerciante. No como una mujerzuela cualquiera. Tienes que ir a esas cosas que frecuenta la mejor gente de Ilhéus. Para ir aprendiendo, para instruirte, ya que eres una señora.

—¿Así, no puedo ir?

—¿Qué podemos hacer?

—¿No puedo ir mañana al circo? Voy con doña Arminda.

Retiró la mano que acariciaba:

—Ya te dije que compré entradas para los dos.

—Él no hace más que hablar, y la gente tiene que oír... No me gusta. No me gusta la gente fina de Ilhéus. Gente muy parada, mujeres aburridas, no me gusta nada

de eso. ¡El circo sí, es tan lindo! ¡Déjeme ir, don Nacib! ¡Otro día voy a la conferencia!

—No se puede, Bié —nuevamente la acariciaba—. No hay conferencias todos los días...

—Ni circo...

—A la conferencia no puedes faltar. Ya andan todos preguntando por qué, no vas a ninguna parte: Todo el mundo habla, y eso no está bien.

—¡Pero, sí quiero ir, sí! Al bar, al circo, a la calle...

—Lo que pasa es que —quieres ir adonde no debes. Eso es lo único que te gusta hacer.

¿Cuándo te vas a meter en la cabeza que eres mi mujer, que ya me casé, que eres la señora de un comerciante establecido, en buena posición? Que no eres más...

—¿Se enojó, don Nacib? ¿Por qué? No hice nada, no...

—Quiero hacerte una señora distinguida, de alta sociedad. Quiero que todo el mundo te respete, te trate bien. Que olviden que fuiste mi cocinera, que andabas descalza, que llegaste a Ilhéus como «retirante». Que te faltaban al respeto en el bar. Eso es lo que quiero, ¿comprendes?

—Yo no tengo gusto por esas cosas, don Nacib. Son aburridas. Nací para níqueles, ésa es la verdad, y no sirvo para más. ¿Qué voy a hacer?

—Vas a aprender. Y las otras, ésas que se las dan de grandes señoras, ¿qué te crees que son? Unas plantadoras campesinas, solamente que ésas sí aprendieron. Hubo un silencio, el sueño volvía a dominarlo, la mano descansaba sobre el cuerpo de Gabriela.

—Déjame ir mañana al circo, don Nacib. Mañana, sólo...

—No vas a ir, no, ya te dije. Vas a ir conmigo a la conferencia y se acabó.

Se dio vuelta en la cama, le dio la espalda; y se cubrió con la sábana. Sentía la falta de su calor, habíase habituado a dormir con la pierna sobre sus nalgas. Pero necesitaba demostrarle que estaba fastidiado por ser tan cabeza dura. ¿Hasta cuándo Gabriela seguiría negándose a hacer vida social, a conducirse como una señora de rango en la sociedad de Ilhéus, como su esposa? Qué diablos, al final de cuentas él no era un pobre infeliz cualquiera, era alguien, el señor Nacib Saad, con crédito en la plaza, dueño del mejor bar de la ciudad, con dinero en el Banco, amigo de toda la gente importante, y secretario de la Asociación Comercial. Hasta se mencionaba su nombre para la dirección del Club Progreso. Y ella metida en casa, saliendo solamente con doña Arminda para ir al cine, o con él los domingos, como si nada hubiese cambiado en su vida, como si todavía fuera aquella Gabriela sin apellido que él encontrara en el «mercado de los esclavos», y no la señora Gabriela Saad. Había sido una lucha convencerla de que no debía llevar más la marmita al bar, y hasta había llorado... Para que se pusiera zapatos era un infierno. Para que no hablara en

voz alta en el cine, no diera confianza a las empleadas, ni riera confianzudamente, como antes, con cada parroquiano del bar encontrado por casualidad, otro tanto. ¿Y para que no usara más, cuando salía a pasear, la rosa detrás de la oreja? Mire que preferir dejar la conferencia por un circo, por ese circo vagabundo...

Gabriela se encogió toda, como perdida. ¿Por qué se habla enojado don Nacib? Estaba enojado, sí, dado vuelta, sin tocarla siquiera. Extrañaba el peso de su pierna sobre su nalga. Y las caricias habituales, en la cama. ¿Estaría enojado porque Tuísca se había ido de artista sin consultarlo? Tuísca era parte del bar, allí tenía su cajón de lustrar, hasta ayudaba en los días en que había mucha clientela. Pero no, no era con Tuísca que se había enojado. Era con ella. No quería que fuera al circo, ¿por qué? Quería llevarla a oír ese doctor en la sala grande de la intendencia. Eso no le gustaba a ella. ¡En el circo podría ir con sus zapatos viejos, donde cabían sus dedos desparramados! A la Intendencia tendría que ir vestida de seda, con zapatos nuevos, apretados. Ver toda aquella aristocracia reunida, aquellas mujeres que la miraban por encima del hombro, que se reían de ella. ¡No le gusta eso, no! ¿Por qué don Nacib insistía tanto? Al bar tampoco la dejaba ir a ella que le gustaba tanto... Tenía celos, qué gracioso. No iba más, le hacía el gusto porque no quería ofenderlo, andaba con cuidado. Pero ¿por qué obligarla a hacer tantas cosas sonsas, aburridas? No podía entenderlo Don Nacib era bueno, ¿quién podía dudarle? ¿Quién podría negarlo? ¿Por qué entonces, se enojaba, le daba la espalda, sólo porque ella pidiera que la dejara ir al circo? Decía que ella era una señora, la señora Saad. No era eso, no, era apenas Gabriela; y no le gustaba la alta sociedad. Ahora, de los mozos guapos de la alta sociedad, sí que gustaba. Pero no todos reunidos en un lugar importante. Allí se quedaban serios, no le hacían bromas, no le sonreían. Le gustaba el circo, no había en el mundo, para ella, cosa mejor... Y más ése, donde Tuísca estaba contratado como artista... Se moriría de pena si no iba... Aunque tuviera que escaparse.

Durmiendo; inquieto, Nacib pasó la pierna sobre su nalga. Su sueño se sosegó. Ella sintió el peso habitual, no quería ofenderlo...

Al otro día, al salir, le avisó:

—Después del aperitivo de la tarde, vengo a comer a casa, y a prepararme para la conferencia. Quiero verte toda elegante, con un vestido bien lindo, para que las otras mujeres te envidien.

Sí, porque continuaba comprándole sedas, zapatos, sombreros, y hasta guantes. Le había regalado anillos, collares de verdad, pulseras, sin medir el dinero. La quería tan bien vestida como la más rica señora, como si con eso borrara su pasado, las quemaduras del horno, el mal gusto de Gabriela. Los vestidos permanecían colgados en el ropero, y en casa ella andaba vestida de percal, en chinelas o descalza, a las vueltas con el gato y con la cocina. ¿Para qué habían servido las dos sirvientas? A la mucama la mandó de vuelta porque no servía para nada. Había consentido en

entregar la ropa a Raimunda, para que la lavara, pero fue más que nada por ayudar a la madre de Tuísca. La chiquilina de la cocina, para poco y nada servía...

No quería ofenderlo. La conferencia había sido fijada para las ocho, y el circo también. Doña Arminda le dijo que la tal conferencia no duraría más de una hora. Y Tuísca sólo aparecía en la segunda parte del espectáculo. Era una pena perder la primera, con el payaso, el trapecio, la muchacha de la cuerda...

Pero no quería ofenderlo, ni quería lastimarlo.

Del brazo de Nacib, metido en la ropa azul del casamiento, y vestida como una princesa, pero con los zapatos haciéndole doler los pies, cruzó la calles de Ilhéus y subió, sin ganas, las escaleras de la Intendencia. El árabe se detuvo para saludar a los amigos y conocidos, mientras las señoras miraban a Gabriela de arriba a abajo, cuchicheaban y sonreían. Ella sentíase sin saber qué hacer, confundida, con miedo. En el salón de actos había muchos hombres de pie en el fondo, las señoras, sentadas. Nacib la llevó hacia la segunda fila, la hizo sentar y salió para el lado en que estaban Tónico, Ño-Gallo y Ari, para conversar. Ella se quedó sin saber qué hacer. Cerca suyo, la mujer del doctor Demóstenes, muy tiesa, impertinente, con saco de piel — ¡con ese calor!— la miró de soslayo, y dio vuelta la cabeza. Conversaba con la mujer del Fiscal. Gabriela miró el salón; ¡era tan lindo que hasta hacía doler los ojos! En cierto momento se volvió hacia la esposa del médico, y le preguntó en voz alta:

—¿A qué hora acaba?

Rieron alrededor. Se quedó más confundida, ¿por qué don Nacib la había hecho venir?

¡No le gusta eso, no!

—Todavía no comenzó.

Finalmente un hombre grande y de pecho saliente, subió junto con el doctor Ezequiel, al estrado donde habían puesto dos sillas y la mesa con jarra de vidrio y un vaso. Todo el mundo aplaudió. Nacib se sentó a su lado. El doctor Ezequiel se levantó, tosió, llenó el vaso con agua.

—Excelentísimas señoras, señores míos: hoy es un día marcado con rojo en el calendario de la vida intelectual de Ilhéus. Nuestra culta ciudad hospeda hoy, con orgullo y emoción, al estro inspirado del poeta Argileu Palmeira, consagrado... Y siguió así. «Él habla, la gente escucha». Y Gabriela oía. De vez en cuando, aplaudían, y ella también. Pensaba en el circo, que ya debía haber comenzado. Por suerte siempre se atrasaba por lo menos media hora. Ella había ido dos veces al Gran Circo Balcánico, con doña Arminda, antes de su casamiento. Señalado para las ocho, el espectáculo sólo comenzaba pasadas las ocho y media. Miraba el gran reloj, grande como un armario, en el fondo de la sala. Hacía un ruido fuerte, distraía. El doctor Ezequiel hablaba lindo, pero ella ni alcanzaba a entender las palabras, eran como sonidos redondos, que parecían balancear y daban sueño. Cortado por el tic-tac del

reloj los punteros andaban. Muchos aplausos le interrumpieron el cabeceo, le preguntó a Nacib, muy animada:

—¿Ya terminó?

—La presentación, sí. Ahora va a comenzar la conferencia.

El hombre grande del pecho saliente almidonado se levantaba, siendo aplaudido. Sacó del bolsillo una montaña horrorosa de papeles, que extendió encima de la mesa, y alisó con la mano, tosió como el doctor Ezequiel, pero más fuerte, y bebió un sorbo de agua. Una voz de trueno retumbó en la sala.

—Gentiles señoritas, flores de los canteros de este florido jardín que es Ilhéus. Virtuosas señoritas que salísteis del sagrado recinto de vuestros hogares para oírme y Aplaudirme. Ilustres señores, vosotros que habéis construido a orillas de Atlántico esta civilización... Y así siguió, deteniéndose para beber agua, tosiendo, limpiándose con un pañuelo la transpiración. Parecía que no iba a acabar más. Y todo, salpicado de versos. Unas palabras tronantes sobre la sala, y luego la voz se dulcificaba, y allá venía el verso:

—Lágrimas de madre sobre el cadáver del hijo pequeño llamado al cielo por el Todopoderoso, la lágrima más sagrada. Oíd: «Lágrima materna, lágrima...». Con él era más difícil amodorrarse.

Ella iba cerrando los ojos con la cadencia del verso, desviando los ojos del reloj y el pensamiento del circo y, de repente, acababan las estrofas, la voz callaba, Gabriela se estremecía y preguntaba a Nacib.

—¿Ya va a terminar?

—¡Chist! —hacía él.

Pero también él sentía sueño, Gabriela bien que se daba cuenta. A pesar del aire atento, de los ojos fijos en el doctor conferenciante, a pesar de la fuerza que hacía, de vez en cuando, en los versos más largos, las pestañas de Nacib caían, los ojos cerrábanse. Despertaba con los aplausos, se incorporaba a ellos, y comentaba con la esposa del doctor Demástenes, sentada a su lado:

—¡Qué talento!

Gabriela veía los minutereros del reloj, nueve horas, nueve y diez, nueve y quince. La primera parte del circo ya debería estar por acabar. Aunque hubiera comenzado a las ocho y media, a las nueve y media terminaría. Es verdad que existía el intervalo; tal vez ella llegase a tiempo para ver la segunda parte, en la que Tuísca iba a actuar. Pero ese doctor parecía no acabar más...

El ruso Jacob dormía en su silla.

El Míster, que se sentara junto a una de las puertas, hacía mucho que había desaparecido. Aquí no había intervalo, era todo de una vez. Cosa más sin gracia ella no había visto nunca. El grandote bebía agua, y ella comenzaba a tener sed, también:

—Estoy con sed...

—Chist...

—¿Cuándo termina?

El tal doctor iba doblando las hojas de papel. Demoraba un tiempo leyendo cada una. Si a don Nacib tampoco le gustaba, si se caía de sueño, ¿para qué venía? Qué cosa más rara ¿por qué venía, pagaba la entrada, abandonaba el bar, no quería ir al circo? No entendía... Y se enojaba, le daba la espalda en la cama, porque ella le pedía para no venir. Qué cosa rara.

Aplausos y aplausos, arrastrar de sillas, todo el mundo caminando hacia el escenario.

Nacib la llevó. Apretaban la mano del hombre, le decían palabras de elogio.

—¡Formidable! ¡Maravilloso! ¡Qué estro! ¡Qué ta lento!

Don Nacib también: —Me gustó muchísimo...

No le había gustado nada, estaba mintiendo y ella sabía cuando a él le gustaba algo. Había dormido un rato, ¿por qué los elogios, entonces? Se cambiaban saludos con los conocidos. El Doctor, don Josué, don Ari, el Capitán, no soltaban al hombre. Tónico con doña Olga, sacándose el sombrero, se aproximaba:

—Buenas noches, Nacib. ¿Qué tal, Gabriela? —doña Olga sonreía. Tónico, muy circunspecto.

Ese don Tónico, mozo guapo como pocos, era astutísimo. Estando doña Olga presente, parecía un santo de iglesia. Pero mal salía su mujer se ponía meloso, derretido, se recostaba en ella, la llamaba «belleza», le tiraba besos. Le había dado por pasar por su calle, se paraba a su ventana cuando la veía, la llamaba «ahijada» desde su casamiento. Había sido él, le decía, quien convenciera a Nacib para que se casara. Le traía bombones, le ponía los ojos en blanco, le tomaba la mano. Un mozo guapo, ¡guapísimo como pocos!

La calle estaba llena de gente que caminaba. Nacib apurado, porque el bar iba a llenarse. Ella apurada por causa del circo. Él ni la acompañó hasta la puerta, se despidió en medio de la calle desierta. Apenas dobló la esquina cuando ella volvió, casi corriendo. Lo difícil iba a ser que no la viesan desde el bar. No quiso ir por las calles desiertas. Fue por la playa; don Mundinho, que iba entrando en la casa, se quedó mirándola. Evitó el bar, caminando rápido, llegó al puerto. Era un circo chiquito, casi sin luces. Llevaba el dinero apretado en la mano, pero no había quien vendiese entradas. Apartó el telón de entrada, y pasó. La segunda parte había comenzado pero todavía no había salido Tuísca. Sentada en el gallinero, prestó atención. ¡Aquello sí que era cosa de ver! Y apareció Tuísca, divertidísimo, disfrazado de esclavo. Gabriela aplaudió, no se contuvo y gritó:

—¡Tuísca!

El chiquillo ni la oyó. Era una historia triste, de un payaso infeliz, al que abandonara la mujer. Pero había partes reideras y Gabriela reía, aplaudiendo a Tuísca.

Escuchó una voz detrás suyo, el aliento de un hombre sobre su cuello:

—¿Qué hace aquí mi ahijada? Tónico estaba a su lado, de pie.

—Vine a ver a Tuísca.

—Si Nacib descubre esto...

—No sabe, no... No quiero que se entere. ¡Don Nacib es tan bueno!

—¡Quédese tranquila, que no le voy a decir nada! ¡Qué rápido acababa todo, tan lindo como era!

—Voy a llevarla...

En la puerta él decidió... habilidoso ese don Tónico:

—Vamos a dar la vuelta al cerro para no pasar cerca del bar.

Andaban rápido. Más adelante acababan los postes y la iluminación. Tónico hablaba con voz doliente; la voz del más guapo de todos los mozos.

De las candidaturas con escafandristas

Espectáculo repetido durante meses, casi cotidianamente, no por eso el pueblo se cansó de admirar a los buzos. Así vestidos de metal y vidrio, parecían seres de otro planeta, desembarcados en la bahía. Se sumergían en las aguas, allí donde el mar se unía con el río. Durante los primeros días, la ciudad entera se trasladaba a la punta del «Morro do Unhão» para ver de más cerca. Seguían con exclamaciones todos los movimientos, la entrada en el agua, las bombas trabajando, los remolinos, las burbujas de aire. Los vendedores dejaban los mostradores, los trabajadores abandonaban las bolsas de cacao, las cocineras sus cocinas, las costureras sus costuras, y Nacib su bar. Algunos alquilaban botes, y venían a rondar alrededor de los remolcadores. El ingeniero jefe, soltero y coloradote (Mundinho pidió al ministro que mandara un hombre soltero para evitar confusiones) gritaba órdenes.

Doña Arminda se asombraba delante de las figuras monstruosas: —¡Inventan cada cosa! Cuando yo cuente al finado, en la sesión, es capaz de llamarme mentirosa. Pobre, no alcanzó a vivir para ver esto.

—Pensé que fuese mentira, que no fuera cierto. Bajar al fondo del mar... No creía, no —confesaba Gabriela.

Se amontonaban en la punta del «Morro de Unhão», bajo el sol cada día más tórrido. Se llegaba al final de la cosecha, y el cacao se secaba en las barcazas, en las estufas, se amontonaba en los depósitos de las casas exportadoras o en las bodegas de los pequeños barcos, de la «Bahiana», de la Costera y del Lloyd. Cuando uno de ellos entraba o salía del puerto, los remolcadores y las dragas se alejaban de los bancos de arena para luego volver al trabajo, que progresaba rápidamente. Los buzos fueron la gran sensación de aquella temporada.

Gabriela explicaba a doña Arminda y al negrito Tuísca:

—Dicen que en el fondo del mar es más lindo que en la tierra. Que hay de todo. Morros más grandes que el de la Conquista, pescados de todos colores, y pastos para que ellos pasten, jardín con flores, más bonito que el de la Intendencia. Hay plantaciones, hasta ciudades vacías. Y ni que hablar de vapores hundidos.

El negrito Tuísca dudaba:

—Aquí sólo hay arena, y de árboles, apenas los «baraúnas».

—Tonto. Hablo del medio del mar, en las profundidades. Fue un mozo que me contó todo eso, era estudiante, vivía entre libros y sabía muchas cosas. En una casa donde yo estuve empleada. Me contó cada cosa... —sonreía al recordarlo.

—¡Qué coincidencia! —exclamó doña Arminda—. Soñé con un mozo que golpeaba en la puerta de la casa de don Nacib, con un abanico en la mano. Escondía la cara en el abanico. Preguntaba por ti, Gabriela.

—¡Cruz diablo, doña Arminda! Parece brujería...

Ilhéus entero vivía los trabajos del puerto. Además de los buzos, también las máquinas instaladas en las dragas causaban admiración y espanto. Removían la arena, abrían y ampliaban canales. Todo eso entre ruidos de terremotos, como si estuvieran revolviendo la propia vida de la ciudad, cambiándola para siempre. Con su llegada se había modificado la correlación de las fuerzas políticas. El prestigio del «coronel» Ramiro Bastos, bastante golpeado; amenazó caer bajo aquel golpe colosal: dragas y remolcadores, excavadoras e ingenieros, buzos y técnicos. Cada dentada de las máquinas en la arena, según el Capitán, significaba diez votos menos para el «coronel» Ramiro. La lucha política se fue tornando más aguda y más áspera desde el crepúsculo en que los remolcadores habían llegado, el día del casamiento de Gabriela con Nacib. Aquella noche había sido tumultuosa: los correligionarios de Mundinho cantaban victoria, los de Ramiro Bastos rebuznaban amenazas. En el cabaret hubo golpes. «Dora-culo-de-Jambo» había recibido un tiro en el muslo cuando el «Rubio» y sus bandidos entraban disparando sobre las lámparas. Si lo que deseaban era dar una paliza al ingeniero jefe, obligarlo a renunciar, a irse de Ilhéus, como todo parecía indicar, fracasaron. En la confusión, el Capitán y Ribeirito consiguieron retirar al coloradísimo especialista que, por otra parte, demostró gusto por el barullo: le quebró la cabeza a un adversario con una botella de whisky. Según el propio «Rubio» contó después, el plan había sido mal organizado, a última hora.

Al otro día, el «Diario de Ilhéus» clamó a los cielos: los antiguos dueños de tierras, derrotados por anticipado, recurrían nuevamente a los procedimientos de hacía veinte y treinta años. Ahí estaban, desenmascarados: jamás pasarían de ser jefes de bandoleros.

Pero, se engañaron al pensar que podrían amedrentar a los competentes ingenieros y técnicos mandados por el gobierno para abrir el canal, debido a los esfuerzos del benemérito incrementador del progreso, Raimundo Mendes Falcão, a pesar de la gritería antipatriótica de los bandoleros, apegados al poder. No, no amedrentaban a nadie. A los partidarios del desenvolvimiento de la región del cacao les repugnaban tales métodos de lucha. Pero, si fuesen arrastrados a ellos por sus inmundos adversarios, sabrían estar a la altura. Ningún otro ingeniero sería arrojado de Ilhéus. Esta vez fracasarían los pretextos y las amenazas. El número del «Diario de Ilhéus» estaba sensacional.

De las estancias de Altino Brandão y de Ribeirito llegaron asesinos a sueldo. Los ingenieros, durante algún tiempo, caminaron por las calles acompañados por extraños guardaespaldas. El mal afamado «Rubio», con un ojo negro, era igualmente visto comandando bandidos de Amancio Leal y Melk Tavares, inclusive un negro llamado Fagundes. Pero, descontándose unas escaramuzas en casas de las prostitutas, en las oscuras cortadas, ninguna otra cosa grave sucedió. Los trabajos prosiguieron, y la admiración general rodeó a la gente de los remolcadores y las dragas. Estancieros, en

número cada día mayor, adherían a Mundinho.

Cumplíase la profecía del «coronel». Altino: Ramiro Bastos comenzaba a quedar solo.

Sus hijos y sus amigos se daban cuenta de la situación. Concentraban ahora sus esperanzas en la solidaridad del gobierno, en el no reconocimiento de la victoria de la oposición, si ésta llegaba a suceder. De eso hablaban en casa del «coronel» Ramiro sus dos hijos (el doctor Alfredo encontrábase en Ilhéus) y sus dos devotos amigos, Amancio y Melk. Debían preparar elecciones a la antigua usanza: dominando bancas y juntas electorales, libros de actas. Elecciones a base de tiros. Con lo que se garantizaría el interior. Por desgracia en Ilhéus e Itabuna, ciudades importantes, era difícil emplear tales métodos sin correr ciertos riesgos. Alfredo dijo que el gobernador le había dado garantías absolutas: Mundinho y su gente jamás obtendrían el reconocimiento, aunque vencieran holgadamente en las elecciones. No iba a entregar la zona del cacao, la más rica y próspera del estado, en las manos de los opositores, de ambiciosos como Mundinho. Ésa era una idea absurda.

El viejo «coronel» escuchaba, con el mentón apoyado en el pomo de oro de su bastón. Sus ojos, de los que desapareciera la luz, se apretaban. Victoria tal no era victoria, era peor que una derrota. El nunca necesitó de eso. Siempre había ganado en la boca de las urnas, suyos eran los votos. Guillotinar adversarios en el momento de reconocimiento de poderes, era, algo que jamás hizo. Ahora Alfredo y Tónico, Amancio y Melk, hablaban de eso tranquilamente, sin darse cuenta de la pesada humillación a que lo sujetaban.

—No vamos a precisar de eso. ¡Vamos a ganar con votos!

El hecho de que Mundinho se presentara como candidato a diputado federal era animador. El peligro grande sería si él quisiese disputar la Intendencia. Se había hecho popular, había ganado prestigio...

Gran parte de los electores ciudadanos, sino el mayor número, votarían por él, la elección sería casi segura.

—Hacer elección aquí a base de tiros es un poco difícil —decía Melk Tavares.

Para diputado federal, en cambio, Mundinho dependería de los votos de toda la región, del séptimo distrito electoral que incluía, no solamente Ilhéus, sino también Belmonte, Itabuna, Canavieiras e Una, municipios de cacao, que elegían dos diputados. Uno de ellos, con los votos de Itabuna, Ilhéus y Una; este último contaba poco, apenas unos votos. Pero Itabuna pesaba hoy casi tanto como Ilhéus y allá mandaba, casi sin oposición, el «coronel» Aristóteles Pires, que debía su carrera política a Ramiro Bastos. ¿No había sido él, Ramiro, quien lo hiciera subdelegado del antiguo distrito de Tabocas?

—Aristóteles vota por quien yo le ordene.

Por otra parte, los diputados federales no dependían de la política municipal, y

solamente para los candidatos por las capitales la elección no era pura formalidad. Tales diputados nacían de los compromisos del gobernador y del poder federal. El actual diputado por Ilhéus e Itabuna (el otro era elegido por los votos de Belmonte y Canavieiras) había aparecido en la zona una sola vez, después de las elecciones. Se trataba de un médico residente en Río, protegido por un senador federal. Para ese cargo Mundinho no tenía ninguna posibilidad. Aunque ganase en Ilhéus, perdería en Itabuna y en Una, y en el interior del municipio las elecciones serían fraudulentas.

—Ése se ha metido en el bosque sin guía... —concluyó Amancio.

—Pero es necesario que él pierda. ¡Qué sea derrotado! Comenzando por Ilhéus. Quiero que sea una gran derrota —exigía Ramiro.

El Capitán sería candidato a Intendente, el doctor Ezequiel Prado a diputado estadual. De la candidatura del abogado, Ramiro se burlaba. Alfredo sería elegido con toda seguridad. Ezequiel servía para el tribunal y para sus trampas, o para hacer discursos en los días de fiesta. Sacándolo de eso, estaba muy desacreditado, era hombre de copas, de escándalos con mujeres. Y, al igual que Mundinho, precisaría también de los votos de todo el distrito electoral.

—No ofrece peligro —confirmó Alfredo.

—Esto va a servir para que aprendan a no cambiarse de casaca...

El Capitán dependía apenas de los votos del municipio de Ilhéus. Adversario peligroso, como lo reconocía el propio Ramiro. Era necesario derrotarlo en el interior del municipio, en la ciudad era capaz de ganar; Cazuzinha, su padre, derribado por los Bastos, dejó en la vida de la ciudad una leyenda: haber sido un hombre de bien, y un administrador ejemplar. La primera calle empedrada lo fue por él, y todavía hoy se llamaba «de los paralelepípedos». Y a él se debían, también la primera plaza y el primer jardín. Leal hasta el fanatismo, se mantuvo fiel a los Badaró, gastando cuanto poseía en combatir a los Bastos, en una batalla sin perspectivas. Su nombre continuaba siendo citado como ejemplo de bondad y dedicación. El Capitán, no solamente se beneficiaba con la leyenda que rodeaba la memoria de su padre, sino que era personalmente estimado. Nacido en Ilhéus, había vivido en los grandes centros, tenía olor a civilización, era un orador aplaudido, y gozaba de gran popularidad. De Cazuzinha le quedó el amor a los gestos románticos y heroicos.

—Candidatura peligrosa... —confesaba Tónico.

—Es hombre amistoso y bien mirado —concordaba Melk.

—Depende de quién sea nuestro candidato.

Ramiro Bastos proponía el nombre de Melk, ¿acaso no era ya el presidente del Consejo Municipal? El compadre Amancio no aceptaba puestos políticos, por eso no le ofrecía ninguno. También Melk se negaba:

—Le agradezco mucho pero no quiero. A mi modo de ver, no debe ser un plantador...

—Y ¿por qué?

—El pueblo quiere gente más letrada, dice que los estancieros no tienen tiempo de ocuparse de la administración. Que tampoco entienden mucho. Y no dejan de tener razón. Tiempo, realmente, uno no tiene...

—Es verdad —dijo Tónico—. El pueblo vive clamando por un Intendente más hábil. Debe ser un hombre de la ciudad. —¿Quién?

—Tónico. ¿Por qué no? —propuso Amancio.

—¿Yo? Dios me libre. No nací para eso. Si me meto en política es por mi padre. ¡Dios me libre de ser Intendente! Estoy muy bien en mi rincón. Ramiro se encogía de hombros, no valía la pena conjeturar sobre tal hipótesis. Tónico en la Intendencia...

Solamente para llenar la sede de la municipalidad de prostitutas.

—Veo dos nombres, solamente —dijo—. O el doctor Mauricio, o el doctor Demóstenes.

Fuera de éstos, no hay otro.

—El doctor Demóstenes llegó aquí no hace ni cuatro años: Después de Mundinho. No es hombre para hacer frente al Capitán —se opuso Amancio.

—A mí me parece mejor que el de Mauricio. Por lo menos es médico de nombre, y está llevando adelante los trabajos de construcción del hospital. Mauricio tiene muchos enemigos.

Discutieron los dos nombres, pesando ventajas y desventajas. Se decidieron por el abogado. A pesar de su conocido amor por el dinero, su puritanismo exagerado e hipócrita, de ser un «chupacirios» sujeto a las polleras de los frailes que en aquella tierra de poca religión lo habían hecho impopular. El doctor Demóstenes tampoco era hombre de popularidad. Médico celebrado, no existía en toda la ciudad hombre más pedante, más suficiente, más lleno de prejuicios, y más metido a distinguido, como se comentaba por allí.

—Muy buen médico, pero es más estirado que cogote para tragar purgante. —Amancio reflejaba la opinión local—. Mauricio tiene enemigos, pero también tiene mucha gente que gusta de él. Habla bien.

—Y es hombre leal. —Ramiro había aprendido en los últimos tiempos a apreciar el valor de la lealtad.

—Aún así puede perder.

—Es necesario ganar. Y ganar aquí, en Ilhéus. No quiero recurrir al gobierno para degollar a nadie. ¡Quiero ganar! —llegaba a parecer una criatura obstinada reclamando un juguete—. Soy capaz de abandonar todo antes que mantenerme a costa del prestigio ajeno.

—El compadre tiene razón —dijo Amancio—. Pero para eso, es preciso asustar a un montón de gente. Soltar algunos tipos en la ciudad.

—Todo lo que sea necesario, menos perder en las urnas.

Estudiaban los nombres para el Consejo Municipal. Tradicionalmente, la oposición elegía un consejero. Tradicionalmente, también, era siempre el viejo Honorato, opositor solamente de nombre, que debía servicios a Ramiro. Llegaba a ser más gubernista que todos sus colegas juntos.

—Esta vez ni pusieron el nombre de él en la lista.

—El Doctor va a resultar elegido. Es casi seguro.

—Deje que sea elegido. Es hombre de valor. Y solo, ¿qué oposición puede hacer?

El «coronel» Ramiro tenía su debilidad por el Doctor. Admiraba su saber, el conocimiento que tenía de la historia de Ilhéus, gustaba de oírlo hablar del pasado, de contar las aventuras de los Avila. Daría lustre al Consejo, terminaría votando con los otros, como el doctor Honorato. Aún en aquel momento, de cálculos electorales no siempre optimistas, cuando la sombra de la derrota se diseñaba en la sala, Ramiro era el gran señor, el magnánimo amo que dejaba un asiento a la oposición, y designaba para ocuparlo al más noble de los adversarios.

En cuanto a la victoria, Amancio prometía:

—Deje estar, compadre Ramiro, yo me voy a ocupar de eso. Mientras Dios me dé vida nadie se va a reír de mi compadre en las calles de Ilhéus. Darse el gusto de ganarle una elección eso sí que no. Deje todo conmigo y con Melk.

Mientras tanto, en ese tórrido verano, los amigos de Mundinho se movían. Ribeirito no olvidaba lugar, iba de distrito en distrito, se proponía viajar toda la región. El Capitán también había ido a Itabuna, a Pirangi, a Agua Preta. Al volver, aconsejó a Mundinho que fuera sin tardanza a Itabuna.

—En Itabuna ni los ciegos van a votarnos. —¿Por qué?

—¿Oyó usted hablar de gobiernos con popularidad? Pues existen: uno de ellos es el del «coronel» Aristóteles en Itabuna. El hombre tiene a todo el mundo en la mano, desde los plantadores hasta los mendigos.

Mundinho comprobó la verdad de la afirmación, a pesar de ser bien recibido en la vecina ciudad. Varias personas fueron a la estación el día anunciado para su llegada y se llevaron un chasco. Mundinho vino por la carretera, en su nuevo automóvil, un sensacional coche negro; que llenaba las ventanas de curiosos al pasar por las calles. Sus clientes lo festejaron con almuerzos y comidas, lo llevaron a paseos, al cabaret, al Club Grapiúna, hasta a las iglesias. Pero no le hablaban de política. Cuando Mundinho les exponía su programa, concordaban enteramente:

—Si no estuviera comprometido con Aristóteles, mi voto era suyo.

La desgracia es que todos estaban comprometidos con Aristóteles. Al segundo día de su estadía, el «coronel» Aristóteles pasó por el hotel para visitarlo. Mundinho no estaba, y le dejó una invitación amable para que el exportador fuera a tomar con él un café en la Intendencia. Mundinho decidió aceptar.

El «coronel» Aristóteles Pires era un hombrón amulatado, picado de viruelas, de

prosa fácil y comunicativa. Estanciero de recursos medianos, que recogía sus mil quinientas arrobas, su autoridad era indiscutible en Itabuna. Nació para administrar, y tenía en la sangre el gusto por la política. Jamás, desde que fuera nombrado subdelegado, pensó nadie en disputarle la jefatura, ni siquiera los grandes plantadores del municipio. Había comenzado al lado de los Badaró, pero supo percibir, antes que nadie, la declinación del antiguo señor derrotado en las luchas por las tierras de Sequeiro Grande.

Los dejó cuando todavía no era feo abandonarlos. A pesar de eso, quisieron matarlo, escapando por un hilo. La bala alcanzó a uno de sus hombres, que lo acompañaba. Los Bastos, agradecidos, lo hicieron subdelegado de la entonces Tabocas, villarejo en las proximidades de las plantaciones de Aristóteles. Y en poco tiempo el poblado miserable comenzó a transformarse en una ciudad.

Algunos años después, él levantó la bandera de la separación del distrito de Tabocas, desligándolo de Ilhéus y transformándolo en el municipio de Itabuna. Alrededor de esa idea se juntó todo el pueblo. El «coronel» Ramiro Bastos se enfureció. En aquella ocasión casi se llegó a la ruptura entre los dos. ¿Quién era Aristóteles, exaltábase Ramiro, para querer amputar a Ilhéus, robarle un pedazo enorme? Aristóteles, haciéndose humilde y más devoto que nunca, trató de convencerlo. El gobernador de entonces le había dicho, en Bahía, que solamente haría aprobar el decreto si él obtenía el consentimiento de Ramiro. Fue difícil; tuvo que pedir mucho, pero lo consiguió. ¿Qué perdía Ramiro? —preguntaba él—. La formación del nuevo municipio era inevitable, vendría aunque no lo quisieran. El «coronel» podía postergarla pero no impedir la. ¿Por qué Ramiro, en vez de combatir la idea, no surgía como su patrono? Él Aristóteles, no pretendía otra cosa, como subdelegado o como Intendente, que apoyar a Ramiro. Éste, en vez de ser jefe de un municipio, mandaría en dos, y ésa sería la única diferencia. Ramiro se dejó finalmente convencer y apareció en las fiestas de instalación de la nueva Intendencia. Aristóteles cumplió lo prometido: continuó apoyándolo, a pesar de guardar una secreta amargura por las humillaciones que el «coronel» le hiciera pasar. Ramiro, por su parte, continuaba tratándolo como si todavía fuera el joven subdelegado de Tabocas. Hombre de ideas e iniciativas, Aristóteles se dio a la tarea de hacer prosperar Itabuna. La limpió de bandoleros, empedró sus calles centrales. No se preocupaba mucho con las plazas y jardines, ni se dedicaba a embellecer la ciudad, pero en cambio le dio buena iluminación, un óptimo servicio de desagües, había abierto caminos que la ligaban con los otros pueblos, traído técnicos para la poda del cacao, fundado una cooperativa de productores, y ofrecido facilidades para incrementar el comercio. Veló por todos los distritos, y había hecho de la joven urbe el punto de convergencia de todo el vasto interior hasta el desierto.

Mundinho lo encontró en la Intendencia, estudiando los planes de un nuevo

puente sobre el río, para ligar las dos partes de la ciudad. Parecía esperar al exportador, y mandó traer café.

—Vine a darle mis felicitaciones por su ciudad, «coronel». Su trabajo es extraordinario. Y para conversar de política. Como no me gusta ser indiscreto, en caso de que la conversación no le interese, dígame enseguida. En cuanto a las felicitaciones, ya se las di.

—¿Y por qué no, don Mundinho? La política es como un aguardiente para mí. Vea usted: si no fuera por la política yo sería un hombre rico. Lo único que tengo hecho es gastar dinero en ella. Pero no me quejo, porque es algo que me gusta. Es mi debilidad. No tengo hijos, no juego, no bebo... Mujeres, bueno, una vez que otra meo fuera de lugar... —reía con su risa simpática—. Pero para mí, política quiere decir administración. Para otros es negocio y prestigio. Para mí no, puede creerme.

—Le creo. Itabuna es la mejor prueba.

—Me satisface ver crecer Itabuna. Vamos a sobrepasar a Ilhéus uno de estos días, don Mundinho. No digo la ciudad, porque Ilhéus es puerto. Pero sí el municipio. Allá es bueno para vivir; aquí lo es para trabajar.

—Todo el mundo me habló bien de usted. Todos lo respetan y estiman. La oposición no existe.

—No es así, precisamente. Hay una media docena... Si usted busca bien, va a encontrar unos tipos que no gustan de mí. Sin decir por qué. Andan atrás suyo, ahora. ¿Todavía no lo buscaron?

—Sí, me buscaron. ¿Sabe lo qué les dije? Que los que quieran votar por mí que lo hagan, pero que yo no voy a servir de punto de apoyo para combatir al «coronel» Aristóteles. Itabuna está bien atendida.

—Ya lo supe... Lo supe enseguida... Y le agradezco —rió nuevamente; su ancha cara amulatada irradiaba cordialidad—. Por mi parte, he acompañado su actuación. Y la he aplaudido. ¿Cuándo terminan las obras de la bahía?

—Unos meses más y habremos ganado la exportación directa. Los trabajos están caminando lo más rápido posible. Pero hay mucho por hacer.

—Ese asunto del puerto dio mucho que hablar. Es capaz de hacerle ganar a usted. Anduve estudiando el asunto y voy a decirle una cosa. La verdadera solución está en el puerto de Malhado, no en abrir el canal. Podrá dragar cuanto quiera, pero la arena volverá de nuevo. Lo que va a resolverlo todo es la construcción de un nuevo puerto en Ilhéus, en el Malhado.

Si esperaba que Mundinho discutiese, se engañaba: —Sé eso perfectamente. La solución definitiva es el puerto de Malhado. ¿Pero cree usted que el gobierno está dispuesto a construirlo? ¿Y cuántos años calcula que pasarán antes de inaugurarlos, luego que comience la construcción? El puerto del Malhado va a ser una pelea dura, «coronel». Y mientras tanto, ¿el cacao debe continuar saliendo hacia Bahía? ¿Quién

paga el transporte? Nosotros, los exportadores, y ustedes, los plantadores. No crea que veo la mejora del canal como solución. Los que me combaten argumentan con el puerto, sin saber que pienso como ellos. Solamente, que prefiero tener el canal en condiciones hasta tanto tengamos el puerto. Vamos a comenzar la exportación directa. Pero, apenas terminen los trabajos de las dragas comenzaré a luchar por el puerto. Y algo más: una draga quedará en Ilhéus, permanentemente, para garantizar el canal abierto.

—Comprendo... —estaba pensativo, ya no sonreía.

—Deseo que sepa usted una cosa: si estoy haciendo política es por el mismo motivo que usted.

—Una suerte para Ilhéus. Lástima que usted no se haya preocupado también por Itabuna. A no ser en el caso de los ómnibus...

—Ilhéus es mi centro de acción. Pero, elegido o no, pretendo extender mis negocios, sobre todo en Itabuna. Una de las cosas que me trajo aquí fue estudiar la posibilidad de abrir una filial de la exportadora. Voy a hacerlo.

Bebían el café, y Aristóteles lo saboreaba junto con la noticia:

—Muy bien. Itabuna precisa gente emprendedora.

—Bien; ya hemos conversado. Le dije, «coronel», cuanto tenía que decirle. No vine a pedirle votos; sé que usted es carne y uña con el «coronel» Ramiro Bastos. Tuve gran placer en verlo.

—¿Por qué tanto apuro? Recién acaba de llegar... ¿Quién le dijo a usted que yo era carne y uña con el viejo Ramiro?

—Pero todo el mundo lo sabe... En Ilhéus dicen que sus votos garantizarán las elecciones del diputado federal y del estadual. Es decir, del doctor Víctor Melo y del doctor Alfredo Bastos.

Aristóteles rio como si se estuviera divirtiendo enormemente:

—¿Tiene usted algunos minutos más para perder? Le voy a contar unas historias; le aseguro que valen la pena. Gritó llamando al empleado, y pidió más café.

—Ese tal doctor Víctor, que es diputado federal, es lo más gordo que alguien haya visto. El gobierno lo impuso, el «coronel» aceptó, ¿y yo qué iba a hacer? No tenía a quién votar, aunque quisiera. La oposición en Ilhéus e Itabuna acabó con la muerte de don Cazusa. Muy bien: ese tal doctor, apareció por aquí después de las elecciones. Corriendo. Cuando vio la ciudad, torció la nariz. Encontró todo feo. Preguntó qué diablos estaba haciendo yo que no enjardinaba la ciudad; que era lo que hacía y lo que no hacía. Respondí que yo no era jardinero, era Intendente. No le gustó eso. Para decirle la verdad, no le gustó nada. Ni quiso ver los caminos, las obras de desagüe, nada. No tenía tiempo. Le pedí partidas de dinero para varias cosas. Le mandé un montón de cartas. ¿Puso usted en el presupuesto las partidas que yo pedí? Pues él tampoco. Apenas si como un gran favor, me manda una tarjeta de fin de año,

deseándome felices fiestas. Dice que va a ser candidato nuevamente. Pero en Itabuna no va a tener votos.

Mundinho iba a hablar; el «coronel» rio, y continuó:

—El «coronel» Ramiro es un hombre derecho a su manera. Fue él quien me hizo subdelegado aquí, hace más de veinte años. Le dice a todo el mundo que a él le debo cuanto soy. ¿Quiere saber la verdad? Él pudo derribar a los Badaró solamente porque yo estaba a su lado. Otra cosa que dicen es que yo abandoné a los Badaró porque estaban perdidos, que dejé todo cuando ya estaban ganando sus enemigos. Ellos estaban perdidos, es verdad; pero porque no servían ya para gobernar. La política, para ellos, era solamente acumular tierra. En aquel tiempo el «coronel» Ramiro era para ellos lo que hoy usted es para el «coronel». — Quiere decir que...

—Espere un poco, que no tardo en terminar de contar. El «coronel» Ramiro concordó con la separación de Itabuna. Si no hubiere concordado, eso iba a desmoronarse; el gobierno iba a quedar haciendo bocinitas. Por eso lo he apoyado. Pero él piensa que tengo obligación. Cuando usted comenzó a meterse con las cosas de Ilhéus, comencé a cavilar. Ayer, cuando usted llegó aquí me dije a mí mismo: va a ser buscado por esa banda de vagabundos. Vamos a ver lo que él va a hacer; será la prueba de fuego —rio con su risa fácil—. Señor Mundinho Falcão, si usted quiere mis votos, ellos son suyos. No le pido nada, no es una transacción. Solamente quiero una cosa: vele también por Itabuna, la zona del cacao es toda una. Mire por este interior abandonado.

Mundinho estaba tan sorprendido que sólo pudo decir:

—Juntos, «coronel», vamos a hacer grandes cosas.

—Y ahora, guarde para usted la noticia. Cuando las elecciones estén más cercanas, yo mismo me encargo de anunciar.

No le fue posible, sin embargo, esperar tanto como le mandaba la sabiduría y la prudencia. Porque, días después, el «coronel» Ramiro lo llamaba a Ilhéus para comunicarle la lista oficialista. Aristóteles conversó con sus amigos más influyentes, y tomó el ómnibus para Ilhéus.

Para él, el «coronel» Ramiro no mandaba abrir la sala de las sillas de alto respaldo. Le entregó un papel con los nombres:

«Para diputado federal, doctor Víctor Melo». Y seguía la lista. Aristóteles leyó despaciosamente, como si deletrease. Devolvió la hoja:

—A ese doctor Víctor, «coronel», no lo voto más. Aunque el mundo entero se venga abajo.

No sirve para nada. Muchas cosas le pedí, y no hizo nada.

Ramiro habló con acento autoritario, como quien reprende a un niño caprichoso:

—¿Por qué no se dirigió a mí para los pedidos? Si hubiera pedido por mi intermedio, él no se iba a negar. La culpa es suya. En cuanto a votar a él, es el

candidato del gobierno, vamos a votarlo. Es un compromiso del gobernador.

—Compromiso de él, pero no mío.

—¿Qué quiere decir usted?

—Ya le dije, «coronel». A ese tipo no lo voto.

—¿Y a quién va a votar?

Aristóteles recorrió la sala con la mirada, posándola finalmente en Ramiro:

—A Mundinho Falcão.

El anciano se levantó, apoyado en su bastón, pálido.

—¿Está hablando seriamente?

—Tal como le digo.

—Entonces, ponga en seguida los pies fuera de esta casa —el dedo señalaba la puerta—. ¡Y rápido! Aristóteles salió tranquilamente, sin alterarse. Fue directamente a la redacción del «Diario de Ilhéus», y le dijo a Clóvis Costa:

—Puede poner en el diario que apoyaré a Mundinho.

Jerusa encontró al abuelo caído en una silla:

—¡Abuelito! ¿Qué es eso? ¿Qué tiene? —gritaba llamando a la madre, a las sirvientas, clamaba por un médico.

El anciano se recuperaba, pedía:

—¡Médico, no! No es necesario. Mande llamar al compadre Amancio. Rápido.

Los médicos lo obligaron a guardar cama. El doctor Demóstenes explicaba a Alfredo y Tónico:

—Debe haber sido una fuerte emoción. Es preciso evitar que tales cosas se repitan. Una más y el corazón no resiste.

Amancio Leal llegaba; la noticia lo había alcanzado cuando iba a comenzar el almuerzo, dejando a la familia alarmada. Entró en el cuarto de Ramiro. A la misma hora en que el «Diario de Ilhéus» circulaba con un título a todo lo ancho de la primera página: «ITABUNA APOYA EL PROGRAMA DE MUNDINHO FALCÃO», Aristóteles, en compañía del exportador, volvía en un barco, de una visita a las dragas y a los remolcadores. Había visto a los buzos descender al fondo de las aguas, a las excavadoras comiendo la arena como animales fabulosos. Reía con su risa fácil. «Juntos haremos el puerto del Malhado», decía a Mundinho.

El tiro lo alcanzó en el pecho cuando él y Mundinho pasaban por el descampado del «Morro do Unhão», en dirección al bar de Nacib para tomar alguna cosa.

—Alcohol no bebo... —acababa de decir cuando la bala lo derribó.

Un negro salió corriendo hacia los lados del cerro, perseguido por uno de los testigos de la escena. El exportador sujetó al Intendente; la sangre caliente le ensuciaba la camisa. Llegaban personas, se aglomeraban. Se oían gritos a lo lejos:

—¡Agárrenlo! ¡Agarren al asesino! ¡No lo dejen escapar!

De la gran cacería

Fue aquella una tarde tan agitada como la del asesinato de Sinházinha y Osmundo.

Tal vez desde el fin de los barullos, hacía más de veinte años, ningún acontecimiento conmovió y emocionó tanto a la ciudad como a los municipios limítrofes, a todo el interior. En Itabuna fue como el fin del mundo. Pocas horas después del atentado, comenzaron a llegar a Ilhéus automóviles, procedentes de la ciudad vecina; el ómnibus de la tarde vino lleno, y dos camiones desembarcaron bandidos. Parecía el comienzo de una guerra.

—«La guerra del cacao». Durará treinta años —previno Ño-Gallo.

El «coronel» Aristóteles Pires fue llevado al hospital, todavía en construcción, del doctor Demóstenes. Apenas si algunas habitaciones y la sala de cirugía estaban funcionando. En torno del herido se reunieron las lumbreras médicas locales. El doctor Demóstenes, amigo político del «coronel» Ramiro, no quiso asumir la responsabilidad de la operación. El estado de Aristóteles era grave. ¿Qué no habrían de decir si el hombre llegaba a morir en sus manos? Fue el doctor Lopes, médico de gran fama, negro como la noche, excelentísima persona, quien operó con la asistencia de dos colegas. Cuando llegaron los médicos de Itabuna, enviados rápidamente por parientes y amigos, la intervención había terminado, y el doctor Lopes se lavaba las manos con alcohol:

—Ahora, todo depende de él. De su resistencia.

Los bares llenos, las calles llenas, una nerviosidad general. La edición del «Diario de Ilhéus», con la entrevista sensacional de Aristóteles, había sido arrancada de las manos de los canillitas, que la vendían a diez centavos, en pocos minutos. El negro que disparó el tiro homicida desde los bosques del «Morro do Unhão» no había sido identificado. Uno de los testigos del hecho, albañil en una obra en construcción afirmaba haberlo visto, más de una vez, en compañía del «Rubio», en las callejas cortadas y en el «Pega-Duro», un cabaret de último orden. Otro testigo, el que corriera en persecución del asesino casi recibiendo un tiro, no lo había visto antes, pero describió su ropa: pantalones ordinarios, camisa a cuadros. En cuanto a los responsables, nadie dudaba de quiénes eran, y se murmuraban nombres en voz baja.

Mundinho permaneció en el hospital mientras duró la operación. Había enviado su coche a Itabuna para que viajara en él la esposa de Aristóteles. Envió después una serie de telegramas a Bahía y a Río. Algunos bandidos de Altino Brandáo y de Ribeirito, que estaban en la ciudad desde la llegada de los remolcadores, registraban el cerro con órdenes de traer al negro muerto o vivo. La policía local había venido y escuchado a Mundinho; después de esto el comisario había enviado dos soldados a buscar por los alrededores. El Capitán, también en el hospital, acusó a los gritos a los «coroneles» Ramiro, Amancio y Melk, de ser los responsables. El comisario se negó

a tomar sus declaraciones, porque no era testigo.

Pero le preguntó a Mundinho si hacía suyas aquellas acusaciones del Capitán:

—¿Qué ganamos? —dijo el exportador—. No soy un chico; sé que usted, teniente (porque el comisario era un teniente de la policía militar) no va a tomar ninguna providencia. Lo importante es prender al asesino. Él nos dirá quién fue el que lo armó. Y eso, nosotros mismos vamos a hacerlo.

—Me está usted insultando.

—¿Insultarlo a usted? ¿Para qué? A usted, lo que voy a hacer, es arrojarlo fuera de Ilhéus. Puede ir preparando su equipaje —hablaba ahora casi con el mismo tono de un «coronel» de los antiguos tiempos.

En el bar de Nacib, el árabe corría de mesa en mesa oyendo los comentarios. Juan Fulgencio anunciaba: —Ningún cambio en la sociedad es hecho sin sangre. Este crimen es una mala señal para Ramiro Bastos. Tal vez si hubiera liquidado al hombre podría haber dividido a Itabuna. En cambio ahora, el prestigio de Aristóteles va a aumentar. Es el fin del largo imperio de Ramiro I, el «Jardinero». Y ya no seremos más los súbditos de Tónico, el «Bien-Amado». Va a comenzar el reinado de Mundinho, el «Alegre».

Se cuchicheaba también, en torno al estado de salud del «coronel» Ramiro, no obstante el secreto que la familia intentaba guardar. Tónico y Alfredo no se retiraban un momento de su lado. Se decía que el viejo estaba a las puertas de la muerte. Noticia desmentida por el Doctor y por Josué, a la noche.

Lo sucedido con el Doctor fue curioso. Líder importante de la campaña de Mundinho, cenó con Ramiro y su familia, cordialmente, la noche del atentado. Había sido invitado la víspera, con Ari y Josué, a una comida en casa del combatido adversario, en homenaje al vate. Aceptó: la oposición política no alteró sus relaciones personales con los Bastos.

A pesar de los artículos violentos firmados por él en el «Diario de Ilhéus». Aquel día habían ido de paseo, él, el poeta y Josué, a almorzar a una plantación de cocoteros, más allá del Pontal, una deliciosa «muqueca» regada con caña, ofrecida por el doctor Helvecio Marques, abogado y bohemio. Se demoraron por allá. Volvieron corriendo al hotel para que el poeta se pusiera una corbata y partieron directamente a la casa de Ramiro. A Josué le llamó la atención el movimiento desacostumbrado de las calles, pero sin darle mayor importancia. Mientras tanto, Ari Santos, en el bar, calculó que la invitación habría sido cancelada, y no fue.

No se puede decir que transcurrió alegremente la comida. Había una atmósfera aprehensiva y tensa, que atribuyeron a que el «coronel» no se sintiera bien por la mañana. Los hijos no querían que él se sentara a la mesa, pero Ramiro se obstinó, aunque no llegó a probar bocado. Tónico estaba extrañamente callado; Alfredo no conseguía mantenerse atento a la conversación. Su esposa, dirigiendo a las empleadas

que servían la mesa, tenía los ojos congestionados de quien ha llorado. Era Jerusa quien animaba la mesa, codeando al padre para que contestara cuando le hablaban, conversando con el poeta y con el Doctor, mientras Ramiro, imperturbable, interrogaba a Josué sobre los alumnos del Colegio Enoch. De vez en cuando la conversación moría, y Ramiro o Jerusa nuevamente la reanimaban. Fue en una de esas oportunidades que entre la joven y el vate se entabló este diálogo, glosado después en todos los bares:

—¿Usted es casado, doctor Argileu? —preguntó, amablemente, Jerusa.

—No, señorita —respondió el poeta con su voz de trueno.

—¿Viudo...? Pobre... Debe ser triste.

—No, señorita. No soy viudo...

—¿Todavía soltero? Doctor Argileu, ya es tiempo de que se case.

—No soy soltero, señorita.

Confundida y sin malicia, Jerusa forzó la respuesta: —Entonces, ¿qué es usted, doctor Argileu?

—Amancebado, señorita —respondió inclinando la cabeza.

Fue tan inesperado que Tónico, silencioso y triste aquella noche, prorrumpió en una carcajada. Ramiro lo miró, severamente. Jerusa bajaba los ojos sobre el plato, el vate comía, Josué dominaba con esfuerzo sus deseos de reír. Y el Doctor salvó la situación contando una historia de los Avila.

Ya en el final de la comida, llegó Amancio Leal. El Doctor sintió que algo extraordinario ocurría. Amancio se había sorprendido, evidentemente, de verlo allí. Se quedó callado, como esperando. Toda la familia esperaba. Finalmente Ramiro no se contuvo y preguntó:

—¿Supo el resultado de la operación?

—Parece que se salva. Por lo menos, es lo que dicen.

—¿Quién? —quiso saber el Doctor.

—¿No se enteró de nada?

—Vinimos directamente de la plantación de Helvecio.

—Tiraron sobre el «coronel» Aristóteles.

—¿En Itabuna?

—Aquí, en Ilhéus.

—¿Y por qué?

—¿Quién sabe? ...

—¿Quién disparó?

—Nadie sabe. Un bandido, parece. Huyó.

El Doctor, que no leyó el diario y no estaba enterado de nada, se quejó:

—¿Qué cosa... Él es muy amigo suyo, ¿no «coronel»?

Ramiro bajó la cabeza. La comida terminó desanimada, después el poeta declamó

unos versos para Jerusa. Pero el silencio en la sala era tan pesado que Josué y el Doctor decidieron partir. El vate, bien alimentado, quería quedarse otro rato, beber más cognac. Pero los otros lo forzaron, y salió protestando.

—¿Por qué tanto apuro? Gente distinguida esa, cognac soberbio...

—Ellos querían estar a solas.

—¿Qué diablos ocurre?

Recién en el bar fueron a saberlo, el Doctor corrió hacia el hospital. El ilustre vate no se conformaba.

—¿Por qué diablos mandaron matar gente, justo hoy que me daban una comida? ¿No podían elegir otro día?

—Necesidades urgentes... —aclaró Juan Fulgencio. Gente entraba y salía del bar. Traían noticias del «Morro do Unhão», de las batidas efectuadas, de la gran cacería organizada para traer al negro vivo o muerto. La gente llegada de Itabuna, los bandidos desembarcados de los camiones, afirmaban que no regresarían sin la cabeza del bandido. Para mostrarla a la ciudad. También llegaba gente del hospital. Aristóteles dormía, el doctor Lopes decía que era muy temprano para cualquier pronóstico. La bala había atravesado el pulmón.

Nacib también fue a espiar el cerco del cerro, desde el final de su calle. Les contó las novedades a Gabriela y a doña Arminda, que se extrañaban del movimiento de gente.

—Mandaron matar al Intendente de Itabuna, el «coronel» Aristóteles. Pero sólo lo hirieron. Está que muere-no-muere en el hospital. Están diciendo que gente del «coronel» Ramiro Bastos, de Amancio o de Melk, que es la misma cosa. El tipo se escondió en el morro. Pero no va a escapar; hay más de treinta hombres dándole caza. Y si lo agarran...

—¿Qué le van a hacer? ¿Lo llevarán preso? —quiso saber Gabriela.

—¿Preso? Por lo que están hablando, parece que quieren llevar la cabeza de él a Itabuna.

Ya corrieron al comisario.

Lo que era verdad. El comisario, con un soldado, había aparecido por el «Morro do Unhão» llegando del lado del puerto, desde donde el negro tirara. Hombres armados guardaban las subidas. El comisario quiso subir, pero no le dejaron.

—Aquí nadie pasa.

Estaba uniformado, y ostentaba las divisas de teniente, Quien le prohibía el paso era un joven de aire petulante, y revólver en mano.

—¿Quién es usted?

—Soy el Secretario de la Intendencia de Itabuna; Américo Matos es mi nombre, por si quiere saberlo.

—Yo soy el comisario de Ilhéus. Voy a prender al criminal.

En torno del muchachón, se alineaban cinco bandoleros con rifles:

—¿Prender? No me haga reír. Si usted quiere prender a alguien, no precisa subir al cerro.

Arreste al «coronel» Ramiro, a ese canalla que se llama Amancio Leal, a Melk Tavares o a ese tal «Rubio». No necesita subir aquí, tiene demasiado para hacer en la ciudad. Hizo un gesto a los hombres que lo rodeaban, que levantaron las armas. El hombre dijo:

—Comisario, váyase en seguida si no quiere morir. El teniente miró alrededor, el soldado había desaparecido.

—Ya tendrá noticias mías —dijo, y dio media vuelta. Todas las subidas, que eran tres, dos del lado del puerto, y una del lado del mar, donde estaba la casa de Nacib, estaban vigiladas. Más de treinta hombres armados, hombres de Itabuna y de Ilhéus, registraban el morro, cortando los bosques ralos de árboles, densos de vegetación, entrando en las casas pobres, revisándolas de arriba a abajo. En la ciudad, las murmuraciones llegaban al máximo. En el Vesubio, a ratos aparecía alguien a contar alguna novedad: la policía estaba garantizando la casa de Ramiro Bastos, en la que se encontraba él, sus hijos y sus amigos más adictos, inclusive Amancio y Melk, atrincherados. Noticia inventada: el propio Amancio pasó por el bar minutos después, y Melk estaba en su estancia. Dos veces circuló la noticia de la muerte de Aristóteles. Contaban que Mundinho había mandado pedir refuerzos de hombres al «coronel» Altino Brandão, y que uno de sus hombres fue en su propio automóvil, a buscar a Ribeirito. Rumores, unos más absurdos que otros, durante algunos minutos, aumentando la excitación, y luego substituidos por otros, poco después.

La entrada de Amancio causó cierta sensación. Dijo: «Buenas noches, señores», como lo hacía habitualmente, con su voz suave, caminó hacia el mostrador, pidió un cognac y preguntó si no había compañeros para un póquer. No los había. Anduvo por las mesas, cambió palabras con unos y con otros, pero se sentía que él estaba allí para desafiar una acusación. Nadie se atrevió siquiera a mencionar el asunto. Amancio saludó de nuevo, y fue subiendo por la calle «Cnel. Adami», en dirección a la casa de Ramiro. Los hombres del cerro ya habían dado vuelta todos los rancheríos, buscando en las grutas, dando batidas en los bosques. Más de una vez habían estado a pocos pasos del negro Fagundes.

Había subido al cerro empuñando todavía el revólver. Desde que Aristóteles saltara de la canoa, él había estado esperando el momento para disparar. Con el descampado del «Unhão» casi desierto a esa hora, se decidió, y apuntó al corazón. Vio caer al «coronel», el mismo que le fuera mostrado por el «Rubio» en el puerto, y huyó. Un individuo lo perseguía, pero consiguió espantarlo de un tiro. Se metió por entre los árboles, esperando la llegada de la noche. Mascaba un pedazo de tabaco. Iba a ganar un dineral. Por fin los barullos habían comenzado. Clemente sabía de las

extensiones de tierra por vender que había, no se le salía eso de la cabeza, pensando tener juntos una plantación. Si los barullos se agudizaban, un hombre como él, Fagundes, de coraje y puntería, en poco tiempo solucionaba su vida. El «Rubio» le había dicho que lo encontraría en el «Pega-Duro», al llegar la noche, antes de que se iniciara el movimiento, allá por las ocho.

Fagundes estaba tranquilo. Descansó un poco, comenzó a caminar hacia arriba, con ideas de bajar por el otro lado apenas cayese la noche, entrar por la playa e ir al encuentro del «Rubio». Pasó tranquilo ante varios ranchos, le dio las buenas noches a una tejedora. Se metió en el bosque, buscó un lugar abrigado, se acostó, y se quedó pensando en espera del oscurecer. De ahí alcanzaba a ver la playa. El crepúsculo se prolongaba, y Fagundes podía ver, levantando un poco la cabeza, al sol abriendo un abanico rojizo, color de sangre, en el extremo del mar. Pensaba en el ansiado pedazo de tierra. En Clemente, pobre, todavía hablando de Gabriela, sin poder olvidarla. No supo que ella se había casado, que era una mujer rica, según le habían contado ahora en la ciudad. Lentamente crecieron las sombras. Todo era silencio en el cerro. Cuando se encaminó para descender, vio a los hombres, y por poco se tropieza con ellos. Retrocedió hacia los bosques. Desde allí los observó entrando en las casas. Su número crecía, divididos en grupos. Era un mundo de gente armada. Escuchaba trozos de conversaciones. Querían agarrarlo vivo o muerto, y llevarlo a Itabuna. Se rascó las motas. ¿Así que era tan importante el tipo al que le disparó? A esa hora estaría extendido en medio de las flores. Y él, Fagundes, estaba vivo, no quería morir. Había un pedazo de tierra que lo esperaba, iba a ser de él y de Clemente. Los barullos apenas si estaban comenzando, y había mucho dinero a ganar. Los hombres, en grupos de cuatro o cinco, andaban por los bosques.

El negro Fagundes se internó por donde el bosque era más espeso. Los espinos le rasgaban los pantalones y la camisa. Con el revólver en la mano, quedó algunos minutos en cuclillas entre los arbustos. No tardó en oír voces:

—Alguien pasó por aquí. Está pisado.

Esperaba ansioso. Las voces se alejaron, y él prosiguió por el bosque cerrado. Su pierna sangraba, a consecuencia de un tajo grande abierto por un espino bravo. Un animal huyó al verlo, así descubrió un agujero profundo, medio tapado por los arbustos. Allí se metió. ¡Era tiempo! Las voces aparecían, nuevamente próximas:

—Aquí hubo gente. Vea...

—Espinosa de porquería... Aquella agonía continuó mientras la noche llegaba.

En ciertos momentos, las voces eran tan vecinas a él que esperaba ver en cualquier momento a un hombre, atravesando la frágil cortina de arbustos y entrar en el agujero. Observaba, por entre las ramas, volar una luciérnaga. No sentía miedo pero comenzaba a impacientarse. Así llegaría atrasado a la cita. Oía conversaciones: hablaban de cortarlo a cuchilladas, querían saber quien lo había mandado. No tenía

miedo, pero no quería morir. Mucho menos ahora, cuando los barullos estaban comenzando y lo esperaba aquél pedazo de tierra para comprarla y la sociedad con Clemente.

El silencio duró cierto tiempo, mientras la noche caía rápidamente, como cansada de esperar. Él también estaba cansado de esperar. Salió del agujero, doblado hacia adelante, porque los arbustos eran bajos. Espiaba cautelosamente. Nadie había en las proximidades. ¿Habrían desistido? A lo mejor, con la llegada de la noche... Se irguió para mirar, pero no veía nada a no ser los árboles próximos; el resto era sombras. Pero le fue fácil orientarse. Enfrente suyo, el mar, atrás estaba el puerto. Debía ir hacia adelante, salir cerca de la playa, rodear las rocas, y buscar al «Rubio». Ya no estaría en el «Pega-Duro». Quería recibir su dinero bien ganado, hasta merecía un regalo por aquella persecución. A su derecha, la luz de un poste marcaba el fin de una subida y había otro en el medio. Más allá, débiles y escasas, las luces de las casas. Se echó a andar. Apenas dio dos pasos alejándose de la vegetación enmarañada cuando apareció la primera antorcha, subiendo por el camino. Un rumor de voces llegó en el viento. Estaban volviendo con antorchas encendidas, no habían desistido como él pensara. Las primeras antorchas llegaban en alto, donde estaban las casas. Paraban a la espera de los otros, conversando con los habitantes. Preguntando si él no había aparecido.

—Nosotros lo queremos vivo. Para liquidarlo.

—Vamos a llevar la cabeza a Itabuna.

Para liquidarlo... Sabía lo que eso significaba. Si tuviese que morir sería matando a uno o dos, eso es lo que iba a suceder. Tomó nuevamente el revólver; ese finado debía haber sido importante de veras. Si salía con vida iba a pedir más dinero. De súbito la luz de una linterna eléctrica cortó la oscuridad, y dio en el rostro del negro. Uno gritó: —¡Ahí!

Se produjo un movimiento de corrida entre los hombres. Descendió rápidamente, entró por el bosque. Al salir del agujero había quebrado ramas de arbustos, ya no le servía, entonces, de escondrijo. Los perseguidores se aproximaban. El negro se lanzó hacia adelante, como un animal acorralado, rompiendo espinos, desgarrándose la carne de las espaldas, siempre curvado. El descenso era en rampa, y el bosque era cada vez más cerrado, con arbustos retorciéndose; los pies tropezaban contra las piedras. El barullo indicaba que eran muchos hombres. Esta vez no se habían dividido, sino que marchaban juntos. Estaban cerca. Cada vez más cerca. El negro rompía con dificultad la vegetación cada vez más espesa, dos veces cayó, estaba ahora muy herido en el cuerpo y el rostro le sangraba. Oyó golpes de machete rompiendo la espesura, y una voz de mando:

—No puede escapar. Al frente está el precipicio. Vamos a hacer un cerco —y dividía los hombres.

La rampa se hacía cada vez más acentuada. Fagundes caminaba gateando. Ahora tenía miedo. No podía escapar. Y allí era difícil tirar, matar a dos o tres como él quería, para que también lo matasen sin sufrimientos, liquidado con una bala en el cuerpo. Muerte como para un hombre como él. Una voz le avisó por entre los golpes de machete.

—¡Prepárate, asesino, te vamos a picar a cuchillo! Quería morir de un balazo, rápidamente, sin sufrir. Si lo agarraban vivo, irían a liquidarlo... Se estremecía, arrastrándose con dificultad por el suelo. No tenía miedo de morir. El hombre nace para morir cuando su día llega. Pero, si lo agarraban vivo, iban a torturarlo, a matarlo de a poco, exigiendo el nombre del mandante. Una vez, en el «sertão», él y algunos otros habían matado así a un trabajador de la plantación, queriendo saber donde estaba escondido un tipo. Lo habían picado a cuchilladas, con el puñal bien afilado. Le cortaron las orejas, le arrancaron los ojos al desgraciado. No quería morir así. Todo lo que ahora deseaba era un claro por donde los pudiera esperar, con el arma en la mano. Para matar y morir. Para no ser liquidado, como aquél infeliz, en el «sertão».

Y se encontró ante el precipicio. No cayó, porque había un árbol bien en la orilla, al que se aseguró. Miró para abajo, pero era imposible ver algo. Se ladeó para la izquierda, y descubrió una rampa casi al pique, más adelante. La vegetación se hacía más rala, algunos árboles crecían. El golpe de los machetes se distanciaba. Los perseguidores entraban ahora en la espesura que prologaba el precipicio. Se adelantó hacia la rampa, comenzó a descender por ella, avanzando hacia adelante, en un esfuerzo desesperado. No sentía los espinos rasgándole la piel, sentía, en cambio, la punta de muchos puñales en el pecho, en los ojos, en las orejas. La rampa terminó a unos dos metros del suelo firme. Se agarró a unos gajos y se dejó caer. Todavía alcanzó a oír el ruido de los golpes de machete. Cayó sentado sobre un matorral alto, casi sin hacer ruido. Se golpeó en el brazo al agarrar el revólver. Se puso de pie. Ante él se extendía el muro de una huerta, bajo. Saltó. Un gato se asustó al verlo, y huyó hacia el cerro. Él esperó, recostado a la sombra de la pared. En los fondos de la casa había luces. Levantó el revólver y atravesó la huerta. Vio una cocina iluminada. Y a Gabriela lavando unos platos. Sonrió, ¡no había otra igual, ni más bonita, en todo el mundo!

De como la señora de Saad se mezcló en política, rompiendo la tradicional neutralidad de su marido, y de los atrevidos y peligrosos pasos de esa señora de la alta sociedad en su noche de militante

El negro Fagundes rio, el rostro hinchado por los espinos venenosos, la camisa sucia de sangre, los pantalones rotos:

—Ellos van a pasarse la noche cazando al negro. Y el negro está aquí, bien guardadito, con Gabriela, dándole a la lengua.

Gabriela también rio, y sirvió más aguardiente: —Y entonces, ¿qué hay que hacer?

—Hay un mozo, le llaman el «Rubio». ¿Lo conoces?

—¿El «Rubio»? Lo oí nombrar. Hace tiempo, en el bar.

—Lo buscas. Le das una cita para que se encuentre conmigo.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Él estaba en el «Pega-Duro», un lugar bueno para bailar. En la calle del Sapo. Pero no debe estar más. Era a las ocho. ¿Qué hora es?

Fue a ver en el reloj de la sala, porque estaban conversando en la cocina:

—Las nueve pasadas. ¿Y si no está?

—¿Si no está? —se rascó la cabeza motuda—. El «coronel» está en la plantación, la mujer está enferma de la cabeza, no vale la pena.

—¿Qué «coronel»?

—Don Melk. ¿Conoces al «coronel» Amancio? ¿Uno que es ciego de un ojo?

—¡Sí que lo conozco! Va mucho al bar.

—Ése también sirve. Si no encuentras al tal «Rubio», buscas al «coronel» Amancio, que ése va a saber lo que hay que hacer.

La suerte grande era que la sirvientita no dormía en la casa. Volvía a su casa después de la cena. Gabriela llevó al negro Fagundes al cuarto de los fondos, en el que durmiera tantos meses. Él pidió:

—¿Me das un trago más?

Le entregó la botella de aguardiente: —Pero no bebas de más.

—Andate sin susto. Un trago más, apenas, para terminar de olvidar. Morir a bala, no me opongo. La gente muere peleando, o riendo contenta. Lo que no quiero es morir liquidado a cuchillo. Ésa es una muerte triste, miserable. Vi morir así a un hombre. Cosa fea de ver...

Gabriela quiso saber:

—¿Por qué le tiraste el tiro? ¿Qué necesidad tenías? ¿Qué mal te había hecho?

—A mi no me hizo nada. Fue al «Coronel». El «Rubio» me mandó, ¿qué podía

hacer? Cada uno tiene su oficio, ése es el mío. También porque Clemente y yo queremos comprar un pedazo de terreno, ya está apalabrado.

—Pero el hombre escapó. Vas a ver, ni siquiera vas a ganar nada.

—Cómo escapó, no sé. No era el día en que él tenía que morir...

Le recomendó no hacer ruido, no encender la luz, no salir del cuartito de los fondos.

En el cerro continuaba la cacería. El gato, pasando veloz por entre la espesura, había engañado a los hombres. Revolvían los bosques, palmo a palmo. Gabriela se calzó unos viejos zapatos amarillos. El reloj marcaba más de las nueve y media. Era una hora en que ninguna mujer casada salía sola por las calles de Ilhéus. Sólo las prostitutas. Ni siquiera pensó en eso. Tampoco pensó en la reacción de Nacib si llegaba a enterarse, en los comentarios de los que la vieran pasar. El negro Fagundes, había sido buena con ella, durante las caminatas de los «retirantes». Cargaba al tío en sus espaldas, poco antes de que él muriera. Cuando Clemente la golpeó con rabia, él había surgido para defenderla. No iba a dejarlo sin ayuda, con riesgo de caer en las manos de aquellos hombres. Matar era una cosa mala, no le gustaba nada, ¡no!, pero el negro Fagundes no sabía hacer otra cosa. No había aprendido otra cosa sino matar. Salió, trancó la puerta de calle, y se llevó la llave. En la calle del Sapo no había estado nunca, quedaba por los lados del ferrocarril. Descendió hacia la playa. Vio el bar, muy animado, con mucha gente de pie. Nacib pasaba, se paraba en algunas mesas. En la plaza Rui Barbosa cortó camino en dirección hacia la plaza Séabra. Había gente en la calle, algunos la miraban con curiosidad, otros la saludaban. Conocidos de Nacib, clientes del bar casi todos. Pero estaban tan entusiasmados con lo acontecido esa tarde, que ni le dieron importancia. Alcanzó las vías del ferrocarril, llegando ya a las casas pobres de las callejas cortadas. Mujeres de la vida, de la última clase, pasaban al lado de ella, sorprendidas. Una la tomó del brazo:

—Eres nueva por aquí, nunca te vi... ¿De dónde viniste?

—Del «sertão» —respondió automáticamente—. ¿Dónde queda la calle del Sapo?

—Más adelante. ¿Vas para allá? ¿A casa de la Mé?

—No. Voy al «Pega-Duro».

—¿Vas ahí? ¡Eres valiente! ¡Yo ahí sí que no voy! Y hoy menos que nunca, está en un desorden de los mil diablos. Doblando a la derecha vas a llegar. Dobló a la derecha en la esquina.

Un negro la agarró:

—¿Dónde va, belleza? —le miró la cara, la encontró bonita y le pellizcó la mejilla con sus dedos fuertes—. ¿Dónde vives?

—Lejos de aquí.

—¡No importa! Vamos, linda, vamos a hacer un nene...

—Ahora no puedo. Estoy apurada.

—¿Andas con miedo de que te engañe? Mira aquí... —metía la mano en el bolsillo, y sacaba algunos billetes chicos.

—No estoy con miedo, no. Estoy apurada.

—Con más apuro ando yo. Para esto salí...

—¡Pero yo para otra cosa! Dejame ir ahora. Vuelvo más tarde.

—¿Vuelves de veras?

—Te juro que vuelvo.

—Te voy a esperar.

—Aquí mismo puedes esperarme.

Salió apurando el paso. Ya cerca del «Pega-Duro» —de donde salía una música estruendosa de pandeiros y guitarras— un borracho se le echó encima, queriendo abrazarla. Lo empujó de un codazo, él perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a un poste. Por la puerta del cafetín, en la calleja poco iluminada, salía un rumor de conversaciones, de carcajadas y de gritos. Ella entró. Una voz la llamó, al verla:

—¡Ven para acá, morocha, vamos a echar un trago! Un viejo tocaba la guitarra, un muchachito golpeaba el pandeiro. Había algunas mujeres envejecidas, demasiado pintadas, algunas ya borrachas. Otras eran mulatas de pocos años. Una de ellas, de cabellos lisos y cara delgada, no debía tener todavía quince años. Un hombre insistía para que Gabriela fuera a sentarse a su lado. Las mujeres, las viejas y las muchachitas, la miraban con desconfianza. ¿De dónde venía esa rival, bonita y excitante? Otro hombre también la llamaba. El dueño del bar, un mulato cojo, caminaba hacia donde estaba ella, haciendo un ruido seco con su pata de palo contra el piso. Un tipo vestido de marinero, de un «Bahiano» tal vez, le pasó el brazo alrededor de la cintura, y le murmuró:

—¿Estás libre, mi amor? Voy contigo...

—No estoy libre, no...

Le sonrió, era un mozo simpático, con olor a mar. Él dijo, «qué lástima», la apretó un poco más contra su pecho y fue para adentro a buscar otra. El cojo se paraba delante de Gabriela:

—¿Dónde vi antes tu cara? Ya la vi, estoy seguro. Pero ¿dónde?

Se quedó pensando, ella preguntaba:

—¿Está aquí un mozo al que llaman el «Rubio»? Quiero hablar con él. Asunto de urgencia.

Una de las mujeres había oído la pregunta, y le gritó a otra:

—¡Edith! ¡Esta doña está queriendo al «Rubio»! Risas en la sala, la chiquilla de unos quince años saltó:

—¿Quién es esa vaca que anda queriendo a mi «Rubio»? —caminaba hacia la puerta, con las manos en las caderas, desafiante.

—Hoy no lo vas a encontrar —rió un hombre.

La chiquilina, con el vestido arriba de la rodilla, se paró delante de Gabriela:

—¿Qué es lo que quieres, pedazo de bosta, con mi hombre?

—Sólo quiero hablarle...

—Hablarle... —escupió—. Te conozco, culo sucio. Andas metida con él. Todo bicho que es mujer anda metido con él. Son todas unas vacas.

No tenía más de quince años. Gabriela se acordó del tío, sin saber porqué. Otra mujer, de más edad, intervino:

—Larga ese tipo, Edith. Ni caso que te hace...

—Dejame. Le voy a enseñar a esta vaca...

Levantó sus manos chicas, de niña, hasta la cara de Gabriela que, atenta, le sujetó las delgadas muñecas, obligándole a bajar los brazos. «¡Vaca!», gritó Edith y se tiró hacia adelante. La sala en pleno se levantó para ver; de nada gustaban tanto como de ver una pelea de mujeres. Pero el cojo se metió, separándolas. Empujó a la muchachita a un lado.

—¡Salí de aquí si no quieres que te parta las narices! —tomó a Gabriela de un brazo y la llevó atrás de la puerta—. Decime una cosa: ¿no eres la mujer de don Nacib, el del bar? Asintió con la cabeza.

—¿Y qué diablos estás haciendo aquí? ¿Te encaprichaste con el «Rubio»?

—Ni lo conozco, siquiera. Pero necesito hablar con él. Cosa de mucha urgencia.

El cojo pensaba, mirándola en los ojos: —¿Algún recado? ¿Del asunto de hoy?

—Sí, señor.

—Venga conmigo, pero no hable nada, deje que hable...

—Sí, mozo. Es cosa de apuro, de mucho apuro.

Doblaron una calle, otra más. Llegaron a una cortada sin luz. El cojo iba un poco adelante, se paró a esperarla ante una casa. Golpeó en la puerta entreabierta, como para avisar, y entró:

—Venga conmigo...

Surgió una chiquilina en combinación, despeinada: —¿Quién es ésa, «Pata de Palo»? ¿Comida nueva?

—¿Dónde anda Teodora?

—Está en el cuarto, no quiere ver a nadie.

—Avísale que necesito hablarle.

La muchachita midió a Gabriela de arriba a abajo. Salió diciendo:

—Ya anduvieron por aquí.

—¿La policía?

—Unos tipos. Buscando ya sabes a quién.

Unos minutos después de cuchichear en la puerta entreabierta de una habitación, volvió con otra mujer, de cabellos pintados.

—¿Qué es lo que andas queriendo? —preguntó la oxigenada.

La primera continuaba mirando a Gabriela, que escuchaba de pie. Pero el cojo se acercó a Teodora, la arrimó contra la pared, y le secreteó algo al oído, los dos miraban a Gabriela.

—No sé dónde está. Pasó por aquí, me pidió plata y se fue corriendo. Salió hace una hora.

Poco después, ¡ni te imaginas!, entraron aquí unos tipos, buscándolo. Si lo encuentran lo matan...

—¿Para adónde fue, no sabes?

—¡Te juro que no!

Volvieron a la calle.

El cojo le dijo en la puerta: —No estando aquí, no hay forma de saber donde está. Lo más seguro es que esté por el bosque. Que haya escapado en canoa o a caballo.

—¿No hay forma de saberlo? Es de urgencia.

—¡No veo cómo!

—¿Y el «coronel» Amancio, dónde vive?

—¿Amancio Leal?

—El mismo.

—Cerca del Grupo Escolar. ¿Sabe dónde es?

—Hacia el final de la playa. Sé, sí. Muchas gracias. —Voy a acompañarla un poco.

—No hace falta...

—Sí que hace, para salir de estas cortadas. Si no, es posible que ni pueda llegar hasta allá...

La acompañó hasta la plaza Seabra. Algunos curiosos miraban desde la esquina del Club Progreso la casa del «coronel» Ramiro, todavía iluminada. El cojo le había hecho muchas preguntas, respondiéndolas distraídamente, sin decir nada. Se internó por las calles desiertas, llegó al edificio escolar y encontró la casa de Amancio, una de portón azul como le informara el dueño del «Pega-Duro». Todo estaba en silencio, las luces apagadas. Una luna tardía subía por el cielo, iluminaba la ancha playa, los cocoteros del camino al Malhado. Golpeó. Sin resultado. Volvió a golpear. Algunos perros ladraron en la vecindad, otros, más lejos, respondieron. Gabriela gritó: «¡Eh, los de la casa!». Golpeó otra vez con tanta fuerza que le dolieron las manos. Por fin hubo movimiento en los fondos de la casa. Encendieron una luz, preguntaron:

—¿Quién es?

—Gente de paz.

Apareció un mulato, desnudo de la cintura para arriba, con un arma en la mano.

—¿El «Coronel» Amancio, está?

—¿Qué quiere con él? —la miraba con desconfianza.

—Es cosa importante y de urgencia.

—No está.

—¿Y dónde está?

—¿Para qué quiere verlo? ¿Qué quiere con él?

—Ya dije...

—No dijo nada. Que es algo importante y de urgencia... ¿Sólo eso?

¿Qué podía hacer? Debía arriesgarse: Tengo un recado para él.

—¿De quién?

—De Fagundes...

El hombre retrocedió un paso, se adelantó después, mirándola:

—¿Está diciendo la verdad? La pura verdad... Míreme bien: si no llega a ser verdad...

—Apúrese, por favor...

—Espere ahí.

Entró en la casa, demoró unos minutos y volvió, se había puesto una camisa y había apagado la luz.

—Venga conmigo —metió el revólver entre el pantalón y la barriga, pero la culata asomaba. Volvieron a caminar. Éste no le hizo sino una pregunta:

—¿Consiguió escapar?

Respondió con la cabeza. Entraron en la calle del «coronel» Ramiro. Pararon frente a esa casa, tan conocida. En la esquina, cerca de la Intendencia, dos soldados de policía miraron y dieron algunos pasos en dirección a ellos. El hombre del revólver golpeaba la puerta. Por las ventanas abiertas salía un rumor apagado de voces. Jerusa apareció en la ventana, miró a Gabriela con tanto espanto que ella sonrió. Tanta gente se había asustado al verla aquella noche...

Más que todos, el negro Fagundes.

—¿Puede llamar al «coronel» Amancio? Dígale que Altamirano lo busca.

El «coronel» apareció en la puerta, apuradísimo:

—¿Qué pasa?

Los soldados estaban llegando a la puerta de la casa. El hombre los miró, quedó callado, uno de los soldados preguntó, viendo a Amancio:

—¿Alguna novedad, «coronel»?

—Nada, gracias. Vayan otra vez donde estaban. Después que se fueron, el hombre del revólver contó: —Está, aquí... Quiere hablar con usted. De parte de Fagundes.

Solamente entonces Amancio reparó en Gabriela. En seguida la reconoció:

—¡Pero si es Gabriela! ¿Quiere hablarme? Entonces entre, haga el favor.

El hombre también entró. Desde el corredor, Gabriela vio el comedor, y vio a Tónico y al doctor Alfredo, fumando; estaban otras personas. Amancio esperaba, ella señaló al hombre:

—El recado es sólo para usted, señor.

—Vete adentro, Altamirano. Hable, m'hija —su voz sonaba suave.

—Fagundes está en casa. Me mandó que le avisara. Quiere saber lo que debe hacer. Y tiene que ser en seguida, porque dentro de poco don Nacib está de vuelta.

—¿En su casa? ¿Y cómo fue a parar allá?

—Escapando del cerro. La huerta de casa comienza en el cerro.

—Es verdad, no recordaba ¿y por qué usted lo escondió?

—Conozco a Fagundes de hace tiempo. Del «sertão»...

Amancio sonrió. Tónico apareció en el corredor, curioso.

—Muchas gracias, nunca olvidaré esto, venga conmigo.

Tónico retrocedió hacia la sala. Ella entró con Amancio, y vio a toda la familia reunida: el viejo Ramiro, sentado en un sillón hamaca, pálido cómo si fuera un difunto pero con los ojos brillantes, iguales a los de un joven.

En la mesa todavía quedaban platos servidos, tazas de café y botellas de cerveza. En las sillas, en un rincón de la sala, el doctor Alfredo, la mujer y Jerusa. Tónico estaba de pie, beatificado, mirándola de soslayo. El doctor Demóstenes, el doctor Mauricio y otros tres plantadores, sentados. La cocina y el patio del fondo, llenos de hombres armados. Eran más de quince hombres. Las sirvientas servían la comida en platos de latón.

Amancio dijo:

—Todos ustedes la conocen, ¿no es así? Es Ga..., doña Gabriela, la señora de Nacib, el dueño del bar. Vino aquí a hacernos un gran favor —y como si él fuera el dueño de la casa, se dirigió a ella—. Siéntese, por favor.

Recién entonces todos le saludaron. Tónico se apresuró a acercarle una silla. Amancio se dirigió al viejo «coronel», hablándole en voz baja. El rostro de Ramiro se animó, le sonrió a Gabriela:

—Bravo, muchacha. De hoy en adelante, soy su deudor. Si precisa de mí alguna vez, no tiene más que venir aquí. De mí o de los míos... —señalaba a la familia en el rincón de la sala, tres sentados y uno de pie, como en un retrato, solamente faltaban doña Olga y la nieta más chica—. Es bueno que se enteren... —se dirigió a los hijos, la nuera y la nieta—:

Si doña Gabriela algún día recurre a nosotros, ella manda, no pide. Venga, compadre. Se levantó y salió con Amancio hacia la otra sala. El hombre del revólver pasó por delante de ellos, saludó y se fue. Gabriela se quedó sin saber qué hacer, qué decir, dónde poner las manos. Jerusa entonces le sonrió, y habló:

—Una vez conversé con usted, ¿recuerda? En ocasión de la fiesta de cumpleaños del abuelo... —comenzó Jerusa, pero luego se calló; ¿no estaría siendo poco delicada, al recordarle el tiempo en que ella todavía era la cocinera del árabe?

—Me acuerdo, sí. ¡Cociné un montón de dulces! ¿Estaban buenos?

Tónico se animó:

—Gabriela es una vieja amiga nuestra. Ahijada de Olga y mía. Fuimos padrinos de su casamiento.

La esposa del doctor Alfredo se dignó sonreír. Jerusa le preguntó:

—¿No quiere servirse un dulce? ¿Tomar una copita de licor?

—Gracias. No se moleste.

Aceptó la tacita de café. La voz de Amancio venía de la sala, llamando al doctor Alfredo. El diputado no demoró en volver, invitándola:

—¿Quiere venir conmigo, por favor?

Cuando Gabriela entró en la otra sala, Ramiro le dijo: —M'hija, fue un gran favor el que nos hizo. Pero todavía necesito otro mayor. ¿Puede ser?

—Si está en mis manos...

—Es necesario sacar al negro de su casa. Y eso sólo puede ser por la madrugada. Es necesario que él permanezca escondido, sin que nadie se entere. Discúlpeme, pero sin que Nacib, siquiera, llegue a saberlo.

—Él va a llegar después de cerrar el bar.

—No le diga nada. Deje que él se duerma. Allá por las tres de la madrugada, a las tres en punto, levántese y asómese a la ventana. Mire si hay hombres en la calle. El compadre Amancio estará con ellos. Si así fuera, abra la puerta, y deje salir a Fagundes, que nosotros cuidaremos de él.

—¿No van a prenderlo? ¿No le harán ningún mal?

—Puede quedar tranquila. Vamos a evitar que lo maten.

—Entonces, sí. Y ahora me voy en seguida, con su permiso. Ya es muy tarde.

—No se va a ir sola. Voy a mandarla acompañar, Alfredo, lleve a doña Gabriela a su casa.

Gabriela sonrió:

—No sé, no, señor... De noche, sola en la calle con don Alfredo... Tengo que pasar por la playa para no ser vista por la gente del bar... Si alguien me ve ¿qué es lo que va a pensar? ¿A pensar y a decir? Mañana don Nacib va a saberlo todo...

—Tiene razón, m'hija. Disculpe, no había pensado en eso —se volvió hacia el hijo—. Decile a tu mujer y a Jerusa que se apronten. Los tres van a llevarla. Rápido.

Alfredo abrió la boca, iba a hablar, Ramiro repitió: —¡Rápido!

Fue así como aquella noche, ella llegó a su casa acompañada por un diputado, su esposa y su hija. La mujer de Alfredo iba en silencio, mordiéndose por dentro. Pero Jerusa le había dado el brazo y hablaba de mil cosas. Por suerte la casa de doña Arminda estaba cerrada. Día de sesión era ése, y la partera todavía no había llegado. Pocos eran los curiosos que subían por esa calle; la cacería proseguía. Nacib vino poco después de medianoche y se quedó un rato en la ventana, para ver pasar a los hombres que regresaban del cerro. Solamente las subidas quedaron custodiadas. No faltó quien dijera que el negro había caído al precipicio. Finalmente se fueron a

acostar. Hacía mucho tiempo que Gabriela no estaba tan cariñosa y ardiente, entregándose tanto, y tanto tomando de él, como aquella noche. Últimamente, él ya se quejaba por hallarla arisca, esquiva, como si estuviera siempre cansada. Nunca se negaba cuando él la quería. Sin embargo, ya no lo incitaba como antes, haciéndole cosquillas, exigiendo su cariño y su cuerpo, cuando él llegaba fatigado, y se arrojaba sobre la cama, muerto de sueño. Reía solamente, dejándolo dormir, la pierna de Nacib sobre su nalga. Cuando él la buscaba, se entregaba risueña, lo llamaba «mozo lindo», gemía en sus brazos, pero ¿dónde había quedado aquella furia de otrora? Como si ahora fuera un agradable juguete lo que antes era locura de amor, un nacer y morir, un misterio develado cada noche y renovado siempre, todas las veces siendo igual a la primera, en un descubrimiento espantado, pareciendo ser la última, con una desesperación por el final. Él se había quejado a Tónico, su antiguo confidente. El notario le explicó que así pasaba en todos los casamientos: el amor se calmaba, y el dulce amor de esposa, discreto y espaciado, substituía a la violencia de la amante, exigente y lasciva. Buena explicación, tal vez verdadera, pero que no consolaba. Andaba pensando en hablar con Gabriela.

Aquella noche, sin embargo, ella había vuelto a ser la misma de antes. Su calor lo quemaba como si fuera una hoguera ardiente, una llama imposible de apagar, un fuego sin ceniza, un incendio de suspiros y de ayes. La piel de Gabriela quemaba su piel. Aquella mujer suya, él no la poseía solamente en la cama. Estaba para siempre clavada en su pecho, cosida en su cuerpo, en la planta de los pies, en el cuero cabelludo, en la punta de los dedos. Pensaba que sería una dulce muerte morir en sus brazos. Se adormeció feliz, con la pierna sobre la nalga cansada de Gabriela.

A las tres de la madrugada, Gabriela miró por la ventana entreabierta. Amancio fumaba junto a un poste. Había hombres, más abajo. Fue a buscar a Fagundes. Al pasar frente al cuarto de dormir, vio a Nacib agitado en el sueño, sintiendo la falta de su cuerpo. Entró, puso una almohada bajo la pierna inquieta. Nacib sonreía, ¡era un mozo tan bueno! —¡Dios te pagará algún día!

—Fagundes se despedía.

—Comprá la plantación con Clemente.

Amancio apuraba:

—¡Vamos! ¡Rápido! —y a Gabriela—: Gracias, otra vez.

Fagundes se dio vuelta, más adelante, y la vio parada en la puerta. ¡No había en el mundo otra igual!

¿Quién podía compararse con ella?

De los sabores y sinsabores del matrimonio

Aquella noche de los elementos desencadenados en la cama, noche de inolvidable recuerdo —Gabriela consumiéndose como un fuego, Nacib agonizando y mu riendo en esa terrible y dulce llamarada—, no tuvo melancólicas consecuencias.

Nacib pensó, feliz, que sería el retorno a las noches de antes, luego de una ancha laguna de serenas aguas. Paréntesis debido a tontos y pequeños enfados. Tónico, consultado en confundidas confidencias, atribuía la mudanza al matrimonio, a diferencias sutiles y complicadas entre el amor de esposa y el amor de amante. Podía ser, pero Nacib dudaba. ¿Por qué, entonces, no había sucedido eso en seguida del casamiento? Por algún tiempo continuaron las enloquecidas noches de antes, despertando él muy tarde al día siguiente, llegando al bar fuera de horario. La mudanza se tornó visible cuando comenzaron los desentendimientos. Gabriela debía haberse enojado más de lo que demostraba en apariencia. Tal vez él le exigió en demasía, sin tomar en cuenta la manera de ser de su mujer, queriendo transformarla de un día para otro en una señora de la alta sociedad de Ilhéus, arrancándole casi a la fuerza los hábitos arraigados. Sin paciencia para educarla de a poco. Ella quería ir al circo, él la arrastraba a la conferencia, aburridora y soporífera. No la dejaba reír por mucho, o por nada, como era su costumbre. La reprendía a cada momento, por niñerías, en el deseo de hacerla igual a las señoras de los médicos y de los abogados, de los estancieros y comerciantes. «No hables gritando, que es feo», le cuchicheaba en el cine. «Sentate derecha, no estires las piernas, cierra las rodillas», «con esos zapatos, no. Ponte los nuevos, ¿para qué te los compré?». «Ponte un vestido decente». «Hoy vamos a visitar a mi tía. Mira cómo te portas». «No podemos dejar de ir a la sesión del Gremio Rui Barbosa». (Poetas declamando, leyendo papeles que ella no entendía, un jarabe fenomenal), «Hoy el doctor Mauricio va a hablar en la Asociación Comercial, tenemos que ir». (¡Oír la Biblia enterita, qué aburrimiento!), «Vamos a visitar a doña Olga, no sé si es aburrida, pero es nuestra madrina». «¿Por qué no te pones las alhajas, para qué las compré?».

Terminó por aburrirla, ciertamente, si bien ella no lo demostraba en el rostro ni en el trato diario. Discutía, eso sí, sin alterar la voz, queriendo saber el por qué de cada exigencia, un poco triste tal vez, pidiendo a veces que no la obligase. Pero terminando siempre por hacerle el gusto, por ceder a sus órdenes y cumplir sus determinaciones. Después, no volvía a hablar más de eso. Solamente había cambiado en la cama, como si aquellas discusiones —que ni llegaban a ser peleas— y exigencias refrenaran su ardor, contuvieran su deseo, enfriasen su pecho. Si él la buscaba, se le ofrecía como una corola en flor. Pero ya no venía sedienta, hambrienta, como antes. Solamente aquella noche, cuando él regresó tarde y fatigado, el día que tiraron sobre el «coronel» Aristóteles, ella había estado como antes, tal vez hasta más

apasionada. Después, volvió a ser agua mansa, a sonreír tranquilamente, a entregarse gustosa y pasiva, si él tomaba la iniciativa. A propósito pasó tres días seguidos sin buscarla. Ella despertaba al sentirlo llegar, besaba su rostro, metía la nalga bajo su pierna, y volvía a dormirse, sonriendo. Al cuarto día él no pudo más, y le gritó:

—A ti no te importa nada...

—¿Qué es ~lo que no me importa, don Nacib?

—Yo. Llego y es como si no llegase nadie.

—¿Necesita comida? ¿Refresco de «manga»?

—¡Qué refresco ni qué ocho cuartos! Ya se acabaron las caricias; antes tú misma me buscabas.

—Don Nacib llega cansado, no sé si me quiere, no sé qué hacer. Se da vuelta para dormir, no quiero abusar...

Torcía la punta de la sábana, miraba para abajo, triste como no la había visto nunca. Nacib se enternecía. ¿Entonces, era para no molestarlo, para no aumentar su cansancio, para dejarlo reposar de las fatigas del día? Su Bié...

—¿Qué piensas de mí? Puedo llegar cansado pero para ti estoy siempre dispuesto... no soy un viejo ni nada...

—Cuando don Nacib mueve un dedo, ¿no estoy en seguida a su lado? Cuando veo que me quiere...

—Pero también hay otra cosa. Antes eras una llamarada de fuego, un viento furioso.

Ahora un soplo, una brisa apenas.

—¿Ya no le gusto más? ¿Está cansado de su Bié?

—Cada vez me gustas más, Bié. Sin ti no puedo vivir. Pero parece que estás aburrida.

Perdiste aquella alucinación...

Ella observaba las sábanas, no lo miraba.

—No es por nada, no. Gusto mucho de don Nacib, demasiado. Puede creerlo. Pero ando cansada, por eso es que...

—¿Y quién es la culpable? Te puse sirvienta para ayudarte y la despediste. Te puse otra para cocinar, para que sólo tuvieras que ocuparte del condimento. ¿Y quién es la que cocina? ¿Quién quiere hacerlo todo como si todavía fuera una criada?

—Don Nacib es muy bueno, es más que un marido.

—A veces no lo soy. Me enoja contigo. Pensé que fuese por eso que andabas así. Pero es por tu bien que lo hago. Quiero verte haciendo buena figura.

—Me gusta hacer su gusto, don Nacib. Pero hay cosas que no sé hacer, de verdad. Por más que yo quiera no consigo que me gusten. Tenga paciencia con su Bié. Tiene mucho que perdonarme...

Él la tomó en brazos. Ella reclinó la cabeza en su pecho, estaba llorando.

—¿Qué te hice, Bié?, ¿por qué estás llorando? No hablo más de eso, no fue por querer...

Los ojos de ella estaban fijos en las sábanas, se enjugaba las lágrimas con el revés de la mano, nuevamente recostaba la cabeza en su pecho:

—No hizo nada, no... Yo soy una nada, y don Nacib es tan bueno...

Y nuevamente pasó a esperarlo con el ardor de antes, a darle noches insomnes... Al principio él había quedado entusiasmado. Gabriela era mejor de lo que él pensaba. Bastaba hablar y ella ahora le quitaba el sueño, el cansancio. En cambio el cansancio de ella iba en aumento, era evidente. Una noche le dijo: —Bié, es necesario que esto se acabe. Y se va a acabar.

—¿Qué cosa, don Nacib?

—Te estás matando con tanto trabajo.

—No estoy matándome, no, don Nacib...

—Ya ni soportas, de noche... —sonrió—. ¿No es así?

—Don Nacib es hombre de fuerza...

—Voy a contarte: ya contraté el piso de arriba del bar. Para restaurante. Ahora hay que esperar que salgan los inquilinos, para limpiar y pintar, y arreglarlo todo bien. Pienso que a principio de año se podrá abrir. Don Mundinho quiere asociarse. Mandar buscar cosas a Río, heladera, fogón no sé cómo, platos y vasos que no se rompen. Voy a aceptar.

Ella palmoteó, alegre.

—Voy a mandar buscar dos cocineras, de donde sea. Tal vez de Sergipe. Te quedarás solamente dirigiendo. Eligiendo los platos y explicando —los condimentos. Pero cocinarás solamente para mí. Y mañana vas a contratar mucama, te quedarás solamente con la cocina y eso hasta que la mujer aprenda. Mañana quiero ver ya a la mucama en esta casa.

—¿Para qué don Nacib? No es necesario. Estoy cansada porque anduve ayudándola a doña Arminda en la casa.

—¿Todavía eso?

—Ella está enferma, ya sabe. No iba a dejar solita a la pobre. Pero ya está mejor; no preciso mucama, no. No me gusta.

No discutió ni se impuso. Estaba con la cabeza puesta en el restaurante. Había conseguido alquilar el piso superior de la casa en que estaba el bar Vesubio. Había sido un cine, antes que Diógenes construyera el cine teatro Ilhéus. Después lo dividieron en salas, en las que vivían empleados de comercio. En las dos salas más grandes estaba instalado el juego «do bicho»(lotería clandestina). El propietario del edificio, el árabe Maluf prefería alquilarlo a un inquilino solo. Mejor, todavía si éste era Nacib que ya ocupaba el otro piso. Dio un mes de plazo a los otros, para que se mudaran. Nacib mantuvo una larga conversación con Mundinho Falcão. El

exportador era partidario de la idea, y por lo tanto estudiaron la sociedad. Sacó una revista del cajón, le mostró heladeras y frigoríficos, novedades de los restaurantes extranjeros, que espantaban. Claro que todo eso era demasiado para Ilhéus. Pero algo iban a hacer, una cosa buena, mejor que cualquiera de Bahía. En esos días de tantos proyectos, se olvidaba hasta del cansancio de Gabriela a la hora del amor.

Tonico, infalible después de la siesta, poco antes de las dos de la tarde, para beber el «amargo» que ayudaba su digestión (ya no mandaba ponerlo en la cuenta, ahora bebía sin pagar, era padrino de casamiento del dueño del bar...), le preguntaba en voz baja: —¿Cómo andan las cosas por casa?

—Mejor. Sólo que Gabriela anda muy cansada. No quiere saber nada de tener sirvienta; quiere hacerlo todo ella sola. Y todavía ayuda a la vecina. De noche está reventada, muriendo de sueño.

—Usted no debe forzar la naturaleza de ella. Si le pone alguien que la ayude, sin que ella lo quiera, le va a dar un disgusto. Por otro lado, árabe, usted parece no entender que la esposa no es una mujer de la vida. El amor de la esposa es recatado. ¿No es usted mismo que quiere a mi ahijada como una señora respetable? Comience en la cama, mi amigo. Para desparramarse le sobran mujeres en Ilhéus... Hasta demasiadas. Y algunas son cosa del otro mundo. Usted se volvió cura, no aparece por el cabaret...

—No quiero otra mujer...

—Y después se queja de que la suya está cansada...

—Ella necesita una sirvienta. No queda bien que mi mujer trabaje arreglando la casa.

Tonico le ponía la mano en el hombro; últimamente demoraba menos, ni esperaba a Juan Fulgencio: —Deje estar; un día de estos voy a darle unos consejos a mi ahijada. Aconsejarle que ponga sirvienta. Deje estar.

—Hágalo. Ella le escucha mucho. A usted y a doña Olga.

—¿Sabe quién gusta de Gabriela? Jerusa, mi sobrina. Siempre habla de ella. Dice que Gabriela es la mujer más bonita de Ilhéus.

—Así es... —suspiró Nacib.

Tonico se iba, y Nacib bromeó: Usted ahora se va en seguida... Eso quiere decir algo...

Mujer nueva, ¿no es cierto? Y guardando secretos para su viejo amigo Nacib...

—Uno de estos días le cuento...

Salió para el lado del puerto. Nacib pensaba en el restaurante. ¿Qué nombre le pondría? Mundinho proponía «El tenedor de plata». Pero era un nombre sin gracia; ¿qué quería decir? A él le gustaba «Restaurante del Comercio», que era un nombre más distinguido.

Suspiros de Gabriela

¿Para qué él quiso casarse? No necesitó hacerlo, no... Mucho mejor era antes. Don Tónico, influyó con el ojo puesto en ella, y doña Arminda echó leña al fuego, porque adoraba hacer casamientos. Claro que don Nacib también quería, con miedo de perderla, de que se fuera para siempre. Tonterías de don Nacib. ¿Por qué iba a irse si estaba contenta a más no poder? Tuvo miedo de que ella cambiase de cocina, su casa y sus brazos por casa propia, una calle desierta, por un estanciero. Con crédito en la tienda y en el almacén. ¡Qué va, si era cada viejo horroroso, calzado con botas, revólver en la mano y dinero en el bolsillo! Buen tiempo era aquél...

Cocinaba, lavaba, arreglaba la ropa. Iba al bar llevando la marmita. Con una rosa en la oreja, una sonrisa en los labios. Jugueteara con todos, sentía el deseo flotando en el bar. Le guiñaban el ojo, le decían piropos, le rozaban la mano, a veces el seno. Don Nacib tenía celos, ¡qué gracioso!

Don Nacib llegaba de noche. Ella lo esperaba; dormía con él y con todos los mozos guapos; bastaba con pensar, bastaba querer. Le traía regalos, cosas de la feria, chucherías de la tienda del tío, pulseras, anillos de vidrio. Hasta un pájaro le trajo, que ella soltó. Zapatos apretados, no le gustaban, no... Andaba en chinelas, vestida de pobre, con cinta en el pelo. Le gustaba todo: la huerta, de guayabas, mamón y «pitangas». Calentarse al sol con su gato matrero. Conversar con Tuísca, hacerlo bailar, y bailar para él. El diente de oro que don Nacib le mandó poner. Cantar de mañanita, trabajando en la cocina. Andar por la calle, ir al cine con doña Arminda. Ir al circo cuando llegaba alguno. ¡Buen tiempo era aquél! Cuando ella no era la señora Saad, era sólo Gabriela. Sólo Gabriela. ¿Por qué se había casado con ella? Era feo estar casada, no le gustaba nada, no... De vestidos bonitos, tenía el ropero lleno. Zapatos apretados, más de tres pares le había comprado. Hasta alhajas le daba. Le regaló un anillo que costaba mucho dinero; doña Arminda se había enterado cuánto: veinte mil cruzeiros. ¿Qué iba a hacer con ese mundo de cosas?

De cuanto le gustaba, nada podía hacer...

Jugar a la rueda en la plaza, con Rosita y Tuísca, no podía. Ir al bar, llevar la marmita, no podía. ¿Reír con don Tónico, Josué, don Ari, con Epaminondas? No podía. Andar descalza en la casa, no podía. ¿Correr por la playa, al viento los cabellos, despeinada, los pies dentro del agua? No podía. Reírse cuando tenía ganas, no importa dónde fuese, adelante de los otros, no podía. Decir lo que le venía a la boca, no podía... Todo lo que le gustaba le estaba prohibido hacer. Era la señora Saad.

No podía, no.

Qué feo era estar casada...

Jamás ofenderlo, ni herirlo. Don Nacib era bueno, mejor no podía serlo, no había

otro en el mundo como él. Gustaba de ella, la quería bien, tenía por ella una verdadera locura de amor...

Un hombre tan grande, dueño del bar, con dinero en el banco... Y loco por ella... ¡Qué gracioso! Los otros, todos los otros, no sentían amor; sólo deseaban estar con ella, dormir con ella, apretarla entre sus brazos, besar su boca, suspirar en su seno. Los otros, todos los otros, sin excepción. Viejos y jóvenes, lindos y feos, ricos y pobres. Los de ahora, los de antes, todos los otros. ¿Sin excepción? Sí, menos Clemente. Y Bebito, tal vez; pero era un niño, ¿qué sabía él de amor? Don Nacib, ¡ah!, ése sabía de amor. También ella sentía por él una cosa por dentro, diferente de la que sentía por todos los demás. Con todos los otros, sin excepción, sin ninguna excepción, ni siquiera Clemente, ni siquiera Bebito. Cuando pensaba en un mozo, para él reía, fuese Tónico, Josué, Epaminondas o Ari, y sólo pensaba tenerlo en la cama, en sus brazos, gemir, morder su boca, gozar su cuerpo. Por don Nacib sentía todo eso también, y más que eso: gustaba de él, de estar junto a él, de oírlo hablar, de cocinar comida picante para que él comiese, de sentir su pierna pesada sobre su nalga, por la noche. Gustaba de él en la cama para todo aquello que se hace en la cama en vez de dormir. Pero no sólo en la cama, ni solamente para eso. Para todo lo demás, también.

Porque, justamente, para todo lo demás, sólo de él gustaba. Para ella don Nacib era todo: marido y patrón, la familia que nunca tuviera, el padre y la madre, el hermano que muriera a poco de nacer. Don Nacib era todo, todo cuanto poseía. ¡Qué feo era estar casada!

Una estupidez haberse casado. Mejor era antes. La alianza en el dedo en nada mudó sus sentimientos por don Nacib. En cambio ahora, casada, vivían peleando; ofendiéndolo, lastimándolo todo el día. No quería ofenderlo. Pero ¿cómo evitarlo? Todo cuanto Gabriela amaba le estaba prohibido, ¡ay!, a la señora Saad. Todo cuanto la señora Saad debía hacer, ¡ay!, eran cosas que Gabriela no toleraba. Pero terminaba cediendo para no lastimar a don Nacib, tan bueno. Las otras cosas las hacía a escondidas, sin que él supiera. Para no herirlo.

Mucho mejor era antes, que podía hacer todo lo que quería, cuando él tenía celos, sí, pero eran celos de hombre soltero, que pasaban en seguida, que desaparecían en la cama. Podía hacer de todo sin miedo de que él se ofendiera. Antes, cada minuto era alegre; vivía cantando, bailando sus pies. Ahora cada alegría costaba tristeza. ¿No tenía ella que visitar a las familias de Ilhéus? Quedaba sin saber qué hacer, vestida de seda, calzada con zapatos que apretaban hasta hacer doler, sentada en silla dura. Sin abrir la boca para no decir inconvenientes. Sin reírse, como si fuera de palo; ¡eso no le gustaba nada, no! ¿Para qué le servía tanto vestido, tanto zapato, tanta alhaja, anillos, collares y aros, todo de oro, si no podía ser Gabriela? No le gustaba ser la señora Saad. Pero ya no tenía remedio, ¿para qué había aceptado? ¿Para no

ofenderlo?

Quién sabe.

¿Tal vez con miedo de perderlo un día? Hizo mal en aceptar; ahora estaba triste, haciendo lo que no le agradaba. Y lo peor de todo es que, para ser Gabriela, para poseer todavía alguna cosa suya, para vivir un poco su vida, ¡ay!, tenía que hacerlo a escondidas, ofendiendo, lastimando. Su amigo Tuísca ya no venía más a verla. Adoraba a Nacib, y tenía motivos. Raimunda estaba enferma, y Nacib le enviaba dinero para la feria. Era bueno don Nacib. Tuísca hallaba que ella debía ser la señora Saad, no más Gabriela. Por eso no venía más, porque Gabriela ofendía a Nacib, lo lastimaba. Tuísca era su amigo, pero ni siquiera él comprendía.

Nadie comprendía. Doña Arminda se quedaba pasmada; decía que eran los malos espíritus, que ella no quería «desenvolverse»...

¿Dónde se había visto tener de todo, y vivir con la cabeza en Babia? Ni siquiera Tuísca podía entender, cuanto menos doña Arminda.

Ahora mismo, ¿qué podía hacer? El fin de año estaba llegando. Con «bumba-meu-boi», con «terno de reís», pastorcitas, pesebres, ¡ah!, de eso sí que gustaba. En el campo había salido de pastorcita. «Terno» bien pobre, ni siquiera tenía linternas; pero ¡era tan lindo! Bien cerca de allí, en casa de Dora (en la última casa de la subida de la calle, donde ella iba a probarse sus vestidos, pues Dora era su costurera) comenzaban los ensayos de un «terno de reís». Con pastorcitas, linternas y todo. Dora había dicho:

—Para llevar la bandera, el estandarte de los reyes, ¡sólo doña Gabriela!

Las tres ayudantes estaban de acuerdo. Se iluminó Gabriela, aplaudió de contenta. No había tenido coraje de hablar con Nacib. Iba de noche, escondida, a ensayar. Todos los días estaba por hablarle, pero luego lo dejaba para más adelante. Dora cosía su ropa de satén con lentejuelas y mostacillas brillantes. ¡Pastora de los reyes, bailando en las calles, llevando el estandarte, cantando canciones, conduciendo el «terno» más hermoso de Ilhéus! De eso gustaba, para eso había nacido, ¡ay!, Gabriela. Pero la señora Saad no podía salir de pastora en el «terno». Ensayaba a escondidas, iba a salir de pastora de los reyes, a bailar por las calles. Iba a ofenderlo, iba a lastimarlo. ¿Qué podía hacer? ¡Ay!, ¿qué podía hacer?

De las fiestas de fin de año

Llegaba el fin de año, los meses de las fiestas de Navidad, de Año Nuevo, de los Reyes Magos, de las reuniones de graduación, de las fiestas de la Iglesia, con kermesses armadas en la plaza del bar Vesubio, con la ciudad llena de estudiantes en vacaciones, petulantes y atropelladores, venidos de los colegios y facultades de Bahía. Bailes en casas de familia, sambas en las casas pobres de los cerros, de la Isla de las Cobras. La ciudad festiva y fiestera, tragos y peleas en los cabarets y boliches de las calles del suburbio. Llenos los bares y los cabarets del centro. Paseos al Pontal, picnics en el Machado y en el morro de Pernambuco, para ver los trabajos de las dragas. Amoríos, noviazgos; los recientes doctores recibiendo ante las miradas húmedas de padres y madres, las visitas de felicitaciones. Los primeros ilheenses con anillo de graduación, hijos de plantadores. Abogados y médicos, ingenieros, agrónomos, profesoras graduadas allí mismo, en el colegio de monjas. El padre Basilio, contento de la vida, bautizando su sexto ahijado, nacido por obra de Dios del vientre de Otália, su comadre. Harto material para los comentarios de las solteras.

Jamás hubo fin de año tan animado. La zafra fue mejor de cuanto se pudo imaginar. El dinero rodaba fácil, en los cabarets corría el champagne, nueva carga de mujeres llegaba en cada barco, los estudiantes rivalizando con los empleados de comercio y los viajantes en el amor de las prostitutas. Los «coroneles» pagando, pagando con largueza, tirando dinero en billetes de quinientos pesos. La casa nueva del «coronel» Manuel das Onzas, casi un palacio, inaugurada con una fiesta «de echar la casa por la ventana». Muchas residencias recién terminadas, calles nuevas, la avenida de la playa creciendo en el camino de los cocoteros del Malhado. Los barcos llegando de Bahía, de Recife y de Río, atestados de carga; la comodidad creciendo dentro de las casas. Tiendas y más tiendas, con vidrieras invitadoras. La ciudad creciendo, transformándose. En el colegio de Enoch se realizaron los primeros exámenes bajo fiscalización federal. Vino de Río el examinador, periodista de un diario oficialista que consiguió aquel regalo del cielo. Era cronista de nombre, y dio varias conferencias; los propios alumnos del colegio vendieron las entradas. Fue mucha gente, porque tenía fama de gran talento. Presentado por Josué, habló sobre «Las nuevas corrientes en la literatura moderna de Marinetti a Grada Aranha». Algo tremendo, que sólo cuatro o cinco consiguieron entender: Juan Fulgencio, Josué, un poco Ño-Gallo y el Capitán. Ari entendía, pero estaba en contra. Hacían comparaciones con el siempre recordado doctor Argileu Palmeira, dos veces graduado, con su voz de trueno. ¡Aquél sí que era conferencista! Era una estupidez querer comparar. Sin hablar de que el mozo de Río ni sabía beber. Bastaban dos tragos de buena caña local para que se cayera de borracho. El doctor Argileu, en cambio, podía estar mano a mano con los bebedores de más aguante de Ilhéus; era

una esponja para beber, y un Rui Barbosa para hablar. ¡Aquél sí que era un talentón! Sin embargo, la discutida conferencia no dejó de tener su nota animada, su toque pintoresco. Envuelta en un perfume tan fuerte que llenó toda la sala, vistiendo mejor que cualquiera de las señoras, un vestido de encaje mandado a buscar a Bahía, echándose aire con su abanico, verdadera matrona —no por la edad, pues era joven, sino por la apostura, los modos serios, el recato de los ojos, por su extrema dignidad de verdadera dama— hizo su inesperada aparición en la sala la prohibida Gloria, antigua soledad en la ventana, consolada encarnación magnífica, sin suspiros ahora. Fue un «zunuzun» entre las señoras. La del doctor Demóstenes, dejando los «impertinentes», rebuznó:

—¡Atrevida!

La del doctor Alfredo, mujer de diputado (estadual, es cierto, pero asimismo importante) se levantó cuando Gloria, gloriosa, pidiendo permiso; depositó en la butaca vecina a la suya, en el salón de actos, sus codiciadas nalgas. Arrastrando a Jerusa, la ofendida señora fue a instalarse más adelante. Gloria sonrió, recogió los volados de su pollera. Quien se sentó junto a ella fue el padre Basilio, ¡a quien obligaba su caridad cristiana! Los hombres lanzaban miradas medrosas, bajo el vigilante control de las esposas. «¡Feliz de Josué!», envidiaban, arriesgando una mirada furtiva. Por más precauciones tomadas, por más cuidadosos cuidados, ¿quién no sabía en la ciudad de Ilhéus de la loca pasión del profesor del colegio por la manceba del «coronel»? Sólo Coriolano la desconocía todavía.

Josué se levantó, pálido y magro, se enjugó el inexistente sudor con un pañuelo de seda, regalo de Gloria (por otra parte, estaba vestido por Gloria de los pies a la cabeza, desde la brillantina perfumada hasta la pasta de lustrar zapatos), dijo palabras bonitas, llamó al periodista de Río «fulgurante talento de la nueva generación, la de los antropófagos y futuristas». Elogió al periodista, pero, sobre todo, combatió la hipocresía reinante en la literatura anterior y en la sociedad de Ilhéus. La literatura estaba hecha para cantar las bellezas de la vida, el placer de vivir, el cuerpo hermoso de las mujeres. Sin hipocresías. Aprovechó para declamar un poema inspirado por Gloria, un Jarabe inmoral. Gloria, orgullosa, aplaudía. La esposa de Alfredo quiso retirarse, pero no lo hizo porque en ese momento Josué acababa, y ella deseaba oír al doctor. El doctor no fue entendido por nadie, pero al menos no era inmoral.

Cosas éstas que ya casi no escandalizaban a nadie, tanto había cambiado Ilhéus, «paraíso de las mujeres de mala vida, de costumbres corruptas, perdiendo aquella sobriedad, aquella simplicidad, aquella decencia de los tiempos de antaño», como discurseaba el doctor Mauricio, candidato a Intendente, dispuesto a restaurar la austera moral ciudadana. ¿Cómo escandalizarse por la presencia de Gloria en una conferencia, cuando circulaba la noticia, luego confirmada, de la fuga de Malvina? Llegaban estudiantes en todos los barcos. Sólo Malvina no llegaba, interna en el

Colegio de las Mercedes. Primero pensaron que Melk Tavares, aumentando el castigo, había resuelto privarla de vacaciones.

Pero cuando Melk viajó inesperadamente para la capital y volvió solo como partiera, con el rostro sombrío y envejecido diez años, se supo la verdad. Malvina había huido sin dejar rastros, aprovechando la confusión de la partida para las vacaciones y el desorden del colegio. Melk llamó a la policía, pero ella ya no se encontraba en Bahía. Se comunicó con Río, y tampoco allí fue encontrada. Todos pensaron que había ido a amigarse con Rómulo Vieira, el ingeniero del puerto. Otro motivo no podía explicar la fuga sensacional, plato succulento para las solteras. Hasta Juan Fulgencio pensó así. Y sólo se alegró cuando supo que el ingeniero, llamado por la policía de Río, había probado no saber nada de Malvina, ni tener noticia alguna de la joven desde su regreso de Ilhéus. No sabía ni quería saber nada de ella. Entonces se hizo completo el misterio; nadie entendía nada, pero profetizaban su próximo regreso, arrepentida.

Juan Fulgencio no creía en el retorno de Malvina, pidiendo perdón:

—No vuelve, estoy seguro. Ésa hará cosas, ¡sabe lo que quiere!

Muchos meses después, en plena zafra del año siguiente, se supo que ella trabajaba en San Pablo, en una oficina, que estudiaba de noche y vivía sola. La madre pareció revivir; nunca más había vuelto a salir de la casa. Melk se negó a oír una palabra:

—¡Ya no tengo hija!

Pero todo eso sucedió tiempo después. Aquel fin de año, Malvina era solamente el escándalo indecente, el mal ejemplo citado, que daba razón a los vehementes discursos del doctor Mauricio, en anticipada campaña electoral.

Las elecciones serían en mayo, pero ya el abogado aprovechaba todas las ocasiones para dar rienda suelta la lengua, incitando al pueblo a restaurar la perdida decencia de Ilhéus. Sin embargo, poca gente parecía dispuesta a hacerlo; las nuevas costumbres penetraban en todas partes, aún dentro de los hogares, y se agravaban este fin de año con la venida de los estudiantes. Todos ellos apoyaban al Capitán. Hasta ofrecieron una comida en el bar de Nacib, al «futuro intendente —como lo saludara Esteban Ribeiro, alumno de tercer año de Derecho, hijo del “coronel” Coriolano, a pesar de que su padre era uno de los adictos a los Bastos—, que vendrá a libertar a Ilhéus del atraso, de la ignorancia y de las costumbres de aldea, candidato a la altura del progreso, que iluminaría con un rayo de cultura a la capital del cacao». Peor fue el hijo de Amancio Leal, enfrentado con el padre en interminables discusiones:

—No hay remedio, padre; usted debe entenderlo. El padrino Ramiro es el pasado, Mundinho Falcão es el futuro —estudiaba de ingeniero en San Pablo, y sólo hablaba de caminos, máquinas y progreso—. Usted tiene razón en ponerse a su lado. Razón sentimental, afectiva, que yo respeto. Pero yo no puedo acompañarlo. Usted también

debe comprenderlo —y se mezclaba con los ingenieros y técnicos del puerto. Llegó a vestir escafandra y descendió al fondo del canal.

Amancio oía, oponía argumentos, se dejaba vencer. Orgulloso de aquel hijo, alumno brillante, con altas notas en los exámenes:

—Quién sabe; tal vez tengas razón; los tiempos son otros. Pero yo comencé junto con el compadre Ramiro. Tú ni siquiera habías nacido. Corrimos peligro juntos; yo era un muchacho y él ya era un señor. Juntos derramamos sangre, juntos enriquecimos. No voy a abandonarlo en este momento, casi muriéndose, lleno de disgustos.

—Usted tiene razón. Yo también la tengo. Gusto mucho de padrino, pero si yo votase, lo haría en contra de él.

Para Amancio eran horas felices aquéllas por la mañana bien tempranito, cuando salía hacia el puesto de pescado, y Berto, el hijo, venía llegando de la farra nocturna. Se quedaban conversando. Era su hijo mayor, aplicado a los estudios, y quien le daba mayor satisfacción.

Aprovechaba para avisarle, aconsejándolo:

—Andas metido con la mujer de Florencio —un «coronel» más que maduro, que casó con una fogosa hija de sirios en Bahía, todavía joven y dueña de lánguidas miradas—. Andas entrando de noche en la casa de él, por la puerta del fondo. En Ilhéus, en los cabarets, hay suficientes mujeres. ¿No te alcanzan? ¿Por qué te enredas con mujeres casadas? Florencio no nació para cornudo. Si llega a saber...

No tengo ganas de mandar hombres a seguirte. Termina con eso, Berto. Me quitas el sosiego, se reía por dentro, era un bárbaro ese hijo, ¡mire que adornarle con cuernos al pobre Florencio!

—Yo no tengo la culpa, padre. Ella me estaba dando sogas de más. No soy de palo. Pero quédese tranquilo. Ella viajará a Bahía, pasará allá las vacaciones. Además, padre, dígame, ¿cuándo va a terminar en Ilhéus esa bárbara costumbre de matar a la mujer que engaña al marido? ¡Nunca vi tierra como ésta! Uno no puede deslizarse de una casa, a las cuatro de la madrugada, que en seguida se abren todas las ventanas de la calle para espiar.

Amancio Leal miraba al hijo con el ojo sano, lleno de ternura:

—Opositor del diablo...

Invariablemente, todos los días visitaba a Ramiro. El viejo comandaba la campaña, apoyándose en él, en Melk, en Coriolano y algunos pocos más. Alfredo, aprovechando las vacaciones de la Cámara, viajaba por el interior, visitaba electores. Tónico, en cambio, era un inútil; sólo pensaba en mujeres. Amancio se quedaba escuchándolo hablar a Ramiro, le daba noticias animadoras, llegando a mentirle. Sabía que las elecciones estaban perdidas. Para mantenerse, Ramiro tendría que depender del gobierno, del degüello de los adversarios en el no reconocimiento de

poderes. Pero ni quería que se hablase de ello. Consideraba inquebrantable su prestigio, decía que el pueblo estaba con él. Como prueba, citaba a la mujer de Nacib, llegando de noche, enfrentando la ciudad entera, para salvar su nombre y el de Melk. Evitando que aparecieran públicamente envueltos en el proceso del atentado a Aristóteles, como seguramente sucedería si el negro fuese encontrado por sus captores. Sobre todo por aquella idiotez del Tribunal de Justicia, que designó un fiscal especialmente para seguir el proceso.

—Pues yo creo, compadre, que el negro hubiese muerto sin hablar. Es un negro decente; lástima que errara el tiro.

Aristóteles, curado y más influyente, declaró que Itabuna votaría unánimemente a Mundinho Falcão. Había engordado al salir del hospital, viajó a Bahía, concedió entrevistas a los diarios y el gobernador no pudo impedir que el Tribunal interviniera en el caso. Mundinho había revuelto mucha gente en Río, donde repercutiera fuertemente el atentado. Un diputado de la oposición había pronunciado un discurso en la Cámara Federal, hablando del retorno a los tiempos del bandidismo en la zona del cacao. Mucho barullo, poco resultado. El proceso era difícil; el criminal, desconocido. Se decía que había sido un bandido conocido por el nombre de Fagundes, que cumplía trabajos con un tal Clemente en las estancias de Melk Tavares. Pero ¿cómo probarlo? ¿Cómo probar la participación de Ramiro, de Amancio, de Melk? El proceso terminaría archivado, con fiscal especial y todo.

—Tipos sinvergüenzas... —decía Ramiro, refiriéndose a las autoridades judiciales.

¿No intentaron destituir al comisario? Fue preciso enviar a Alfredo a Bahía, para exigir su permanencia. No porque el comisario sirviera para mucho, era un flojo, un miedoso que se cagaba de miedo ante los bandidos, huyendo hasta del secretario de la Intendencia de Itabuna, un muchachito. Pero, si lo sacaban, quien quedaría desprestigiado sería él, Ramiro Bastos.

Conversaba largamente con Amancio, con Tónico, con Melk. Era la hora en que se animaba, en que revivía. Porque ahora pasaba parte del día acostado en su cama, ya puro hueso y piel; los ojos recobraban su antigua luz sólo cuando hablaba de política. El doctor Demóstenes también lo visitaba todos los días. De vez en cuando le auscultaba el corazón, le tomaba el pulso.

Sin embargo, a pesar de la prohibición del médico, salió una noche para ir a la inauguración del pesebre de las hermanas Dos Reis. No podía faltar. ¿Y quién, en la ciudad, dejaba de asistir? La casa se llenaba.

Gabriela había ayudado a Quinquina y a Florita en los trabajos finales. Recortó figuras, pegándolas en cartones, y también flores. En la casa del tío de Nacib había encontrado unas revistas de Siria, y así fue como aparecieron en el democrático pesebre algunos mahometanos, paschás y sultanes orientales. Para diversión de Juan

Fulgencio, de Ño-Gallo y del zapatero Felipe. Joaquín había construido hidroaviones en cartulina, que estaban colgados sobre el establo, constituyendo la novedad de aquel año. Para preservar su neutralidad (el pesebre, el bar de Nacib y la Asociación Comercial eran las únicas cosas que continuaban siendo neutrales ante las candidaturas electorales) Quinquina rogó al Doctor que hablase, y Florita pidió un discurso al doctor Mauricio. Uno y otro cubrieron de frases bonitas las cabezas plateadas de las solteronas. El Capitán les secreteó que si le daban sus votos obtendrían el apoyo oficial cuando fuera electo. Para ver el grandioso pesebre venía gente de lejos: de Itabuna, de Pirangi, de Agua Preta, hasta de Itapira. Familias enteras. De Itapira habían llegado doña Vera y doña Ángela, aplaudiendo extasiadas:

—¡Qué maravilla!

Pero no fue solamente la fama del pesebre tradicional lo que llegó a la ciudad distante. También había llegado la fama de la cocina de Gabriela. Con la sala repleta, doña Vera no descansó hasta conseguir arrastrar a Gabriela hasta un rincón, para pedirle las recetas de sus salsas, los detalles de sus platos. También llegaron de Agua Preta la hermana de Nacib y su marido. Gabriela lo había sabido por doña Arminda. Pero no aparecieron por la casa del hermano. En la fiesta de inauguración del pesebre, la hermana de Nacib examinaba despreciativamente a su modesta cuñada, sentada sin gracia en una silla. Gabriela le sonrió tímidamente; la Saad de Castro, orgullosa, le volvió la espalda. Quedó triste Gabriela. No por el desprecio de la mujer del agrónomo. De eso la vengó poco después doña Vera, a quien la otra cercaba con risitas y agasajos.

Después de presentarla a doña Ángela, doña Vera le había dicho:

—Su cuñada es un encanto. Tan bonita y educada...

Su hermano tuvo suerte, hizo un buen casamiento. Más todavía la vengó el viejo Ramiro al entrar en la sala, con su andar vacilante. Abrían filas para que él pasara, le hacían lugar frente al pesebre. Él habló con las Dos Reis, elogió a Joaquín. Las manos se extendieron para saludarlo. Cuando él vio a Gabriela dejó a todo el mundo y se aproximó a ella, estrechando su mano, muy amable:

—¿Cómo está, doña Gabriela? Hace tiempo que no la veo. ¿Por qué no va por casa?

Quiero que vaya un día a almorzar, con Nacib.

Jerusa, al lado del abuelo, le sonreía, le hablaba. La hermana de Nacib se estremecía de rabia, la roía el despecho. Y por fin, también Nacib la vengó cuando vino a buscarla. Don Nacib era bueno. Lo había hecho a propósito. Iban saliendo del brazo, y al pasar bien cerca de la hermana y del cuñado, Nacib dijo en voz alta, para que ellos escucharan:

—Bié, estás más bonita que ninguna, mi mujercita. Gabriela bajó los ojos, estaba triste.

No por el desprecio de la cuñada, sino porque con la hermana en la ciudad, Nacib jamás dejaría que ella saliera en el «Terno de Reis», vestida de pastora, llevando el estandarte. Había decidido hablarle cuando estuvieran más cerca de fin de año. Iba a los ensayos; ¡qué lindo era!, ella cantaba, bailaba. Quien dirigía los ensayos era aquel mozo con olor a mar que ella encontrara en el «Pega-Duro», la noche de la cace ría a Fagundes. Había sido marinero, y ahora trabajaba en las dársenas de Ilhéus. Nilo se llamaba. Era muy animado y un director de primera. Le enseñaba los pasos, y cómo empuñar el estandarte. A veces, hasta bailaban después de los ensayos. Los sábados, los bailes se prolongaban hasta la madrugada. Pero Gabriela volvía temprano a casa, no fuese que don Nacib llegara...

Había dejado para cuando estuvieran más cerca de fin de año, el hablarle, casi sobre la víspera. Así, si él no lo permitía, por lo menos aprovecharía los ensayos. Dora se afligía:

—¿Ya le habló, doña Gabriela? ¿Quiere que yo le hable?

Ahora estaba todo terminado, era imposible. Con la hermana en la ciudad, desdeñosa y arrogante, Nacib jamás dejaría que ella saliera con el «terno» por las calles llevando el estandarte con el Niñito Jesús. Y tenía razón... lo peor era eso: con la hermana en Ilhéus era imposible, él tenía razón.

Tanto ofenderlo, tanto lastimarlo, no podía...

La pastora Gabriela o la señora de Saad en el «réveillon»

¿Qué va a decir mi hermana, la bestia de mi cuñado? No, Gabriela, ¿cómo podría Nacib consentir? Jamás podría. Y con eso de la hermana, él tenía razón... ¿Qué diría el pueblo de Ilhéus, sus amigos del bar, las señoras de la alta sociedad, el «coronel» Ramiro, que tanto la distinguía? Imposible, Gabriela, imposible pensar en tal cosa; nunca se vio absurdo mayor. Bié necesita convencerse de que ya no es más una pobre sirvienta sin familia, sin nombre, sin fecha de nacimiento, sin situación social. ¿Cómo imaginar a la señora Saad al frente del «terno», llevando en la cabeza corona dorada de cartón, retorciendo el cuerpo en el baile de pasos menudos, vestida de satén azul y rojo, empuñando el estandarte, entre veintidós pastoras llevando linternas, la pastora Gabriela, la primera de todas, la más importante de todas? Imposible, Bié, qué idea más loca...

Es claro que a él le gustaba verlo, que aplaudía en el bar, que hasta les mandaba servir una vuelta de cerveza. ¿A quién no les gustaba? Era bonito, ¿quién iba a negarlo? ¿Pero, ella había visto a alguna señora casada, distinguida, saliendo a bailar en un «terno de reis»? Y nada de venir con el ejemplo de Dora, que por esas cosas el marido la había abandonado, dejándola atada a la máquina, cosiendo para los otros. Y todavía con su hermana en la ciudad, toda ella una bolsa de soberbia, y su cuñado, todo inflado de vientos por su anillo de «doctor». Imposible, Gabriela, ni valía la pena hablar. Gabriela, de acuerdo, bajó la cabeza. Él tenía razón, no podía ofenderlo en presencia de la hermana, no podía disminuirlo ante el cuñado doctor. Él la tomó, la sentó en las rodillas.

—No te pongas triste, Bié. A ver, ríete un poquito. Rio, pero por dentro lloraba. Lloró toda aquella tarde sobre el vestido de satén, tan lindo, con aquella combinación tan vistosa de colores, azul y rojo. Sobre la corona dorada, con una estrella. Sobre el estandarte con los colores del «terno» y, pegado en el medio, el Niño Jesús y su cordero. No la consoló el regalo que él le trajera a la noche, al volver a la casa, un echarpe caro, bordado a franjas.

—Para que lo uses en el baile de Año Nuevo —dijo él—. En el tal «réveillon». Quiero que Bié sea la más bonita de la fiesta.

En Ilhéus no se hablaba de otra cosa que del «réveillon» del Club Progreso, organizado por las jovencitas y los estudiantes. Las modistas no alcanzaban a cumplir con tanto trabajo. Llegaban vestidos de Bahía; los sastres no cesaban de probar trajes de hombre de brin blanco HJ; las mesas estaban reservadas con anticipación. Hasta el Míster iría con su mujer, que llegó como todos los años a pasar la Navidad con su marido. En vez de los acostumbrados bailes en las casas de familia, la sociedad de Ilhéus se reuniría en los salones del Club Progreso, en un baile sin precedentes. Esa misma noche saldría el «terno» con sus linternas, sus canciones y su estandarte.

Gabriela estaría con su mantilla de encaje, su vestido de fiesta y sus zapatos apretados. Sentada en el baile, con los ojos bajos, callada, sin saber cómo comportarse. ¿Quién llevaría el estandarte? Dora había quedado desalentada. Nílo, el mozo con olor a mar, no había escondido su decepción. Solamente Miquelina se había mostrado contenta, tal vez a ella le tocara llevar el estandarte.

Sólo consiguió animarla un poco, hacerla dejar de llorar, cuando al descampado «Do Unhão» llegó el Parque, «El Parque de la China», con rueda gigante, caballitos, látigo y casa de los locos. Brillante de metales; un exceso de iluminación. Causando tantos comentarios que el negrito Tuísca, tan lejos de ella últimamente no resistió y vino para comentarlo.

Nacib le dijo:

—La víspera de Navidad no voy al bar. Voy a pasar por allá, solamente. Vamos a ir a la tarde al Parque, y a la noche a las «kermesses».

¡Aquello sí que valía la pena! Anduvo en todo con don Nacib. Fue dos veces a la rueda gigante. Y al látigo, ¡ah!, era bueno de más, daba un frío en el ombligo... Salió mareada de la casa de locos. El negrito Tuísca, calzando botines —¡él también!—, con ropa nueva, andaba gratis por haber ayudado a pegar los carteles en las calles de la ciudad.

Por la noche fueron a las «kermesses» frente a la iglesia de San Sebastián. Por allí paseaba Tónico con doña Olga. Nacib la dejó con ellos, y dio un salto hasta el bar para ver como marchaba el movimiento. En las barracas, a cargo de las estudiantas, vendían regalos. Los muchachos los compraban. Había remates de diversos objetos a beneficio de la iglesia. Ari Santos, sudando como el que más, era el rematador. Anunciaba:

—Un plato de masas, ofrecido por la gentil señorita Iracema. Masas hechas por sus propias manos. ¿Cuánto me ofrecen?

—Cinco cruzeiros —ofreció un académico de Medicina.

—Ocho —aumentaba un empleado de comercio.

—Diez —gritaba un estudiante de Derecho. Iracema tenía muchos festejantes, muy disputado era su portal de amoríos, y por lo mismo, su plato de masas. A la hora del remate vino gente del bar, para verlo y participar del mismo. Las familias llenaban la plaza, los enamorados cambiaban señales, los novios sonreían tomados del brazo.

—Un juego de té, donado por la joven Jerusa Bastos. Seis tazas de café, con sus platos, seis platos para masas, y otras piezas. ¿Cuánto vale? Ari Santos exhibía una taza pequeña.

Las jóvenes se entremiraban en una rivalidad de precios. Cada una deseaba que su regalo a San Sebastián fuese vendido más caro que los otros. Los festejantes y novios gastaban dinero, elevando las ofertas con tal de verlas sonreír. A veces dos

«coroneles» se candidataban al mismo recuerdo. Crecía la estimación, subían las ofertas, llegando a mil y dos mil cruzeiros. Aquella noche, en una disputa con Ribeirito, Amancio Leal había dado cinco mil cruzeiros por seis servilletas. Eso ya era despilfarrar, tirar el dinero a la calle. Tanto había entonces por las calles de Ilhéus. Las mozas casaderas animaban a festejantes y novios, con los ojos: a ver que papel harían cuando el rematador anunciase su regalo. El de Iracema había batido un récord: el plato de masas había sido llevado por ocho mil cruzeiros. Oferta de Epaminondas, el socio más joven de una tienda de géneros, «Soares Hermanos». ¡Pobre Jerusa, sin festejante! Toda orgullosa, nada quería con los jóvenes de Ilhéus. Se murmuraba de un amor en Bahía, estudiante de quinto año de medicina. Si su familia no hubiera entrado en las ofertas —su tío Tónico, doña Olga, y alguno que otro amigo de su abuelo—, su juego de tazas no hubiera dado nada. Iracema sonreía, victoriosa.

—¿Cuánto me dan por el juego de té?

—Mil cruzeiros —dijo Tónico.

Mil quinientos ofreció Gabriela, con Nacib nuevamente a su lado. El «coronel» Amancio, capaz de hacer aumentar la oferta, ya no estaba, se había ido al cabaret. Ari Santos, de tanto gritar, sudaba en la tarima: —Mil quinientos cruzeiros... ¿Quién da más?

—¡Diez mil!

—¿Cómo? ¿Quién habló? Hagan el favor de no hacer bromas.

—¡Diez mil! —repitió Mundinho Falcão.

—Ah, don Mundinho... Como no. Señorita Jerusa, ¿quiere tener la gentileza de entregarle la prenda al caballero? ¡Diez mil!, señores míos. ¡Diez mil! San Sebastián le estará eternamente agradecido, don Mundinho. Como saben, este dinero es para la construcción de la futura iglesia, en este mismo lugar, una iglesia enorme que reemplazará a la actual. Don Mundinho, el dinero ya está aquí. Muchas gracias.

Jerusa fue a buscar la caja con las tazas, entregándolas luego al exportador. Las muchachas derrotadas comentaban aquella locura. ¿Qué significaba? Ese Mundinho podrido en plata, elegante señor de la capital, combatía en una lucha a muerte a la familia de los Bastos. Una lucha con periódicos quemados, hombres castigados y atentados de muerte. Hacía frente al viejo Ramiro, le disputaba los cargos, lo arrastraba a ataques al corazón. Y, al mismo tiempo, regalaba diez mil cruzeiros, en dos relucientes billetes de cinco mil, por media docena de tazas de loza barata, oferta de la nieta de su enemigo. Era un loco, ¿cómo entenderlo? Todas ellas, desde Iracema hasta Diva, suspiraban por él, rico y soltero, elegante y amigo de los viajes, yendo constantemente a Bahía, con casa puesta en Río...

Las jóvenes conocían sus historias con mujerzuelas. Con Anabela, tanto como otras mandadas buscar a Bahía, o al sur. A veces las veían pasar, elegantes y libres, en

la avenida de la playa. Pero amoríos con muchachas solteras nunca había tenido. Con ninguna de ellas, porque apenas si las miraba. Tampoco con Jerusa. ¡Ese Mundinho Falcão, tan rico y elegante!

—No valía tanto —dijo Jerusa.

—Soy un pecador. Así, por sus manos, quedo bien con los santos. Gano un lugar en el cielo.

Ella sonrió, y sin poder resistir, preguntó: —¿Va al «réveillon»?

—Todavía no sé. Prometí pasar el año nuevo en Itabuna.

—Deseo que se divierta y que tenga un feliz Año Nuevo.

—También yo se lo deseo a usted. Si no nos encontramos allá...

Tónico Bastos escuchaba la conversación. No entendía bien a ese tipo. Todavía soñaba con un acuerdo de último momento, que salvara el prestigio de los Bastos. Saludó a Mundinho con una sonrisa.

El exportador respondió, retirándose para su casa.

La víspera de Año Nuevo, Mundinho estuvo en Itabuna, almorzó con Aristóteles, asistió a la inauguración de la feria de ganado, importante mejora que atraería al municipio el comercio de bovinos de toda la región. Hizo un discurso, fue aplaudido, se metió en el coche y volvió para Ilhéus. No porque hubiera recordado a Jerusa, sino porque quería pasar la noche de fin de año con sus amigos, en el Club Progreso. Valió la pena: la fiesta fue una belleza, y la gente decía que solamente en Río era posible ver un baile de ésos.

El lujo, estallando en los «crépe de Chine», en los «taffetas», en los terciopelos, en las alhajas, encubría cierta falta de distinción, cierto aire de campesinas, de algunas señoras, como los billetes de quinientos cruzeiros, reunidos en atados en los bolsillos, disimulaban el aire achabacano de los «coroneles», su hablar campesino. Pero los dueños de la fiesta eran los jóvenes. Algunos usaban «smoking» a pesar del calor. Las jóvenes reían en las salas, apantallándose con abanicos, coqueteando, bebiendo refrescos. Corría el champagne, junto a las bebidas más caras. Las salas estaban esmeradamente adornadas con serpentinas y flores artificiales. Fue una fiesta tan importante y comentada, que hasta Juan Fulgencio, enemigo de los bailes, asistió. Él y el Doctor.

Jerusa sonrió cuando vio a Mundinho Falcão conversando con el árabe Nacib y la buena Gabriela que mal podía mantenerse en pie. ¡Zapato desgraciado, le apretaba justo la punta del dedo! Sus pies no habían nacido para andar calzados. Pero estaba tan bonita que hasta las más presuntuosas señoras —hasta la del doctor Demóstenes, fea y presumida— no pudieron negar que aquella mulata era la mujer más hermosa de la fiesta.

—Siempre la gentuza de pueblo es más bonita —confesaban.

Era una hija del pueblo perdida en ese rumor de conversaciones que no entendía,

de lujos que no la atraían, de envidias, vanidades y dimes y diretes que no la tentaban. Dentro de poco el «terno dos reis», con sus pastoras alegres y su estandarte bordado, estaría en las calles. Parando delante de las casas, de los bares, cantando, bailando, pidiendo permiso para entrar. Las puertas se abrirían para que bailaran y cantaran en los salones; beberían licores, comerían masitas. Esa noche de Año Nuevo, y las dos de reyes, más de diez «ternos» y «bumba-meu-boi» saldrían del «Unhão», de la Conquista, de la Isla de las Cobras, del Pontal, del otro lado del río, para divertirse en las calles de Ilhéus. Gabriela bailó con Nacib, con Tónico, con Ari, con el Capitán. Bailaba con gracia, pero no eran éstos los bailes que le gustaban. Rodando en los brazos de un caballero. Baile para ella era otra cosa, un «coco» bien agitado, un samba de rueda, un «maxixe» (bailes populares) bien vivo.

O una polca tocada en un acordeón.

Tango argentino, vals, foxtrot, nada de eso le gustaba. Menos, todavía con aquellos zapatos mordiendo su dedo desparramado.

Fiesta animada. Desanimado, sólo estaba Josué. Apoyado contra una ventana, miraba hacia afuera, con un vaso en la mano. En el amontonamiento popular que ocupaba la vereda y la calle, Gloria miraba. A su lado, como por casualidad, Cariolano, cansado, queriendo irse a la cama. Su baile, él mismo lo decía, era la rama de Gloria. Pero Gloria demoraba, toda envuelta en lujo, mirando en la ventana el rostro delgado de Josué. Explotaban en las mesas los corchos de champagne. Mundinho Falcão, disputado por las jóvenes, bailaba con Jerusa, Diva, Iracema, hasta a Gabriela invitó. Nacib metíase en las ruedas masculinas, a conversar. No le gustaba bailar, dos, tres veces en la noche había arrastrado el pie con Gabriela. Después la dejaba en la mesa, con la buena esposa de Juan Fulgencio. Por debajo del mantel, Gabriela se quitaba el zapato, y se pasaba la mano por el pie dolorido. Hacía esfuerzos por no bostezar. Venían señoras, sentábanse a la mesa, comenzaban a conversar, a reír animadas con la mujer de Juan Fulgencio. Como gran favor la saludaban, le preguntaban como estaba de salud. Se quedaba callada, mirando el piso. Tónico, como un sacerdote en un rito difícil, empujaba a doña Olga en un tango argentino. Muchachos y chicas reían y se divertían, bailando sobre todo en la sala del fondo, donde habían prohibido la entrada a los viejos. La hermana de Nacib y su marido, también bailaban, muy duros. Aparentaban no verla.

Alrededor de las once horas, cuando ya el público de la calle se había reducido a unas pocas personas —hacía mucho que Gloria se retiró y con ella el «coronel» Coriolano— se oyó, viniendo de la calle, música de «cavaquinhos» y violines, de flautas y pandeiros. Y voces cantando canciones de «reisados». Gabriela levantó la cabeza. No podía engañarse. Era el «terno» de Dora.

Se detuvo frente al Club Progreso, la orquesta silenció el baile, todos corrieron a las puertas y ventanas. Gabriela se calzó el zapato, y fue de las primeras en llegar.

Nacib se reunió a ella, la hermana y el cuñado estaban bien cerca, simulando no verla. Las pastorcitas con sus linternas, Miquelina con el estandarte, Nilo, el ex marinero, con un pito en la boca comandando todo, y todos cantando y bailando. De la plaza Seabra, en ese mismo momento venían llegando el buey, el vaquero, el «bumba-meu-boi» todo.

Bailando por la calle, las pastorcitas cantaban:

*Soy linda pastorcita
vengo a adorar a Jesús.
Los Reyes Magos saludan
en el pesebre de Belén.*

Allí no pedían permiso para entrar, no se atrevían a perturbar la fiesta de los ricos. Pero Plinio Aracá, al frente de los mozos, trajo botellas de cerveza para distribuir. El «buey» descansaba un momento, para beber. La «caapora», también. Volvieron a bailar, a cantar. Miquelina en el medio, levantando el estandarte, revoleando las nalgas flacas, Nilo pitando. La calle se había llenado con la gente del baile. Jóvenes y muchachas reían, aplaudían.

*Soy linda pastorcita
de plata, oro y luz.
Con mi canto adormezco
al Niño Jesús.*

Gabriela ya no veía nada que no fuera el «terno de Reis», las pastoras con sus linternas, Nilo con su silbato, Miquelina con el estandarte. No veía a Nacib, no veía a Tónico, no veía a nadie. Ni siquiera a la cuñada, con su insolente nariz. Nilo pitaba, las pastoras se formaban, el «bumba-meu-boi» iba adelante. Otra vez sonaba el silbato, las pastoras bailaban, Miquelina hacía flamear el estandarte en la noche.

*Las pastorcitas ya van
a otra parte a cantar...*

Iban a otra parte, sí, a otras calles a bailar. Gabriela se descalzó los zapatos, corrió hacia adelante, arrancó el estandarte de las manos de Miquelina. Su cuerpo se contorsionó, sus nalgas parecieron quebrarse, sus pies liberados crearon la danza. El «terno» marchaba, la cuñada exclamó: «¡Oh!».

Jerusa miró y vio a Nacib casi llorando, la cara alargándose de vergüenza y tristeza. Y entonces también ella avanzó, tomó la linterna de manos de una pastora, se

puso a bailar. Avanzó un joven, otro también. Iracema tomó la linterna de Dora. Mundinho Falcão arrebató el silbato de la boca de Nilo. El Míster y la mujer cayeron también en el baile. La señora de Juan Fulgencio, alegre madre de seis hijos, la bondad en persona, entraba en el «terno». Otras señoras también, y el Capitán, y Josué... El baile entero se trasladó a la calle.

En la cola del «terno», la hermana de Nacib y su marido doctor.

Al frente, Gabriela, con el estandarte en la mano.

De la noble Ofensia a la plebeya Gabriela con variados acontecimientos y fraudes

Aquel comienzo de año se sucedieron las realizaciones y los intentos, Ilhéus conoció novedades y escándalos. Los estudiantes consideraban un deber transformar la sencilla inauguración de la biblioteca de la Asociación de Comercio en una fiesta de hacer época.

—Lo que esos muchachos quieren es baile... —había protestado el presidente Ataulfo.

El Capitán, sin embargo, organizador de la Biblioteca con la inestimable ayuda de Juan Fulgencio, vio en la idea de los estudiantes excelente oportunidad para la propaganda de su candidatura a Intendente. Por otra parte, tenía razón cuando decía, argumentando con Ataulfo, que los muchachos no querían solamente divertirse. Aquella biblioteca era la primera de Ilhéus (la del «Gremio Rui Barbosa» se reducía a un pequeño estante de libros, casi todos de poesía), poseía un significado especial. Como igualmente lo destacó el joven Silvio Ribero, hijo de Ribeirito, estudiante de segundo año de medicina, en un adornado discurso. Fue una clase de fiesta hasta entonces desconocida en Ilhéus. Los estudiantes organizaron un sarao literario, del que participaron varios de ellos, además de personalidades como el Doctor, Ari Santos, Josué. Hablaron, también, el Capitán y el doctor Mauricio, el primero como bibliotecario de la Asociación, el segundo como orador oficial, ambos porque eran candidatos a Intendente. La novedad mayor la constituyeron las jóvenes del colegio de monjas y de la sociedad de Ilhéus, declamando poemas en público. Algunas tímidas y vergonzosas, otras desenvueltas y seguras de sí. Diva, que poseía un tono de voz claro y agradable, cantó una romanza. Jerusa ejecutó Chopin al piano. Rodaron por la sala los versos de Bilac, de Raimundo Correia, de Castro Alves y del poeta Teodoro de Castro, los de éste último en loor de Ofensia. Además de los poemas de Ari y Josué, dichos por los propios autores. Al inspector del colegio que había quedado para visitar Itabuna, los pueblos y estancias vecinas, consiguiendo material pago para el diario de Río, aquello le parecía una caricatura risible. Pero para la gente de Ilhéus era una fiesta encantadora.

—Da gusto verlo —concordó Florita.

—¡Una belleza! —comentó Quinquina.

Siguieron luego los bailes, naturalmente. La Asociación mandó venir de Belmonte para dirigir la Biblioteca, al poeta Sosígenes Costa, que iría a ejercer notable influencia en el desarrollo de la vida cultural de la ciudad.

Y al hablar de cultura y de libros, al recordar versos de Teodoro para Ofensia, ¿cómo pasar en silencio la publicación en un pequeño volumen, compuesto e impreso allí mismo, en Ilhéus, en la tipografía de Juan Fulgencio por el maestro Joaquín, de

algunos capítulos del memorable libro del Doctor: «La historia de la familia Avila y de la ciudad de Ilhéus»? No con ese título, precisamente, ya que publicando apenas los capítulos referentes a Ofensia y su mentado caso con el Emperador Pedro II, mereció del Doctor el modesto título de «Una pasión histórica», y como subtítulo, entre paréntesis: («Ecos de una vieja polémica»). Ochenta páginas en cuerpo siete de erudición e hipótesis, de difícil prosa al estilo del siglo XVI, camoeniana. Allí estaba la historia romántica en todos sus detalles, con abundancia de citas de autores y de versos de Teodoro. Folleto que vino a coronar de gloria la venerable cabeza del ilustre ilheense. Si bien es cierto que un crítico de la capital, ciertamente envidioso, halló el delgado volumen ilegible y «de una estupidez más allá de todos los límites admisibles». Pero tratábase de un individuo de malos bofes, hambriento ratón de redacción, autor de mordaces epigramas contra las más puras glorias bahianas. En compensación, desde Mundo Nuevo, donde se dedicaba a construir una cuarta familia, el eminente vate Argileu Palmeira, escribió para otro diario de Bahía seis páginas laudatorias en las que cantó la pasión de Ofensia, «precursora de la idea del amor libre en el Brasil». Otra observación curiosa, si bien ésta poco literaria, fue hecha por Ño-Gallo, conversando con Juan Fulgencio en la Papelería:

—¿Te diste cuenta, Juan, que nuestra abuela Ofensia cambió un poco de físico en el opúsculo del Doctor? Antes, recuerdo muy bien, era una flacucha parca de carnes como un trozo de charque. En el librito engordó, mira la página catorce. ¿Sabes a quién se parece el retrato de ahora? A Gabriela ...

Rio Juan Fulgencio, con su risa viva y sin maldad: —¿Quién no se apasionó por ella en esta ciudad? Si fuera candidato a Intendente derrotaría al Capitán y a Mauricio juntos. Todo el mundo votaría por ella.

—Las mujeres no...

—Las mujeres no tienen derecho al voto, compadre. Y aun así, algunas la votaban. Ella tiene alguna cosa... algo que nadie tiene. ¿No la viste en el baile de Año Nuevo? ¿Quién arrastró a todo el mundo a la calle, a bailar el «reisado»? Creo que ésa es la fuerza que hace las revoluciones, que impulsa los descubrimientos. No hay nada que me guste más que ver a Gabriela en medio de un montón de gente. ¿Sabes en lo que pienso?, en una flor de jardín, verdadera, exhalando perfume en mitad de un ramo de flores de papel... Aquellos días, sin embargo, días de la publicación del libro del Doctor, fueron días de Ofensia y no de Gabriela. Una nueva ola de popularidad envolvió la memoria de la noble Avila que suspiró apasionadamente por las barbas reales. De ella se habló en las casas, a la hora de la cena, en el Club Progreso —ahora en constante animación de bailes íntimos y té danzantes—, entre jóvenes y chicas en los paseos vespertinos, habituales, por la avenida de la playa, en los ómnibus, en los trenes, en discursos y en versos, en los diarios y en los bares. Hasta en los cabarets. Cierta española nova ta, de nariz

ganchuda y ojos negros, se apasionó perdidamente por Mundinho Falcão. Pero el exportador estaba muy ocupado con una cantante popular que trajo de Río en su último viaje, después de Año Nuevo. Ante los suspiros de la española, sus perdidas miradas, en seguida un gracioso la bautizó «Ofenisia». Y el nombre se hizo tan popular que ella lo llevó consigo hasta después de su partida de Ilhéus para los «garimpos»(campamentos de mineración clandestinos) de Minas Gerais.

Estos últimos acontecimientos pasaron en el nuevo cabaret «El Dorado», instalado en enero, y que se convirtió en serio rival del «Bataclán» y del «Trianón», porque importaba atracciones y mujeres, directamente de Río. Era propiedad de Plinio Aracá, el dueño del «Trago de Oro», y quedaba en el puerto. También habíase inaugurado la clínica del doctor Demóstenes, con bendición del obispo y discurso del doctor Mauricio. La sala de operaciones adonde fuera llevado Aristóteles, por una coincidencia que escapó al ojo de doña Arminda, tuvo como primer huésped, luego de la inauguración oficial, al célebre «Rubio», herido de un tiro en el hombro como resultado de una pelea en el «Pega-Duro».

Fue instalado un viceconsulado de Suecia y, en el mismo lugar, la agencia de una compañía de navegación, con nombre largo y complicado. De vez en cuando se veía en el bar de Nacib, a un gringo largo como una vara, en compañía de Mundinho Falcão, conversando y bebiendo «Caña de Ilhéus». Era agente de la compañía sueca y vicecónsul. Un nuevo hotel estaba siendo construido en el puerto, un edificio colosal, de cinco pisos. Los estudiantes dirigieron una proclama al pueblo, por intermedio del «Diario de Ilhéus», pidiendo sus votos para el candidato a Intendente que se comprometió a construir el Colegio Municipal, un campo de deportes, un asilo para ancianos y mendigos, y a alargar hasta Pirangi la carretera. Al otro día el Capitán se comprometía, por el mismo diario, a todo eso y mucho más.

Otra novedad fue el «Periódico del Sur», que pasó a ser diario. Es verdad que duró poco, y retornó a semanario unos meses después. Era casi exclusivamente político, y atacaba a Mundinho Falcão, Aristóteles y al Capitán en todos los números. El «Diario de Ilhéus», le respondía.

Se anunciaba para dentro de poco tiempo el restaurante de Nacib. Ya varios inquilinos se habían mudado del piso de arriba. Solamente el «jogo do bicho», y dos empleados de comercio continuaban allí, buscando otro alojamiento. Nacib los apuraba. Ya había encargado a Río, por intermedio de Mundinho, su socio capitalista, una cantidad de cosas. El arquitecto loco había diseñado el interior del restaurante. El árabe andaba nuevamente alegre. No con aquella completa alegría de los primeros tiempos de Gabriela, cuando aún no temía por su partida. Tampoco ahora tal cosa lo preocupaba, pero para ser enteramente feliz, sería preciso que ella se decidiese de una vez por todas a comportarse como una señora de sociedad. Ya no se quejaba de desinterés en la cama. Él mismo andaba medio cansado: en la época de vacaciones el

bar daba un trabajo infernal. Se acostumbraba con ese amor de esposa, menos violento, más tranquilo y dulce. Ella se resistía, y pasivamente, es verdad, a integrar la alta sociedad local. A pesar del suceso que tuviera la noche de Año Nuevo, con la historia del «terno».

Cuando Nacib había pensado que todo se venía aguas abajo, ocurrió aquel milagro: hasta él acabó bailando en la calle. ¿Y no habían venido su hermana y su cuñado, después, a visitarlos y a conocer a Gabriela? ¿Por qué, entonces, ella continuaba andando por la casa vestida como una pobretona, calzada con chinelas, jugando con el gato, cocinando, arreglando la casa, cantando sus canciones, riendo a gritos con todos los que conversaban con ella?

Contaba con el restaurante para terminar de educarla. El propio Tónico era de esa opinión. Para el restaurante tendría que contratar dos o tres ayudantes de cocina, con lo que Gabriela aparecería como señora y dueña, apenas dirigiendo. Tratando diariamente con gente fina.

Lo que más lo enojaba era que ella no quería sirvienta. La casa era pequeña, pero aún así daba trabajo. Sobre todo porque ella continuaba cocinando para él y para el bar. La propia sirvienta se quejaba de «que doña Gabriela no la dejaba hacer nada». Apenas si podía lavar los platos, revolver un poco entre las cacerolas, o cortar la carne. Pero era Gabriela quién preparaba la comida, sin separarse del fogón. La desgracia sucedió una tarde clara, cuando él gozaba de perfecta tranquilidad de espíritu y se alegraba con la noticia, recién recibida, de que el «juego do bicho» se mudaba a una sala del centro comercial. Sólo le faltaba apurar la salida de los dos empleados de tienda. No tardarían en llegar, en un barco de la «Costera», o del «Lloyd», los encargos hechos a Río. Ya tenía albañil y pintor contratado para transformar el piso, sucio y dividido por tabiques, en una joya, una sala clara, con cocina moderna. Gabriela no había querido oír hablar de fogones de metal. Exigía uno de esos grandes fogones de ladrillos, que quemaban leña. Todo fue discutido con el albañil y con el pintor. Pues esa misma tarde agarró en flagrante delito a Pico-Fino, robando dinero de la caja. No se sorprendió, porque desde hacía algún tiempo Nacib venía desconfiando.

Pero perdió la cabeza, y le dio unos cuantos golpes:

—¡Ladrón! ¡Ratero!

Lo curioso es que no pensaba despedirlo. Le daría una lección para corregirlo, eso sí. Pero Pico-Fino, que cayera detrás del mostrador por efecto de las cachetadas, comenzó a insultarlo:

—¡Ladrón es usted, turco de mierda! ¡Falsificador de bebidas! ¡Que roba en las cuentas!

Lo siguió golpeando, pero ni aún así pensó en despedirlo. Lo agarró de la camisa, y le dio con alma y vida en la cara:

—¡Para que aprendas a no robar!

Lo soltó, y él saltó fuera del mostrador, insultando y llorando:

—¿Por qué no le va a pegar a su madre? ¿O a su mujer?

—Callate la boca o te voy a pegar de verdad.

—¡Venga a pegarme...! —huía en dirección a la puerta, gritando—. ¡Turco cabrón, hijo de puta! ¿Por qué no vigila a su mujer? ¿No le duelen los cuernos? Nacib se acercó, y consiguió agarrarlo:

—¿Qué es lo que estás diciendo?

Pico-Fino tuvo miedo de la cara del árabe: —Nada, don Nacib. Suélteme...

—¿Qué es lo que sabes? Hablá, o te parto la cara.

—Fue Chico-Pereza que me contó...

—¿Qué cosa?

—Que ella anda metida con don Tónico...

—¿Con Tónico? Cuenta todo, y rápido —lo agarraba con tanta fuerza que le había roto la camisa.

—Todos los días, después que sale de aquí, don Tónico se mete en su casa...

—Estás mintiendo, desgraciado.

—Todo el mundo lo sabe, se ríen de usted. Suélteme, don Nacib.

Largó la camisa y Pico-Fino salió corriendo. Nacib se quedó parado, ciego, sordo, sin movimientos, sin pensamientos. Así lo encontró Chico-Pereza al volver de la fábrica de hielo.

—Don Nacib... Don Nacib...

Don Nacib estaba llorando.

Puso a Chico-Pereza en confesión, en el reservado del póquer. Escuchaba, cubriéndose la cara con las manos. Chico hacía desfilar nombres, detalles. Desde el tiempo en que la contratara en el «mercado de los esclavos» venía ocurriendo. Tónico era reciente, bastante después del casamiento. A pesar de todo, él no creía, ¿por qué no podía ser todo una mentira?

Quería tener pruebas, ver con sus propios ojos.

Lo peor fue a la noche, teniéndola en la misma cama. No podía dormir. Cuando llegó, ella había despertado, sonriendo, lo había besado en el rostro. Él se arrancó del pecho herido unas palabras:

—Estoy muy cansado.

Se dio vuelta para el otro lado, y apagó la luz. Alejábase del calor de su cuerpo, acostado en el borde mismo de la cama. Ella se acercó, procurando colocar la nalga bajo su pierna. No durmió en toda la noche, demasiado dolorido para interroglarla, para saber la verdad de su boca, para matarla allí mismo como debía hacerlo un buen ilheense. Después de matarla, ¿ya no sufriría? Era un dolor sin límites lo que sentía, un vacío por dentro.

Como si le hubieran arrancado el alma.

Al otro día fue temprano al bar. Pico-Fino no apareció. Chico-Pereza trabajaba sin mirarlo, desapareciendo por los rincones. Poco antes de las dos de la tarde, Tónico apareció, bebió su «amargo», y halló que Nacib estaba de mal humor.

—¿Disgustos en casa?

—No. Todo está bien.

Contó en el reloj quince minutos después de la salida de Tónico. Sacó el revólver del cajón, lo metió en el cinturón, y se dirigió a su casa.

Chico-Pereza le dijo a Juan Fulgencio, todo afligido, en seguida:

—¡Venga, don Juan! ¡Don Nacib fue a matar a doña Gabriela y a don Tónico!

—¿Qué historia es ésta?

Le contó todo en pocas palabras y Juan Fulgencio echó a correr hacia allá. Apenas dobló la iglesia oyó los gritos de doña Arminda. Tónico venía corriendo, hacia el lado de la playa, con el saco y la camisa en la mano, el torso desnudo.

De cómo el árabe Nacib rompió la antigua ley y renunció, con honra, a la benemérita cofradía de San Cornelio, o de cómo la señora Saad volvió a ser Gabriela

Desnuda, extendida en la cama de matrimonio, Gabriela sonreía. Desnudo, sentado en la orilla de la cama, Tónico, con los ojos espesos de deseo. ¿Por qué no los había matado Nacib? ¿No era ésa, acaso la antigua ley, cruel e indiscutida? ¿Escrupulosamente cumplida siempre que se presentaba la ocasión y la necesidad? El honor de un marido engañado, sólo se lava con la sangre de los culpables. No hacía todavía un año que el «coronel» Jesuíno Mendonza la había puesto en práctica... ¿Por qué no los había matado? ¿No había pensado hacerlo la noche anterior, en la cama, cuando sintió la nalga en fuego de Gabriela quemando su pierna? ¿No había jurado hacerlo? ¿Por qué no lo había hecho, entonces? ¿No tenía el revólver en la cintura, no lo había sacado del cajón del mostrador? ¿No quería seguir mirando a sus amigos de Ilhéus con la cabeza bien alta? Sin embargo, no lo había hecho. Se engañaron si creyeron que fue por cobardía. No era cobarde, y varias veces lo demostró. Se engañaron quienes pensaron que no tuvo tiempo. Tónico había salido corriendo hacia el huerto, saltando la pared baja, vistiéndose los pantalones sin calzoncillos por el corredor de la escandalizada doña Arminda, después de haber balbuceado, tartamudeante:

—¡No me mate, Nacib! Estaba dándole sólo algunos consejos...

Nacib ni se acordó del revólver, extendió la mano pesada y ofendida, y Tónico rodó de la orilla de la cama para luego ponerse en pie de un salto, manotear sus cosas de encima de una silla y desaparecer. Había tiempo de sobra para disparar, y sin peligro de errar el tiro. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué, en vez de matarla, apenas si la castigó silenciosamente, sin una palabra, con golpes que dejaban manchas de un violáceo oscuro sobre su carne color de canela?

Ella tampoco habló, no dio un grito, no soltó un sollozo, llorando en silencio recibía su castigo callada. Él todavía continuaba golpeando cuando Juan Fulgencio llegó y ella se cubrió con la sábana. Tuvo tiempo de sobra para matarla. Se engañaban quienes pensaron que fue por exceso de amor, por demasiado cariño. En aquel momento Nacib no la amaba. No la odiaba, tampoco. La golpeaba mecánicamente como para relajar los nervios, por todo lo que sufriera en la tarde y en la noche de la víspera, y en aquella misma mañana. Estaba vacío, sin nada por dentro, vacío como un florero sin flores. Sentía dolerle el corazón, como si alguien le clavase despacito un puñal.

No sentía odio ni amor.

Dolor, solamente.

No mató porque su naturaleza no era de las que matan. Todas aquellas terribles

historias de Siria que él contaba, eran mentiras. Con rabia podía golpear. Y castigaba sin piedad como cobrándose una deuda, una cuenta atrasada. Pero no podía matar.

Obedeció silencioso cuando Juan Fulgencio llegó, y asegurando su brazo, le dijo:

—Basta, Nacib. Venga conmigo.

Se detuvo en la puerta del cuarto, y habló en voz baja, de espaldas:

—Vuelvo a la noche. No quiero encontrarte aquí.

Juan Fulgencio lo llevó a su casa.

Al entrar, hizo una señal a su esposa, para que los dejara solos. Sentáronse en la sala llena de libros; el árabe escondía la cabeza entre las manos. Quedó mucho tiempo en silencio, después preguntó:

—¿Qué hago ahora, Juan?

—¿Qué es lo que quiere hacer?

—Irme de Ilhéus. Aquí ya no puedo vivir.

—¿Por qué? No veo la razón.

—Lleno de cuernos. ¿Cómo puedo vivir?

—¿Va a abandonarla, de verdad?

—¿No oyó lo que le dije? ¿Por qué me lo pregunta? ¿Por qué no la maté? ¿Por eso piensa que voy a continuar casado con ella...? ¿Sabe por qué no la maté? Porque nunca supe matar... Ni siquiera a una gallina... Ni a escarabajos del campo. Nunca pude matar ni a los bichos dañinos.

—Pienso que usted hizo muy bien; matar por celos es una barbaridad. Solamente en Ilhéus todavía sucede eso. O entre gente poco civilizada. Usted hizo muy bien.

—Me voy de Ilhéus...

La esposa de Juan Fulgencio apareció en la puerta de la sala, avisando:

—Juan, hay gente que te busca.

Don Nacib, voy a traerle un cafecito.

Juan Fulgencio demoró un rato. Nacib ni siquiera probó el café. Estaba vacío por dentro, no tenía hambre ni sed, apenas dolor. El librero apareció, buscó un libro en el estante, y dijo:

—De aquí a un minuto vuelvo.

Volvió para encontrarlo en la misma posición, con la mirada perdida. Se sentó a su lado, y puso la mano sobre su pierna:

—Irse ahora de Ilhéus, me parece una de las estupideces mayores.

—¿Cómo puedo quedarme? ¿Para que se rían de mí?

—Nadie va a reírse...

—Usted, no, porque es bueno. Pero, los otros...

—Dígame una cosa, Nacib ¿si en vez de ser su esposa, fuera su amante, le importaría lo mismo?

Nacib pesó la pregunta, reflexionando:

—Ella era todo para mí. Por eso me casé, ¿recuerda?

—Me acuerdo. Y hasta le avisé.

—¿A mí?

—Acuérdese. Le dije: hay ciertas flores que se marchitan en los floreros.

Era verdad, nunca se había acordado de aquello. No le había dado importancia. Pero ahora comprendía. Gabriela no había nacido para floreros, para casamiento y marido.

—¿Pero, si fuese solamente su amante? —continuaba el librero—. ¿Usted se iría de Ilhéus?

No hablo del sufrimiento, uno sufre cuando quiere mucho, no por estar casado. Cuando se es casado uno mata, parte.

—Si fuese solamente mi amante, nadie iba a reírse de mí. Con los golpes bastaba. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Pues sepa que usted no tiene ningún motivo para irse. Gabriela, ante la ley, nunca pasó de ser su manceba.

—Me casé con ella ante juez y todo. Usted mismo asistió al casamiento.

Juan Fulgencio tenía un libro en la mano, lo abrió en una página:

—Éste es el Código Civil. Oiga lo que dice el artículo 219, parágrafo primero, capítulo VI, del libro I. Es el derecho de familia, en la parte del casamiento. Lo que voy a leerle se refiere a dos casos de anulación de casamiento. Vea: aquí dice que un casamiento es nulo cuando hay error esencial de persona.

Nacib escuchaba sin gran interés, no entendía nada de aquello.

—Su casamiento es nulo y anulable, Nacib. Basta que usted lo quiera, y no solamente dejará de estar casado sino que será como si nunca lo hubiese estado. Como si hubiese estado solamente amancebado.

—¿Cómo es eso?, explíqueme bien —se interesó el árabe.

—Escuche: —leyó— «Considérase error esencial sobre la persona de un cónyuge lo que respecta a la identidad del otro, su honra y buena fama, siendo ese error tal que su conocimiento ulterior torna insoportable la vida en común del cónyuge engañado». Yo me acuerdo que cuando me anunció el casamiento, me contó que ella no sabía su apellido ni la fecha de su nacimiento...

—Nada. No sabía nada...

—Y Tónico se ofreció para conseguir los papeles necesarios.

—Los hizo todos en la escribanía.

—¿Y entonces? Su casamiento es nulo, hubo error esencial de persona. Pensé en eso cuando llegamos. Después apareció Ezequiel, tenía que tratar un asunto conmigo. Aproveché para consultarlo. Yo tenía razón. Falta sólo probar que los documentos eran falsos y ya no estará casado. Ni nunca fue casado. No pasó todo de amancebamiento.

—¿Y cómo voy a probarlo?

—Es necesario hablar con Tónico, con el juez.

—¡Nunca más vuelvo a hablar con ese tipo!

—¿Quiere que yo me ocupe de eso? De hablar con él, quiero decir. De la parte jurídica puede ocuparse Ezequiel, si usted quiere. Él ya se ofreció.

—¿Él ya sabe?

—No se preocupe con eso. ¿Quiere que yo me ocupe del asunto?

—No sé como agradecerle.

—Entonces, hasta luego. Quédese aquí mismo, lea un libro —golpeó el hombro del árabe—. O llore, si tiene ganas. No es vergüenza llorar.

—Voy a salir con usted.

—¡No señor! ¿Para ir adónde? Quédese aquí, esperando. Vuelvo en seguida.

No fue tan fácil como creyera Juan Fulgencio. Primero tuvo que poner en hora los relojes, con Ezequiel. El abogado se negaba a conversar con Tónico, a hacer las cosas amigablemente.

—Lo que quiero es mandar a ese tipo a la cárcel. Voy a hacer que sea juzgado por falsario. Él, el hermano y su padre anduvieron diciendo horrores de mí. Va a tener que irse de Ilhéus. Voy a hacer un escándalo...

Juan Fulgencio terminó por convencerlo.

Fueron juntos a la escribanía. El notario todavía estaba pálido, los miraba inquieto, con una sonrisa amarilla, y sus bromas no tenían gracia:

—Si no me apuro, el turco es capaz de agujerearme con los cuernos...

Me pegué un susto bárbaro...

—Nacib es mi representado, le pido que lo trate con respeto —exigió Ezequiel, muy grave.

Discutieron el asunto. Tónico, al principio, se opuso categóricamente a cualquier acuerdo. No era el caso, decía, de anulación. Los documentos aunque falsos, habían sido aceptados como verdaderos. Nacib se había casado hacía unos cinco meses, sin protestar. ¿Y cómo habría él, Tónico, de confesar públicamente que falsificó papeles? Ya no se estaba en los tiempos del viejo Segismundo, que vendía certificados de nacimiento y de escritura de tierras. Ezequiel se encogió de hombros, diciendo a Juan Fulgencio:

—¿No le dije?

—Tónico, eso puede arreglarse —dijo Juan Fulgencio—. Vamos a conversar con el Juez.

Encontraremos un camino para contornear la situación, para que la falsificación de papeles no llegue a conocimiento del público. O, por lo menos, para que usted no aparezca como culpable. Se puede decir que usted actuó de buena fe, que fue engañado por Gabriela. Se inventa una historia cualquiera. Eso es, al final de cuentas,

lo que se llama civilización ilheense, que fue construida en base a documentos falsos... Pero Tónico todavía se resistía. No deseaba ver su nombre mezclado en eso.

—Mezclado, usted ya está, mi amigo —dijo Ezequiel—. Enterrado de cabeza. Una de dos: o usted se pone de acuerdo y va con nosotros a ver al Juez, para arreglar todo amigable y rápidamente, o bien hoy mismo inicio el proceso, en nombre de Nacib. Anulación de casamiento, por error esencial de persona, debido a documentación falseada por usted. Falseada para casar a su amante, quien continuó gozando sus favores después, con un hombre bueno e ingenuo de quien se decía amigo. Usted entra en el caso por dos puertas: la de la falsificación y la del adulterio. Y, en ambas, con premeditación. Es un lindo caso.

Tónico casi perdió el habla.

—Ezequiel, por favor, ¿quiere desgraciarme? Juan Fulgencio completaba:

—¿Qué dirá doña Olga? ¿Y su padre, el «coronel» Ramiro? ¿Lo pensó bien? Él no resistirá el escándalo, morirá de vergüenza, y usted será el culpable. Le estoy avisando porque no quiero que eso suceda.

—¿Por qué me metí en esto, Dios mío? Sólo conseguí los papeles para ayudar. Todavía no tenía nada con ella...

—Venga con nosotros al Juez, es mejor para todo el mundo. Si no, le aviso lealmente, la historia saldrá todita mañana en el «Diario de Ilhéus». Escrita por mí, para que usted no haga el papel de galán. Por mí, Juan Fulgencio...

—Pero Juan, siempre fuimos amigos...

—Ya lo sé. Pero usted abusó de Nacib. Si fuese con la mujer de otro, no me importaba.

Soy amigo de él y también de Gabriela. Usted abusó de los dos. O usted concuerda con nosotros, o lo voy a cubrir de vergüenza, a ponerlo en ridículo. Con la situación política como está, usted no podrá quedarse en Ilhéus.

Toda la soberbia de Tónico se vino abajo. El escándalo lo horrorizaba. Tenía miedo de que doña Olga se enterara, de que el padre supiera todo. Lo mejor, realmente, era pasar el mal trago, ir a ver al Juez y contarle de la falsificación de papeles.

—Hago lo que quieran. Pero, por el amor de Dios, vamos a arreglar este asunto de los papeles de la mejor manera posible. Finalmente, somos amigos. El Juez se divirtió inmensamente con todo aquello: —¿Así, Tónico, que por delante éramos muy amigos del árabe, y por detrás, le poníamos los cuernos? También yo anduve interesado en ella pero, después que se casó, no pensé más. Mujer casada, tiene mi respeto.

En el fondo, como pasaba con Ezequiel, era un poco a disgusto que aceptaba conceder la anulación discretamente, sin procesar a Tónico, dejándolo como un funcionario honesto y de buena fe, engañado por Gabriela, apareciendo como una

víctima. No simpatizaba con él, desconfiaba que el galante notario también hubiese adornado su cabeza, en los tiempos de Prudencia, que fuera durante casi dos años manceba del magistrado. En cambio, gustaba de Nacib, y quería ayudarlo. Cuando estaban saliendo, el Juez preguntó:

—¿Y ella? ¿Qué irá a hacer, eh? Ahora está libre y sin compromiso. Si yo no estuviera tan bien servido... Además, ella debe venir a hablarme. Todo depende de ella. Porque, si no está de acuerdo...

Juan Fulgencio, antes de volver a su casa, fue a ver a Gabriela. Doña Arminda la había recogido. Ella estaba de acuerdo en todo, no quería nada, ni siquiera se quejaba de los golpes, apenas elogiaba a Nacib:

—Don Nacib es muy bueno... Yo no quería ofender a don Nacib...

Fue así que, con un proceso de anulación de casamiento cuyos trámites corrieron velozmente, y la petición inicial de la sentencia en brevísimo tiempo, el árabe Nacib se encontró nuevamente soltero, habiendo sido casado sin estarlo realmente, y, habiendo pertenecido a la Cofradía de San Cornelio sin pertenecer realmente a la ludibriada y benemérita sociedad de los maridos engañados. Fue así que la señora Saad volvió a ser Gabriela.

Amor de Gabriela

En la Papelería Modelo comentaban el caso. Ño-Gallo decía:

—¡Qué solución genial! ¿Quién podría imaginar que Nacib fuese un genio? Antes me gustaba y ahora me gusta más. Ilhéus posee, finalmente, un hombre civilizado.

El Capitán preguntaba:

—Juan Fulgencio, ¿cómo explica usted el carácter de Gabriela? Por lo que usted cuenta, ella gusta de Nacib. Lo quería y continúa queriéndolo. Usted dice que la separación es para ella mucho más dura que para él. Que el hecho de ponerle los cuernos no significa nada. ¿Cómo así? ¿Si gustaba de él, por qué lo engañaba? ¿Qué explicación me da usted?

Juan Fulgencio miraba la calle en movimiento, veía a las hermanas Dos Reis envueltas en mantillas, sonreía: —¿Para qué explicar? Nada deseo explicar, porque explicar es limitar. Es imposible limitar a Gabriela, diseccionar su alma.

—Cuerpo hermoso, alma de pajarito. ¿Tendrá alma? Josué pensaba en Gloria.

—Alma de criatura, tal vez —el Capitán trataba de entender.

—¿De criatura? Puede ser. ¿De pajarito? Idiotez, Josué. Gabriela es buena, generosa, impulsiva, pura. De ella pueden enumerarse cualidades y defectos, pero explicarla, jamás. Hace lo que ama, se niega a lo que no le agrada. No quiero explicarla. Me basta con verla, con saber que existe.

En la casa de doña Arminda, inclinada sobre la costura, todavía amoratada por los golpes, Gabriela piensa. Por la mañana saltó el muro, antes de que llegara la sirvienta, entró en la casa de Nacib, barrió y limpió. ¡Tan bueno, don Nacib! Le pegó, porque estaba con rabia. La culpa era de ella, ¿por qué aceptó casarse? Ganas de salir con él por la calle, del brazo, de tener alianza en el dedo. Miedo, tal vez, de perderlo, de que un día él se casara con otra, y la echara. Fue por eso, ciertamente. Hizo mal, no debió aceptar. ¡Antes, todo era alegría!

Le pegó con rabia, tenía derecho hasta de matarla. Mujer casada que engaña al marido sólo merece morir. Todo el mundo se lo decía, doña Arminda también se lo dijo, el Juez lo confirmó; era así mismo. Ella merecía morir. Él era bueno, apenas si le había dado una paliza y expulsado de la casa. Después, el Juez le preguntó si ella no ponía inconvenientes para deshacer el casamiento, para hacer como si nunca se hubiera casado. Le había avisado que así no tendría derecho a nada del bar, sobre el dinero en el Banco o la casa en que viviera. Dependía de ella. Si no aceptaba, el caso demoraría en la justicia, nadie sabía donde podría ir a terminar el proceso. Si ella estaba de acuerdo... No quería otra cosa.

El Juez le explicó: era como si nunca hubiera estado casada. Mejor no podía ser... Porque, siendo así, no había motivos para que don Nacib sufriera tanto, para que don Nacib se ofendiera. Los golpes no le importaban... Aunque la matase, no moriría con

rabia, porque él tenía razón. Lo que le importaba era sentirse expulsada de la casa, no poder verlo, no poder sonreírle, escucharlo hablar, sentir su pierna pesada encima de su nalga, sus bigotes haciéndole cosquillas en el cuello, las manos tocando su cuerpo, los senos, los muslos, el vientre. Sentir el pecho de don Nacib, como una almohada. Le gustaba adormecerse con el rostro descansando en los pelos del ancho pecho amigo. Cocinar para él, y oírlo luego elogiar su comida sabrosa. ¡De los zapatos sí que no gustaba! Ni de ir a hacer visitas a las familias de Ilhéus. Ni de las fiestas, de los vestidos caros, de las alhajas de verdad, que costaban tanto dinero. ¡No le gustaba nada de eso, no! Pero gustaba de don Nacib, de la casa en la ladera del huerto de guayabas, de la cocina y de la sala, del lecho del dormitorio.

El Juez le había dicho: unos días más y ya no estaría casada, y nunca lo habría sido. Nunca lo habría sido... ¡Qué divertido! Era el mismo Juez que la casó, aquél que antes le había querido poner casa. Ahora mismo le habló de eso. No quería, no... viejo sin gracia... pero buena persona. Ya no estaría casada, y sería como si nunca lo hubiera estado, ¿por qué no podía volver a la casa de don Nacib, al cuartito del fondo, para cuidar de la cocina, de la ropa lavada, de la limpieza de la casa? Doña Arminda le dijo que don Nacib jamás volvería a mirarla, a decirle «buen día», a hablar con ella. Pero ¿por qué todo eso, si ya no estaban casados, si nunca lo habían estado? Algunos días más... dijo el juez. Había quedado pensando: ahora podía volver otra vez con don Nacib. No había querido ofenderlo, no había querido lastimarlo. Pero lo ofendió porque era casada, lo lastimó porque se acostaba con otro en su cama siendo casada. Un día se dio cuenta que él tenía celos. ¡Un hombre tan grande, qué gracioso! Anduvo con cuidado desde entonces, con mucho cuidado, porque no quería que él sufriera. Cosa más tonta, que no tenía explicación: ¿por qué los hombres sufrían tanto cuando la mujer con la que se acostaban, se acostaba también con otro? Ella no lo comprendía. Si don Nacib quería, por ella bien que podía ir a acostarse con otra, ¡ir a dormir en los brazos de esa otra! Ella sabía que Tónico dormía con algunas, doña Arminda le había contado que él tenía muchas mujeres. Pero, si era lindo acostarse con él, jugar con él en la cama, ¿por qué exigir que fuese solamente de ella? No entendía eso, no. Gustaba dormir en los brazos de un hombre. No de cualquiera. De un mozo lindo sí, como Clemente, como Tónico, como Nico, como Bebito, ¡ay!, como Nacib. Si el mozo también quería, si la miraba pidiéndoselo, si le sonreía, si la pellizcaba, ¿por qué negarse, por qué decir que no? ¿Si los dos estaban queriendo, tanto uno como otro? ¡No veía porqué! Era lindo dormir en los brazos de un hombre, sentir el estremecimiento de su cuerpo, la boca mordiendo, morir en un suspiro. Que don Nacib se enojara, que quedara con rabia, siendo casada, eso lo entendía. Había una ley, eso no estaba permitido.

Sólo el hombre tenía derecho, la mujer no. Ella lo sabía, pero ¿cómo resistir? Tenía ganas, en ese momento lo hacía sin acordarse que no estaba permitido. Tomaba

cuidado para no ofenderlo, para no lastimarlo. Pero nunca pensaba que iba a ofenderlo tanto, que tanto lo iba a lastimar. Dentro de pocos días el casamiento habría acabado, acabado por delante y por detrás ¿por qué don Nacib continuaría con rabia? De algunas cosas ella gustaba, y hasta demasiado: del sol de la mañana, antes de que comenzara a calentar mucho. Del agua fría, de la playa blanda, de la arena y del mar. Del circo, del parque de diversiones. También del cine. De las guayabas y «pitangas». De las flores, de los animales, de cocinar, de comer, de caminar por la calle, de reír y conversar. No de estar con señoras infladas. Pero más que de nada, gustaba de mozos guapos, de dormir en sus brazos, gemir, suspirar. De esas cosas sí que gustaba. Y de don Nacib. Gustaba de él con una manera diferente de gustar. Para gemir con él en la cama, besar, morder, suspirar, morir y de nuevo renacer... Pero también para dormir de verdad, soñando con el sol, con el gato enojado, con la arena de la playa, la luna del cielo, y la comida para hacer. Sintiendo en sus nalgas el peso de la pierna de don Nacib. De él gustaba, gustaba de más, y ahora sentía su falta, se escondía detrás de la puerta para verlo llegar. Volvía muy tarde, casi siempre borracho. ¡Cómo le gustaría tenerlo otra vez entre sus brazos, reclinar sobre su pecho la cabeza hermosa, oírlo decirle cosas de amor en una lengua extranjera, escuchar su voz llamándola: «Bié»! Sólo porque la había encontrado en la cama, sonriéndole a Tónico. ¿Qué importancia tenía eso, por qué sufrir tanto si ella se acostaba con un mozo? No le sacaba ningún pedazo, no quedaba diferente, gustaba de él de la misma manera, y más no podía ser. ¡Ay, más no podía quererlo!

Dudaba que existiera en el mundo mujer que quisiera tanto a un hombre, para dormir con él y para con él vivir, fuese hermana, fuese hija, madre, concubina o casada, como ella quería a don Nacib. ¿Tanto lío, todo ese ruido, sólo porque la había encontrado con otro? No por eso gustaba menos de él, lo quería menos, o sufría menos porque él no estaba. Doña Arminda juraba que don Nacib jamás volvería, jamás estaría de nuevo en sus brazos. Quería, por lo menos, cocinar para él. ¿Dónde iría a comer? Y para el bar, ¿quién prepararía dulces y saladitos? ¿Y el restaurante que estaba por abrirse? Quería, por lo menos, cocinar para él.

Y quería, ¡cómo lo quería!, verlo sonreír con su rostro tan bueno, con su cara tan linda. Sonreír junto a ella, tomarla entre sus brazos, decirle «Bié», rozar con sus bigotes su cuello perfumado. No había en el mundo, mujer que quisiera tanto a un hombre, que con tanto amor suspirase por su bienamado como suspira, muerta de amor, Gabriela por su Nacib.

En la Papelería continuaba la discusión.

—La fidelidad es la mayor prueba de amor —decía Ño-Gallo.

—Es la única medida por la que se puede calcular las dimensiones de un amor —apoyaba el Capitán.

—El amor no se prueba ni se mide. Es como Gabriela. Existe, eso sí —dijo Juan

Fulgencio—. El hecho de que no se comprenda ni se explique una cosa no acaba con ella. No sé nada de las estrellas, pero las veo en el cielo; son la belleza de la noche.

De la vida sorprendente

Aquella primera noche en la casa sin Gabriela, vacía de su presencia, fue dolorosa de recordaciones. En vez de esperarlo su sonrisa, fue la humillación lastimándolo, la certeza de que no se trataba de una pesadilla, de que había acontecido en verdad aquella cosa imposible, jamás imaginada. La casa, vacía sin Gabriela, estaba llena de recuerdos y de sentimientos. Veía a Tónico sentado a la orilla de la cama. Quedaba la rabia, la tristeza, la certeza de que todo había terminado, que ella ya no estaba, que era de otro, que nunca más la tendría. Noche cansada, fatigante como si él cargase todo el peso de la tierra, y larga como el fin del mundo. Parecía no acabar más. Y siempre aquel dolor hondo, aquel vacío, sin saber qué hacer, sin saber para qué vivir, para qué trabajar. ¡Los ojos secos de lágrimas, el pecho abierto a puñaladas! Sentado a la orilla de la cama, no podía dormir. Nunca más dormiría en esa noche recién comenzada, noche que iba a durar la vida entera. De Gabriela había quedado, enraizado en las sábanas, en el colchón, su perfume a clavo. Dentro de su nariz. No podía mirar la cama porque la veía, acostada, desnuda; veía los senos erguidos, la curva de las nalgas, la sombra velluda de los muslos, el vientre firme. Su color de canela donde Nacib dejara en los hombros, en el pecho, la marca violácea de sus labios. El día había acabado para siempre, aquella noche en su pecho duraría toda la vida, caerían marchitos para siempre sus bigotes, un sabor amargo quedaría para siempre en su boca amarga, no volvería a sonreír, ¡jamás! Algunos días después ya sonreía, oyendo, en el Vesubio, a Ño-Gallo imprecicar contra los sacerdotes. Las primeras semanas sí que fueron difíciles. Semanas vacías de todo, plenas de su ausencia. Cada cosa, cada persona la traían de vuelta. Miraba el mostrador, y allá la veía, de pie, con una flor detrás de la oreja. Miraba la iglesia y la veía llegando, los pies perdidos en las chinelas. Veía a Tuísca y hela ahí, danzando en la ronda, cantando canciones. Llegaba el Doctor, hablaba de Ofenisia, y él escuchaba a Gabriela. El Capitán y Felipe jugaban, y su risa cristalina parecía sonar en el bar. Y peor era en la casa: en cada rincón creía descubrirla, cocinando en el fogón, sentada al sol, en el marco de la puerta, mordiendo guayabas en el huerto, apretando la cara del gato contra su rostro, mostrando el diente de oro, esperándolo bajo el claro de luna en el cuartito de los fondos. No percibía la particularidad de esos recuerdos que lo acompañaban durante semanas, en el bar, en la calle, en la casa: que jamás la recordaba en los tiempos de casados (o de amancebados, como explicaba a los demás; no fue más que amancebamiento). Sólo recordaba a la Gabriela de antes, la de aquellos primeros tiempos. Hacían sufrir pero eran dulces recordaciones. De vez en cuando, sin embargo, un recuerdo venía a herir su pecho, su orgullo de macho (pues ya no podía herirlo en su honor de marido, de marido ya no era, nunca lo fue), y él la veía en los brazos del otro. Difíciles primeras semanas, vacías, en que él estuvo

muerto por dentro. De la casa al bar, del bar a la casa. A veces iba a conversar con Juan Fulgencio, a oírlo hablar de asuntos diversos.

Un día, sus amigos lo llevaron, casi en andas, al nuevo cabaret. Bebió mucho, demasiado. Pero tenía una resistencia brutal, y no se emborrachó del todo. Volvió a la siguiente noche. Conoció a Rosalinda, una rubia llegada de Río, lo opuesto a Gabriela. Recomenzaba a vivir, lentamente la olvidaba. Lo más difícil fue dormir con otra mujer. Metida en el medio, allá estaba Gabriela. Sonriendo. Estirándole los brazos, poniendo la nalga bajo su pierna, recostando la cabeza en su pecho. Ninguna tenía su gusto, su olor, su calor, su morir y matar. Pero aún eso fue pasando, de a poco, Rosalinda le recordaba a Risoleta, experta en el amor. Ahora todas las noches iba a buscarla, a no ser cuando ella debía dormir con el «coronel» Manuel das Onzas, que le pagaba la habitación y la comida en casa de María Machadão. Una noche faltó un participante en la rueda de póquer. Tomó los naipes y jugó hasta tarde. Comenzó nuevamente a sentarse en las mesas, a conversar con los amigos, a disputar partidos de damas y «gamão». A comentar las noticias, a discutir la política, a reír de los cuentos, y a contarlos también. A decir que en la tierra de su padre era aún peor, porque todo lo que sucedía en Ilhéus; también sucedía allá pero en mayor proporción. Ya no creía verla en el bar, ya podía dormir en su lecho, apenas si sentía aún su olor a clavo. Nunca había sido tan invitado a almuerzos, cenas, comidas en casa de María Machadão, farras con mujeres en los cocoteros del Pontal. Como si gustasen más de él, lo estimaran más y más lo consideraran. ¡Nunca lo hubiera imaginado! Había quebrado la ley. En vez de matarla, la había dejado irse en paz. En vez de disparar unos tiros sobre Tónico, se había contentado con una bofetada. Imaginaba su vida, de ahí en adelante, como un infierno. ¿No habían hecho eso con el doctor Felismino? ¿No le habían retirado el saludo? ¿No lo bautizaron «Buey Manso»? ¿No lo obligaron a irse de Ilhéus? ¡Y todo porque el médico no había matado a la mujer y al amante, porque no cumplió la ley! Verdad es que él, Nacib, anuló su casamiento, borró el pasado y el presente. Pero nunca esperó que comprendiesen y aceptasen. Había tenido la visión del bar desierto, sin parroquianos, de los amigos negándose a estrechar su mano, de las risas de mofa, de los golpecitos en las espaldas de Tónico, felicitándolo, mientras se burlaban de Nacib. Nada de eso sucedió. Por el contrario. Nadie le hablaba del asunto y cuando, casualmente, se referían a él, era para alabar su malicia, su habilidad, la manera en que saliera de semejante embrollo. Reían y se burlaban, sí, pero no de Nacib sino de Tónico, ridiculizando al notario, deshaciéndose en elogios sobre la sabiduría del árabe. Tónico habíase mudado al «Trago de Oro», con su aperitivo diario. Pero hasta el propio Plinio Aracá había encontrado la manera de restregarle por la cara la jugada que Nacib le hiciera. Sin hablar de la bofetada. Fue glosada en prosa y en verso, y Josué había compuesto un epigrama. De Gabriela nadie hablaba. Ni bien ni mal, como si ella estuviera más allá

de todo comentario o como si no existiera más. No levantaban la voz contra ella, y algunos hasta la defendían. Al final de cuentas, una manceba con casa montada tiene un poco el derecho de divertirse. No siendo casada, no tenía importancia.

Ella continuaba en casa de doña Arminda. Nacib no había vuelto a verla. Por la partera había sabido que ella cosía para el floreciente taller de Dora. Y por otros sabía de las ofertas que llovían sobre ella, en recados, cartas o esquelas. Plinio Aracá le mandó decir que fijara el sueldo que quisiera. Manuel das Onzas le rondaba nuevamente. También Ribeirito. El Juez estaba dispuesto a romper con su concubina, y ponerle una casa. Según se decía, hasta el árabe Maluf, aparentemente tan serio, era candidato. Cosa rara: no había propuesta capaz de tentarla. Ni casa, ni cuenta en la tienda, ni plantación de cacao, ni dinero contante y sonante. Cosía para Dora. Había sido un serio perjuicio para el bar. La sirvienta hacía una comida sin gusto. Los saladitos y los dulces venían, una vez más, de la casa de las hermanas Dos Reís, careras como ellas solas. Y haciéndolo como de favor, todavía. Nacib no encontraba cocinera. Pensando en el restaurante, mandó pedir una a Sergipe, pero aún no había llegado.

Tenía otro empleado, un muchachote llamado Valter, sin práctica, que ni sabía servir.

Fue un perjuicio enorme.

En cuanto al proyecto del restaurante, casi se lo lleva el diablo. Durante algún tiempo no se había preocupado con el bar ni con el restaurante. Los dos empleados se mudaron del piso de arriba cuando Nacib todavía se encontraba en aquella primera fase de desesperación, en que la ausencia de Gabriela era la única realidad que llenaba el vacío de sus días. Pero, al completarse el primer mes del piso desocupado, Maluf le mandó el recibo de alquiler. Pagó, y con eso volvió a pensar en el restaurante. Aún así, iba dejándolo de un día para otro. En una oportunidad, Mundinho Falcão le envió un recado, pidiéndole que fuera a verlo en su oficina de la casa exportadora. Fue recibido con demostraciones de mucha amistad. Mundinho hacía tiempo que no aparecía por el bar, ocupado en su campaña electoral por el interior. Una sola vez Nacib lo vio en el cabaret. Apenas si hablaron. Mundinho bailaba.

—¿Y Nacib, cómo va esa vida? ¿Siempre prosperando?

—Viviendo —y, para liquidar de una vez el asunto—. Ya debe saber lo que me sucedió. Soy un hombre soltero de nuevo.

—Me contaron. Formidable lo que usted hizo. Reaccionó como un europeo. Como un hombre de Londres o de París, —lo miraba con simpatía—. Pero, dígame una cosa, aquí, entre nosotros: todavía duele un poco por dentro, ¿no?

Nacib se sobresaltó. ¿Por qué le preguntaba eso?

—Sé como es eso —continuaba Mundinho—. Conmigo sucedió una cosa, no

digo parecida, pero en cierta forma semejante. Fue por eso que vine a Ilhéus. Con el tiempo, la herida cicatriza. Pero de vez en cuando, duele. Cuando amenaza llover, ¿no es cierto? Nacib asintió, reconfortado. Seguro de que hubiera sucedido con Mundinho Falcão un caso igual al suyo. Una mujer muy amada que lo traicionara con otro. ¿Habría habido, también, casamiento y descasamiento? Casi lo preguntó. Sentíase en buena compañía.

—Pues bien, mi amigo, quiero hablarle del restaurante. Ya debería estar inaugurado. Es cierto que las cosas encargadas a Río todavía no llegaron, pero están por llegar. Ya embarcaron en un «Ita». No quise molestarlo con eso, usted andaba desesperado, pero, ahora ya hace casi dos meses que los inquilinos se mudaron de ese piso. Es tiempo de ponernos a pensar en el negocio. ¿O usted ya desistió?

—No, señor. ¿Por qué habría de desistir? Claro que, al comienzo, no podía pensar. Pero, ahora, ya está todo en orden.

—Muy bien, entonces hay que seguir adelante. Mandar hacer la reforma del salón, y recibir los encargos de Río. A ver si podemos inaugurar a comienzos de abril.

—Puede quedar tranquilo.

De vuelta al bar, mandó llamar al albañil, al pintor, y a un electricista. Discutió los planes de la reforma, nuevamente lleno de entusiasmo, pensando en el dinero que iría a ganar. Si todo marchaba bien, dentro de un año, como máximo, podría comprar la soñada plantación de cacao.

En toda aquella historia, sólo su hermana y su cuñado se portaron mal. Vinieron a Ilhéus apenas se enteraron de la noticia. La hermana haciéndole la vida imposible con su «¿No te lo dije?». Y el cuñado con su anillo de doctor y un aire de hastío de quien sufre del estómago. Los dos hablando mal de Gabriela, dispuestos a condolerse de Nacib. Él, callado, con ganas de ponerlos de patitas en la calle.

La hermana revolvió los roperos, examinando los vestidos, los zapatos, las combinaciones, las enaguas, los chales. Ciertos vestidos jamás habían sido usados por Gabriela. La hermana exclamaba:

—Éste está nuevo, nunca fue usado. Me queda justito como para mí.

Nacib había roznado:

—Deja eso ahí. No revuelvas esas cosas.

—¡Y todavía eso! —se había ofendido la Saad de Castro—. ¿Acaso es ropa de santo? Volvieron a Agua Preta. La codicia de la hermana le recordaba el dinero gastado en vestidos, en zapatos, en joyas. Las alhajas bastaba con llevarlas adonde habían sido compradas, y devolverlas con una pequeña pérdida. Los vestidos podían ser vendidos en la tienda del tío. Lo mismo que los dos pares de zapatos nuevos, que nunca fueron calzados. Eso era lo que debería hacer. Pero, durante algún tiempo, se olvidó de la idea, sin fuerzas para mirar siquiera los roperos trancados.

Al día siguiente al de su conversación con Mundinho, metió las joyas en el

bolsillo del saco, hizo dos paquetes con los vestidos y con los zapatos, y pasó, primero por la joyería y luego por la tienda del tío.

De la «cobra-de-vidrio»

Al fin de la tarde, en aquel crepúsculo interminable de las plantaciones, cuando las sombras parecen fantasmas por efecto de las plantas, la noche llegando sin prisa como para prolongar el sofocante día de trabajo, Fagundes y Clemente terminaron de plantar.

—Listo, todo enterrado en la tierra —rio el negro—. Cuatro mil pies de cacao para que el «coronel» sea todavía más rico.

—Y para que uno pueda comprar un pedazo de tierra de aquí a tres años —respondió el mulato Clemente, cuya boca perdiera el gusto de sonreír. Después del fallado tiro a Aristóteles, de escuchar las recriminaciones de Melk («Pensé que sabías tirar. Pero no sirves para nada») oídas en silencio (¿qué podía responder? Había errado la puntería, ¿cómo habría sucedido eso?), recibida la pobre recompensa.

—Te contraté para liquidar al hombre, no para herirlo. Todavía soy demasiado bueno en pagarte.

Fagundes había aceptado ese trabajo con Clemente. Sobre su equivocación en la puntería, apenas había explicado al «coronel»:

—No había llegado el día destinado para que él muriera. Cada uno tiene su día, marcado allá arriba —señalaba el cielo.

El trabajo era derribar los árboles de unas tierras, prenderles fuego, trabajar el terreno, plantar cuatrocientas plantas de cacao por parcela, y cuidar de su crecimiento durante tres años. Entre los pies de cacao cultivaban mandioca, maíz, batata. De ese cultivo menudo deberían vivir durante los tres años. Al finalizar ese tiempo, por cada pie de cacao que hubiera crecido, el «coronel» les pagaría ciento cincuenta cruzeiros. Con ese dinero Clemente soñaba comprar un pedazo de tierra para poder tener su propia plantación. ¿Qué tierra podrían comprar con tan poco dinero? Una nadita, un pedacito de tierra mala. El negro Fagundes pensaba que, si los mentados barullos no comenzaban, sería difícil, muy difícil llegar a comprar un pedazo de tierra, por mala que fuese. Con la mandioca y el maíz, la batata y el «aipim», no conseguirían vivir. Apenas si comer. Para ir al poblado, dormir con una ramera, armar un barullo y pegar unos tiros al aire, no alcanzaba. Era necesario conseguir dinero adelantado. Al finalizar los tres años, recibirían el saldo, que a veces ni llegaba a la mitad del valor de trabajo. ¿Dónde estaban esos tumultos tan bien comenzados? La calma era tan grande, que ni se hablaba de ellos. Los hombres de Melk habían regresado con Fagundes, en una canoa, por la madrugada.

El «coronel» andaba sombrío, también él había perdido el gusto de reír. Fagundes sabía por qué. En la estancia todos lo sabían, por noticias oídas en Cachoeira do Sul. La hija, aquella orgullosa que Fagundes conociera, había llegado del colegio encaprichada con un hombre casado. La mujer es un bicho dañino, que revuelve la

vida de todo el mundo. Si no es la mujer de uno, es la hija o es la hermana. ¿No vivía Clemente, con la cabeza baja, matándose en el trabajo, sentándose en una piedra por la noche a la puerta de la casucha de barro cocido, mirando el cielo? Desde que supiera, por el negro Fagundes, recién llegado de Ilhéus, que Gabriela se había casado con el dueño del bar, y era ahora una señora de anillo en el dedo, que hasta tenía un diente de oro, y que mandaba sirvientas, estaba así.

El negro le había contado las peripecias de la fuga, la cacería en el cerro, la pared saltada, el encuentro con Gabriela casada, y como ella salvara su vida. Mientras ellos quemaban los pastos, haciendo huir a los animales salvajes, aterrados ante el fuego. Cerdos salvajes, «caititus», «pacas», venados, lagartijas y «Jacus», y un mundo de cobras: yaraarás, cascabeles, «surucucus». Tenían que andar con cuidado, porque por entre los pastos se escondían las cabezas traicioneras de las serpientes, listas para picar. Era muerte segura. Cuando estaban comenzando a plantar las frágiles plantas de cacao, el «coronel» lo había mandado llamar.

Golpeaba su bota con el rebenque, en la terraza de su casa. Con aquel rebenque había castigado a la hija, obligándola a huir. Miró al negro Fagundes con sus ojos pensativos y tristes, desde la fuga de Malvina, y habló con voz de rabia concentrada.

—¡A prepararse, negro! Un día de éstos te llevo de nuevo a Ilhéus. Voy a necesitar de hombres dispuestos en la ciudad.

¿Sería para matar al tipo que se había largado con su hija? ¿Para disparar sobre él, y quizá, sobre la muchacha? Era orgullosa, parecía una imagen de santo. Pero él, Fagundes, no mataba mujeres. ¿O serían los barullos, que irían a comenzar de nuevo?

Preguntó: —¿Hay lío otra vez? —rio—. Esta vez no voy a errar.

—Para los días de las elecciones. Se están acercando. Precisamos ganar, aunque sea con la boca de los rifles.

Buena noticia luego de tantos días de calma. Retornó a plantar con renovado ardor. El sol implacable era un chicote sobre el lomo. Y por fin habían terminado, cuatro mil plantas de cacao cubrían la tierra donde antes estuviera la selva virgen, asustadora. Volviendo a la casa, las azadas al hombro, Clemente y el negro Fagundes conversaban. El crepúsculo moría, la noche entraba plantación adentro, trayendo consigo a los lobisones, las «mulas sin cabeza», el alma de los muertos en las viejas celadas. Pasaban sombras por entre las plantas, las lechuzas abrían sus ojos nocturnos.

—Un día de éstos vuelvo a Ilhéus. ¡Allá sí que vale la pena! Hay tanta mujer en el «Pega-Duro», y cada una más linda que otra, ¡que hay que ver! Me voy a hartar de mujeres —se golpeaba la barriga negra, con el ombligo saltado—. Esta barriga se va a blanquear de tanto topar barriga blanca.

—¿Te vas a Ilhéus?

—Te lo dije el otro día. Fue el «coronel» que me avisó. Va a haber elección y

nosotros tenemos que ganar aunque sea con bala. Ya estoy avisado, sólo falta la orden para embarcar.

Clemente iba meditativo, como rumiando una idea. Fagundes decía:

—Esta vez voy a volver con dinero. No hay negocio mejor que garantizar elecciones.

Comes y bebes, tienes fiesta para festejar después que ganaste... Y el dinero corre para los bolsillos de uno que da gusto. Puedes darlo por seguro, esta vez voy a traer los pesos necesarios para meterlos, en un pedazo de tierra.

Parando en la sombra, el rostro en la oscuridad, Clemente pedía:

—Puedes hablar con el «coronel» para que también me lleve...

—¿Para qué quieres ir? No eres hombre de lucha... Lo que sabes hacer es labrar la tierra, es plantar y cosechar. ¿Para qué quieres ir?

Volvió a caminar Clemente, sin responder. Fagundes repitió:

—¿Para qué? —y recordó—: ¿Para ver a Gabriela? El silencio de Clemente era una respuesta. Las sombras crecían, no tardarían en aparecer «la mula de padre», venida del infierno, suelta por el campo, que pasaría corriendo, golpeando con sus cascos las piedras, y en vez de cabeza un fuego saliéndole por el cuello cortado.

—¿Qué vas a ganar, de qué te va a servir verla otra vez? Está hecha una señora casada, más bonita que nunca, sin que el casorio le haya cambiado el carácter, y hablando con uno como antes. ¿Para qué quieres verla? No vas a ganar nada.

—Para verla, solamente. Para verla otra vez, mirar su cara, sentir su perfume. Para verla reír otra vez.

—La tienes clavada en tu pensamiento. Piensas sólo en ella. Ya me di cuenta, y hablas de la tierra sólo por hablar. Después que te enteraste del casamiento. ¿Para qué la quieres ver?

Una «cobra de vidrio» salió de entre el yuyaje, corrió por el camino. En la sombra difusa, su largo cuerpo brillaba; era bonito verla, parecía un milagro en la noche campera.

Clemente se adelantó, bajó la azada y partió en tres pedazos a la «cobra de vidrio».

Con otro golpe le destrozó la cabeza.

—¿Por qué hiciste eso? No es venenosa... No hace mal a nadie.

—Es demasiado linda, sólo con eso ya hace mal. Caminaron en silencio un trecho más del camino. El negro Fagundes dijo:

—Uno no debe matar a las mujeres. Aunque la desgraciada nos destruya la vida para siempre.

—¿Quién habló de matar?

Él jamás lo haría, no tenía coraje, le faltaban las fuerzas. Pero era capaz de dar diez años de vida, hasta la esperanza de un pedazo de tierra propia, para verla una vez

más, una sola vez, para escuchar su risa. Era una «cobra de vidrio», no tenía veneno, pero sembraba aflicciones sólo pasando por entre los hombres como un misterio, como un milagro. En las ramas de los árboles, al fondo de la selva, el grito de las lechuzas parecía llamar a Gabriela.

De las campanas doblando a difuntos

Los bandidos no llegaron a bajar de las estancias. Ni los de Melk, ni los de Jesuíno, de Coriolano, de Amancio Leal, ni los de Altino, de Aristóteles o de Ribeirito. No fue necesario.

Aquella campaña electoral había tomado aspectos nuevos, inéditos para Ilhéus, Itabuna, Pirangi, Agua Preta, y para toda la región del cacao. Antes, los candidatos, seguros de la victoria, ni aparecían. Cuando mucho, visitaban a los «coroneles» más poderosos, dueños de la mayor extensión de tierra y del mayor número de plantas de cacao. Esta vez era diferente. Nadie tenía la seguridad de resultar elegido, era necesario disputar los votos. Antes los «coroneles» decidían, a las órdenes de Ramiro Bastos. Ahora todo era confuso; si bien Ramiro todavía mandaba en Ilhéus, daba órdenes al Intendente, en Itabuna quien mandaba era Aristóteles, su enemigo. Uno y otro apoyaban al gobierno del Estado. Y el gobierno, ¿a quién apoyaría después de las elecciones? Mundinho no permitió que Aristóteles rompiera con el gobernador. En los bares, en la Papelería Modelo, en las conversaciones en el puesto de pescado, se dividían las opiniones. Algunos afirmaban que el gobierno continuaría respaldando a Ramiro Bastos, que sólo reconocería a sus candidatos aunque éstos resultaran derrotados. ¿No era el viejo «coronel» uno de los sustentos de la posición estadual, no la había apoyado en momentos difíciles? Otros creían que el gobierno apoyaría a quien venciera en las urnas. El gobernador estaba finalizando su período, y el nuevo mandatario precisaría de ayuda para ejercer su mandato. Si Mundinho ganase, decían ellos, el nuevo gobernador lo reconocería, para así poder contar con Ilhéus e Itabuna.

Los Bastos ya no tenían ninguna fuerza, eran un lastre, que sólo servía para echarlos afuera. Unos terceros, creían que el gobierno trataría de marchar de acuerdo con ambas partes. No reconocería a Mundinho, dejando que el médico de Río continuase mamando del subsidio de diputado federal. Y en la Cámara Federal mantendría a Alfredo Bastos. En cambio, reconocería al Capitán, de cuya victoria nadie dudaba. El Intendente de Itabuna sería, naturalmente, el candidato de Aristóteles, un compadre suyo, que le permitiría continuar en el gobierno. Por otro lado, preveían, el gobierno ofrecería a Mundinho una vacante de senador estadual, para cuando Ramiro muriera. Que el viejo, por otra parte, ya había festejado sus ochenta y tres años...

—Ése va a alcanzar los cien ...

—Ya lo creo. Ese lugar de senador, me parece que Mundinho va a tener que esperarlo por mucho tiempo... Y así el gobierno quedaría bien con unos y con otros, y se reforzaría en el sur del Estado.

—Lo que va a hacer es quedar mal en los dos lados... Mientras la población conjeturaba y discutía, los candidatos de las dos fracciones se desdoblaban. Visitas,

viajes, bautismos en profusión, regalos, mitines, discursos. No pasaba un domingo sin que hubiera algún mitin en Ilhéus, en Itabuna, en los pueblos vecinos. El Capitán ya había pronunciado más de cincuenta discursos. Andaba con la garganta hecha polvo, afónico a causa de repetir retumbantes andanadas verbales. Prometiendo el oro y el moro, grandes reformas en Ilhéus, carreteras, mejoras, en suma, completar la obra iniciada por su padre, el inolvidable Cazuza de Oliveira. El doctor Mauricio no le iba en zaga. Mientras el Capitán hablaba en la plaza Seabra, él citaba la Biblia en la plaza Rui Barbosa. Juan Fulgencio afirmaba:

—Ya me sé todo el Viejo Testamento de memoria, de tanto escuchar los discursos de Mauricio. Si llega a ganar él, hijos míos, volverá a ser obligatoria la lectura a coro, diariamente y en la plaza pública, de la Biblia, dirigida por el padre Cecilio. Quien va a sufrir más es el padre Basilio. Todo cuanto él sabe de la Biblia es que el Señor dijo:

«Creced y multiplicaos».

Pero mientras el Capitán y el doctor Mauricio Caíres, reducían a la ciudad y a los pueblos y villas del municipio, Mundinho, Alfredo y Ezequiel viajaban a Itabuna, Ferradas, Macuco, recorriendo la zona del cacao, por cuanto dependían de los votos de toda la región. Hasta el doctor Víctor Melo, asustado con las noticias llegadas de Río, que señalaban como improbable su reelección, había embarcado en un «Ita» para Ilhéus, renegando de esa rebelde gente del cacao. Abandonando su elegante consultorio, donde trataba los nervios de las señoras distinguidas, dejando nostálgicas a las francesas del «Asirio», y a las coristas de las compañías de revistas, no sin antes protestar, en la Cámara, ante Emilio Mendes Falcão, su colega del Partido Republicano, diputado por San Pablo.

—¿Quién es ese pariente suyo que resolvió disputar mi banca en Ilhéus? ¿Un tal Mundinho, lo conoce?

—Es mi hermano más joven. Ya me enteré.

Se alarmó entonces el diputado por la zona del cacao. Si era hermano de Emilio y Lourival, su elección y —¡peor!— su reconocimiento corrían realmente peligro. Emilio le informaba:

—Es un loco. Abandonó todo aquí, y fue a meterse en aquel fin del mundo. De repente, aparece candidato. Anda diciendo que vendrá a la Cámara con la única finalidad de deshacer mis discursos... —rio, preguntando—: ¿Por qué no cambia usted de distrito electoral? Mundinho es un muchacho terrible. Capaz de conseguir hacerse elegir... ¿Cómo diablos iba a cambiar? Estaba protegido por un senador, su tío por parte de madre, por eso había conseguido aquella banca en el séptimo distrito electoral de Bahía. Todas las otras estaban ocupadas. ¿Y quién irá a querer cambiar con él, a competir con un hermano de Lourival Mendes Falcão, gran señor del café, que hasta daba órdenes al Presidente de la República? Embarcó a las corridas para Ilhéus. Juan Fulgencio estaba de acuerdo con Ño-Gallo: el mayor beneficio que el

diputado Víctor Melo podría hacer a su candidatura era no ir a Ilhéus. Se trataba del tipo más antipático del mundo.

—Es un vomitivo... —decía Ño-Gallo.

Hablando en difícil, haciendo discursos plagados de términos médicos («los discursos de él hieden a formol», explicaba Juan Fulgencio), con una voz nauseabunda, afeminada, y unos sacos extrañísimos, con cintura, habría tenido fama de invertido si no fuera porque las mujeres lo llevaban de la nariz.

—El Tónico Bastos elevado al cubo —definía Ño-Gallo.

Tónico andaba por Bahía con la esposa, de paseo. Esperando que la ciudad olvidase por completo su triste aventura. No quería verse envuelto en la campaña electoral. Los adversarios querían explotar su asunto con Nacib. ¿Acaso no habían llegado a pegar en la pared de su casa un dibujo a lápiz, en colores, donde él aparecía corriendo en calzoncillos —¡infamia, porque él había salido en pantalones!—, pidiendo socorro? Con versos sucios, de pie —quebrado, abajo:

«El Tónico Pinico

don Juan el putero

se jugó por entero.

—¿Eres bien casada?

—No, yo soy amigada.

Y llevó bofetadas

el Tónico Pinico».

Quien estuvo a un paso, también, de llevarse sus buenas bofetadas, o tal vez un tiro, fue el diputado doctor Víctor Melo. Con su aire de galán, su nariz torcida, su experiencia de las señoras de Río, nerviosas pacientes curadas en el diván del consultorio, apenas veía una mujer bonita comenzaba a hacerle propuestas. No le importaba lo más mínimo quién fuese el marido. Hubo una fiesta en el Club Progreso, en la que él recibió unos golpes solamente por la oportuna intervención de Alfredo Bastos, cuando ya el impulsivo Moacir Estréla, socio de la empresa de ómnibus, iba a incrustar el puño en las nobles narices parlamentarias de Víctor. Éste había salido a bailar con la esposa de Moacir, bonitilla y modesta personita que comenzaba a frecuentar los salones del Club Progreso debido a la reciente prosperidad de su marido. La señora lo plantó en mitad del salón, protestando en voz alta:

—¡Atrevido!

Después había contado a las amigas que el diputado había estado todo el tiempo

metiendo una pierna entre las de ella, apretándola contra el pecho, como si en vez de bailar quisiera otra cosa. El «Diario de Ilhéus», a través de la pluma agresiva y purista del Doctor, relató el incidente bajo el título de:

EL INDIVIDUO EXPULSADO DEL BAILE POR IGNOMINIA

En verdad no había sido una expulsión, propiamente. Alfredo Bastos llevó al diputado consigo, porque los ánimos estaban exaltados. El propio «coronel» Ramiro, al saber ésta y otras cosas, había confesado a los amigos:

—Aristóteles era quien tenía razón. Si yo lo hubiera sabido antes no me hubiera peleado con él, ni hubiera perdido Itabuna.

También en el bar de Nacib hubo líos con el diputado. En una discusión el hombrecito, perdiendo la cabeza, había dicho que Ilhéus era tierra de brutos, de gente sin educación ni grado alguno de cultura. Esta vez quien lo salvó fue Juan Fulgencio. Josué y Ari Santos, considerándose personalmente ofendidos, quisieron darle una paliza. Fue necesario que Juan Fulgencio usara de toda su autoridad para evitar la pelea.

El bar de Nacib se había transformado en un reducto de Mundinho Falcão. Socio del exportador y enemigo de Tónico, el árabe (ciudadano brasileño nato y elector) había entrado en la campaña. Y, por más espantoso que parezca, en aquellos días vibrantes de «mitin», en el mayor de ellos, cuando el doctor Ezequiel batió todos sus récords anteriores de aguardiente e inspiración, Nacib pronunció un discurso. Le dio una cosa por dentro después de oír a Ezequiel. No aguantó más y pidió la palabra. Fue un éxito sin precedentes, sobre todo porque habiendo comenzado en portugués y faltándole las palabras bonitas, pescadas con dificultad en la memoria, terminó en árabe, en un rodar de palabras sucediéndose en impresionante rapidez. Los aplausos no acababan más.

—Fue el discurso más sincero y más inspirado de toda la campaña —clasificó Juan Fulgencio.

Toda esa agitación cesó una dulce mañana de luz azulada, cuando los jardines de Ilhéus exhalaban perfume y los pajaritos trinaban saludando tanta belleza. El «coronel» Ramiro acostumbraba a despertar muy temprano. La empleada más antigua de la casa, más de cuarenta años con los Bastos, le servía una pequeña taza de café; el anciano se sentaba en el sillón hamaca, para pensar en la marcha de la campaña electoral, para hacer cálculos. Se iba acostumbrando con la idea de mantenerse en el poder gracias al reconocimiento prometido por el gobernador, y al degüello de los adversarios electos. Aquella mañana, la empleada esperó con la taza de café. El «coronel» no venía. Alarmada, despertó a Jerusa. Lo encontraron muerto, con los ojos abiertos, y la mano derecha sujetando la sábana. Un sollozo estremeció el pecho

de la joven, y la sirvienta comenzó a gritar: «¡Murió mi padrino!».

El «Diario de Ilhéus», con franja negra, hacía el elogio del «coronel»:

«En esta hora de luto y dolor cesan todas las diferencias. El “coronel” Ramiro Bastos fue un gran hombre de Ilhéus. A él deben la ciudad, el municipio y la región, mucho de lo que poseen. El progreso de que hoy nos enorgullecemos y por el que nos batimos, sin Ramiro Bastos no existiría».

En la misma página, entre muchos otros avisos fúnebres —de la familia, de la Intendencia, de la Asociación de Comercio, de la Cofradía de San Jorge, de la familia de Amancio Leal, del Ferrocarril Ilhéus-Conquista—, se leía uno del Partido Democrático de Bahía (sección Ilhéus), invitando a todos sus correligionarios a comparecer al entierro del «inolvidable hombre público, adversario leal y ciudadano ejemplar». Firmaban Raimundo Mendes Falcão, Clóvis Costa, Miguel Bautista de Oliveira, Pelópidas de Asunción d’Avila y el «coronel» Ribeiro.

Alfredo Bastos y Amancio Leal recibían en la sala de las sillas de altos respaldos, donde reposaba el cuerpo, los pésames de una multitud que desfilaba, de la mañana a la tarde. Tónico fue avisado por telegrama. Al mediodía, acompañado de una enorme corona, Mundinho Falcão entró en la casa, abrazó a Alfredo, y apretó, conmovido, la mano de Amancio. Jerusa, de pie junto al ataúd, tenía humedecido de lágrimas su rostro de madreperla. Mundinho se aproximó, ella levantó los ojos, y estallando en sollozos huyó de la sala.

A las tres de la tarde ya no cabía nadie dentro de la casa. La calle, hasta las proximidades del Club Progreso y de la Intendencia, estaba llena de gente. Ilhéus en pleno había venido, y de Itabuna habían partido un tren especial y tres ómnibus. Altino Brandáo, llegando de Río do Braço, dijo a Amancio:

—Fue mejor así, ¿usted no cree? Murió antes de perder, murió mandando, como él gustaba. Era hombre de opinión, de los antiguos. El último que quedaba. El obispo llegó acompañado de todos los sacerdotes. La Hermana Superiora del Colegio de monjas, con las hermanas y las alumnas formadas en la calle, esperaban la salida del entierro. Enoch estaba con todos los profesores y alumnos de los colegios oficiales, los niños del colegio de doña Guillermina y de los demás colegios particulares. La cofradía de San Jorge, el doctor Mauricio vestido con su toga roja. El «Míster» vestido de negro, el largo sueco de la compañía de navegación, el matrimonio de griegos. Exportadores, estancieros, comerciantes (el comercio cerró sus puertas en señal de luto), y gente del pueblo, que bajó del cerro, del Pontal y de la Isla de las Cobras. Con dificultad, acompañada de doña Arminda, Gabriela se abrió camino hasta la sala repleta de coronas y de gente. Consiguió acercarse al cajón, levantó el

pañuelo de seda que cubría el rostro del muerto, lo miró un instante. Después se inclinó sobre la mano pálida, de cera, y la besó. El día de la inauguración del pesebre de las hermanas Dos Reís, el «coronel» había sido gentil con ella; a la vista de la cuñada, del cuñado doctor.

Abrazó a Jerusa, y la joven se abrazó a su cuello, llorando. Lloraba también Gabriela, y mucha gente sollozaba en la sala. Las campanas de todas las iglesias doblaban a difunto. A las cinco de la tarde partió el entierro. La multitud no cabía en la calle, y desparramábase por la plaza. Ya comenzaban los discursos al borde de la tumba, hablaron el doctor Mauricio, el doctor Juvenal, abogado de Itabuna, el Doctor, por la oposición, y el Obispo pronunció también algunas palabras cuando parte del acompañamiento estaba subiendo la «ladeira da Victoria», para llegar al cementerio. Por la noche, con los cines cerrados, los cabarets apagados, y los bares vacíos, la ciudad parecía desierta, como si todos en ella hubieran muerto.

Del fin (oficial), de la soledad

La ilegalidad es peligrosa y complicada. Requiere paciencia, sagacidad, viveza y un espíritu siempre alerta. No es fácil mantener íntegros los cuidados que ella exige. Es difícil preservarla del descuido, que se hace natural con el correr del tiempo, y el aumento insensible de la sensación de seguridad. Al principio se exageran las precauciones pero, poco a poco, ellas van siendo abandonadas, una a una. La ilegalidad va perdiendo su carácter, se despoja de su manto de misterio y, de repente, el secreto por todos ignorados pasa a ser noticia que corre de boca en boca. Fue sin duda lo que sucedió con Gloria y Josué.

Entusiasmo, pasión, amor —dependía de la cultura y de la buena voluntad del comentarista la clasificación del sentimiento— era un hecho conocido por todo Ilhéus el vínculo existente entre el profesor y la mulata. Se hablaba de él no solamente en la ciudad, sino también en las estancias perdidas por la sierra del Baforé. Sin embargo, en los días iniciales todos los cuidados parecían insuficientes a Josué y, sobre todo, a Gloria. Ella había explicado al amante las dos profundas y respetables razones por las que deseaba mantener al pueblo de Ilhéus en general, y al «coronel» Coriolano en particular, en la ignorancia de toda aquella belleza celebrada por Josué en prosa y en verso, de toda aquella santa alegría que resplandecía en las mejillas de Gloria. Primero, debido al poco recomendable pasado de violencias del estanciero. Celoso, él no perdonaba traición de sus concubinas. Si les pagaba lujos de reina, les exigía derechos exclusivos sobre sus favores. Gloria no deseaba arriesgarse a recibir una paliza y a ver rapada su cabeza, como le ocurriera a Chiquita. Ni tampoco arriesgar los delicados huesos de Josué y recibir el tratamiento que sufriera Juca Viana, el seductor, que también él rapó a navaja. Segundo, porque no quería perder, con los cabellos y la vergüenza, las comodidades de su espléndida casa, su cuenta en la tienda y el almacén, la sirvienta para todo servicio, los perfumes, y el dinero guardado bajo llave en sus cajones. Así, Josué sólo podía entrar en su casa después de haberse recogido el último noctívago, y salir antes de que se levantase el primer madrugador. Debía desconocerla por completo fuera de esas horas cuando, con ardor y voracidad, vengábanse en el lecho que crujía, de tales limitaciones.

Es posible mantener tan estricta ilegalidad una semana, o quince días. Después, comienzan los descuidos, la falta de vigilancia, de atención. Un poco más temprano ayer, un poco más temprano hoy, Josué terminó por entrar en la casa maldita cuando el bar Vesubio estaba lleno de gente, apenas finalizada la sesión del «cine teatro Ilhéus», y aún antes. Cinco minutos más de sueño hoy, cinco más mañana, terminó saliendo del cuarto de Gloria directamente para sus clases en el colegio. Ayer una confidencia a Ari Santos («No pase adelante...»), hoy a Ño-Gallo («¡Qué mujer!»), ayer un secreto murmurado a los oídos de Nacib («No se lo cuente a nadie, por el

amor de Dios»), hoy a los de Juan Fulgencio («¡Es divina, don Juan!»), la historia del profesor y la concubina del «coronel» en seguida se desparramó.

Y no había sido solamente él el indiscreto —¿cómo guardar en el corazón ese amor que explotaba en su pecho?—, el único indiscreto —¿cómo esperar la mitad de la noche para penetrar en el paraíso prohibido?—. No le cabía toda la culpa. ¿No había comenzado también Gloria a pasear por la plaza, abandonando su ventana solitaria, sólo para verlo más de cerca, sentado en el bar, para sonreírle? ¿No compraba corbatas, medias y camisas de hombres, hasta calzoncillos, en las tiendas, para él? ¿No había llevado al sastre Petronio, el mejor y más caro de la ciudad, un traje de Josué, lustroso y zurcido, para que el maestro de la aguja le cosiera otro igual, de casimir azul, sorpresa destinada a su cumpleaños? ¿No lo había ido a aplaudir en el salón de honor de la Intendencia, cuando él presentó a un conferencista? ¿No frecuentaba, única mujer entre seis gatos locos, las sesiones dominicales del Gremio Barbosa, atravesando insolentemente por entre las solteronas recién salidas de la misa de diez? Con el padre Cecilio, Quinquina y Florita, la áspera Dorotea y la furibunda Cremildes, comentaban aquella devoción de Gloria por la literatura.

—Mejor sería que venga a confesar sus pecados...

—Un día de estos sale escribiendo en los diarios...

El desvarío culminó cuando, un domingo, por la tarde, con la plaza repleta, Josué fue entrevisto a través de una persiana imprudentemente abierta, caminando en calzoncillos por la habitación de Gloria. Las solteronas clamaban: ¡eso ya era el colmo, una persona decente ni podía pasear tranquila por la plaza!

Empero, con tantas novedades y acontecimientos en Ilhéus, aquella corrupción (como decía Dorotea) ya no constituía un escándalo. Se discutían y se comentaban cosas más serias y más importantes. Por ejemplo, luego del entierro del «coronel» Ramiro Bastos, se deseaba saber quién obtendría su lugar, quién ocuparía el puesto dejado por el jefe. Algunos encontraban natural y justo que la jefatura recayera en las manos del doctor Alfredo Bastos, su hijo, ex Intendente y actual diputado estadual. Pesaban sus defectos y cualidades. No era hombre brillante, ni sobresalía por la energía; no había nacido para mandar. Fue Intendente celoso, honesto, y un administrador discreto, y hoy era un diputado mediocre. Sólo era bueno como médico de niños, había sido el primero que ejerciera la pediatría en Ilhéus. Hablase casado con una mujer fastidiosa, pedante, con humos de nobleza. Concluían un tanto pesimistas sobre el futuro del partido oficialista y el progreso de la zona, entregados a manos tan débiles.

Eran muy pocos, sin embargo, los que veían en Alfredo al sucesor de Ramiro. La gran mayoría se agrupaba en torno al nombre peligroso e inquietante del «coronel» Amancio Leal. Ése era el real heredero político de Ramiro. A sus hijos les quedaba la fortuna, las historias para contar a los nietos, la leyenda del «coronel» desaparecido.

Pero el comando del partido, eso sólo a Amancio podía pertenecerle. Él había sido la persona de confianza de Ramiro, indiferente a los puestos pero participando de todas las decisiones, la única opinión acatada por el finado dueño de la tierra. Se murmuraba que ambos amigos tuvieron el proyecto de unir a las familias Bastos y Leal a través del casamiento de Jerusa con Berto, apenas éste finalizase sus estudios. La vieja sirvienta contaba haber oído al anciano hablar de ese proyecto, hasta unos días antes de morir. Se supo, también, que el gobernador había mandado ofrecer a Amancio la vacante dejada en el Senado estadual con la muerte de su compadre.

En las manos violentas de Amancio, ¿cuál sería el destino de la zona del cacao, y de la fuerza política del gobierno? Era difícil imaginarlo, tratándose de hombre tan imprevisible, arrebatado, contradictorio, obstinado. Dos cualidades, empero, le celebraban sus amigos: el coraje y la lealtad. Otros le censuraban la obstinación y la intolerancia. Pero todos concordaban en prever un final agitado para la campaña electoral en curso, viendo a Amancio desatar violencias.

Con asuntos tan emocionantes, ¿cómo los habitantes de Ilhéus habrían de interesarse con la historia de Gloria y Josué, prolongándose desde hacía meses sin incidentes? Solamente las solteronas, envidiosas del constante júbilo estampado ahora en las mejillas de Gloria, le dedicaban sus comentarios. Era necesario algún acontecimiento dramático y pintoresco para quebrar la feliz monotonía de los amantes, para que sobre ellos atentaran los ilheenses. Si Coriolano se enteraba y hacía una de las suyas, entonces sí que valdría la pena. Entonces podría llamar a Josué «gigoló», como tantos lo llamaran al principio, y podrían comentar los poemas en los que él describía, en escabrosos detalles, las noches en el lecho de Gloria. Sólo recordarían a Gloria y a Josué cuando Coriolano se enterara de la traición de su concubina. Eso sí que iba a ser divertido. Pero sucedió que no fue nada divertido. Ocurrió por la noche y relativamente temprano, alrededor de las diez cuando, terminadas las sesiones de los cines, el bar Vesubio se encontraba repleto. Nacib iba de mesa en mesa anunciando para dentro de poco la inauguración del «Restaurante del Comercio».

Josué había cruzado la puerta de Gloria hacía más de una hora. Había abandonado las últimas precauciones, sin conceder importancia a la opinión moralista de las familias de ciertos ciudadanos como el doctor Mauricio. Por otra parte, ¿quién reparaba ya en esas cosas?

Hubo un rumor de mesas y sillas arrastradas cuando Coriolano apareció en la plaza, vestido como un pobretón, caminando en dirección a la casa en la que antes viviera su familia y donde, ahora, su amante se regalaba con el joven profesor. Se cruzaban preguntas: ¿estará armado, irá a castigarlos a rebencazos, a hacer escándalo, a disparar tiros? Coriolano metió la llave en la puerta, mientras la agitación crecía en el bar, y Nacib se dirigió hacia la punta del ancho paseo. Quedaron atentos, a la

espera de gritos, tal vez de tiros. No hubo nada de eso. Ningún rumor llegaba de la casa de Gloria. Transcurrieron algunos minutos más, los parroquianos del bar se entremiraban. Ño-Gallo, nervioso, apretaba el brazo de Nacib, el Capitán proponía que fuera allá un grupo para evitar una desgracia. Juan Fulgencio discordó de la iniciativa inoportuna:

—No es necesario. No va a suceder nada. Lo apostaría.

Y no sucedió. A no ser la salida de Gloria y Josué, del brazo, puertas afuera, caminando por la avenida de la playa para evitar el paso ante el Vesubio en movimiento. Un poco después, la sirvienta fue trayendo y amontonando en la calle, baúles y valijas, una guitarra y hasta un orinal, único detalle divertido en toda esa historia... Finalmente, sentóse encima de la valija de arriba, y se quedó esperando. La puerta fue trancada por dentro. Después apareció un changador para llevar las valijas, pero cuando ya habían pasado las once horas, y había poca gente en el bar. Sensacional, en compensación, fue la noticia de la visita de Amancio Leal a Mundinho, días después. El estanciero había viajado a sus plantaciones, en seguida del entierro de Ramiro. Allá se había quedado, sin dar señales de vida durante semanas. La campaña electoral había sufrido brusca solución de continuidad con la muerte del viejo caudillo, como si los opositores ya no tuvieran contra quién combatir y los del gobierno no supieran como actuar sin su jefe de tantos años. Finalmente, Mundinho y sus amigos volvieron a ponerse en movimiento. Pero lo hacían con ritmo lento, sin aquel entusiasmo, aquel «correcorre» de la iniciación de la campaña. Amancio Leal bajó del tren y se dirigió directamente al escritorio del exportador. Era poco más de las cuatro de la tarde, y en el centro comercial pululaba la gente. La noticia corrió velozmente, llegó a los cuatro rincones de la ciudad aún antes de que la conferencia hubiera terminado. Unos cuantos papamoscas se juntaron en el paseo frente a la casa exportadora, con las cabezas hacia arriba; espiando las ventanas del escritorio de Mundinho.

El «coronel» estrechaba la mano del adversario, sentándose en un cómodo sillón, pero rehusaba el licor, el aguardiente y el cigarro ofrecidos:

—Don Mundinho, durante todo este tiempo lo he combatido. Fui yo quien mandó prender fuego a los diarios, —su voz sonaba blanda, la mirada de su único ojo era calma, las palabras eran claramente pronunciadas, como si fueran el resultado de larga reflexión—. Fui yo también quien mandó disparar sobre Aristóteles.

Encendió un cigarrillo, continuó:

—Estaba preparado para dar vuelta del revés a Ilhéus. Por segunda vez. Ya lo había hecho una primera, cuando joven, en compañía del compadre Ramiro —se detuvo como para hacer memoria—. Mis hombres estaban en observación, listos para bajar a la ciudad. Los míos y los de otros amigos. Para acabar con la elección —miró con su ojo sano al exportador, sonrió—. Había uno de buena puntería, y de mi entera

confianza, destinado para usted.

Mundinho escuchaba, muy serio. Amancio dio una pitada más a su cigarrillo:

—Agradezca el estar vivo a mi compadre, don Mundinho. Si él no hubiera muerto, quien estaría ahora en el cementerio sería usted. Pero Dios no lo quiso, lo llamó a él primero.

Se calló, pensando tal vez en el amigo desaparecido. Mundinho esperó, un poco pálido.

—Ahora todo acabó. Estuve contra usted porque para mí el compadre era más que un hermano, era como si fuese mi padre. Nunca me interesó saber quién tenía razón. ¿Para qué? Usted estaba en contra del compadre, yo estaba en contra de usted. Y, si él estuviera vivo, yo estaría junto a él hasta contra el diablo en persona —una pausa—. En las vacaciones mi hijo mayor estuvo aquí...

—Lo conocí. Conversamos más de una vez.

—Lo sé. Él discutía conmigo; decía que usted tenía razón. No era por eso que yo cambiaría. Pero tampoco forcé la naturaleza de mi muchacho. Quiero que sea independiente, que piense por su propia cabeza. Para eso trabajo y gano dinero. Para que mis hijos no necesiten de nadie, y puedan tomar la actitud que quieran. Se hizo un nuevo silencio, mientras fumaba. Mundinho no se movió.

—Después, el compadre murió. Fui a la estancia, comencé a pensar. ¿Quién va a quedar en el lugar del compadre? ¿Alfredo? —hizo un gesto como de poca importancia, con la mano—. Es un buen muchacho, capaz de sanar las enfermedades de los chicos. Pero fuera de eso, es el retrato de la madre, una santa mujer. ¿Tónico? Ése no sé a quién salió. Dicen que el padre del compadre era mujeriego. Pero no era zafado. Me quedé pensando y sólo vi en Ilhéus un hombre que pudiera substituir al compadre. Y ese hombre es usted. Vine a decirle eso. Para mí, todo se acabó, ya no combato contra usted.

Mundinho continuó todavía algunos minutos en silencio. Pensaba en los hermanos, en la madre, en la mujer de Lourival. Cuando el empleado le anunciara al «coronel» Amancio, él había sacado el revólver del cajón, para ponérselo en el bolsillo. Llegó a temer por su vida. Esperaba todo, menos la mano extendida del «coronel». Ahora era el nuevo jefe de la tierra del cacao. Sin embargo, no se sintió alegre ni orgulloso. Ya no tenía contra quién luchar. Por lo menos hasta que apareciese alguien que le hiciera frente, cuando nuevamente todo cambiara, y tampoco él sirviera ya para gobernar. Como le había sucedido al «coronel» Ramiro Bastos.

—«Coronel», le agradezco mucho. También yo lo combatí a usted y al «coronel» Ramiro. No por cuestiones personales. Yo lo admiraba a Ramiro Bastos. Pero no pensábamos lo mismo sobre el futuro de Ilhéus.

—Ya lo sé.

—También nosotros teníamos preparados a nuestros hombres. No sé quién podría poner derecho a Ilhéus después de haberlo puesto nosotros al revés. También había un hombre designado para usted. No era un viejo conocido mío, sino hombre de un amigo. Ahora todo eso acabó también para mí. Escúcheme una cosa, «coronel»: ese pillastre de Víctor Melo no será diputado por Ilhéus. Porque Ilhéus debe estar representado por alguien de aquí, que se interese en su progreso. Sacándolo a él, puede ser cualquier otro, el que usted prefiera. Diga un nombre y yo retiro el mío para poner el que usted indique y lo recomiendo a mis amigos. ¿El doctor Alfredo? ¿Usted mismo? Yo lo veo a usted, mejor en la banca que fuera del «coronel» Ramiro, en el Senado de Bahía.

—No quiero, don Mundinho, pero se lo agradezco. No quiero nada para mí. Si yo voto será a usted, porque a ese canalla de Víctor Melo sólo lo hubiera votado por el compadre. Pero para mí la política se acabó. Voy a vivir en mi rincón. Vine solamente a decirle que no voy a combatirlo más. En mi casa habrá política de nuevo solamente cuando mi hijo se gradúe, si es que quiere meterse en eso. Pero una cosa sí quiero pedirle: no persiga a los hijos del compadre, ni a sus amigos. Los muchachos no son gran cosa, ya lo sé. Pero Alfredo es un hombre honesto. Y Tónico es un pobre diablo. Nuestros amigos son hombres de bien, que no abandonaron al compadre en los malos momentos. Es lo único que quiero pedirle. Para mí no quiero nada.

—No pienso perseguir a nadie, ya se lo he dicho. Al contrario, lo que deseo es discutir con usted la mejor manera de no perjudicar al doctor Alfredo.

—Para él, lo mejor es que vuelva a Ilhéus, a tratar chicos. Eso es realmente lo que le gusta. Ahora, con la muerte del compadre, es muy rico. No necesita de la política. Y a Tónico déjelo con su escribanía.

—¿Y el «coronel» Melk? ¿Y los otros?

—Eso es cosa de usted y de ellos. Melk anda disgustado después de la historia de la hija.

Es muy posible que haga como yo, que no se meta más en política. Y ahora me voy, don Mundinho, ya le robé demasiado tiempo. De hoy en adelante cuente con este amigo. No para la política. Cuando pasen las elecciones quiero que un día venga usted a mi estancia. Vamos a cazar onzas.

Mundinho lo acompañó hasta la escalera. Poco después salió también, iba sólo y en silencio por la calle, casi sin responder a los numerosos saludos extremadamente cordiales.

De las pérdidas y ganancias con el «chef de cuisine»

Juan Fulgencio masticaba un bollito, escupiendo: —Mala calidad, Nacib. La culinaria es un arte, usted debe saberlo. Exige no solamente conocimientos sino, también, y antes que nada, vocación. Su nueva cocinera no nació para eso. Es una charlatana.

Rieron alrededor, pero Nacib quedó preocupado. Ño-Gallo exigía una respuesta a su anterior pregunta: «¿Por qué Coriolano se había conformado con echar a la calle a Gloria y a Josué, abandonando para siempre a su concubina? Tan luego él, siempre dado a las violencias, el verdugo de Chiquita y Juca Viana, que dos años antes amenazara a Tónico Bastos. ¿Por qué ahora reaccionó así?».

—Caramba, porqué... Por causa de la biblioteca de la Asociación de Comercio, de los bailes del Club Progreso, de la línea de ómnibus, de los trabajos del puerto... Por causa del hijo casi doctor, de la muerte de Ramiro Bastos y por causa de Mundinho Falcão... Calló un momento, Nacib atendía otra mesa: —Por causa de Malvina, por causa de Nacib.

Las ventanas cerradas de la ex casa de Gloria eran la nota melancólica en el paisaje de la plaza. El Doctor reflexionó:

—Extraño, debo confesarlo, su estampa enmarcada en la ventana. Ya estábamos acostumbrados.

Ari Santos suspiró recordando los senos altos como un ofrecimiento, la constante sonrisa, los ojos lánguidos. Cuando ella volvió de Itabuna (adonde viajara en compañía de Josué, por unos días), ¿dónde iría a vivir, en qué ventana se inclinaría, ante qué ojos exhibiría senos y sonrisas, labios carnosos y ojos húmedos?

—¡Nacib! —llamó Juan Fulgencio—. Usted necesita tomar medidas, mi amigo. ¡Medidas urgentes! Cambiar de cocinera y conseguir la casa de Coriolano, para instalar de nuevo en ella a Gloria. Sin eso, ¡oh, preclaro descendiente de Mahoma!, este bar va a la ruina... Ño-Gallo sugirió una suscripción de los clientes para pagar el alquiler de la casa y reponer en ella, en medio de una gran fiesta, la figura de Gloria.

—¿Y la elegancia de Josué, quién va a pagarla? —recordó Ari.

—Por lo que parece será nuestro Ribeirito... —dijo el doctor.

Nacib reía pero estaba preocupado. Haciendo el balance de su negocio, muy necesario en vista de la próxima inauguración del restaurante, se agarró la cabeza. Tal vez para constatar si aún la tenía, tanto era lo perdido en esos meses. Era natural que, en las semanas iniciales al descubrimiento de un Tónico desnudo en su habitación, no se preocupara mucho por el bar, y olvidase el proyecto del restaurante. Vivió aquellos días gimiendo de dolor, vacío por la ausencia de Gabriela, sin pensar en nada. Sin embargo, después tampoco hizo otra cosa que idioteces.

Aparentemente, todo había vuelto a lo normal. Los clientes allá estaban, jugando a las damas y al «gamão», conversando, riendo, bebiendo cerveza, saboreando aperitivos antes del almuerzo y de la cena. Él se sobrepuso completamente, la herida había cicatrizado en el pecho, ya no daba vueltas alrededor de doña Arminda para saber de Gabriela, para oír noticias de las propuestas recibidas y rechazadas. Los parroquianos, sin embargo, no consumían tantas bebidas como antes, no gastaban tanto como en el tiempo de Gabriela. La cocinera mandada buscar a Sergipe, con pasaje pago, era un «bluff» de los mayores. No iba más allá de lo simple, sus salsas eran pesadas, su comida grasienta, sus dulces azucarados. Los saladitos para el bar, eran una porquería. Y exigente, pidiendo ayudantes, protestando por el trabajo, ¡una bruja! Y encima de todo, un espantajo de fea, con verrugas y pelos en la barbilla. Evidentemente no servía, ni para el bar ni, mucho menos para estar al frente de la cocina del restaurante. Los saladitos y dulces eran el incentivo para la bebida, lo que prendía a los clientes haciéndoles repetir la dosis. El movimiento del bar no había decrecido, continuaba intenso, y la simpatía de Nacib mantenía firme a la clientela. Pero el consumo de bebidas disminuía y, con él, las ganancias. Muchos se sujetaban con la primera copa, y otros ya no venían todos los días. Aquel ascenso fulminante del Vesubio había sufrido una pausa, hasta una disminución de las entradas. A pesar de que el dinero rodaba a raudales por la ciudad, y todo el mundo gastaba en negocios y cabarets. Necesitaba tomar medidas, despedir a la cocinera, conseguir otra, costara lo que costase. En Ilhéus era imposible, ya lo sabía él por experiencia. Conversando sobre el asunto con doña Arminda, la partera había tenido el coraje de aconsejarle:

—Una coincidencia, don Nacib. Estuve pensando que buena bocinera para usted es Gabriela. No veo otra.

Tuvo que contenerse para no soltar una palabrota. Esa doña Arminda andaba cada día más loca. También, no salía de la sesión espiritista, no dejaba de conversar con difuntos...

Le contaba que el viejo Ramiro había aparecido en la tienda de Deodoro, pronunciando un discurso conmovedor perdonando a todos sus enemigos, comenzando por Mundinho Falcão. Diablo de vieja disparatada...

Ahora no pasaba un día sin sacar a relucir el asunto. «¿Por qué no tomaba a Gabriela de cocinera?».

Como si eso fuera cosa de proponer.

Él se había recuperado, es cierto, y tanto, que podía oír a doña Arminda hablar de Gabriela, elogiarle la conducta y la dedicación al trabajo. Cosía día y noche, pegando forros a los vestidos, haciendo ojales, hilvanando blusas, un trabajo de los mil diablos porque —ella misma lo decía— no había nacido para la aguja sino para el fogón. Decidió, sin embargo, no cocinar para nadie más a no ser para Nacib. A pesar de las ofertas que le llovían por todos lados. Para cocinar y para «amigarse», cada cual más

tentadora. Nacib escuchaba a doña Arminda, casi indiferente, apenas levemente orgulloso de esa fidelidad tardía de Gabriela. Se encogía de hombros, y entraba en su casa. Estaba curado, había conseguido olvidar a la mujer, no a la cocinera. Cuando se acordaba de las noches pasadas con ella, era con la misma nostalgia mansa con que recordaba la sabiduría de Risoleta, las piernas largas de Regina, o los besos robados a la prima Munira durante unas vacaciones en Itabuna. Sin dolor profundo en el pecho, sin odio, sin amor. Suspiraba más por la cocinera inigualable, por sus «moquetas», los «xinsxins» (guiso de gallina y camarones secos), las carnes asadas, los lomos, o sus guisados. Se había recuperado, pero a costa del dinero. Durante semanas frecuentó todas las noches el cabaret, jugando a la ruleta y al bacarat, pagando copas de champagne a Rosalinda. Esa rubia interesada le arrancaba billetes de cinco mil cruzeiros como si él fuera un «coronel» del cacao metido a pagar amante, y no una aventura en el lecho pagado por Manuel das Onzas. Nunca pasó por una situación como ésa, estaba haciendo el papel de idiota. Al hacer el balance de sus negocios tuvo una idea exacta del dinero gastado con ella, de los excesos a que se entregó. Terminó por dejarla, seducido por una amazonense pequeña, una india llamada Mara. Conquista menos espectacular, más modesta, contentándose con cerveza y algún regalo. Pero como la india no tenía propietario fijo, hacía la vida en casa de María Machadão, y no todas las noches estaba libre, por lo que él terminaba ahogando sus amarguras en comidas y farras en los cabarets o en casas de prostitutas, gastando sin medida. Había tirado a la calle un montón de dinero.

Con tal vida, durante todo ese tiempo no guardó dinero en el Banco. Cumplió los compromisos con sus proveedores, pero devoraba las ganancias en una bohemia cara.

Antiguamente iba al cabaret una o dos veces por semana, dormía con alguna mujer encaprichada con él, sin gastar casi nada. Aún después de casado, a pesar de todas las cosas regaladas a Gabriela, le fue posible separar cada mes unos miles de cruzeiros para la futura plantación de cacao. Resolvió poner fin a aquel despilfarro ruinoso. Pudo hacerlo tranquilamente, no lo torturaba ya la ausencia de Gabriela, ni el miedo de quedar solo, ya no buscaba su pierna, la nalga redonda para descansar. Lo que le hacía falta, cada vez más, era una cocinera.

Felizmente, no todo era negativo en el balance. El reservado de póquer, con la lluvia de dinero corriendo aquel año, dejaba buena ganancia. Ahora, con la vuelta de Amancio Leal y de Melk a las buenas relaciones con Ribeirito y Ezequiel, el reservado funcionaba diariamente, y las partidas de póquer se sucedían noche adentro, a veces hasta la madrugada. Jugaban mucho dinero y con eso los derechos de juego de la casa crecían. Y todavía estaba el restaurante, en el que Mundinho pusiera el dinero y Nacib el trabajo y la experiencia. Ganancias seguras a repartirse, pues no existían rivales. La comida en los hoteles era infame. Además, por la noche, la sala del restaurante funcionaría como sala de juego para el póquer, el siete y medio, la

brisca, el veintiuno, y todos aquellos juegos de naipes a que tan aficionados eran los «coroneles», que llegaban a preferirlos a la ruleta y al mismo bacarat de los cabarets. Allí podrían divertirse discretamente.

Lo peor de todo era la falta de cocinera. El piso ya estaba pintado, dividido en sala, cocina y antecocina, las mesas y las sillas estaban listas, el fogón construido, lo mismo que los lavatorios para lavar los platos, y los mingitorios para los clientes. Todo de lo mejor. Habían llegado de Río los encargos: máquinas para hacer helados, heladera para guardar las carnes y pescados, y fabricar su propio hielo. Cosas de lujo, que jamás se vieron en Ilhéus, y ante las que los parroquianos del bar se quedaban boca abierta. En breve estaría todo instalado, pero faltaba la cocinera. Aquel día en que la suprema autoridad de Juan Fulgencio criticó tan ásperamente los saladitos del bar, Nacib decidió conferenciar con Mundinho sobre el asunto.

El exportador dedicaba gran interés al restaurante. Sabía comer bien, vivía protestando contra la cocina de los hoteles, mudándose de uno a otro. También él, Nacib estaba enterado, le había mandado ofrecer un sueldo de reina a Gabriela. Discutió al asunto con el árabe, propuso mandar buscar un cocinero a Río, experto en cocina de restaurante. Era la única solución. En Ilhéus conseguirían ayudantes, apenas dos o tres mestizas. Nacib torció la nariz: esos cocineros de Río no sabían hacer comida bahiana, y encima, ¡cobraban un dineral! Mundinho, sin embargo, estaba encantado con su idea: un «maese cocinero» vestido de blanco, de gorro en la cabeza, como en los restaurantes de Río. Viniendo a hablar con los clientes, a recomendarles platos. Envió un telegrama urgente a un amigo suyo.

Nacib, ocupado con los últimos y complicados detalles del arreglo del restaurante, volvía a su antigua vida: iba al cabaret muy pocas veces, dormía con la amazonense cuando le sobraba tiempo y ella estaba libre. Apenas desembarcase el cocinero de Río, marcaría la fecha para la inauguración solemne del «Restaurante del Comercio». A la hora del aperitivo, mucha gente subía la escalera que unía ambos pisos, para extasiarse ante la sala adornada de espejos, el inmenso fogón, la heladera, y todas aquellas maravillas.

El cocinero llegó, venía de Bahía con Mundinho Falcão, en el mismo barco. El exportador había ido a la capital, a invitación del gobernador, para discutir la situación política y resolver los problemas de las próximas elecciones. Había llevado a Aristóteles, y ambos volvían victoriosos. El gobernador cedió en todo: Víctor Melo quedaba abandonado a su destino, lo mismo que el doctor Mauricio. En cuanto a Alfredo, había retirado su candidatura a diputado estadual presentándose en su lugar el doctor Juvenal, de Itabuna, sin ninguna chance. En realidad, la campaña electoral estaba terminada, los opositores pasaban a ser gobierno.

Nacib se quedó pasmado ante el cocinero. Extraña criatura: gordo y grandote, con un bigotito de puntas finas, brillante de pomada, tenía unos sospechosos modales y

unas maneras afeminadas. Dándose aires de importancia, con una arrogancia de gran duque y exigencias de mujer bonita, exigió un sueldo astronómico. Juan Fulgencio dijo:

—Eso no es un cocinero, es el presidente de la república en persona.

Portugués de nacimiento, bien cerrado de acento, muchas de las palabras que caían despreciativamente de sus labios, eran francesas. Nacib, humillado, no las entendía. Se llamaba Fernand, ¡así, con «d» final! Su tarjeta de visita —guardada cariñosamente por Juan Fulgencio, para juntarla a la del «bachiller» Argileu Palmeira —, decía: Fernand – Chef de cuisine.

Acompañado de algunos curiosos clientes del bar, Fernand subió con Nacib a examinar el restaurante. Movi6 la cabeza ante el fog6n:

—Trés mauvais...

—¿Qué? —sucumbía Nacib.

—Malo, de mierda... —traducía Juan Fulgencio. Exigía fog6n de metal, a carb6n. Lo m6s r6pido posible. Dio un mes de plazo, pasado el mismo se volvería a R6o. Nacib suplic6 dos meses de plazo, tendría que mandar buscarlo a Bahía o a R6o. Su Excelencia accedi6, con un gesto de condescendencia, reclamando al mismo tiempo una serie de artefactos de cocina. Critic6 las comidas bahianas, indignas; seg6n 6l, de est6magos finos. Se cre6 inmediatamente profundas antipatías. El Doctor salt6 en defensa del «vatapá», del «caruru», del «ef6».

—Tipo animal... —había susurrado.

Nacib sentía humillado y amedrentado. Iba a decir algo, pero una mirada del ojo crítico, superior, del «chef de cuisine», lo dej6 helado. De no haber venido el individuo de R6o, haber costado tanto dinero y, sobre todo, haber sido idea de Mundinho Falc6o, ya lo habría mandado reventar al infierno con sus comidas de nombres dif6ciles y sus palabras francesas.

Para probarlo, pidi6 que comenzara a hacer los saladitos y dulces para el bar, y la comida para 6l, Nacib. Nuevamente se llev6 las manos a la cabeza. La comida resultaba carísima, los saladitos tambi6n. El «chef de cuisine» adoraba las latas de conservas: aceitunas, pescados, jamones. Cada bocadito costaba casi el precio de venta. Y eran pesados, con mucha masa. ¡Qué diferencia, mi Dios!, entre las empanaditas de Fernand y las de Gabriela. Las unas, pura masa, que entraban por los dientes y se pegaban en el paladar. Las otras, picantes y frágiles, disolviéndose en la lengua, pidiendo bebidas. Nacib meneaba la cabeza.

Invit6 a Juan Fulgencio, Ño-Gallo, Josué y el Capitán, a un almuerzo preparado por el noble «chef». Mayonesas, caldo verde, gallina a la milanesa, bifés con papas fritas. No es que la comida fuese mala, no. Pero ¿cómo compararla, sin embargo, con los platos de la tierra, condimentados, olorosos, picantes, coloridos? ¿Cómo compararla con la comida de Gabriela? Josué recordaba: eran poemas de camarones y

aceite dendé, de pescados y leche de coco, de carnes y pimienta. Nacib no sabía cómo iría a acabar todo aquello. ¿Aceptarían los clientes esos platos desconocidos, esas salsas blancas? Comían sin saber lo que estaban comiendo, si era pescado, carne o gallina.

El Capitán resumió la impresión en una frase:

—Muy bueno, pero no sirve.

En cuanto a Nacib, ese brasileño nacido en Siria, sentíase extranjero, ante cualquier plato no bahiano, a excepción del «quibe»(quepi). Era exclusivista en materia de comida. Pero ¿qué hacer? El hombre estaba allí, ganando un sueldo de príncipe, resoplando de importancia e impertinencia, cacareando en francés. Lo miraba con ojos lánguidos a Chico-Pereza, y el muchachito ya lo había amenazado con unos cuantos sacudones. Nacib temía por la suerte del restaurante. Sin embargo, existía gran curiosidad, se hablaba del «chef» como de una figura importante, se decía que había dirigido famosos restaurantes, se inventaban historias. Sobre todo, con respecto a las clases de arte culinaria, dictadas por él a las mulatas llegadas para ayudarlo. Las pobres no entendían nada, y la sergipana, celosa, lo había apodado «capón bataraz». Finalmente todo estuvo listo, y la inauguración fue anunciada para un domingo. Un gran almuerzo sería ofrecido por los propietarios del «Restaurante del Comercio» a las personalidades locales. Nacib invitó a todos los notables de Ilhéus, buenos clientes del bar, todos. Con excepción de Tónico Bastos naturalmente. El «chef de cuisine» estudió un menú de los más complicados. Nacib pensaba en las insinuaciones de doña Arminda. No había cocinera como Gabriela. Desgraciadamente era imposible, fuera de toda hipótesis. Una lástima.

Del camarada del campo de batalla

Cuando la luna aparecía por detrás de la piedra «do Rapa», rasgando la negrura de la noche, las costureras se volvían pastoras. Dora se transformaba en reina, la casa de Dora en barco a vela. La pipa de Nilo era una estrella, él traía en la mano derecha un cetro de rey, en la izquierda la alegría. Al entrar, tiraba con mano certera, encima del viejo maniquí, su gorra marinera, donde se escondían los vientos y las tempestades. Comenzaba la magia. El maniquí se animaba, convertíase en mujer de una sola pierna, envuelta en un vestido por terminar, con la gorra sobre una cabeza que no existía. Nilo lo tomaba por la cintura, bailaban por la habitación. Era gracioso como bailaba el maniquí, con su única pierna. Reían las pastoras, Miquelina soltaba su carcajada de loca, Dora sonreía como una reina.

Del cerro bajaban las otras pastoras, venía Gabriela de la casa de doña Arminda, y no eran solamente pastoras, eran «hijas de santo» (devotas del candomblé), «iaós» de Iansá. Cada noche Nilo soltaba su alegría en medio de la habitación. En la pobre cocina, Gabriela fabricaba riqueza: «acarajés» de cobre, «abarás» de plata, el misterio de oro del «vatapá». La fiesta comenzaba.

Dora de Nilo, Nilo de Dora, pero en ¿cuál de las pastoras no cabalgara Nilo, pequeño dios del «terreiro»? Eran yeguas en la noche, cabalgaduras de los santos. Nilo se transformaba, todos eran santos, era Ogun y Xangó, Oxossi y Omolu, era Oxalá(dioses del candomblé) para Dora. Llamaba Yemanjá a Gabriela, diciendo que de ella nacían las aguas, el río Cachoeira y el mar de Ilhéus, fuentes entre las piedras. En los rayos de la luna, la casa navegaba en el aire, subía por el morro, partía en fiesta. Las canciones eran el viento, las danzas eran los remos, Dora la figura de proa. Nilo, comandante, daba órdenes a los marineros.

Los marineros venían del muelle: el negro Terencio, tocador del «atabaque», el mulato Traíra, guitarrero de fama, el joven Bautista, cantador de coplas y Mario Clavel, beato loco, mago de feria. Nilo pitaba, la sala desaparecía y ahora era tierra de santos, candomblé y macumba, era sala de baile, era lecho nupcial, barco sin rumbo en el cerro «do Unhão», navegando por un rayo de luna. Nilo soltaba cada noche la alegría. Traía el baile en los pies, el canto en la boca.

Siete Vueltas era una espada de fuego, un rayo perdido, un espanto en la noche, un ruido de cascabeles. La casa de Dora fue rueda de «capoeira»(lucha) cuando él apareció con Nilo, el cuerpo bamboleando, la navaja en la cintura, su prosapia, su fascinación. Se inclinaron las pastoras, llegaba un rey mago, un dios del terreiro, un caballero de santos para montar sus caballos. Caballo de Yemanjá, Gabriela partía por prados y montes, por valles y mares, por océanos profundos. Bailando las danzas, cantando las canciones, cabalgando caballos. Un peine de hueso, un frasco de perfume arrojaba a las rocas para regalo de la diosa del mar, y hacía su pedido; el

fogón de Nacib, su cocina, el cuartito de los fondos, el pecho velludo, el bigote cosquilleador, la pierna pasando sobre su anca de arreos...

Cuando la guitarra se callaba, llegaba la hora de las caricias, desfilaban las historias. Nilo naufragó dos veces, había visto la muerte de cerca. La muerte en el mar de verdes cabellos y una flauta. Pero era claro Nilo, claro como agua de fuente. En cambio Siete Vueltas era un pozo sin fondo, un secreto de muerte, cargando difuntos en la hoja de su navaja. Policías uniformados o policías sin uniforme, corriendo detrás de él. En Bahía, en Sergipe, en Alagoas, en las ruedas de «capoeira», en los escenarios de «candomblés» y «macumbas», en los mercados y ferias en los escondrijos de los muelles, en los bares del puerto. Hasta Nilo lo trataba con respeto; ¿quién podía con él? El tatuaje del pecho recordaba la soledad de la cárcel. ¿De dónde venía? De la muerte desatada. Estaba de paso pero tenía prisa. En el muelle de Bahía le esperaban los jugadores de ronda, los maestros de Angola, los «padres de Santo» y cuatro mujeres. Apenas el tiempo de que la policía olvidara. ¡Aprovechen, niñas!

Los domingos por la tarde, en los fondos de la casa, en el limpio huerto, sonaban los instrumentos. Venían mulatos y negros a divertirse. Siete Vueltas tocaba y cantaba:

*«Camarada del campo de batalla
vamos de veras
por el mundo afuera.
¡Eh!, camarada...»*

Entregaba su instrumento a Nilo y entraba en la rueda. Terencio volaba. Las piernas en el aire, saltaba por sobre el mulato Traíra. Bautista caía en el suelo, Siete Vueltas mordía el pañuelo con la boca. En el campo de batalla quedaba solo, con su pecho tatuado. En la playa, junto a las rocas, Siete Vueltas mordía las arenas de Gabriela, las ondas de su mar de espuma y tempestades. Ella era la dulzura del mundo, la claridad del día, el secreto de la noche. Pero la tristeza persistía, caminaba en la arena, corría hacia el mar, sonaba entre las rocas.

—Mujer, ¿por qué eres triste?

—No soy triste. Estoy triste.

—No quiero tristezas junto a mí. Mi santo es alegre, mi natural fiestero. Mato la tristeza con mi navaja.

—¡No la mates, no!

—¿Y por qué no?

Quería un fogón, un huerto de guayabas, mamón y «pitangas», un cuartito en los fondos, un hombre tan bueno...

—¿No te basta conmigo? Hay mujeres capaces de matar y morir por este moreno, puedes agradecerlo a tu suerte.

—No me basta, no. Nadie me basta: ¡Todo el mundo junto no basta!

—¿Así que no puedes olvidar?

—No...

—Entonces, el asunto está malo...

—Es como no tener gusto a nada en la boca.

—Es malo...

—Como no tener alegría en el pecho.

—Malo...

Una noche se la llevó, la víspera había sido Miquelina, el sábado Paula la de los senos saltarines: era ahora la ansiada vez de Gabriela. En la casa de Dora, Nilo estaba en la hamaca con la reina en sus rodillas. El barco de vela arribaba a su puerto. Pero Gabriela lloraba en la arena, en la orilla del mar. La luna la cubría de oro, su perfume a clavo en el viento.

—¿Estás llorando, mujer?

Tocó el rostro de canela con la mano de navaja.

—¿Por qué? Junto a mi una mujer no llora, ríe de placer.

—Se acabó, ahora se acabó.

—¿Qué es lo que se acabó?

—Pensar que un día...

—¿Qué?

Pensó que podría volver al fogón, al huerto, al cuarto de los fondos, al Bar. ¿No iba Nacib a abrir un restaurante?, ¿no iba a precisar de una buena cocinera? ¿Quién mejor que ella? Doña Arminda decía que tenía esperanzas. Solamente Gabriela podría asumir la responsabilidad de cocina tan grande y dar buena cuenta de ella. Y en vez de eso, un sujeto llegaba de Río, un muñeco disfrazado, hablando en extranjero. Dentro de tres días sería la inauguración, con una fiesta de las grandes. Ahora, ni siquiera le quedaba la esperanza. Quería irse de Ilhéus. Al fondo del mar. Siete Vueltas era una libertad plantada cada día, al amanecer. Era un ofrecimiento y una dádiva. Hería como el rayo, alimentaba como la lluvia, ese camarada del campo de batalla.

—¿Un «portuga»?

Se puso de pie el camarada del campo de batalla. El viento se enfriaba al rozarle, empalidece la luna en sus manos, las ondas venían a lamer sus pies de «capoeira», creadores del ritmo.

—No llores, mujer. Junto a Siete Vueltas ninguna mujer llora, sólo ríe de placer.

—¿Qué puedo hacer? —por primera vez era una pobre, una triste, una desgraciada, sin deseo de vivir. Ni siquiera el sol, ni la luna, el agua fría, su gato

arisco, el cuerpo de un hombre o el calor de un dios pagano, podían hacerla reír o sentir el gusto de vivir en su pecho vacío. Vacío de don Nacib, tan bueno, tan guapo mozo.

—No puedes hacer nada. Siete Vueltas es el que puede hacerlo y lo va a hacer.

—¿Qué cosa? No veo, no.

—Si el «portuga» desaparece, ¿quién va a cocinar? El día de la fiesta, si él desaparece, ¿qué otra cosa puede hacer sino llamarte? Bueno, ese tipo va a desaparecer. A veces era oscuro como noche sin luna, y duro como las rocas que enfrentan el mar. Gabriela tembló: —¿Qué vas a hacer? ¿Matarlo? ¡No quiero, no! Cuando él reía, era como si la aurora surgiera, como San Jorge en la luna, como tierra encontrada por náufrago desesperado, como ancla de un barco.

—¿Matar al «portuga»? No me hace nada de malo. Apenas si voy a hacer que se vaya un poco apurado...

Lo voy a hacer volar de aquí. Solamente lo voy a maltratar un poquito si él se pone terco.

—¿Vas a hacer eso? ¿De verdad?

—Al lado mío las mujeres ríen, no lloran. Gabriela sonrió. El camarada del campo de batalla entrecerró los ojos de fuego y pensó que era mejor así. Podía partir, continuar su camino, con libertad en el pecho, con el corazón libre. Mejor que ella se muriera por otro, esa única en el mundo capaz de prenderlo, de amarrarlo a aquel puerto pequeño, a aquel muelle del cacao, de doblegarlo y domarlo. Esa noche pensaba decirle todo eso, contárselo, entregarse rendido de amor. Mejor así, que suspirara y llorara por otro, muriendo por otro de amor. Siete-Vueltas podía partir. ¡Camarada del campo de fuego, vamos ahora, por el mundo afuera! Ella le tomó la mano, se entregó, agradeciendo. Barca en mar sereno, navegación de ensenadas, isla plantada de cañaverales y de pimenteros. Navegaba en la barca de proa altanera el camarada del campo de batalla. ¡Eh!, camarada, ardía su pecho por el dolor de perderla. Pero era un adiós de «macumba»; en la mano derecha el orgullo, la libertad en la izquierda.

Del benemérito ciudadano

Aquel sábado, víspera de la solemne inauguración del «Restaurante del Comercio», su propietario, el árabe Nacib, podía ser visto en mangas de camisa, corriendo como un loco por la calle, balanceando el voluminoso vientre por encima del cinturón, los ojos desorbitados, en dirección a la casa exportadora de Mundinho Falcão. En la puerta de su repartición, el Capitán consiguió frenar la ansiosa carrera, sujetando al dueño del bar por un brazo:

—¿Qué es eso, hombre, dónde va con tanto apuro? Amable y amistoso, el Capitán extremaba su gentileza desde la proclamación de su candidatura a Intendente.

—¿Sucedió alguna cosa? ¿Puedo serle útil en algo?

—¡Desapareció! ¡Voló! —resoplaba Nacib.

—¿Desapareció, quién?

—El cocinero, el tal Fernand.

No tardó él y toda la ciudad en estar al par del intrincado misterio: desde la noche anterior el cocinero venido de Río, el espectacular «chef de cuisine», Monsieur Fernand (como le gustaba ser llamado) había desaparecido de Ilhéus. Había combinado con los dos mozos contratados para el restaurante, y con las ayudantes de cocina, encontrarse por la mañana para tomar las últimas disposiciones relativas al día siguiente. No había aparecido; nadie lo había visto. Mundinho Falcão mandó llamar al comisario, explicó el asunto, y le recomendó la más meticulosa investigación. Era aquel mismo teniente que el secretario de la Intendencia de Itabuna hiciera correr. Ahora era pura humildad y servilismo ante Mundinho, tratándolo de «doctor».

En la Papelería Modelo, Juan Fulgencio y Ño-Gallo hilvanaban hipótesis. El cocinero, por el aspecto y por las miradas lanzadas a diestra y siniestra, decididamente era un invertido. ¿Se trataría de un crimen vulgar? Andaba rondando a Chico-Pereza. El comisario interrogó al joven mozo, que se enojó:

—¡A mí me gustan las mujeres!... No sé nada de ese degenerado. El otro día casi le parto la cara, por pasarse de vivo.

Quién sabe, a lo mejor había sido víctima de ladrones, Ilhéus hospedaba numerosos malandrines, cuenteros, rateros, gente poco recomendable escapada de Bahía y de otras zonas. Substituían ahora a los asesinos a sueldo en el paisaje humano de la ciudad. El comisario y los soldados dieron batidas por el puerto, el «Unhão», la Conquista, el Pontal, y la Isla de las Cobras. Nacib movilizó a los amigos: Ño-Gallo, el zapatero Felipe, José, los mozos, y varios clientes. Dieron vuelta Ilhéus, sin resultado.

Juan Fulgencio se decidía por la fuga:

—Mi teoría es que nuestro respetable invertido hizo las valijas y emigró por

cuenta propia. Batió las alas. No siendo Ilhéus una tierra dada a los refinamientos de trasero, bastando para el poco gasto Machadinho y Miss Pirangi, se sintió desolado y se mudó. Hizo bien, por otra parte, en librarnos a tiempo de su asquerosa presencia.

—¿Pero en qué viajó? Ayer no salió ningún barco. Hoy sí, hay uno de la «Canavieiras»... —dudaba Ño-Gallo.

—En ómnibus, en tren...

Ni en tren, ni en ómnibus, ni a caballo, ni a pie. El comisario lo garantizaba. Alrededor de las cuatro, el negrito Tuisca apareció, excitado, con una pista. De todos los «sherlocks» revelados ese día, fue el único en traer algo concreto. Un sujeto gordo y elegante —y bien podía ser el tal cocinero, pues usaba bigotes en punta y revoleaba las nalgas— había sido visto ya muy entrada la noche, por una ramera de la más baja condición. Ella venía del «Pega-Duro» y había observado que por los lados de los depósitos del puerto, un sujeto era llevado por tres tipos sospechosos. Todo eso le había contado a Tuísca pero, ante la policía, fue menos concreta. Le, parecía haber visto, no tenía seguridad, había bebido, no sabía quiénes eran los hombres, había oído hablar. En realidad, había reconocido perfectamente a Nilo, al negro Terencio y al jefe de ambos, cuyo nombre no sabía, pero por quien suspiraban ella y todas las prostitutas del «Pega-Duro». Un tipo peligroso, llegado de Bahía. Con fama de malo. Su secreta impresión, la que le hacía estremecer el pecho, era que el tal cocinero ya estaba en el fondo de las aguas del puerto. Nada de eso dijo a la policía, arrepentida de haber hablado del asunto con Tuísca. Nadie se acordó de buscar en la casa de Dora, donde Fernand comenzó llorando y terminó ayudando en la costura, ya que las ayudantes habían tenido libre ese día. Completamente de acuerdo con viajar a la tarde, en la tercera clase del «Bahiano», vestido con una blusa marinera, pues en el mismo barco iba Siete Vueltas. Dora había prometido despacharle el equipaje directamente para Río. Así, cuando al atardecer Juan Fulgencio apareció en el bar convulsionado, encontró a Nacib en la mayor de las desolaciones. ¿Cómo inaugurar el restaurante al día siguiente? Y estando todo listo, las vituallas compradas, las ayudantes de cocina contratadas y entrenadas por Fernand, los mozos en sus puestos, y hechas las invitaciones para el solemne almuerzo. Venía gente de Itabuna —inclusive Aristóteles—, de Agua Preta, de Pirangi, hasta Altino Brandáo, de Río do Braço. ¿Dónde encontrar cocinera para substituir al desaparecido? Sí, porque ni siquiera con la sergipana se podía contar. Se había ido, después de pelearse con Fernand, abandonando el cuartito de los fondos en la mayor inmundicia. ¿Con las ayudantes? Sólo en el caso de querer quebrar al día siguiente. Para cocinar no servían, sólo para cortar carne, matar una gallina, limpiar las tripas, o encargarse del fuego. ¿Dónde encontrar cocinera en aquel espacio de tiempo?

Todo eso lloró sobre el pecho amigo del librero, en el reservado de póquer donde, ante una botella de cognac sin mezcla, escondiera su agonía. Los parroquianos y

amigos comentaban en las mesas del bar que nunca lo habían visto tan desesperado. Ni siquiera en aquellos días de la ruptura con Gabriela. Tal vez entonces fuese más honda y terrible su desesperación, pero era silenciosa, concentrada y sombría, mientras que ahora Nacib clamaba a los cielos, gritaba su ruina y su descrédito. Al ver a Juan Fulgencio, lo había arrastrado hacia el reservado de póquer:

—Estoy perdido, Juan. ¿Qué puedo hacer? —desde que el librero lo descasara, depositaba en él una confianza ilimitada.

—Calma, Nacib, busquemos una solución.

—¿Cuál? ¿Dónde voy a encontrar cocinera? Las hermanas Dos Reís no aceptan un encargo así, de un día para otro. Y, aunque aceptasen, ¿quién iría a cocinar el lunes, para los parroquianos?

—Yo podía prestarle a Marocas por unos días. Pero ella cocina muy bien sólo cuando mi mujer está a su lado, para condimentar los platos.

—¿Por unos días, de qué me sirve?

Nacib tragaba el cognac, sentía ganas de llorar: —¡Nadie me da soluciones, sino consejos sin pie ni cabeza! La chiflada de doña Arminda me propuso contratar a Gabriela de nuevo. ¡Imagínese!

Se levantó Juan Fulgencio, entusiasmado:

—¡Se ha salvado la patria, Nacib! ¿Sabe quién es doña Arminda? Pues es Colón, el del huevo de la América. Ella resolvió el problema. Vea usted, la solución estaba enfrente nuestro, la buena, la justa, la perfecta solución, y nosotros no la veíamos. Está todo resuelto, Nacib.

Nacib preguntaba cauteloso y desconfiado: —¿Gabriela? ¿Usted cree? ¿No está bromeando?

—¿Y por qué no? ¿Ya no fue su cocinera? ¿Por qué no puede volver a serlo? ¿Qué tiene de malo?

—Fue mi mujer...

—Concubinato, ¿no? Porque el casamiento era falso, usted sabe... Hasta por eso mismo.

Contratándola otra vez de cocinera, usted liquida por completo ese casamiento, más todavía que con la anulación. ¿No le parece?

—Sería una buena lección... —reflexionó Nacib—. Volver de cocinera después de haber sido la dueña...

—¿Y entonces? El único error de toda esta historia fue el que usted se casara con ella. Fue malo para usted, y peor para ella. Si usted quiere yo hablo con ella.

—¿Aceptará?

—Le garantizo que aceptará. Ahora mismo voy.

—Dígale que es solamente por unos tiempos...

—¿Por qué? Es una cocinera, usted la empleará hasta tanto ella le sirva bien. ¿Por

qué por unos tiempos? Vuelvo en seguida con la respuesta.

Así fue como esa misma noche, nadando de alegría, Gabriela limpió y ocupó el cuartito de los fondos. Antes habíale agradecido a Siete Vueltas en la casa de Dora. De la ventana de Nacib, saludaba con el pañuelo, después de las seis de la tarde, el «Canavieiras» que atravesaba la barra rumbo a Bahía. Al otro día, a la hora del almuerzo, los invitados, que pasaban de cincuenta, encontraron de nuevo los platos sabrosos, la comida sin igual, el condimento entre lo sublime y lo divino. El almuerzo de inauguración fue un gran éxito.

Con el aperitivo fueron servidos aquellos saladitos y dulces de otrora. En la mesa, los platos sucedíanse en un desfile de maravillas. Nacib, sentado entre Mundinho y el juez, oyó conmovido los discursos del Capitán y del Doctor. «Benemérito hijo de Ilhéus», lo había llamado el Capitán, «dedicado al progreso de su tierra». «Digno ciudadano Nacib Saad, que dotaba a Ilhéus de un restaurante a la altura de las grandes capitales», elogiaba el Doctor. Josué respondió en nombre de Nacib, agradeciendo y elogiando, también él, al árabe. Era una consagración, culminando con las palabras de Mundinho, deseoso, como dijo, de «poner la mano para recibir las palmadas». Había hecho venir un cocinero de Río, a pesar de la opinión de Nacib. Él había tenido razón. No había en el mundo comida capaz de compararse con ésa de Bahía.

Y entonces todos quisieron ver al artista de aquel almuerzo, las manos de hada creadoras de tantas delicias. Juan Fulgencio se levantó, fue a buscarla a la cocina. Ella apareció, calzada en chinelas, un delantal blanco sobre el vestido de brillante seda azul, una rosa roja detrás de la oreja. El Juez gritó: —¡Gabriela!

Nacib anunció en voz alta:

—La contraté otra vez de cocinera...

Josué aplaudió, Ño-Gallo también, todos aplaudieron, algunos se levantaron para saludarla. Ella sonreía, con los ojos bajos, con una cinta sujetando sus cabellos.

Mundinho Falcão le murmuró a Aristóteles, sentado a su lado:

—Este turco es un maestro del saber vivir...

Suelo de Gabriela

Varias veces retrasados, terminaron por fin los trabajos de la bahía. Un nuevo canal, profundo y sin desvíos, se había establecido. Por él podían pasar sin peligros de que encallasen los navíos del Lloyd, del «Ita», de la «Bahiana» y sobre todo podían entrar en el puerto de Ilhéus los grandes cargueros para recibir directamente allí las bolsas de cacao.

Como explicó el ingeniero jefe, la demora en la terminación de las obras se debió a innumerables dificultades y complicaciones. No se refería a los barullos con que se recibió la llegada de los remolcadores y técnicos, a aquella noche de tiros y botellazos en el cabaret, a las amenazas de muerte del comienzo. Aludía a las inconstantes arenas de la entrada: con las mareas, los vientos, los temporales, ellas se movían, cambiaban el fondo de las aguas, cubrían y destruían en pocas horas el trabajo de semanas. Era necesario comenzar y recomenzar, pacientemente, cambiando veinte veces el trazado del canal, buscando los puntos más defendidos. Llegaron los técnicos, en determinado momento, a dudar del éxito, desanimados, mientras la gente más pesimista de la ciudad repetía argumentos de la campaña electoral: la bahía de Ilhéus era un problema insoluble, no tenía remedio.

Partieron los remolcadores y dragas, los ingenieros y técnicos. Una de las dragas quedó permanentemente en el puerto para atender con presteza a las agitadas arenas, para mantener abierto a la navegación de mayor calado el nuevo canal. La gran fiesta de despedida, una farra monumental iniciada en el «Restaurante del Comercio» y terminada en «El Dorado», celebró la hazaña de los ingenieros, su tenacidad, su capacidad profesional. El Doctor estuvo a la altura de su fama en el discurso de salutación, donde comparó al ingeniero jefe con Napoleón, pero «un Napoleón de las batallas de la paz y del progreso, vencedor del mar aparentemente indomable, del río traicionero, de las arenas enemigas de la civilización, de los vientos tenebrosos», pudiendo contemplar con orgullo, desde lo alto del farol de la isla de Pernambuco, el puerto de Ilhéus por él «libertado de la esclavitud de las arenas, abierto a todas las banderas, a todos los navíos, por la inteligencia y dedicación de los nobles ingenieros y competentes técnicos».

Dejaban nostalgias y amores. En el muelle de despedidas, lloraban mujeres de los cerros, abrazando a los marineros. Una de ellas estaba grávida, el hombre prometía volver. El ingeniero jefe llevaba una preciosa carga de la buena «Caña de Ilhéus», además de un «macaco jupará» para que le recordara en Río a esa tierra del dinero abundante y fácil, de coraje y trabajo duro.

Partieron cuando comenzaban las lluvias, puntuales aquel año, cayendo bien antes de la fiesta de San Jorge. En las plantaciones florecían las plantas de cacao, millares de árboles jóvenes daban sus primeros frutos, se anunciaba aún mayor la nueva zafra,

los precios subirían aún más, aumentaría el dinero por las ciudades y pueblos, no habría cosecha igual en todo el país.

Desde el paseo del bar Vesubio, Nacib veía los remolcadores como pequeños gallos de riña, cortando las olas del mar, arrastrando las dragas, en su camino al sur. ¡Cuántas cosas habían pasado en Ilhéus entre la llegada y la partida de los ingenieros y buzos, de los técnicos y marineros...! El viejo «coronel» Ramiro Bastos no veía los grandes navíos entrar en el puerto. Andaba apareciendo en las sesiones de espiritismo, se había vuelto misionero después de desencarnar, daba consejos a la gente de la región, pregonaba la bondad, el perdón, la paciencia. Así, por lo menos, afirmaba doña Arminda, competente en materia tan discutida y misteriosa. Ilhéus mudó mucho en ese tiempo corto de meses y largo de acontecimientos. Cada día una novedad, una nueva agencia de banco, nuevas oficinas de representaciones de firmas del sur y hasta del extranjero, negocios, residencias. Pocos días antes, en el «Unhão», en un viejo caserón, se había instalado la «Unión de Artistas y Obreros», con su Escuela de Artes, y Oficios, donde estudiaban jóvenes pobres para aprender el arte de carpintero, de albañil, de zapatero, con escuela primaria para adultos, destinada a los cargadores del puerto, a los ensacadores de cacao, y a los obreros de la fábrica de chocolate. El zapatero Felipe habló en la inauguración, a la que asistieran las personas más representativas de Ilhéus. En una mezcla de portugués y de español afirmó que se arribaba al tiempo de los trabajadores en cuyas manos estaba el destino del mundo. Tan absurda pareció la observación, que todos los presentes lo aplaudieron mecánicamente, hasta el doctor Mauricio Caires, hasta los «coroneles» del cacao, los dueños de inmensas extensiones de tierra y dueños de la vida de los hombres curvados sobre esa tierra.

También la existencia de Nacib fue movida y plena en esos meses: se casó y descasó, conoció la prosperidad y temió la ruina, tuvo el pecho lleno de ansias y de alegría, después vacío de vida, sólo con desesperación y dolor. Fue feliz en demasía, e infeliz en demasía, y ahora todo era nuevamente tranquilo y dulce. El bar había retomado su antiguo ritmo, el de los primeros tiempos de Gabriela: los clientes se demoraban a la hora del aperitivo, tomando una copa de más, algunos subían al restaurante para almorzar. El Vesubio prosperaba; Gabriela bajaba al mediodía, de la cocina del piso superior, y pasaba sonriendo por entre las mesas, con su rosa detrás de la oreja. Le decían piropos, lanzábanle miradas de codicia, tocaban su mano — alguno, más osado, le daba una palmada en el trasero—, el Doctor la llamaba «mi niña». Elogiaban la sabiduría de Nacib, la manera cómo supo salir, con honra y provecho, del laberinto de complicaciones en que se enredara. El árabe circulaba por entre las mesas, deteniéndose a oír y conversar, sentándose con Juan Fulgencio y el Capitán, con Ño-Gallo y Josué, con Ribeirito y Amancio Leal. Era como si, por un milagro de San Jorge, se hubiese retrocedido en el tiempo, como si no hubiese

sucedido nada malo o triste. La ilusión sería perfecta si no fuera por el restaurante y la ausencia de Tónico Bastos, definitivamente anclado en el «Trago de Oro», con su «amargo» y sus polainas de conquistador.

El restaurante se reveló como un apenas razonable empleo de capital, dando ganancias seguras pero modestas. No había sido el negocio excepcional imaginado por Nacib y Mundinho. A no ser cuando había barcos en tránsito en el puerto, el movimiento era pequeño, tanto, que sólo servían almuerzo. La gente de la región hacía habitualmente sus refecciones en casa. Apenas, si de vez en cuando, tentados por los platos de Gabriela, llegaban los hombres solos o con la familia, a almorzar allí, para salir de lo cotidiano. Clientes permanentes, podían contarse con los dedos: Mundinho, casi siempre con invitados, Josué, y el viudo Pessoa. En compensación, el juego de la noche, en la sala del restaurante, conocía el mayor de los éxitos. Se formaban cinco o seis ruedas para el póquer, el siete y medio o la brisca. Gabriela preparaba por la tarde saladitos y dulces, y la bebida corría, mientras Nacib recogía el dinero por derecho de juego, correspondiente a la casa. A propósito de juego: Nacib casi había tenido una crisis de conciencia: ¿debía o no considerar a Mundinho como socio en esa parte del negocio? Ciertamente que no, pues el exportador entró con capital al restaurante y no a la sala de juego. Tal vez sí, reflexionaba de mala gana, tomando en cuenta el alquiler de la sala, pago por la sociedad, propietaria también de las mesas y las sillas, de los platos en los cuales se servía, de los vasos en que se bebía. Allí la ganancia era grande, compensaba la clientela poco numerosa y poco asidua de los almuerzos. Mucho le hubiera gustado a Nacib guardarlo todo para sí, pero temía a las represalias del exportador. Decidió hablarle del asunto.

Mundinho sentía una simpatía especial por el árabe. Acostumbraba afirmar, luego de las complicaciones matrimoniales de su actual socio, que Nacib era el hombre más civilizado de Ilhéus. Aparentando prestar gran atención, lo escuchó hablar, exponer el problema. Nacib deseaba saber la opinión del exportador: ¿se consideraba él, socio o no del juego?

—¿Y cuál es su opinión, maestro Nacib?

—Vea usted, don Mundinho... —se retorció la punta de los bigotes—. Pensando como hombre honesto, creo que usted es socio, que debe tener la mitad de las ganancias, como tiene en el restaurante. Pensando con mala intención, podría decirle que no hay papeles firmados, que usted es un hombre rico, y que no precisa de esto. Que uno nunca habló de juego, que yo soy pobre, que estoy juntando mi dinerito para comprar una plantación de cacao, y que esa renta extra me sirve de mucho. Pero, como diría el «coronel» Ramiro, compromisos son compromisos, aún cuando no estén en los papeles. Traje las cuentas de juego para que usted las vea...

Iba a colocar unos papeles encima de la mesa de Mundinho, pero el exportador le retiró la mano, palmoteándole el hombro:

—Guarde sus cuentas y su dinero, maestro Nacib. En el juego no soy su socio. Si quiere quedarse totalmente tranquilo con su conciencia, págume un pequeño alquiler por la utilización de la sala, a la noche. Cualquier cosa, mil cruzeiros... O, mejor, mil cruzeiros por mes para la construcción del asilo de ancianos. ¿Dónde se vio un diputado federal, teniendo casa de juego? A no ser que usted dude de mi elección...

—No hay cosa más segura en el mundo. Gracias, don Mundinho. Soy su deudor.

Se levantaba para salir, cuando Mundinho le preguntó:

—Dígame una cosa... —y bajando la voz, tocando con el dedo el pecho del árabe —. ¿Todavía duele? Sonrió Nacib, la cara resplandeciente:

—No, señor. Ni una gota...

Bajó Mundinho la cabeza, murmuró: —Lo envidia. A mí, todavía me duele.

Tenía deseos de preguntarle si había vuelto a dormir con Gabriela, pero le pareció poco delicado hacerlo. Nacib salió nadando de gozo, a depositar el dinero en el banco. Realmente no sentía nada, habíase acabado todo vestigio de dolor o de sufrimiento. Temió, al contratar nuevamente a Gabriela, que su presencia le recordara el pasado, había tenido miedo de soñar con Tónico Bastos desnudo, en su cama. Pero nada de eso sucedió. Era como si todo aquello hubiera sido una pesadilla larga y cruel. Volvieron a las relaciones de los primeros tiempos, de patrón y cocinera, ella muy despachada y alegre, arreglando la casa, cantando, yendo al restaurante para preparar los platos del almuerzo, bajando al bar a la hora del aperitivo para anunciar el «menú» de mesa en mesa, obteniendo clientes para el piso de arriba. Cuando el movimiento terminaba, alrededor de la una y media de la tarde, Nacib sentábase a almorzar, servido por Gabriela. Como antiguamente. Ella rondaba en torno a la mesa, le traía la comida, abría la botella de cerveza. Comía después con el único mozo (Nacib había despedido al otro, innecesario ante el reducido movimiento del restaurante), y con Chico-Pereza, mientras Valter, el suplente de Pico-Fino, vigilaba el bar. Nacib tomaba un viejo diario de Bahía, encendía el cigarro «San Félix», y en el fondo de la silla perezosa encontraba la rosa caída. Los primeros días la había arrojado afuera, después pasó a guardarla en el bolsillo. El diario rodaba por el suelo, el habano se apagaba. Nacib dormía su siesta, a la sombra y acariciado por la brisa. Despertaba con la voz de Juan Fulgencio, viniendo para la papelería. Gabriela preparaba los saladitos y dulces para la tarde y la noche, iba después a la casa, y él la veía cruzar la plaza, en chinelas, para desaparecer después detrás de la iglesia.

¿Qué le faltaba para ser completamente feliz? Comía la inigualable comida de Gabriela, ganaba dinero que guardaba en el banco, en breve comenzaría a buscar tierra para comprar. Le habían hablado de unas nuevas tierras listas para ser trabajadas, un poco más allá de la sierra del Baforé, tierras tan buenas para el cacao como no había otras. Ribeirito le había propuesto llevarlo allá, porque era cerca de sus estancias. Los amigos y clientes iban diariamente al bar, y a veces al restaurante.

Seguían las partidas de dama y «gamão». La buena prosa de Juan Fulgencio, del Capitán, del Doctor, de Ño-Gallo, de Amancio Leal, de Ari, de Josué, de Ribeirito. Esos dos siempre andaban juntos desde que el estanciero montara casa para Gloria, cerca de la Estación. A veces hasta comían los tres en el restaurante; se llevaban bien.

¿Qué le faltaba para ser completamente feliz? Ningún celo le roía el pecho, ningún recelo tenía de perder la cocinera, porque ¿dónde iría ella a conseguir mayor sueldo y puesto más seguro? Además, era insensible a las ofertas de casa montada y cuenta en la tienda, a los vestidos de seda, a los zapatos, al lujo de las concubinas. Por qué, Nacib no sabía; era un absurdo, sin duda, pero ni le interesaba descubrir el motivo. Cada uno con su locura. Tal vez fuese aquella historia de flor de los campos que no servía para florero, de que una vez le hablara Juan Fulgencio. Eso poco le afectaba, como tampoco le irritaban más las palabras susurradas cuando ella venía al bar, las sonrisas, las miradas, las palmaditas en el trasero, la mano, el brazo o el seno rozado levemente. Todo aquello sujetaba la clientela, era una copa de más, un nuevo trago. El Juez intentaba robarle la rosa de la oreja, ella huía, Nacib contemplaba todo esto con indiferencia. ¿Qué le faltaba para ser completamente feliz? La amazonense, aquella india de la casa de María Machadáo, le preguntaba en las noches en que se encontraban, riendo con unos dientes salvajes:

—¿La quieres a tu Mara? ¿La encuentras sabrosa? Sí que la hallaba sabrosa. Pequeña y gordezuela, la cara ancha y redonda, sentada sobre sus piernas en el lecho, parecía una estatua de cobre. Él la veía por lo menos una vez por semana, se acostaba con ella, era una aventura sin complicaciones, sin misterios. Un dormir sin sorpresas, sin violentos arrobos, sin el gemido de las perras, sin el tropel de las yeguas en celo, sin morir y renacer. También andaba con otras. Mara tenía muchos admiradores porque los plantadores gustaban de aquella fruta verde del Amazonas, y eran pocas sus noches libres. Nacib gustaba al acaso, en los cabarets, en casa de prostitutas, los más variados encantos. Hasta con la nueva concubina de Coriolano había dormido una vez, en la casa de la plaza. Una mestiza jovencita, traída de la plantación, Coriolano ya no intentaba saber si era engañado. Así mordisqueaba Nacib, aquí y allá, en su vieja vida de siempre. Su permanente amorío, sin embargo, continuaba siendo la amazonense. Con ella bailaba en el cabaret, juntos bebían cerveza, comían fritadas. Cuando ella estaba libre, le mandaba un recado escrito con su letra de escolar, y él, cerrando el bar, iba a verla. Eran días lindos esos en que, con la esquila en el bolsillo, gustaba la noche en la cama de Mara.

¿Qué le faltaba para ser completamente feliz? Un día Mara le mandó una esquila, esperándolo a la noche «para jugar a los gatitos». Sonrió contento, después de cerrar el bar se dirigió a la casa de María Machadáo. Esa figura tradicional de Ilhéus, la más célebre dueña de burdel, maternal y de toda confianza, le dijo después de abrazarlo:

—Perdió el viaje, turquito. Mara está con el «coronel» Altino Brandáo. Vino de

Río do Braço especialmente, ¿qué podía hacer ella?

Salió irritado. No contra Mara, no podía interferir en su vida, ni impedirle ganar su pan. Pero sí contra la noche frustrada, con el deseo arañándole el pecho como un gato, con la lluvia pidiéndole un cuerpo de mujer bajo las sábanas. Entró en casa, se quitó la ropa. Del fondo, de la cocina o de la antecocina, vino un ruido de loza quebrada. Fue a ver lo que era. Un gato huía hacia el huerto. La puerta del cuartito de los fondos estaba abierta, él espió. La pierna de Gabriela pendía en la cama, ella sonreía en el sueño. Un seno crecía en el colchón y el olor a clavo atontaba.

Se aproximó.

Ella abrió los ojos, dijo:

—Don Nacib...

Él la miró y, deslumbrado, vio la tierra mojada de lluvia, el suelo cavado a azada, cultivado de cacao, suelo del que nacían árboles y se multiplicaban los yuyos. Suelo de valles y montes, de gruta profunda donde él estaba plantado. Gabriela extendió los brazos, lo arrastró hacia ella.

Cuando se acostó a su lado y sintió su calor, súbitamente sintió todo: la humillación, la rabia, el odio, la ausencia, el dolor de las noches mortales, el orgullo herido y la alegría de quemarse en ella. La apretó con fuerza, marcando de morado la piel color de canela:

—¡Perra!

Ella sonrió con los labios llenos de besos y dientes, sonrió con los senos erguidos, palpitantes, con los muslos en llamas, con el vientre de danza y de espera, murmurando:

—No importa, no...

Recostó la cabeza en su pecho velludo: —Mozo lindo...

Del barco sueco con sirena de amor

Ahora sí, era completamente feliz. El tiempo continuaba corriendo, el próximo domingo iban a realizarse las elecciones. Nadie dudaba de los resultados, ni siquiera el doctor Víctor Melo, afligido en su consultorio de Río de Janeiro. Altino Brandáo y Ribeirito habían encargado una comida monumental en el «Restaurante del Comercio», para la semana siguiente, con champagne y fuegos artificiales. Se anunciaban conmemoraciones grandiosas. Habíase hecho una suscripción, abierta por Mundinho, para comprar y ofrecer al Capitán la casa en la que él naciera y donde habitara Cazuzza Oliveira, de nostálgica memoria. Pero el futuro Intendente tuvo un gesto magnánimo: donó el dinero al dispensario para niños pobres, abierto en el cerro de la Conquista por el doctor Alfredo Bastos. Nacib pretendía, después de las elecciones, visitar con Ribeirito aquellas alabadas tierras, más allá de la sierra de Baforé. Adquirir un pedazo de ellas, y contratar los trabajos para la futura plantación de cacao.

Jugaba su partida de «gamão», conversaba con los amigos, contaba historias de Siria:

«¡En la tierra de mi padre todavía es peor...!». Hacía la siesta, con la barriga llena, roncando tranquilo. Iba al cabaret con Ño-Gallo, dormía con Mara, también con otras. Con Gabriela: todas las veces que no tenía mujer y llegaba a casa sin cansancio y sin sueño. Más con ella que con ninguna, tal vez. Porque ninguna se le podía comparar, tan fogosa y húmeda, tan enloquecida en la cama, tan dulce en el amor, tan nacida para aquello. Suelo ése en el que estaba plantado. Adormecíase Nacib con la pierna sobre la nalga redonda. Como antiguamente. Con una diferencia, sin embargo: ahora no vivía con celos de los otros, con miedo de perderla, con ansias de cambiarla. A la hora de la siesta, antes de adormecer, pensaba: ahora, no le atraía más que para la cama, y sentía por ella lo mismo que por las otras, Mara, Raquel, la pelirroja Natacha, sin ninguna otra cosa, sin la ternura de antes. Así estaba bien. Ella iba a la casa de Dora, bailaba y cantaba, combinaban fiestas para el mes de María. Nacib sabía eso, se encogía de hombros, hasta proyectaba asistir. Era su cocinera, y dormía con ella cuando le daba en gana. ¡Y qué cocinera!, mejor no la había. Buena en la cama, también; más que buena, una perdición aquella mujer.

En la casa de Dora, Gabriela reía y divertíase, cantaba y bailaba. En el «terno de reis» llevaría el estandarte. Saltaría las hogueras en la noche santa de San Juan. ¡Cómo se divertía Gabriela!, ¡qué lindo era vivir! Daban las once horas, volvía a casa, a esperar a don Nacib. Tal vez esa noche él fuera a dormir a su cuarto, tal vez su bigote le cosquillearía el cuello, su pierna descansaría sobre su nalga, le prestaría su pecho suave como almohada. En la casa apretaba al gato contra su rostro, y él maullaba despacio. Oía a doña Arminda hablar de los espíritus y de los chicos que

nacían. Se calentaba al sol en las mañanas sin lluvia, mordía guayabas, rojas «pitangas». Conversaba en los ratos perdidos con su amigo Tuísca, que ahora estudiaba para ser carpintero. Corría descalza por la playa, metía los pies en el agua fría. Bailaba a la rueda con los chicos, en la plaza, por la tarde.

Miraba la luna mientras esperaba a don Nacib.

¡Vivir era lindo!

Cuando faltaban apenas cuatro días para el domingo de las elecciones, alrededor de las tres de la tarde, el barco sueco, carguero de tamaño jamás visto en aquellos parajes, pitó majestuosamente en el mar de Ilhéus. El negrito Tuísca salió corriendo con la noticia y la distribuyó gratuitamente en las calles del centro. La población se reunió en la avenida de la playa.

Ni la llegada del Obispo había sido tan animada. Los fuegos artificiales subían, estallando el cielo. Pitaban en el puerto dos «Bahianos», los silbatos de las barcasas y lanchas saludaban al carguero. Botes y canoas salieron fuera de la bahía, afrontando el mar para escoltar al barco sueco.

Atravesó la salida, de sus dos mástiles pendían banderas de todos los países, en una fiesta de colores. El pueblo corría por las calles, se reunía en el muelle. Hormigueaban de gente los puentes. Vino la «Euterpe 13 de Mayo» tocando marchas militares. Joaquín tocando el bombo. El comercio había cerrado sus puertas. Los colegios particulares dieron asueto, al igual que los oficiales, y el Colegio de Enoch. La chiquilinada aplaudía en el puerto, las jovencitas del colegio de monjas flirteaban en los puentes. Bocinaban los automóviles, los camiones, los ómnibus. En un grupo, riendo alto, Gloria entre Josué y Ribeirito, enfrentaba a las señoras. Tónico Bastos, la seriedad en persona, estaba allí del brazo de doña Olga. Jerusa, de luto riguroso, saludaba a Mundinho. Nilo con su silbato, comandaba a Terencio, Traíra y Bautista. El padre Basilio con sus ahijados. El Pata de Palo del «Pega-Duro» miraba con envidia a Nacib y a Plinio Arará. Persignábanse las solteronas, sonreían saltarinas las hermanas Dos Reís. ¡En el próximo pesebre figuraría el carguero! Señoras de la alta sociedad, jovencitas casaderas, mujeres de la vida, María Machadáo, generala de las calles sospechosas y de los cabarets. El Doctor preparaba la garganta, buscaba palabras difíciles. ¿Cómo introducir a Ofenisia en su discurso para el barco sueco? El negrito Tuísca estaba trepado al mástil de un velero. Las pastoras de Dora trajeron el estandarte del «terno de reís», y Gabriela lo conducía con paso de danza. Los «coroneles» del cacao sacaban los revólveres y disparaban al aire. La ciudad de Ilhéus entera se volcaba en el muelle.

En una ceremonia simbólica, idea risueña de Juan Fulgencio, Mundinho Falcão y Stevenson, exportadores, Amancio Leal y Ribeirito, estancieros, cargaron un saco de cacao hasta el extremo del puente donde el navío anclara, el primer saco de cacao a ser embarcado directamente de Ilhéus para el extranjero. El emocionante discurso del

Doctor fue respondido por el vicecónsul de Suecia, el larguirucho agente de la compañía de navegación.

A la noche, desembarcados los marineros, la animación creció en la ciudad. Pagábanles bebidas en los bares, llevaron al comandante y a los oficiales al cabaret. El comandante casi cargado en andas. Era un bebedor de trago fuerte, de garganta bien probada en los bares de los siete mares del mundo. Fue conducido como muerto del «Bataclán» hasta el barco, en los brazos de los ilheenses. Al día siguiente, después del almuerzo, los marineros tuvieron nuevamente fiesta, desparramándose por las calles. «¡Cómo les gustaba la caña ilheense!», comprobaban con orgullo los «grapiúnas». Vendían cigarrillos extranjeros, cortes de telas, frascos de perfumes, chucherías doradas. Gastaban el dinero en aguardiente y se encaminaban a las casas de las prostitutas, para caer después borrachos en la calle. Ocurrió después de la siesta. Antes de la hora del aperitivo de la tarde, en aquella época vacío entre las tres y las cuatro y media; cuando Nacib aprovechaba para hacer las cuentas de la caja, separar el dinero, y calcular las ganancias. Fue cuando Gabriela, terminado el trabajo, partía para la casa. El marinero sueco, un rubio de casi dos metros, entró en el bar, soltó una bocanada de aire pasado de alcohol en la cara de Nacib, y señaló con el dedo las botellas de «Caña de Ilhéus». Una mirada suplicante, unas palabras en lengua ininteligible. Nacib ya había cumplido el día anterior su deber de ciudadano, sirviendo gratis caña a los marineros. Pasó el dedo índice por el pulgar, preguntando por el dinero. Se revolvió los bolsillos el rubio sueco; ni señal de dinero. Pero descubrió un prendedor curioso, una sirena dorada. En el mostrador colocó la nórdica «madre del agua», la Yemanjá de Estocolmo. Los ojos del árabe miraban a Gabriela doblar la esquina por detrás de la iglesia. Miró la sirena, su rabo de pescado. Así eran las nalgas de Gabriela. Mujer tan de fuego en el mundo no había, con aquel calor, aquella ternura, aquellos suspiros, aquella languidez. Cuanto más dormía con ella, más quería hacerlo. Parecía hecha de canto y danza, de sol y luna; era de clavo y canela. Nunca más le había hecho un regalo, ni siquiera una tontería de la feria. Tomó la botella de aguardiente, llenó el vaso de vidrio grueso, el marinero alzó el brazo, saludó en sueco y lanzó adentro el contenido, luego escupió. Don Nacib guardó en el bolsillo la sirena dorada, sonriendo. Gabriela reiría contenta, diría gimiendo: «no precisaba, no, mozo lindo...».

Y aquí termina la historia de Nacib y de Gabriela, cuando renace la llama del amor de una brasa dormida en las cenizas del pecho.

DEL «POST SCRIPTUM»

Algún tiempo después, el «coronel» Jesuíno Mendonza fue llevado ante el tribunal, acusado de haber matado a tiros a la esposa, doña Sinházinha Guedes Mondoza, y al cirujano dentista Osmundo Pimentel, por celos. Veintiocho horas duraron los agitados debates, a veces sarcásticos, a veces violentos. Hubo réplica y contrarréplica, el doctor Mauricio Caires citó la Biblia, recordó las escandalosas medias negras, la moral y la corrupción. Estuvo patético. El doctor Ezequiel Prado, emocionante: Ilhéus ya no era tierra de bandidos, ni paraíso de asesinos. Con un gesto y un sollozo, señaló al padre y a la madre de Osmundo, de luto y en lágrimas. Su tema fue la civilización y el progreso. Por primera vez en la historia de Ilhéus, un «coronel» del cacao se vio condenado a prisión por haber asesinado a la esposa adúltera y a su amante.

Petrópolis-Río, mayo de 1958



JORGE AMADO. (Itabuna, 10 de agosto de 1912 - Salvador de Bahía, 6 de agosto de 2001). Su nombre completo es Jorge Amado de Faría. Hijo del dueño de la hacienda, cuando tenía un año de edad, su familia se estableció en la ciudad de Ilhéus, litoral de Bahía, donde Jorge pasó su infancia. Hizo los estudios secundarios en la ciudad de Salvador, capital del Estado. En este periodo, comenzó a trabajar en periódicos y a participar de la vida literaria, siendo uno de los fundadores de la llamada Academia de los Rebeldes.

En 1947 su partido PCB fue declarado ilegal, y sus miembros fueron perseguidos y arrestados. Jorge tuvo que exiliarse en Francia, donde se quedó hasta el año 1950, cuando fue expulsado. Desde 1950 hasta 1952, Amado residió en Checoslovaquia. En 1951 recibe el Premio Stalin de la Paz.

El éxito de la literatura latinoamericana de la década de los años 60 tuvo un precursor en la obra de Jorge Amado, en cuyas obras mezcla el realismo social con unas acertadas dosis de humor, erotismo y sensualidad, con el heroísmo de la tradición romántica del siglo XIX, y con las pasiones, los amores y los odios propios del melodrama.

Su obra, sin abandonar su raigambre popular, se acerca a una visión más universal y poética de la realidad sobre todo a partir de la novela *Gabriela, clavo y canela*, filmada por Bruno Barreto con la actuación de Sonia Braga y Marcello Mastroianni. Otros libros suyos son *ABC de Castro Alves*, *El caballero de la esperanza*, *Tierras del sinfín*, *Bahía de todos los santos*, *Los subterráneos de la libertad*, *Los viejos*

marineros, Los pastores de la noche, Doña Flor y sus dos maridos, Tereza Batista cansada de guerra, Tieta de Agreste, Uniforme, frac y camisión de dormir, Tocaia grande, De cuando los turcos descubrieron América y Navegación de cabotaje.